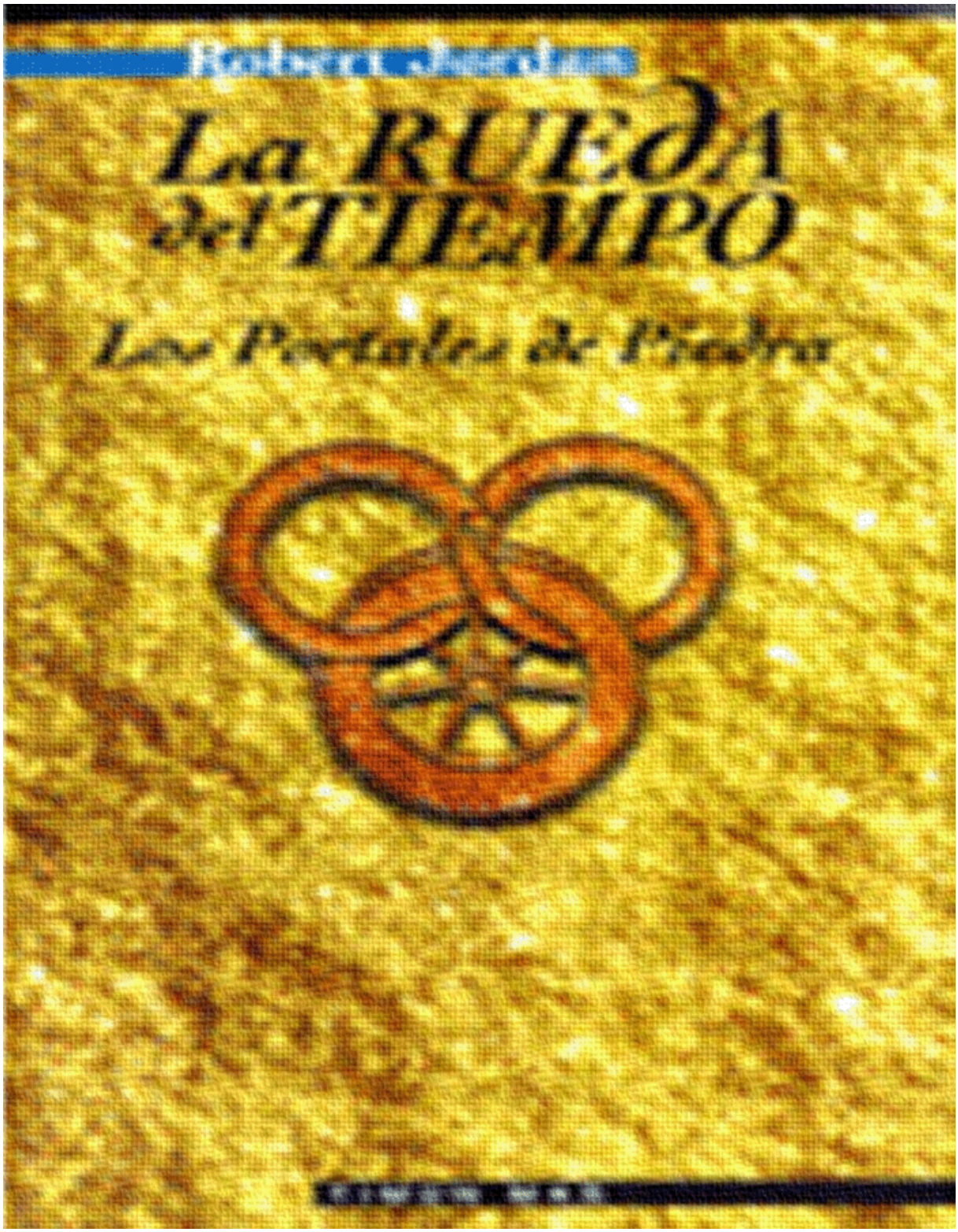
LA RUEDA DEL TIEMPO 4
Los Portales de Piedra
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedicado a Robert Marks,
escritor, maestro, erudito, amigo y fuente de inspiración.

«La Sombra resurgirá en todo el mundo y lo entenebrecerá hasta el último confín y no habrá Luz ni cobijo. Y aquel que nacerá de Alba, de la Doncella, según las profecías, alargará las manos hacia la Sombra para atraparla, y el mundo doliente clamará por la salvación. Gloria al Creador, a la Luz y a aquel que ha de renacer. Que la Luz nos guarde de él.»

Extraído de *Comentarios sobre el Ciclo de Karaethon,* de Sereina dar Shamelle Motara, Hermana Consejera de Comaelle, reina suprema de Jaramide, alrededor del 325 DD, Tercera Era.

CAPÍTULO 1

La semilla de las sombras

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en los pastos de Caralain. El viento no fue el inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el noroeste bajo las primeras luces del día, a través de infinitas extensiones de ondulada hierba y desperdigados sotos, y pasó ante el colmillo mellado del Monte del Dragón, el risco legendario que surge sobre las suaves ondulaciones de la llanura, tan alto que las nubes se enroscan en sus laderas a mitad de camino de la humeante cima. Es la montaña donde murió el Dragón y con él, según algunos, la Era de Leyenda, y donde la profecía dice que renacerá. O que ha renacido. El viento sopló hacia el noroeste, a través de los pueblos de Jualdhe, Dairein y Alindaer, donde unos puentes de piedra labrados de manera tan exquisita que semejaban encajes se elevaban en arco hacia las Murallas Resplandecientes, los enormes muros blancos de la que muchos decían era la urbe más grandiosa del mundo: Tar Valon. La ciudad a la que rozaba apenas la sombra alargada del Monte del Dragón cada anochecer.

Dentro de esas murallas, los edificios construidos por los Ogier hace más de dos mil años daban la impresión de ser algo vivo que brotaba del suelo en lugar de obras de albañilería, o ser el resultado del trabajo de erosión del viento y del agua en vez de haber salido de las manos de los fabulosos albañiles Ogier. Algunos semejaban aves remontando el vuelo; otros, conchas enormes procedentes de mares lejanos. Altas torres ahusadas, estriadas o en espiral se comunicaban entre sí con puentes que a menudo no tenían barandilla, a decenas de metros del suelo. Sólo quienes llevaban mucho tiempo en Tar Valon no se quedaban mirando boquiabiertos como palurdos que jamás han salido de sus granjas.

La mayor de esas torres, la Torre Blanca, que relucía al sol como marfil pulido, dominaba la ciudad, «La Rueda del Tiempo gira en torno a Tar Valon, y Tar Valon gira en torno a la Torre» decían sus habitantes. La primera visión de la ciudad que captaban los viajeros antes de que sus caballos tuvieran a la vista los puentes, antes de que los capitanes de los barcos fluviales avistaran la isla, era la Torre reflejando el sol como un faro. No es pues de extrañar que, a la sombra de la imponente construcción, la gran plaza que rodeaba sus jardines amurallados pareciera más pequeña de lo que realmente era, y que las personas que pasaban por ella semejaran meros

insectos. Empero, aunque la Torre Blanca hubiera sido la más pequeña de Tar Valon, habría seguido inspirando un temeroso respeto en la ciudad de la isla por el hecho de ser el núcleo del poder de las Aes Sedai.

A pesar de ser muchos los que deambulaban por la plaza, la gente no se acercaba a la zona central y se limitaba a caminar por el perímetro empujándose entre sí para abrirse paso camino de sus quehaceres cotidianos; en los aledaños de los jardines había aún menos personas, y su número se reducía progresivamente hasta quedar una franja de casi diez metros de suelo pavimentado completamente vacía. Las Aes Sedai imponían un gran respeto, y más en Tar Valon, por supuesto. La Sede Amyrlin dirigía la ciudad al igual que dirigía a las Aes Sedai, pero casi nadie quería estar más cerca de su poder de lo que fuera necesario. Había una diferencia entre sentirse orgulloso de tener una gran chimenea en el salón de casa y meterse de cabeza en el fuego.

Eran muy pocos los que se acercaban más a la amplia escalinata que conducía a la Torre propiamente dicha y a sus puertas profusamente talladas, lo bastante anchas para permitir el paso de doce personas a la vez. Esas puertas estaban abiertas, como dando la bienvenida. Siempre había gente que necesitaba ayuda o una respuesta que creía que sólo las Aes Sedai podían dar; estas personas venían de lugares próximos y lejanos por igual: de Arafel y Ghealdan, de Saldaea e Illian. Muchos encontraban ayuda o guía en el interior de la Torre, aunque, a menudo, no del modo que pensaban o esperaban.

Min no se quitó la amplia capucha de la capa que mantenía oculto su rostro. Pese a que hacía una temperatura agradable, la prenda era de un tejido lo bastante ligero para no llamar la atención sobre una mujer cuya timidez saltaba a la vista; lo cierto es que eran muchos los que se sentían tímidos cuando iban a la Torre. En su aspecto no había nada que llamara la atención. Su oscuro cabello era más largo de como lo tenía la última vez que había estado allí, aunque todavía no le llegaba a los hombros, y su vestido de color azul, con finas puntillas de encaje de Jaerecuz rematando los bordes del cuello y las mangas, sería el apropiado para la hija de un acomodado granjero que se había puesto sus mejores galas para ir a la Torre, como ocurría con las otras mujeres que se acercaban a la amplia escalinata. Min confiaba en que su aspecto fuera más o menos como el de ellas, y tuvo que contenerse para no mirarlas fijamente y comprobar si caminaban o actuaban de manera distinta de ella.

«Puedo hacerlo», se dijo para sus adentros.

No había llegado tan lejos para dar media vuelta ahora. El vestido era un buen disfraz. Los que la conocían por haberla visto en la Torre antes la recordarían como una joven con el pelo muy recortado y vestida siempre con ropas de chico, nunca de mujer. Ojalá fuera un buen disfraz; tenía que serlo, porque no le quedaba más remedio que llevar a cabo la tarea que le aguardaba, le gustara o no.

El hormigueo en el estómago aumentó a medida que se acercaba a la Torre, así que apretó con más fuerza el bulto que llevaba sujeto contra el pecho. Era su ropa habitual, y sus estupendas botas, y todas sus posesiones a excepción del caballo, al que había dejado en una posada cercana a la plaza. Con suerte, estaría de nuevo a lomos del castrado dentro de unas horas, camino del puente de Osenrein y la calzada hacia el sur.

A decir verdad no tenía muchas ganas de volver a montar a caballo tan

pronto, después de varias semanas subida a la silla sin un solo día de descanso, pero estaba deseando marcharse de aquel sitio. Nunca había considerado hospitalaria la Torre Blanca, y ahora mismo le parecía casi tan espantosa como la prisión del Oscuro en Shayol Ghul. Sufrió un escalofrío y deseó no haber pensado en el Oscuro.

«¿Creerá Moraine que he venido sólo porque ella me lo pidió? ¡La Luz me valga, estoy comportándome como una chiquilla estúpida, haciendo estupideces por un estúpido hombre!»

Subió los peldaños no sin dificultad, ya que eran tan anchos que tenía que dar dos pasos para acceder al siguiente. A diferencia de los demás, Min no hizo un alto para mirar pasmada la pálida e imponente silueta de la Torre. Quería acabar cuanto antes con esto.

En el interior, el amplio y redondo vestíbulo estaba rodeado casi por completo de accesos abovedados, pero los peticionarios se apiñaban en el centro de la estancia y rebullían con nerviosismo debajo de la plana cúpula del techo. La blanca piedra del suelo estaba desgastada y pulida por el roce de incontables pies nerviosos a lo largo de siglos. Nadie pensaba en otra cosa que no fuera el lugar donde se encontraba y el motivo que lo había llevado allí. Un granjero y su esposa, vestidos con burdas ropas de lana, se aferraban las callosas manos y rozaban con el hombro a una mercader engalanada de terciopelo y sedas, a la que acompañaba una doncella que estaba pegada a sus talones y que sostenía entre las manos crispadas un cofrecillo repujado en plata que debía de ser el regalo de su señora para la Torre. En cualquier otro sitio, la mercader habría mirado con altanería a la pareja de granjeros por acercarse tanto, y probablemente ellos habrían agachado la cabeza y se habrían retirado mientras pedían disculpas. Pero no en aquel momento. No allí.

Había pocos hombres entre los peticionarios, cosa que no sorprendió a Min. La mayoría se ponían muy nerviosos cuando estaban cerca de las Aes Sedai. Todo el mundo sabía que había sido un varón Aes Sedai, cuando todavía los había, el responsable del Desmembramiento del Mundo. Los tres mil años transcurridos no habían borrado ese recuerdo, aunque el tiempo sí había cambiado muchos de los detalles. A los niños todavía los asustaban los cuentos sobre hombres que podían encauzar el Poder Único; hombres abocados a la locura por causa del *saidin,* la mitad masculina de la Fuente Verdadera y que el Oscuro había corrompido. Peores eran las historias sobre Lews Therin Telamon, el Dragón, el Verdugo de la Humanidad, que había provocado el Desmembramiento. A decir verdad, tales historias asustaban incluso a los adultos. Según las profecías, el Dragón volvería a nacer en la hora de mayor necesidad de la humanidad para luchar contra el Oscuro en el Tarmon Gai'don, la Última Batalla, pero tal cosa no hacía cambiar de parecer a la mayoría respecto a la conexión entre los hombres y el Poder. En la actualidad, cualquier Aes Sedai daría caza a un hombre capaz de encauzar; de los siete Ajahs, el Rojo se dedicaba a ello casi de manera exclusiva.

Ni que decir tiene que todo eso no tenía nada que ver con buscar ayuda de las Aes Sedai; empero, pocos hombres se sentían cómodos con la idea de estar relacionados de un modo u otro con las Aes Sedai y con el Poder. La excepción eran los Guardianes, pero cada cual estaba vinculado a una Aes Sedai concreta; además, los Guardianes tenían muy poco que ver con los hombres corrientes. Según el dicho: «Para quitarse una espina clavada, un

hombre se cortará la mano antes que pedir ayuda a una Aes Sedai». Las mujeres lo decían para comentar la obstinada necedad de los hombres, pero Min había oído manifestar a algunos varones que la pérdida de la mano sería la mejor elección.

Se preguntó qué harían esas personas si supieran lo que sabía ella. Quizás echar a correr mientras gritaban. Y si supieran la razón por la que estaba allí, tal vez no sobreviviría hasta que los guardias de la Torre la prendieran y la metieran en una celda. Contaba con amigas en la Torre, pero no tenían poder ni influencia. Si su propósito se descubría, era más fácil que las arrastrara con ella a la horca o al tajo en vez de que ellas pudieran ayudarla. Y eso, siempre y cuando viviera para que la juzgaran, por supuesto; probablemente, su boca quedaría cerrada para siempre mucho antes de que hubiera un juicio.

Min se exhortó a alejar esos pensamientos de su cabeza.

«He conseguido entrar, y conseguiré salir. ¡Que la Luz fulmine a Rand al'Thor por meterme en esto!»

Tres o cuatro Aceptadas de la edad de Min o quizás un poco mayores deambulaban por la estancia redonda y hablaban en voz queda a los peticionarios. Sus vestidos eran blancos, sin adornos, salvo por las siete bandas de color en el repulgo, una por cada Ajah. De vez en cuando, una novicia, una muchacha aun más joven o incluso una niña, vestida completamente de blanco, se presentaba para conducir a alguien al interior de la Torre. Los peticionarios seguían siempre a las novicias con una sensación mezcla de ansiedad y renuencia.

Los dedos de Min se crisparon con fuerza sobre el paquete cuando una de las Aceptadas se paró delante de ella.

—Que la Luz te ilumine —dijo la mujer de cabello rizoso de manera rutinaria, por encima—. Me llamo Faolain. ¿En qué puede ayudarte la Torre?

El rostro moreno y redondo de Faolain denotaba la paciencia de quien lleva a cabo un trabajo tedioso cuando le apetecería estar haciendo otra cosa; estudiar, por ejemplo, por lo que Min sabía de las Aceptadas. Aprendiendo a ser Aes Sedai. Sin embargo, lo importante era que en sus ojos no había atisbo de haberla reconocido. Aunque de manera breve, Min y la Aceptada se habían conocido en la Torre antes.

Aun así, Min agachó la cabeza con fingida timidez. Hacer tal cosa no era extraño, ya que mucha gente del campo no entendía la gran diferencia entre ser una Aceptada y una Aes Sedai. Ocultando los rasgos bajo el embozo de la capucha, Min esquivó la mirada de Faolain.

—Hay una pregunta que he de hacer a la Sede Amyrlin —empezó, pero enmudeció de repente cuando tres Aes Sedai se pararon para echar una ojeada al interior del vestíbulo, dos desde uno de los accesos en arco y la tercera desde otro.

Las Aceptadas y las novicias hacían una reverencia si en su recorrido pasaban cerca de una de las Aes Sedai, pero por lo demás proseguían con su tarea, puede que con un poco más de entusiasmo. Nada más. Pero no ocurrió lo mismo con los peticionarios, que parecieron quedarse sin respiración. Lejos de la Torre Blanca, lejos de Tar Valon, tal vez hubieran pensado que las Aes Sedai eran tres mujeres cuya edad no sabían calcular, tres mujeres en la flor de la vida y, sin embargo, con un aire de madurez que no concordaba con sus tersas mejillas. Dentro de la Torre, empero, no había lugar a duda. El tiempo no dejaba huella en una mujer que había trabajado

durante mucho tiempo con el Poder Único, como ocurría con las demás. En la Torre, nadie tenía que ver un anillo dorado de la Gran Serpiente para reconocer a una Aes Sedai.

Una oleada de reverencias se extendió entre el grupo arracimado, en tanto que los escasos hombres inclinaban la cabeza con gesto torpe, vacilante. Incluso hubo dos o tres personas que se hincaron de rodillas en el suelo. La rica mercader parecía asustada; la pareja de granjeros que estaba a su lado miraba embobada a las leyendas hechas realidad. El trato con las Aes Sedai era cosa de oídas para la mayoría; no parecía probable que ninguno de los presentes, a excepción de los que vivían en Tar Valon, hubiera visto una Aes Sedai hasta ahora, y seguramente los vecinos de la ciudad nunca habían estado tan cerca de una de ellas.

Pero no fueron las Aes Sedai quienes hicieron enmudecer a Min. A veces, no muy a menudo, veía cosas cuando miraba a la gente, imágenes y aureolas que por lo general rutilaban un instante para después desaparecer. De tanto en tanto sabía lo que significaban, pero ello era poco frecuente, mucho menos frecuente que la percepción de imágenes. Sin embargo, cuando comprendía el significado, nunca se equivocaba.

A diferencia de la mayoría de la gente, las Aes Sedai, así como sus Guardianes, siempre tenían aureolas e imágenes, y en ocasiones eran tan numerosas y cambiantes que mareaban a Min. Empero, el hecho de que fueran numerosas no influía en la interpretación; sabía lo que significaban para las Aes Sedai tan raramente como para el resto de la gente. Pero esta vez supo más de lo que hubiera querido, y ello la hizo estremecerse.

Una mujer esbelta, con el negro cabello colgando hasta la cintura, la única de las tres que reconoció —se llamaba Ananda y pertenecía al Ajah Amarillo— tenía un halo de un enfermizo color marrón, arrugado y partido por fisuras putrefactas que se ensanchaban y alargaban a medida que se descomponían. La otra Aes Sedai que estaba al lado de Ananda, una mujer baja con el cabello rubio, era del Ajah Verde a juzgar por el color de los flecos del chal que llevaba. Cuando la mujer se giró, en su espalda apareció un instante la Llama Blanca de Tar Valon; y en el hombro, como cobijada entre las hojas de parra y las ramas de manzanos en flor bordados en el chal, había una calavera humana, una calavera de mujer, limpia y blanquecina. La tercera Aes Sedai, una mujer bonita y regordeta que se encontraba al otro lado de la estancia redonda, no llevaba chal; la mayoría de las Aes Sedai sólo lo llevaban en las ceremonias. La barbilla alzada y la postura erguida de los hombros denotaban un carácter fuerte y orgulloso. Parecía estar contemplando a los peticionarios con los fríos ojos azules ocultos por un velo de sangre hecho jirones y flámulas carmesí que le corrían cara abajo.

Sangre, calavera y halo desaparecieron entre las danzantes imágenes que ondeaban en torno a las tres mujeres, aparecieron y volvieron a desvanecerse. Los peticionarios las miraban con sobrecogido respeto, viendo sólo a tres mujeres que tenían acceso a la Fuente Verdadera y podían encauzar el Poder Único. Nadie salvo Min vio el resto. Nadie salvo Min supo que esas tres mujeres iban a morir, y todas en el mismo día.

—La Amyrlin no puede ver a todo el mundo —dijo Faolain con un tono de impaciencia apenas disimulado—. Su próxima audiencia pública no tendrá lugar hasta dentro de diez días. Dime qué quieres y haré los arreglos oportunos para que veas a la hermana que mejor te pueda atender.

Min bajó los ojos hacia el bulto que llevaba en los brazos y no los movió

de allí, en parte para no volver a ver lo que ya había visto. ¡Las tres! ¡Oh, Luz! ¿Qué probabilidades había de que tres Aes Sedai murieran el mismo día? Pero lo sabía. Lo sabía.

—Tengo derecho a hablar con la Sede Amyrlin. En persona. —Era un derecho rara vez exigido porque ¿quién iba a atreverse?, pero existía—. Cualquier mujer tiene ese derecho, y yo lo pido.

—¿Es que crees que la propia Sede Amyrlin puede ver a todo el mundo que viene a la Torre Blanca? Sin duda otra Aes Sedai podrá ayudarte. —Faolain daba énfasis a los títulos como si con ello intentara apabullar a Min—. Y ahora, dime qué te ha traído aquí. Y cómo te llamas, para que la novicia sepa a quién ha de conducirte.

—Me llamo... Elmindreda. —Min se encogió sin poder remediarlo. Siempre había odiado su nombre completo, pero la Amyrlin era una de las pocas personas vivas que lo habían oído. Ojalá lo recordara—. Tengo derecho a hablar con la Sede Amyrlin. Y mi petición sólo la oirá ella. Estoy en mi derecho.

—¿Elmindreda? —La Aceptada enarcó una ceja, y sus labios se curvaron en un atisbo de sonrisa divertida—. Y reclamas tu derecho. De acuerdo. Avisaré a la Guardiana de las Crónicas que quieres ver a la Sede Amyrlin en persona, Elmindreda.

Min deseó abofetear a la mujer por el modo en que recalcó «Elmindreda», pero en lugar de ello se obligó a musitar:

—Gracias.

—No me las des. Sin duda pasarán horas antes de que la Guardiana tenga tiempo para responder, y seguramente será para decir que tendrás que hacer tu petición en la próxima audiencia de la madre. Espera con paciencia, Elmindreda. —Le dedicó a Min una sonrisa tirante, casi una mueca burlona, mientras se alejaba.

Prietos los dientes, Min cogió el bulto y se dirigió hacia una pared entre dos de los arcos, donde procuró pasar lo más inadvertida posible.

«No confíes en nadie, y evita llamar la atención hasta que estés ante la Amyrlin», le había dicho Moraine, y ella era una Aes Sedai de la que se fiaba. Casi siempre. En cualquier caso, era un buen consejo. Lo único que tenía que hacer era llegar ante la Amyrlin, y todo habría terminado. Podría volver a ponerse sus ropas, ver a sus amigos, y marcharse. Ya no haría falta que se escondiera.

Sintió alivio al ver que las Aes Sedai se habían marchado. Tres Aes Sedai muertas en un mismo día. Imposible; era la única palabra que podía definirlo. Y, sin embargo, iba a ocurrir. Ella no podía hacer ni decir nada para cambiarlo, ya que cuando sabía el significado de una imagen, ocurría, pero tenía que contárselo a la Amyrlin. Podía ser incluso tan importante como la información que traía de Moraine, aunque tal cosa era difícil de creer.

Otra Aceptada vino a reemplazar a una que estaba allí, y en esta ocasión Min vio unas barras flotando delante de su lozano rostro, como los barrotes de una jaula. Sheriam, la Maestra de las Novicias, se asomó al vestíbulo y echó una ojeada; Min agachó la cabeza y clavó los ojos en el suelo, no sólo porque Sheriam la conocía muy bien, sino porque había visto el rostro de la pelirroja Aes Sedai contusionado y magullado. No era una imagen real, desde luego, pero aun así Min tuvo que morderse los labios para contener una exclamación. Sheriam, con su tranquila autoridad y su

Librodot

aire de seguridad, era tan indestructible como la Torre. Nada podía hacer daño a Sheriam, sin duda. Pero algo se lo iba a hacer.

Una Aes Sedai que llevaba el chal del Ajah Marrón y a la que Min no conocía acompañó a la puerta a una fornida mujer que vestía ropas de fina lana roja. La mujer caminaba con la ligereza de una niña, el rostro resplandeciente y casi riendo de contento. La hermana del Ajah Marrón también sonreía, pero su halo se disipó como la llama de una vela consumida.

Muerte. Heridas, cautividad y muerte. Para Min estaba tan claro como si lo viera escrito en una hoja de papel.

Bajó los ojos al suelo otra vez; no quería ver nada más.

«Haz que lo recuerde. ¡Oh, Luz, haz que recuerde ese estúpido nombre!» pensó. No se había sentido desesperada en ningún momento durante el largo viaje desde las Montañas de la Niebla, ni siquiera en las dos ocasiones en que alguien intentó robarle el caballo. Pero ahora sí.

—¿Señora Elmindreda?

Min se sobresaltó. La novicia de cabello negro que estaba delante de ella apenas era lo bastante mayor para haber abandonado su casa, unos quince o dieciséis años, aunque se esforzaba mucho por aparentar un aire de dignidad.

—Sí. Ése es mi… Así me llamo.

—Soy Sahra. Si tenéis la bondad de acompañarme, la Sede Amyrlin os recibirá ahora en su estudio. —En la aflautada voz de Sahra había un timbre de asombro.

Min soltó un suspiro de alivio y siguió a la novicia.

La amplia capucha de la capa todavía le cubría el rostro, pero no le impedía ver, y cuanto más veía, más ansiosa se sentía por llegar ante la Amyrlin. Había pocas personas por los amplios corredores que ascendían en espiral, con sus baldosas de brillantes colores, sus tapices y sus candelabros dorados —la Torre se había construido para albergar muchas más personas de las que acogía ahora—, pero casi todas con las que se cruzó mientras subía tenían alguna imagen o halo que le hablaba de violencia y peligro.

Algunos Guardianes pasaron junto a ellas sin apenas dirigirles una rápida ojeada; eran hombres que se movían como los lobos en una partida de caza, la espada una simple extensión de su naturaleza mortífera, pero a los ojos de Min sus rostros estaban ensangrentados y tenían horribles heridas. Espadas y lanzas se agitaban alrededor de sus cabezas, amenazadoras, y sus halos destellaban violentamente, titilando al aguzado filo de la muerte. Min veía hombres muertos caminando, y supo que perecerían el mismo día que las Aes Sedai del vestíbulo o como mucho al día siguiente. Hasta algunos sirvientes, hombres y mujeres con la Llama de Tar Valon en el pecho y que se movían diligentes en sus tareas, mostraban signos de violencia. Una Aes Sedai a la que atisbó de refilón en un pasillo lateral tenía cadenas a su alrededor, flotando en el aire; y otra, que avanzaba delante de Min y su guía por el corredor, parecía llevar una collar plateado alrededor del cuello. Min se quedó sin respiración al ver eso y sintió ganas de gritar.

—Puede resultar algo abrumador para quien lo ve por primera vez —dijo Sahra, que intentaba, sin éxito, dar la impresión de que para ella la Torre era una cosa tan corriente como su pueblo natal—. Pero aquí estáis a salvo. La Sede Amyrlin lo arreglará todo, ya veréis. —Su voz se quebró un poco al

mencionar a la Amyrlin.

—La Luz lo quiera —masculló Min.

La novicia le dedicó una sonrisa destinada a tranquilizarla. Cuando entraron en el vestíbulo que daba al estudio de la Amyrlin, Min tenía el estómago hecho un nudo y caminaba tan deprisa que casi pisaba los talones de Sahra. Si no fuera porque tenía que fingir que era nueva aquí, hacía rato que habría echado a correr, adelantándola.

Una de las puertas de los aposentos de la Amyrlin se abrió, y un hombre joven y con el cabello de un tono rubio rojizo salió por ella y estuvo a punto de tropezar con Min y su acompañante. Era alto y fuerte, de buen porte, y vestía una chaqueta azul con profusos bordados en oro en las mangas y en el cuello; era Gawyn, de la casa Trakand, el hijo mayor de la reina Morgase de Andor, y todo en él denotaba el orgulloso joven noble que era. Un joven noble enfurecido. Min no tuvo tiempo de agachar la cabeza.

Gawyn la miraba fijamente a la cara, y sus ojos se abrieron mucho en un gesto de sorpresa, aunque enseguida se estrecharon, reduciéndose a meras rendijas azules, frías como el hielo.

—Así que has vuelto. ¿Sabes adónde han ido mi hermana y Egwene?

—¿No están aquí? —Un pánico repentino hizo que Min olvidara toda precaución. Sin darse cuenta de lo que hacía, lo agarró por las mangas y lo obligó a retroceder un paso mientras lo miraba con apremio—. Gawyn, ¡salieron para la Torre hace meses! Elayne y Egwene, y también Nynaeve. Iban con Verin Sedai y... Oh, Gawyn, yo..., yo...

—Tranquilízate —dijo él, que le soltó las manos crispadas de su chaqueta con suavidad—. ¡Luz, no era mi intención asustarte así! Llegaron sanas y salvas, aunque no quisieron decir una palabra de dónde habían estado o por qué. Al menos, a mí no. ¿Por casualidad lo sabes tú? —Min creyó mantener el gesto impasible, pero Gawyn la miró y dijo—: Lo suponía. En este lugar hay más secretos que... Han desaparecido otra vez. Y también Nynaeve. —Añadió el último nombre como de improviso; tal vez era amiga de Min, pero para él no significaba nada—. Y de nuevo sin avisar. ¡Sin avisar! Supuestamente están en una granja, en alguna parte, como castigo por escapar, pero no he conseguido descubrir dónde. La Amyrlin no me ha dado una respuesta concreta.

Min se encogió; por un momento, unos regueros de sangre reseca habían convertido el rostro de Gawyn en una sombría máscara. Fue como un doble mazazo: sus amigas se habían marchado —la idea de que estaban allí había hecho más fácil su viaje a la Torre—, y Gawyn iba a resultar herido el mismo día en que las Aes Sedai morirían.

A pesar de todo cuanto había visto desde que había entrado en la Torre, a pesar de su temor, nada de ello la había afectado personalmente hasta ahora. El desastre que se abatiría sobre la Torre se extendería más allá de Tar Valon, pero ella no pertenecía a este lugar y nunca lo haría. Sin embargo, Gawyn era alguien a quien conocía, a quien apreciaba, e iba a salir mucho más herido de lo que indicaba la sangre que había visto, más profundamente que con cualquier herida física. Tuvo la revelación de que, si la catástrofe alcanzaba a la Torre, no sólo saldrían heridas unas Aes Sedai con las que nada tenía que ver, mujeres con las que nunca estaría unida, sino también sus amigas. Ellas sí pertenecían a la Torre.

En cierto modo, se alegró de que Egwene y las otras no estuvieran allí; se alegró de no poder mirarlas y tal vez ver indicios de sus muertes. Y, sin

embargo, quería mirarlas para estar segura, para no ver nada en ellas o ver que vivirían. En nombre de la Luz, ¿dónde estaban? ¿Por qué se habían marchado? Conociendo a las tres, creyó posible que, si Gawyn no sabía adónde habían ido, era porque no querían que lo supiera. Podía ser eso.

De repente recordó dónde estaba y por qué, y que no se encontraba sola con Gawyn. Sahra parecía haber olvidado que conducía a Min a presencia de la Amyrlin; parecía haber olvidado todo excepto al joven noble, a quien miraba con ojos tiernos, bien que él no lo notaba. Con todo, ya era inútil fingir que no conocía la Torre. Estaba ante la puerta de la Amyrlin, y ya no había nada que la pudiera detener.

—Gawyn, no sé dónde se encuentran, pero si están cumpliendo penitencia en una granja, sin duda estarán sudando a mares y con barro hasta la cintura, así que tú serías la última persona que querrían que las viera. —En realidad, estaba tan intranquila como Gawyn por la ausencia de sus amigas. Habían pasado muchas cosas, y estaban ocurriendo muchas más, y la mayoría tenía relación con ellas y consigo misma. Pero cabía en lo posible que las hubieran enviado a un lugar apartado como castigo—. No las ayudarás irritando a la Amyrlin.

—Ignoro si es cierto que están en una granja. Ni siquiera sé si están vivas. ¿A qué viene tanto secreto y tanta evasiva si sólo están arrancando malas hierbas? Como le ocurra algo a mi hermana... O a Egwene... —Bajó la vista al suelo con gesto ceñudo—. Se supone que he de cuidar de Elayne, pero ¿cómo voy a protegerla si ni siquiera sé dónde está?

—¿Crees que necesita que la cuiden? ¿Cualquiera de ellas? —Min suspiró. Claro que, si la Amyrlin las había enviado a alguna parte, quizá sí lo necesitaban. La Amyrlin era capaz de enviar a una mujer a la guarida de un oso sin mudar siquiera el gesto si ello convenía a sus propósitos. Y esperaría que la mujer regresara con la piel del oso o tirando del animal por una traílla, dependiendo de sus instrucciones. Pero decirle eso a Gawyn sólo conseguiría avivar su mal humor y aumentar su preocupación—. Gawyn, se han comprometido con la Torre, y no te agradecerán que te inmiscuyas.

—Sé que Elayne ya no es una niña —dijo el joven noble con paciencia—, a pesar de que a veces actúe como tal y otras juegue a ser una Aes Sedai. Pero es mi hermana, y, ante todo, es la heredera del trono de Andor. Será mi reina, después de mi madre. El reino la necesita sana y salva para que ocupe el trono y que no ocurra otra Sucesión de Andor.

¿Jugar a ser una Aes Sedai? Por lo visto, Gawyn no se daba cuenta del alcance del talento de su hermana. Desde que existía el reino, todas las herederas del trono de Andor habían sido enviadas a la Torre para ser entrenadas, pero Elayne era la primera con suficiente talento para alcanzar el título y ser una poderosa Aes Sedai. Probablemente, Gawyn tampoco sabía que el poder de Egwene era igualmente fuerte.

—¿Así que la protegerás lo quiera o no? —dijo con voz inexpresiva a fin de hacerle comprender que estaba cometiendo un error, pero él no se dio cuenta de su insinuación y asintió con la cabeza.

—Tal ha sido mi misión desde el día en que nació. Derramar mi sangre antes que se derrame la suya. Dar mi vida para salvar la de ella. Hice ese juramento cuando todavía casi no alcanzaba a verla por el borde de la cuna. Gareth Bryne tuvo que explicarme lo que significaba. Y no pienso romperlo ahora. Andor la necesita a ella más que a mí.

Lo dijo con tranquila certeza, un reconocimiento pleno de algo natural y

justo que hizo estremecer a Min. Siempre había pensado en él como un muchacho risueño y bromista, pero ahora lo veía como alguien extraño. Pensó que el Creador debía de estar cansado cuando llegó el momento de hacer a los hombres; a veces casi no parecían seres humanos.

—¿Y Egwene? ¿Qué juramento hiciste con ella?

Su semblante permaneció impávido, pero movió los pies con nerviosismo.

—Estoy preocupado por Egwene, desde luego. Y por Nynaeve. Lo que les ocurra a las compañeras de Elayne también puede ocurrirle a ella. Doy por hecho que siguen juntas, ya que cuando se encontraban aquí rara vez veía a una sin la compañía de las otras.

—Mi madre me dijo siempre que me casara con un pobre mentiroso, y tú cumples todos los requisitos, salvo porque otro se te adelantó.

—Hay cosas que están predestinadas —repuso él en voz queda—, y otras que jamás ocurrirán. Galad está deshecho por la ausencia de Egwene. —Galad era su hermanastro, y ambos habían ido a Tar Valon para entrenarse con los Guardianes, siguiendo otra tradición andoriana. Galadedrid Damodred era la clase de hombre que llevaba al extremo el hacer siempre lo correcto, según el punto de vista de Min, pero Gawyn no le veía ninguna falta. Y jamás revelaría sus sentimientos por una mujer en la que Galad había puesto su corazón.

Min habría querido sacudirlo, hacerlo entrar en razón, pero ahora no había tiempo para eso, con la Amyrlin esperando y con todo lo que tenía que contarle. Y menos aún estando Sahra presente, mirara o no con ojos de cordero al joven.

—Gawyn, la Amyrlin me está esperando. ¿Dónde podemos encontrarnos cuando haya acabado de hablar con ella?

—Estaré en el patio de entrenamiento. El único momento en que olvido mi preocupación es mientras practico esgrima con Hammar. —Hammar era el Maestro de Armas y el Guardián que enseñaba esgrima—. Casi todos los días estoy allí hasta que el sol se pone.

—Entonces, de acuerdo. Iré tan pronto como me sea posible. Y procura tener cuidado con lo que dices. Si has hecho que la Amyrlin se enfade contigo, puede que repercuta en perjuicio de Elayne y Egwene.

—Eso no puedo prometerlo —dijo firmemente—. Algo va mal en el mundo. Cairhien se desangra en una guerra civil. Lo mismo, y aun peor, ocurre en Tarabon y en Arad Doman. Surgen falsos Dragones. Hay problemas y rumores por todas partes. No digo que la Torre esté tras ello, pero incluso aquí las cosas no son como deberían ser. O como parecen. La desaparición de Elayne y de Egwene no es el meollo de todo, pero sí una parte que me concierne. Descubriré dónde están, y si han sufrido algún daño... Si han muerto...

Su gesto se tornó ceñudo y por un instante su rostro volvió a ser aquella máscara sangrienta. Ahora, además, una espada flotaba encima de su cabeza, y detrás ondeaba una bandera. El arma, de empuñadura larga para asirla con las dos manos, muy semejante a las que utilizaban los Guardianes, tenía una garza grabada en su hoja ligeramente curvada, el símbolo de un maestro de la esgrima, y Min no estaba segura de si le pertenecía a Gawyn o lo amenazaba. El estandarte lucía el sello de Gawyn, el Jabalí Blanco, pero sobre campo verde, en lugar del rojo de Andor. Tanto la espada como la bandera desaparecieron con la sangre.

Librodot

—Ten cuidado, Gawyn. —Lo dijo con doble sentido: cuidado con lo que decía y cuidado por algo que no podía explicar, ni siquiera a sí misma—. Debes ser muy prudente.

Los ojos del joven escudriñaron su rostro con atención, como si hubiera captado un significado más profundo en su advertencia.

—Lo intentaré —dijo finalmente. Esbozó una sonrisa, casi igual a la que ella recordaba, pero saltaba a la vista que era forzada—. Supongo que será mejor que regrese al patio de entrenamiento si no quiero quedarme retrasado con Galad. Conseguí alzarme con dos victorias de cinco contra Hammar esta mañana, pero Galad tuvo tres la última vez que se molestó en ir a los entrenamientos. —De repente dio la impresión de que la veía por primera vez, y su sonrisa se tornó sincera—. Deberías llevar vestido más a menudo. Te sienta bien. Y recuerda, estaré allí hasta la puesta de sol.

Mientras se alejaba caminando con un estilo muy parecido a la peligrosa gracia de un Guardián, Min reparó en que estaba alisándose el vestido sobre las caderas, y de inmediato dejó de hacerlo.

«¡Que la Luz fulmine a todos los hombres!», rezongó para sus adentros.

Sahra soltó el aire como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Es muy apuesto, ¿verdad? —dijo soñadoramente—. No tan atractivo como lord Galad, desde luego. Y lo conocéis, ¿no? —Era casi una pregunta, pero sólo casi.

Min hizo eco del suspiro de la novicia. La muchacha hablaría con sus amigas en los aposentos de las novicias, y el hijo de la reina era un tema habitual, sobre todo siendo apuesto y teniendo ese aire de héroe de una historia de juglar. El que conociera a una extraña mujer serviría de acicate para dar un nuevo interés a las especulaciones, pero no podía hacerse nada para remediarlo. En cualquier caso, ya no podía perjudicarlo.

—La Sede Amyrlin estará preguntándose por qué no hemos entrado —dijo.

Sahra volvió a la realidad con un respingo; tragó saliva con esfuerzo. Agarró a Min por una manga, se apresuró a abrir una de las puertas, y tiró de Min hacia el interior. En el momento en que estuvieron dentro, la novicia hizo una precipitada reverencia y el pánico la hizo hablar atropelladamente:

—La he traído, Leane Sedai. Es la señora Elmindreda. ¿Desea la Sede Amyrlin recibirla?

La mujer alta, de tez cobriza, que había en la antesala llevaba la estola de un palmo de ancho propia de la Guardiana de las Crónicas, de color azul para mostrar que procedía del Ajah de ese color. Con los puños en las caderas, esperó a que la jovencita terminara de hablar.

—Mucho has tardado en hacerlo, muchacha. Regresa a tus quehaceres —la despidió.

Sahra hizo una última reverencia y se escabulló con tanta rapidez como había entrado.

Min permaneció con la mirada gacha, la capucha todavía echada sobre la cabeza. Meter la pata delante de Sahra ya había sido bastante malo, aunque por lo menos la novicia no sabía su nombre, pero Leane la conocía mejor que cualquier otra persona de la Torre a excepción de la Amyrlin. Min estaba segura de que a estas alturas poco importaba ya, pero, después de lo ocurrido en el pasillo, tenía intención de atenerse a las instrucciones de Moraine hasta que se encontrara a solas con la Amyrlin.

Esta vez sus precauciones no sirvieron de nada. Leane adelantó dos

Librodot

pasos, le retiró la capucha, y gimió como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Min levantó la cabeza y le sostuvo la mirada con actitud desafiante, intentando fingir que su intención no era pasar inadvertida. El cabello liso y oscuro, sólo un poco más largo que el suyo propio, enmarcaba el rostro de la Guardiana; la expresión de la Aes Sedai era una mezcla de sorpresa y desagrado por haberse dejado sorprender.

—Así que eres Elmindreda —dijo Leane enérgicamente—. He de decir que te sienta mejor ese vestido que tu ropa... habitual.

—Llamadme Min, Leane Sedai, por favor. —Min se las arregló para guardar la compostura, aunque le costaba evitar mirar duramente a la Guardiana, en cuya voz había un timbre zumbón. Si su madre había querido ponerle el nombre de un personaje de un relato ¿por qué tuvo que ser el de una mujer que estaba todo el tiempo dedicando suspiros a los hombres o despertando su inspiración para componer canciones referentes a sus ojos o a su sonrisa?

—De acuerdo, Min. No preguntaré dónde has estado ni por qué has vuelto ataviada con un vestido y con la aparente intención de hacer una pregunta a la Amyrlin. Al menos, de momento no. —Su expresión dejaba muy claro que pensaba hacerlo más adelante y que no se conformaría con cualquier respuesta—. Supongo que la madre sabe quién es Elmindreda, ¿verdad? Sí, por supuesto. Debí suponerlo cuando ordenó que se te hiciera pasar de inmediato, y sola. Sólo la Luz sabe por qué te soporta. —Hizo una pausa y frunció el entrecejo—. ¿Qué pasa, muchacha? ¿Estás enferma?

Min se esforzó por mantener un gesto inexpresivo.

—No. No, estoy bien. —Durante un instante la Guardiana la había mirado a través de una máscara transparente de su propio semblante, una máscara crispada en un grito—. ¿Puedo entrar ya, Leane Sedai?

Leane la observó intensamente un momento más y después señaló la puerta de la cámara con un gesto brusco de la cabeza.

—Pasa —dijo.

La premura con que Min obedeció la orden habría satisfecho a la persona más exigente.

El estudio de la Sede Amyrlin había estado ocupado por muchas mujeres importantes y poderosas a lo largo de los siglos y la estancia estaba llena de recordatorios al respecto, desde una alta chimenea totalmente construida con mármol dorado de Kandor, ahora apagada, hasta el revestimiento de las paredes con entrepaños de una madera pálida y de extraño veteado, dura como el hierro y, aun así, trabajada con tallas que representaban bestias fabulosas y aves de singular plumaje. Dichos paneles se habían traído de las tierras misteriosas que había más allá del Yermo de Aiel, hacía más de un milenio, y la chimenea era el doble de antigua. Las baldosas de piedra roja pulida procedían de las Montañas de la Niebla. Los altos ventanales de medio punto se abrían a una balconada; la piedra tornasolada que enmarcaba los ventanales brillaba como perlas, y había sido rescatada de las ruinas de una ciudad que se hundió en el Mar de las Tormentas durante el Desmembramiento del Mundo; nunca se había visto cosa parecida.

La actual ocupante, sin embargo, Siuan Sanche, era hija de un pescador de Tear, y los muebles que había elegido eran austeros aunque bien construidos y pulidos por el tiempo y la cera. Estaba sentada en una sólida silla, detrás de una mesa grande y tan simple que no habría

desentonado en una granja. La única otra silla que había en el estudio era igualmente sencilla, y por lo general estaba colocada a un lado, pero ahora se encontraba delante de la mesa, encima de una pequeña alfombra teariana con un simple diseño en colores azul, marrón y dorado. Media docena de libros descansaban, abiertos, sobre atriles repartidos por la estancia. Eso era todo. Encima de la chimenea colgaba una pintura que representaba pequeños botes de pesca faenando en los cañaverales de los Dedos del Dragón, como lo había hecho el bote de su padre.

A primera vista y a despecho de sus suaves rasgos, Siuan Sanche tenía la misma apariencia sencilla que sus muebles. También era recia, más atractiva que hermosa, y el único adorno de su atuendo era la ancha estola de la Sede Amyrlin que llevaba, con una franja de cada color de los siete Ajahs. Como ocurría con cualquier Aes Sedai, era imposible determinar su edad; en su oscuro cabello no había el menor atisbo de canas. Pero sus penetrantes ojos azules no admitían tonterías, y su firme mandíbula denotaba la férrea determinación de la mujer más joven que había sido elegida Sede Amyrlin. Durante más de diez años, Siuan Sanche había convocado a dirigentes y a poderosos, y ellos habían acudido a su llamada aun en el caso de que odiaran y temieran a la Torre Blanca y las Aes Sedai.

Mientras la Amyrlin rodeaba la mesa hacia la parte delantera, Min soltó el bulto en el suelo e inició una torpe reverencia, mascullando para sus adentros por tener que hacerlo. No es que quisiera ser irrespetuosa —tal cosa ni siquiera se le pasaba por la cabeza a cualquiera que estuviera frente a una mujer como Siuan Sanche— pero la inclinación que habría hecho normalmente con su atuendo habitual resultaría absurda llevando vestido, y sólo tenía una ligera idea de cómo se hacía una reverencia.

Con la rodilla medio doblada y las faldas extendidas, se quedó paralizada como una rana a punto de saltar. Siuan estaba en pie ante ella tan regia como cualquier soberana, pero durante un instante Min la vio tendida en el suelo, desnuda. Aparte de no llevar nada puesto, había algo chocante en la imagen, pero se desvaneció antes de que Min pudiera captar qué era. Era la visión más fuerte que jamás había experimentado y, sin embargo, no tenía la menor idea de su significado.

—Otra vez vuelves a ver cosas, ¿no es cierto? —dijo la Amyrlin—. Bien, no te quepa duda de que sacaré partido de esa habilidad tuya, como podría haberlo hecho durante todos los meses que has estado ausente. Pero no hablemos de ello. Lo hecho, hecho está. La Rueda teje los hilos a su voluntad. —Esbozó una sonrisa tirante—. Mas, si vuelves a marcharte, me haré unos guantes con tu piel. Levántate, muchacha. Leane me atosiga con tanta ceremonia en un solo mes que cualquier mujer sensata tendría de sobra para un año. Además, no tengo tiempo para eso, y menos en la actualidad. Bien ¿qué es lo que acabas de ver?

Min se levantó lentamente. Era un alivio encontrarse de nuevo con alguien que sabía lo de su talento, aunque ese alguien fuera la propia Sede Amyrlin. Con ella no tenía que ocultar lo que había visto. Todo lo contrario.

—Estabais... No llevabais nada de ropa. Yo no... no sé lo que significa, madre.

Siuan soltó una risa corta, seca.

—Sin duda voy a tener un amante. Pero tampoco tengo tiempo para eso. No lo hay para guiñar el ojo a los hombres cuando se está ocupada achicando agua para que no se hunda la nave.

—Tal vez —repuso Min lentamente. Podría significar eso, pero lo dudaba—. Simplemente, lo ignoro. Pero, madre, he estado viendo cosas desde el primer momento en que entré en la Torre. Va a ocurrir algo malo, algo terrible.

Empezó relatando lo de las Aes Sedai del vestíbulo y siguió con todo cuanto había visto, así como su significado cuando estaba segura de ello. No obstante, omitió gran parte de lo que Gawyn le había dicho; no tendría sentido su recomendación de que no enfureciera a la Sede Amyrlin si lo hacía ella al contarle ciertas cosas. Todo lo demás lo expuso tal como lo había visto, con total rigor. Dejó entrever parte de su temor al sacarlo a la luz, como si volviera a verlo; la voz le temblaba cuando acabó de hablar.

La expresión de la Amyrlin no se alteró en ningún momento.

—Así que has hablado con el joven Gawyn —dijo cuando Min terminó—. Bien, creo que podré convencerlo para que guarde silencio. Y en cuanto a Sahra, si lo que recuerdo de ella es correcto, convendrá que pase algún tiempo trabajando en el campo. No podrá propagar chismes mientras cava un huerto con la azada.

—No comprendo —dijo Min—. ¿Por qué tiene Gawyn que guardar silencio? ¿Acerca de qué? Yo no le conté nada. ¿Y Sahra? Madre, quizá no he sabido explicarme bien. Van a morir Aes Sedai y Guardianes, y eso tiene que significar una batalla. Y, a menos que mandéis lejos a un montón de Aes Sedai y de Guardianes, así como sirvientes, porque también vi sirvientes muertos y heridos... A menos que toméis esa medida, la batalla tendrá lugar aquí. ¡En Tar Valon!

—¿Es eso lo que viste? —demandó la Amyrlin—. ¿Una batalla? ¿Lo sabes por tu... tu talento o sólo es una suposición?

—¿Y qué otra cosa podía ser? Al menos cuatro Aes Sedai pueden darse por muertas. Madre, sólo he puesto los ojos en nueve personas, incluida vos, desde que entré, ¡y cuatro de ellas van a morir! Eso sin contar a los Guardianes... ¿Qué más podría significar?

—Muchas cosas. Más de las que quisiera imaginar —repuso Siuan con aire sombrío—. ¿Cuándo? ¿Cuánto falta para que ocurra... eso?

—No lo sé. —Min sacudió la cabeza—. Gran parte de ello ocurrirá en el transcurso de un día, puede que dos, pero igual podría ser mañana que dentro de un año. O diez.

—Recemos para que sean diez. Si fuera mañana, poco podría hacer para evitarlo.

Min se encogió. Sólo otras dos Aes Sedai aparte de Siuan Sanche sabían lo de su talento: Moraine y Verin Mathwin, que había intentado estudiar su talento. Una y otra sabían tanto como ella de cómo funcionaba, es decir, nada, aparte de que no tenía nada que ver con el Poder. Quizá fuera sólo por ese motivo por lo que Moraine parecía capaz de aceptar el hecho de que, cuando sabía el significado de una visión, ocurría.

—Tal vez sean los Capas Blancas, madre. Estaban por todas partes en Alindaer cuando crucé el puente. —No creía que los Hijos de la Luz tuvieran algo que ver con lo que se avecinaba, pero era reacia a decir lo que pensaba. Lo que pensaba, no lo que sabía; empero, ya era bastante malo.

Pero la Amyrlin estaba sacudiendo la cabeza antes de que terminara de hablar.

—Intentarían algo si estuvieran en disposición de hacerlo, no me cabe la menor duda. Les encantaría atacar la Torre, pero Elmon Valda no actuará

abiertamente sin órdenes directas del capitán general, y Pedron Niall no atacará a menos que crea que estamos debilitados. Conoce muy bien nuestra fuerza para cometer una necedad. Durante mil años los Capas Blancas han actuado así: cazones en las redes, que aguardan un atisbo de sangre Aes Sedai en el agua. Pero hasta ahora no nos han visto heridas ni lo harán si yo puedo evitarlo.

—Sin embargo, si Valda intentara algo por su cuenta...

—Sólo cuenta con quinientos hombres en las inmediaciones de Tar Valon, muchacha —la interrumpió Siuan—. Despachó al resto hace semanas, a ocasionar problemas en otra parte. Las Murallas Resplandecientes rechazaron a los Aiel, y también a Artur Hawkwing. Valda jamás entrará en Tar Valon a menos que la ciudad se desmorone desde dentro. —El timbre de su voz no cambió al proseguir—: Pones mucho interés en convencerme de que los problemas vendrán por parte de los Capas Blancas. ¿Por qué? —En sus ojos no había rastro de dulzura.

—Porque es lo que quiero creer —farfulló Min. Se humedeció los labios y articuló las palabras que no deseaba pronunciar—: El collar de plata que vi en una de las Aes Sedai, madre, parecía... Parecía uno de los que... de esos que los seanchan utilizan para... para controlar a las mujeres capaces de encauzar. —Su voz se fue apagando a medida que la boca de Siuan se torcía en un gesto de asco.

—Unos objetos repugnantes —gruñó la Amyrlin—. Claro que mucha gente no cree ni una cuarta parte de lo que se cuenta de los seanchan. Es distinto tratándose de los Capas Blancas. Si los seanchan vuelven a desembarcar en cualquier parte, lo sabré en cuestión de días mediante palomas mensajeras, y hay un largo trecho desde el mar hasta Tar Valon. Si reaparecen, se me avisará con tiempo suficiente. No, me temo que lo que has visto sea algo aun peor que los seanchan. Me temo que sólo puede tratarse del Ajah Negro. Únicamente un puñado de nosotras estamos enteradas de su existencia, y no quiero pensar lo que ocurrirá cuando la noticia sea de dominio público, pero ellas son la mayor y más inmediata amenaza para la Torre.

Min se dio cuenta de que estaba aferrando la falda con tanta fuerza que las manos le dolían; tenía la boca seca como estropajo. La Torre Blanca siempre había negado la existencia de un Ajah secreto, dedicado al Oscuro. El modo infalible para encolerizar a una Aes Sedai era hacer una simple mención al respecto; en consecuencia, el que la Sede Amyrlin admitiera con tanta naturalidad que el Ajah Negro era algo real, hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Min.

Como si no hubiera dicho nada fuera de lo normal, la Amyrlin prosiguió:

—Pero no has venido desde tan lejos sólo para tener tus visiones. ¿Qué noticias traes de Moraine? Sé que el caos reina desde Arad Doman hasta Tarabon, por no hablar de cosas peores. —Sí, aquello no era lo peor, desde luego; los hombres que apoyaban al Dragón Renacido luchaban contra los que se oponían a él, y los dos países se debatían en una guerra civil mientras ellos todavía combatían por el dominio del llano de Almoth. El tono de Siuan desestimó todo eso como un pormenor—. Pero hace meses que no sé nada de Rand al'Thor, y él es foco de todo. ¿Dónde está? ¿En qué lo tiene ocupado Moraine? Siéntate, muchacha. Siéntate. —Señaló la silla que había frente a la mesa.

Librodot

Min se acercó sosteniéndose apenas en las temblorosas piernas y se dejó caer en ella pesadamente. «El Ajah Negro. ¡Oh, Luz!» Se suponía que las Aes Sedai eran representantes de la Luz. Aunque nunca hubiera confiado realmente en ellas, tal premisa era algo que siempre había dado por hecho. Las Aes Sedai, y su poder, representaban la Luz contra la Sombra. Sólo que ahora tal cosa había dejado de ser verdad.

—Va camino de Tear —respondió, aunque apenas si se oyó a sí misma.

—¡A Tear! Entonces, su objetivo es *Callandor.* Lo que intenta Moraine es que saque la Espada que no Puede Tocarse de la Ciudadela de Tear. ¡Juro que la colgaré a secar al sol! ¡Haré que desee volver a ser una simple novicia! ¡Rand no puede estar preparado todavía para dar ese paso!

—No fue... —Min tuvo que aclararse la garganta—. No fue idea de Moraine. Rand se marchó en mitad de la noche, solo. Los otros lo siguieron, y Moraine me envió para que os lo dijera. A estas alturas es posible que hayan llegado a Tear. Por lo que sé, *Callandor* podría estar en su poder en este momento.

—¡Condenado sea! —bramó Siuan—. ¡En este momento podría estar muerto! Ojalá no hubiera oído una palabra de las Profecías del Dragón. Si estuviera en mi mano evitar que se enterara de algo más, lo haría.

—Pero ¿es que no tiene que cumplir las Profecías? No lo entiendo.

La Amyrlin se recostó en la mesa con aire cansado.

—¡Como si alguien entendiera la mayoría de ellas! No son las Profecías lo que lo hacen ser el Dragón Renacido; lo único que hace falta es que él lo admita, y tiene que haberlo hecho cuando va por *Callandor.* El propósito de las Profecías es anunciar al mundo quién es él para prepararlos, tanto al uno como al otro, para lo que se avecina. Si Moraine es capaz de ejercer algún control sobre Rand, lo guiará hacia las Profecías de las que tenemos certeza cuando esté preparado para hacerles frente. En cuanto a lo demás, tendremos que confiar en que lo que haga sea suficiente. Esperemos. La Luz lo quiera. Por lo que sé, ya ha hecho realidad algunas Profecías que ninguna de nosotras comprendemos.

—Así que tenéis intención de controlarlo. Dijo que intentaríais utilizarlo, pero ésta es la primera vez que os he oído admitirlo. —Min sintió un gran frío en su interior. Furiosa, añadió—: No lo habéis hecho muy bien hasta ahora, vos y Moraine.

El cansancio pareció resbalar por los hombros de Siuan, que se puso de pie y miró fijamente a Min.

—Harías bien en esperar que lo consiguiéramos. ¿Acaso piensas que podemos dejarlo a su libre albedrío? Terco y obstinado, indisciplinado, falto de preparación. Puede que esté volviéndose loco ya. ¿Crees que podemos confiar al Entramado, a su *destino,* el que conserve la vida como en un bonito cuento? Esto no es un relato y él no es un héroe invencible. Si su hilo se rompe en el Entramado, la Rueda del Tiempo no notará su ausencia, y el Creador no realizará milagros para salvarnos. Si Moraine es incapaz de tomar rizos a sus velas, es muy probable que Rand consiga que lo maten, y entonces ¿dónde estaremos? ¿En qué situación se encontrará el mundo? La prisión del Oscuro está debilitándose. Volverá a tocar el mundo; sólo es cuestión de tiempo. Si Rand al'Thor no está para hacerle frente en la Última Batalla, si ese testarudo y necio joven consigue que lo maten antes, el mundo está condenado. La Guerra del Poder se repetirá, y esta vez sin Lews Therin y sus Cien Compañeros. Y sólo habrá fuego y oscuridad para

siempre. —Enmudeció de repente y observó a Min de hito en hito—. Vaya, así que por ahí sopla el viento, ¿no? Rand y tú. No esperaba esto.

Min sacudió la cabeza enérgicamente; sintió arderle las mejillas.

—¡Por supuesto que no! Sólo estaba... Es por lo de la Última Batalla y lo del Oscuro. ¡Luz! Sólo pensar que el Oscuro pueda quedar libre debe bastar para helarle la médula a un Guardián. Y lo del Ajah Negro...

—No intentes disimular —instó la Amyrlin bruscamente—. ¿Crees que es la primera vez que veo a una mujer asustada por la vida de su hombre? ¿Por qué no lo admites?

—De acuerdo —masculló finalmente Min, que rebulló en la silla. Los ojos de Siuan la taladraban, astutos e impacientes—. Os lo diré todo, aunque no sé de qué puede servirnos a ninguna de las dos. La primera vez que encontré a Rand, vi tres rostros de mujer, y uno de ellos era el mío. Nunca había visto nada sobre mí misma antes ni he vuelto a verlo después, pero supe lo que significaba: iba a enamorarme de él. Las tres lo amábamos.

—Tres. ¿Y quiénes son las otras dos?

—Los rostros estaban borrosos. —Min esbozó una sonrisa amarga—. No sé quiénes son.

—¿Y hay algo respecto a que él corresponda a tu amor?

—¡Nada! Ni siquiera me ha mirado dos veces. Creo que me considera como... como una hermana. ¡Así que no penséis en utilizarme para atarlo corto, porque no funcionará!

—Sin embargo, lo amas.

—No tengo elección en eso. —Min procuró hablar con un tono menos tétrico—. He intentado enfocarlo con humor, pero se me han terminado las risas. Puede que no me creáis, pero cuando sé lo que algo significa, ocurre.

La Amyrlin se dio golpecitos con el dedo en los labios mientras miraba a Min pensativamente.

Aquella mirada preocupó a Min. No había querido pasar a ocupar un primer plano en esta entrevista ni revelar tantas cosas; nada más lejos de su intención. No lo había contado todo, pero a estas alturas debería saber que no se debía dar una palanca a una Aes Sedai aun cuando ésta no supiera cómo utilizarla. Eran muy expertas en descubrir el modo de hacerlo.

—Madre, os he transmitido el mensaje de Moraine y os he dicho todo cuanto sé sobre el significado de mis visiones. No hay razón para que no pueda ponerme mis ropas y marcharme.

—¿Marcharte adónde?

—A Tear. —Después de hablar con Gawyn y asegurarse de que no hiciera una tontería. Hubiera querido preguntarle dónde estaban Egwene y las otras dos; pero, si la Amyrlin no se lo había dicho al hermano de Elayne, menos aún se lo diría a ella. Y Siuan Sanche todavía tenía aquella mirada penetrante en los ojos—. O dondequiera que esté Rand. Puede que sea una estúpida, pero no soy la primera mujer que hace el tonto por un hombre.

—Pero sí la primera que hace el tonto por el Dragón Renacido. Será peligroso estar junto a Rand al'Thor cuando el mundo descubra quién es y lo que es. Y si ahora empuña *Callandor,* el mundo lo sabrá muy pronto. La mitad querrá matarlo a toda costa, como si acabando con él pudiera impedir la Última Batalla o que el Oscuro quedara en libertad. Muchos cercanos a él morirán. Más te valdría quedarte aquí.

La Amyrlin se mostraba compasiva, pero Min no la creyó. No la creía capaz de tener ese sentimiento.

—Correré el riesgo. Tal vez pueda ayudarlo con mis visiones. Y la Torre tampoco ofrece mucha más seguridad, no mientras esté en ella una hermana Roja. Verán un hombre capaz de encauzar y olvidarán la Última Batalla y las Profecías del Dragón.

—Igual que harán muchos otros —comentó Siuan, calmosa—. Es difícil desarraigar las viejas ideas, tanto para las Aes Sedai como para los demás.

Min la miró perpleja. Siuan parecía estar de su parte en esto ahora.

—No es un secreto que soy amiga de Egwene y Nynaeve, y tampoco que ellas son del mismo pueblo que Rand. Para el Ajah Rojo, será conexión suficiente. Cuando la Torre descubra quién es él, probablemente me arrestarán antes de que acabe el día. Y lo mismo ocurrirá con Egwene y Nynaeve si no las ocultáis en alguna parte.

—En tal caso, nadie debe reconocerte. No se capturan peces si éstos ven la red. Sugiero que te olvides de tu chaqueta y tus pantalones de hombre durante un tiempo. —La Amyrlin sonreía como un gato sonríe a un ratón.

—¿Y qué pez esperáis pescar conmigo? —preguntó Min con un hilo de voz. Creía saberlo, y esperaba de todo corazón estar equivocada.

Pero su esperanza no impidió que la Amyrlin respondiera:

—Al Ajah Negro. Huyeron trece, pero temo que queden algunas más. No estoy segura de en quién puedo confiar; durante un tiempo tuve miedo de fiarme de alguien. No eres una Amiga Siniestra, lo sé, y tu peculiar talento podría sernos de ayuda. Al menos, serás otro par de ojos de confianza.

—Lo habéis planeado desde el momento en que entré, ¿verdad? Por eso es por lo que queríais que Gawyn y Sahra no lo comentaran. —La ira creció en su interior como el vapor de una tetera. Esta mujer decía «rana» y esperaba que la gente saltara. Y el que tal cosa ocurriera casi siempre sólo empeoraba las cosas. Pero ella no era ninguna rana ni la marioneta de nadie—. ¿Es eso lo que hicisteis con Egwene, Elayne y Nynaeve? ¿Enviarlas en busca del Ajah Negro? ¡Sois capaz de cualquier cosa!

—Tú lanza tus redes, muchacha, y deja que esas chicas lancen las suyas. En lo que a ti concierne, se encuentran en una granja de trabajo como castigo. ¿Me he explicado con claridad?

Aquella firme mirada hizo que Min rebullera en la silla. Era fácil desafiar a la Amyrlin... hasta que empezaba a mirarte con aquellos penetrantes y fríos ojos azules.

—Sí, madre. —La mansedumbre de esta respuesta la sacaba de quicio, pero una simple ojeada a la Amyrlin la convenció de que era mejor dejarlo estar. Pellizcó la fina lana de su vestido, como quitando motitas de polvo—. Supongo que no me moriré si llevo esto un poco más de tiempo. —De repente, Siuan parecía divertida, y Min sintió que se le ponía de punta el pelo de la nuca.

—Me temo que eso no será suficiente. Min con vestido sigue siendo Min para cualquiera que te mire de cerca. No puedes llevar puesta una capa con el embozo echado a todas horas. No, tienes que cambiar todo lo que sea factible. Para empezar, seguirás siendo Elmindreda. Después de todo, es tu nombre. —Min dio un respingo—. Tu cabello es casi tan largo como el de Leane, lo bastante para que lleves rizos. En cuanto al resto... Nunca me han gustado el colorete, los polvos y las pinturas, pero Leane recuerda cómo utilizarlos.

A Min se le habían abierto unos ojos como platos desde que sonó la palabra «rizos».

—Oh, no —exclamó.

—Nadie te identificará como la Min que viste pantalones una vez que Leane te haya convertido en una perfecta Elmindreda.

—¡Oh, no!

—En cuanto al motivo por el que te quedas en la Torre... ya encontraremos una razón adecuada para una vanidosa jovencita cuyo aspecto y forma de ser no tienen nada que ver con Min. —La Amyrlin frunció el entrecejo, sin hacer caso de los intentos que hacía Min para hablar—. Sí. Haré correr el rumor de que la dama Elmindreda alentó a dos pretendientes hasta el punto de que ha tenido que buscar refugio en la Torre hasta que decida a cuál de ellos elige. Todavía hay algunas mujeres que piden asilo cada año, y en ocasiones por motivos igualmente absurdos. —Su rostro se endureció, y la mirada de sus ojos se volvió más penetrante—. Si todavía estás pensando en ir a Tear, reflexiona. Ten en cuenta dónde podrás ser de más ayuda para Rand, si allí o aquí. Si el Ajah Negro echa abajo la Torre o, lo que es peor, se hace con el control, Rand perderá hasta el pequeño apoyo que puedo darle. Bien. ¿Qué eres? ¿Una mujer o una chiquilla ciegamente enamorada?

Estaba atrapada. Min lo veía tan claro como si llevara una argolla en el tobillo.

—¿Siempre conseguís saliros con la vuestra, madre?

—Casi siempre, muchacha. Casi siempre. —La sonrisa de la Amyrlin era aun más fría esta vez.

Elaida se acomodó el chal de flecos rojos mientras contemplaba pensativamente la puerta del estudio de la Amyrlin por la que las dos jóvenes acababan de entrar. La novicia salió casi de inmediato, echó un vistazo al rostro de Elaida y soltó un gemido que recordaba el balido de una oveja asustada. Elaida creyó reconocerla, aunque no conseguía acordarse de su nombre. Su tiempo estaba ocupado con asuntos más importantes que enseñar a unas miserables muchachas.

—¿Cómo te llamas?

—¡Sahra, Elaida Sedai! —La respuesta de la chiquilla fue un graznido entrecortado. Elaida no estaba interesada en las novicias, pero ellas la conocían, y también su reputación.

Ahora recordó a la chica. Una novelera con moderada habilidad que jamás llegaría a ser verdadero poder. No parecía probable que supiera algo más de lo que Elaida ya había oído y visto, o que recordara otra cosa que no fuera la sonrisa de Gawyn. Una estúpida. Elaida hizo un gesto con la mano, despidiéndola.

La chica saludó con una reverencia tan pronunciada que casi tocó las baldosas y luego se alejó a todo correr.

Elaida ni siquiera la vio marcharse. La hermana Roja se había dado media vuelta, la novicia olvidada ya. Echó a andar a paso vivo por el corredor sin que sus suaves rasgos denotaran la menor alteración, bien que su mente era un hervidero de ideas. Ni siquiera reparó en los sirvientes, las novicias y las Aceptadas que se apartaban precipitadamente de su camino y hacían una reverencia a su paso. Una vez estuvo a punto de chocar con una hermana Marrón que caminaba absorta, con la nariz metida en un fajo de notas. La regordeta Marrón reculó de un brinco al tiempo que soltaba un chillido sobresaltado que Elaida no oyó.

Con vestido o sin él, había reconocido a la joven que entró a ver a la Amyrlin. Era Min, la que había pasado tanto tiempo con Siuan Sanche en su primera visita a la Torre, aunque nadie sabía el motivo; la que era amiga íntima de Elayne, Egwene y Nynaeve. La Amyrlin estaba ocultando el paradero de esas tres. Elaida estaba segura de ello. Todos los informes respecto a que estaban haciendo penitencia trabajando en una granja le habían llegado de tercera o cuarta mano, procedentes de Siuan Sanche; aquello era suficiente para solapar cualquier juego de palabras destinado a eludir una mentira rotunda. Eso, por no mencionar el hecho de que todos los esfuerzos de Elaida para localizar esa granja habían sido infructuosos.

—¡Así la fulmine la Luz! —La ira se reflejó en su rostro un breve instante. No estaba segura de si su exabrupto iba dirigido a Siuan Sanche o a la heredera del trono, aunque vendría al caso a cualquiera de las dos. Una esbelta Aceptada la oyó, la miró de hito en hito y se quedó tan blanca como su vestido; Elaida siguió caminando sin reparar en ella.

Aparte de todo lo demás, la encolerizaba no poder localizar a Elayne. De vez en cuando, Elaida realizaba predicciones; aunque vaga y ocasionalmente, tenía la habilidad de ver acontecimientos futuros, cosa que no hacía ninguna otra Aes Sedai desde Gitara Moroso, muerta hacía ahora veinte años. Lo primero que Elaida predijo, cuando todavía era una Aceptada —y entonces ya estaba lo bastante advertida para no revelarle su habilidad a nadie— fue que el linaje real de Andor sería la clave para derrotar al Oscuro en la Última Batalla. Se había vinculado con Morgase tan pronto como se hizo patente que ella sería la sucesora en el trono, y había cimentado su influencia año tras año, pacientemente. Y ahora todos sus esfuerzos, todos sus desvelos y sacrificios —quizás habría sido Amyrlin de no haber dedicado todas sus energías a Andor— podían frustrarse por la desaparición de Elayne.

Hizo un gran esfuerzo para concentrarse de nuevo en lo que era importante ahora. Egwene y Nynaeve procedían del mismo pueblo que aquel extraño joven, Rand al'Thor; y Min lo conocía también, aunque había intentado ocultarlo por todos los medios. Rand al'Thor era el centro de todo.

Elaida sólo lo había visto una vez; se suponía que era un pastor de Dos Ríos, en Andor, pero tenía toda la apariencia de un Aiel. La predicción le llegó al verlo. Era un *ta'veren,* una de las contadas personas que, en lugar de ser tejidas en el Entramado a voluntad de la Rueda del Tiempo, obligaban al Entramado a tejer los hilos vitales a su alrededor, al menos durante un tiempo. Y Elaida había visto caos en torno a él, división y contiendas en Andor, y quizás en más partes del mundo. Pero Andor debía mantenerse incólume, ocurriera lo que ocurriera; aquella primera predicción la convenció de ello.

Había más hilos, suficientes para atrapar a Siuan en su propia red. Si se daba crédito a los rumores, había tres *ta'veren,* no sólo uno, todos ellos del mismo pueblo, Campo de Emond, y todos más o menos de la misma edad, hecho lo bastante extraño para levantar un montón de chismes en la Torre. Y en el viaje de Siuan a Shienar, hacía casi un año, los había visto e incluso había hablado con ellos: Rand al'Thor, Perrin Aybara y Matrim Cauthon. Se decía que era mera coincidencia, un hecho fortuito. Eso era lo que se comentaba. Quienes lo decían, ignoraban lo que Elaida sabía.

Cuando Elaida vio al joven al'Thor, fue Moraine quien se lo había llevado de manera clandestina y quien lo había acompañado a él y a los

otros dos *ta'veren* a Shienar. Moraine Damodred, que había sido la mejor amiga de Siuan Sanche cuando eran novicias. Si Elaida fuera de las que hacían apuestas, habría apostado que nadie más en la Torre recordaba esa amistad. El día que adquirieron el rango de Aes Sedai, al final de la Guerra de Aiel, Siuan y Moraine se habían separado y después se comportaron casi como si fueran desconocidas. Pero Elaida había sido una de las Aceptadas encargadas de aquellas dos novicias, les había impartido las enseñanzas y las había reprendido por su pereza en las tareas, según recordaba. Casi no daba crédito al hecho de que su confabulación viniera desde tan lejos —al'Thor debía de haber nacido poco antes de eso—, pero aquél era el único eslabón que los conectaba a todos. Y para ella bastaba.

Lo que quiera que fuera que Siuan se traía entre manos, había que impedirlo. El tumulto y el caos se multiplicaban por doquier. El Oscuro acabaría escapando de su prisión —la sola idea hizo que Elaida sintiera un escalofrío y tuvo que ajustarse el chal— y la Torre tenía que mantenerse apartada de las disputas mundanales para hacer frente a aquello. La Torre había de tener libertad para tirar de los hilos a fin de que las naciones permanecieran unidas, libres de los problemas que Rand al'Thor causaría. Fuera como fuera, había que impedirle que destruyera Andor.

No le había contado a nadie lo que sabía de al'Thor, ya que tenía intención de encargarse de él discretamente, si ello era posible. El consejo de la Antecámara de la Torre ya había hablado de vigilar e incluso guiar a estos *ta'veren*; jamás acordarían deshacerse de ellos, de uno de ellos en particular, del único modo que debía hacerse. Por el bien de la Torre. Por el bien del mundo.

Hizo un sonido gutural, casi un gruñido. Siuan había sido siempre testaruda, hasta en sus tiempos de novicia; siempre se había dado mucha importancia para ser la hija de un pobre pescador, pero ¿cómo podía ser tan necia para mezclar a la Torre en esto sin informar a la Antecámara? Ella sabía tan bien como cualquiera lo que se avecinaba. Sólo había una cosa que podía ser peor…

Elaida se paró en seco y se quedó mirando al vacío. ¿Sería posible que ese tal al'Thor tuviera capacidad de encauzar? ¿O alguno de los otros dos? Ellos, no; en todo caso, al'Thor. No. Imposible. Ni siquiera Siuan tocaría a uno de ésos. No podía.

—¿Y quién sabe lo que esa mujer es capaz de hacer? —masculló—. Jamás fue la persona adecuada para el puesto de Sede Amyrlin.

—¿Hablando con vos misma, Elaida? Sé que vosotras, las Rojas, nunca tenéis amigas fuera de vuestro Ajah, pero dentro de él vos sí las tendréis, ¿verdad?

Elaida volvió la cabeza para mirar a Alviarin. La Aes Sedai de cuello de cisne sostuvo su mirada con la insufrible frialdad propia del Ajah Blanco. No había cariño entre las hermanas Rojas y las Blancas; habían mantenido posiciones enfrentadas en la Antecámara de la Torre desde hacía un millar de años. Las Blancas estaban de parte de las Azules, y Siuan había pertenecido al Ajah Azul. Pero el Ajah Blanco se preciaba de proceder por la desapasionada imparcialidad de la lógica.

—Acompañadme —dijo Elaida. Alviarin vaciló un instante antes de aceptar y echar a andar a su lado.

Al principio, la hermana Blanca enarcó una ceja con gesto despectivo al escuchar lo que Elaida tenía que decirle respecto a Siuan, pero antes de que

acabara de hablar su frente estaba fruncida en una expresión concentrada.

—No tenéis prueba de nada... impropio —adujo cuando Elaida se calló finalmente.

—Aún no —respondió la Roja con firmeza. Se permitió esbozar una sonrisa tirante cuando Alviarin asintió en silencio. Era un comienzo. De un modo u otro, se pararía a Siuan antes de que destruyera la Torre.

Escondido entre los árboles caducos de un frondoso soto, en lo alto de la margen septentrional del río Taren, Dain Bornhald echó hacia atrás su blanca capa con el emblema de un ardiente sol dorado en el pecho, y atisbó por las lentes del tubo de cuero endurecido. Una nube de minúsculos bitemes zumbaba alrededor de su rostro, pero hizo caso omiso de ellos. En el pueblo de Embarcadero de Taren, al otro lado del río, las casas altas se alzaban sobre elevados cimientos como protección de las inundaciones que se repetían cada primavera. Los habitantes del pueblo se asomaban a las ventanas y salían a los pórticos para ver a los treinta jinetes de blancas capas montados en sus caballos y luciendo petos y cotas de malla. Una delegación de hombres y mujeres sostenía una entrevista con los jinetes o, por lo que Bornhald alcanzaba a ver, más bien escuchaba a Jaret Byar, lo que era mucho mejor.

Bornhald casi podía escuchar la voz de su padre: «Si les dejas que crean que hay una oportunidad, algún necio intentará aprovecharla. Entonces habrá que matar a ese necio, y otro intentará vengar al primero, así que habrá que volver a matar. Infunde en ellos el temor a la Luz desde el principio, hazles comprender que nadie sufrirá daño si hacen lo que se les dice, y no tendrás problemas».

Su mandíbula se puso tensa al pensar en su padre, ahora muerto. Iba a hacer algo al respecto, y pronto. Estaba seguro de que solamente Byar sabía por qué se había apresurado a aceptar esta misión en una comarca perdida en lo más remoto de Andor, y Byar no diría una palabra. El oficial había sido tan fiel al padre de Dain como un perro guardián, y había traspasado toda esa lealtad al hijo. Bornhald no había dudado un solo instante en nombrar a Byar su segundo cuando Elmon Valda le encargó esta misión.

Byar hizo volver grupas a su caballo y regresó cabalgando al transbordador. De inmediato, los hombres que manejaban la barcaza soltaron amarras y empezaron a tirar de los cabos para hacerla avanzar a través del caudaloso cauce. Byar observaba ceñudo a los hombres de los cabos, y ellos le echaron miradas nerviosas mientras hacían el recorrido completo hacia atrás y volvían a la parte delantera para coger los cables y empezar a tirar de nuevo. Todo parecía normal.

—Lord Bornhald...

Dain bajó el catalejo y volvió la cabeza. El hombre de rostro severo que había aparecido detrás de él estaba firme, mirando al frente bajo el yelmo cónico. A pesar del duro viaje desde Tar Valon, en el cual Bornhald había metido prisa kilómetro tras kilómetro, su armadura relucía tan impecable como su nívea capa con el rutilante sol dorado.

—¿Qué ocurre, Ivon?

—Me envía el centurio Farran, milord. Son los gitanos. Ordeith estaba hablando con tres de ellos, milord, y ahora han desaparecido los tres.

—¡Rayos y centellas! —Bornhald giró sobre sus talones y regresó precipitadamente hacia los árboles, seguido de cerca por Ivon.

Fuera de la vista del río, varios jinetes Capas Blancas cubrían los huecos entre los árboles, sosteniendo la lanza con despreocupada familiaridad o con el arco presto y apoyado sobre la perilla de la silla. Los caballos pateaban con impaciencia y sacudían las colas. Los jinetes aguantaban la espera con más estoicismo; ésta no sería la primera vez que cruzaban un río para entrar en territorio desconocido, y en esta ocasión nadie intentaría impedírselo. En el amplio claro que se abría detrás de los jinetes había una caravana de los Tuatha'an, el Pueblo Errante. Gitanos. Cerca de un centenar de carromatos tirados por caballos, semejantes a pequeñas casas cuadradas sobre ruedas, ofrecían un panorama de abigarrados colores que hacía daño a los ojos: rojo, verde, amarillo y cualquier tonalidad imaginable en combinaciones que sólo podían ser del agrado de un gitano. Ellos mismos vestían ropas que hacían palidecer el aspecto de los carros. Estaban sentados en el suelo, en un gran grupo arracimado, y contemplaban a los hombres a caballo con una extraña calma que irritaba; el débil llanto de un niño fue acallado enseguida por su madre. Cerca, los cadáveres de unos mastines formaban un montón sobre el que ya zumbaban las moscas. Los gitanos no levantarían una mano para defenderse, y los gruñidos de los perros habían sido más un alarde que agresividad, pero Bornhald no quiso correr riesgos.

Seis hombres era lo que consideró necesario para vigilar a los gitanos. A pesar del gesto rígido de sus semblantes, parecían azorados. Nadie miraba al séptimo jinete montado en un caballo cerca de los carros, un hombrecillo flaco con una gran nariz que llevaba una chaqueta gris que parecía demasiado grande para él a pesar de la calidad de su corte. Farran, un hombretón barbudo que a pesar de su gran tamaño era muy ágil, miraba ferozmente a los siete por igual. El centurio llevó la mano enguantada al pecho en un saludo, pero dejó que fuera Bornhald el que llevara toda la conversación.

—Quiero hablar con vos, maese Ordeith —dijo Dain en tono quedo. El hombrecillo flaco ladeó la cabeza y contempló largamente a Bornhald antes de desmontar. Farran gruñó, pero Dain mantuvo el tono de voz bajo—. Tres de los gitanos han desaparecido, maese Ordeith. ¿Acaso habéis puesto en práctica vuestra propia sugerencia?

Las primeras palabras que habían salido de la boca de Ordeith cuando vio a los gitanos fueron: «Matadlos. No son de utilidad». El propio Bornhald había matado a muchos hombres, pero jamás alcanzó esa indiferencia con que el hombrecillo había hablado.

Ordeith se frotó la larga nariz con un dedo.

—Vaya, ¿y por qué iba a matarlos? Sobre todo después de la reprimenda que me echasteis por sugerirlo. —Su acento lugareño era más acentuado hoy; aparecía y desaparecía sin que él pareciera advertirlo, otro detalle acerca de él que incomodaba a Bornhald.

—¿Los dejasteis pues escapar?

—Bueno, en cuanto a eso, me llevé a unos cuantos a un sitio donde pudiera descubrir lo que sabían. Sin que nadie me molestara, ¿comprendéis?

—¿Lo que sabían? En nombre de la Luz, ¿qué van a saber unos gitanos que nos interese?

—Eso nunca se sabe hasta que se pregunta, ¿no es cierto? No hice gran daño a ninguno de ellos, y les dije que regresaran a los carros. ¿Quién iba a

imaginar que tendrían arrestos para huir habiendo tantos hombres vuestros por los alrededores?

Bornhald se dio cuenta de que estaba rechinando los dientes. Sus órdenes habían sido que se reuniera cuanto antes con este tipo extraño, el cual tendría más órdenes para él. A Bornhald no le gustaba ninguna de ellas, aunque tanto unas como otras llevaban el sello y la firma de Pedron Niall, capitán general de los Hijos de la Luz.

Eran muchas las cosas que no habían quedado claras, empezando por el rango exacto de Ordeith. El que el tal Ordeith estuviera bajo su mando también había sido algo impreciso, y no le gustaba la marcada implicación de que debería tomar en cuenta el consejo de este individuo. Hasta el motivo de enviar a tantos Hijos a este lugar atrasado había sido vago. Eliminar Amigos Siniestros, por supuesto, y difundir la Luz; eso se daba por entendido. Pero que casi media legión entrara en territorio andoriano sin permiso... La orden corría un gran riesgo si la noticia llegaba a oídos de la reina en Caemlyn; demasiado, tomando en cuenta las escasas explicaciones dadas a Bornhald.

Todo volvía a Ordeith. Bornhald no comprendía por qué el capitán general confiaba en este hombre, con sus astutas sonrisas, sus malos humores y sus miradas altivas; nunca se sabía con qué tipo de hombre se estaba hablando. Por no mencionar su acento cambiante a mitad de una frase. Los cincuenta Hijos que habían acompañado a Ordeith eran los tipos más hoscos y ceñudos que Bornhald había visto nunca. Estaba convencido de que Ordeith en persona los había elegido uno por uno para conseguir tantos gestos avinagrados, y ello decía mucho de la clase de hombre que escogería a gente así. No se salvaba ni su nombre, Ordeith, que en la Antigua Lengua significaba «ajenjo». Con todo, Bornhald tenía sus propias razones para estar allí. Cooperaría con el hombre, ya que tenía que hacerlo. Pero sólo hasta donde fuera su obligación.

—Maese Ordeith —dijo, cuidando de dar a su voz un tono inexpresivo—, este transbordador es la única vía para entrar o salir de la comarca de Dos Ríos. —Eso no era del todo cierto. Según el mapa que tenía en su poder, no había ningún otro modo de cruzar el Taren excepto éste, y los tramos altos del Manetherendrelle, que bordeaban la región por el sur, no tenían vados, mientras que hacia el este se extendían ciénagas y pantanos. Aun así, tenía que haber una vía por el oeste, a través de las Montañas de la Niebla, aunque su mapa terminara al borde de la cordillera. Empero, en el mejor de los casos sería un cruce duro al que muchos de sus hombres no sobrevivirían, y no estaba dispuesto a permitir que Ordeith conociera esa pequeña posibilidad—. Cuando llegue el momento de regresar, si me encuentro con soldados andorianos defendiendo esta orilla del río, vos estaréis en primera fila para cruzar. Encontraréis muy interesante comprobar de cerca lo difícil que es abrirse camino a la fuerza a través de un río con la anchura de éste, ¿no creéis?

—Ésa es vuestra primera orden, ¿verdad? —En la voz de Ordeith había un timbre burlón—. Puede que esto figure como parte de Andor en un mapa, pero Caemlyn no ha enviado recaudadores de impuestos hasta tan lejos al oeste desde hace generaciones. Aunque estos árboles hablaran, ¿quién daría crédito a tres gitanos? Si pensáis que el riesgo es tan grande, recordad de quién es el sello plasmado en vuestras órdenes.

Farran dirigió una mirada a Bornhald e hizo intención de llevar la mano

Librodot

a la espada, pero Dain sacudió la cabeza levemente, y el oficial detuvo el gesto de la mano.

—Tengo intención de cruzar el río, maese Ordeith. Lo haré aunque la siguiente noticia que reciba sea que Gareth Bryne y los guardias de la reina estarán aquí al anochecer.

—Por supuesto —convino Ordeith, que de repente adoptó una actitud conciliatoria—. Habrá tanta gloria aquí como en Tar Valon, os lo aseguro. —Sus oscuros y profundos ojos adquirieron una mirada vidriosa, contemplando algo en la distancia—. Hay cosas en Tar Valon que yo también quiero.

Bornhald sacudió la cabeza. «He de cooperar con él.»

Jaret Byar paró juntó a Farran y desmontó. Era tan alto como el centurio, su rostro era alargado, y tenía los ojos oscuros y muy hundidos. En su cuerpo no había ni un gramo de grasa.

—El pueblo está asegurado, milord, y Lucellin está atento para que nadie se escabulla. Faltó poco para se ensuciaran encima cuando mencioné a los Amigos Siniestros, y dijeron que no había ninguno en el pueblo. No obstante, entre la gente de más al sur sí que puede haberlos, según ellos.

—De más al sur ¿eh? —dijo Bornhald enérgicamente—. Veremos. Que trescientos crucen el río, Byar. Primero los hombres de Farran, y el resto cruzará después de que lo hayan hecho los gitanos. Y aseguraos de que no escapa ninguno más, ¿de acuerdo?

—Limpiaremos a fondo Dos Ríos —intervino Ordeith. Su estrecho rostro estaba crispado y la saliva le salía por la comisura de los labios—. ¡Los azotaremos, los desollaremos, les arrancaremos el alma! ¡Se lo prometí! ¡Ahora vendrá a mí! ¡Vendrá!

Bornhald indicó con un gesto a Byar y a Farran que cumplieran sus órdenes. «Es un demente. El capitán general me ha atado a un loco. Pero al menos encontraré el camino que me llevará hasta Perrin de Dos Ríos. ¡Cueste lo que cueste, vengaré a mi padre!»

Desde una terraza porticada en lo alto de una colina, la Augusta Señora Suroth contemplaba el ancho y torcido cuenco del puerto de Cantorin. Los lados afeitados de la cabeza le dejaban una ancha cresta de cabello negro que le colgaba por la espalda. Sus manos reposaban ligeramente sobre la suave balaustrada de piedra, tan blanca como su prístina vestidura con sus centenares de pliegues. Sus dedos producían un apagado y rítmico golpeteo al tamborilearlos de manera inconsciente con las larguísimas uñas, de las cuales las dos primeras de cada mano estaban pintadas de azul.

Una suave brisa soplaba del Océano Aricio y traía un penetrante olor a sal en su frescor. Las dos jóvenes arrodillas contra la pared, detrás de la Augusta Señora, sostenían abanicos de plumas blancas, prestas para utilizarlos si la brisa dejaba de soplar. Otras dos mujeres y cuatro hombres jóvenes completaban la fila de figuras agachadas, esperando para servirla. Los ocho iban descalzos y vestían ropas finas y ligeras para complacer los gustos estéticos de la Augusta Señora con las límpidas líneas de sus miembros y la gracia de sus movimientos. En este momento, Suroth no reparaba en sus sirvientes, que bien podrían haber formado parte del mobiliario.

A los que sí veía era a los seis Guardias de la Muerte a cada extremo de la columnata, rígidos como estatuas, con sus lanzas adornadas con borlas

Librodot

negras y sus escudos lacados también en negro. Simbolizaban su triunfo; y su peligro. La Guardia de la Muerte sólo servía a la emperatriz y a sus representantes escogidos, y matarían o morirían con idéntico fervor si era preciso lo uno o lo otro. Había un dicho: «En las altas esferas, los caminos están pavimentados con dagas».

Las uñas de la Augusta Señora siguieron tamborileando sobre la balaustrada de piedra. ¡Qué estrecho era el filo de cuchilla por el que caminaba!

Los bajeles de los Atha'an Miere, los Marinos, abarrotaban el puerto interior, detrás del malecón; hasta los más grandes parecían demasiado estrechos para lo largos que eran. Los aparejos cortados hacían que las vergas y los botalones estuvieran ladeados en ángulos pronunciados. Las cubiertas aparecían vacías, ya que las tripulaciones estaban en tierra, bajo vigilancia, como todos los que en estas islas estuvieran capacitados para navegar por mar abierto. Fuera del puerto, montones de grandes navíos seanchan estaban anclados al otro lado de la bocana. Uno de ellos, con las listadas velas hinchadas por el viento, escoltaba a un gran número de pequeños pesqueros de vuelta al puerto. Si se hubieran dispersado, algunos de ellos habrían podido escapar, pero el navío seanchan llevaba a bordo a una *damane,* y una demostración de su poder había puesto freno a cualquier idea de huida. El casco quemado y destrozado de un bajel de los Marinos seguía encallado en un bajío legamoso, cerca de la bocana del puerto.

Suroth ignoraba hasta cuándo podría ocultar a los demás Marinos —y a los malditos del continente— que estas islas estaban en su poder. «El tiempo suficiente. Tiene que ser suficiente», pensó.

Podía decirse que había sido un milagro el que consiguiera reunir a la mayoría de las fuerzas seanchan después del desastre al que los había conducido el Augusto Señor Turak. A excepción de un puñado, todos los navíos que habían escapado de Falme estaban bajo su control, y nadie había cuestionado su derecho a ostentar el mando de los *hailene,* los Precursores. Si el milagro resistía, nadie en el continente sospecharía que estaban allí, a la espera de recobrar las tierras que debían reclamar por orden de la emperatriz, a la espera de llevar a cabo el *Corenne,* el Retorno. Sus espías ya exploraban el camino; no sería necesario volver a la Corte de las Nueve Lunas y pedir perdón a la emperatriz por un fracaso del que ni siquiera era responsable.

La idea de tener que disculparse ante la emperatriz la hizo estremecerse. Tal cosa era siempre humillante y, por lo general, dolorosa, pero lo que le daba escalofríos era la posibilidad de que le fuera negada la muerte al final, de que se la obligara a continuar como si nada hubiera ocurrido mientras que todos, plebeyos y aristócratas por igual, conocían su degradación. Un joven y apuesto sirviente apareció a su lado; llevaba un vestido de color verde pálido adornado con el brillante y exótico plumaje de los pájaros del sol. Alargó las manos hacia la prenda, prestando tan poca atención al sirviente como si sólo fuera un pegote de barro que hubiera junto a sus zapatillas de terciopelo.

Para evitar esa disculpa, debía recuperar lo que se había perdido hacía un milenio; y para conseguir tal cosa tenía que vérselas con ese hombre que, según las informaciones de sus espías, proclamaba ser el Dragón Renacido. «Si no hallo el modo de ocuparme de él, el enojo de la emperatriz será el

menor de mis problemas.»

Dio media vuelta suavemente y entró en la larga estancia que daba a la terraza; la pared exterior estaba totalmente ocupada por puertas y ventanales para dejar pasar la brisa. A Suroth le encantaba la pálida madera que revestía las paredes, suave y brillante como seda, pero había mandado retirar los muebles del antiguo propietario, el Atha'an Miere que había sido el último gobernador de Cantorin, y los había sustituido por unos cuantos biombos altos, casi todos ellos adornados con pinturas de pájaros y flores. Dos eran distintos. Uno de ellos representaba un gran felino moteado de Sen T'jore, grande como un poni, y el otro, un águila imperial negra con la cresta erizada a semejanza de una pálida corona y las alas, níveas las puntas, extendidas en su envergadura de más de dos metros. Estos biombos se consideraban vulgares, pero a Suroth le gustaban los animales. Puesto que no había sido posible llevarse consigo su colección de animales salvajes a través del Océano Aricio, había hecho que pintaran en los biombos a sus dos especies favoritas. Nunca le había hecho gracia que le negaran un capricho.

Tres mujeres la esperaban en el mismo sitio donde las había dejado, una postrada en el desnudo y pulido suelo, taraceado con dibujos de madera clara y oscura. Las que estaban arrodilladas llevaban los vestidos azul oscuro de las *sul'dam,* con apliques de paño rojo en la pechera y los laterales de la falda, en los que había bordados unos rayos plateados y zigzagueantes. Una de las dos, Alwhin, una mujer de cara afilada, ojos azules y permanente gesto ceñudo, tenía el lado izquierdo de la cabeza afeitado, mientras que el resto del pelo le colgaba hasta el hombro en una trenza de color castaño claro.

Suroth apretó los labios un momento al ver a Alwhin. Ninguna *sul'dam* había ascendido jamás a la categoría de *so'jhin,* la hereditaria alta servidumbre de la Sangre, y mucho menos a Voz de la Sangre. Empero, hubo razones para hacerlo en el caso de Alwhin. Sabía demasiado.

Aun así, fue a la mujer tendida boca abajo en el suelo, vestida completamente de gris, a quien Suroth dirigió su atención. Un ancho collar de metal plateado rodeaba la garganta de la mujer e iba unido por una brillante cadena a un brazalete del mismo material que llevaba puesto en la muñeca la otra *sul'dam,* Taisa. El conjunto del collar y el brazalete, conocido como *a'dam,* permitía a Taisa controlar a la mujer de gris. Y había que controlarla. Era una *damane,* una mujer capaz de encauzar la energía y, por ende, demasiado peligrosa para dejarla en libertad. El recuerdo de los Ejércitos de la Noche permanecía indeleble en la mente de los seanchan al cabo de mil años de su destrucción.

Los ojos de Suroth pasaron de una a otra *sul'dam* con inquietud; ya no confiaba en ninguna de las de su clase, pero no tenía más remedio que fiarse de ellas. No había nadie más capaz de controlar a las *damane,* pero sin las *damane...* La misma idea era inconcebible. El poder de los seanchan, el del propio Trono de Cristal, se basaba en las *damane* controladas. Había muchas cosas en las que Suroth no tenía elección; demasiadas para su gusto. Como por ejemplo, lo de Alwhin, que actuaba como si hubiera sido *so'jhin* toda su vida. No, más bien como si perteneciera a la aristocracia y estuviera arrodillada sólo porque quería.

—Pura. —La *damane* se llamaba de otra manera cuando era una de las odiadas Aes Sedai, antes de caer en manos de los seanchan, pero Suroth no sabía cuál era ese nombre ni le importaba. La mujer de gris se puso en

tensión, pero no levantó la cabeza; su adiestramiento había sido particularmente duro—. Te lo preguntaré otra vez, Pura. ¿Cómo controla la Torre Blanca a ese hombre que se hace llamar el Dragón Renacido?

La *damane* movió ligeramente la cabeza, sólo lo suficiente para lanzar una atemorizada ojeada a Taisa. Si su respuesta no era satisfactoria, la *sul'dam* le infligiría dolor sin necesidad de mover un solo dedo, a través del *a'dam.*

—La Torre no intentaría controlar a un falso Dragón, Augusta Señora —contestó Pura, jadeante—. Lo capturaría y lo amansaría.

Taisa miró a la Augusta Señora con un gesto interrogante e indignado. La respuesta había eludido la pregunta de Suroth y quizás hasta implicaba que una aristócrata había dicho una mentira. Suroth sacudió ligeramente la cabeza, pues no deseaba tener que esperar a que la *damane* se recuperara del castigo, y Taisa hizo un gesto de conformidad.

—Una vez más, Pura, ¿qué sabes de las Aes Sedai...? —Los labios de Suroth se crisparon al mancharse con ese nombre, y Alwhin soltó un gruñido de asco—. ¿... las Aes Sedai que ayudan a ese hombre? Te lo advierto. Nuestros soldados lucharon contra mujeres de la Torre, mujeres que encauzaban el Poder, en Falme, así que no trates de negarlo.

—Pura..., Pura no lo sabe, Augusta Señora. —En la voz de la *damane* había un timbre de apremio, de irresolución; lanzó otra ojeada a Taisa. Era evidente que deseaba con toda su alma que la creyeran—. Tal vez... Tal vez la Amyrlin o la Antecámara de la Torre... No, no lo harían. Pura no lo sabe, Augusta Señora.

—Ese hombre es capaz de encauzar el Poder —dijo Suroth en tono cortante. La mujer tendida en el suelo gimió, aunque ya había oído antes las mismas palabras en boca de Suroth, a quien repetirlas hizo que se le revolviera el estómago, pero no lo dejó entrever. Muy poco de lo ocurrido en Falme había sido obra del encauzamiento de Poder por parte de mujeres; la *damane* podía percibirlo, y la *sul'dam* que portaba el brazalete siempre sabía lo que su *damane* sentía. Ello significaba que tenía que haber sido obra de un hombre. Y también que ese hombre era tremendamente poderoso. Tanto que Suroth se había sorprendido a sí misma preguntándose en un par de ocasiones, sintiéndose acosada por la náusea, si sería realmente el Dragón Renacido. «Eso es imposible», se dijo con firmeza. En cualquier caso, lo mismo daba para sus planes.

—No puedo creer que la Torre Blanca permita que un hombre así esté libre. ¿Cómo lo controlan?

La *damane* permaneció tendida de bruces, callada, los hombros sacudidos por los sollozos.

—¡Responde a la Augusta Señora! —instó Taisa duramente. No se movió pero Pura dio un respingo y se encogió como si le hubieran azotado las caderas. Era un golpe descargado a través del *a'dam.*

—P... Pura no lo sa... sabe. —La *damane* extendió una mano vacilante como queriendo tocar el pie de Suroth—. Por favor. Pura ha aprendido a obedecer. Pura sólo dice la verdad. Por favor, no castiguéis a Pura.

Suroth retrocedió un paso suavemente, sin demostrar la irritación que sentía porque una *damane* la hubiera obligado a moverse, por haber estado a punto de que la tocara una mujer que podía encauzar la energía. Sentía la necesidad de bañarse, como si el contacto se hubiera producido realmente.

Los oscuros ojos de Taisa se desorbitaron en un gesto ultrajado por el

descaro que había mostrado la *damane,* la vergüenza tiñó de púrpura sus mejillas por haber permitido que tal cosa ocurriera mientras ella portaba el brazalete de la mujer. Estaba dividida entre el impulso de postrarse junto a la *damane* para pedir perdón a la Augusta Señora y el de castigar a la mujer en ese mismo instante. Alwhin observaba la escena con los labios apretados en un gesto de desdén; cada rasgo de su semblante ponía de manifiesto que cosas así no ocurrían cuando ella llevaba el brazalete.

Suroth levantó ligeramente un dedo en un pequeño gesto que todo *so'jhin* conocía desde la infancia, una simple orden de retirarse.

Alwhin tardó un poco en interpretarlo, y después intentó disimular su desliz volviéndose bruscamente hacia Taisa.

—Quita a esta... criatura de la vista de la Augusta Señora Suroth. Y, cuando la hayas castigado, ve a Surela y dile que controlas a tus *damane* como si nunca hubieras portado el brazalete. Dile que te debe...

Suroth puso una barrera entre la voz de Alwhin y su cerebro. Nada de aquello era orden suya a excepción de que se retiraran, pero ella estaba por encima de las disputas entre *sul'dam.* Pura se las estaba ingeniando para ocultar algo; sus espías le habían informado que las mujeres de la Torre Blanca no podían mentir. Había resultado de todo punto imposible conseguir que Pura dijera la más pequeña mentira, como que un pañuelo blanco era negro, pero aquello no bastaba como prueba concluyente. Habría quien aceptaría las lágrimas de la *damane* y sus protestas de incapacidad, le hiciera lo que le hiciera la *sul'dam*; pero ninguno de los que lo aceptaran habría sido designado para dirigir el Regreso. Tal vez a Pura le quedaba algo de voluntad, o era lo bastante lista para aprovechar la creencia de que era incapaz de mentir. Ninguna de las mujeres sujetas por el collar que procedían del continente era totalmente obediente ni de fiar, como lo eran las *damane* traídas de Seanchan. Ninguna de ellas aceptaba realmente lo que eran, como lo hacían las *damane* seanchan. ¿Quién sabía los secretos que podía ocultar una que se proclamaba Aes Sedai?

No por primera vez, la Augusta Señora Suroth deseó tener a la otra Aes Sedai capturada en Punta de Toman. Habiendo dos a las que interrogar habría resultado más fácil coger las mentiras y los subterfugios, pero era un deseo irrealizable. La otra podía estar muerta, ahogada en el mar, o exhibida en la Corte de las Nueve Lunas. Algunos de los barcos que Suroth no había conseguido agrupar se las habían arreglado para regresar a través del océano, y en uno de ellos podía ir la mujer.

La propia Suroth había enviado un navío con informes cuidadosamente redactados hacía seis meses, tan pronto como se aseguró su posición al mando de los Precursores. A bordo del navío viajaban un capitán y tripulantes cuyas familias habían estado al servicio de la suya desde que Luthair Paendrag se proclamó a sí mismo emperador, casi mil años antes. Enviar el barco había sido una jugada arriesgada, ya que la emperatriz podía mandar a alguien para que ocupara el puesto de Suroth. Sin embargo, no hacerlo habría sido mucho más arriesgado; en tal caso sólo una victoria absoluta y aplastante la habría salvado. Puede que ni siquiera eso. En consecuencia, la emperatriz estaba enterada de lo de Falme, del desastre provocado por Turak y de la intención de Suroth de proseguir con la misión. Pero ¿qué opinaría de todo ello y qué medidas estaría tomando al respecto? Eso era un tema mucho más preocupante que cualquier cosa que estuviera relacionada con una *damane,* fuera lo que fuera antes de que se la sometiera

con el collar.

Pero la emperatriz no lo sabía todo. Lo peor no podía confiarse a ningún mensajero, por muy leal que éste fuera. Únicamente pasaría directamente de los labios de Suroth a los oídos de la emperatriz, y Suroth se había esmerado en mantenerlo en secreto. Sólo quedaban vivas cuatro personas que estaban enteradas de ello, y dos de ellas jamás se lo contarían a nadie por propia voluntad.

—Únicamente tres muertes asegurarían su impenetrabilidad.

Suroth no se dio cuenta de que había masculllado esto último en voz baja hasta que Alwhin dijo:

—Y, no obstante, necesitáis vivas a las tres. —La mujer había adoptado una actitud adecuadamente sumisa, e incluso la estratagema de mantener agachados los ojos de manera que podía atisbar el más mínimo gesto de Suroth. También el tono de su voz era humilde—. ¿Quién sabe, Augusta Señora, lo que la emperatriz, ¡larga vida tenga!, podría hacer si se enterara del intento de ocultarle semejante información?

En lugar de responder, Suroth volvió a hacer el leve gesto con el que despedía a la *sul'dam.* De nuevo Alwhin vaciló, y en esta ocasión sólo podía deberse a una mera renuencia a marcharse; la mujer se estaba creciendo cada vez más. Después hizo una profunda reverencia y se retiró.

Suroth tuvo que hacer un esfuerzo para calmarse. La *sul'dam* y las otras dos era un problema que no estaba en condiciones de resolver ahora, pero la paciencia era condición indispensable para los miembros de la Sangre. Aquellos que no la tenían estaban abocados a terminar en la Torre de los Cuervos.

En la terraza, los sirvientes arrodillados acentuaron un poco más su postura inclinada cuando la aristócrata reapareció en ella. Los soldados mantenían la vigilancia para asegurarse de que nadie la molestara. Suroth regresó al lugar que ocupaba antes en la balaustrada, y esta vez contempló el mar, en la dirección donde se encontraba el continente, cientos de kilómetros al este.

Ser la persona que tuviera éxito dirigiendo a los Precursores, los que iniciaban el Retorno, le procuraría muchos honores. Puede que incluso la adopción en la familia de la emperatriz, aunque tal honor no estaba exento de complicaciones. Ser también quien capturara al tal Dragón, ya fuera falso o real, junto con los recursos obtenidos con el control de su increíble poder...

«Pero cuando lo capture, si lo capturo, ¿se lo entregaré a la emperatriz? Ésa es la cuestión.»

Sus largas uñas empezaron a tamborilear de nuevo sobre la balaustrada de piedra.

Librodot

CAPÍTULO 2

Torbellinos en el Entramado

Tierra adentro soplaba un caluroso aire nocturno a través del vasto delta llamado Dedos del Dragón, un sinuoso laberinto de canales anchos y estrechos, algunos de ellos saturados de plantas acuáticas. Amplias extensiones de cañaverales separaban agrupaciones de islas bajas en las que crecían apretadas florestas de una especie de árbol cuyas raíces aéreas semejaban arañas y que sólo crecía en esta zona. Finalmente el delta daba paso a su fuente, el río Erinin, cuyo ancho cauce aparecía salpicado con las luces de las pequeñas embarcaciones de pesca con linterna. Tanto las barcas como las luces se mecieron con violencia, súbita e inesperadamente, y los pescadores más ancianos murmuraron sobre las cosas malignas que pasaban por la noche. Los jóvenes se rieron, pero tiraron de las redes con más ahínco, ansiosos por regresar a casa y alejarse de la oscuridad. Los cuentos populares aseguraban que el mal no podía traspasar el umbral de un hogar a menos que se lo invitase a entrar. Eso era lo que decían los cuentos, pero cuando se estaba en medio de la negrura de la noche...

El aroma a sal se había desvanecido por completo en el aire cuando éste llegó a la gran ciudad de Tear, erigida a orillas del río, donde las posadas y los comercios techados con tejas se alzaban al abrigo de los imponentes palacios que brillaban a la luz de la luna. Con todo, ninguno de esos palacios era la mitad de alto que la inmensa mole, semejante a una montaña, que se extendía desde el centro de la ciudad hasta el borde del agua: la Ciudadela de Tear, la legendaria fortaleza más antigua de la humanidad, erigida en los tiempos del Desmembramiento del Mundo. Mientras naciones e imperios ascendían y se desmoronaban sustituidos por otros que caían a su vez, la Ciudadela perduraba. Era la roca contra la que muchos ejércitos habían roto lanzas, espadas y corazones a lo largo de tres mil años. Y en todo ese tiempo jamás había sucumbido a las fuerzas invasoras. Hasta ahora.

Las calles de la ciudad, las tabernas y las posadas aparecían casi desiertas en la húmeda y sofocante oscuridad, ya que la gente se mantenía dentro de sus casas, prudentemente. Aquel que tenía en su poder la Ciudadela era el señor de la ciudad y de la nación. Así había sido siempre y así lo habían aceptado siempre las gentes de Tear. Con la luz del día, aclamarían a su nuevo señor con entusiasmo, como habían aclamado al anterior; de noche, se acurrucaban entre sí, temblando a pesar del bochornoso viento que aullaba sobre los tejados gimiendo como un millar de voces dolientes. En sus mentes bullían nuevas y extrañas esperanzas; esperanzas que ningún teariano se había atrevido a albergar desde hacía cien generaciones; esperanzas entremezcladas con miedos tan antiguos como el Desmembramiento.

El viento sacudió la alargada y blanca bandera que reflejaba la luna en lo alto de la Ciudadela, como si quisiera arrancarla de cuajo. A lo largo del estandarte ondeaba una figura sinuosa que parecía cabalgar al viento, semejante a una serpiente con patas, coronada con una leonina melena de oro y cubierta de escamas carmesí y doradas. Era un estandarte de profecías temidas y esperadas, el estandarte del Dragón. Del Dragón Renacido, presagio de la salvación del mundo y heraldo de la llegada de un nuevo Desmembramiento. Como ultrajado por semejante desafío, el viento se abalanzó contra los pétreos muros de la Ciudadela. El estandarte del Dragón ondeó en la noche, inadvertido, esperando mayores tormentas.

En una estancia localizada en la mitad superior de la Ciudadela, en la cara sur, Perrin estaba sentado sobre el arcón que había a los pies de su lecho y observaba a la joven de cabello oscuro que paseaba por el cuarto de un lado para otro. En sus ojos dorados había un brillo de cautela. Por lo general, Faile bromeaba con él y hasta le tomaba un poco el pelo por su actitud circunspecta, pero esa noche no había pronunciado ni diez palabras desde que había cruzado la puerta. Percibía el aroma a los pétalos de rosa que se habían puesto en sus ropas dobladas después de lavarlas y que era como sus señas de identidad. Y, en aquel aroma a limpio, Perrin olfateaba nerviosismo. Faile casi nunca estaba nerviosa, y se preguntó por qué le hacía sentir ahora aquella especie de picazón entre los hombros que no estaba motivada por el calor de la noche. La falda estrecha y abierta hacía un ruido seco con cada paso que daba.

Perrin se rascó la barba de dos semanas con irritación; era más rizosa incluso que su cabello. Y le daba calor. Por enésima vez, pensó que tenía que afeitarse.

—Te va —dijo de repente Faile, que interrumpió sus idas y venidas.

Turbado, encogió los anchos hombros fortalecidos por largas horas de trabajo en la forja. De vez en cuando, la mujer parecía adivinar sus pensamientos.

—Me pica —murmuró, y nada más decirlo deseó haber hablado con más firmeza. Al fin y al cabo, la barba era suya y podía afeitársela cuando quisiera.

Ella lo miró atentamente, con la cabeza un poco ladeada. Su prominente nariz y sus pómulos altos daban un aire fiero a su escrutinio, en contraste con la suavidad de su voz.

—Te sienta bien —aseguró.

Perrin suspiró y volvió a encogerse de hombros. No le había pedido que se dejara la barba y no lo haría, pero el joven supo que pospondría el afeitado para más adelante. Se preguntó cómo habría manejado su amigo Mat esa situación. Probablemente, con un pellizco y un beso y algún comentario que la hiciera reír hasta conseguir que cambiara de opinión y coincidiera con la de él, pero Perrin sabía que no tenía la desenvoltura de Mat para tratar con las chicas. Su amigo jamás se encontraría en la situación de estar sudando por llevar crecida la barba sólo porque una mujer opinaba que debía dejársela. Claro que Faile no era una mujer cualquiera. Perrin estaba convencido de que el padre de la joven debía de lamentar profundamente que se hubiera marchado de casa, y no sólo porque fuera su hija. Era el principal comerciante en pieles de Saldaea, según Faile, y a Perrin no le costaba imaginársela obteniendo el precio que quería en cada ocasión.

Librodot

—Hay algo que te incomoda, Faile, y no es mi barba precisamente. ¿De qué se trata?

La expresión de la joven se tornó cautelosa, y su mirada fue de un lado para otro sin detenerse en él y observando con desdén el mobiliario.

Figuras de leopardos, leones, halcones lanzados en picado y escenas de caza decoraban todos ellos, desde el alto armario y las columnas de la cama, tan gruesas como una pierna de Perrin, hasta el banco de asiento acolchado que había delante de la apagada chimenea de mármol. Algunos de los animales tenían los ojos hechos con granates.

Había tratado de convencer a la gobernanta de que quería un cuarto sencillo, pero no pareció entenderlo, y no porque fuera estúpida o torpe. La gobernanta dirigía un ejército de sirvientes más numeroso que el de los Defensores de la Ciudadela; mandara quien mandara en la fortaleza, la ocupara quien la ocupara, ella era la que se encargaba de los asuntos cotidianos que hacían que las cosas funcionaran. Pero contemplaba el mundo según su punto de vista tearíano, y dedujo que, a pesar de sus ropas, Perrin tenía que ser algo más que el joven campesino que aparentaba porque en la Ciudadela jamás se albergaban plebeyos, salvo los Defensores y la servidumbre, naturalmente. Además, formaba parte de la comitiva de Rand, y era un amigo o un seguidor o alguien próximo al Dragón Renacido de un modo u otro. Para la gobernanta, ello situaba a Perrin al mismo nivel que cualquier Señor de la Tierra como mínimo, si no con uno de los Grandes Señores. Ya se había mostrado bastante escandalizada con tener que instalarlo aquí, en unos aposentos sin antesala; Perrin estaba convencido de que se habría desmayado si hubiera insistido en su petición de un cuarto más sencillo, algo parecido a los aposentos de la servidumbre o los Defensores. Por lo menos, en esta habitación no había nada dorado a excepción de los candelabros.

La opinión de Faile, empero, no coincidía con la suya.

—Tendrías que estar instalado en un sitio mejor. Te lo mereces. Y puedes apostar hasta tu última moneda a que Mat tiene un cuarto mejor que éste.

—A Mat le gustan las cosas ostentosas.

—No haces valer tus derechos.

Perrin guardó silencio. El olor a desasosiego e irritación que exudaba tenía tan poco que ver con el cuarto como con su barba.

—El lord Dragón parece haber perdido interés en ti —dijo Faile al cabo de un momento—. Ahora dedica todo su tiempo a los Grandes Señores.

El hormigueo entre los hombros se intensificó; ahora sabía lo que la incomodaba.

—¿El lord Dragón? —Procuró dar un tono ligero a su voz—. Hablas como un tearíano. Él se llama Rand.

—Es amigo tuyo, Perrin Aybara, no mío. Si es que un hombre así tiene amigos. —Inhaló aire profundamente y continuó en un tono más moderado—: He pensado marcharme de la Ciudadela, de Tear. No creo que Moraine intente impedírmelo. Ya hace dos semanas que las nuevas sobre... sobre Rand han trascendido fuera de la ciudad, y no puede esperar mantener el secreto acerca de él durante más tiempo.

—Tampoco yo creo que te lo impida. —Perrin soltó otro suspiro—. En todo caso, creo que te considera una complicación y probablemente te dé dinero para que te pongas en camino.

Librodot

Faile se plantó delante de él, con los puños en las caderas, y lo miró duramente.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —inquirió.

—¿Y qué esperas que diga? ¿Que quiero que te quedes? —La ira de su propia voz lo sobresaltó. Estaba furioso consigo mismo, no con ella. Y lo estaba porque no había visto llegar esto, porque no sabía cómo encararlo. Le gustaba pensar bien las cosas; era fácil hacer daño a la gente cuando se actuaba con precipitación, y eso era lo que acababa de hacer él. Los oscuros ojos de ella estaban desorbitados por la impresión, y Perrin trató de suavizar sus palabras—: Quiero que te quedes, Faile, aunque quizá deberías partir. Sé que no eres cobarde, pero el Dragón Renacido, los Renegados... —Dentro de poco no habría ningún sitio que fuera realmente seguro, pero cualquiera lo sería más que la Ciudadela. Al menos, durante un tiempo. Empero, Perrin no era tan estúpido como para decírselo de esa manera, aunque a Faile no parecía importarle el enfoque que le diera.

—¿Quedarme? ¡La Luz me ilumine! Cualquier cosa es mejor que quedarse aquí sentado de brazos cruzados, pero... —Se arrodilló delante de él y apoyó las manos en sus rodillas—. Perrin, no me gusta estar preguntándome cuándo voy a toparme con un Renegado al dar la vuelta a una esquina, y tampoco cuándo va a matarnos a todos el Dragón Renacido. Al fin y al cabo, ya lo hizo en el Desmembramiento. Acabó con todos sus seres queridos.

—Rand no es el Verdugo de la Humanidad —protestó Perrin—. Es decir, sí es el Dragón Renacido, pero no... Él no... —Dejó la frase en el aire, sin saber cómo terminarla. Rand era Lews Therin Telamon vuelto a la vida; eso era lo que significaba ser el Dragón Renacido, pero ¿significaba también que Rand estaba destinado a sufrir la misma suerte que Lews Therin? No sólo en cuanto a perder la razón, ya que cualquier hombre que encauzaba la energía parecía abocado a ese desenlace y después a sufrir una espantosa muerte descomponiéndose en vida, sino también en lo de asesinar a todos aquellos que lo querían.

—He hablado con Bain y Chiad, Perrin.

Aquello no era una sorpresa. Faile pasaba mucho tiempo en compañía de las Aiel. Dicha amistad le había acarreado más de un problema, pero a la joven parecían gustarle las mujeres Aiel tanto como despreciaba a las nobles tearianas de la Ciudadela. No obstante, Perrin no veía la relación que guardaba eso con la conversación que estaban sosteniendo, y así se lo dijo.

—Me comentaron que a veces Moraine les pregunta dónde estás. O dónde está Mat. ¿Es que no te das cuenta? No tendría que preguntarlo si pudiera vigilarte con el Poder —explicó Faile.

—¿Vigilarme con el Poder? —Nunca se le había pasado por la cabeza tal cosa.

—No puede. Vente conmigo, Perrin. Estaremos a más de treinta kilómetros al otro lado del río cuando nos eche en falta.

—No puedo hacer eso —respondió tristemente. Quiso darle un beso para que olvidara tal idea, pero ella se incorporó tan brusca y rápidamente que Perrin estuvo a punto de caer de bruces al suelo. No tenía sentido ir tras ella, ya que la joven se había cruzado de brazos, como poniendo una barrera.

—No me digas que le tienes miedo. Sé que es una Aes Sedai y que os tiene a todos vosotros bailando al son que os toca, como marionetas. Tal vez tenga al... a Rand tan atado que no puede soltarse, y la Luz sabe que ni

Egwene ni Elayne ni siquiera Nynaeve quieren que las suelte, pero tú puedes romper las ataduras si lo intentas.

—No tiene nada que ver con Moraine. Es por mí mismo, porque es mi obligación. Yo...

—No me vengas ahora con patochadas varoniles sobre el deber de un hombre de pelo en pecho —lo interrumpió—. Sé tan bien como tú lo que significa cumplir con el deber. Puede que seas un *ta'veren,* aunque yo no lo veo, pero el Dragón Renacido es él, no tú.

—¿Quieres escucharme? —gritó a pleno pulmón, y la joven dio un respingo. Jamás le había gritado así, de ese modo. Levantó la barbilla y cuadró los hombros en un gesto orgulloso, pero guardó silencio, y él continuó—: Creo que, de algún modo, formo parte del destino de Rand. Y Mat igualmente. Creo que no podrá llevar a cabo lo que tiene que hacer a menos que nosotros cumplamos también con nuestra parte. Ése es mi deber. Y ahora dime: ¿cómo voy a marcharme si ello podría significar el fracaso de Rand?

—¿Podría? —En su voz había un atisbo de exigencia, pero apenas perceptible, y Perrin se preguntó si no convendría gritarle más a menudo—. ¿Eso te lo dijo Moraine? A estas alturas deberías saber que hay que analizar con mucho detalle lo que dice una Aes Sedai.

—Es una conclusión a la que he llegado yo. Creo que los *ta'veren* se atraen entre sí. O tal vez sea Rand el que nos atrae a nosotros, a Mat y a mí. Se supone que es el *ta'veren* más poderoso desde Artur Hawkwing, puede que desde el Desmembramiento. Mat ni siquiera admite el hecho de que es un *ta'veren,* pero cada vez que intenta alejarse acaba siempre volviendo con Rand, como si algo lo arrastrara hacia él. Loial asegura que no se había oído hablar nunca de tres *ta'veren* a la vez, todos de la misma edad y de la misma población.

Faile resopló con desdén.

—Loial no lo sabe todo, y es joven en los cómputos de su raza.

—Tiene más de noventa años —replicó Perrin a la defensiva, a lo que ella esbozó una sonrisa de superioridad. Para un Ogier, noventa años significaba aproximadamente la edad de Perrin en un humano. Puede que incluso menos. El joven no sabía gran cosa acerca de los Ogier, pero, en cualquier caso, Loial había leído más libros de los que él había visto en su vida; tantos, que a veces Perrin pensaba que Loial había leído todos los libros que existían—. Y sabe más que tú y que yo, y cree que quizás he dado en el clavo. Lo mismo piensa Moraine. No, no se lo he preguntado, pero ¿por qué si no sigue pendiente de mí? ¿Piensas que quiere que le haga un cuchillo de cocina?

Faile permaneció callada un momento, y cuando habló lo hizo en tono compasivo:

—Pobre Perrin. Me marché de Saldaea en busca de aventuras, y ahora que estoy metida hasta el cuello en una, la más importante desde el Desmembramiento, lo único que se me ocurre es largarme a otra parte. Tú sólo deseas ser un herrero, y vas a acabar formando parte de la historia lo quieras o no.

El joven miró a otro lado, aunque el aroma de la muchacha seguía metido en su cabeza. No consideraba probable que se hicieran relatos que hablaran de él, a menos que su secreto se propagara mucho más allá de los pocos que ya lo conocían. Faile creía saberlo todo acerca de él, pero se

Librodot

equivocaba.

En la pared de enfrente había apoyados un hacha y un martillo, ambos sencillos y funcionales, con el mango tan largo como su antebrazo. El hacha tenía una mortífera hoja en forma de media luna por un lado, mientras que el otro iba rematado con una punta recurvada que le daba equilibrio a la par que servía de arma. Con el martillo podía hacer —y había hecho— cosas en una forja. La cabeza de la herramienta pesaba más del doble que la hoja del hacha, pero a él le daba la sensación de que ésta pesaba mucho más cada vez que la cogía. Con el hacha había... Frunció el entrecejo; no quería pensar en eso. Faile tenía razón; lo único que deseaba era ser un herrero, regresar a casa, volver a ver a su familia y trabajar en la forja. Pero tal cosa era imposible, y él lo sabía.

Se puso de pie para coger el martillo y luego volvió a sentarse. Sostenerlo le proporcionaba una sensación reconfortante.

—Maese Luhhan decía siempre que uno no puede dar la espalda a su deber. —Habló muy deprisa al darse cuenta de que lo que decía se aproximaba mucho a lo que ella llamaba patochadas varoniles—. Es el herrero de mi pueblo, con el que trabajaba como aprendiz.

Para su sorpresa, la joven no aprovechó la oportunidad para recordárselo. De hecho, guardó silencio y se limitó a mirarlo, como si esperara algo. Perrin tardó un momento en comprender lo que era.

—Entonces ¿te marchas? —preguntó.

Ella se incorporó y se sacudió la falda. Durante varios segundos interminables permaneció callada, como si estuviera decidiendo qué responder.

—No lo sé —dijo por último—. En buen lío me has metido.

—¿Yo? ¿Qué he hecho?

—Bueno, si no lo sabes, ten por seguro que yo no voy a decírtelo.

Perrin se rascó de nuevo la barba mientras miraba el martillo que sostenía en la otra mano. Sin duda Mat sabría exactamente a lo que se refería la muchacha. Hasta el viejo Thom Merrilin lo sabría. El canoso juglar afirmaba que nadie entendía a las mujeres; pero, cuando salió de su pequeño cuarto en el centro de la Ciudadela, a poco tenía a una docena de chicas lo bastantes jóvenes para ser sus nietas suspirando y escuchando cómo tocaba el arpa mientras desgranaba sublimes historias de hazañas y amores románticos. Faile era la única mujer a quien Perrin quería, pero a veces se sentía como un pez tratando de entender a un pájaro.

Era consciente de que ella esperaba y quería que se lo preguntara. Hasta ahí llegaba. Luego Faile le respondería o no, pero se suponía que él tenía que preguntar. Obstinado, mantuvo la boca cerrada. Esta vez tenía intención de dejarla esperando hasta que se cansara.

Fuera, en la oscuridad, sonó el canto de un gallo. Faile tuvo un escalofrío y se rodeó con sus propios brazos.

—Mi nodriza decía que si un gallo cantaba de noche anunciaba la muerte de alguien. No es que lo crea, desde luego.

Perrin abrió la boca para mostrarse de acuerdo en que tal cosa era una necedad a pesar de que también él se había estremecido, pero volvió la cabeza bruscamente al oír un ruido rasposo y un golpe sordo. El hacha se había caído al suelo. Sólo tuvo tiempo de fruncir el entrecejo mientras se preguntaba qué la había hecho caerse antes de que el arma se moviera por sí misma y saliera disparada directamente contra él.

Librodot

Interpuso el martillo sin pensar; el estruendo de metales al chocar ahogó el grito de Faile. El hacha cruzó volando la habitación, rebotó en la pared y salió disparada de nuevo en su dirección, con la hoja por delante. Perrin tuvo la sensación de que todo el vello de su cuerpo estaba erizado.

En el momento en que el hacha pasaba veloz junto a ella, Faile se abalanzó y agarró el mango con las dos manos. El arma se retorció entre los dedos de la muchacha y se descargó contra su rostro. Perrin saltó y tiró el martillo para agarrar el hacha justo a tiempo, evitando por poco que la hoja de media luna mordiera la carne de Faile. Creyó morirse al pensar que el hacha, su hacha, le hiciera daño a la joven. Dio un tirón tan fuerte que faltó poco para que el pesado pico del arma se le hincara en el pecho, pero su único afán era impedir que el hacha la hiriera. Mas, con una sensación de abatimiento, Perrin empezó a pensar que tal vez no le sería posible.

El arma asestaba golpes como si tuviera vida propia, un ser con una voluntad malévola. Lo quería a él —Perrin estaba tan seguro de ello como si el hacha se lo hubiera gritado a la cara— pero actuaba con astucia. Cuando tiró del hacha para apartarla de Faile, el arma se valió de su propio movimiento para descargarse sobre él; cuando la obligó a apartarse, intentó alcanzar a la muchacha, como si supiera que con eso lo forzaba a dejar de empujar. Por muy fuerte que sujetara el mango, el hacha giraba entre sus manos y lo amenazaba con la afilada hoja y con el aguzado pico. Las manos le dolían ya por el esfuerzo, y sus fornidos brazos temblaban por la tensión muscular. El sudor le resbalaba por la cara. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar antes de que el hacha se soltara de sus manos. Esto era una locura, una situación aberrante en la que no se tenía tiempo para pensar.

—Vete —masculló, prietos los dientes—. ¡Sal de la habitación, Faile!

El semblante de la joven estaba demudado, pero sacudió la cabeza y siguió forcejando con el hacha.

—¡No! ¡No te dejaré solo!

—¡Nos matará a los dos!

Ella volvió a sacudir la cabeza.

Perrin emitió un hondo gruñido al tiempo que soltaba una mano —el otro brazo tembló por el esfuerzo de sujetar el arma; el mango le quemaba la palma con la constante fricción— y apartó a Faile a la fuerza. La muchacha chilló mientras la empujaba hacia la puerta, pero hizo caso omiso de sus gritos y de los puñetazos que le propinaba, la sujetó contra la pared con el hombro hasta que consiguió abrir la puerta y la sacó al pasillo de un empellón.

Cerró tras ella de un portazo y apoyó la espalda en la hoja de madera mientras corría el cerrojo con la cadera y aferraba el hacha de nuevo con las dos manos. La pesada hoja, reluciente y afilada, tembló a pocos centímetros de su cara. Arduamente, logró apartar el arma a la distancia del brazo extendido. Los gritos apagados de Faile llegaban a través de la gruesa puerta, y la sentía aporrear la madera, pero apenas era consciente de ello. Sus ojos amarillos parecieron relucir, como si reflejaran hasta el último retazo de luz del cuarto.

—Ahora estamos solos tú y yo —gruñó—. ¡Rayos y truenos, cómo te odio! —En su interior, un parte de él estuvo a punto de prorrumpir en una carcajada histérica. «Se supone que es Rand quien ha de perder la razón, y aquí estoy, hablando con un hacha. ¡Oh, Rand! ¡Maldito seas!»

Librodot

Enseñando los dientes por el esfuerzo, obligó al hacha a apartarse un paso de la puerta. El arma vibraba, luchando por alcanzar su carne; casi podía sentir su sed de sangre. Con un rugido, Perrin tiró de repente del mango hacia sí al tiempo que retrocedía. Si el hacha hubiera sido realmente un ser vivo, estaba seguro de que la habría oído lanzar un grito de triunfo cuando se descargó sobre su cabeza, centelleante. En el último momento, Perrin hizo un quiebro y el hacha le pasó rozando y se embebió en la puerta con un golpe seco.

Sintió cómo la vida —no sabía de qué otro modo describirlo— abandonaba el arma embebida. Poco a poco, retiró las manos del mango; el hacha siguió donde estaba, de nuevo acero y madera únicamente. No obstante, la puerta parecía un buen sitio donde dejarla de momento. Se enjugó el sudor de la cara con la temblorosa mano. «Locura. La locura surge allí donde se encuentra Rand.»

De pronto, cayó en la cuenta de que ya no se oían los gritos de Faile ni los golpes contra la puerta. Descorrió el cerrojo y abrió precipitadamente. Un arco de reluciente acero asomaba por la parte exterior de la gruesa hoja de madera, brillando a la luz de las espaciadas lámparas del pasillo.

Faile estaba allí, con las manos levantadas, petrificada en el gesto de golpear la puerta. Con los ojos desorbitados, se tocó la punta de la nariz.

—Un par de centímetros más y... —dijo con un hilo de voz.

Luego se arrojó en sus brazos y, estrechándolo prietamente contra sí, le cubrió de besos el cuello y las barbudas mejillas a la par que emitía murmullos incoherentes. Tan súbitamente como se había abalanzado sobre él, se apartó y le pasó las manos por los brazos y por el pecho.

—¿Estás herido? ¿Tienes algún corte? ¿Te...?

—Estoy bien, pero ¿y tú? No quería asustarte.

—¿De verdad no estás herido?

—Ni un rasguño. Yo...

El bofetón retumbó en su cabeza como el golpe de un martillo contra el yunque.

—¡Estúpido zoquete velludo! ¡Creí que estabas muerto! ¡Temí que te hubiera matado! ¡Pensé que...! —Enmudeció cuando Perrin paró en el aire su segunda bofetada.

—No vuelvas a hacer eso, por favor —pidió él en voz queda. La clara marca de su mano le ardía en la mejilla, y estaba convencido de que la mandíbula le estaría doliendo lo que quedaba de noche.

La agarró por las muñecas con tanta delicadeza como si fuera un pajarillo, pero, aunque la muchacha se debatió para soltarse, los dedos del joven no cedieron un ápice. Comparado con manejar un martillo en la forja a lo largo de todo el día, sujetarla no significaba el menor esfuerzo, aun después de la lucha contra el hacha. Inesperadamente, la joven pareció cansarse de forcejear y lo miró fijamente a los ojos; ninguno de los dos pestañeó.

—Te podría haber ayudado. No tenías derecho a...

—Tenía todo el derecho —replicó firmemente él—. No me habrías podido ayudar. Si te hubieras quedado, los dos estaríamos muertos ahora. Me habría sido imposible luchar como tuve que hacerlo y protegerte al mismo tiempo. —Ella abrió la boca para protestar, pero Perrin levantó la voz y continuó—: Sé que detestas esa palabra, e intentaré no tratarte como si fueras de porcelana; pero, si esperas que me quede de brazos cruzados

cuando corres peligro, te ataré como a un corderillo y te enviaré con la señora Luhhan. Es una mujer que no consiente esas tonterías.

Se tocó un diente con la punta de la lengua, preguntándose si no estaba suelto, y casi deseó poder ver a Faile intentando imponerse a Alsbet Luhhan. La esposa del herrero mantenía a raya a su marido sin apenas más esfuerzo que el que necesitaba para llevar la casa. Hasta Nynaeve había tenido buen cuidado con su afilada lengua cuando estaba cerca de la señora Luhhan. Por fin llegó a la conclusión de que el diente no se le movía.

Faile se echó a reír de repente, con una risa baja, honda.

—Lo harías, ¿verdad? Pero, si lo intentas, ten por seguro que al punto estarás bailando con el Oscuro.

Perrin estaba tan sorprendido que la soltó. No veía diferencia entre lo que acababa de decir y lo que le había dicho antes, pero lo primero la había encolerizado mientras que esto último lo había aceptado... con cariño. Y no es que se tomara a broma su amenaza de matarlo. Faile llevaba cuchillos escondidos por toda su persona, y sabía cómo utilizarlos.

La joven se frotó las muñecas de manera ostentosa y murmuró algo entre dientes. Perrin alcanzó a entender «buey peludo», y se prometió que se afeitaría aquella estúpida barba. Lo haría.

—El hacha —dijo Faile en voz alta—. Era él, ¿verdad? El Dragón Renacido, que intentaba matarnos.

—Tiene que haber sido Rand. —Puso énfasis en el nombre. No le gustaba pensar en él de otro modo. Prefería recordar al Rand con el que había crecido en Campo de Emond—. Pero no tratando de matarnos. Él no.

La joven le dedicó una sonrisa que era más una mueca tirante.

—Pues si no lo estaba intentando, espero que nunca lo haga.

—No sé qué pretendía, pero pienso decirle que deje de hacerlo, y ahora mismo.

—No sé por qué me intereso por un hombre al que le preocupa tan poco su propia seguridad —rezongó ella.

Perrin frunció el entrecejo y la miró desconcertado, preguntándose qué habría querido decir con eso, pero ella se limitó a enlazar el brazo en el suyo. El joven seguía dándole vueltas a lo mismo cuando echaron a andar por los pasillos de la Ciudadela. Dejó el hacha en el mismo sitio, hincada en la puerta, donde no haría daño a nadie.

Sujetando el largo cañón de una pipa entre los dientes, Mat se abrió un poco más la chaqueta e intentó concentrarse en las cartas colocadas boca abajo delante de él y en las monedas esparcidas en el centro de la mesa. Vestía la chaqueta roja de corte andoriano hecha con la mejor lana y bordados dorados en espiral alrededor de los puños y del largo cuello, pero el calor le recordaba día tras día que Tear se encontraba mucho más al sur que Andor. El sudor le resbalaba por la cara y le pegaba la camisa a la espalda.

Ninguno de sus compañeros sentados alrededor de la mesa parecía notar el calor ni poco ni mucho a pesar de sus chaquetas, que tenían aspecto de ser mucho más gruesas que la suya, con aquellas mangas anchas y abultadas, sedas y brocados acolchados y franjas de satén. Dos hombres vestidos con libreas rojas y doradas se ocupaban de que las copas de plata de los jugadores estuvieran llenas de vino en todo momento, y llevaban bandejas pequeñas de plata con aceitunas, queso y frutos secos. El calor tampoco parecía afectar a los sirvientes, aunque de vez en cuando uno de

Librodot

ellos bostezaba con disimulo tras la mano levantada cuando creía que nadie lo miraba. La noche estaba avanzada.

Mat contuvo el impulso de alzar sus cartas para comprobarlas de nuevo; seguirían siendo las mismas. Tres soberanos, las cartas más altas de tres de los cinco palos, ya eran suficiente para ganar a la mayoría de las jugadas.

Se habría sentido más a gusto con los dados; no solía haber juego de naipes en los lugares que frecuentaba, donde la plata cambiaba de manos en cincuenta partidas de dados diferentes, pero estos jóvenes aristócratas tearianos preferirían llevar harapos antes que jugar a los dados, algo que sólo hacían los patanes según su opinión, aunque tenían cuidado de no decirlo cuando Mat pudiera oírlo. No es que temieran su mal genio, sino a quienes pensaban que eran amigos suyos. Este juego llamado tajo era a lo que jugaban hora tras hora, noche tras noche, utilizando cartas pintadas y laqueadas a mano por un hombre de la ciudad que se había hecho rico a costa de estos tipos y otros como ellos. Sólo las mujeres y los caballos los apartaban de sus naipes, aunque no por mucho tiempo.

Aun así, Mat había aprendido el juego bastante deprisa, y, aunque no era tan afortunado en las cartas como con los dados, bastaba. Una bolsa abultada yacía sobre la mesa, cerca de sus cartas, y en su bolsillo guardaba otra todavía más hinchada de monedas. En otros tiempos, allá en Campo de Emond, lo habría considerado una fortuna, suficiente para vivir lujosamente el resto de su vida. Pero, desde que había salido de Dos Ríos, su idea sobre lo que eran lujos había cambiado. Los jóvenes nobles guardaban su dinero en brillantes montones apilados, con descuido, pero Mat no tenía intención de cambiar algunas de sus viejas costumbres. En las tabernas y posadas había veces que uno tenía que salir por pies.

Cuando tuviera bastante para vivir como quería, se marcharía de la Ciudadela igualmente deprisa, antes de que Moraine supiera lo que planeaba. Por su gusto haría días que se habría ido, pero allí había posibilidad de hacerse con un poco de oro. En una sola noche a esta mesa podía ganar más que en una semana jugando a los dados en las tabernas; si la suerte le sonreía, claro está.

Frunció levemente el ceño y chupó la pipa con gesto preocupado para dar la impresión de que no estaba seguro de si sus cartas eran bastante buenas para continuar. Dos de los jóvenes nobles también sujetaban sendas pipas entre los dientes, pero éstas tenían incrustaciones de plata y las boquillas eran de ámbar. En el cargado aire de la estancia, sus perfumados tabacos olían como si se hubiera prendido fuego en el vestidor de una dama, y no es que Mat hubiera estado nunca en uno de esos vestidores. Una enfermedad que casi le costó la vida le había dejado tantas lagunas en la memoria como agujeros había en un buen encaje, pero a pesar de ello estaba seguro de que se acordaría de algo así. «Ni siquiera el Oscuro sería lo bastante retorcido para hacerme olvidar eso.»

—Un bajel de los Marinos atracó hoy —masculló Reimon sin soltar la pipa. Era un joven ancho de hombros, con una barba untada con aceites y recortada en punta. Era la última moda entre los jóvenes nobles, y Reimon seguía las modas con tanto entusiasmo como iba a la caza de mujeres, lo que significaba un poco menos de entusiasmo que el que dedicaba al juego. Echó una corona de plata sobre el montón que había en el centro de la mesa para que le sirvieran otra carta—. Dicen que son los navíos más veloces. Más

Librodot

que el viento, dicen. Me gustaría comprobarlo. Diantre, vaya que me gustaría. —No se molestó en mirar la carta que había comprado; nunca lo hacía hasta que tenía las cinco.

El hombre rollizo y de sonrojadas mejillas que estaba sentado entre Reimon y Mat soltó una risita jocosa.

—¿Dices que quieres ver el barco, Reimon? ¿No será a las chicas? Esas exóticas bellezas, con sus anillos y bujerías y sus andares contoneantes. —Puso una corona y cogió su carta; hizo un mohín de desagrado cuando la miró. Tal cosa no significaba nada; de juzgarlo por su cara, las cartas de Edorion eran siempre bajas y desparejas, aunque en realidad ganaba más veces de las que perdía—. Bueno, tal vez tenga mejor suerte con las chicas de las islas de los Marinos.

El que daba las cartas, un tipo alto y delgado que estaba sentado al otro lado de Mat y que lucía una barba puntiaguda aún más llamativa que la de Reimon, se puso un dedo junto a la nariz.

—¿Crees que tendrás suerte con ellas, Edorion? Del modo con que guardan las distancias serás muy afortunado si consigues oler su perfume. —Olisqueó el aire y soltó un exagerado suspiro, que provocó las risas de los demás nobles, incluido Edorion.

Un joven de rasgos vulgares llamado Estean se rió con más ganas que nadie mientras se retiraba el liso cabello que no dejaba de caerle sobre la frente. Cambiándole la cara chaqueta amarilla por otra de burda lana, habría pasado por un granjero en lugar del hijo de uno de los Grandes Señores con la mayor fortuna de Tear; de todos los reunidos a la mesa, era el más acaudalado. También bebía mucho más vino que cualquiera de los otros. Asomándose por delante del hombre que tenía a su lado, un tipo afectado llamado Baran que siempre miraba con aires de superioridad, Estean dio unos golpecitos al que repartía las cartas con un dedo no del todo firme. Baran se echó hacia atrás y su boca se torció sobre la boquilla de la pipa en un gesto de asco, como si temiera que Estean fuera a vomitar.

—Eso ha estado muy bien, Carlomin —gorjeó Estean—. Y tú piensas lo mismo, ¿verdad, Baran? Edorion no olerá siquiera su perfume. Si quiere tentar a la suerte... arriesgarse... debe ir tras las mozas Aiel, como Mat. Todas esas lanzas y cuchillos. Diantre. Es como pedir un baile a una leona. —Un pesado silencio cayó sobre la mesa. Nadie coreó las risas de Estean, que parpadeó y se pasó los dedos por el pelo otra vez—. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo? ¡Oh! Sí, claro. Ellas.

Mat contuvo a duras penas un exabrupto. Este necio había tenido que sacar a colación a las Aiel. Sólo había algo peor: nombrar a las Aes Sedai; cualquiera preferiría tener a las Aiel recorriendo los pasillos y mirando con desprecio a cualquier tearianо que se cruzara en su camino que a una sola Aes Sedai, y en esta ciudad había cuatro por lo menos. Sacó una moneda andoriana de plata de la bolsa y la echó en el montón. Carlomin le tendió la carta lentamente.

Mat la levantó con cuidado, utilizando la uña del pulgar, y ni siquiera pestañeó. El Soberano de Copas, el Gran Señor de Tear. Los soberanos en una baraja variaban dependiendo del país donde se hacían los naipes, pero el dirigente de la nación era siempre el Soberano de Copas, la carta más alta. Estos naipes eran antiguos. Ya había visto barajas nuevas con el rostro de Rand, o algo que se le parecía, en el Soberano de Copas, junto con el estandarte del Dragón. Rand, el dirigente de Tear; aquello todavía le parecía

tan ridículo que le daban ganas de pellizcarse. Rand era un pastor, un buen tipo con quien divertirse cuando no se ponía en plan serio y responsable. Ahora era Rand el Dragón Renacido; aquello era suficiente para que una vocecilla en su interior lo tachara de majadero por seguir sentado allí, donde Moraine podía echarle mano cuando quisiera, esperando ver qué haría Rand a continuación. Quizá Thom Merrilin quisiera acompañarlo. O Perrin. Sólo que Thom parecía haberse instalado en la Ciudadela como si no tuviera intención de marcharse nunca, y Perrin no iría a ningún sitio a menos que Faile hiciera un gesto con el dedo. En fin, estaba dispuesto a viajar solo si no quedaba otro remedio.

Sin embargo, había plata en el centro de la mesa y oro delante de los nobles, y si le tocaba el quinto soberano tendría la baza más alta del tajo, aunque realmente no hacía falta. De repente sintió que la suerte lo tocaba; no se parecía en nada al cosquilleo que percibía jugando a los dados, por supuesto, pero ahora tenía la seguridad de que nadie iba a ganar a sus cuatro soberanos. Los tearianos habían estado apostando fuerte toda la noche, más o menos el precio de diez granjas encima de la mesa y cambiando de manos en las partidas más rápidas.

Pero Carlomin estaba mirando fijamente el mazo de naipes que tenía en la mano en lugar de comprar su cuarta carta, y Baran chupaba la pipa frenéticamente mientras apilaba las monedas que tenía delante como si se dispusiera a meterlas en los bolsillos. Reimon tenía un gesto hosco, y Edorion se miraba las uñas, ceñudo. Sólo Estean parecía tranquilo; sonrió a sus compañeros de mesa con inseguridad, tal vez olvidado ya lo que había dicho. Por lo general se las arreglaban para poner buena cara cuando salía a relucir el tema de las Aiel, pero ya era muy tarde y el vino había corrido generosamente.

Mat se devanó los sesos buscando el modo de hacer que se quedaran y no se llevaran su oro ahora que tenía tan buenas cartas. Una simple ojeada a sus semblantes le bastó para comprender que cambiar de tema no sería suficiente. Pero había otro modo. Si conseguía hacerlos reír a costa de las Aiel... «¿Merece la pena que también se rían de mí?» Mordió la boquilla de la pipa y trató de discurrir otra cosa.

Baran cogió un montón de monedas de oro en cada mano e hizo intención de guardarlas en los bolsillos.

—Quizá pruebe suerte con las mujeres de las islas de los Marinos —se apresuró a decir Mat, que se quitó la pipa de los labios para gesticular con ella—. Pasan cosas raras cuando se anda detrás de las chicas Aiel. Muy raras. Como ese juego al que llaman el Beso de las Doncellas. —Había despertado su interés, pero Baran no había soltado las monedas y Carlomin no daba señal de comprar una carta.

Estean soltó una risotada que denotaba su embriaguez.

—Te besan las costillas con el acero, supongo. Son las Doncellas Lanceras, ¿comprendéis? Acero. Una lanza en tus costillas. Diantre. —Ninguno de los otros se rió, pero escuchaban atentos.

—No exactamente. —Mat consiguió esbozar una sonrisa. «Demonios. Después de lo que he dicho ya, tanto da si cuento el resto»—. Rhuarc me dijo que si quería llevarme bien con las Aiel, tenía que pedirles que jugaran conmigo al Beso de las Doncellas. Me aseguró que era el mejor modo de llegar a conocerlas. —Todavía sonaba como uno de los juegos de besos en el pueblo, como Besar las Margaritas. Nunca había imaginado que el jefe de

clan Aiel fuera de la clase de hombres que gastan bromas pesadas. La próxima vez tendría más cuidado con él. No sin esfuerzo, consiguió acentuar la sonrisa—. Así que me dirigí a Bain y... —Reimon frunció el entrecejo con impaciencia. Ninguno de ellos conocía otros nombres Aiel aparte del de Rhuarc, ni querían saberlos. Mat dejó a un lado lo de los nombres y prosiguió—: Fui como un estúpido inocente y les pedí que me enseñaran el juego. Debería haber imaginado algo al ver sus amplias sonrisas; como gatos a los que un ratón invita a bailar. Antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, tenía un puñado de lanzas rodeándome la garganta como un collar. De haber estornudado, me habría hecho un buen afeitado.

Sus compañeros de mesa estallaron en carcajadas, desde el resuello siseante de Reimon al rebuzno empapado en alcohol de Estean.

Mat no se sumó al jolgorio. Casi podía sentir de nuevo las afiladas puntas de lanza que le habrían agujereado el cuello con que sólo hubiera movido el dedo meñique. Bain, que no dejó de reír durante todo el incidente, le dijo que de hecho era el primer hombre que les había pedido jugar al Beso de las Doncellas.

Carlomin se atusó la barba y aprovechó el momento de vacilación de Mat.

—No puedes dejarlo ahí. Continúa. ¿Cuándo fue eso? Apuesto a que hace dos noches, cuando no viniste a jugar y nadie sabía dónde te habías metido.

—Esa noche estaba con Thom Merrilin jugando a las damas —se apresuró a decir Mat—. Lo otro ocurrió hace varios días. —Se alegraba de ser capaz de mentir manteniendo el gesto serio—. Hay que dar un beso a cada una, eso es todo. Si considera que es un buen beso, entonces retiran las lanzas. Si no, aprietan un poco más para, digamos, estimularte. Y no hay nada más que contar, salvo que acabé con menos arañazos que cuando me afeito.

Volvió a ponerse la pipa entre los dientes. Si querían saber más, podían ir en persona y pedirles que jugaran con ellos. Albergó la esperanza de que alguno de ellos fuera lo bastante necio para intentarlo. «Condenadas mujeres Aiel con sus condenadas lanzas.» No se había metido en su cama hasta el alba.

—Eso sería más de lo que podría aguantar —dijo Carlomin—. ¡Que la Luz consuma mi alma si miento! —Echó una moneda de plata en el centro de la mesa y se sirvió otra carta—. El Beso de las Doncellas. —Sus hombros se estremecieron, sacudidos por otro ataque de risa, y las carcajadas estallaron de nuevo alrededor de la mesa.

Baran compró su quinta carta, y Estean cogió torpemente una moneda del montón desperdigado que tenía delante; miró el naipe que le había tocado en suerte. Ya no dejarían el juego.

—Salvajes —masculló Baran sin quitarse la pipa de la boca—. Salvajes ignorantes. Eso es lo que son todos ellos, demontre. Viven en cuevas, allá en el Yermo. ¡En cuevas! Sólo un salvaje podría vivir en el Yermo.

—Al menos sirven al lord Dragón —dijo Reimon—. Si no fuera por eso, cogería a un centenar de Defensores y los sacaría a rastras de la Ciudadela.

Baran y Carlomin lanzaron feroces gruñidos de conformidad con sus palabras.

A Mat no le costó trabajo mantener el gesto impasible. Había oído lo mismo muchas veces. Fanfarronear era fácil cuando nadie esperaba que

Librodot

llevaras a cabo lo que decías. ¿Un centenar de Defensores? Aun en el caso de que Rand no participara por alguna razón, unos cuantos cientos de Aiel defendiendo la Ciudadela resistirían contra cualquier ejército que Tear lograra reunir. Y no es que tuvieran realmente interés en la Ciudadela; Mat sospechaba que estaban allí sólo porque estaba Rand. No creía que a ninguno de estos petimetres se le hubiera ocurrido pensarlo —ponían gran empeño en actuar como si los Aiel no existieran— pero dudaba que saberlo mejorara su opinión sobre ellos.

—Mat. —Estean abrió en abanico las cartas sobre una de las manos y las colocó como si no acabara de decidir en qué orden debían ir—. Mat, hablarás con el lord Dragón, ¿verdad?

—¿Acerca de qué? —preguntó el joven con cautela. Muchos de estos tearianos, demasiados para su gusto, sabían que Rand y él habían crecido juntos, y por lo visto pensaban que se pasaba pegado a él todo el tiempo, en cuanto lo perdían de vista. No sabía por qué, pero debían de pensar que era más tonto que ellos, porque ninguno de los presentes se habría acercado a su propio hermano si éste fuera capaz de encauzar.

—Ah, ¿no te lo dije? —El joven de rasgos vulgares escudriñó sus cartas y se rascó la cabeza; luego se le iluminó el semblante cuando pareció recordar—. Oh, sí. Su proclama, Mat. La del lord Dragón. La última, donde afirmó que los plebeyos tenían derecho a llevar a los señores ante un magistrado. ¿Quién oyó nunca que un magistrado llame a comparecer a un lord? ¡Y por requerimiento de un plebeyo!

Mat apretó la bolsa hasta que las monedas que había dentro rechinaron entre sí.

—Sí —dijo fríamente—, sería una vergüenza que te juzgaran sólo porque has abusado de la hija de un pescador o porque has hecho que apaleen a un granjero que te ha salpicado la capa de barro.

Los otros rebulleron incómodos al percibir su mal humor, pero Estean asintió con tanta energía que su cabeza pareció a punto de caer rodando al suelo.

—Exacto. Aunque nunca se llegará a eso, por supuesto. ¿Un noble ser juzgado ante un magistrado? Desde luego que no. Imposible. —Soltó una risa de borracho—. Además, nadie abusaría de hijas de pescadores. Por mucho que las laves huelen a pescado, ¿comprendes? Una rolliza muchacha granjera es mejor.

Mat se dijo para sus adentros que había ido allí a jugar y que tenía que hacer caso omiso de los desatinos de este necio; se recordó el montón de oro que sacaría de la bolsa de Estean, pero su lengua no escuchó tales razonamientos.

—Quién sabe en qué acabaría eso. Tal vez en ahorcamientos.

Edorion lo miró de reojo, cauteloso e incómodo.

—¿Tenemos que hablar sobre..., sobre plebeyos, Estean? ¿Por qué no mejor acerca de las hijas del viejo Astoril? ¿Has decidido ya con cuál de ellas vas a casarte?

—¿Qué? Oh. Oh, bueno, lanzaré una moneda al aire, supongo. —Estean miró ceñudo sus cartas, cambió una y volvió a fruncir el ceño—. Medore tiene un bonito par de peras. Puede que con Medore.

Mat echó un largo trago de su copa de vino para no soltar un puñetazo en su cara de campesino. Ésta era todavía la primera copa que tomaba; los dos sirvientes habían renunciado ya a rellenarla. Si golpeaba a Estean,

Librodot

ninguno levantaría un dedo para impedírselo. Ni siquiera el propio interesado. Y todo porque era amigo del lord Dragón. Deseó encontrarse en una taberna en cualquier otro sitio de la ciudad, donde algún trabajador de los muelles podría poner en duda su buena suerte y sólo una frase ingeniosa o una rápida carrera o unas manos ágiles podrían sacarlo del problema. Vaya, ésa sí que era una idea estúpida.

Edorion miró de reojo otra vez a Mat, valorando su mal humor.

—Hoy me ha llegado un rumor. He oído decir que el lord Dragón va a llevarnos a la guerra contra Illian.

Mat se atragantó con el vino.

—¿A la guerra? —farfulló.

—A la guerra —corroboró Reimon alegremente, sin soltar la pipa.

—¿Estáis seguros? —preguntó Carlomin.

—Pues yo no he oído nada —añadió Baran.

—Lo escuché hoy mismo, de tres bocas distintas. —Edorion parecía absorto en sus cartas—. Quién sabe qué habrá de cierto en ello.

—Tiene que ser verdad —intervino Reimon—. Con el lord Dragón dirigiéndonos, blandiendo *Callandor,* ni siquiera tendremos que luchar. Haremos que sus ejércitos huyan en desbandada y entraremos en Illian. Una pena. Diantre, vaya si lo es. Me gustaría tener la oportunidad de medir mi espada contra los illianos.

—No la tendrás yendo el lord Dragón a la cabeza —dijo Baran—. Caerán de rodillas tan pronto como vean el estandarte del Dragón.

—Y, si no lo hacen —añadió Carlomin con una risa—, el lord Dragón descargará rayos sobre ellos y los aplastará en el sitio.

—Primero Illian —dijo Reimon—. Y después... Después conquistaremos el mundo para el lord Dragón. Díselo así, Mat. El mundo entero.

Mat sacudió la cabeza. Un mes antes se habrían horrorizado con sólo pensar en un hombre capaz de encauzar el Poder, un hombre abocado a perder la razón y destinado a sufrir una muerte espantosa. Ahora estaban dispuestos a seguir a Rand en la batalla y a confiar en su poder para alzarse con la victoria. Confiar en el Poder, aunque jamás lo expresarían así. Con todo, imaginaba que tenían que agarrarse a algo; la invulnerable Ciudadela estaba en manos de los Aiel, el Dragón Renacido se encontraba en sus aposentos, treinta metros por encima de sus cabezas, y tenía a *Callandor* en su poder. Tres mil años de creencias e historia teariana se habían hecho añicos, y el mundo se había vuelto del revés. Se preguntó si él lo habría asimilado mejor; su propio mundo se había tambaleado en poco más de un año. Hizo girar una moneda teariana de oro por encima de sus dedos. Por bien que lo hubiera hecho, no regresaría.

—¿Cuándo marcharemos, Mat? —preguntó Baran.

—No lo sé —respondió lentamente—. No creo que Rand emprenda una guerra. —A menos que ya se hubiera vuelto loco, por supuesto. No soportaba pensar algo así.

Los otros lo miraban como si hubiera dicho que el sol no saldría mañana.

—Todos somos leales al lord Dragón, por supuesto. —Edorion miró sus cartas pensativo—. Sin embargo, fuera de la ciudad... He oído comentar que algunos de los Grandes Señores, unos pocos, estaban intentando reunir un ejército para recuperar la Ciudadela. —De repente ninguno miraba ya a Mat, aunque Estean seguía intentando colocar sus cartas—. Pero, cuando el lord

Librodot

Dragón nos dirija hacia la guerra, todas esas ideas se quedarán en nada. Sea como sea, aquí, en la Ciudadela, todos somos leales. Los Grandes Señores también, estoy convencido. Los pendencieros son sólo esos pocos del campo.

Su lealtad duraría mientras durara su miedo al Dragón Renacido. Por un momento Mat tuvo la sensación de que planeaba abandonar a Rand en un nido de víboras. Después recordó lo que era Rand. Más bien era dejar a una comadreja en un gallinero. Rand había sido su amigo, pero el Dragón Renacido... ¿Quién podía ser amigo del Dragón Renacido? «No estoy abandonando a nadie. Seguramente podría derrumbar la Ciudadela sobre sus cabezas si quisiera. Pero no lo hará sobre la mía.» Una vez más, se dijo que había llegado el momento de marcharse.

—Nada de hijas de pescadores —farfulló Estean—. ¿Hablarás con el lord Dragón?

—Te toca, Mat —intervino Carlomin con premura. Parecía algo asustado, aunque no había forma de saber si lo que le daba miedo era que Estean lo encolerizara de nuevo o que la conversación volviera al tema de la lealtad—. ¿Vas a comprar la quinta carta o te retiras?

Mat comprendió que no había estado prestando atención al juego. Todos salvo él y Carlomin tenían cinco cartas, aunque Reimon había echado las suyas boca abajo junto al montón de monedas como señal de que se retiraba. Mat vaciló, fingiendo que lo pensaba; después suspiró y echó otra moneda en el montón.

Mientras la corona de plata saltaba girando sobre sí misma, de repente sintió que su suerte aumentaba a raudales. Cada toque de la plata contra la madera del tablero resonó claramente en su cabeza; habría podido apostar a cara o cruz y habría acertado cómo caía la moneda en cada salto. Igual que sabía con toda certeza cuál era su próxima carta antes de que Carlomin la dejara delante de él.

Recogió los cinco naipes y los abrió en abanico en una mano. La Soberana de las Llamas se encontraba junto a los otros cuatro triunfos; la Sede Amyrlin lo contemplaba con una llama ondeando sobre su mano, aunque no se parecía en nada a Siuan Sanche. Fuera cual fuera la opinión de los tearianos sobre las Aes Sedai, reconocían el poder de Tar Valon, aun cuando las Llamas eran el palo más bajo.

¿Qué probabilidades habría de tener los cinco triunfos? Tenía mejor suerte con otros juegos de azar, como los dados, pero tal vez la fortuna empezaba a sonreírle también con las cartas.

—Que la Luz me fulmine si no es así —masculló. O eso es lo que tenía intención de decir.

—Ahí tienes —gritó Estean—. Ahora no lo puedes negar. Eso era la Antigua Lengua. Algo de la Luz y de fulminar. —Sonrió a sus compañeros de mesa—. Mi tutor estaría orgulloso. Debería enviarle un regalo, si es que consigo descubrir adónde se fue.

Se suponía que los nobles tenían que saber hablar la Antigua Lengua, aunque en realidad muy pocos sabían algo más de lo que Estean parecía conocerla. Los jóvenes aristócratas empezaron a discutir acerca de lo que Mat había dicho exactamente. Por lo visto pensaban que había sido un comentario que se le había escapado en el acaloramiento de la conversación.

A Mat se le puso la carne de gallina mientras intentaba recordar las palabras que acababa de pronunciar. Una sarta de jerigonzas, aunque tenía la sensación de que casi podía entenderlo. «¡Condenada Moraine! Si me

hubiera dejado en paz, ahora no tendría tantas lagunas en la memoria ni estaría mascullando... ¡lo que quiera que sea ese galimatías!» También estaría ordeñando las vacas de su padre en lugar de recorrer el mundo con una bolsa llena de oro, pero se las ingenió para no pensar en esa parte de la historia.

—¿Habéis venido a jugar —los interrumpió bruscamente— o a cotorrear como viejas mientras hacen calceta?

—A jugar —repuso Baran en tono cortante—. ¡Aumento tres coronas de oro! —Echó las monedas en el montón.

—Y otras tres más. —Estean hipó y añadió seis coronas de oro en el bote.

Conteniendo una sonrisa, Mat olvidó por completo la Antigua Lengua. Qué fácil iba a ser; no quería ni pensarlo. Además, si empezaban con apuestas tan fuertes, podría ganar suficiente en esa mano para poder marcharse por la mañana. «Y si está tan loco como para emprender una guerra, me marcharé aunque tenga que hacerlo andando.»

Fuera, en la noche, un gallo cantó. Mat rebulló inquieto y se reprendió por ser un necio. Nadie iba a morir.

Bajó los ojos a sus cartas y parpadeó sorprendido. La llama de la Amyrlin había sido sustituida por un cuchillo. Mientras se decía que estaba cansado y veía cosas raras, la figura le hincó la minúscula hoja en la palma de la mano.

Con un ronco grito, arrojó las cartas y brincó hacia atrás tan bruscamente que volcó la silla y golpeó la mesa con los pies al caer al suelo. El aire pareció volverse tan espeso como la miel. Todo se movía como si el tiempo transcurriera muy lentamente, pero al mismo tiempo todo parecía ocurrir a la par. Otros gritos corearon el suyo; unos gritos huecos que resonaban dentro de una caverna. La silla se movía atrás y adelante; la mesa empezó a elevarse.

La Soberana de las Llamas flotaba en el aire y crecía más y más, mientras lo miraba con una cruel sonrisa. Ahora casi de tamaño natural, empezó a salir de la carta; seguía siendo una imagen pintada, sin profundidad, pero alargó el cuchillo hacia él, enrojecido con su sangre como si ya se lo hubiera hincado en el corazón. A su lado, el Soberano de Copas empezó a crecer, y el Gran Señor teariano sacó su espada.

Mat flotaba en el aire, pero de algún modo consiguió alcanzar la daga que llevaba bajo la manga izquierda y la arrojó al punto, directamente al corazón de la Amyrlin. Si es que esa cosa tenía corazón. La segunda daga se deslizó en su mano suavemente y salió lanzada con más suavidad aún. Las dos armas surcaron el aire con la lenta ligereza de vilanos al viento. Mat habría querido gritar, pero el primer bramido de rabia y sorpresa todavía salía de su boca. La Soberana de Bastos estaba creciendo al lado de las primeras dos cartas; la reina de Andor aferraba el bastón como un garrote, y su cabello rubio rojizo enmarcaba una mueca demencial.

Todavía estaba cayendo, todavía soltaba aquel grito prolongado hasta el infinito. La Amyrlin había salido de su carta, y el Gran Señor se desprendía de la suya enarbolando la espada. Las figuras planas se movían casi tan lentamente como él. Casi. Tenía la prueba de que las armas que empuñaban podían cortar, y sin duda el garrote era capaz de aplastar un cráneo. El suyo.

Las dagas que había arrojado se movían como si atravesaran gelatina.

Ahora estaba seguro de que el gallo había cantado por él. Dijera lo que dijera su padre, el augurio había sido verdad. Pero no se resignaría a morir como un cordero. Sin pensar cómo, consiguió sacar otras dos dagas de debajo de la chaqueta, una en cada mano. Mientras bregaba para retorcerse en el aire, para ponerse de pie, lanzó una de las dagas a la figura de cabello dorado que blandía el garrote. La otra la conservó en la mano al tiempo que intentaba girarse, caer en el suelo de pie para enfrentarse a...

El mundo volvió a su movimiento normal, y Mat cayó sobre un costado con tanta fuerza que se quedó sin respiración. Se puso de pie precipitadamente al tiempo que sacaba otra daga de debajo de la chaqueta. Thom decía que no debería llevar demasiadas encima; ahora ya no necesitaba ninguna.

Por un momento pensó que las cartas y las figuras se habían desvanecido en el aire. O quizá lo había imaginado todo; tal vez era él quien se estaba volviendo loco. Entonces vio las cartas, otra vez con su tamaño normal, ensartadas en uno de los oscuros paneles de la pared con sus dagas, que todavía se cimbreaban. Inhaló profunda, temblorosamente.

La mesa estaba tirada de lado, las monedas rodaban por el suelo, donde estaban agachados los nobles petimetres y los sirvientes, entre las cartas desparramadas. Miraban boquiabiertos a Mat y a sus dagas, las que aún tenía en las manos y las clavadas en la pared. Estean cogió una copa de plata que, a saber cómo, no se había volcado y se echó al coleto el vino que quedaba en ella, parte del cual se derramó por su barbilla y por el pecho.

—Sólo porque no tengas buenas cartas para ganar —empezó Edorion con voz ronca—, no hay motivo para que te... —Enmudeció, estremecido.

—Vosotros lo habéis visto también. —Mat envainó las dagas. Un hilillo de sangre resbalaba de la minúscula herida abierta en la palma de su mano—. ¡No finjáis que no!

—No vi nada —dijo Reimon con voz inexpresiva—. ¡Nada! —Empezó a gatear por el suelo recogiendo monedas de oro y plata, concentrándose en ellas como si no hubiera en el mundo nada más importante. Los otros hicieron lo mismo, salvo Estean, que gateó buscando alguna otra copa que no se hubiera volcado y en la que aún hubiera vino. Uno de los sirvientes se tapaba la cara con las manos; el otro, con los ojos cerrados, parecía rezar en un susurro gemebundo.

Mascullando una maldición, Mat se dirigió a la pared donde sus dagas tenían clavadas las cartas contra el panel de madera. De nuevo volvían a ser naipes corrientes, simple papel rígido con la capa de lacado transparente resquebrajada. Pero la figura de la Amyrlin sostenía todavía la daga en lugar de una llama. Saboreó sangre y entonces cayó en la cuenta de que se chupaba el corte de la mano.

Sacó precipitadamente las dagas y partió por la mitad las cartas antes de enfundar las armas. Al cabo de un momento, rebuscó entre los naipes tirados en el suelo hasta encontrar al Soberano de Oros y al de los Vientos, y también los rompió en pedazos. Se sentía un poco estúpido por hacerlo; al fin y al cabo, todo había pasado ya y los naipes eran de nuevo cartas corrientes, pero no pudo evitar romperlas.

Ninguno de los jóvenes nobles, que seguían moviéndose a gatas por el suelo, intentó impedírselo. Se apartaban con premura de su camino, sin siquiera mirarlo. El juego se había terminado por aquella noche, y quizá durante las noches venideras. Al menos para él. Lo que quiera que hubiera

pasado iba dirigido directamente contra él, sin lugar a dudas. Y más evidente todavía era que estaba relacionado con el Poder Único. Sus compañeros de juego no querían tener nada que ver con eso.

—¡Maldito seas, Rand! —masculló entre dientes—. ¡Si tienes que volverte loco, no me metas a mí en ello!

Su pipa estaba rota en dos trozos, con la boquilla limpiamente partida por un mordisco. Furioso, Mat cogió su bolsa de dinero, que estaba tirada en el suelo, y salió airado del cuarto.

En la oscuridad del dormitorio, Rand daba vueltas en un lecho lo bastante amplio para acoger a cinco personas. Estaba soñando.

Moraine lo azuzaba con un afilado palo a través de un bosque tenebroso hacia el lugar donde la Sede Amyrlin esperaba sentada en el tocón de un árbol, agarrando por la punta una cuerda que él llevaba atada al cuello como un dogal. Entre los árboles se atisbaban vagamente unas figuras imprecisas, acechantes, persiguiéndolo; allí, vislumbró el destello de una cuchilla a la mortecina luz; más allá, atisbó fugazmente unas cuerdas preparadas para amarrarlo. La esbelta Moraine, que apenas le llegaba al hombro, mostraba una expresión que Rand nunca había visto en su semblante: miedo. Sudorosa, la Aes Sedai lo azuzó con más urgencia intentando que se diera prisa. Amigos Siniestros y Renegados agazapados en las sombras; la traílla de la Torre Blanca al frente; y Moraine, detrás. Esquivando con un quiebro el palo de la Aes Sedai, Rand huyó.

—Demasiado tarde para eso —gritó Moraine a su espalda.

Pero tenía que regresar. Volver a casa.

Murmurando, Rand rebulló en el lecho y después se quedó quieto y su respiración se tornó más regular durante unos instantes.

Estaba de vuelta en el Bosque de las Aguas, en casa; los rayos de sol penetraban oblicuos entre los árboles y arrancaban destellos en el estanque que había delante de él. A este lado del estanque las rocas aparecían cubiertas con una capa de verde musgo, y en el opuesto crecía un pequeño arco de flores silvestres. Aquí había sido donde, siendo niño, aprendió a nadar.

—Podrías zambullirte ahora.

Giró bruscamente sobre sus talones. Min estaba allí, sonriente, con sus ropas de chico, y a su lado se encontraba Elayne, sus ondulados cabellos rojizos en contraste con un vestido de seda verde muy apropiado para lucirlo en el palacio de su madre.

Había sido Min la que le había hablado, pero Elayne añadió:

—Dan ganas de meterse en el agua, Rand. Nadie nos molestará aquí.

—No sé —empezó, poco convencido.

Min lo interrumpió enlazando las manos detrás de su nuca, puesta de puntillas, y lo besó.

—Nadie nos molestará aquí —repitió las palabras de Elayne en un suave murmullo. Se retiró un paso y se quitó la chaqueta; a continuación desató los lazos de su camisa.

Rand miraba asombrado, y más cuando se percató de que el vestido de Elayne yacía tirado en el suelo. La heredera del trono estaba inclinada, con los brazos cruzados, y subía el repulgo de su camisola.

—¿Qué estáis haciendo? —demandó con voz estrangulada.

—Preparándonos para nadar contigo —respondió Min.

Elayne le dedicó una sonrisa y luego se pasó el borde de la camisola por la cabeza.

Rand se puso de espaldas apresuradamente, aunque no deseaba hacerlo. Y se encontró cara a cara con Egwene, cuyos grandes y oscuros ojos lo contemplaban tristemente. Sin decir una palabra, la joven se dio media vuelta y desapareció entre los árboles.

—¡Espera! —le gritó Rand—. Puedo explicarlo.

Echó a correr; tenía que encontrarla. Pero cuando llegaba al borde de los árboles la voz de Min lo hizo detenerse.

—No te marches, Rand.

Elayne y ella ya estaban metidas en el agua, sólo con la cabeza fuera, mientras nadaban lentamente en el centro del estanque.

—Vuelve —lo llamó Elayne al tiempo que sacaba un esbelto brazo y le hacía señas para que regresara—. ¿Acaso no te mereces tener lo que deseas, para variar?

Rand cambió el peso del cuerpo de uno a otro pie alternativamente, con nerviosismo, deseando moverse pero incapaz de decidir hacia qué lado. Tener lo que deseaba. Sonaba raro. Pero ¿qué era lo que quería? Se llevó una mano a la cara para limpiar lo que creía que era sudor. Al retirarla, la marca de la garza que tenía en la palma estaba casi cubierta por la supuración de la carne ulcerada; entre los bordes enrojecidos de las llagas se veía el blanco del hueso.

Se incorporó de un salto y despertó; estaba en la cama, tiritando en medio de la bochornosa oscuridad. El sudor empapaba su ropa interior y las sábanas de lino. Le ardía el costado, allí donde estaba la vieja herida que no había terminado de curarse bien. Pasó los dedos por la irregular cicatriz, un círculo de casi tres centímetros de diámetro, todavía sensible después de tanto tiempo. Ni siquiera el poder curativo de Moraine era capaz de sanarlo en condiciones. «Pero todavía no me estoy pudriendo. Y tampoco estoy loco. Aún no.» Aún no. Con eso quedaba dicho todo. Le entraron ganas de reír, y se preguntó si tal cosa no significaría que ya estaba algo enajenado.

El haber soñado con Min y con Elayne, soñar con ellas de esa forma... Bueno, no era una locura, pero sí una necedad. Ninguna de ellas lo había mirado como una mujer mira a un hombre cuando estaba despierto. Y con Egwene podía decirse que estaba comprometido desde que eran unos niños. Las palabras de compromiso no se habían pronunciado en el Círculo de Mujeres, pero todo el mundo en Campo de Emond y sus alrededores sabía que algún día se casarían.

Ese día no llegaría nunca, desde luego; ahora no, considerando el destino que le aguardaba a un hombre que encauzaba el Poder. Egwene también debía de haberlo comprendido así. Tenía que haberse dado cuenta. Además, estaba absorta en su propósito de convertirse en Aes Sedai. Con todo, las mujeres eran raras; tal vez pensaba que podía ser una Aes Sedai y casarse con él de todos modos, encauzara o no el Poder. ¿Cómo decirle que ya no deseaba casarse con ella, que la quería como a una hermana? Claro que tampoco tenía por qué decírselo así. Podía justificarse con lo que era, y ella tendría que comprenderlo. ¿Qué hombre le pediría a una mujer que se casara con él sabiendo que sólo le quedaban, con suerte, unos pocos años antes de enloquecer, antes de empezar a descomponerse en vida? A despecho del calor, lo sacudió un escalofrío.

«Necesito dormir.» Los Grandes Señores estarían de regreso por la

Librodot

mañana y maniobrarían para ganarse su favor. El favor del Dragón Renacido. «Quizás esta vez no sueñe.» Empezó a girarse en la cama para buscar un sitio en el que las sábanas estuvieran secas; se quedó petrificado, escuchando unos leves crujidos en la oscuridad. No estaba solo.

La Espada que no es una Espada estaba al otro extremo de la habitación, fuera de su alcance, sobre un pedestal que semejaba un trono y que los Grandes Señores le habían regalado con la esperanza, sin duda, de que mantendría a *Callandor* fuera de su vista. «Es alguien que quiere robar a *Callandor*», dedujo. De pronto se le ocurrió otra idea. «O que quiere matar al Dragón Renacido.» No le hacía falta oír las advertencias susurradas de Thom para saber que la declaración de imperecedera lealtad de los Grandes Señores no eran más que palabras dictadas por la necesidad.

Se concentró en la llama y el vacío para dejar la mente en blanco; no le costó trabajo hacerlo, y se encontró flotando en la fría nada de su interior, ideas y emociones abandonadas fuera; buscó el contacto con la Fuente Verdadera. Esta vez la alcanzó fácilmente, lo que no siempre ocurría.

El *Saidin* lo inundó como un torrente de ardiente calor y luz, impregnándolo de vida, enfermándolo con la corrupción del contacto del Oscuro, semejante a la espuma de una cloaca flotando sobre una corriente pura y limpia. El torrente amenazaba con arrastrarlo, envolverlo, consumirlo.

Debatiéndose contra la corriente, consiguió dominarla a fuerza de voluntad y bajó del lecho; encauzó el Poder en el momento en que sus pies tocaron el suelo en la postura con la que se iniciaba la maniobra de esgrima llamada *Flores de manzano al viento.* Sus enemigos no debían de ser numerosos o, de lo contrario, habrían hecho más ruido; la maniobra de dulce denominación estaba pensada para utilizarse contra más de un adversario.

Cuando sus pies tocaron la alfombra tenía en las manos una espada con la empuñadura larga y la hoja ligeramente curva, de un solo filo cortante. Parecía estar hecha de fuego y, sin embargo, su tacto no era siquiera cálido. La imagen de una garza resaltaba negra en contraste con el amarillo rojizo de la hoja. En ese mismo momento, todas las velas y lámparas de la habitación se encendieron de golpe, y su luz aumentó al reflejarse en los pequeños espejos que tenían detrás. Otros espejos más grandes de pared y dos de pie la reflectaron con mayor intensidad, de manera que Rand habría podido leer cómodamente en cualquier punto de la amplia habitación.

Callandor, una espada aparentemente de cristal, empuñadura y hoja por igual, continuaba en su sitio, un pedestal tan alto y ancho como un hombre, hecho de madera y adornado con tallas, dorados e incrustaciones de piedras preciosas. Asimismo, todo el mobiliario —cama, sillas, bancos, armarios, arcones y palanganero— estaba cubierto con pan de oro y recamado con joyas. La jofaina y la palangana eran de porcelana dorada de los Marinos, tan fina como hojas. La gran alfombra tarabonesa, con dibujos y espirales de colores carmesí, dorados y azules, habría dado de comer a todo un pueblo durante meses. Las delicadas porcelanas de los Marinos ocupaban casi todas las superficies horizontales, aunque también había copas, bandejas y adornos de oro con incrustaciones de plata o de plata con embutidos de oro. Sobre la ancha repisa de mármol de la chimenea había una escultura de unos noventa centímetros de altura que representaba a dos

Librodot

lobos de plata, con rubíes por ojos, que intentaban derribar a un ciervo dorado. Las cortinas de las ventanas, de seda carmesí con águilas bordadas en hilo de oro, se mecían impulsadas por el débil viento. En todos los huecos disponibles se veían libros encuadernados en piel o en madera, algunos deteriorados y todavía con la capa de polvo acumulado en las más recónditas estanterías de la biblioteca de la Ciudadela.

En lugar de los asesinos o ladrones que esperaba encontrar, Rand vio a una hermosa joven de pie en medio de la alfombra, desconcertada, con el negro cabello cayendo en relucientes ondas sobre sus hombros. Mas que tapar, la fina y blanca túnica resaltaba sus formas. Berelain, la dirigente de la ciudad-estado de Mayene, era la última persona que imaginaba encontrar.

Tras dar un respingo de sobresalto, la joven hizo una graciosa reverencia que ajustó más si cabe la tela al cuerpo.

—Estoy desarmada, mi señor Dragón. Si dudáis de mi palabra, podéis registrarme. —Su sonrisa le hizo sentir un repentino apuro al caer en la cuenta de que sólo iba vestido con su ropa interior.

«Que me condene si cree que voy correr para ponerme algo encima. No la invité a entrar en mi cuarto. A colarse», pensó, flotando más allá del vacío. La rabia y la turbación se deslizaron también por los bordes del vacío, y la sangre se le agolpó en la cara; aunque de un modo vago, fue consciente de ello, del ardor de sus mejillas encendidas. Dentro del vacío, todo él era calma y frialdad, pero fuera... Podía notar cada gota de sudor resbalándole por el pecho y la espalda. Le costó un gran esfuerzo de voluntariosa obstinación permanecer allí plantado, a la vista de la mujer. «¿Que la registre, dice? ¡La Luz me valga!»

Relajó la postura y dejó que la espada desapareciera, pero mantuvo el estrecho flujo que lo conectaba con el *Saidin.* Era como beber por un pequeño agujero abierto en un dique cuando toda la tierra de la presa amenazaba con ceder a la presión del agua; un agua tan dulce como el néctar del vino y a la vez tan nauseabunda como un reguero que atraviesa un estercolero.

No sabía gran cosa de esta mujer, salvo que se movía por la Ciudadela como si fuera su palacio de Mayene. Thom decía que la Principal de Mayene no dejaba de hacer preguntas a todo el mundo. Preguntas acerca de Rand. Cosa que quizás era lógica considerando quién era él, pero eso no lo hacía sentirse mejor. Además, no había regresado a Mayene, y eso sí que distaba de ser normal. Aunque no de manera oficial, había permanecido prisionera durante meses, hasta la llegada de Rand, completamente aislada de su trono y del gobierno de su pequeña nación. Cualquiera en su situación habría aprovechado la primera oportunidad para escapar; y para alejarse de un hombre capaz de encauzar el Poder.

—¿Qué hacéis aquí? —Sabía que su tono era cortante, pero no le importaba—. Había guardias Aiel apostadas en esa puerta cuando me retiré a dormir. ¿Cómo burlasteis su vigilancia?

Las comisuras de los labios de Berelain se curvaron un poco más; a Rand le pareció que el calor del dormitorio aumentaba de manera repentina.

—No lo hice. Me dejaron pasar de inmediato, cuando les dije que el lord Dragón me había mandado llamar.

—¿Que os había mandado llamar? ¡Yo no he mandado llamar a nadie! —«Acaba con esta situación. Es una reina, o algo muy parecido, y tú sabes tanto de reinas como de volar», se exhortó para sus adentros. Procuró

Librodot

comportarse con cortesía, sólo que no tenía la más ligera idea del tratamiento que debía darle a la Principal de Mayene—. Milady... —Tendría que conformarse con eso—. ¿Por qué iba a mandaros llamar a estas horas de la noche?

Ella soltó una risa grave, ronca; aun encontrándose protegido en el imperturbable vacío, aquella risa despertó un hormigueo en su piel, le puso carne de gallina. De repente se fijó bien en el ajustado atuendo, como si lo viera por primera vez, y sintió que se ponía colorado otra vez. «No estará insinuando... ¿O sí? ¡Luz, nunca he cambiado más de dos palabras con ella!»

—Quizá deseo hablar con vos, mi señor Dragón. —Dejó caer al suelo la delicada vestimenta, quedándose con otra prenda blanca y mucho más fina que sólo podía ser un camisón. Le dejaba los hombros al aire y gran parte de los suaves y pálidos pechos. Rand se preguntó cómo se sostenía la prenda sin caerse; era muy difícil no mirar—. Estáis muy lejos de casa, como yo. Uno se siente solo, sobre todo por la noche.

—Mañana tendré mucho gusto en hablar con vos.

—Pero durante el día estáis rodeado de gente a todas horas. Peticionarios, Grandes Señores, Aiel. —Se estremeció, y Rand se dijo que tenía que apartar los ojos de Berelain, pero dejar de mirarla le resultaba tan imposible como dejar de respirar. Jamás había sido tan consciente de sus reacciones encontrándose envuelto en el vacío—. Los Aiel me asustan, y no me gustan los señores tearianos de ningún tipo.

En lo referente a los tearianos podía creerla, pero no le parecía una mujer que se asustara por nada ni nadie. «¡Diantre, pero si está en el dormitorio de un desconocido en mitad de la noche, sólo medio vestida, y soy yo el que está tan despavorido como gato perseguido por una jauría de perros, con vacío o sin él!» Era hora de poner fin a esta situación antes de que llegara demasiado lejos.

—Sería mejor que regresarais a vuestros aposentos, milady. —Una parte de él deseaba decirle también que se cubriera con una capa. Con una capa bien gruesa. Pero sólo una parte de él—. Es..., es muy tarde para hablar. Mañana, cuando sea de día.

La mujer le lanzó una mirada sesgada, interrogante.

—¿Habéis adoptado ya los remilgados modos tearianos, mi señor Dragón? ¿O esa reticencia es propia de vuestro Dos Ríos? En Mayene no somos tan... ceremoniosos.

—Milady... —Trató de dar un tono de formal cortesía a su voz; si no le gustaba guardar las formas, a él sí le apetecía—. Estoy prometido con Egwene al'Vere, milady.

—¿Os referís a la Aes Sedai, mi señor Dragón? Si es que realmente es una Aes Sedai. Es muy joven, quizá demasiado, para llevar el anillo y el chal. —Berelain hablaba como si Egwene fuera una chiquilla, aunque ella misma no debía de ser mucho mayor que Rand, un año a lo más, y él sólo sacaba dos años y pico a Egwene—. Mi señor Dragón, mi intención no es interponerme entre los dos. Casaos con ella, si pertenece al Ajah Verde. Yo jamás aspiraría a contraer nupcias con el Dragón Renacido. Disculpadme si me he sobrepasado, pero, como os he dicho ya, en Mayene no somos tan ceremoniosos. ¿Puedo llamaros Rand?

Rand se sorprendió al soltar un suspiro pesaroso. En los ojos de la mujer había habido un destello, un leve cambio de expresión que enseguida desapareció, cuando mencionó lo de casarse con el Dragón Renacido. Si no

Librodot

se lo había planteado antes, lo había hecho ahora. Con el Dragón Renacido, no con Rand al'Thor; con el hombre de la profecía, no con el pastor de Dos Ríos. No es que se sintiera dolido realmente; algunas chicas del pueblo se volvían locas por quienquiera que demostraba ser más rápido o más fuerte en los juegos de Bel Tine y del Día Solar, y de vez en cuando alguna mujer ponía los ojos en el hombre que poseía los campos más productivos o los rebaños más grandes. Pero habría sido agradable pensar que deseaba a Rand al'Thor.

—Es hora de que os marchéis, milady —dijo en voz queda.

Ella se acercó.

—Puedo sentir vuestros ojos en mí, Rand. —Su voz era ardiente—. No soy una chica de pueblo sujeta a las faldas de su madre, y sé que deseáis...

—¿Creéis que soy de piedra, mujer?

Su grito sobresaltó a Berelain, pero al instante cruzaba el tramo de alfombra que los separaba, tentándolo, sus ojos cual oscuros estanques que podían arrastrar a un hombre a sus profundidades.

—Vuestros brazos parecen serlo. Si creéis que tenéis que ser duro conmigo, sedlo entonces, siempre y cuando me estrechéis contra vos. —Sus manos le acariciaron el rostro; de sus dedos parecieron saltar chispas.

Sin pensar lo que hacía, Rand encauzó la energía a la que seguía conectado y, de repente, la mujer reculó a trompicones, con los ojos desorbitados por la sorpresa, como si una pared de aire la empujara. Y era aire, comprendió Rand; eran más las veces que hacía cosas sin saber cómo ni por qué que las que lo sabía. Al menos, una vez hechas, por lo general era capaz de recordar cómo hacerlas de nuevo.

El muro invisible levantó ondas en la alfombra al avanzar, barrió la bata que Berelain se había quitado, una bota que Rand había dejado tirada al desnudarse, y un atril de cuero rojo sobre el que descansaba un volumen abierto de *La historia de la Ciudadela de Tear,* de Eban Vandes, arrastrándolos consigo al tiempo que empujaba a la mujer hacia la pared y la rodeaba. A una distancia segura de él. Rand cortó y amarró el flujo de aire —era la única descripción que se le ocurría para lo que hizo— de manera que ya no tuvo que mantener el escudo por sí mismo. Durante un instante estudió lo que había realizado hasta estar seguro de que sería capaz de repetirlo. Le parecía útil, sobre todo lo de cortar y amarrar.

Berelain, con los oscuros ojos todavía desorbitados, tanteó los límites de su prisión invisible con manos temblorosas. Su tez estaba casi tan blanca como el ligero camisón de seda. El atril, la bota y el libro yacían a sus pies, enredados con la bata.

—Por mucho que lo lamente —le dijo Rand—, no volveremos a hablar a no ser en público, milady. —Realmente lo lamentaba. Fueran cuales fueran los motivos de la mujer, era muy hermosa. «¡Maldita sea, soy un estúpido!» No sabía muy bien en qué sentido lo decía, si por pensar en su belleza o por rechazarla—. De hecho, será mejor que hagáis los preparativos para vuestro viaje de regreso a Mayene lo antes posible. Os prometo que Tear no volverá a molestar a Mayene. Tenéis mi palabra.

Era una promesa válida sólo durante los años que viviera, puede que sólo hasta que se marchara de la Ciudadela, pero tenía que darle algo. Una venda para su orgullo herido, un regalo para borrar el miedo de su mente.

Pero la mujer ya tenía bajo control su temor, al menos en apariencia. Su semblante reflejaba ahora sinceridad y franqueza, todo esfuerzo de

seducción olvidado por completo.

—Perdonadme. He llevado mal este asunto. No era mi intención ofenderos. En mi país, una mujer puede decir lo que piensa a un hombre francamente, o él a ella. Rand, habéis de saber que sois un hombre apuesto, alto y fuerte. Yo tendría que ser de piedra si no lo viera ni lo admirara. Por favor, no me alejéis de vos. Os lo suplicaré, si así lo deseáis. —Se arrodilló con grácil suavidad, como haciendo un paso de baile. Su expresión seguía poniendo de manifiesto que actuaba con franqueza, confesándolo todo; pero, por otro lado, al arrodillarse se las había arreglado para que la ligera prenda, sujeta ya de manera precaria, se deslizara más hacia abajo hasta dar la impresión de que iba a caer del todo—. Por favor, Rand.

A pesar de estar en el resguardo del vacío, Rand la miró boquiabierto, y ello no tenía nada que ver con su hermosura o con que estuviera casi desnuda. Bueno, casi nada. Si los Defensores de la Ciudadela hubieran demostrado la mitad de decisión que esta mujer, la mitad de firmeza en su propósito, ni diez mil Aiel habrían logrado tomar jamás la Ciudadela.

—Me siento halagado, milady, creedme —repuso diplomáticamente—. Pero no sería justo para vos, ya que no puedo daros lo que merecéis. —«Y que lo interprete como guste.»

Fuera, en la noche, se oyó el canto de un gallo.

Para sorpresa de Rand, Berelain miró detrás de él con los ojos desorbitados, boquiabierta. Su esbelto cuello se contrajo para lanzar un alarido que no se produjo. Rand giró sobre sus talones rápidamente, con la espada ígnea de nuevo en sus manos.

Al otro lado del cuarto uno de los espejos de pie le devolvía su imagen reflejada, un hombre joven de cabello rojizo y ojos grises, vestido sólo con la ropa interior de lino y enarbolando una espada hecha de fuego. El reflejo salió del espejo a la alfombra y levantó el arma.

«He perdido la razón», fue lo primero que pensó. «No. Ella lo ha visto también. ¡Es real!»

Por el rabillo del ojo captó un movimiento a su izquierda; se volvió sin pensarlo, situando la espada en la posición de *La luna saliendo sobre el agua.* El arma asestó una estocada a la figura —la suya— que salía de un espejo de la pared. La forma ondeó, se deshizo en fragmentos tan diminutos como motas de polvo en el aire y desapareció. El reflejo de Rand apareció de nuevo en el espejo y en ese mismo instante puso las manos en el marco de la luna. Rand advirtió movimiento en todos los espejos de la habitación.

Desesperado, arremetió contra la luna; ésta se hizo añicos, pero Rand tuvo la impresión de que la imagen se rompía antes. Le pareció oír un grito distante dentro de su cabeza, su propia voz desvaneciéndose progresivamente. Los fragmentos de cristal no habían terminado de caer al suelo cuando Rand atacó con el Poder Único. Todos los espejos del cuarto explotaron en silencio y dispersaron una lluvia de cristales sobre la alfombra. El grito agónico que sonaba en su cabeza se repitió una y otra vez, helándole la espina dorsal. Era su voz; casi no podía creer que no fuera él mismo quien emitía aquel sonido.

Se giró bruscamente para hacer frente a otra imagen que había salido de un espejo, justo a tiempo de parar su ataque con la posición *Desplegar el abanico contra la avalancha de rocas.* La imagen retrocedió de un salto y, de repente, Rand se dio cuenta de que no estaba sola. A pesar de la prontitud con que había roto los espejos, otros dos reflejos habían escapado a tiempo y

Librodot

ahora le hacían frente tres copias exactas de sí mismo, hasta en la cicatriz fruncida del costado; todas ellas lo miraban fijamente, los rostros contraídos en un rictus de odio y desprecio que proyectaba una extraña ansia. Únicamente sus ojos parecían vacíos, sin vida. En un visto y no visto, se abalanzaron sobre él.

A pesar de que los fragmentos de cristal esparcidos por el suelo se le clavaban en los pies desnudos, Rand se desplazó de lado, siempre de lado, de posición en posición y de imagen en imagen, procurando enfrentarse sólo a una de ellas cada vez. Recurrió a todo aquello que Lan, el Guardián de Moraine, le había enseñado en sus prácticas diarias con la espada.

De haber coordinado sus ataques las tres figuras, de haber aunado esfuerzos, Rand habría perecido antes de un minuto, pero cada cual luchaba contra él por separado, como si las demás no existieran. Con todo, le fue imposible parar todos sus golpes con eficacia y, a no tardar, la sangre corría por su rostro, su pecho y sus brazos. La vieja herida se abrió, y el rojo fluido vital manchó su ropa interior. Las imágenes no sólo tenían sus rasgos, sino también su habilidad, y eran tres contra uno. Sillas y mesas fueron derribadas; la valiosa porcelana de los Marinos se hizo añicos sobre la alfombra.

Rand notaba que empezaban a fallarle las fuerzas. Ninguno de los cortes era importante en sí mismo, salvo la vieja herida, pero sumados todos… En ningún momento se le pasó por la cabeza pedir ayuda a las Aiel que montaban guardia al otro lado de su puerta; esto tenía que hacerlo solo. Combatió desde el frío aislamiento del vacío donde no cabían emociones, pero el miedo arañaba en sus confines como las ramas agitadas por el viento azotan una ventana en la noche.

La espada salvó la defensa de uno de sus adversarios y Rand arremetió de frente para hundirla en la cara, justo debajo de los ojos —no pudo evitar encogerse ya que, al fin y al cabo, era su propio rostro— pero el doble retrocedió lo suficiente para que el golpe no fuera definitivo. La sangre que manó de la herida puso un velo carmesí sobre las mejillas y la boca, pero la expresión del rostro no se alteró y los inexpresivos ojos ni siquiera pestañearon. La imagen deseaba su muerte del mismo modo que un hambriento desea comida.

«¿Habrá algo que los mate?» Los tres sangraban por las heridas que había conseguido infligirles, pero la pérdida de sangre no parecía debilitarlos como le estaba ocurriendo a él. Procuraban esquivar su espada, aunque no daban señales de notar que los había herido. «Si es que lo he hecho» pensó lúgubremente. «¡Luz, si sangran, entonces es que se los puede lastimar! ¡Tiene que ser así!»

Necesitaba un momento de respiro para recuperar el aliento, para recobrar fuerzas. De repente, se apartó de ellos de un salto y se zambulló en la cama, sobre la que rodó de lado a lado. Más que ver, sintió las espadas descargándose sobre el edredón, casi rozándolo. Cayó de pie al otro lado del lecho, tambaleante, y se agarró a una mesita para mantener el equilibrio. El brillante cuenco de oro y plata que estaba encima se bamboleó. Uno de sus dobles se había encaramado a la destrozada cama y sus pies levantaron las plumas de ganso al cruzar por encima, con la espada presta. Los dos restantes rodearon el lecho lentamente, todavía ajenos a la presencia del otro, absortos en él. Sus ojos relucían como cristal.

Rand se estremeció al sentir un dolor en la mano que tenía apoyada en

Librodot

la mesita. Una imagen de sí mismo, no mayor de quince centímetros, sacó la pequeña espada que le había hincado. En un gesto instintivo, Rand agarró la figura antes de que pudiera acuchillarlo otra vez. Forcejeó entre sus dedos, enseñándole los dientes. El joven percibió movimiento por toda la habitación; numerosos reflejos pequeños de sí mismo salían de la pulida plata. Notó que la mano se le empezaba a quedar dormida y fría, como si el minúsculo doble estuviera absorbiendo la temperatura de su cuerpo. El calor del *Saidin* aumentó en su interior hasta colmarlo; la impetuosa corriente llegó a su cabeza y el calor fluyó a su gélida mano.

De pronto, el diminuto doble estalló como una burbuja, y Rand notó que algo fluía dentro de sí tras el estallido, como si recobrara una pequeña parte de su fuerza perdida. Se sacudió cuando lo acribillaron minúsculos pinchazos de vitalidad.

Al levantar la cabeza, sorprendido de no estar muerto, las pequeñas imágenes que un momento antes había atisbado fugazmente habían desaparecido. Los tres dobles más grandes fluctuaron, como si la fuerza que había recuperado se la hubiera quitado a ellos. Aun así, afirmaron los pies en el suelo y reanudaron la aproximación, bien que con más cautela.

Rand retrocedió a la par que amenazaba con su espada primero a uno y después a otro; entre tanto su mente trabajaba a marchas forzadas. Si seguía luchando contra ellos igual que hasta ahora, acabarían matándolo antes o después. Lo sabía con tanta certidumbre como sabía que estaba sangrando. Empero, entre las imágenes existía un vínculo. Al absorber a la pequeña —la sola idea le daba náuseas, pero era exactamente lo que había ocurrido— no sólo había arrastrado consigo a las demás sino que también había afectado a las grandes, aunque sólo durante un momento. Si lograba hacer lo mismo con una de ellas, tal vez destruiría a las tres.

Imaginar absorberlas le produjo una vaga sensación de náusea, pero no se le ocurría otro modo de acabar con ellas. «Ignoro cómo lo conseguí. ¿Qué es lo que hice? ¡Luz! ¿Qué fue lo que hice?» Tenía que luchar cuerpo a cuerpo con una de ellas o, al menos, tocarla; de algún modo, eso era algo que sabía con absoluta certeza. No obstante, si se acercaba tanto, las tres espadas lo atravesarían en un visto y no visto. «Reflejos. ¿Hasta qué punto siguen siéndolo?»

Confiando en no estar actuando como un necio —en tal caso, muy pronto sería un necio muerto— hizo desaparecer su espada. Estaba presto para hacerla reaparecer al instante; pero, cuando la curvada arma de fuego se desvaneció, también lo hicieron las otras. Una fugaz expresión de desconcierto se plasmó en los semblantes de los dobles, uno de ellos destrozado y ensangrentado. No obstante, antes de que tuviera tiempo de atrapar uno de los reflejos, los tres saltaron sobre él y los cuatro cayeron al suelo en un revoltijo de miembros y rodaron sobre la alfombra sembrada de cristales.

El frío lo atenazó, se propagó por sus miembros y le penetró en los huesos entumeciéndolo hasta el punto de dejar de sentir los fragmentos cortantes de cristal y porcelana que se clavaban en su carne. Una sensación muy parecida al pánico rozó los límites del vacío que lo rodeaba. Tal vez había cometido un error fatal. Estos reflejos eran mayores que el que había absorbido y le estaban arrebatando más calor. Aunque eso no era lo peor. A medida que el frío se apoderaba de él, los vidriosos ojos grises prendidos en los suyos iban cobrando vida, y supo con aterradora certeza que su muerte

Librodot

no pondría fin a la lucha, que los tres dobles se volverían unos contra otros hasta que sólo quedara uno, y ese uno tendría su vida, sus recuerdos; sería *él.*

Continuó luchando porfiadamente, resistiéndose con más denuedo cuanto mayor era su debilidad. Se aferró al *Saidin* y tiró de él tratando de llenarse de su calor. Hasta la nauseabunda degradación fue bienvenida, puesto que cuanto más la notaba más *Saidin* lo henchía. Si se le revolvía el estómago significaba que estaba vivo, y si estaba vivo podía luchar. «Pero ¿cómo? ¿Cómo? ¿Qué fue lo que hice antes?» La energía del *Saidin* seguía entrando a raudales en él hasta el punto de que Rand temió que, aunque sobreviviera a sus atacantes, perecería consumido por el Poder. «¿Cómo lo hice?» Sólo le quedaba seguir absorbiendo energía y resistir... aguantar... no cejar...

Uno de los tres desapareció y Rand sintió cómo se deslizaba dentro de él; fue como si cayera de bruces en un suelo de piedra desde una gran altura. Y después lo siguieron los otros dos juntos. El impacto lo tiró de espaldas, y allí se quedó, tumbado boca arriba, contemplando el techo de escayola con sus relieves dorados, solazándose en el simple hecho de que aún respiraba.

El Poder todavía henchía hasta el último resquicio de su ser apremiándolo a vomitar toda la comida que había ingerido en su vida. Se sentía tan vivo que, en comparación, cualquier forma de existencia que no estuviera impregnada del *Saidin* le parecía una sombra de vida. El olor de la cera de las velas y del aceite de las lámparas le inundaba las fosas nasales. Percibía en su espalda el tacto de cada fibra de la alfombra. Sentía todos y cada uno de los cortes en su carne, cada marca, cada rasguño, cada contusión. Pero siguió en contacto con el *Saidin.*

Uno de los Renegados había intentado matarlo. O quizá todos ellos. No había otra explicación; a menos que el Oscuro estuviera libre ya, en cuyo caso no creía que este enfrentamiento hubiera sido tan fácil ni tan sencillo. En consecuencia, se mantuvo conectado a la Fuente Verdadera. «A no ser que lo haya provocado yo mismo. ¿Odiaré lo que soy hasta el punto de haber intentado matarme sin ser consciente de ello? ¡Oh, Luz, he de aprender a controlarlo! ¡Tengo que hacerlo!»

Atenazado por el dolor se incorporó y fue cojeando, dejando marcadas las huellas de los pies con sangre, hasta el pedestal donde descansaba *Callandor.* La sangre que manaba de cientos de heridas lo cubría. Levantó la cristalina espada, que centelleó en toda su longitud al fluir en ella el Poder. La Espada que no es una Espada. Aquella cuchilla, aparentemente de cristal, cortaba tan bien como la mejor hoja de acero y, sin embargo, *Callandor* no era realmente una espada, sino más bien una reliquia de la Era de Leyenda, un *sa'angreal.* Con la ayuda de uno de los relativamente escasos *angreal* que, por lo que se sabía, habían sobrevivido a la Guerra de la Sombra y al Desmembramiento del Mundo, era posible encauzar el flujo del Poder Único que de otro modo habría reducido a cenizas al encauzador. Con uno de los aún más escasos *sa'angreal,* el flujo de energía podía centuplicarse al ser cien veces más poderoso que un *angreal.* Y *Callandor,* limitado su uso a un solo hombre, vinculada al Dragón Renacido a lo largo de tres mil años de leyenda y profecías, era uno de los *sa'angreal* más poderosos jamás creados. Sosteniendo a *Callandor* en sus manos, Rand podía arrasar de golpe las murallas de una ciudad. Con ella en sus manos,

Rand podía enfrentarse incluso a un Renegado. «Han sido ellos. ¡Tienen que haber sido ellos!»

De pronto cayó en la cuenta de que no había oído a Berelain hacer el menor ruido. Temiendo encontrarla muerta, se dio media vuelta.

La mujer, que seguía arrodillada, se encogió. Se había puesto la bata y se arrebujaba en ella como si se protegiera con un peto de acero o con un escudo. Tenía el semblante más blanco que la nieve; se pasó la lengua por los labios.

—¿Cuál ha...? —Tragó saliva y empezó de nuevo—. ¿Cuál...? —No le fue posible terminar la frase.

—Soy el único que queda —respondió él suavemente—. El mismo a quien tratabais como si estuviéramos desposados.

Lo dijo con intención de tranquilizarla, incluso de arrancarle una sonrisa; una mujer con la fortaleza que había mostrado ella podría sonreír a pesar de encontrarse frente a un hombre lleno de sangre. Pero Berelain se inclinó hasta tocar el suelo con la frente.

—Mis más humildes disculpas por ofenderos tan gravemente, mi señor Dragón. —Su voz entrecortada sonaba humilde y atemorizada, como si perteneciera a otra persona—. Os suplico que olvidéis mi ofensa y la perdonéis. No volveré a molestaros, lo juro, mi señor Dragón. Por la memoria de mi madre y por la Luz, lo juro.

Rand liberó la energía atada, y la pared invisible que la confinaba se desvaneció como un soplo fugaz que agitó sus ropas.

—No hay nada que perdonar —dijo, abatido. Se sentía muy cansado—. Podéis marcharos.

Berelain se incorporó indecisa, alargó una mano y soltó un respingo de alivio al no tocar nada. Recogió el repulgo de sus faldas y empezó a caminar con cuidado sobre la alfombra cuajada de cristales, que crujían bajo sus zapatillas de terciopelo. Cerca ya de la puerta se paró y se volvió a mirarlo haciendo un obvio esfuerzo. Sus ojos esquivaron los de Rand en todo momento.

—Si queréis, os mandaré a las Aiel que están de guardia. También puedo hacer llamar a una de las Aes Sedai para que atiendan vuestras heridas.

«No tendría tantas ganas de salir corriendo de aquí si estuviera ante un Myrddraal o ante el propio Oscuro, pero hay que reconocer que no es pusilánime», adivinó Rand.

—Os lo agradezco, pero no —respondió quedamente—. Os agradecería que no contarais a nadie lo que ha ocurrido en este cuarto. Al menos por ahora. Yo me ocuparé de lo que haga falta hacer. —«Tuvieron que ser los Renegados», se repitió para sus adentros.

—Como ordene mi señor Dragón. —Hizo una brusca reverencia y salió precipitadamente, quizá temiendo que cambiara de opinión sobre dejarla marchar.

—Más ganas que si fuera el Oscuro en persona —musitó él cuando la puerta se cerró tras la mujer.

Se dirigió, renqueando, hacia el arcón que había a los pies de la cama, tomó asiento en él, y colocó a *Callandor* atravesada sobre las rodillas, con las ensangrentadas manos descansando encima de la reluciente hoja. Teniéndola empuñada, hasta un Renegado lo temería. Dentro de un momento mandaría llamar a Moraine para que le curara las heridas. Dentro

de un momento hablaría con las Aiel que estaban de guardia al otro lado de la puerta, y volvería a ser el Dragón Renacido. Pero, hasta entonces, sólo deseaba quedarse sentado y recordar a un pastor llamado Rand al'Thor.

CAPÍTULO 3

Reflejos

A pesar de la hora avanzada muchas personas recorrían presurosas los amplios corredores de la Ciudadela, un continuo ir y venir de hombres y mujeres vestidos con las ropas negras y doradas de los sirvientes de la fortaleza o con las libreas de uno u otro Gran Señor. De vez en cuando aparecían uno o dos Defensores, con la cabeza descubierta y desarmados, incluso alguno con la chaqueta sin abrochar. Los sirvientes hacían reverencias o se inclinaban al cruzarse con Perrin y Faile y de inmediato seguían su camino presurosos, sin apenas pararse. La mayoría de los soldados se sorprendía al verlos; algunos hacían una rígida inclinación, con la mano en el pecho, pero todos ellos apresuraban el paso, aparentemente ansiosos por alejarse de los dos jóvenes.

Sólo una de cada tres o cuatro lámparas estaba encendida, y en los amplios huecos que mediaban entre ellas las sombras volvían imprecisos los dibujos de los tapices en las paredes y ocultaban los arcones que, muy de vez en cuando, había contra la pared. Pero no para los ojos de Perrin, que relucían como oro pulido en aquellos tramos oscuros del pasillo. Caminaba rápidamente de una lámpara a otra y mantenía la vista agachada a menos que se encontrara a plena luz. Casi toda la gente de la Ciudadela estaba enterada, de un modo u otro, del extraño color de sus ojos, pero nadie lo mencionaba, por supuesto. Hasta Faile parecía dar por hecho que ese color era resultado de estar asociado a las Aes Sedai; era así y había que aceptarlo, simplemente, sin buscarle explicación. Empero, Perrin siempre sentía un cosquilleo en la espalda cada vez que notaba que un desconocido había reparado en que sus ojos brillaban en la oscuridad. Su silencio, el que no hicieran comentarios, dejaba patente el rechazo que sentían hacia él.

—Ojalá no me miraran así —murmuró cuando un canoso Defensor que le duplicaba la edad se alejó presuroso nada más cruzarse con ellos—, como si me tuvieran miedo. Antes no pasaba; no tanto como ahora. ¿Y qué hace levantada tanta gente a esta hora de la noche?

Una mujer que iba cargada con un cubo y un friegasuelos hizo una brusca reverencia y se escabulló, gacha la cabeza. Faile, enlazada a su brazo, levantó los ojos hacia él.

—Por lo que sé los guardias no tienen que estar en esta parte de la Ciudadela a menos que se encuentren de servicio. Es una buena hora para achuchar a una doncella sentado en la silla del señor y quizá pretender que son el señor y la señora mientras éstos duermen. A lo mejor les preocupa que los denuncies. En cuanto a la servidumbre, hace casi todo su trabajo por la noche. ¿Quién querría tenerlos descalzos, fregando suelos, quitando el polvo y sacando brillo a plena luz del día?

Perrin asintió aunque sin convencimiento. Imaginaba que la joven sabía

esas cosas por la casa de su padre. Era lógico que un mercader próspero tuviera sirvientes y guardias para sus carretas. Aliviaba pensar que si estas personas no estaban en la cama no era porque les había ocurrido lo mismo que a él. De ser así, habrían salido de la Ciudadela atropellándose y seguramente no habrían dejado de correr todavía. ¿Entonces por qué había sido él el único blanco del ataque? No estaba ansioso por encontrarse cara a cara con Rand, pero tenía que saberlo. Faile tuvo que acelerar el paso para no quedarse rezagada.

A pesar de su esplendor, de los dorados, las excelentes tallas y los recamados, el interior de la Ciudadela había sido concebido para la guerra tanto como el exterior; los techos de las intersecciones de los pasillos estaban plagados de agujeros desde los que disparar y arrojar armas, y en algunos puntos de los corredores había saeteras que nunca se habían utilizado y desde las que se cubrían los pasillos en toda su extensión. Perrin y Faile remontaron varias escaleras de caracol angostas, todas ellas construidas en el interior de los muros o, si no, cerradas, con más saeteras abiertas a los pasillos que había debajo. Ninguna de estas defensas había sido traba para los Aiel, el primer enemigo que había pasado de la muralla exterior.

Mientras subían a todo correr una de esas escaleras de caracol —Perrin no se daba cuenta de que iban trotando, aunque se habría movido con mayor rapidez de no llevar a Faile colgada del brazo— captó una bocanada de sudor rancio mezclado con un perfume empalagosamente dulzón, pero su mente lo registró de manera inconsciente, ya que estaba absorto en lo que le iba a decir a Rand. No era fácil preguntarle por qué había intentado matarlo y si es que ya estaba volviéndose loco. Tampoco esperaba que las respuestas fueran sencillas.

Al entrar en un oscuro corredor, casi en lo alto de la Ciudadela, se encontró mirando las espaldas de un Gran Señor y de dos de sus guardias personales. Sólo a los Defensores se les permitía llevar armas dentro de la Ciudadela, pero estos tres llevaban espadas al costado. Tal cosa no era inusitada, claro, pero su presencia aquí, en este piso, en la oscuridad y vigilando atentamente la intensa luz que brillaba al final del largo pasillo, no era normal. La luz procedía de la antesala que daba a los aposentos adjudicados a Rand; o elegidos por él. O quizá los que Moraine le había instado a ocupar.

Perrin y Faile no habían puesto ningún cuidado en remontar la escalera en silencio, pero los tres hombres estaban tan atentos a la luz del fondo que ninguno de ellos advirtió al principio la llegada de los dos jóvenes. Entonces, uno de los guardias de chaqueta azul giró la cabeza como para aliviar un tirón en la nuca; se quedó boquiabierto al verlos. Conteniendo una maldición, el tipo se volvió bruscamente hacia Perrin y desenvainó la espada más de un palmo. El otro se movió un instante después, sin irle a la zaga. Los dos estaban en tensión, listos para atacar, pero sus ojos se movieron con nerviosismo, hurtándolos a los de Perrin. Emitían un acre olor a miedo. Igual ocurría con el Gran Señor, aunque mantenía su temor firmemente refrenado.

El Gran Señor Torean, la negra barba puntiaguda surcada con mechones canosos, se movió lánguidamente, como si estuviera en un salón de baile. Sacó de la manga un pañuelo impregnado de un perfume demasiado dulzón y se lo llevó a la prominente nariz, que no parecía tan grande comparada con sus orejas. Vestía una fina chaqueta de seda con

Librodot

puños de satén rojo, que acentuaba aun más la vulgaridad de sus rasgos. Examinó a Perrin, que iba en mangas de camisa, y se llevó de nuevo el pañuelo a la nariz con gesto despectivo.

—La Luz os ilumine —saludó cortés. Su mirada encontró los amarillos ojos del joven y dio un respingo, bien que su expresión no se alteró—. Os encontráis bien, espero —añadió, quizá con demasiada amabilidad.

A Perrin le importaba poco el tono del hombre, pero el modo en que Torean miraba a Faile de arriba abajo, con descarado interés, le hizo apretar los puños. No obstante, se las compuso para hablar con voz tranquila, inexpresiva.

—Que la Luz os ilumine a vos, Gran Señor Torean. Me alegra ver que contribuís a vigilar la seguridad del lord Dragón. Otros hombres en vuestro lugar estarían resentidos por su presencia aquí.

Las cejas de Torean se agitaron.

—La profecía se ha cumplido, y Tear ha cumplido su parte en esa profecía. Quizás el Dragón Renacido conduzca a Tear a un destino más grandioso. ¿Qué hombre estaría resentido por eso? Ah, pero ya es tarde. Buenas noches a ambos. —Su mirada se detuvo de nuevo en Faile; el hombre frunció los labios y echó a andar pasillo adelante, quizás a un paso un poco rápido, alejándose de la luz de la antesala. Sus guardias personales fueron en pos de él como perros bien entrenados.

—No tenías por qué ser descortés —lo reprendió Faile cuando el Gran Señor estuvo lo bastante lejos para no oírla—. Hablabas como si tu lengua fuera un pedazo de hierro helado. Si tienes intención de quedarte aquí, más te vale aprender a llevarte bien con los señores.

—Te estaba mirando como si quisiera sentarte en sus rodillas. Y no me refiero a como lo haría un padre.

—No es el primer hombre que se fija en mí. —Levantó la barbilla con altivez—. Pero si hubiera intentado llegar más lejos, lo habría puesto en su sitio con sólo una mirada y frunciendo el ceño. No necesito que me defiendas, Perrin Aybara. —No obstante, no parecía disgustada del todo.

Perrin se rascó la barba y siguió con la mirada a Torean hasta que él y sus guardias personales se perdieron de vista al girar en una esquina del pasillo. Se preguntó qué harían los señores tearianos para no sudar.

—¿Te fijaste, Faile? Sus perros de presa no apartaron las manos de las espadas hasta que estuvieron a más de diez pasos de nosotros.

La joven lo miró con el entrecejo fruncido, y después dirigió la vista hacia el corredor y asintió lentamente.

—Tienes razón. Pero no lo entiendo. No se inclinaron como hacen ante él, y sin embargo todo el mundo actúa con tanta cautela en presencia tuya o de Mat como delante de las Aes Sedai.

—Quizá ser amigo del Dragón Renacido no da tanta protección como solía.

Faile no insistió en que debían marcharse, al menos no con palabras, pero sus ojos hablaban por sí mismos. Perrin tuvo más éxito en hacer caso omiso a esta propuesta no formulada que a la planteada anteriormente en voz alta.

Antes de que llegaran al final de pasillo, Berelain salió precipitadamente de la iluminada antesala, arrebujándose en una fina bata. La Principal de Mayene caminaba tan deprisa que casi iba corriendo.

Para demostrar a Faile que podía ser tan cortés como el que más, Perrin

Librodot

hizo una inclinación que Mat difícilmente habría mejorado. Por su parte, la reverencia de Faile se limitó a un leve cabeceo y a doblar apenas la rodilla. Perrin no reparó en ello pues, cuando Berelain pasó junto a los dos, sin dirigirles siquiera una mirada, exudaba tal olor a miedo, rancio y penetrante como una herida infestada, que las aletas de su nariz se agitaron. Comparado con el de la mujer, el miedo de Torean no era nada. Éste era un pánico irracional refrenado a duras penas y a punto de estallar. Se irguió lentamente, siguiéndola con la mirada.

—¿Regalándote los ojos? —preguntó Faile con suavidad.

Absorto en Berelain, preguntándose qué la habría empujado casi al borde de la locura, habló sin pensar:

—Olía a...

A lo lejos, en el pasillo, Torean salió de repente por un corredor lateral y cogió a Berelain del brazo. Habló mucho y rápidamente, pero Perrin sólo consiguió entender unas cuantas palabras sueltas, algo acerca de sobreestimarse en su orgullo y algo más que parecía una oferta de Torean para protegerla. La respuesta de la mujer fue sucinta y cortante, e incluso más ininteligible, expresada con la barbilla bien alta. Luego, la Principal de Mayene se soltó con un brusco tirón y se marchó, la espalda recta y aparentemente recuperado en parte el dominio de sí misma. Torean iba a ir tras ella, pero en ese momento vio a Perrin observándolos. Tocándose la nariz con el pañuelo, el Gran Señor desapareció de nuevo por el corredor lateral.

—Me importa poco si olía a Esencia de Aurora —replicó Faile amenazadoramente—. A ésa no le interesa cazar un oso por muy bonita que luciera la piel estirada sobre una pared. Va a la caza del sol.

—¿Del sol? —La miró perplejo—. ¿Un oso? ¿De qué estás hablando?

—Sigue tú solo. Creo que me voy a la cama.

—Si es lo que quieres —respondió Perrin lentamente—, pero pensé que estabas tan ansiosa como yo de saber lo que pasó.

—Me parece que no. He estado evitándolo hasta ahora, así que no fingiré que estoy deseosa de encontrarme con el... con Rand. Y menos después de lo que ha pasado. Vosotros dos disfrutaréis de una charla amena sin mí, sobre todo si hay vino.

—No entiendo nada —murmuró él—. Si te apetece irte a la cama, hazlo, pero me gustaría que hablaras de forma comprensible.

Durante un momento la joven lo miró a la cara, como estudiándolo, y después, inopinadamente, se mordió el labio. Daba la impresión de que procuraba contener la risa.

—Oh, Perrin, a veces creo que es tu inocencia lo que más me gusta de ti. —Efectivamente, en su voz había ribetes jocosos—. Anda a reunirte con... tu amigo, y me lo cuentas mañana. Si no todo, lo que quieras. —Le hizo agachar la cabeza para darle un suave y rápido beso en los labios y después regresó corriendo pasillo abajo.

Perrin sacudió la cabeza y siguió a la joven con la mirada hasta que desapareció por la escalera sin que Torean diera señales de vida. A veces era como si Faile hablara en otro idioma. Perrin se encaminó hacia las luces.

La antesala era una estancia redonda de unos cincuenta pasos de diámetro. Un centenar de lámparas doradas colgaban del alto techo suspendidas por cadenas igualmente doradas. Unas columnas de piedra roja pulida configuraban un anillo interior, y daba la impresión de que el suelo

estaba hecho con una única y enorme losa de mármol negro veteada con oro. Ésta había sido la antesala de los aposentos reales en los tiempos en que hubo reyes en Tear, antes de que Artur Hawkwing se erigiera único soberano de todas las tierras desde la Columna Vertebral de Mundo hasta el Océano Aricio. Los reyes tearianos no regresaron después de que el imperio de Hawkwing se derrumbó, y durante mil años los únicos habitantes de estos aposentos fueron ratones moviéndose entre el polvo. Ningún Gran Señor había poseído nunca suficiente poder para reclamarlos para sí.

Un anillo de cincuenta Defensores, en posición de firmes, ocupaba el centro de la estancia, los petos y yelmos relucientes, y las lanzas inclinadas exactamente en el mismo ángulo. Se suponía que, estando apostados de cara a todas las direcciones, protegían al actual señor de la Ciudadela de los intrusos. Su oficial al mando, un capitán que se distinguía del resto por dos plumas cortas de color blanco en el yelmo, mantenía una postura algo menos rígida; una de sus manos reposaba en la empuñadura de la espada mientras que la otra se apoyaba en la cadera, en una actitud prepotente. Todos ellos olían a miedo e incertidumbre, como quienes viven bajo un risco inestable y casi se han convencido de que nunca se desplomará. Por lo menos, durante esta noche. O durante la próxima hora.

Perrin entró en la antesala haciendo resonar los tacones de sus botas al caminar. El oficial hizo intención de salirle al paso, pero vaciló al ver que Perrin no se paraba. Por supuesto sabía, como cualquier otro teariano, quién era: un compañero de viaje de las Aes Sedai y amigo del lord Dragón. Un personaje al que un simple oficial de los Defensores de la Ciudadela no debía cerrar el paso. Había que tener en cuenta su aparente cometido de velar por el descanso del lord Dragón, desde luego; pero, a pesar de que seguramente no lo admitiría siquiera ante sí mismo, el capitán tenía que saber que su pose bizarra y su armadura brillante sólo eran fachada. Los verdaderos guardias eran los que encontró Perrin cuando dejó atrás las columnas y se acercó a la puerta de los aposentos de Rand.

Habían permanecido sentadas tras las columnas, tan inmóviles que se confundían con la piedra, si bien sus chaquetas y calzones —en tonos grises y pardos para servirles de camuflaje en el Yermo— resaltaron tan pronto como se movieron. Seis Doncellas Lanceras, mujeres Aiel que habían preferido la vida de guerreras a la del hogar, se interpusieron entre él y las puertas; se movían sin hacer ruido gracias a las suaves botas atadas con cordones que les llegaban a las rodillas. Eran altas para ser mujeres; la de más talla debía de medir un palmo menos que el propio Perrin. Tenían la piel curtida por el sol y llevaban el cabello muy corto, de color rubio o rojizo o de tonalidades intermedias. Dos de ellas sostenían arcos curvados con las flechas encajadas en la cuerda, pero sin tensar. Las demás llevaban pequeñas adargas de cuero y tres o cuatro lanzas cortas cada una; cortas pero con la punta lo bastante larga para atravesar a un hombre y sobrar todavía varios centímetros.

—No puedo dejarte entrar —manifestó una mujer de cabello de un fuerte tono pelirrojo, que esbozó una leve sonrisa para quitar hierro a sus palabras. Los Aiel no sonreían tanto como otros pueblos y tampoco demostraban sus sentimientos—. Al parecer no quiere ver a nadie esta noche.

—Voy a pasar de todos modos, Bain.

Sin tomar en cuenta sus lanzas la cogió por la parte superior de los

Librodot

brazos. Entonces no le fue posible hacer caso omiso de las armas, pues la mujer se las había ingeniado para poner la punta de una de ellas contra su garganta. Por si fuera poco, otra mujer de cabello más rubio llamada Chiad le puso una de sus lanzas al otro lado del cuello, como si tuvieran intención de hacer que las puntas se encontraran en un punto intermedio de su gaznate. Las demás mujeres se limitaron a mirarlos, seguras de que Bain y Chiad eran capaces por sí mismas de hacer lo que fuera preciso. Aun así, Perrin mantuvo la calma.

—No tengo tiempo para discutir contigo, aparte de que, si no recuerdo mal, no eres de las que escuchan a quienes opinan de manera distinta. Voy a entrar. —Con la mayor delicadeza posible, levantó en vilo a Bain y la apartó a un lado.

La lanza de Chiad apretaba su garganta de tal manera que sólo necesitaba una leve presión para hacerle sangre, pero Bain, tras abrir mucho los azules ojos por la sorpresa, apartó la suya y sonrió.

—¿Te gustaría aprender un juego llamado el Beso de las Doncellas, Perrin? Creo que sabrías jugarlo muy bien. Por lo menos aprenderías algo.

Otra de las Aiel se echó a reír, y Chiad apartó la lanza de su cuello. Perrin inhaló profundamente; confiaba en que no se hubieran dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración desde que las puntas de las lanzas lo habían tocado. No llevaban cubierto el rostro —sus *shoufa* aparecían enrollados en torno a sus cuellos cual oscuras bufandas— pero Perrin ignoraba si las Aiel tenían que cubrirse con él antes de matar, aunque sí sabía que ponérselo significaba que estaban listas para hacerlo.

—Quizás en otro momento —contestó amablemente. Todas ellas sonreían como si Bain hubiera dicho algo divertido, y el hecho de que él no lo entendiera era parte del chiste. Thom tenía razón. El hombre que intentara comprender a las mujeres acabaría volviéndose loco, fueran del país que fueran y pertenecieran a la clase social que pertenecieran; eso era lo que decía Thom.

Alargaba la mano hacia el tirador dorado de la puerta que tenía forma de león rampante cuando Bain añadió:

—¡Allá tú! Ya ha ahuyentado a quien la mayoría de los hombres consideraría mucho mejor compañía que tú.

«¡Ah, claro, Berelain! Venía de aquí. Esta noche todo anda revuelto», pensó mientras abría la puerta.

Perrin olvidó completamente a la Principal de Mayene en el momento en que echó un vistazo al dormitorio. Los espejos colgaban rotos de las paredes y el suelo estaba sembrado de fragmentos de cristal y de porcelana, así como de plumas del relleno del cobertor desgarrado. Varios libros abiertos yacían entre el revoltijo de sillas y bancos volcados. Y Rand estaba sentado a los pies de la cama, recostado contra uno de los postes del lecho con los ojos cerrados y las manos fláccidas sobre *Callandor,* que descansaba sobre sus rodillas. Y estaba cubierto de sangre.

—¡Traed a Moraine! —instó bruscamente a las Aiel. No sabía si Rand seguía vivo, pero si lo estaba necesitaba los dones curativos de la Aes Sedai—. ¡Decidle que se apresure!

Oyó que daban un respingo y enseguida sonó la precipitada carrera de unas suaves botas alejándose. Rand levantó la cabeza. Su rostro era una máscara embadurnada de sangre.

—Cierra la puerta.

Librodot

—Moraine estará aquí enseguida, Rand. Ella te...

—Cierra la puerta, Perrin.

Las ceñudas Aiel murmuraron protestas, pero se retiraron, y Perrin cerró la puerta en sus narices cortando así el grito interrogante del capitán de las plumas blancas.

El cristal crujió bajo sus botas cuando cruzó la alfombra dirigiéndose hacia Rand. Desgarró un trozo de una de las sábanas de lino, que estaban completamente destrozadas, y lo apretó contra la herida del costado de Rand a modo de tapón; las manos de su amigo se tensaron sobre la espada transparente al sentir la presión y después se relajaron. La sangre empapó la tela casi de inmediato. Tenía todo el cuerpo repleto de cortes y cuchilladas, desde las plantas de los pies hasta la cabeza; en muchos de ellos, brillaban fragmentos de cristal. Perrin encogió los hombros en un gesto de impotencia; no sabía qué más hacer hasta que viniera Moraine.

—En nombre de la Luz, Rand, ¿qué intentabas hacer? ¿Desollarte vivo? Y también estuviste a punto de matarme a mí. —Pensó que Rand no iba a contestarle.

—Yo no —respondió finalmente su amigo con un susurro casi inaudible—. Fue uno de los Renegados.

Perrin procuró relajar los músculos que, sin darse cuenta, se le habían puesto en tensión, pero sólo lo consiguió en parte. Había mencionado a los Renegados cuando habló con Faile y no había sido por pura casualidad; había procurado no pensar demasiado en lo que los Renegados harían cuando descubrieran el paradero de Rand. Si uno de ellos lograba acabar con el Dragón Renacido, él o ella estaría muy por encima de los demás cuando el Oscuro saliera de su prisión. Y la Última Batalla estaría perdida aun antes de librarse.

—¿Estás seguro? —preguntó también en voz baja.

—Tuvo que ser eso, Perrin. Tuvo que serlo.

—Si otro de ellos vino también por mí... ¿Dónde está Mat, Rand? Si sigue con vida y pasó por lo que yo, estará pensando igual: que fuiste tú. A estas alturas ya debería estar aquí para pedirte cuentas.

—O a lomos de un caballo camino de las puertas de la ciudad. —Rand bregó para sentarse erguido. La sangre reseca se agrietó, y en su pecho y sus hombros manaron nuevos hilillos—. Si Mat ha muerto, harás bien en irte lo más lejos posible de mí. Creo que Loial y tú tenéis razón en cuanto a eso. —Hizo una pausa, estudiando a Perrin—. Mat y tú debéis pensar que ojalá no hubiera nacido. O por lo menos no haberme conocido.

Perrin decidió que no tenía sentido ir a comprobar si a Mat le había ocurrido algo; si tal era el caso, a estas alturas ya no tendría remedio. Además, algo en su interior le decía que su improvisado apósito presionando el costado de Rand lo mantendría con vida hasta que Moraine llegara.

—No parece importarte la posibilidad de que se haya marchado. ¡Demonio, también él es importante! ¿Qué vas a hacer si se ha ido? O si ha muerto, la Luz no lo quiera.

—Lo que menos se esperan. —Los ojos de Rand tenían un velo febril que nublaba sus iris y les otorgaba un tono gris azulado. En su voz había un timbre cortante—. Es lo que habré de hacer en cualquier caso. Lo que menos se espera nadie.

Perrin respiró lenta y profundamente. Rand tenía motivos para estar en tensión, así que sus palabras no podían tomarse como indicio de una locura

Librodot

incipiente. Y él debería dejar de estar al acecho de señales de demencia, porque hacerlo sólo le daría dolor de estómago. Si llegaba lo que temía, ya habría indicios de sobra.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, sin alzar la voz.

—Sólo sé que he de cogerlos desprevenidos. —Cerró los ojos—. A todo el mundo —masculló ferozmente.

Una de las hojas de la puerta se abrió para dar paso a un alto Aiel cuyo rojizo cabello mostraba hebras grises. A su espalda, el oficial teariano de las plumas se empinaba de puntillas para mirar al tiempo que discutía con las Doncellas; seguía discutiendo cuando Bain cerró la puerta.

Rhuarc registró la habitación con sus penetrantes ojos azules, como si sospechara que había enemigos escondidos detrás de cada cortina o de cada mueble volcado. El jefe del clan Taardad no parecía ir armado aparte del cuchillo que llevaba a la cintura, pero la autoridad y seguridad en sí mismo que irradiaba su persona eran armas tan reales como si las llevara enfundadas junto al puñal. Y tenía el *shoufa* sobre los hombros; por poco que se conociera a los Aiel, cualquiera consideraría peligroso el mero hecho de que lo llevara de forma que en cualquier momento podría cubrirse el rostro.

—Ese necio teariano de ahí fuera avisó a su comandante que había pasado algo en esta habitación —dijo Rhuarc—, y los rumores se propagan ya como el moho en una cueva profunda. Los hay para todos los gustos, desde que la Torre Blanca ha intentado mataros hasta que la Última Batalla se ha librado aquí dentro. —Perrin iba a decir algo, pero Rhuarc se anticipó levantando una mano—. Por casualidad topé con Berelain, y su aspecto era el de alguien a quien le han dicho el día que morirá. Me contó lo ocurrido. Y parecía que decía la verdad, aunque no puedo creerlo.

—Mandé llamar a Moraine —intervino Perrin. Rhuarc asintió. Era lógico que lo supiera ya que las Doncellas le habrían dicho todo cuanto sabían.

Rand soltó una corta y dolorida carcajada.

—Le dije que guardara silencio. Por lo visto, el lord Dragón no manda en Mayene. —Su tono era más de divertido sarcasmo que otra cosa.

—Tengo hijas mayores que esa jovencita —dijo Rhuarc—. Dudo que se lo cuente a nadie más, y me parece que ella preferiría olvidar lo que ha pasado esta noche.

—Y a mí me gustaría saber qué ha ocurrido —dijo Moraine que en ese momento entraba en la habitación. Era una mujer ligera y esbelta, de modo que Rhuarc parecía empequeñecerla tanto como el hombre que venía tras ella, Lan, su Guardián; pero la Aes Sedai era quien dominaba en la habitación. Debía de haber venido corriendo para llegar tan pronto, pero se mostraba tan tranquila como un lago helado. No resultaba tarea fácil hacer que Moraine perdiera la serenidad. Llevaba un vestido azul con cuello alto de encaje y mangas arracadas en terciopelo de un tono más oscuro, pero el calor no parecía afectarla. Una pequeña joya azul que descansaba sobre su frente, suspendida de una fina cadena de oro que ceñía su oscuro cabello, reflejaba la luz y resaltaba la ausencia total de transpiración.

Como ocurría cada vez que se encontraban, los gélidos ojos azules de Lan y de Rhuarc casi soltaron chispas al trabarse. Una correa de cuero trenzado sujetaba el oscuro cabello de Lan, que en las sienes mostraba pinceladas grises. Su semblante severo y anguloso parecía tallado en roca, y la espada colgaba a su costado como parte de su cuerpo. Perrin no estaba

seguro de cuál de los dos hombres era más letal, pero si un ratón tuviera que alimentarse con la diferencia se moriría de hambre.

Los ojos del Guardián se volvieron hacia Rand.

—Te creía lo bastante mayor para afeitarte sin necesidad de que alguien te guiara la mano.

Rhuarc esbozó un atisbo de sonrisa, pero aunque leve era la primera que Perrin veía en su semblante estando Lan presente.

—Todavía es joven. Aprenderá.

Lan miró de nuevo al Aiel y le devolvió la sonrisa, aunque igualmente leve.

Moraine lanzó a los dos hombres una mirada breve, desdeñosa. Cruzó la alfombra recogiéndose el repulgo del vestido, sin dar la impresión de mirar dónde pisaba, pero caminaba con tanta ligereza que ni un solo fragmento de cristal crujió bajo sus zapatillas. Recorrió con la mirada la habitación abarcando hasta el más pequeño detalle, de eso estaba seguro Perrin. Durante un instante lo observó —Perrin eludió sus ojos; sabía demasiado sobre él para que se sintiera cómodo bajo su escrutinio— pero la Aes Sedai se acercó a Rand cual una silenciosa avalancha, fría e inexorable.

Perrin aflojó la mano y se apartó de su camino. La sangre coagulada dejó el trozo de tela pegado al costado de Rand, y en todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, empezaba a secarse en manchas y reguerillos oscuros; los fragmentos de cristal clavados en su piel relucían a la luz de las lámparas. Moraine tocó el pedazo de tela empapada de sangre con las puntas de los dedos pero retiró al punto la mano, como si hubiera cambiado de idea respecto a ver lo que había debajo. Perrin no entendía cómo la Aes Sedai era capaz de mirar a Rand sin encogerse, pero lo cierto es que su terso semblante no acusaba emoción alguna. Emitía un leve aroma a jabón de esencia de rosas.

—Por lo menos estás vivo. —Su voz era melodiosa, aunque en este instante tenía una cadencia fría e iracunda—. Ya hablaremos después de lo que ha ocurrido. De momento intenta entrar en contacto con la Fuente Verdadera.

—¿Para qué? —preguntó Rand, cansado—. No me es posible curarme a mí mismo, aunque supiera cómo hacerlo. Nadie puede. De eso estoy seguro.

Durante un instante habríase dicho que Moraine iba a entregarse a un estallido de cólera por extraño que pudiera ser en alguien como ella, pero un segundo después la envolvía de nuevo una calma tan profunda que no parecía posible que pudiera resquebrajarse.

—Sólo parte de la energía de la Curación procede de quien posee el Talento. El Poder es capaz de reponer lo que procede de la persona afectada. Sin él, mañana te pasarás el día entero tumbado, y puede que también pasado mañana. Vamos, entra en contacto con el Poder si estás en condiciones de hacerlo, pero no hagas nada con él, limítate a sujetarlo. Utiliza esto si es preciso. —No tuvo que agacharse mucho para tocar a *Callandor* con los dedos. Rand retiró la espada del contacto de su mano.

—Que me limite a sujetarlo, decís. —Parecía a punto de estallar en risas—. De acuerdo.

Perrin no vio que ocurriera nada, aunque tampoco lo esperaba. El aspecto de su amigo recordaba el de un superviviente de una batalla perdida, la mirada fija en la Aes Sedai. Moraine ni siquiera parpadeó, bien que en dos ocasiones se frotó ligeramente las manos, aparentemente sin

Librodot

advertirlo. Pasado un tiempo Rand suspiró.

—Me es imposible incluso alcanzar el vacío, como si fuera incapaz de concentrarme. —Una fugaz mueca resquebrajó la sangre reseca de su rostro—. No entiendo por qué. —Un grueso hilo rojo resbaló por encima de su ojo izquierdo.

—En tal caso lo haré como siempre. —Moraine tomó la cabeza de Rand entre sus manos sin hacer caso de la sangre que resbaló por encima de sus dedos.

El joven se incorporó de un brinco al tiempo que soltaba un ronco gemido, como si los pulmones se le hubieran vaciado de aire bruscamente, y arqueó la espalda con tal violencia que su cabeza casi escapó de las manos de la Aes Sedai. Uno de sus brazos se alzó hacia un lado con los dedos extendidos y doblados hacia atrás hasta el punto de dar la impresión de que se le romperían; la otra mano se crispó sobre la empuñadura de *Callandor* y los músculos de ese brazo se tensaron como cables. Todo él se sacudía como un trapo zarandeado por un vendaval. La sangre reseca se desprendió de su cuerpo en minúsculas escamas y los fragmentos de cristal cayeron sobre el arcón y el suelo a medida que los cortes se cerraban y restañaban.

Perrin tiritó como si aquel vendaval lo azotara a él. Había visto llevar a cabo la Curación otras veces y en heridas mayores y más graves, pero nunca le agradaba presenciar el uso del Poder ni saber que se estaba utilizando aunque fuera para esto. Las historias sobre las Aes Sedai que había oído contar a guardias y cocheros de mercaderes se habían imbuido en su mente muchos años antes de que conociera a Moraine. Rhuarc emitía un penetrante olor a desasosiego. Sólo Lan lo tomaba como algo natural. Él y Moraine.

Todo terminó en un visto y no visto. La Aes Sedai retiró las manos y Rand se tambaleó; tuvo que agarrarse a la columna de la cama para sostenerse en pie. Era difícil asegurar a qué se aferraba con mayor tenacidad, si a la columna o a *Callandor,* y, cuando Moraine intentó coger la espada para colocarla de nuevo en su pedestal, él la apartó de la mujer firmemente, casi con rudeza.

La Aes Sedai apretó los labios una fracción de segundo, pero se conformó con quitar el improvisado tapón de tela del costado del joven y lo utilizó para limpiar algunas de las manchas de sangre que había alrededor. La vieja herida volvía a ser una cicatriz tierna; en cambio las demás habían desaparecido por completo, y cualquiera habría pensado que la sangre seca que todavía lo cubría pertenecía a otra persona.

—Sigue sin responder —murmuró Moraine como si hablara consigo misma; tenía fruncido el ceño—. No acaba de curarse del todo.

—Ésa será la que me mate, ¿no es cierto? —le preguntó Rand quedamente y después recitó—: «Su sangre en las rocas de Shayol Ghul, lavando el estigma de la Sombra, en sacrificio por la salvación del hombre».

—Lees demasiado —replicó ella con dureza—, y entiendes poco.

—¿Y vos entendéis más? En tal caso, explicádmelo.

—Lo único que intenta el muchacho es encontrar su camino —acotó Lan de improviso—. A ningún hombre le gusta salir corriendo a ciegas sabiendo que hay un precipicio al frente, en alguna parte.

Perrin dio un respingo de sorpresa. Rara vez Lan se mostraba en desacuerdo con Moraine o, al menos, no lo hacía cuando alguien podía oírlo. Sin embargo, Rand y él habían pasado mucho tiempo juntos practicando

esgrima.

Los oscuros ojos de Moraine centellearon, pero eso fue todo.

—Necesita estar en cama —dijo—. ¿Haces el favor de pedir que le preparen otro dormitorio y que le lleven agua para lavarse? Esta habitación necesita una limpieza a fondo y ropa de cama nueva.

Lan asintió y asomó la cabeza a la antesala; dijo algo en voz baja.

—Dormiré aquí, Moraine. —Rand soltó el poste de la cama, se sentó erguido, y plantó la punta de *Callandor* en la alfombra llena de cristales, con las dos manos reposando en la empuñadura. Si estaba apoyado en la espada, no daba esa impresión—. No me harán salir corriendo de ningún sitio nunca más, ni siquiera de un dormitorio.

—*Tai'shar Manetheren* —murmuró Lan.

Esta vez, hasta Rhuarc se sobresaltó; pero, si Moraine oyó el cumplido de Lan dirigido al joven, no dio señales de ello. La Aes Sedai tenía clavada la mirada en Rand; su rostro estaba impasible pero sus ojos soltaban chispas, mientras que él exhibía una leve sonrisa de curiosidad, como si se preguntara qué pensaría hacer a continuación Moraine.

Perrin se dirigió hacia la puerta sin llamar la atención; si Rand y la Aes Sedai iban a hacer un pulso de voluntades, no pensaba quedarse para presenciarlo. A Lan no parecía preocuparle, aunque resultaba difícil asegurarlo ya que, a juzgar por aquella postura tan suya, la espalda recta y relajada al mismo tiempo, igual podía estar tan aburrido como para quedarse dormido de pie como a punto de desenvainar su espada; su actitud sugería tanto una cosa como la otra, o ambas. Con Rhuarc ocurría otro tanto, aunque el Aiel también echaba ojeadas a la puerta.

—¡Quédate donde estás! —Moraine no apartó los ojos de Rand, y su índice extendido apuntaba a medio camino entre Rhuarc y Perrin, pero en cualquier caso el joven se paró en seco, y el Aiel se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre el pecho.

»Terco —rezongó Moraine, esta vez dirigiéndose a Rand—. De acuerdo. Si tienes intención de quedarte aquí plantado hasta desplomarte, podrías aprovechar el tiempo que te queda antes de irte de bruces al suelo para contarme qué ha pasado aquí. No está en mi mano enseñarte, pero si me lo explicas quizá sepa discernir qué es lo que hiciste mal. No lo veo muy factible, pero tal vez pueda. —Su voz se tornó cortante—. Tienes que aprender a controlarlo, y no lo digo sólo por cosas como ésta. Si no aprendes a controlar el Poder, te matará. Lo sabes. Te lo he advertido muchas veces. Y has de aprenderlo por ti mismo, hallando las respuestas en tu interior.

—Todo cuanto hice fue sobrevivir —replicó él duramente. Moraine abrió la boca para hablar, pero Rand se le anticipó—. ¿Acaso pensáis que sería capaz de encauzar sin darme cuenta? No lo hice mientras dormía. Esto ocurrió estando despierto. —Se tambaleó y buscó apoyo en la espada.

—No podrías encauzar nada dormido salvo en el dominio del Espíritu, y esto no podría achacarse a eso —repuso Moraine fríamente—. Iba a preguntarte qué había pasado.

Perrin notó que los pelos se le ponían de punta a medida que Rand relataba los acontecimientos. Lo del hacha había sido horrible, pero al menos el arma era un objeto tangible, algo real. Que tus propios reflejos se abalanzaran sobre ti desde unos espejos... Sin darse cuenta de lo que hacía, movió los pies para no tener debajo ningún fragmento de cristal.

A poco de empezar a hablar, Rand echó una fugaz ojeada hacia atrás, al

Librodot

arcón, como con disimulo. Un instante después los fragmentos de cristal que había esparcidos sobre la tapa del arcón se movieron y cayeron a la alfombra como barridos por una escoba invisible. Rand intercambió una mirada con Moraine y después se sentó lentamente antes de proseguir. Perrin no estaba seguro de cuál de los dos había limpiado la tapa del arcón. En el relato de su amigo no se mencionó a Berelain.

—Tuvo que ser uno de los Renegados —terminó Rand—. Quizá Sammael. Dijisteis que estaba en Illian. A menos que uno de ellos se encuentre aquí, en Tear. ¿Podría Sammael llegar a la Ciudadela desde Illian?

—No, ni aunque blandiera a *Callandor* —le aseguró Moraine—. Existen ciertos límites, y Sammael sólo es un hombre, no el Oscuro.

¿Sólo un hombre? A Perrin no le parecía una descripción buena. Un hombre capaz de encauzar pero que, de algún modo, no había enloquecido; al menos de momento, que se supiera. Un hombre quizá tan poderoso como Rand, sólo que su amigo estaba intentando aprender mientras que Sammael sabía ya todos los trucos de sus talentos. Un hombre que había pasado tres mil años encarcelado en la prisión del Oscuro y que se había pasado al bando de la Sombra por propia voluntad. No, «Sólo un hombre» no acertaba a describir, ni por asomo, a Sammael o a cualquiera de los Renegados, hombre o mujer.

—Entonces uno de ellos está aquí, en la ciudad. —Rand agachó la cabeza para apoyarla sobre las muñecas, pero volvió a ponerse derecho bruscamente y miró desafiante a los que estaban en la habitación—. No estoy dispuesto a que se me persiga otra vez. A partir de ahora seré el rastreador y no la presa. Lo encontraré, o la encontraré, y le…

—No creo que fuera un Renegado —lo interrumpió Moraine—. Lo ocurrido era demasiado sencillo y, al mismo tiempo, demasiado complejo.

—Dejaos de adivinanzas, Moraine —instó Rand calmoso—. Si no fue obra de un Renegado, entonces ¿de quién o de qué?

La Aes Sedai mantuvo el gesto impasible, pero se advirtió cierta vacilación, ya fuera porque no estaba segura de la respuesta o porque estaba decidiendo hasta dónde debía revelar lo que sabía.

—Puesto que los sellos que cierran la prisión del Oscuro se están debilitando —dijo al cabo de un tiempo—, tal vez sea inevitable que alguna… miasma escape aunque él siga atrapado. Como las burbujas que salen a la superficie de cosas que se pudren en el fondo del estanque. Pero estas burbujas van a la deriva a través del Entramado hasta que se prenden a uno de los hilos y estallan.

—¡Luz! —A Perrin se le escapó sin querer la exclamación. Moraine volvió los ojos hacia él—. ¿Queréis decir que lo que le ha pasado a Rand podría empezar a ocurrirle a todo el mundo?

—No a todos. Por lo menos, todavía no. Creo que al principio sólo serán unas pocas burbujas las que escaparán a través de las grietas a las que tiene acceso el Oscuro. Más adelante ¿quién sabe? Y al igual que los *ta'veren* tejen los hilos del Entramado que hay a su alrededor, creo que quizá también atraigan a esas burbujas con más fuerza que los demás. —Su expresión ponía de manifiesto que sabía que Rand no era el único que había tenido una mala experiencia esta noche. Un fugaz atisbo de sonrisa que desapareció casi sin darle tiempo a verlo le dijo a Perrin que podía callar si quería y guardarlo en secreto para los otros, pero que ella lo sabía—. No obstante, en los próximos meses, o años si somos tan afortunados de

Librodot

disponer de tanto tiempo, me temo que mucha gente empezará a ver cosas que la harán encanecer, si es que sobrevive.

—Mat —dijo Rand de repente—. ¿Sabéis si él...? ¿Si ha...?

—Lo sabré pronto —contestó Moraine sosegada—. Lo hecho, hecho está, pero no hay que perder la esperanza. —A pesar de su tono impasible, Perrin olió en ella la inquietud hasta que Rhuarc habló:

—Se encuentra bien. O se encontraba. Me topé con él cuando venía hacia aquí.

—¿Adónde se dirigía? —En la voz de la Aes Sedai había un timbre afilado.

—Me pareció que se encaminaba hacia las dependencias de la servidumbre —contestó el Aiel. Rhuarc sabía que los tres eran *ta'veren* aunque intentara no admitirlo ante sí mismo, y conocía a Mat lo suficiente para añadir—: Pero no iba a los establos, Aes Sedai, sino en dirección contraria, hacia el río. En los muelles de la Ciudadela no hay barcas. —No se atascó al pronunciar las palabras «muelles» y «barcas» como le ocurría a la mayoría de los Aiel, a pesar de que en el Yermo esas cosas sólo existían en los cuentos.

Moraine asintió como si aquello no la sorprendiera. Perrin sacudió la cabeza; la Aes Sedai estaba tan habituada a ocultar lo que pensaba realmente, que ya lo hacía por costumbre.

De repente se abrió una de las hojas de la puerta y entraron Bain y Chiad, sin las lanzas. Bain llevaba una palangana grande y una ancha jofaina de la que salía vapor. Chiad acarreaba toallas dobladas debajo de un brazo.

—¿Por qué lo traéis vosotras? —demandó Moraine.

—La criada no quería entrar —respondió Chiad encogiéndose de hombros.

Rand soltó una seca carcajada.

—Hasta los sirvientes son lo bastante listos para no acercarse a mí. Dejadlo en cualquier parte.

—Se te está acabando el tiempo, Rand —dijo Moraine—. Los tearianos se están acostumbrando a ti, después de la novedad, y nadie teme lo que le es familiar como ocurre con lo desconocido. ¿Cuántas semanas, o días, pasarán antes de que alguien intente clavarte una flecha en la espalda o echar veneno en tu comida? ¿Cuánto falta para que alguno de los Renegados ataque u otra burbuja se deslice por el Entramado?

—Dejad de meterme prisa, Moraine. —Estaba sucio de sangre, medio desnudo, más apoyado en *Callandor* que en sus piernas, pero se las compuso para dar a sus palabras un timbre de autoridad—. No me precipitaré ni siquiera por vos.

—Elige pronto tu camino. Y esta vez infórmame sobre lo que piensas hacer. Mis conocimientos no te serán útiles si rehúsas aceptar mi ayuda.

—¿Vuestra ayuda? —La voz de Rand sonaba agotada—. Será bienvenida, pero cuando yo lo decida, no vos. —Miró a Perrin como si tratara de comunicarle algo sin palabras, algo que no quería que los otros oyeran. Perrin no tenía ni idea de qué era. Al cabo de un instante, Rand suspiró y sus hombros se hundieron levemente—. Quiero dormir. Idos, todos vosotros, por favor. Hablaremos mañana. —De nuevo dirigió una mirada a Perrin con la que subrayó sus palabras.

Moraine cruzó el cuarto hacia Bain y Chiad, y las dos Aiel acercaron las

Librodot

cabezas para que hablara con ellas sin que la oyeran los otros. Perrin sólo captó un zumbido y se preguntó si la Aes Sedai estaría utilizando el Poder para impedirle que escuchara, ya que conocía su agudeza auditiva. Sus sospechas se confirmaron cuando Bain respondió en un susurro y tampoco logró entender nada. Pero Moraine no había tomado medidas contra su olfato; las Aiel miraban a Rand mientras escuchaban, y olían a recelo, no a miedo, como si Rand fuera un animal grande que podría resultar peligroso si daban un paso en falso.

La Aes Sedai se volvió hacia Rand.

—Hablaremos mañana. No puedes quedarte sentado como una perdiz esperando la red del cazador. —Fue hacia la puerta antes de que Rand tuviera tiempo de contestar. Lan miró al joven y dio la impresión de que quería decirle algo, pero fue en pos de Moraine sin abrir la boca.

—Rand... —llamó Perrin.

—Hacemos lo que ha de hacerse. —No levantó los ojos de la transparente empuñadura a la que se aferraban sus manos—. Todos. —Olía a miedo.

Perrin asintió y salió de la habitación detrás de Rhuarc. A Moraine y Lan no se los veía ya por ningún sitio. El oficial teariano estaba contemplando fijamente la puerta desde una distancia de diez pasos, procurando simular que estaba tan retirado por propio gusto y no a causa de las cuatro Aiel que lo vigilaban. Perrin cayó entonces en la cuenta de que las otras dos Doncellas seguían dentro del dormitorio, y escuchó voces dentro:

—Marchaos —dijo Rand, cansado—. Soltad eso en alguna parte y salid de aquí.

—Si podéis sosteneros en pie, nos iremos —respondió Chiad alegremente—. Vamos, hacedlo.

Se oyó el ruido de agua al verterse en la palangana.

—Ya hemos atendido heridos antes —dijo Bain utilizando un tono tranquilizador—. Y yo solía bañar a mis hermanos cuando eran pequeños.

Rhuarc cerró la puerta y las voces dejaron de oírse.

—No lo tratáis del mismo modo que los tearianos —dijo Perrin quedamente—. Nada de reverencias ni cortesías tontas. Si no recuerdo mal, no os he oído a ninguno llamarlo lord Dragón.

—El Dragón Renacido es una profecía vuestra. La nuestra es El que Viene con el Alba.

—Creía que era la misma. De otro modo ¿por qué vinisteis a la Ciudadela? Demonios, Rhuarc, los Aiel sois el Pueblo del Dragón, como dice la Profecía. Lo admitisteis, aunque no lo dijerais en voz alta.

Rhuarc hizo oídos sordos a esto último.

—En vuestra Profecía del Dragón la caída de la Ciudadela y la toma de *Callandor* proclaman que el Dragón ha renacido. La nuestra dice sólo que la Ciudadela tiene que caer antes de que El que Viene con el Alba aparezca para conducirnos a lo que era nuestro. Puede que sea un solo hombre, pero dudo que ni siquiera las Mujeres Sabias lo sepan con seguridad. Si Rand es el anunciado, hay cosas que aún tiene que hacer para demostrarlo.

—¿Qué cosas?

—Si es el anunciado, él lo sabrá y las hará. Si no lo es, entonces tendremos que seguir buscando.

Algo indescifrable en la voz del Aiel cosquilleó en los oídos de Perrin.

—¿Y si no es él al que buscáis, entonces qué, Rhuarc?

Librodot

—Que vuestro sueño sea profundo y tranquilo, Perrin. —El Aiel se alejó sin que sus suaves botas hicieran el menor ruido sobre el negro mármol.

El oficial teariano seguía mirando más allá de las Doncellas; olía a miedo, y no conseguía enmascarar en su rostro la rabia y el odio. Si los Aiel decidían que Rand no era El que Viene con el Alba... Perrin observó al oficial teariano e imaginó que las Doncellas no estaban allí, que en la Ciudadela no había Aiel, y un escalofrío lo estremeció. Tenía que asegurarse de que Faile se marchara. Era lo único que le importaba. Que ella decidiera marcharse, y que lo hiciera sin él.

Librodot

CAPÍTULO 4

Cometas al viento

Thom Merrilin esparció arena sobre lo que había escrito para secar la tinta y después, con cuidado, volvió a echar la arena en el recipiente y cerró la tapa. Revolvió entre los revueltos montones de papeles esparcidos sobre la mesa —seis velas de sebo eran un peligro de incendio, pero necesitaba la luz— y seleccionó una hoja arrugada y vieja que tenía una mancha de tinta. La comparó minuciosamente con la que acababa de escribir y después se atusó un lado del blanco bigote con el pulgar en un gesto satisfecho, a la par que una sonrisa asomaba a su curtido rostro. Hasta el propio Gran Señor Carleon habría creído que era de su puño y letra:

Tened cuidado. Vuestro esposo sospecha.

Sólo esas palabras, y sin firma. Ahora, si podía arreglarlo para que el Gran Señor Tedosian lo encontrara donde su esposa, lady Alteima, pudiera haberlo dejado por descuido...

Sonó una llamada a la puerta que lo hizo dar un brinco de sobresalto. Nadie acudía a verlo a esas horas de la noche.

—Un momento —contestó mientras recogía precipitadamente plumas, tinteros y papeles seleccionados y los guardaba en una destartalada escribanía—. Me estoy poniendo una camisa.

Cerró el estuche de la escribanía y la metió debajo de la mesa, donde pasaba inadvertida a menos que se buscara a propósito; luego echó un rápido vistazo a su pequeño cuarto sin ventana para comprobar si había dejado fuera algo que no debía estar a la vista. La estrecha y revuelta cama estaba llena de aros y bolas para juegos malabares, y entre sus cosas de afeitar, sobre un estante, había varitas mágicas de fuego y pequeños objetos para la prestidigitación. Su capa de juglar, cubierta de parches sueltos de multitud de colores, colgaba de un gancho en la pared junto con su muda de ropa y las fundas de cuero duro que guardaban su arpa y su flauta. Un pañuelo femenino de roja seda transparente aparecía atado alrededor de la correa de la funda del arpa, pero podría pertenecer a cualquier mujer.

No recordaba quién lo había atado allí; procuraba prestar igual atención a todas las mujeres, siempre con un trato alegre y divertido. Su lema era hacerlas reír e incluso suspirar, pero evitando compromisos; no tenía tiempo para eso. Era el razonamiento que siempre se hacía.

—Ya voy. —Se dirigió a la puerta renqueando, irritado. Hubo un tiempo en que arrancaba exclamaciones a personas que, a pesar de estar viéndolo, no podían creer que un enjuto y canoso viejo fuera capaz de hacer piruetas y acrobacias con la rapidez y la agilidad de un muchacho. La cojera había acabado con eso, y lo odiaba. La pierna le dolía más cuando estaba cansado.

Abrió la puerta de un tirón y parpadeó por la sorpresa.

—Vaya. Entra, entra, Mat. Te creía trabajando de firme para aligerar las bolsas de los petimetres aristócratas.

—No querían jugar más esta noche —repuso Mat amargamente mientras se dejaba caer en una banqueta de tres patas. Llevaba la chaqueta desabrochada y el cabello alborotado. Sus castaños ojos lanzaban rápidas miradas a un lado y a otro, sin detenerse en un sitio mucho tiempo, pero no había en ellos su habitual expresión risueña que sugería que había visto algo gracioso que a los demás les había pasado por alto.

Thom lo observó fruncido el entrecejo, pensativo. Mat no cruzaba jamás este umbral sin lanzar alguna pulla respecto al pobre aspecto del cuarto. Aceptaba la explicación de Thom de que ocupar este dormitorio próximo a las dependencias de la servidumbre contribuiría a que la gente olvidara que había llegado bajo los auspicios de las Aes Sedai, pero Mat no era de los que dejaban pasar una ocasión para hacer una broma. Si además se daba cuenta de que el cuarto también servía para que nadie pensara que Thom tenía algo que ver con el Dragón Renacido, siendo Mat como era probablemente pensaría que era un deseo razonable. A Thom le habían bastado dos frases pronunciadas rápidamente en uno de los raros momentos en los que nadie miraba para hacer comprender a Rand la verdadera razón. Todo el mundo escuchaba y miraba a un juglar, pero nadie lo veía en realidad ni recordaba con quién hablaba siempre y cuando sólo fuera eso, un juglar, con sus números de prestidigitación adecuados para gentes del campo, sirvientes y, tal vez, para divertir a las damas. Así era como lo veían los tearianos. Después de todo, no era un bardo.

¿Qué preocupaba al muchacho para que apareciera a esa hora? Seguramente algo relacionado con una u otra jovencita o con alguna mujer más madura que se había dejado engatusar por su traviesa sonrisa. No obstante, actuaría como si ésta fuera una de las habituales visitas de Mat hasta que el muchacho dijera lo contrario.

—Iré por el tablero de damas. Es tarde, pero tenemos tiempo para echar una partida. —No pudo evitar añadir—: ¿Te apetece que hagamos una apuesta? —Jamás apostaría ni una moneda de cobre con Mat jugando a los dados, pero con las damas era otro cantar; consideraba que en este juego había demasiado orden y movimientos para que la extraña suerte de Mat funcionara.

—¿Qué? Ah, no. Es demasiado tarde para juegos. Thom, ¿ha...? ¿Ha pasado... algo aquí abajo?

Thom dejó el tablero apoyado contra la pata de la mesa y cogió la bolsa del tabaco y la pipa larga que estaban entre el montón de cosas que quedaban todavía encima de la mesa.

—¿Cómo qué? —preguntó mientras llenaba la cazoleta y apretaba el tabaco con la yema del pulgar. Le dio tiempo a enrollar un trozo de papel, acercarlo a la llama de una de las velas, encender la pipa y soltar una bocanada de humo antes de que Mat contestara.

—Como que Rand se haya vuelto loco, a eso me refiero. No, no lo habríais tenido que preguntar si hubiera pasado algo.

Un hormigueo en la espalda hizo que Thom moviera los hombros, pero soltó el humo azulado con tanta calma como le fue posible y se sentó en la silla con la pierna dañada estirada ante sí.

—¿Qué ha pasado?

Librodot

Mat respiró hondo y luego soltó todo de un tirón:

—Los naipes de la baraja intentaron matarme. La Amyrlin, y el Gran Señor, y... No lo he soñado, Thom. Por eso es por lo que esos pretenciosos grajos no quieren jugar más conmigo. Tienen miedo de que vuelva a pasar. Thom, estoy pensando marcharme de Tear.

La picazón era ahora tan fuerte que tenía la sensación de que una fila de hormigas negras le estuviera bajando por la espalda. ¿Por qué no se habría marchado él de Tear mucho antes? Habría sido lo más sensato. Había cientos de pueblos ahí fuera, esperando a que un juglar los entretuviera y los divirtiera. Y todos ellos con una posada o dos llenas de vino con el que ahogar los recuerdos. Pero, si lo hiciera, Rand no tendría a nadie aparte de Moraine para impedir que los Grandes Señores lo arrinconaran o incluso le cortaran el cuello. La Aes Sedai podía hacerlo, por supuesto. Con métodos distintos de los suyos. Era de Cairhien, lo que significaba que seguramente habría mamado el Juego de las Casas en la leche de su madre. Y de paso tendería otro hilo alrededor de Rand a favor de la Torre Blanca, enredándolo en sus redes de Aes Sedai de tal modo que jamás podría escapar. Claro que si el chico empezaba ya a volverse loco...

«Necio», se increpó para sus adentros. Solamente un completo estúpido seguiría mezclado en esto por algo que había ocurrido quince años atrás. Con quedarse no lo cambiaría; lo hecho, hecho estaba. Tenía que ver a Rand cara a cara, a pesar de lo que le había dicho sobre mantenerse alejado de él. Quizá nadie consideraría demasiado raro que un juglar pidiera interpretar una canción que había sido para el lord Dragón, una canción compuesta expresamente para esta ocasión. Se sabía un canto kandorés de contenido ambiguo en el que se alababa a un señor sin nombre por su grandeza y valor en un estilo ostentoso que no precisaba del todo proezas ni lugares. Seguramente lo había encargado un señor cuyas gestas no merecían proclamarse. En fin, ahora le sería de utilidad. A menos que a Moraine le pareciera extraño. Eso sería tan malo como que a los Grandes Señores les llamara la atención. «¡Soy un completo necio! ¡Tendría que marcharme de aquí esta misma noche!»

Estaba tan nervioso que sentía ardor en la boca del estómago, pero había pasado muchos años aprendiendo a mantener el gesto impasible antes de echarse sobre los hombros la capa de juglar. Hizo tres anillos de humo, unos dentro de los otros.

—Estás pensando en marcharte de Tear desde el mismo día en que pisaste la Ciudadela —dijo después.

Sentado al borde de la banqueta, Mat le lanzó una mirada furiosa.

—Y es lo que tengo intención de hacer. Lo es. ¿Por qué no venís conmigo, Thom? Hay ciudades en las que se piensa que el Dragón Renacido sigue siendo una leyenda, donde nadie se ha acordado de las malditas Profecías del maldito Dragón desde hace años, si es que han pensado alguna vez en ellas. Lugares donde creen que el Oscuro es un cuento de viejas, y los trollocs, relatos de viajeros chiflados, y los Myrddraal un recurso para asustar a los niños. Vos podríais tocar el arpa y relatar vuestras historias, y yo podría encontrar una buena partida de dados. Viviríamos como grandes señores, viajando cuando quisiéramos, quedándonos donde nos apeteciera, sin que nadie intentara matarnos.

Aquello se acercaba mucho a la verdad para sentirse cómodo. En fin, era un necio y no había vuelta de hoja; sólo le quedaba actuar lo mejor que

supiera.

—Si realmente tienes intención de irte, ¿por qué no lo has hecho?

—Moraine me vigila —repuso Mat amargamente—. Y, cuando no es ella, algún otro se ocupa de hacerlo.

—Lo sé. A las Aes Sedai no les gusta soltar a alguien una vez que le han echado mano. —Sabía que había algo más de lo ya sabido, pero al parecer Mat no pensaba admitirlo; y ninguno de los que conocía tampoco soltaba prenda, si es que alguien lo sabía aparte de Moraine. Tampoco importaba. Le gustaba Mat e incluso, en cierto sentido, tenía un deber con él. Pero Mat y sus problemas eran una simple rareza comparado con lo de Rand—. Pero la verdad es que no creo que te tenga vigilado todo el tiempo.

—Como si lo estuviera. Siempre está preguntando a la gente dónde estoy, qué hago. No me quita ojo. ¿Sabéis de alguien que no le diga a una Aes Sedai lo que quiere saber? Yo no. Como si me tuviera vigilado, igual.

—Se puede eludir la vigilancia si uno se lo propone. Y nunca he conocido a alguien que sepa escabullirse mejor que tú. Tómalo como un cumplido.

—Siempre surge algo —murmuró—. Aquí se mueve mucho oro. Y en las cocinas hay una chica de grandes ojos a la que le gustan los besos y las carantoñas, y una de las doncellas tiene el cabello sedoso y largo hasta la cintura y los senos más... —Dejó sin terminar la frase al darse cuenta de lo estúpido que debía de sonar lo que decía.

—¿Has considerado que a lo mejor es por...?

—Si mencionáis la palabra *ta'veren,* Thom, me voy.

—... que a lo mejor es porque Rand es amigo tuyo y no quieres abandonarlo? —acabó Thom, que había cambiado lo que iba a decir.

—¡Abandonarlo! —El muchacho se incorporó con tanta brusquedad que derribó la banqueta—. ¡Thom, es el condenado Dragón Renacido! Por lo menos es lo que dicen él y Moraine. Tal vez lo sea, ya que puede encauzar y tiene esa jodida espada que parece de cristal. ¡Profecías! No lo sé, pero de lo que sí estoy seguro es de que hace falta estar tan loco como estos tearianos para quedarse aquí. —Hizo una pausa—. ¿Vos qué opináis, Thom? ¿Creéis que Moraine me estará reteniendo en la Ciudadela, con el Poder?

—Dudo que pueda hacerlo —respondió lentamente el juglar. Sabía bastante sobre las Aes Sedai, lo suficiente para comprender lo mucho que ignoraba, y creía que tenía razón en esto.

Mat se pasó los dedos por el pelo.

—Thom, la idea de marcharme está siempre presente en mi cabeza, pero... me asaltan esas extrañas sensaciones, casi como si fuera a pasar algo. Algo... grave, ésa es la palabra. Es como saber que habrá fuegos artificiales el Día Solar, sólo que ignoro qué es lo que barrunto. Me ocurre cada vez que pienso seriamente en marcharme y, de repente, encuentro un motivo para quedarme otro día más. Siempre es un solo jodido día más. ¿No os suena a manejos de las Aes Sedai?

Thom se tragó la palabra *ta'veren* y se quitó la pipa de la boca para mirar fijamente el tabaco prendido de la cazoleta. No sabía mucho acerca de los *ta'veren.* Claro que nadie sabía gran cosa a excepción de las Aes Sedai o quizás algunos de los Ogier.

—Nunca se me ha dado bien ayudar a otros con sus problemas. —«Y menos teniendo los míos propios», pensó—. Teniendo a mano una Aes Sedai, aconsejaría a la mayoría que le pidiera ayuda a ella. —«Consejo que yo

Librodot

mismo no seguiría.»

—¡A Moraine, decís!

—Supongo que eso queda descartado en este caso, pero Nynaeve era tu Zahorí en Campo de Emond. Las Zahoríes están acostumbradas a responder las preguntas de la gente y ayudarla con sus problemas.

Mat soltó una seca risotada.

—¿Y aguantar uno de sus sermones sobre la bebida, el juego y...? Thom, me trata como si tuviera diez años. A veces pienso que cree que me casaré con una bonita chica y me instalaré en la granja de mi padre.

—Algunos hombres no pondrían objeciones a llevar esa clase de vida —comentó el juglar quedamente.

—Bueno, pues yo sí. Quiero algo más que vacas, ovejas y tabaco para el resto de mi vida. Quiero... —Mat sacudió la cabeza—. Todas estas lagunas en la memoria. A veces creo que podría llenarlas, que sabría... ¡Diantre, no sé lo que sabría, pero sí sé que deseo saberlo! Parece un acertijo embrollado, ¿verdad?

—Ni siquiera estoy seguro de que una Aes Sedai pueda ayudarte en esto, pero desde luego un juglar no puede.

—¡He dicho que nada de Aes Sedai!

—Cálmate, chico. —Thom suspiró—. No estaba sugiriendo que lo hicieras.

—Me marcho. Tan pronto como haya recogido mis cosas y encuentre un caballo. Ni un minuto más.

—¿En mitad de la noche? Podrás esperar hasta mañana por la mañana, ¿no? —«Si es que realmente te marchas», se abstuvo de añadir—. Siéntate y tranquilízate. Jugaremos una partida de damas. Tengo una jarra de vino en alguna parte.

Mat vaciló y echó un vistazo a la puerta.

—Esperaré hasta mañana. —Había incertidumbre en su voz, pero recogió la banqueta volcada y la colocó junto a la mesa—. Pero no tomaré vino —añadió mientras volvía a sentarse—. Bastantes cosas raras me pasan cuando estoy sobrio. Quiero tener la cabeza despejada.

Thom mostró un talante pensativo mientras colocaba el tablero y la bolsa de las fichas. Con qué facilidad se había distraído el chico. Arrastrado por otro *ta'veren* más fuerte, Rand al'Thor, a su modo de ver. Se le pasó por la cabeza la idea de que a lo mejor le ocurría lo mismo a él. Su vida no iba encaminada hacia la Ciudadela de Tear y a este pequeño cuarto cuando conoció a Rand, pero desde entonces había estado dando bandazos como una cometa a la que tiran de la cuerda. Si decidía marcharse, por ejemplo porque Rand se volviera realmente loco, ¿encontraría razones para aplazarlo?

—¿Qué es esto, Thom? —Mat había dado con la bota en la escribanía que estaba debajo de la mesa—. ¿Puedo quitarlo de aquí?

—Por supuesto. —Se encogió por dentro cuando Mat empujó la caja a un lado con el pie, sin demasiadas contemplaciones. Confiaba en haber cerrado bien los tapones de los tinteros—. Elige —ofreció al tiempo que tendía las manos cerradas.

Mat tocó la izquierda, y Thom la abrió mostrando una suave ficha negra de piedra. El chico rió satisfecho de ser el primero en mover, y puso la ficha en el tablero de casillas cruzadas. Nadie que viera el brillo de entusiasmo en sus ojos habría dicho que un momento antes estaba ansioso por marcharse.

Una grandeza que rehusaba admitir pegada a su espalda, y una Aes Sedai resuelta a conservarlo como una de sus mascotas. El chico estaba pillado y bien pillado.

Si también lo estaba él, decidió Thom, valdría la pena ayudar a que un hombre, al menos, se librara de las Aes Sedai. Valdría la pena para saldar la deuda que tenía desde hacía quince años.

Sintiendo una repentina y extraña satisfacción, colocó su ficha blanca.

—¿Te he contado alguna vez —empezó sin quitarse la pipa de la boca— lo de la apuesta que hice con una domani? Tenía unos ojos en los que un hombre podía perder el alma, y una extraña ave de plumas rojas que había comprado en un barco de los Marinos y que, según ella, sabía leer el futuro. Esta ave tenía un grueso y enorme pico amarillo casi tan largo como el cuerpo, y...

Librodot

CAPÍTULO 5

Interrogatorios

—Ya tendrían que estar de vuelta. —Egwene agitó enérgicamente el abanico de seda, contenta de que al menos por las noches no hiciera tanto calor como durante el día. Las mujeres tearianas llevaban abanicos a todas horas (por lo menos las nobles y las acomodadas) pero, por lo que había comprobado, no servían para nada salvo después de ponerse el sol, y aun entonces tampoco para mucho. Hasta las lámparas, unos objetos grandes, dorados y con espejos, colocados en soportes de pared plateados, contribuían a incrementar el calor—. ¿Qué los habrá entretenido? —Una hora, les había prometido Moraine, por primera vez desde hacía días, y luego, antes de cinco minutos, se había marchado sin dar explicaciones—. ¿Dijo algo que apuntara para qué querían verla, Aviendha? ¿O quién la mandó llamar?

Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, los verdes ojos resaltando en contraste con la tez morena, la Aiel se encogió de hombros. Vestía chaqueta, calzones y suaves botas, y llevaba el *shoufa* enrollado al cuello; aparentemente, no iba armada.

—Careen le dio el mensaje en voz baja, y no habría sido correcto escuchar. Lo lamento, Aes Sedai.

Egwene se sintió culpable y empezó a juguetear con el anillo de la Gran Serpiente que llevaba en la mano derecha, el ofidio dorado que se mordía su propia cola. En su condición de Aceptada debería haberlo llevado en el dedo corazón de la mano izquierda, pero la pequeña artimaña hacía creer a los Grandes Señores que tenían a cuatro Aes Sedai dentro de la Ciudadela y por ende los obligaba a mantener los buenos modales o lo que los nobles tearianos entendían como tal. Moraine no mentía, por supuesto; nunca dijo que fueran más que Aceptadas, pero tampoco decía que lo eran, y dejaba que cada cual pensara lo que quisiera pensar y creyera lo que le parecía ver. Moraine no podía mentir, pero era capaz de dar a la verdad una interpretación muy particular.

No era la primera vez que Egwene y las otras habían fingido que pertenecían ya a la hermandad desde su salida de la Torre, pero cada vez se sentía más incómoda por engañar a Aviendha. Le gustaba la Aiel y creía que podrían ser amigas si tuvieran la oportunidad de conocerse, pero tal cosa no parecía posible mientras Aviendha creyera que Egwene era Aes Sedai. La Aiel estaba allí a instancias de Moraine, que había dado la orden con algún propósito que sólo conocía ella. Egwene sospechaba que la razón era proporcionarles una guardia personal Aiel, como si ellas no supieran defenderse. Aun así, aun en el caso de que Aviendha y ella se hicieran amigas, no podría decirle la verdad. Moraine había dejado bien claro que el mejor modo de guardar un secreto era evitar que lo descubriera quien no

tenía por qué saberlo. En ocasiones Egwene había deseado que la Aes Sedai se equivocara de manera notoria, aunque sólo fuera una vez. Nada que acabara en desastre, desde luego. Ésa era la pega.

—Tanchico —murmuró Nynaeve. La gruesa trenza de oscuro cabello le colgaba por la espalda hasta la cintura. Se encontraba asomada a una de las estrechas ventanas que estaban abiertas para que entrara el más leve soplo de aire nocturno. Allá abajo, en el ancho cauce del río Erinin, se mecían las linternas de las escasas barcas de pesca que no se habían aventurado corriente abajo, pero Egwene dudaba que Nynaeve las viera—. Al parecer no hay más remedio que ir a Tanchico. —Sin ser consciente de ello dio un tirón a su vestido verde de escote lo bastante amplio para dejar al aire sus hombros; era un gesto que repetía muy a menudo. Si Egwene se lo hubiera insinuado, habría negado que llevaba ese vestido por Lan, el Guardián de Moraine, pero el verde, el azul y el blanco parecían ser los colores favoritos de Lan en las mujeres, y cualquier vestido que no fuera de esas tonalidades había desaparecido del armario de Nynaeve—. No hay más remedio. —No parecía complacerle la perspectiva.

Egwene se sorprendió dando también un tirón a su vestido. Se sentía rara con este tipo de vestimenta sujeta sólo a los hombros. Por otro lado, estaba segura de que no habría soportado llevar otra prenda que la tapara más. A pesar de su ligereza, el lino rojo pálido daba la impresión de ser lana. Deseó tener el coraje suficiente para ponerse los atuendos de sutiles tejidos que llevaba Berelain. No los consideraba apropiados para estar en público, pero debían de ser frescos.

«Deja de preocuparte por la comodidad y céntrate en el asunto que tenemos entre manos», se reprendió para sus adentros.

—Tal vez —contestó en voz alta—, pero no estoy convencida de ello.

Una mesa larga y estrecha que relucía a fuerza de frotarla con cera ocupaba el centro de la habitación. En el extremo más próximo a Egwene había una silla de respaldo alto, de talla delicada y con alguno que otro toque dorado, bastante sencilla para los gustos de Tear; la altura del respaldo de las sillas de los laterales disminuía de manera progresiva, de forma que las que estaban al final parecían poco más que bancos. Egwene ignoraba el uso que los tearianos habían dado a esta estancia. Ellas la habían utilizado para interrogar a dos prisioneras capturadas durante la caída de la Ciudadela.

Era incapaz de bajar a las mazmorras, aunque Rand había ordenado que todos los instrumentos que habían decorado las paredes de la sala de guardia fueran fundidos o quemados. Tampoco Nynaeve ni Elayne se mostraron ansiosas por regresar allí. Además, esta estancia tan luminosa, con sus limpias baldosas verdes y sus paneles de pared luciendo tallas de las Tres Lunas Crecientes del estandarte de Tear, ofrecía un marcado contraste con la lúgubre piedra gris de las celdas, todas ellas tan oscuras, húmedas y sucias. Aquello había de tener cierto efecto debilitante en las dos mujeres, con sus ropas de prisioneras hechas con burda lana.

No obstante, únicamente esa prenda de color pardo habría dado a entender a cualquier persona que Joiya Byir, de pie y dando la espalda a la mesa, era una prisionera. Había pertenecido al Ajah Blanco y no había perdido en lo más mínimo la fría arrogancia de las Blancas cuando se pasó al Ajah Negro. Su actitud ponía de manifiesto que si estaba en aquella postura rígida, sin apartar los ojos de la pared del fondo, era por propia

Librodot

elección y no por otras razones. Sólo una mujer capaz de encauzar habría vislumbrado el flujo del elemento Aire, del grueso de un pulgar, que mantenía los brazos de Joiya contra los costados y los tobillos sujetos entre sí. Una jaula tejida también con Aire la obligaba a tener los ojos fijos al frente, e incluso los oídos los tenía tapados para que no pudiera escuchar lo que decían hasta que quisieran que lo oyera.

Egwene volvió a revisar el escudo tejido del elemento Energía que impedía que Joiya entrara en contacto con la Fuente Verdadera. Resistía, como sabía que lo haría. Ella misma había tejido todos los hilos alrededor de Joiya y los había atado para que se sustentaran, pero no se sentía tranquila estando en la misma habitación con una Amiga Siniestra que tenía la habilidad de encauzar, aunque estuviera aislada. No sólo era una Amiga Siniestra. También pertenecía al Ajah Negro, y el asesinato era el menor de sus crímenes. Se habría doblado bajo el peso de los juramentos quebrantados, las vidas destrozadas y las almas mancilladas que podían achacársele.

La otra prisionera, hermana también del Ajah Negro, carecía de su fortaleza. De pie al otro extremo de la mesa, con los hombros hundidos y la cabeza gacha, Amico Nagoyin pareció encogerse bajo la mirada de Egwene. No era preciso levantar un escudo a su alrededor; Amico había sido neutralizada durante su captura. Capaz todavía de percibir la Fuente Verdadera, jamás volvería a tocarla, jamás volvería a encauzar. El deseo, la necesidad, permanecería con tanta intensidad como el respirar, y tendría presente su pérdida durante el resto de su vida, el *Saidar* fuera de su alcance para siempre. Egwene hubiera querido sentir un retazo de piedad, pero tampoco se esforzó en ello.

Amico murmuró algo sin alzar la vista del tablero de la mesa.

—¿Qué? —inquirió Nynaeve—. ¡Habla alto!

Amico levantó la cabeza sumisamente. Seguía siendo una mujer hermosa de oscuros y grandes ojos, pero había algo distinto en ella que Egwene no acababa de definir. No se trataba del miedo que la hacía aferrar su burda ropa de prisionera con ambas manos. Era algo más. Amico tragó saliva trabajosamente antes de contestar.

—Deberíais ir a Tanchico.

—Nos has dicho eso veinte veces —replicó Nynaeve con dureza—. Cincuenta. Cuéntanos algo nuevo, dinos nombres que no sepamos ya. ¿Quién más hay en la Torre Blanca que sea del Ajah Negro?

—No lo sé. Debéis creerme. —Amico hablaba cansinamente, con un aire de absoluta derrota, una actitud completamente diferente de la que había mostrado cuando ellas eran las prisioneras y Amico la carcelera—. Antes de que abandonáramos la Torre sólo sabía de Liandrin, Chesmal y Rianna. Nadie conocía a más de dos o tres de las otras, creo, salvo Liandrin. Os he dicho todo cuanto sé.

—Entonces es que eres extremadamente ignorante para ser una mujer que esperaba gobernar parte del mundo cuando el Oscuro escapara de su prisión —intervino Egwene, que cerró el abanico de golpe para dar más énfasis a sus palabras. Todavía la sorprendía su facilidad para decir eso ahora. El estómago todavía se le encogía y un escalofrío le recorría la espina dorsal, pero ya no sentía deseos de gritar o echarse a llorar. Uno acababa acostumbrándose a todo.

—Oí por casualidad aquella conversación de Liandrin con Temaile —

Librodot

empezó Amico la misma historia que les había contado infinidad de veces. Los primeros días de su cautividad intentó mejorarla, pero cuanto más complicada la hacía más se enredaba en sus propias mentiras. Ahora casi siempre la contaba igual, palabra por palabra—. Si hubieseis visto el semblante de Liandrin cuando me descubrió... Me habría matado allí mismo si hubiera creído que había oído algo. Y a Temaile le gusta hacer daño a la gente. Disfruta con ello. Pero sólo las había oído un poco cuando me vieron. Liandrin dijo que había algo en Tanchico, algo peligroso para... para él. —Se refería a Rand. Era incapaz de pronunciar su nombre, y la mención del Dragón Renacido era suficiente para que estallara en llanto—. Liandrin dijo que también era peligroso para cualquiera que lo utilizara. Casi tanto como para... él. Por eso no había ido ya por ello. Dijo: «Cuando lo encontremos, su corrompida habilidad lo someterá a nosotras». —Tenía el rostro sudoroso, pero tiritaba violentamente.

No había cambiado ni una palabra. Egwene abrió la boca para decir algo, pero Nynaeve se adelantó.

—Ya estoy harta de oír lo mismo. Veamos si la otra tiene algo nuevo que contar.

Egwene la miró duramente, y Nynaeve le devolvió la mirada con igual intensidad; ninguna pestañeó.

«A veces actúa como si todavía fuera la Zahorí y yo la chica de pueblo a la que enseña las propiedades de las hierbas», pensó Egwene, sombría. «Debería darse cuenta de que las cosas han cambiado.» Nynaeve era muy fuerte en el Poder, más que ella, pero sólo cuando se las componía para encauzar; y, si no estaba furiosa, no lo conseguía.

Por lo general, Elayne se ocupaba de calmar los ánimos cuando se llegaba a este punto, y lo hacía con más frecuencia de lo que sería aconsejable. Para cuando la propia Egwene pensó en suavizar la tensión, la cosa había llegado demasiado lejos, e intentar una aproximación conciliadora en ese momento sería ceder. Así lo entendería Nynaeve, estaba segura. No recordaba que la antigua Zahorí hubiera cedido jamás, así que ¿por qué iba a hacerlo ella? Esta vez Elayne no estaba presente; Moraine había indicado con una palabra y un gesto a la heredera del trono que siguiera a las Doncellas que habían venido en su busca. Sin ella, la tensión se prolongó, mientras ambas Aceptadas esperaban a que la otra parpadeara. Aviendha contenía la respiración; ponía un especial empeño en no inmiscuirse en sus enfrentamientos. Sin duda consideraba que lo prudente era mantenerse aparte.

Cosa curiosa, fue Amico quien acabó con la situación de punto muerto esta vez, aunque su intención realmente era demostrar su voluntad de cooperar. Se volvió de cara a la pared del fondo, esperando pacientemente que la ataran.

Lo absurdo de la situación fue un impacto para Egwene. Era la única mujer en la habitación capaz de encauzar —a no ser que Nynaeve se encolerizara o que el escudo de Joiya fallara— y tanteó el tejido de Energía de nuevo, sin pensar; se dio el gusto de enzarzarse en una contienda de miradas mientras Amico esperaba que la atara. En otro momento se habría reído de su reacción. En lugar de ello, se abrió por completo al *Saidar,* el brillante calor que nunca se veía, que siempre se notaba y que en todo momento parecía atisbarse por el rabillo del ojo. El Poder Único entró a raudales en ella, como algo gozosamente vivo y redoblado, y Egwene tejió los

Librodot

hilos alrededor de Amico.

Nynaeve se limitó a gruñir; no parecía estar tan furiosa como para percibir lo que Egwene estaba haciendo —no podía si no perdía los estribos—, pero sí vio que Amico se ponía tensa cuando la tocaron los hilos de Aire, y después se quedó fláccida, medio sujeta por la energía, como queriendo demostrar que no oponía la menor resistencia.

Aviendha se estremeció como tenía por costumbre hacer cada vez que sabía que estaban encauzando el Poder cerca de ella.

Egwene tejió obstrucciones para los oídos de Amico —interrogarlas por separado no serviría de nada si escuchaban lo que decía la otra— y se volvió hacia Joiya. Se cambió el abanico de mano para secarse el sudor de las palmas en el vestido; se paró de golpe, con un gesto de asco. El sudor no tenía nada que ver con la temperatura que hacía en la habitación.

—Su rostro —dijo de repente Aviendha. Era sorprendente que hablara, ya que no lo hacía a menos que Moraine o alguna de las otras se dirigieran a ella—. El rostro de Amico. No tiene el mismo aspecto; antes el tiempo no parecía dejar huella en él, y ahora sí. ¿Es porque se la ha... neutralizado? — Acabó la frase muy deprisa y en un tono casi susurrante. Se le habían pegado ciertas costumbres al estar tanto tiempo junto a ellas. Ninguna mujer de la Torre podía hablar de la neutralización sin sufrir un escalofrío.

Egwene fue hacia el extremo de la mesa, desde donde podía ver el rostro de Amico de perfil y al mismo tiempo seguir fuera del campo visual de Joiya. Los ojos de esa mujer hacían que el estómago se le hiciera un nudo.

Aviendha tenía razón; ésa era la diferencia que había notado y no había sabido concretar. Amico parecía joven, quizá más de lo que correspondía a su edad, pero no daba esa sensación de intemporalidad de las Aes Sedai que habían trabajado durante años con el Poder Único.

—Tienes muy buena vista, Aviendha, pero ignoro si esto tiene algo que ver con la neutralización. Sin embargo, supongo que así debe de ser. No sé qué otra cosa podría causarlo.

Se dio cuenta de que no estaba hablando como una Aes Sedai, que por lo general hablaban como si lo supieran todo; cuando una Aes Sedai admitía que no sabía algo, casi siempre se las componía para dar la impresión de que esa ignorancia ocultaba conocimientos sin cuento. Mientras se estrujaba el cerebro buscando algo apropiadamente portentoso, Nynaeve acudió a su rescate.

—Son relativamente pocas las Aes Sedai que se han consumido, Aviendha, y aún menos las que han sido neutralizadas.

«Consumirse» se decía cuando ocurría por accidente; oficialmente, la neutralización era resultado de un juicio y su sentencia. Para Egwene no tenía sentido tal diferenciación; era como tener dos términos para describir una caída por la escalera dependiendo de si se había tropezado o se había recibido un empujón. En realidad, la mayoría de las Aes Sedai parecían considerarlo lo mismo, salvo cuando impartían clases a las novicias o las Aceptadas. De hecho, eran tres las palabras. A los hombres se los «amansaba», y había que hacerlo antes de que se volvieran locos. Sólo que ahora estaba Rand, y la Torre no osaba amansarlo.

Nynaeve había adoptado un tono algo pedante y erudito, sin duda con la intención de parecer una Aes Sedai. Estaba imitando a Sheriam en clase, comprendió Egwene, con las manos enlazadas a la altura de la cintura y sonriendo levemente como si todo fuera tan sencillo cuando se aplicaba a

Librodot

uno mismo.

—Neutralizar no es una materia que cualquiera elegiría estudiar, ¿comprendes? —continuó Nynaeve—. Por lo general se acepta como algo irreversible. Lo que capacita a una mujer para encauzar no puede recuperarse una vez que se ha quitado, del mismo modo que una mano que ha sido cortada no puede reaparecer mediante la Curación. —Al menos, nadie había podido curar la neutralización, aunque se habían hecho intentos. Lo que decía Nynaeve era verdad en su conjunto, aunque algunas hermanas del Ajah Marrón estudiarían cualquier cosa si tuvieran la oportunidad de hacerlo, y algunas hermanas Amarillas intentarían aprender a curar lo que fuera. Pero ni siquiera se había dado un atisbo de éxito en la curación de una mujer que hubiera sido neutralizada—. Aparte de esa dura circunstancia demostrada, se sabe muy poco. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez viven más de unos pocos años. Dan la impresión de haber perdido el deseo de vivir, se dan por vencidas. Como ya he dicho, es un tema desagradable.

—Sólo pensé que podía deberse a eso —musitó Aviendha, que rebulló intranquila.

Egwene era de su misma opinión. Decidió preguntarle a Moraine. Si es que la veía alguna vez sin que Aviendha estuviera también presente. Se le ocurrió que su engaño era un estorbo para ellas tanto como una ayuda.

—Veamos si Joiya también sigue contando lo mismo. —Sin embargo, tenía que estar bien segura antes de retirar los hilos de Aire tejidos alrededor de la Amiga Siniestra.

Joiya debía de estar entumecida por llevar tanto tiempo inmóvil, pero se volvió suavemente hacia ellas. El sudor que le perlaba la frente no mermaba su dignidad y aplomo, del mismo modo que el burdo vestido tampoco atenuaba la impresión de que estaba allí por decisión propia. Era una mujer hermosa con un aire maternal en el semblante a despecho de su tersura intemporal, algo confortante. Pero los oscuros ojos de aquel rostro hacían que la mirada de un halcón pareciera afable. Les sonrió, sin que el gesto llegara a sus ojos.

—Que la Luz os ilumine. Que la mano del Creador os cobije.

—Te prohíbo que digas eso. —La voz de Nynaeve sonaba tranquila, pero se echó la coleta por encima del hombro y aferró la punta con el puño apretado como solía hacer cuando estaba enfadada o intranquila. Egwene no creía que fuera esto último; no daba la impresión de que Joiya le pusiera la piel de gallina a Nynaeve como le ocurría a ella.

—Estoy arrepentida de mis pecados —repuso Joiya con dulzura—. El Dragón ha renacido, y sostiene en sus manos a *Callandor.* La Profecía se ha cumplido y el Oscuro tiene que fracasar. Ahora lo comprendo. Mi arrepentimiento es sincero. Nadie puede caminar bajo la Sombra tanto tiempo que no pueda volver a la Luz.

El semblante de Nynaeve se había ido ensombreciendo a medida que la mujer hablaba. Egwene tenía el convencimiento de que estaba tan furiosa que ahora podría encauzar, pero si lo hacía seguramente estrangularía a Joiya. Tampoco Egwene daba crédito al supuesto arrepentimiento de la mujer, por supuesto, pero su información sí podía ser cierta. Joiya era muy capaz de tomar fríamente una decisión y cambiar al que pensaba que sería el bando vencedor. O tal vez sólo estaba ganando tiempo, mintiendo con la esperanza de que llegara el rescate.

Librodot

Mentir no era posible para una Aes Sedai, incluso para una que había perdido todo derecho a llamarse así. El primero de los Tres Juramentos, pronunciados con la Vara Juratoria en la mano, se ocupaba de eso. Pero, fueran cuales fueran los juramentos prestados al Oscuro al unirse al Ajah Negro, parecían romper los Tres Juramentos por completo.

Bien. La Amyrlin las había enviado para dar caza al Ajah Negro, a Liandrin y las otras doce que habían asesinado y huido de la Torre. Y lo único que tenían para seguir adelante ahora era lo que estas dos pudieran, o quisieran, revelarles.

—Cuéntanos otra vez tu historia —ordenó Egwene—. Pero en esta ocasión utiliza palabras distintas. Estoy cansada de escuchar relatos aprendidos de memoria. —Si mentía, había más posibilidades de que cometiera un desliz si lo contaba de otra manera—. Estamos esperando. —Esto último lo dijo en beneficio de Nynaeve, que soltó un resoplido y después asintió con brusquedad.

—Como deseéis. —Joiya se encogió de hombros—. Veamos. Palabras distintas. El falso Dragón, Mazrim Taim, que fue capturado en Saldaea, es capaz de encauzar con una fuerza increíble. Quizá tanta como Rand al'Thor o casi, si se da crédito a las informaciones recibidas. Liandrin tiene intención de liberarlo antes de que se lo lleven a Tar Valon para ser amansado. Será proclamado el Dragón Renacido, dándole el nombre de Rand al'Thor, y después llevará a cabo una destrucción a tal escala como el mundo no ha conocido desde la Guerra de los Cien Años.

—Eso es imposible —la interrumpió Nynaeve—. El Entramado no admitirá un falso Dragón, ahora que Rand se ha proclamado a sí mismo.

Egwene suspiró. Ya habían pasado por lo mismo antes, pero Nynaeve rebatía siempre este punto. No estaba segura de que la antigua Zahorí creyera que Rand era el Dragón Renacido, dijera lo que dijera y a pesar de la Profecía y de *Callandor* y de la caída de la Ciudadela. Nynaeve tenía unos cuantos años más que Rand, los bastantes para haber cuidado de él cuando era un niño, igual que había hecho con Egwene. Era un joven de Campo de Emond, y Nynaeve seguía considerando su principal obligación el proteger a la gente de su pueblo.

—¿Es eso lo que os ha dicho Moraine? —preguntó Joiya con cierto desdén—. Moraine ha pasado poco tiempo en la Torre desde que alcanzó el grado de Aes Sedai, y tampoco ha compartido mucho más con sus hermanas. Supongo que conoce bien el funcionamiento de la vida en los pueblos y puede que incluso sepa algo de la política entre naciones, pero habla con demasiada certidumbre de asuntos que conoce sólo a través de estudios y de conversaciones con quienes son expertos en la materia. Aun así, puede que tenga razón y a Mazrim Taim le resulte imposible autoproclamarse. No obstante, si otros lo hacen por él, ¿qué diferencia hay?

Egwene deseó que Moraine hubiera regresado. Joiya no hablaría con tanta seguridad en su presencia; el hecho de que supiera que Nynaeve y ella sólo eran Aceptadas la hacía crecerse.

—Continúa —instó Egwene en un tono casi tan cortante como el de su compañera—. Y recuerda: con otros términos.

—Desde luego. —Por su actitud, se diría que Joiya respondía a una cortés invitación, pero sus ojos relucían como cuentas negras de vidrio—. Las consecuencias son obvias. Rand al'Thor será culpado de los desmanes de... Rand al'Thor. Ni siquiera la prueba de que son dos hombres diferentes

Librodot

será tomada en consideración porque ¿quién sabe las artimañas que el Dragón Renacido tiene a su alcance? Hasta podría encontrarse en dos sitios a la vez. Incluso el tipo de hombre que siempre se ha unido a las tropas de un falso Dragón dudará ante la matanza indiscriminada y cosas peores que presenciará. Aquellos que no se acobarden por semejante carnicería buscarán al tal Rand al'Thor que se refocila en un baño de sangre. Las naciones se unirán como lo hicieron en la Guerra de Aiel... —Dispensó una sonrisa de disculpa a Aviendha que resultaba incongruente en contraste con aquellos ojos implacables—, aunque sin duda no tardarán tanto en esta ocasión. Ni siquiera el Dragón Renacido puede resistir algo así y cederá antes o después. Antes de que se inicie la Última Batalla habrá sido aplastado por los mismos a los que intentaba salvar. El Oscuro quedará libre, llegará el día de Tarmon Gai'don, y la Sombra cubrirá el mundo y reconstruirá el Entramado para siempre. Ése es el plan de Liandrin. —En su voz no había indicio alguno de satisfacción, pero tampoco de horror.

Era una historia verosímil, más que la de Amico, que se basaba en unas pocas frases oídas por casualidad, pero Egwene la creía a ella, no a Joiya. Tal vez porque no quería creerla. Era más fácil enfrentarse a una amenaza vaga en Tanchico que a este plan con impostor y calculado al detalle para volver a todos contra Rand. «No, Joiya miente. Estoy segura», pensó. Sin embargo, no podían permitirse el lujo de pasar por alto ninguna de las dos historias. Y tampoco involucrarse en ambas y confiar en tener éxito.

La puerta se abrió bruscamente y Moraine entró en la estancia seguida por Elayne. La heredera del trono tenía el ceño fruncido y miraba el suelo, absorta en sus pensamientos, pero Moraine... Por una vez, la serenidad de la Aes Sedai se había desvanecido; la ira afloraba a su semblante sin restricciones.

Librodot

CAPÍTULO 6

El umbral

—¡Rand al'Thor es... es... —masculló Moraine en un susurro tenso—, un necio voluntarioso más terco que una mula!

Elayne levantó la cabeza, iracunda. Su nodriza, Lini, solía decir que antes se hilaría seda de las cerdas de los puercos que conseguir que un hombre dejara de actuar como tal. Pero eso no disculpaba a Rand.

—En Dos Ríos los criamos así. —De repente, Nynaeve era todo sonrisas contenidas a medias y satisfacción. Rara vez disimulaba su desagrado por la Aes Sedai ni la mitad de bien de lo que ella pensaba—. Las mujeres de Dos Ríos nunca tenemos problemas con ellos. —A juzgar por la mirada sorprendida que le lanzó Egwene, tal afirmación era una mentira lo bastante grande para lavarle la boca con jabón.

Moraine arqueó las cejas en un gesto que apuntaba su intención de replicarle duramente. Elayne rebulló intranquila, pero no se le ocurrió nada que decir para cortar el enfrentamiento. Rand no se le iba de la cabeza. ¡No tenía derecho! Mas, ¿qué derecho tenía ella?

—¿Qué ha hecho ahora, Moraine? —preguntó Egwene.

Los ojos de la Aes Sedai se volvieron hacia la muchacha; la mirada era tan dura que Egwene dio un respingo, abrió el abanico de golpe y lo agitó con nerviosismo dándose aire en la cara. Empero, la mirada de Moraine se quedó clavada en Joiya y en Amico; la primera la observaba cautelosamente, y la segunda, aislada y atada, estaba ajena a todo salvo la pared del fondo.

Elayne se llevó un pequeño sobresalto al reparar en que Joiya no estaba atada, e hizo una rápida revisión del escudo que obstaculizaba el contacto con la Fuente Verdadera. Confiaba en que las demás no hubieran advertido su respingo; Joiya despertaba en ella un miedo cerval, pero Egwene y Nynaeve le tenían tan poco temor como Moraine. A veces resultaba muy difícil ser tan valerosa como tendría que ser una heredera del trono de Andor; con frecuencia deseaba componérselas tan bien como sus dos compañeras.

—Vi que la guardia seguía en el pasillo —murmuró la Aes Sedai como hablando consigo misma—, y ni siquiera se me pasó por la cabeza. —Se alisó los pliegues del vestido y recobró la compostura merced a un gran esfuerzo de voluntad. Elayne no había visto nunca a Moraine tan fuera de sí como aquella noche. Claro que la Aes Sedai tenía motivos de sobra. «Los mismos que yo. ¿O tengo más?» Se sorprendió al darse cuenta de que evitaba mirar a Egwene.

De haber sido Egwene o Nynaeve o Elayne quienes estuvieran alteradas, Joiya habría dicho algo sutil y con doble sentido, calculado para irritarlas un poco más. O, al menos, si hubieran estado solas. Pero, encontrándose presente Moraine, se limitó a observar en silencio, desasosegada.

Recobrada ya la calma, Moraine se encaminó al extremo de la mesa. Joiya era la más alta de las dos, unos treinta centímetros; pero, aun en el caso de que hubiera estado vestida con sedas, no habría cabido duda de cuál de ellas era la que dominaba la situación. Joiya no se amilanó exactamente, pero sus manos aferraron, crispadas, la falda del sayón un instante antes de que consiguiera controlarlas.

—He arreglado las cosas para enviaros dentro de cuatro días río arriba, a Tar Valon y a la Torre —anunció Moraine, sosegada—. Allí no os darán un trato tan benévolo como nosotras. Si hasta entonces no habéis dilucidado la verdad, hacedlo antes de llegar al Puerto del Sur o tened por seguro que acabaréis en la horca del Patio de los Traidores. No volveré a hablar con vos a menos que mandéis aviso de que tenéis algo que decir. Y no quiero saber nada de vos, ni una palabra, a menos que sea algo nuevo. Creedme, os ahorrará sufrimientos en Tar Valon. Aviendha, ¿querrás decir al capitán que traiga a dos de sus hombres?

Elayne parpadeó cuando la Aiel se incorporó y desapareció por la puerta; a veces Aviendha se quedaba tan quieta y callada que uno olvidaba que estaba allí.

Dio la impresión de que Joiya se disponía a decir algo, pero Moraine la miró de hito en hito y, finalmente, la Amiga Siniestra volvió los ojos a otro lado; relucían como los de un cuervo, rebosantes de negra ansia asesina, pero la mujer contuvo la lengua.

Elayne percibió el resplandor dorado que envolvía a Moraine de forma repentina; era el halo de una mujer abrazando el *Saidar.* Sólo otra mujer entrenada para encauzar podía percibirlo. Era más fuerte que Moraine, al menos potencialmente. En la Torre, las mujeres encargadas de su enseñanza casi no habían dado crédito a su potencial, así como al de Nynaeve y al de Egwene. La más fuerte de las tres era Nynaeve; cuando fuera capaz de encauzar a voluntad, se entendía. Sin embargo, Moraine poseía la experiencia. Lo que ellas todavía estaban aprendiendo a hacer, Moraine podía llevarlo a cabo medio dormida. A pesar de ello, había ciertas cosas que las tres jóvenes eran capaces de hacer que estaban fuera del alcance de Moraine. Significaba una pequeña satisfacción a la vista de la facilidad con que la Aes Sedai acobardaba a Joiya.

Liberada, y por tanto recuperada su capacidad auditiva, Amico se volvió y advirtió la presencia de Moraine por primera vez. Soltó un chillido de sobresalto y a continuación hizo una reverencia tan pronunciada como la de cualquier novicia reciente. Joiya tenía fija la mirada en la puerta, evitando los ojos de cualquiera. Nynaeve, cruzada de brazos y con los nudillos blancos de apretar tanto la punta de la trenza, asestaba a Moraine una mirada tan funesta como la de Joiya. Egwene jugueteó con los pliegues de la falda y observó, ceñuda, a la Amiga Siniestra. Por su parte, Elayne frunció el entrecejo, deseando ser tan valiente como Egwene, y deseando también no tener la sensación de que estaba traicionando a su amiga. En ese momento entró el capitán, seguido de cerca por dos Defensores vestidos de negro y oro. Aviendha no venía con ellos; por lo visto había aprovechado la oportunidad para dar esquinazo a las Aes Sedai.

El canoso oficial, con el distintivo de dos cortas plumas blancas en el yelmo, hurtó los ojos cuando se encontraron con los de Joiya, a pesar de que la mujer ni siquiera parecía verlo. La mirada del capitán fue de una mujer a otra, con incertidumbre. El ambiente de la habitación era tenso, y cualquier

Librodot

hombre listo evitaría verse envuelto en un problema entre esta clase de mujeres. Los dos soldados sujetaban las largas picas al costado casi como si temieran que tendrían que usarlas para defenderse. Puede que realmente lo pensaran.

—Llevaos a las dos prisioneras a las celdas —ordenó Moraine al oficial secamente—. Repetid vuestras instrucciones. No quiero errores.

—Sí, Ae… —El temor constriñó la garganta del capitán. Tragó saliva y entonces pudo respirar—. Sí, mi señora —dijo, observándola ansiosamente para ver si ese tratamiento era el adecuado. Puesto que la mujer siguió callada, esperando a que continuara, soltó un sonoro suspiro de alivio—. Las prisioneras no hablarán con nadie salvo conmigo, ni siquiera entre ellas. Habrá veinte hombres en la sala de guardia y otros dos en la puerta de cada celda en todo momento, que serán cuatro si la puerta de una de las celdas tiene que abrirse por alguna razón. Yo personalmente vigilaré la preparación de su comida y se la llevaré. Todo como habéis ordenado, mi señora. —En su voz se advertía un leve timbre intrigado. Por la Ciudadela corrían cientos de rumores respecto a las prisioneras y el motivo de que las dos mujeres hubieran de estar tan fuertemente vigiladas. Y se contaban en voz baja historias sobre las Aes Sedai, cada cual más tenebrosa que la anterior.

—Muy bien —dijo Moraine—. Lleváoslas.

No se sabía quiénes estaban más ansiosos por salir de la sala, si las prisioneras o los guardias. Hasta Joiya caminó deprisa, como si no soportara seguir callada un momento más ante Moraine.

Elayne estaba convencida de que había mantenido el gesto impasible desde que había entrado en la estancia, pero Egwene se acercó a ella y le echó el brazo por los hombros.

—¿Qué ocurre, Elayne? Parece que estás a punto de llorar.

La preocupación que revelaba su voz hizo que Elayne sintiera unas ganas horribles de dar rienda suelta a las lágrimas. «¡Luz! No seré tan necia. ¡De eso nada!» «Una mujer llorosa es un balde sin fondo», era otro de los numerosos refranes de Lini.

—¡Tres veces! —espetó Nynaeve a Moraine—. ¡Sólo tres veces habéis consentido en ayudarnos con el interrogatorio, y esta última os habéis marchado antes de empezar! ¿Y ahora venís y anunciáis tranquilamente que las enviáis a Tar Valon? ¡Si no estáis dispuesta a ayudarnos, al menos no interfiráis!

—No abuséis demasiado de la autoridad conferida por la Amyrlin —replicó la Aes Sedai fríamente—. Os habrá encomendado la persecución de Liandrin, pero seguís siendo una Aceptada, nada más, y lamentablemente ignorante, por mucha carta de autorización que llevéis. ¿O acaso pensabais prolongar los interrogatorios indefinidamente sin acabar de tomar una decisión? Las gentes de Dos Ríos parecéis muy propensas a eludir decisiones que han de tomarse. —Nynaeve, con los ojos desorbitados, abría y cerraba la boca como preguntándose a qué acusación responder primero, pero Moraine se volvió hacia Egwene y Elayne—. Tranquilízate, Elayne. No sé cómo piensas llevar a cabo las órdenes de la Amyrlin si piensas que todos los países tienen las mismas costumbres que en tu tierra natal. Y no entiendo por qué estas tan disgustada. No permitas que tus sentimientos hieran a otros.

—¿A qué os referís? —preguntó Egwene—. ¿De qué costumbres habláis?

—Berelain estaba en los aposentos de Rand —dijo Elayne con un hilo de voz, sin poder contenerse. Sus ojos lanzaron una fugaz ojeada a Egwene, con expresión culpable. Esperaba no haber dejado entrever sus sentimientos.

Moraine le asestó una mirada de reproche y suspiró.

—Te habría ahorrado esto si hubiera podido, Egwene. Si Elayne no hubiera dejado que su repulsión contra Berelain le obnubilara la razón. Las costumbres de Mayene tampoco son como las de tu tierra. Egwene, sé lo que sientes por Rand, pero a estas alturas tienes que haberte dado cuenta que vuestra relación no devendrá en nada. Él pertenece al Entramado, y a la historia.

En apariencia sin hacer caso de la Aes Sedai, Egwene miró a Elayne a los ojos. La heredera del trono de Andor quería eludir los suyos, pero le era imposible. De repente, Egwene se le acercó, se tapó la boca con la mano y le susurró al oído:

—Lo quiero como a un hermano. Y a ti como a una hermana. Te deseo lo mejor con él.

Los ojos de Elayne se abrieron de par en par, y una sonrisa iluminó su semblante. Respondió al abrazo de Egwene estrechándola con todas sus fuerzas.

—Gracias —musitó quedamente—. También yo te quiero, hermana. Oh, gracias.

—Lo interpretó erróneamente —comentó Egwene más para sí misma que para el resto; su sonrisa era radiante—. ¿Alguna vez os habéis enamorado, Moraine?

Qué pregunta tan chocante. Elayne era incapaz de imaginar a la Aes Sedai enamorada. Moraine era del Ajah Azul, y se decía que las hermanas Azules volcaban toda su pasión en las causas.

Pero la esbelta mujer no estaba en absoluto desconcertada. Durante unos instantes interminables observó impasible a las dos muchachas, la una rodeando con el brazo a la otra.

—Apostaría a que conozco el rostro del hombre con el que me casaré mejor que cualquiera de vosotras conoce el de su futuro esposo —dijo finalmente.

Egwene dio un respingo de sorpresa.

—¿Quién? —preguntó Elayne, boquiabierta.

La Aes Sedai parecía pesarosa de haber hablado.

—Quizá sólo me refería a una ignorancia compartida. No saquéis demasiadas conclusiones de unas cuantas palabras. —Miró a Nynaeve, pensativa—. Si en alguna ocasión elijo a un hombre, y sólo he dicho si elijo, no será Lan. Eso sí puedo asegurarlo.

Esto último era un claro soborno para aplacar a Nynaeve, pero no pareció que a la antigua Zahorí le gustara oírlo. Nynaeve tenía lo que Lini habría llamado «un pedazo de tierra duro para cavar» por amar no sólo a un Guardián, sino a un hombre que intentaba negar que la correspondía. Era un completo necio, con sus argumentos sobre la guerra contra la Sombra en la que tenía que combatir y que jamás podría ganar, y que rehusaba condenar a Nynaeve a vestir el traje de viuda en la fiesta de los esponsales. Cosas tontas como ésas. Elayne no entendía cómo lo aguantaba Nynaeve, que no era de las que tenían mucha paciencia.

—Si habéis terminado la cháchara sobre hombres —dijo Nynaeve con acritud, como para demostrar que esto último era verdad—, ¿nos ocupamos

Librodot

de nuevo de cosas importantes? —Apretó los dedos sobre la punta de la trenza, y fue cobrando impulso y fuerza a medida que hablaba, como la rueda de un molino de agua con los engranajes destrabados—. ¿Cómo vamos a decidir cuál de ellas miente si las enviáis a Tar Valon? ¿O si mienten las dos? ¿O no miente ninguna? Si albergamos dudas y nos cuesta tomar una resolución no es por mi gusto, Moraine, penséis lo que penséis, pero me he metido en demasiadas trampas para que me apetezca caer en otra. Y tampoco quiero ir corriendo tras un fuego fatuo. Fue a mí... a nosotras, a las que la Amyrlin envió tras Liandrin y sus arpías. Puesto que vos no parecéis considerarlas lo bastante importantes para dedicar unos minutos a ayudarnos a interrogarlas, lo menos que podéis hacer es no ponernos zancadillas.

Parecía a punto de arrancarse la trenza de cuajo y estrangular con ella a la Aes Sedai; por su parte, Moraine hacía gala de una calma peligrosamente fría que sugería la posibilidad de que estuviera presta a enseñarle de nuevo la lección de contener la lengua como había hecho con Joiya. Elayne decidió que había llegado el momento de intervenir. Ignoraba cómo había acabado convirtiéndose en la mediadora de estas mujeres —a veces le entraban ganas de cogerlas a todas por el cuello y sacudirlas— pero su madre decía siempre que en un estado de ira jamás se tomaba una buena decisión.

—Deberías añadir a la lista de lo que quieres saber por qué se nos hizo ir a los aposentos de Rand, ya que fue allí donde nos llevó Careen. Afortunadamente ya está bien. Moraine lo curó. —No pudo evitar un escalofrío al evocar la fugaz ojeada que había echado al dormitorio, pero su táctica de diversión funcionó a las mil maravillas.

—¿Que ya está bien? —Nynaeve dio un respingo—. ¿Qué le pasó?

—Estuvo a punto de morir —respondió la Aes Sedai con tanta calma como si hubiera dicho que Rand tenía un resfriado.

Elayne notó que Egwene temblaba al escuchar el desapasionado informe de Moraine, pero quizá los temblores eran en gran parte suyos. Burbujas malignas colándose entre el Entramado. Reflejos saltando de espejos. Rand al'Thor cubierto de sangre y heridas. Casi como si se le hubiera ocurrido en el último momento, la Aes Sedai añadió que estaba segura de que Perrin y Mat también habían tenido alguna experiencia parecida, aunque hubieran salido ilesos. Esta mujer debía de tener hielo en las venas en vez de sangre. «No, estaba demasiado furiosa por la tozudez de Rand. Y no hablaba con frialdad cuando se refirió al matrimonio por mucho que pretendiera lo contrario.» Empero, a juzgar por su actitud, ahora podría estar discutiendo si una pieza de seda era del color más apropiado para un vestido.

—¿Y esas... *cosas* continuarán? —inquirió Egwene cuando Moraine terminó—. ¿No podéis hacer nada para impedirlo? ¿O Rand?

La pequeña gema azul que colgaba sobre la frente de la Aes Sedai se meció cuando la mujer sacudió la cabeza.

—Él no podrá hacer nada hasta que aprenda a controlar sus habilidades. Puede que ni siquiera entonces. Ignoro incluso si será lo bastante fuerte para rechazar el miasma que lo afecte a él. Sin embargo, al menos estará mejor preparado para defenderse.

—¿No podéis hacer algo para ayudarlo? —demandó Nynaeve—. Sois la única de nosotras que se supone lo sabe todo o que pretende saberlo. ¿No

podéis enseñarle? Si no todo, por lo menos una parte. Y no citéis proverbios sobre pájaros enseñando a volar a peces.

—Tendríais que saber la respuesta a eso si hubierais aprovechado mejor vuestros estudios de lo que lo habéis hecho. Tendríais que saberlo. Queréis aprender a utilizar el Poder, pero no os interesa conocer el Poder. El *Saidin* no es el *Saidar.* Los flujos son distintos, la forma de tejer es diferente. El pájaro tiene más posibilidades.

Esta vez fue Egwene quien se encargó de aliviar la tensión.

—¿Y cuál ha sido la cabezonada de Rand esta vez? —Nynaeve abrió la boca para decir algo, pero Egwene se adelantó—: En ocasiones puede ser más terco que una mula.

Nynaeve cerró la boca con un chasquido; todas sabían cuán cierto era eso. Moraine las miró pensativa. En ciertos momentos Elayne no sabía a ciencia cierta hasta qué punto confiaba en ellas la Aes Sedai. O en cualquier otra persona.

—Tiene que moverse —dijo al cabo Moraine—. En lugar de ello, se queda aquí sentado, y los tearianos ya empiezan a perderle el miedo. Se queda sentado, y cuanto más tiempo pase sin hacer nada más audaces se volverán los Renegados, que interpretarán su pasividad como una señal de debilidad. El Entramado cambia y fluye; sólo los muertos están inmóviles. Tiene que actuar o, de lo contrario, morirá. Con la saeta de una ballesta clavada en la espalda, o con veneno en su comida, o porque los Renegados aúnen fuerzas para desgarrarle cuerpo y alma. Tiene que actuar o morirá.

Elayne se encogió con todas y cada una de las amenazas reseñadas por Moraine; y lo peor es que eran reales.

—Y vos sabéis lo que tiene que hacer, ¿verdad? —inquirió Nynaeve, tirante—. Tenéis planeada esa acción.

—Así es. ¿Acaso preferís que vuelva a marcharse solo y tengamos que seguirle la pista de nuevo? Esta vez podría morir, o algo peor, antes de que diera con él.

Eso era cierto. Rand apenas sabía lo que hacía. Y Elayne estaba segura de que Moraine no deseaba que perdiera la poca guía que todavía le daba. La poca que él permitía que le diera.

—¿Queréis compartir con nosotras ese plan que tenéis para él? —pidió Egwene. A la joven no le cabía duda de que en ese momento no estaba ayudando nada a suavizar la tensión del ambiente.

—Sí, hacedlo —abundó Elayne, que se sorprendió a sí misma por el tono empleado, fiel reflejo del timbre frío de su amiga. El enfrentamiento no era su estilo si podía evitarse; su madre decía siempre que era mejor guiar a la gente que intentar enderezarla a golpes.

Pero si la actitud de las dos jóvenes molestó a Moraine, ésta no lo acusó.

—Lo haré, siempre y cuando comprendáis que debéis mantenerlo en secreto. Un plan revelado está destinado a fracasar. Sí, veo que lo entendéis.

Elayne sí, desde luego; era un plan peligroso y Moraine no tenía la certeza de que funcionara.

—Sammael está en Illian —continuó la Aes Sedai—. Los tearianos están dispuestos siempre a entrar en guerra con los illianos, y viceversa. Llevan mil años matándose unos a otros, y hablan de ello como otros hombres lo hacen del próximo día festivo. Dudo que ni siquiera la presencia de Sammael cambie las cosas, sobre todo teniendo al Dragón Renacido para conducirlos

Librodot

a la batalla. Tear seguirá a Rand con entusiasmo en esa empresa, y si consigue derrotar a Sammael, él...

—¡Luz! —exclamó Nynaeve—. ¡No sólo queréis que inicie una guerra, queréis que luche con un Renegado! No me extraña que se muestre reticente. No es tan necio, aunque sea hombre.

—Al final tendrá que enfrentarse al Oscuro —apuntó Moraine con voz sosegada—. ¿Creéis de verdad que puede esquivar a los Renegados? En cuanto a la guerra, ya hay conflictos sin que intervenga él, y todos ellos inútiles.

—Cualquier guerra es inútil —empezó Elayne, entonces enmudeció al caer de repente en la cuenta. La tristeza y el pesar debían reflejarse en su semblante, pero también la comprensión. Su madre le había hablado a menudo sobre cómo dirigir una nación con tan buen tino como se la gobernaba, dos cosas muy distintas pero ambas necesarias. Y en ocasiones había que hacer cosas muy desagradables para llevar a cabo tanto lo uno como lo otro, aunque el precio por no hacerlas era aun peor.

Moraine le dirigió una mirada compasiva.

—No siempre resulta agradable, ¿verdad? Supongo que tu madre empezó a enseñarte, tan pronto como fuiste lo bastante mayor para comprender, lo que necesitabas saber para gobernar después de ella. —Moraine se había criado en el Palacio Real de Cairhien, no destinada a reinar pero emparentada con la familia regente, y sin duda había oído ese tipo de lecciones—. A veces se tiene la impresión de que sería mejor vivir en la ignorancia, ser una campesina que desconoce todo lo que está más allá de los límites de sus campos.

—¿Más acertijos? —intervino Nynaeve, despectiva—. La guerra solía ser algo de lo que oía hablar a los buhoneros, algo lejano que en realidad no comprendía. Ahora sé lo que es. Hombres que se matan entre sí. Hombres que se comportan como animales, perdida su condición humana. Pueblos quemados, granjas y campos arrasados. Hambre, enfermedad y muerte, tanto para los inocentes como para los culpables. ¿Qué hace que esta guerra vuestra sea mejor, Moraine? ¿Qué la hace ser más limpia?

—Elayne... —invitó quedamente la Aes Sedai.

La joven sacudió la cabeza —no quería ser la que lo explicara— pero dudaba que ni su propia madre, sentada en el Trono del León, hubiera guardado silencio teniendo los oscuros y apremiantes ojos de Moraine clavados en ella.

—La guerra tendrá lugar tanto si la inicia Rand como si no —dijo de mala gana. Egwene retrocedió un paso, mirándola con tanta incredulidad como la plasmada en el semblante de Nynaeve; tal expresión se borró en los rostros de las dos jóvenes cuando prosiguió—: Los Renegados no se quedarán ociosos, esperando. Sammael no puede ser el único de ellos que haya tomado las riendas de una nación en sus manos, aunque sea el único del que tenemos noticia. Al final vendrán por Rand, tal vez en persona, pero desde luego apoyados por todos los ejércitos que tengan a su mando. ¿Y las naciones libres de los Renegados? ¿Cuántas de ellas se pondrán bajo el estandarte del Dragón y lo seguirán al Tarmon Gai'don, y cuántas de ellas se convencerán de que la caída de la Ciudadela es mentira y que Rand no es más que otro falso Dragón al que hay que derrotar, un falso Dragón tal vez lo bastante poderoso para amenazarlas si no lo atacan antes? De un modo u otro, habrá guerra. —Calló de manera brusca. Había más, pero no podía, no

Librodot

quería hablarles de esa parte.

Moraine no era tan reticente.

—Muy bien —dijo, asintiendo—, pero incompleto. —La mirada que le dirigió a la joven dejaba bien claro que sabía que Elayne había callado lo que ella tenía en mente. Enlazó las manos sobre la cintura con sosiego, y se dirigió a Nynaeve y a Egwene—. No hay nada que haga a esta guerra mejor ni más limpia. Salvo que aglutinará a los tearianos con él, y los illianos acabarán siguiéndolo como ahora lo hacen los tearianos. ¿Cómo no lo van a hacer, una vez que el estandarte del Dragón ondee sobre Illian? Simplemente la noticia de su victoria podría decidir el resultado de las guerras en Tarabon y en Arad Doman a su favor; habrá guerras que *terminarán* por él.

»De un golpe, será tan fuerte en cuanto a hombres y espadas que sólo una coalición de todas las restantes naciones desde aquí a la Llaga podría derrotarlo, y al mismo tiempo demostrará a los Renegados que no es un pichón cebado al que echar la red. Tiene que hacer el primer movimiento, ser el martillo, no el clavo. —La Aes Sedai hizo una ligera mueca, y un atisbo de su anterior cólera estropeó la calma de la que hacía gala—. Tiene que moverse primero. ¿Y qué hace? Lee. Lee y se enreda en mayores conflictos.

Nynaeve estaba conmocionada, como si estuviera contemplando todas las batallas y las muertes anunciadas; los oscuros ojos de Egwene estaban desorbitados por el horror de la comprensión. Elayne se estremeció al mirarlas. Una de ellas había visto crecer a Rand; la otra había crecido a su lado. Y ahora lo veían a punto de iniciar guerras. No al Dragón Renacido, sino a Rand al'Thor.

La lucha interna de Egwene era patente, y se aferró a la parte más insignificante, lo más inconsecuente de lo dicho por Moraine.

—¿Por qué leer puede ocasionarle conflictos? —preguntó.

—Ha decidido averiguar por sí mismo lo que anuncian las Profecías del Dragón. —Moraine mantenía el gesto frío y tranquilo, pero de repente pareció tan cansada como se sentía la propia Elayne—. Estaban prohibidas en Tear, pero el bibliotecario mayor tenía nueve traducciones distintas guardadas bajo llave en un arcón. Ahora Rand las tiene todas. Hice referencia al verso que venía al caso en esta situación, y él lo citó, tomado de una antigua traducción del kandorés:

El poder de la Sombra dio forma a la carne humana,
despierta el desorden, los conflictos y la perdición.
El Renacido, marcado y sangrante,
blande la espada en sueños y brumas,
encadena al esbirro de la Sombra a su voluntad,
desde la ciudad, perdida y abandonada,
conduce las lanzas a la guerra una vez más,
rompe las lanzas y les abre los ojos,
la verdad largo tiempo oculta en el antiguo sueño.

—Es aplicable a esta situación como a cualquier otra. —La Aes Sedai hizo una mueca—. Illian en poder de Sammael es indudablemente una ciudad perdida. Dirigir las lanzas tearianas a la guerra, encadenar a Sammael, y habrá cumplido el verso. El antiguo sueño del Dragón Renacido. Pero él no lo verá. Tiene incluso una copia en la Antigua Lengua, como si entendiera más de dos palabras. Persigue sombras, y Sammael o Rahvin o Lanfear podrían cogerlo por el cuello antes de que me dé tiempo a

Librodot

convencerlo de su error.

—Está desesperado. —El tono afable de Nynaeve no iba dirigido a Moraine, de eso no le cabía duda a Elayne, sino a Rand—. Desesperado e intentando hallar su camino.

—También yo estoy desesperada —repuso firmemente la Aes Sedai—. He dedicado mi vida a encontrarlo, y no permitiré que fracase si puedo evitarlo. Estoy casi tan desesperada como para... —Calló de repente y frunció los labios—. Baste decir que para hacer lo que debo.

—Pero a mí no me basta —intervino Egwene, cortante—. ¿Qué haríais?

—Tienes otras cosas de las que preocuparte. El Ajah Negro...

—¡No! —La voz de Elayne sonó imperativa y tan cortante como la hoja de un cuchillo; sus manos crispadas apretaban con tanta fuerza la falda azul que los nudillos estaban blancos—. Guardáis muchos secretos, Moraine, pero éste debéis decírnoslo. ¿Qué pensáis hacerle? —Sintió el fugaz impulso de coger a la Aes Sedai y sacudirla hasta arrancarle la verdad si ello era necesario.

—¿Hacerle? Nada. Oh, está bien. No hay razón para que no lo sepáis. ¿Habéis visto lo que los tearianos llaman la Gran Reserva?

Cosa rara, tratándose de gente que temía tanto al Poder, los tearianos conservaban en la Ciudadela una colección de objetos conectados con el Poder a la que sólo superaba la de la Torre Blanca. Elayne era de la opinión de que la tenían por la única razón de haberse visto obligados a guardar *Callandor* durante tanto tiempo, lo quisieran o no. Hasta La Espada que no es una Espada podía parecer menos imponente si se encontraba entre muchos otros objetos de su misma condición. Pero los tearianos jamás tuvieron el coraje de exhibir sus trofeos. La Gran Reserva se guardaba en una serie de sucias habitaciones abarrotadas que estaban ubicadas a mayor profundidad que las mazmorras. Cuando Elayne las vio por primera vez, la herrumbre había sellado los cerrojos de aquellas puertas que aguantaban todavía a los estragos de la podredumbre.

—Pasamos un día entero allí abajo —dijo Nynaeve—, para comprobar si Liandrin y sus *amigas* habían cogido algo. No creo que lo hicieran. Todo estaba enterrado bajo una gruesa capa de polvo y moho. Harán falta diez barcos fluviales para transportarlo todo a la Torre. Tal vez allí sepan descubrir su utilidad, cosa imposible para mí. —Por lo visto, la tentación de pinchar a Moraine era demasiado grande para resistirse a ella, ya que añadió—: Sabríais todo esto si nos hubieseis dedicado un poco más de tiempo.

La Aes Sedai no se dio por aludida. Parecía estar sumida en hondas reflexiones, analizando sus propios pensamientos, y cuando habló lo hizo más para sí misma que para las otras.

—Hay un *ter'angreal* en particular en la Reserva, una especie de marco de puerta de piedra roja que da la sensación de estar torcido cuando se lo mira. Si no consigo que Rand tome alguna decisión, puede que tenga que cruzar a través de él. —La pequeña gema azul que reposaba sobre su frente titiló, emitiendo destellos. Por lo visto la Aes Sedai no estaba ansiosa por dar aquel paso.

La mención del *ter'angreal* hizo que Egwene se llevara instintivamente la mano al corpiño del vestido. Ella misma había cosido un pequeño bolsillo allí para guardar el anillo de piedra. Ese anillo era un *ter'angreal,* poderoso a su manera aunque pequeño, y Elayne era una de las tres únicas mujeres

que sabían que lo tenía. Moraine no se encontraba entre esas tres mujeres.

Los *ter'angreal* eran objetos extraños, reliquias de la Era de Leyenda, como los *angreal* y los *sa'angreal,* aunque más numerosos. Los *ter'angreal* utilizaban el Poder en lugar de magnificarlo, y aparentemente cada uno de ellos se había hecho para una única utilidad; pero, aunque se usaban algunos hoy en día, nadie tenía la certeza de si el uso que se les daba era el mismo para el que se los había creado. La Vara Juratoria, sobre la que una mujer pronunciaba los Tres Juramentos al alcanzar la categoría de Aes Sedai, era un *ter'angreal* que hacía de tales juramentos parte de su carne y su sangre. La última prueba que pasaba una novicia al ascender a la categoría de Aceptada se encontraba dentro de otro *ter'angreal* que desentrañaba sus más profundos temores y los hacía parecer realidad, o quizá la trasladaba a un lugar donde en verdad eran reales. Con los *ter'angreal* podían suceder cosas muy raras. Se habían dado casos de Aes Sedai que se habían consumido o habían muerto o simplemente habían desaparecido mientras los estudiaban. Y mientras los utilizaban.

—Vi ese umbral —dijo Elayne—. En la última habitación al final del pasillo. Mi lámpara se apagó, y me caí tres veces antes de llegar a la puerta. —Un ligero rubor le tiñó las mejillas—. Me dio miedo encauzar allí, ni siquiera para volver a encender la lámpara. La mayoría de los objetos parecían desechos, desde mi punto de vista, y creo que los tearianos se limitaron a recoger cualquier cosa que alguien apuntara que podría estar conectada con el Poder, pero pensé que si encauzaba podía canalizar accidentalmente la energía en algo que no fuera simple basura, y quién sabe lo que hubiera ocurrido.

—¿Y si al tropezar en la oscuridad hubieras caído a través del umbral torcido? —replicó secamente Moraine—. Ahí no es necesario encauzar, sólo cruzarlo.

—¿Con qué propósito? —quiso saber Nynaeve.

—Para obtener respuestas. Tres respuestas, todas verídicas, acerca del pasado, del presente y del futuro.

Lo primero que le vino a la cabeza a Elayne fue el cuento infantil *Bili debajo de la colina,* pero sólo por lo de las tres respuestas. De inmediato otra idea le vino a la mente, y no sólo a ella. Se adelantó por poco a Nynaeve y a Egwene, que ya abrían la boca para hablar.

—Moraine, eso resolvería nuestro problema. Podríamos preguntar si es Joiya o es Amico quien dice la verdad, y dónde están Liandrin y las otras. Y los nombres de las del Ajah Negro que todavía quedan en la Torre...

—Podemos preguntar qué es eso que significa un peligro para Rand — intervino Egwene.

—¿Por qué no nos lo dijisteis antes? —añadió Nynaeve—. ¿Por qué habéis dejado que siguiéramos escuchando las mismas historias día tras día cuando podríamos tenerlo resuelto a estas alturas?

La Aes Sedai se encogió y levantó las manos.

—Vosotras tres os lanzáis ciegamente hacia algo en lo que Lan y un centenar de Guardianes irían con pies de plomo. ¿Por qué creéis que no lo he cruzado ya? Hace días podría haber preguntado qué tenía que hacer Rand para sobrevivir y triunfar, cómo podía derrotar a los Renegados y al Oscuro, cómo podía aprender a controlar el Poder y mantener a raya la locura el tiempo suficiente para llevar a cabo lo que ha de hacer. —Esperó, con los brazos en jarras, a que las jóvenes comprendieran el significado de lo

que acababa de decir. Ninguna de ellas habló—. Existen reglas —prosiguió—, y peligros. Nadie puede cruzarlo más de una vez. Sólo una. Se pueden hacer tres preguntas, pero hay que hacerlas y oír las respuestas antes de poder marcharse. Las preguntas frívolas se castigan, al parecer, pero también parece ser que lo que es serio para una persona podría ser frívolo viniendo de otra. Y, lo más importante, las preguntas conectadas con la Sombra tienen terribles consecuencias.

»Si preguntas sobre el Ajah Negro, cabe la posibilidad de que regreses muerta o salgas farfullando como una demente, si es que sales. En cuanto a Rand... No estoy segura de que sea posible plantear una pregunta sobre el Dragón Renacido que no esté conectada con la Sombra de un modo u otro. ¿Os dais cuenta? A veces hay motivos para ser cautelosa.

—¿Cómo sabéis todo eso? —demandó Nynaeve, plantada delante de Moraine con los brazos en jarras—. Los Grandes Señores no habrán permitido nunca que las Aes Sedai estudien ninguna de las cosas que hay en la Reserva. A juzgar por la suciedad que los cubre, ninguno de esos objetos debe de haber visto la luz del día en un siglo.

—Yo diría que más —contestó Moraine sin alterarse—. Dejaron de hacer colección de objetos hace casi trescientos años. Adquirieron este *ter'angreal* justo antes de interrumpir por completo dicha actividad. Hasta entonces había sido propiedad de los Principales de Mayene, que utilizaban sus respuestas para evitar que Mayene cayera en poder de Tear. Y permitieron que las Aes Sedai lo estudiaran. En secreto, por supuesto; Mayene nunca osó enfrentarse de manera tan abierta a Tear.

—Si tan importante era para Mayene —planteó Nynaeve con desconfianza—, ¿por qué está aquí, en la Ciudadela?

—Porque los Principales han tomado decisiones tanto malas como buenas en su intento de mantener a Mayene independiente de Tear. Hace trescientos años, los Grandes Señores planeaban construir una flota a fin de seguir a los barcos mayenienses y encontrar los caladeros de los cardúmenes de peces clavo. Halvar, por aquel entonces Principal, subió el precio del aceite mayeniense para lámparas muy por encima del establecido para el aceite procedente de las aceitunas de Tear, y para convencer más si cabe a los Grandes Señores de que Mayene antepondría los intereses de Tear a los suyos, les entregó como presente el *ter'angreal.* Él ya lo había utilizado, de manera que no le servía para nada, y era casi tan joven como lo es ahora Berelain, con un largo reinado por delante, aparentemente, y muchos años de necesitar la buena voluntad teariana.

—Era un necio —masculló Elayne—. Mi madre jamás cometería semejante error.

—Tal vez no. Claro que Andor no es una nación pequeña acorralada por otra mucho más grande y poderosa. En cualquier caso, Halvar era un necio, como se demostró, ya que los Grandes Señores lo mandaron asesinar al año siguiente, pero su necedad me proporciona una oportunidad, si necesito recurrir a ella. Es peligrosa, pero siempre es mejor que nada.

Nynaeve murmuró entre dientes, quizá desilusionada porque la Aes Sedai no hubiera dado un paso en falso.

—Eso nos deja a nosotras como estábamos antes —suspiró Egwene—. Sin saber quién de ellas miente o si lo hacen las dos.

—Interrogadlas otra vez, si queréis —dijo Moraine—. Tenéis tiempo hasta que se las suba al barco, aunque dudo mucho que ninguna de ellas

cambie ahora su historia. Mi consejo es que os concentréis en Tanchico. Si Joiya dice la verdad, entonces harán falta Aes Sedai y Guardianes para custodiar a Mazrim Taim, no sólo vosotras tres. Envié una paloma con un mensaje para la Amyrlin nada más oír la versión de Joiya la primera vez que la contó. De hecho, envié tres palomas para asegurarme que una de ellas llega a la Torre.

—Muy amable de vuestra parte mantenernos informadas —murmuró fríamente Elayne. La Aes Sedai seguía haciendo las cosas a su modo, sin contar con nadie. El que ellas tres no fueran realmente Aes Sedai no era motivo suficiente para dejarlas al margen. La Amyrlin les había encomendado a ellas, no a Moraine, ir tras la pista del Ajah Negro.

Moraine hizo una leve inclinación, como si pensara que le daba las gracias de verdad.

—No hay de qué. Recordad que sois las rastreadoras que la Amyrlin ha enviado tras el Ajah Negro. —Su sonrisa apenas insinuada ante el gesto sorprendido de Elayne puso de manifiesto que sabía perfectamente lo que la joven estaba pensando—. La decisión de cuál ha de ser el siguiente paso os corresponde a vosotras. Y eso también me lo habéis hecho notar a mí —añadió, cortante—. Confío en que sea una decisión más fácil que la mía. Y asimismo confío en que durmáis bien en las pocas horas que quedan para que apunte el día. Buenas noches.

—Oh, esa mujer… —rezongó Elayne cuando se hubo cerrado la puerta tras la Aes Sedai—. A veces la estrangularía. —Se dejó caer pesadamente en una de las sillas colocadas a la mesa, con la mirada fija en las manos enlazadas sobre el regazo.

Nynaeve respondió con un gruñido, quizá corroborando sus palabras, y se dirigió a una mesa estrecha que estaba contra la pared y en la que había copas de plata, tarros con especias y dos jarros. Uno de ellos, lleno de vino, descansaba dentro de un brillante cuenco que contenía hielo ahora casi derretido y que se había traído desde la Columna Vertebral del Mundo metido en arcones, entre serrín. Hielo en verano para enfriar la bebida de un Gran Señor; algo así era casi inimaginable para Elayne.

—Un refresco antes de acostarnos nos vendrá bien —dijo Nynaeve mientras mezclaba vino, agua y especias.

Elayne levantó la cabeza cuando Egwene se sentó a su lado.

—¿Lo que dijiste sobre Rand era en serio, Egwene? —La otra joven asintió, y Elayne soltó un suspiro—. ¿Recuerdas las bromas de Min, respecto a tener que compartirlo? A veces me pregunto si no tendría una visión de la que no nos habló. Creía que se refería a que nosotras dos lo amábamos y que ella lo sabía. Pero tú tenías derecho a su amor, y yo no sabía qué hacer. Y sigo sin saberlo. Egwene, él te quiere a ti.

—Pues tendré que ser franca y dejarle las cosas claras —respondió firmemente la joven—. Cuando me case, lo haré porque quiero, no sólo porque un hombre crea que lo amo. Se lo diré con delicadeza, Elayne, pero cuando haya acabado de hablar, sabrá que es libre, lo quiera o no. Mi madre dice que los hombres son diferentes de nosotras. Dice que las mujeres queremos estar enamoradas, pero sólo del elegido, mientras que un hombre necesita estar enamorado, pero que amará a la primera mujer que le llegue al corazón.

—Todo eso está muy bien —adujo Elayne con voz tensa—, pero Berelain estuvo en su habitación.

Egwene resopló con desdén.

—Fueran cuales fueran sus intenciones, Berelain no estará interesada por un hombre el tiempo suficiente para conseguir que la ame. Hace dos días no le quitaba los ojos de encima a Rhuarc. Y, dentro de dos, estará sonriendo a algún otro. Es como Elsa Grinwell, ¿la recuerdas? Esa novicia que se pasaba todo el día en los patios de entrenamiento coqueteando con los Guardianes.

—Pues no creo que coquetear fuera lo único que hacía Berelain a esas horas en su dormitorio. ¡Llevaba aun menos ropa de lo que es habitual en ella, si tal cosa es posible!

—Entonces ¿vas a dejar que le eche el lazo?

—¡No! —Elayne lo dijo fieramente, y muy en serio, pero un instante después la desesperación se había adueñado de ella—. Oh, Egwene, no sé qué hacer. Lo amo. Quiero casarme con él. ¡Luz! ¿Qué dirá mi madre? Preferiría pasar toda una noche en la celda de Joiya que oír los sermones que me echará mi madre.

Los nobles andorianos, incluso los de la familia real, contraían matrimonio con plebeyos lo bastante a menudo para que apenas se levantaran comentarios —al menos en el propio Andor—, pero Rand no era exactamente lo que se consideraba un plebeyo. Morgase era muy capaz de mandar a Lini a buscar a su hija para que la llevara a casa de una oreja.

—Tu madre difícilmente puede decir nada al respecto si se da crédito a lo que cuenta Mat —la animó Egwene—. Aun cuando sólo sea cierto la mitad. El tal lord Gaebril por el que tu madre bebe los vientos no parece precisamente la mejor elección de una mujer que piensa con la cabeza.

—Estoy segura de que Mat exagera —repuso Elayne con remilgo. Su madre era demasiado sagaz para hacer el tonto por ningún hombre. Si lord Gaebril, del que nunca había oído hablar hasta que Mat lo nombró, si ese individuo pensaba que obtendría poder a través de Morgase, la reina lo sacaría de su error sin contemplaciones.

Nynaeve trajo a la mesa tres copas —por las que resbalaban gotitas de condensación— llenas de vino aromatizado con especias, y pequeños tapetes de paja tejida en colores verdes y dorados para poner las copas y que la humedad no estropeara el pulimento de la mesa.

—Bien —dijo al tiempo que cogía una silla—, así que has descubierto que estás enamorada de Rand, Elayne, y Egwene que no lo está.

Las dos jóvenes la miraron boquiabiertas, una morena y la otra rubia, pero casi una imagen duplicada de perplejidad.

—Tengo ojos en la cara —continuó Nynaeve con expresión complacida—. Y oídos, cuando no os molestáis en cuchichear. —Tomó un sorbo de su copa—. ¿Qué piensas hacer al respecto? Si esa Berelain le echa la zarpa, no será fácil que lo suelte. ¿Estás segura, Elayne, de que quieres meterte en esto? Sabes lo que es él. Sabes lo que le espera, incluso dejando las Profecías a un lado. La locura. La muerte. ¿Cuánto tiempo le queda? ¿Un año? ¿Dos? ¿O empezará antes de que acabe el verano? Es un hombre que puede encauzar. —Pronunció cada palabra con total crudeza—. Recuerda lo que te enseñaron. Recuerda lo que es.

Elayne levantó la cabeza en un gesto resuelto y sostuvo fijamente la mirada de Nynaeve.

—No me importa. Tal vez debería importarme, pero no es así. Quizá sea una estúpida, pero me da igual. No puedo cambiar mis sentimientos por

imposición, Nynaeve.

De improviso, la antigua Zahorí sonrió.

—Tenía que estar segura —dijo cariñosamente—. Tú tenías que estar segura. No es fácil amar a un hombre, pero amar a éste será aún más duro. —Su sonrisa se borró a medida que hablaba—. Todavía no has contestado a mi primera pregunta. ¿Qué piensas hacer? Puede que Berelain parezca frágil, y desde luego se las compone para que los hombres la vean así, pero ten por seguro que no lo es. Luchará por lo que quiere. Y es de las que agarran con fuerza hasta lo que no les interesa, especialmente sólo porque hay otra que quiere lo mismo.

—Me gustaría meterla dentro de un barril —dijo Egwene, que apretó su copa como si fuera el cuello de la Principal—, y mandarla en un barco de vuelta a Mayene. En lo más profundo de la bodega.

La trenza de Nynaeve se meció cuando la mujer sacudió la cabeza.

—Todo eso está muy bien, pero procura discurrir algo que sirva de ayuda. Si no se te ocurre nada, guarda silencio y deja que ella decida lo que tiene que hacer. —Como Egwene le clavó una mirada irritada, añadió—: Ahora es Elayne la que tiene que entendérselas con Rand, no tú. Te has echado a un lado, ¿recuerdas?

El comentario tendría que haber suscitado la sonrisa de Elayne, pero no ocurrió así.

—Se suponía que todo esto tenía que ser diferente. —Suspiró—. Creí que encontraría a un hombre, que aprendería a conocerlo con el transcurso de los meses o los años, y que poco a poco me daría cuenta de que lo amaba. Así es como siempre pensé que pasaría. Apenas conozco a Rand. No he hablado con él más de una docena de veces a lo largo de todo un año. Pero supe que lo amaba cinco minutos después de verlo. —Eso sí que era una tontería. Pero era verdad, y no le importaba que fuera una estupidez. Así se lo diría a su madre a la cara, y a Lini. Bueno, a Lini tal vez no. Lini tenía unos métodos muy drásticos para ocuparse de las tonterías, y creía que Elayne seguía teniendo diez años—. Sin embargo, tal y como están las cosas, ni siquiera tengo derecho a estar enfadada con él. O con Berelain. —Pero lo estaba. «¡Me gustaría darle de bofetadas hasta que los oídos le estuvieran pitando durante un año! ¡Me gustaría ir azotándola todo el camino hasta el barco que la llevara de vuelta a Mayene!» Sólo que no tenía derecho a hacerlo, y eso era lo peor. Estaba fuera de sí, y su tono sonó entre desesperado y suplicante—: ¿Qué puedo hacer? Nunca se ha fijado en mí.

—En Dos Ríos —dijo lentamente Egwene—, si una mujer quiere que un hombre sepa que le interesa, le pone flores en el cabello en Bel Tine o en el Día Solar. O le borda una camisa de fiesta en cualquier otra fecha. O pone empeño en pedirle que baile con ella, y no lo hace con nadie más. —Elayne la miraba con incredulidad, y se apresuró a añadir—: No estoy sugiriendo que le bordes una camisa, pero hay formas de darle a entender lo que sientes por él.

—Pues las mayenienses prefieren ir al grano. —La voz de Elayne sonaba quebrada—. Quizá sea el mejor sistema. Decírselo a las claras. Al menos sabría lo que siento. Al menos, tendría cierto derecho a…

Cogió la copa de vino aromatizado y se lo echó al coleto. ¿Ir al grano? ¿Como cualquier pelandusca mayeniense? Soltó la copa vacía sobre el pequeño tapete y respiró hondo.

—¿Qué dirá mi madre? —musitó.

Librodot

—Lo que importa es qué vas a hacer cuando tengamos que marcharnos de aquí —intervino Nynaeve, afectuosa—. Ya sea a Tanchico o a la Torre o a cualquier otra parte, tendremos que irnos. ¿Qué harás cuando acabas de decirle que lo amas y tienes que marcharte y dejarlo? ¿Y si te pide que te quedes con él? ¿Y si es eso lo que quieres?

—Me marcharé. —No hubo vacilación en la respuesta de Elayne, aunque sí un timbre de aspereza. Nynaeve no tendría que habérselo preguntado—. Si he de aceptar que es el Dragón Renacido, él tendrá que aceptar lo que soy yo, que tengo mis obligaciones. Deseo ser Aes Sedai, Nynaeve. No es una simple diversión para mí. Y tampoco lo es el trabajo que nosotras tres hemos de realizar. ¿De verdad pensaste que iba a abandonaros a Egwene y a ti?

Egwene se apresuró de asegurarle que tal idea no se le había pasado por la cabeza en ningún momento; y lo mismo hizo Nynaeve, pero lo bastante despacio para preparar la mentira.

Elayne miró a la una y a la otra.

—Para ser sincera, os diré que temía que me dijeseis que era una estúpida por preocuparme por una cosa así cuando tenemos el problema del Ajah Negro.

Un leve parpadeo de Egwene reveló que tal idea se le había ocurrido a la joven.

—Rand no es el único que puede morir el año próximo o al mes que viene —dijo Nynaeve—. También puede pasarnos a nosotras. Los tiempos han cambiado, y nosotras también. Si nos quedamos sentadas pensando en lo que deseamos, puede que no lo veamos cumplido a este lado de la tumba.

Era un planteamiento que tenía poco o nada de tranquilizador, pero Elayne asintió. No era ninguna estúpida. Ojalá el tema del Ajah Negro pudiera solucionarse tan fácilmente. Apretó la copa vacía de plata contra su frente, buscando la frescura del metal. ¿Qué iban a hacer?

Librodot

CAPÍTULO 7

Jugando con fuego

A la mañana siguiente, cuando el sol apenas apuntaba por encima del horizonte, Egwene se presentó ante la puerta de los aposentos de Rand seguida por una reacia Elayne. La heredera del trono lucía un vestido de seda azul claro con manga larga y escote bajo, de corte tearianо, que había accedido a ponerse sólo después de una pequeña discusión. Un collar de zafiros, de un tono profundo como un cielo matutino, y otra sarta del mismo color entretejida en los ondulados cabellos rubio rojizos hacían resaltar el azul de sus ojos. A despecho del pegajoso calor, Egwene llevaba un pañuelo rojo oscuro, grande como un chal, sobre los hombros. Aviendha se lo había proporcionado, así como los zafiros. Era chocante pero, a saber cómo, la Aiel disponía de un considerable surtido de este tipo de cosas.

A pesar de que sabía que estaban allí, Egwene se sobresaltó cuando los guardias Aiel se pusieron de pie con pasmosa rapidez. Elayne dio un respingo, pero enseguida los contempló con aquel aire regio que se le daba tan bien adoptar. No pareció surtir efecto en estos hombres curtidos por el sol. Los seis eran *Shae'en M'taal,* Soldados de Piedra, y mostraban un aire relajado para ser Aiel, lo que significaba estar echando ojeadas hacia todos lados y parecer dispuestos a moverse en cualquier dirección.

Egwene se irguió también siguiendo la pauta de Elayne; deseó para sus adentros saber hacerlo tan bien como la heredera del trono.

—Deseo... Deseamos comprobar cómo están las heridas del lord Dragón —anunció.

La excusa era absurda y los Aiel se habrían dado cuenta si hubieran conocido bien el funcionamiento de la Curación, pero por suerte tal posibilidad era improbable; poca gente sabía gran cosa al respecto, y seguramente los Aiel menos aún que la mayoría. Egwene no tenía intención de dar explicaciones de su presencia allí —bastaba con su supuesta condición de Aes Sedai—, pero, cuando los Aiel surgieron como si brotaran repentinamente del negro suelo de mármol, a la joven le pareció una buena idea. Y no es que hubieran hecho la menor intención de cerrarles el paso, desde luego, pero estos hombres tan altos y de rostros tan impasibles como si estuvieran tallados en piedra imponían, y sostenían aquellas lanzas cortas y los arcos como si utilizarlos fuera tan natural —y tan simple— como respirar. Sus claros ojos, la escrutadora e intensa mirada prendida en ella, traían a la memoria los cuentos de los implacables y crueles Aiel de rostro velado, de la Guerra de Aiel y de hombres como éstos, que habían destruido hasta el último de los ejércitos enviados contra ellos y que regresaron al Yermo sólo después de combatir durante tres sangrientos días con sus noches contra las naciones aliadas a las puertas de la mismísima Tar Valon hasta llegar a un punto muerto y dejar la batalla en tablas. Faltó poco para

Librodot

que Egwene recurriera al *Saidar.*

Gaul, el jefe de los Soldados de Piedra, asintió en silencio; había respeto en el modo en que miró a Egwene y Elayne. Era un hombre apuesto, a su modo tosco, y algo mayor que Nynaeve, con unos ojos tan verdes y claros como gemas talladas, y largas pestañas tan oscuras que parecían perfilar sus párpados con una raya negra.

—Deben de dolerle. Está de un humor pésimo esta mañana. —Gaul esbozó una sonrisa, un fugaz destello de los blancos dientes, como comprendiendo ese estado de ánimo cuando uno está herido—. Ya ha despachado con cajas destempladas a esos Grandes Señores, y a uno de ellos lo sacó a empujones él mismo. ¿Cómo se llamaba?

—Torean —apuntó otro Aiel, aún más alto. Llevaba el arco corto y curvado con una flecha encajada en actitud casi despreocupada. Sus grises ojos se detuvieron un momento en las dos mujeres para de forma inmediata volver a la vigilancia hacia las columnas de la antesala.

—Sí, Torean —convino Gaul—. Pensé que iría deslizándose por el suelo hasta aquellas bonitas estatuas... —Señaló con la lanza al círculo de tiesos Defensores—. Pero se quedó corto en casi tres metros. Perdí un buen tapiz tearianо lleno de halcones bordados en hilo de oro que había apostado con Mangin. —El hombre más alto esbozó una breve y satisfecha sonrisa.

Egwene parpadeó desconcertada al imaginar a Rand echando a empujones a un Gran Señor y haciéndolo rodar por el suelo. Nunca había sido violento; todo lo contrario. ¿Hasta qué punto habría cambiado? Ella había estado demasiado ocupada con Joiya y Amico, y él, con Moraine o Lan o los Grandes Señores, para tener algo más que una conversación de pasada, unas cuantas palabras sobre el hogar y cómo habría sido la fiesta de Bel Tine este año y cómo sería la del Día Solar. Todo muy breve. ¿Cuánto habría cambiado?

—Hemos de verlo —dijo Elayne con un leve temblor en la voz.

Gaul inclinó la cabeza al tiempo que bajaba la punta de la lanza al suelo de mármol negro.

—Por supuesto, Aes Sedai.

Egwene y Elayne entraron en los aposentos de Rand con cierta inquietud; el rostro de la heredera del trono decía de manera inequívoca lo mucho que le costaba dar esos pocos pasos.

No quedaba rastro de la violencia de la noche anterior, a no ser la ausencia de espejos; los recuadros de tono más claro en la madera de los paneles señalaban los lugares donde habían estado colgados. Tampoco es que reinara el orden en el dormitorio, ni mucho menos; había libros por todas partes, encima de cualquier sitio, algunos de ellos abiertos como si los hubieran dejado abandonados a mitad de una página; y la cama seguía sin hacer. Las cortinas carmesí estaban corridas en todas las ventanas, orientadas a poniente y al río, que era la arteria principal de la ciudad. *Callandor* refulgía como cristal pulido sobre un enorme pedestal dorado con ornamentación excesivamente recargada. Egwene pensó que el pedestal era la cosa más fea que había visto en su vida decorando una habitación, aunque cambió de idea al fijarse en la escultura que representaba dos lobos de plata acosando a un ciervo dorado y que estaba sobre la repisa de la chimenea. La ligera brisa procedente del río mantenía increíblemente fresco el dormitorio en comparación con el resto de la Ciudadela.

Rand estaba en mangas de camisa, arrellanado en un sillón, con una

Librodot

pierna por encima del reposabrazos y un libro encuadernado en cuero apoyado en la rodilla. Al oír el ruido de sus pasos cerró el libro de golpe, lo tiró entre los otros sobre la alfombra, y se puso de pie de un salto, listo para luchar. El gesto ceñudo de su rostro se borró al ver quiénes eran.

Por primera vez desde que estaba en la Ciudadela, Egwene lo miró buscando cambios en él, y los halló. ¿Cuántos meses hacía desde que lo había visto antes de reunirse en Tear? Los suficientes para que su rostro adquiriera una expresión más dura, para que se borrara la franqueza que reflejaba en otros tiempos. También se movía de forma diferente, un poco como Lan, como los Aiel. Con su estatura y su rojizo cabello, y los ojos que ahora parecían azules en lugar de grises al reflejarse la luz en ellos, su apariencia recordaba mucho a la de un Aiel; tanto que despertaba inquietud. Pero, aparte de estos cambios físicos, ¿qué otros había experimentado?

—Creía que erais... otras personas —farfulló a la par que su mirada azorada iba de una muchacha a la otra. Éste era el Rand que Egwene conocía; hasta el rubor que teñía sus mejillas cada vez que sus ojos se posaban en una u otra—. Cierta... gente quiere cosas a las que no puedo avenirme. Cosas a las que no accederé. —Una repentina sospecha le ensombreció el semblante, y su tono se endureció—. ¿Qué queréis? ¿Os ha enviado Moraine? ¿Venís a convencerme de que haga lo que quiere?

—No seas cretino —replicó secamente Egwene sin pensar lo que decía—. ¡Yo no quiero que empieces una guerra!

—Venimos para... —añadió Elayne en tono suplicante—, para ayudarte si está en nuestras manos. —Ésa era una de las razones, y la más fácil de sacar a colación, que se habían planteado durante el desayuno.

—Conocéis sus planes de... —empezó hoscamente Rand, pero enseguida cambió de táctica—. ¿Ayudarme? ¿Cómo? Eso es lo que Moraine me dice siempre.

Egwene, el gesto severo, se cruzó de brazos sujetando el pañuelo con fuerza del mismo modo que solía hacer Nynaeve cuando hablaba con los miembros del Consejo del Pueblo y estaba resuelta a salirse con la suya por muy obstinados que se mostraran. Ya era demasiado tarde para empezar la conversación de otra manera; sólo le quedaba proseguir en la línea marcada con sus primeras palabras.

—Te repito que no seas cretino, Rand al'Thor. Puede que tengas a los tearianos lamiéndote las botas, pero todavía recuerdo cuando Nynaeve te sacudió el trasero con una vara por dejar que Mat te convenciera para robar un jarro de licor de manzana.

Elayne mantuvo la compostura de manera impecable; demasiado impecable, en opinión de Egwene, que dedujo que su amiga estaba haciendo un gran esfuerzo para no prorrumpir en carcajadas. Ni que decir tiene que Rand no lo notó. Los hombres nunca se daban cuenta de esas cosas. El joven le sonrió a Egwene, también a punto de echarse a reír.

—Acabábamos de cumplir trece años —recordó—. Nos encontró dormidos detrás del establo de tu padre, y teníamos un dolor de cabeza tan espantoso que apenas si sentimos los vardascazos que nos propinó. —No era así, ni mucho menos, como lo recordaba Egwene—. Bien distinto de lo que pasó cuando le tiraste aquel cuenco a la cabeza, ¿te acuerdas? Te preparó una infusión de genciana porque llevabas abatida una semana, y tan pronto como probaste un sorbo le tiraste a la cabeza su mejor cuenco. ¡Luz, cómo chillabas! ¿Cuándo fue eso? Hará unos dos años el próximo...

Librodot

—No estamos aquí para hablar de los viejos tiempos —lo interrumpió Egwene; se ajustó el pañuelo con gesto irritado. Era de lana muy fina, pero aun así daba demasiado calor. En verdad, Rand tenía la mala costumbre de acordarse de cosas de lo más inoportunas.

El joven sonrió como si supiera lo que estaba pensando.

—Decís que estáis aquí para ayudarme —dijo de mucho mejor humor—. ¿Haciendo qué? Supongo que no sabréis el método para lograr que un Gran Señor no falte a su palabra en cuanto le quito la vista de encima. Ni cómo impedir que tenga ciertos sueños. No me vendría mal tener ayuda con... —Sus ojos pasaron rápidamente de Elayne a ella, y empezó de nuevo dándole otro enfoque—. ¿Qué me decís de la Antigua Lengua? ¿Aprendisteis algo en la Torre Blanca? —Sin esperar respuesta empezó a revolver entre los volúmenes esparcidos sobre la alfombra—. Tengo aquí una copia, en alguna parte, de...

—Rand. —Egwene levantó la voz—. Rand, no sé leer la Antigua Lengua. —Lanzó una rápida mirada admonitoria a Elayne, advirtiéndole que no admitiera tener dicho conocimiento. No habían venido para traducirle las Profecías del Dragón. El leve cabeceo de asentimiento de la heredera del trono hizo destellar los zafiros que adornaban su cabello—. Tenemos otras cosas que aprender.

El joven dejó de buscar entre los libros y suspiró.

—Era mucho esperar —comentó. Pareció que iba a decir algo más, pero se quedó mirando sus botas.

Egwene se preguntó cómo se las componía para tratar con los Grandes Señores, tan arrogantes, si ellas dos lograban turbarlo con tanta facilidad.

—Vinimos para ayudarte con el encauzamiento —le dijo—. Con el Poder. —Lo que afirmaba Moraine se daba por cierto; tan imposible era que una mujer enseñara a un hombre a encauzar como a que diera a luz un hijo. Pero Egwene no estaba tan segura de ello. Una vez había percibido algo tejido por el *Saidin.* O, más bien, había sentido algo que obstruía sus propios flujos, tan cierto como que un dique represa el agua. Pero fuera de la Torre había aprendido tanto como dentro; sin duda, entre sus conocimientos habría algo que podría enseñarle, cierta guía que ofrecerle.

—Si podemos —añadió Elayne.

De nuevo una sombra de sospecha cruzó su rostro. Resultaban inquietantes los bruscos cambios en su estado de ánimo.

—Hay más probabilidades de que yo sepa leer la Antigua Lengua que de que vosotras podáis... ¿Seguro que esto no es obra de Moraine? ¿Os envió aquí? Cree que podrá convencerme utilizando medios indirectos, ¿verdad? ¿Algún ardid de Aes Sedai que no veré hasta que esté atrapado en él? —Soltó un gruñido amargado, y recogió la chaqueta verde oscuro que tenía tirada en el suelo, detrás de una de las sillas; se puso la prenda precipitadamente—. He aceptado recibir a otros Grandes Señores esta mañana. Si no los tengo vigilados, encuentran el modo de soslayar lo que he ordenado. Aprenderán antes o después. Ahora soy yo quien manda en Tear. Yo. El Dragón Renacido. Ya les enseñaré. Tenéis que disculparme.

Egwene sentía un terrible deseo de sacudirlo. ¿Que mandaba en Tear? Bueno, quizá sí, tan orgulloso como un gallo de corral porque ha ahuyentado al zorro que intentaba colarse en él. Era un pastor, no un rey, e incluso si tenía derecho a darse aires, no era bueno para él hacerlo. Estaba a punto de decírselo a la cara, pero Elayne se le adelantó.

—Nadie nos ha enviado —dijo, furiosa—. Vinimos porque... porque te apreciamos. Tal vez no funcione, pero al menos podrías probar. Si me... Si nos preocupas lo suficiente para que lo intentemos, tú también tendrías que intentarlo. ¿Tan poco te importa que no puedes dedicarnos ni una hora? ¿Ni siquiera por tu vida?

Rand dejó de abotonarse la chaqueta y se quedó mirando a Elayne tan intensamente que por un momento Egwene pensó que se había olvidado de ella. El joven apartó los ojos con un estremecimiento. Miró de soslayo a Egwene, cambió el peso del cuerpo de uno a otro pie, y bajó la vista al suelo, fruncido el ceño.

—De acuerdo —murmuró—. No servirá de nada, pero lo intentaré. ¿Qué queréis que haga?

Egwene respiró hondo. No había pensado que convencerlo iba a ser tan fácil; Rand había sido siempre tan inamovible como una roca cuando decidía no dar su brazo a torcer, cosa que ocurría con sobrada frecuencia.

—Mírame —dijo, al tiempo que conectaba con el *Saidar.* Dejó que el Poder la hinchiera más que nunca, más plenamente, aceptando hasta la última gota que podía asumir; fue como si la luz bañara cada partícula de su ser. Se obligó a hablar—: ¿Qué ves? ¿Qué sientes? ¡Mírame, Rand!

Él levantó la cabeza poco a poco, todavía con el ceño fruncido.

—Te veo a ti. ¿Qué se supone que tengo que ver? ¿Estás tocando el Poder? Egwene, Moraine ha encauzado en mi presencia un centenar de veces, y jamás he visto nada. Salvo lo que hacía. No funciona así. Hasta yo sé eso.

—Soy más fuerte que Moraine —respondió firmemente—. Ella estaría tendida en el suelo, quejándose o inconsciente, si intentara absorber tanto como hay dentro de mí ahora. —Era verdad, aunque hasta ahora no había hecho una estimación tan aproximada de la habilidad de la Aes Sedai.

Este Poder, que palpitaba en sus venas con más fuerza que su propia sangre, clamaba por ser utilizado. Con tal cantidad, podría realizar cosas que Moraine no imaginaría hacer ni en sueños. La herida en el costado de Rand que la Aes Sedai nunca podía curar del todo. Ella no sabía cómo llevar a cabo la Curación, ya que era mucho más complicado que todo lo que había hecho hasta ahora, pero había visto cómo curaba Nynaeve y, tal vez, con esta inmensa cantidad de Poder que la llenaba, sería capaz de ver algún modo de cómo podría sanarse. No llevarlo a cabo, desde luego, sino sólo verlo.

Con cuidado, irradió un abanico de flujos, finos como cabellos, de Aire, Agua y Energía, los Poderes utilizados para la Curación, y tanteó la vieja herida. Un roce y echó marcha atrás, convulsa, retirando la urdimbre; tenía el estómago tan revuelto como si quisiera vomitar hasta la última comida que había ingerido en su vida. Daba la impresión de que toda la oscuridad del mundo estuviera agazapada allí, en el costado de Rand, toda la maldad del mundo dentro de una llaga purulenta, cubierta sólo por una tierna cicatriz. Una cosa como ésa empaparía los fluidos de Curación como gotas de agua en la seca arena de un desierto. ¿Cómo podía soportar Rand el dolor? ¿Por qué no lloraba?

Sólo había pasado un segundo desde la primera idea concebida a la acción. Estremecida, y procurando por todos los medios ocultarlo, continuó sin hacer una pausa:

—Eres tan fuerte como yo. Lo sé; tienes que serlo. Siéntelo, Rand.

Librodot

¿Puedes sentirlo? —«¡Luz! ¿qué puede curarle eso? ¿Habrá algo que pueda?»

—No siento nada —murmuró, sin dejar de mover los pies—. La piel de gallina. Y no me extraña. No es que no me fíe de ti, Egwene, pero no puedo evitar ponerme nervioso cuando una mujer encauza cerca de mí. Lo siento.

No se molestó en explicarle la diferencia entre encauzar y simplemente conectar con la Fuente Verdadera. Eran tantas las cosas que ignoraba, incluso comparándolo con sus limitados conocimientos. Era un ciego intentando hacer funcionar un telar al tacto, sin saber nada de colores ni del aspecto de los hilos e incluso del telar.

No sin esfuerzo, soltó el *Saidar*; y le costó mucho trabajo. Una parte de su ser quería llorar por la pérdida.

—Ahora no estoy tocando la Fuente, Rand. —Se acercó un poco más a él y lo miró a los ojos—. ¿Sigues teniendo carne de gallina?

—No. Pero es porque me lo has dicho. —Se encogió de hombros bruscamente—. ¿Lo ves? Nada más pensar en ello, y ya se me han puesto los pelos de punta.

Egwene esbozó una sonrisa de triunfo. No necesitó mirar a Elayne para estar segura de lo que ya había percibido, lo que habían acordado hacer antes de venir.

—Los tienes porque percibes que una mujer está en contacto con la Fuente, Rand. Es lo que está haciendo Elayne en este preciso momento. —El joven observó intensamente a la heredera del trono, con los ojos entrecerrados—. Da igual que lo veas o no. Lo sientes. Algo hemos conseguido. Veamos qué más podemos descubrir. Rand, entra en contacto con la Fuente Verdadera. Da entrada al *Saidin.* —Su voz sonó enronquecida. También habían acordado esto Elayne y ella. Al fin y al cabo era Rand, no el monstruo de los relatos, y las dos habían estado de acuerdo. Con todo, pedir a un hombre que... Lo extraño es que hubiera sido capaz de pronunciar siquiera las palabras—. ¿Ves algo? —le preguntó a Elayne—. ¿Sientes algo?

Rand seguía repartiendo miradas entre una y otra joven, y algunas veces bajaba la vista al suelo y otras hasta se sonrojaba. ¿Por qué se turbaba tanto? Elayne, observando fijamente al joven, sacudió la cabeza.

—No noto absolutamente nada. Podría estar ahí plantado, sin más. ¿Seguro que está haciendo algo?

—Puede que sea cabezota, pero no necio. Al menos, no lo es casi nunca.

—Bueno, sea cabezota o necio o cualquier otra cosa, no siento nada.

—Dijiste que harías lo que te pidiéramos, Rand. —Egwene tenía la frente fruncida—. ¿Lo estás haciendo? Si tú sentiste algo, lo mismo tendría que haberme pasado a mí, y no... —Se interrumpió con un grito sofocado. *Algo* le había pellizcado el trasero. Las comisuras de los labios de Rand temblaban en un claro intento de contener la sonrisa—. Eso no ha tenido gracia —espetó, tajante.

El joven trataba de conservar la expresión de inocencia, pero finalmente acabó sonriendo.

—Dijiste que querías sentir algo, y pensé que... —Su repentino bramido hizo que Egwene diera un salto. Con la mano frotándose la nalga izquierda, Rand empezó a girar en círculo, cojeando dolorido—. ¡Rayos y truenos, Egwene! No era necesario que me... —Bajó la voz a un murmullo incomprensible, que la joven se alegró de no entender.

Aprovechó la oportunidad para darse un poco de aire con el pañuelo, y compartió una fugaz sonrisa con Elayne. El fulgor que rodeaba a la heredera

Librodot

del trono perdió intensidad. Las dos muchachas estuvieron a punto de echarse a reír mientras se frotaban el trasero con disimulo. Eso le enseñaría. Pagarle con la misma moneda, salvo que multiplicado por cien, según el cálculo de Egwene.

Se volvió hacia Rand con toda la seriedad que pudo dar a su rostro.

—Eso lo habría esperado de Mat. Creía que tú, al menos, habías madurado. Vinimos para ayudarte si podíamos, así que procura cooperar. Haz algo con el Poder, pero algo que no sea infantil. Quizá seamos capaces de sentirlo.

Encorvado, Rand les asestó una mirada iracunda.

—Que haga algo, dices —rezongó—. No tenías derecho a... Voy a estar cojo durante... Así que quieres que haga algo, ¿no?

De repente, Egwene se levantó en el aire, y Elayne también; se miraron la una a la otra, los ojos desorbitados por la sorpresa, mientras flotaban a casi un metro del suelo. Nada las sostenía, ningún flujo que Egwene pudiera ver ni sentir. Nada. Apretó los labios. No tenía derecho a hacerles esto. Ninguno en absoluto, y era hora de que aprendiera la lección. El mismo tipo de escudo de Energía que había aislado a Joiya de la Fuente Verdadera también serviría para él; las Aes Sedai lo utilizaban con los contados hombres que encontraban que eran capaces de encauzar.

Se abrió al *Saidar* y sintió un vacío en la boca del estómago. El *Saidar* estaba allí, sentía su calor y su luz, pero entre ella y la Fuente Verdadera se interponía algo, nada, una ausencia que la separaba de la Fuente Verdadera como un muro de piedra. Se sentía vacía por dentro hasta que el pánico la colmó. Un hombre estaba encauzando, y ella estaba atrapada en ello. Era Rand, sí, pero estando allí, suspendida como un cesto, indefensa, en lo único que pensó fue que un varón estaba encauzando y en la contaminación existente en el *Saidin.* Quiso gritarle, pero sólo emitió una especie de graznido.

—¿Quieres que haga algo? —bramó Rand. Las patas de un par de mesitas se doblaron en ángulos extraños y la madera crujió; empezaron a dar tumbos de un lado para otro en una horrenda parodia de baile, esparciendo por el suelo laminillas doradas—. ¿Te gusta esto? —El fuego se prendió en la chimenea de costado a costado, ardiendo sobre las piedras limpias de cenizas—. ¿O esto? —La escultura del ciervo y los lobos empezó a reblandecerse y a desmoronarse. Regueros de plata y oro resbalaron de la masa informe, se afinaron hasta semejar hilos brillantes que serpenteaban y se tejían entre sí formando un estrecho paño de tejido metálico; la pieza de reluciente material colgó en el aire mientras crecía, el extremo superior unido todavía a la escultura que se derretía poco a poco sobre la repisa de la chimenea—. Haz algo. ¡Haz algo! ¿Tienes idea de lo que es tocar el *Saidin,* encauzarlo? ¿La tienes? ¡Puedo sentir la locura acechando, infiltrándose dentro de mí!

De repente, las mesitas saltarinas estallaron en llamas, como antorchas, sin dejar de bailar; los libros dieron vueltas en el aire, mientras las páginas pasaban y se agitaban; el cobertor de la cama reventó esparciendo plumas por la habitación como si estuviera nevando. Las que cayeron sobre las mesas prendidas impregnaron el aire de un penetrante y repulsivo olor a hollín.

Durante un momento, Rand miró de hito en hito, con cara de loco, las mesitas en llamas. Entonces, lo que quiera que sostenía a Egwene y a

Elayne desapareció, junto con el escudo; los pies de ambas tocaron la alfombra en el mismo instante en que las llamas se extinguían como si las hubiera absorbido la madera que estaban consumiendo. El fuego de la chimenea se apagó, y los libros cayeron al suelo en un revoltijo mayor que antes. El trozo de paño dorado y plateado también cayó junto con hebras de metal fundido, aunque ya no eran líquidas y ni siquiera estaban calientes. Sólo quedaban tres bultos de tamaño regular, dos de plata y uno de oro, encima de la repisa de la chimenea, fríos e irreconocibles.

Egwene se había acercado, tambaleándose, a Elayne nada más pisar el suelo. Se agarraron la una a la otra buscando apoyo, pero Egwene notó que su amiga estaba haciendo exactamente lo mismo que ella, abrirse al *Saidar* lo más deprisa posible. En cuestión de segundos, tenía preparado un escudo para lanzarlo alrededor de Rand no bien viera el menor indicio de que iba a encauzar; pero el joven estaba inmóvil, estupefacto, contemplando fijamente las mesitas abrasadas mientras las plumas seguían cayendo sobre él y se le quedaban prendidas en la chaqueta.

Ahora no parecía ofrecer peligro, pero el dormitorio estaba hecho un completo desastre. Egwene tejió pequeños flujos de Aire para recoger todas las plumas que flotaban y las que ya habían caído sobre la alfombra. Como si se le ocurriera en el último momento, también incluyó las que Rand tenía en la chaqueta. Podría encargarle a la gobernanta que se ocupara del resto o hacerlo él mismo.

Rand se encogió cuando las plumas pasaron flotando ante él para ir a posarse sobre el destrozado cobertor. El olor a plumas y madera quemada persistía, pero al menos el cuarto estaba más arreglado, y la débil brisa que entraba por las ventanas abiertas empezaba a disminuir el tufo.

—A lo mejor la gobernanta no quiere darme otro —dijo Rand con una risa tensa—. Un cobertor diario es más de lo que está dispuesta a... —Evitaba mirarla a ella y a Elayne—. Lo lamento. Quizá sea mejor que os marchéis. Ésa parece ser la frase que repito más últimamente. —Se puso colorado otra vez y carraspeó para aclararse la garganta—. No estoy tocando la Fuente Verdadera, pero tal vez sería mejor que os marchaseis.

—Todavía no hemos terminado —dijo Egwene dulcemente; con más dulzura de la que sentía realmente.

Habría querido tirarle de las orejas por levantarla así en el aire, por aislarlas a ambas de la Fuente. Pero Rand estaba pasando un mal momento, al borde de... No sabía de qué y tampoco quería saberlo, en esa oportunidad ni allí. Con tantos aspavientos sobre su fuerza —todas decían que Elayne y ella se contarían entre las Aes Sedai más poderosas, si no las más, desde hacía un milenio—, había dado por hecho que eran tan fuertes como él. O al menos, casi. Acababan de sacarla de su error sin contemplaciones. Tal vez Nynaeve se acercara más si se ponía lo bastante furiosa, pero Egwene sabía que ella jamás sería capaz de hacer lo que él había hecho, diversificar los flujos de aquel modo, realizar tantas cosas a la vez. El esfuerzo de trabajar con dos flujos a un tiempo era más del doble que hacerlo sólo con uno de igual magnitud, y trabajar tres, más del cuádruple de hacerlo con dos. Y él debía de haber estado tejiendo una docena. Ni siquiera parecía cansado, aunque la brega con el Poder consumía energía. Mucho se temía que Rand era capaz de manejarlas a Elayne y a ella como dos gatitos recién nacidos. Gatitos a los que quizá decidiera ahogar si se volvía loco.

Pero no podía marcharse sin más. Sería lo mismo que darse por

Librodot

vencida, y ella no era de las que se rendían fácilmente. Tenía intención de hacer aquello para lo que había ido allí —todo— y no iba a dejar que la echara por las buenas. Ni él ni nada.

Los azules ojos de Elayne rebosaban resolución y, cuando Egwene se calló, tomó la palabra con voz mucho más firme.

—Y no nos iremos hasta que hayamos acabado. Dijiste que lo intentarías, así que tienes que hacerlo.

—Lo dije, ¿verdad? —rezongó él al cabo de un momento—. Por lo menos, tomemos asiento.

Evitando mirar las mesas negras de hollín y el trozo de paño metálico caído sobre la alfombra, las condujo, todavía cojeando ligeramente, a unas sillas de respaldo alto que estaban cerca de las ventanas. Tuvieron que quitar los libros que ocupaban los mullidos asientos de seda roja para poder sentarse; en la de Egwene estaba el duodécimo volumen de *Los tesoros de la Ciudadela de Tear;* un polvoriento libro encuadernado en madera con el título *Viajes por el Yermo de Aiel, con diversos comentarios sobre sus salvajes habitantes; y* un grueso tomo con encuadernación en piel titulado *Tratos con el territorio de Mayene, del 500 al 750 de la Nueva Era.* El lote que ocupaba la silla de Elayne era aun más grande, pero Rand se apresuró a quitarlos, junto con los que ocupaban su silla, y los puso todos en el suelo, donde el montón no tardó en desplomarse. Egwene dejó los suyos, ordenados, al lado de los demás.

—¿Qué queréis que haga ahora? —Se sentó al borde de la silla, con las manos sobre las rodillas—. Prometo que esta vez no haré nada que no me hayáis pedido.

Egwene se mordió la lengua para no decirle que esa promesa llegaba un poco tarde. Quizás había sido un poco imprecisa en lo que le había pedido, pero eso no lo disculpaba. Aun así, ello era algo de lo que ocuparse en otro momento. Se dio cuenta de que de nuevo pensaba en él como Rand, simplemente; claro que él actuaba como si acabara de salpicarle de barro su mejor vestido y temiera que no creyese que había sido un accidente. Empero, Egwene no había interrumpido el contacto con el *Saidar,* como tampoco Elayne. Lo contrario habría sido una necedad.

—Esta vez —dijo—, sólo queremos que hables. ¿Cómo te abres a la Fuente Verdadera? Explícanoslo. Hazlo paso a paso, sin prisa.

—Más que abrirme yo diría que es una pugna. —Gruñó—. ¿Paso a paso? Bueno, pues primero imagino una llama, y a continuación vuelco todo en ella: odio, miedo, nerviosismo. Todo. Cuando se han consumido por completo surge un vacío dentro de mi cabeza. Yo estoy en medio de él, pero también soy parte de lo que quiera que sea en lo que estoy concentrado.

—Eso me suena familiar —comentó Egwene—. He oído a tu padre hablar sobre cierta táctica para concentrarse que utiliza en las competiciones de arco para ganar. La llama y el vacío, creo que lo llama.

Rand asintió, al parecer tristemente. La joven imaginó que echaba de menos su hogar y a su padre.

—Tam me lo enseñó, pero Lan también lo usa, con la esgrima. Selene, alguien a quien conocí, lo llamaba la Unidad. Por lo visto hay mucha gente que lo conoce, sea cual sea el nombre que le dé. Pero yo descubrí que estando dentro del vacío percibía el *Saidin,* como una luz atisbada por el rabillo del ojo. En esa nada sólo estamos la luz y yo. Las emociones, y hasta los pensamientos, se quedan fuera. Anteriormente tenía que absorberlo poco

Librodot

a poco, pero ahora me llega de golpe. O la mayor parte. La mayoría de las veces.

—La nada —repitió Elayne, estremecida—. Ausencia de emociones. Eso apenas guarda parecido con lo que hacemos nosotras.

—Oh, ya lo creo que sí —discutió Egwene—. Rand, lo hacemos de un modo un poco diferente, eso es todo. Yo imagino una flor, un capullo de rosa, y me concentro en él hasta que yo soy el capullo. En cierto sentido, es como tu vacío. Los pétalos del capullo se abren a la luz del *Saidar* y dejo que me llene, todo fulgor y calor y vida y éxtasis. Me rindo a él y, al hacerlo, lo controlo. En realidad, ésa fue la parte más difícil de aprender: cómo dominar al *Saidar* sometiéndome a él. Pero ahora parece algo tan natural que ni siquiera pienso en ello. Ésa es la clave, Rand. Estoy segura. Tienes que aprender a rendirte, y…

El joven sacudía la cabeza enérgicamente.

—Eso no se parece en nada a lo que hago yo —protestó—. ¿Dejar que me llene? Tengo que tender la mano hacia el *Saidin* y agarrarlo. A veces no hay nada cuando lo hago, nada que pueda tocar, pero si no lo busco podría quedarme allí para siempre y no ocurriría nada. Me llena, y cómo, una vez que lo he cogido, pero ¿rendirme a él? —Se pasó los dedos por el pelo—. Egwene, si me rindiera, aunque sólo fuera un minuto, el *Saidin* me consumiría. Es como un río de metal fundido, un océano de fuego, toda la luz del sol concentrada en un punto. He de luchar para conseguir que haga lo que quiero, para que no me devore. —Suspiró.

«Sin embargo, sé a lo que te refieres con lo de llenarte de vida, incluso con la contaminación que me revuelve el estómago. Los colores son más definidos; los olores, más intensos. Todo es más real, en cierto sentido. No quiero soltarlo una vez que lo tengo, ni siquiera cuando intenta devorarme. Pero, lo demás… Enfréntate a los hechos, Egwene. La Torre tiene razón respecto a esto. Acéptalo como algo incontrovertible, porque lo es.

—Lo aceptaré cuando se me demuestre —objetó ella, aunque en su voz no había la seguridad que quería dar a entender ni la que antes tenía. Lo que Rand había explicado semejaba una versión distorsionada de lo que hacía ella, donde las similitudes destacaban por las diferencias. Pero había semejanzas, y no estaba dispuesta a darse por vencida—. ¿Distingues los flujos por separado? ¿Aire, Agua, Energía, Tierra, Fuego?

—En ocasiones —respondió lentamente—. No por regla general. Me limito a coger lo que necesito. O, más bien, tanteo, la mayoría de las veces. Es muy extraño. De manera esporádica necesito hacer algo, y lo hago, sin más, pero sólo después sé lo que hice o cómo. Es casi como recordar algo que había olvidado. Pero después no se me borra de la memoria. Casi nunca.

—Sin embargo, ahora lo recuerdas —insistió ella—. ¿Cómo prendiste fuego a las mesitas? —En realidad, quería saber cómo había conseguido que bailaran, pues creía conocer un modo utilizando Aire y Agua, pero prefirió empezar con una pregunta más sencilla; encender una vela y apagarla era lo primero que aprendía una novicia.

Una expresión dolida asomó al rostro de Rand.

—No lo sé. —Parecía turbado—. Cuando necesito fuego para encender una lámpara o prender la chimenea, lo hago y ya está, pero no sé cómo. En realidad no necesito pensar para trabajar con fuego.

Tal cosa era comprensible. De los Cinco Poderes, el Fuego y la Tierra habían sido los más predominantes en los varones durante la Era de

Leyenda, y el Aire y el Agua en las mujeres; la Energía se había repartido a partes iguales entre unos y otras. Egwene apenas necesitaba pensar para hacer uso del Aire o el Agua una vez que hubo aprendido el modo de realizar cosas con ellos, se entiende. Esta circunstancia, sin embargo, no los hacía avanzar en su propósito.

—¿Sabes cómo lo extinguiste? —Fue Elayne la que lo presionó ahora—. Me dio la impresión de que pensabas algo antes de apagarlo.

—Eso sí lo recuerdo, porque creo que no lo había hecho nunca hasta ahora. Tomé el calor de las mesitas y lo esparcí por las piedras de la chimenea; una cantidad de calor así pasa inadvertida en un hogar.

Elayne dio un respingo y se sujetó el brazo izquierdo sin ser consciente de lo que hacía; Egwene también se encogió. Aún recordaba cuando el brazo de su amiga era una masa de ampollas porque la heredera del trono había hecho lo que Rand acababa de describir, con la diferencia de que ella lo hizo sólo con una lámpara de su cuarto. Sheriam la amenazó con dejar que las ampollas se curaran por sí mismas; no cumplió la amenaza, pero la admonición existió. Era una de las advertencias que se les daban a las novicias: jamás manejar fuego contra fuego. Una llama podía extinguirse utilizando Aire o Agua, pero usar Fuego para consumir el calor significaba el desastre en cualquier caso, fuera cual fuera el tamaño de la llama. No era cuestión de fuerza, les dijo Sheriam; una vez que se había dado vida al calor, ni siquiera la mujer más poderosa en la historia de la Torre era capaz de librarse de él. Existían casos de mujeres que se habían abrasado de esa forma, estallando en llamas. Egwene soltó el aire entrecortadamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Rand.

—Creo que acabas de demostrarme la diferencia. —La joven suspiró.

—Oh. ¿Significa eso que te das por vencida?

—¡No! —Procuró suavizar el tono. No estaba enfadada con él. No exactamente. Estaba enfadada, pero no sabía con quién—. Quizá mis maestras tenían razón, pero ha de haber un modo. Alguna manera de hacerlo, sólo que ahora no se me ocurre ninguna.

—Lo intentasteis, y os lo agradezco. No es culpa vuestra que no funcionara.

—Tiene que haber un modo —insistió Egwene.

—Y lo encontraremos. Ya verás —murmuró Elayne.

—Por supuesto que sí. —El tono animoso de Rand era forzado—. Pero hoy no. —Vaciló un instante—. Supongo que tenéis que marcharos. —Lo dijo de un modo entre pesaroso y aliviado—. Esta mañana he de aclararles unas cuantas cosas sobre los impuestos a los Grandes Señores. Por lo visto creen que pueden exigir a un granjero la misma cantidad un año pobre en cosechas sin que por ello se arruine y se convierta en un pordiosero. E imagino que vosotras tenéis que volver a interrogar a esas Amigas Siniestras. —Frunció el entrecejo.

No había hecho ningún comentario, pero Egwene estaba convencida que le habría gustado mantenerlas alejadas lo más posible del Ajah Negro. En realidad le sorprendía que aún no hubiera tratado de mandarlas de regreso a la Torre. A lo mejor era porque sabía que Nynaeve y ella le soltarían una buena reprimenda si lo intentaba.

—Sí, tenemos que hacerlo, pero no ahora mismo —respondió con firmeza—. Rand…

Había llegado el momento de sacar a colación el otro asunto que las

había llevado allí, pero le resultaba todavía más difícil de lo que había imaginado. Esto iba a dolerle; aquello ojos tristes, cautos, parecían anunciarlo, pero no había más remedio. Se ajustó más el pañuelo; la cubría desde los hombros hasta la cintura.

—Rand, no puedo casarme contigo.

—Lo sé.

Egwene parpadeó. No lo estaba tomando tan mal como esperaba. Se dijo que era lo mejor que podía pasar.

—Lo comprendo, Egwene. Sé lo que soy. Ninguna mujer querría…

—¡Pedazo de zoquete! ¡Majadero! ¡Mentecato! —lo insultó—. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que puedas encauzar. ¡Es que no te amo! Al menos, no del modo que tendría que amarte para casarme contigo.

Rand estaba boquiabierto.

—¿Que no…? —farfulló—. ¿Que no me amas? —Parecía realmente sorprendido. Y dolido.

—Por favor, trata de entenderlo —pidió en un timbre mucho más afable—. La gente cambia, Rand. Y los sentimientos. Cuando las personas se separan, ocurre que a veces también se distancian sentimentalmente. Te quiero como a un hermano, quizá más que a un hermano, pero no como a mi futuro esposo. ¿Lo entiendes?

El joven se las compuso para sonreír tristemente.

—En verdad soy un majadero. No se me ocurrió que también tú podías cambiar. Egwene, tampoco yo quiero casarme contigo. No quería que pasara, pero ocurrió. Si supieras cuánto significa esto para mí, no tener que fingir, no tener miedo de herir tus sentimientos. No habría querido hacerte daño por nada del mundo, Egwene. Jamás.

La joven estuvo a punto de sonreír. Qué entereza estaba demostrando; casi resultaba convincente.

—Me alegro de que te lo tomes tan bien —le dijo dulcemente—. Tampoco yo quería hacerte daño. Y ahora, tengo que marcharme sin falta. —Se levantó de la silla y se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Encontrarás a otra.

—Claro —respondió mientras se ponía de pie; la mentira era patente en su voz.

—Ya verás que sí.

Salió del dormitorio con una sensación de satisfacción y cruzó presurosa la antesala, desconectando con el *Saidar* mientras se quitaba el pañuelo. Qué calor daba la maldita prenda.

Rand estaba en la disposición propicia para que Elayne lo recogiera como un cachorrillo perdido si sabía como manejarlo de la forma que habían hablado. Creía que Elayne sabría llevarlo bien, ahora y en adelante, hasta donde llegara ese en adelante. Había que hacer algo respecto a su control del Poder. Estaba dispuesta a admitir que lo que le habían dicho era cierto —ninguna mujer podía enseñarle; peces y pájaros—, pero no significaba que hubiera que renunciar a ello. Había que hacer algo, así que era necesario encontrar un modo. Aquella horrible herida y la locura eran problemas a los que enfrentarse más adelante, pero también se ocuparían de ellos. De una u otra forma. Se decía que los hombres de Dos Ríos eran testarudos, pero ni por asomo tanto como sus mujeres.

CAPÍTULO 8

Intransigencia

Tras salir Egwene, Rand miraba absorto la puerta con una expresión tan desconcertada que Elayne dudaba que el joven se hubiera dado cuenta de que ella seguía en el cuarto. De tanto en tanto sacudía la cabeza como si discutiera consigo mismo o tratara de aclarar sus ideas.

A la muchacha no le importaba esperar; cualquier cosa le parecía bien con tal de retrasar un poco más el momento de hablar. Se concentró en guardar la compostura de cara al exterior, con la espalda recta y la cabeza alta, las manos enlazadas al frente y en el semblante una expresión sosegada que habría rivalizado con la más depurada de Moraine.

Sin embargo, tenía los nervios de punta, y no era porque temiera que Rand encauzara. Ella había desconectado con el *Saidar* en el momento que Egwene se levantó de la silla para marcharse. Quería confiar en él; debía confiar en él. Lo que la hacía temblar por dentro era aquello que deseaba que ocurriera. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tocar la sarta de zafiros enlazada en su cabello. ¿Sería demasiado fuerte su perfume? No. Egwene dijo que le gustaba el olor a rosas. ¿Y el vestido? Sintió el deseo de tirar del escote hacia arriba, pero...

Rand se volvió —Elayne apretó los labios al reparar en la leve cojera del joven al andar— y al verla sentada en la silla dio un respingo y abrió desmesuradamente los ojos en un gesto casi de pánico. La muchacha se alegró de ello; el esfuerzo de mantener un aire sereno se había multiplicado por diez tan pronto como los ojos de Rand se habían posado en ella. Aquellos iris tenían ahora un tono azul como el de un brumoso cielo matinal.

Rand reaccionó de inmediato e hizo una reverencia de todo punto innecesaria al tiempo que se pasaba las manos por la chaqueta, como si se limpiara el sudor.

—No me había dado cuenta de que aún... —Enmudeció y se puso colorado; podría tomar como un insulto que hubiera olvidado su presencia—. Quiero decir... No me... En fin, yo... —Respiró hondo y volvió a empezar—. No soy tan estúpido como pueda parecer, pero no todos los días le dicen a uno que ya no lo aman, mi señora.

—Si vuelves a llamarme así —replicó ella con fingida severidad—, me dirigiré a ti con el título de lord Dragón. Y te haré una reverencia. Hasta la reina de Andor debería hacerla ante ti, y yo sólo soy la heredera del trono.

—¡Luz! No hagáis eso. —La advertencia parecía provocarle una intranquilidad desmedida.

—No lo haré, Rand —dijo en un tono más serio—, si tú me tuteas y me llamas por mi nombre, Elayne. Dilo.

—Elayne. —Lo pronunció con cierto embarazo pero también con agrado, como si saboreara las sílabas.

Librodot

—Estupendo. —Qué absurdo sentirse tan complacida; al fin y a la postre, sólo había dicho su nombre. Había algo que tenía que saber antes de poder proseguir—: ¿Te dolió mucho? —No era una pregunta clara, comprendió, ya que podía interpretarse en dos sentidos—. Me refiero a lo que te dijo Egwene.

—No. Sí. Algo. Bueno, no lo sé. Las cosas son como son, después de todo. —Su leve sonrisa quitó hierro a su actitud cautelosa—. Vuelvo a hablar como un necio, ¿no es así?

—A mi modo de ver, no.

—Le dije la pura verdad, pero dudo que me creyera. Supongo que yo tampoco quería creerla a ella. Si eso no es una estupidez, no sé qué puede considerarse como tal.

—Si vuelves a repetir que eres un necio, acabaré creyéndolo. —«No va a intentar aferrarse a ella, así que no tendré que preocuparme en ese sentido.» Hablaba con tranquilidad y con la ligereza suficiente para que comprendiera que en realidad no lo decía en serio—. Una vez vi a un lord cairhienino que me pareció un necio; llevaba una ridícula chaqueta de rayas que le estaba muy grande y que iba adornada con campanillas. Te consideraría un estúpido si llevaras campanillas.

—Supongo que sí —convino tristemente—. Lo tendré en cuenta. —Esta vez su sonrisa fue más amplia y se reflejó en su rostro.

El nerviosismo la instaba a darse prisa, pero la joven se entretuvo en alisarse los pliegues de la falda. Tenía que ir despacio, andar con pies de plomo. «En caso contrario, me tomaría por una chiquilla tonta. Y tendría razón.» El nerviosismo se le había agarrado a la boca del estómago.

—¿Quieres una flor? —preguntó Rand inesperadamente.

—¿Una flor? —Elayne parpadeó, desconcertada.

—Sí. —Fue hacia la cama y cogió un puñado de plumas del cobertor destrozado; se las tendió a la joven—. Anoche hice una para la gobernanta. Cualquiera habría dicho que le había regalado la Ciudadela. Pero la tuya será mucho más bonita —se apresuró a añadir—. Mucho más, lo prometo.

—Rand, yo...

—Tendré cuidado. Sólo hace falta una pizca de Poder. Sólo un hilillo. Y lo haré con mucho cuidado.

Confianza. Debía tener fe en él. Fue una pequeña sorpresa darse cuenta de que, efectivamente, confiaba en Rand.

—Me gustaría mucho.

Pasaron varios segundos durante los cuales Rand contempló fijamente el puñado de plumas, con el entrecejo fruncido. De repente, las dejó caer y se sacudió las manos.

—Flores —dijo—. Ése no es un regalo digno de ti. —Elayne se sintió conmovida; saltaba a la vista que Rand había intentado abrazar el *Saidin* y no lo había conseguido. Disimulando el desengaño con un revuelo de actividad, el joven se dirigió presuroso, todavía cojeando, hacia el paño metálico y empezó a recogerlo—. Esto sí es un regalo digno de la heredera del trono de Andor. Podrías encargar a una costurera que... —Vaciló al no saber qué podría sacar una costurera de un paño de oro y plata de poco más de un metro de largo por sesenta de ancho.

—Estoy segura de que a una costurera se le ocurrirán varias ideas —le dijo diplomáticamente. Sacó de la manga un pañuelo azul claro de seda y se arrodilló para recoger las plumas que él había tirado.

—Las doncellas se encargarán de eso —adujo Rand mientras la joven guardaba el pequeño paquete en la bolsita que colgaba de su cinturón.

—Bueno, esto ya está hecho. —¿Cómo iba a entender él que guardaría las plumas porque había querido hacer una flor con ellas? Rand movió los pies con nerviosismo, sosteniendo el paño metálico como si no supiera qué hacer con él—. La gobernanta debe de tener costureras. Se lo daré a una de ellas. —Rand sonrió animado, y Elayne no vio razón de explicarle que su idea era darlo de regalo. No podía contener el nerviosismo mucho más tiempo—. Rand, ¿te..., te gusto?

—¿Que si me gustas? —Frunció el entrecejo—. Por supuesto que sí. Mucho.

¿Por qué tenía que actuar como si no se enterara de nada?

—Yo siento un gran aprecio por ti, Rand. —La sobresaltó el hecho de decirlo con tanta tranquilidad, ya que el estómago amenazaba con subírsele a la garganta, y tenía las manos heladas—. Más que aprecio. —Ya estaba bien; no pensaba comportarse como una estúpida. «Primero tendrá que decir algo más que "gustar".» Estuvo en un tris de soltar una risa histérica. «No perderé el control. No dejaré que me vea comportarme como una chiquilla tonta que lo mira arrobada. Ni hablar.»

—También yo te aprecio —dijo él lentamente.

—No suelo ser tan atrevida. —Mal. Eso podía hacerle pensar en Berelain. Se había puesto colorado; en efecto, estaba pensando en esa mujer. ¡La Luz lo cegara!—. Tendré que marcharme de Tear dentro de poco, Rand. —Su voz sonaba suave como la seda—. Puede que no vuelva a verte durante meses. —«O nunca», dijo una vocecita en su cabeza, pero Elayne se negó a escucharla—. No podía marcharme sin confesarte lo que siento. Te... Te aprecio mucho.

—Elayne, yo te aprecio a ti. Siento... Quiero... —El rubor de sus mejillas se acrecentó—. Elayne, no sé qué decir, cómo...

De pronto fue ella la que se ruborizó. Rand debía de pensar que intentaba obligarlo a decir algo más. «¿Y no es así?», se burló la misma vocecilla de antes, lo que hizo que el rubor alcanzara la categoría de sofoco.

—Rand, no te pido que... —¡Luz! ¿Cómo decirlo?—. Sólo quería que supieras lo que siento. Eso es todo. —Berelain no se habría parado allí. Berelain ya le habría echado los brazos al cuello a estas alturas. Diciendo para sus adentros que una descocada medio desnuda no iba a ser mejor que la heredera del trono, se acercó a él, le quitó el paño metálico del brazo y lo tiró a la alfombra—. Rand... Rand, quiero que me beses. —Ya estaba. Ya lo había dicho.

—¿Que te bese? —repitió el joven como si no supiera qué significaba tal cosa—. Elayne, no quiero comprometerte más de... Quiero decir, que no es como si estuviéramos prometidos. Y con eso no sugiero que debiéramos estarlo. Es sólo que... Elayne, yo te aprecio. Más que eso. Pero no quiero que pienses que yo...

La joven no pudo menos de reír al verlo tan aturullado, ansioso por explicarse y sin conseguirlo.

—No sé cómo hacéis estas cosas en Dos Ríos, pero en Caemlyn no hay que esperar a estar prometidos para besar a una chica. Y tampoco significa que por hacerlo tengan que prometerse. Claro que, a lo mejor, no sabes cómo...

Rand la estrechó entre sus brazos casi con rudeza, y sus labios se

aplastaron contra los suyos. A Elayne empezó a darle vueltas la cabeza, y los dedos de los pies parecieron querer apelotonarse dentro de las zapatillas. Al cabo de un tiempo —no estaba segura de cuánto— fue consciente de estar recostada contra su pecho, sintiendo temblorosas las rodillas, y boqueando para coger aire.

—Perdona que te haya interrumpido —dijo él. Elayne se alegró de advertir un cierto jadeo en su voz—. Sólo soy un torpe pastor de Dos Ríos.

—Eres desmañado —musitó contra su camisa—, y no te has afeitado esta mañana, pero yo no diría que eres torpe.

—Elayne, yo…

Ella le puso los dedos sobre los labios.

—No quiero oírte decir una sola cosa más si no lo haces de todo corazón —manifestó firmemente—. Ni ahora ni nunca.

Rand asintió, no como si entendiera el porqué, pero al menos sí se dio cuenta de que hablaba en serio. Se atusó el cabello —la sarta de zafiros estaba tan enredada en los mechones que no podría arreglarla a menos que tuviera un espejo—, y rompió el cerco de sus brazos aunque de mala gana; con lo fácil que sería seguir así, pero ya había sido más descarada de lo que habría imaginado nunca. Decir esas cosas que había dicho; pedirle un beso. ¡Pedírselo! Ella no era Berelain.

Berelain. Quizá Min había tenido una visión, y lo que Min veía, ocurría. Pero no pensaba compartirlo con Berelain. Tal vez hacía falta que hablara con más claridad. O al menos con indirectas lo bastante claras.

—Supongo que no te faltará compañía cuando me marche. Recuerda únicamente que algunas mujeres miran a un hombre con el corazón, mientras que otras lo hacen como si fuera un adorno para lucir, igual que un collar o un brazalete. Recuerda que volveré y que soy de las que miran con el corazón. —Al principio, él pareció desconcertado, y después algo alarmado. Había dicho mucho, y muy deprisa. Tenía que distraerlo—. ¿Sabes algo que no has hecho? No has intentado ahuyentarme aduciendo lo peligroso que eres. No lo hagas ahora, porque ya es demasiado tarde.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. —Pero sí se le ocurrió otra cosa, y sus ojos se estrecharon en un gesto desconfiado—. ¿Tramasteis esto entre Egwene y tú?

Elayne se las arregló para adoptar una expresión entre estupefacta y ofendida.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar algo así? ¿Es que imaginas que íbamos a pasarte de una a otra como si fueras un bulto? Me parece que te das demasiada importancia. ¿Sabes que a la gente así se la llama presuntuosa? —Ahora estaba turbado. Estupendo—. ¿Lamentas lo que nos hiciste, Rand?

—No era mi intención asustaros —respondió vacilante—. Egwene me puso furioso, cosa que siempre ha logrado sin tener que esforzarse mucho. Pero eso no me sirve de disculpa, lo sé. Dije que lo sentía, y es verdad. Me dejé dominar por la ira y fíjate en lo que acabó: mesas quemadas y otro cobertor destrozado.

—¿Y… lo del pellizco?

De nuevo se puso colorado, pero a pesar de ello le sostuvo la mirada firmemente.

—No. No, eso no lo lamento. Las dos estabais hablando de mí como si fuera un trozo de madera sin oídos ni sentimientos. Os estuvo bien

empleado, a las dos, y no pienso cambiar de opinión.

Se quedó mirándolo unos instantes. El joven se frotó los brazos cuando Elayne abrazó de repente el *Saidar.* No sabía cómo realizar la Curación, pero había aprendido un poco de aquí y otro de allí que le daba cierta idea. Encauzó la energía y calmó el dolor que le había causado con el pellizco. Rand abrió mucho los ojos por la sorpresa, y cambió el peso de uno a otro pie como probando si había dejado de dolerle.

—Por ser sincero —le dijo la joven.

Sonó una llamada en la puerta, y Gaul se asomó. Al principio el Aiel mantuvo agachada la cabeza, pero tras echarles un rápido vistazo la levantó. El rubor tiñó las mejillas de Elayne al ser consciente de que el Aiel temía haber interrumpido algo que no debía ver. Faltó poco para que la heredera del trono entrara de nuevo en contacto con el *Saidar* y le diera una lección.

—Los tearianos está aquí —anunció Gaul—. Los Grandes Señores que esperabais.

—Entonces me marcho —le dijo Elayne a Rand—. Tienes que hablar con ellos sobre... impuestos, ¿no es así? Piensa en lo que te he dicho. —Nada de «piensa en mí», pero estaba segura de que tendría el mismo efecto.

Alzó una mano como si pensara detenerla, pero la joven la esquivó y se escabulló. No estaba dispuesta a montar un espectáculo delante de Gaul. Era un Aiel, pero ¿qué pensaría de ella, perfumada y luciendo zafiros a esa hora de la mañana? Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no tirar hacia arriba del escote del vestido.

Los Grandes Señores entraron cuando ella llegaba a la puerta; era un puñado de hombres que ya peinaban canas, con barbas puntiagudas y ataviados con lujosas chaquetas de mangas abullonadas. Le abrieron paso con precipitación y se inclinaron de mala gana; ni sus rostros complacientes ni sus murmullos corteses ocultaron el alivio que sentían por su marcha.

Echó una ojeada hacia atrás desde la puerta. Joven, alto, de hombros anchos, vestido con una sencilla chaqueta verde en medio de los Grandes Señores con sus sedas y perifollos, Rand parecía una cigüeña entre pavos reales; sin embargo, tenía algo, una apostura que ponía de manifiesto que él estaba al mando por propio derecho. Los tearianos lo percibían y, aunque a regañadientes, inclinaron las orgullosas testas ante él. Seguramente Rand pensaba que lo hacían porque era el Dragón Renacido, y puede que ellos también creyeran lo mismo. Pero Elayne conocía hombres, como Gareth Bryne, el capitán general de la guardia de su madre, que habrían dominado una habitación aun vistiendo harapos, sin un título y sin que nadie los conociera. Rand no lo sabría, pero era ese tipo de hombre. No lo era cuando los conoció, pero sí ahora. Cerró la puerta al salir.

Los Aiel que estaban de guardia la miraron de reojo, y el capitán al mando del anillo de los Defensores situado en el centro de la antesala la observó con nerviosismo, pero Elayne no reparó en ellos. Estaba hecho. O, por lo menos, se había dado el primer paso. Disponía de tres días antes de que Joiya y Amico fueran embarcadas en ese barco; cuatro días como mucho para asentarse en los pensamientos de Rand tan firmemente que no hubiera lugar para Berelain. Y, si no tanto, lo bastante firme para estar presente en ellos hasta que tuviera ocasión de hacer algo más. Jamás se le había ocurrido que haría algo así, acechar a un hombre como haría un cazador con un jabalí. Los nervios le atenazaban todavía el estómago, pero por lo menos había conseguido ocultárselo a él. Se le ocurrió que ni una sola vez había

pensado en lo que diría su madre. Morgase tenía que aceptar que su hija era ya una mujer; eso era todo.

Los Aiel se inclinaron cuando pasó ante ellos, y la joven respondió con un grácil gesto de la cabeza que habría enorgullecido a su regia madre. Hasta el capitán teariano la observaba como si advirtiera la serenidad que irradiaba ahora. La joven dudaba que nunca más sintiera el pinchazo de los nervios en el estómago. Por culpa del Ajah Negro, tal vez, pero no por Rand.

Sin hacer caso al semicírculo de ansiosos Grandes Señores, Rand contempló, maravillado, cómo se cerraba la puerta detrás de Elayne. El que un sueño se hiciera realidad, aunque sólo fuera en parte, le producía inquietud. Un baño en el Bosque de las Aguas era una cosa, pero otra era soñar con que ella viniera a él así. Se había mostrado tan sosegada, tan segura de sí misma, mientras que él no dejaba de balbucir. Y Egwene, sincerándose y haciéndose eco de sus propios pensamientos, preocupada sólo de que pudiera herirlo. ¿Por qué las mujeres se venían abajo o montaban en cólera por una nimiedad y sin embargo ni siquiera pestañeaban con lo que dejaba boquiabierto a un hombre?

—Mi señor Dragón... —murmuró Sunamon, más tímidamente de lo que era habitual en él. La noticia ya debía de haberse propagado por la Ciudadela aquella mañana; el primer grupo casi había salido corriendo de la habitación, y no parecía probable que Torean se dejara ver o hiciera sus sucias insinuaciones estando Rand presente.

Sunamon esbozó una sonrisa zalamera que contuvo de inmediato al tiempo que se secó el sudor de sus regordetas manos cuando Rand volvió la vista hacia él. Los demás simularon no ver las mesitas quemadas ni el cobertor destrozado ni las informes masas medio derretidas sobre la repisa de la chimenea que antes eran dos lobos y un ciervo. A los Grandes Señores se les daba muy bien ver sólo lo que querían ver. Carleon y Tedosian, que hacían gala de una falsa modestia pretendiendo quedar en un segundo plano, cosa de todo punto imposible con sus orondas anatomías, ni siquiera se daban cuenta de que resultaba chocante su empeño manifiesto de no mirarse el uno al otro. Claro que Rand no habría reparado en el detalle a no ser por la nota de Thom que encontró en un bolsillo de la chaqueta que acababan de traerle limpia.

—¿Deseabais vernos, lord Dragón? —consiguió articular Sunamon.

¿Lo habrían planeado entre Elayne y Egwene? No, claro que no. Las mujeres tampoco hacían esas cosas. ¿O sí? No, debía de ser una coincidencia. Elayne había oído que estaba libre de su compromiso y decidió hablar con él. Sí, eso tenía que ser.

—Los impuestos —bramó. Los señores tearianos no movieron un solo músculo, pero dio la impresión de que se echaban hacia atrás. Cómo detestaba tratar con estos hombres; y qué ganas tenía de enfrascarse de nuevo en los libros.

—Es un mal precedente bajarlos, mi señor Dragón —dijo un hombre delgado y canoso con voz zalamera. Meilan era alto para la media teariana, sólo un palmo más bajo que Rand, y tan duro como cualquier Defensor. Mantenía una postura algo inclinada en presencia de Rand; sus oscuros ojos dejaban traslucir que odiaba tener que hacerlo. Pero también le molestó cuando Rand les dijo que dejaran de agacharse ante él. Ninguno de ellos se irguió, pero sobre todo a Meilan no le gustó que le recordaran que mostraba

una actitud sumisa—. Los campesinos siempre han cumplido con los pagos; pero, si bajamos los impuestos, cuando llegue el día que volvamos a subirlos al nivel actual los muy necios protestarán tan destempladamente como si les hubiéramos doblado los diezmos establecidos ahora. Podrían estallar desórdenes ese día, mi señor Dragón.

Rand cruzó la estancia y se plantó delante de *Callandor*; la espada de cristal relucía de tal modo que eclipsaba el brillo de los dorados y las gemas que la rodeaban. Un recordatorio de quién era él y el poder que podía manejar. Egwene. Qué tontería sentirse herido por decirle que ya no lo amaba. ¿Por qué esperaba que albergara unos sentimientos hacia él que él no sentía hacia ella? Aun así, dolía. Era un alivio, pero no agradable.

—Tendréis desórdenes si expulsáis a esos hombres de sus granjas.

Había tres libros apilados casi a los pies de Meilan. *Los tesoros de la Ciudadela de Tear, Viajes por el Yermo,* y *Tratos con el territorio de Mayene.* Las claves estaban en ellos, y en las diversas traducciones de *El Ciclo Karaethon;* sólo tenía que hallarlas y hacer que encajaran donde correspondían. Desechó estas ideas y se obligó a prestar atención a los Grandes Señores.

—¿Creéis que se quedarán sin hacer nada mientras sus familias se mueren de hambre?

—Los Defensores de la Ciudadela ya han sofocado revueltas antes, mi señor Dragón —apuntó Sunamon sosegadamente—. Y nuestros propios guardias pueden mantener el orden en el campo. Los campesinos no os molestarán, os lo aseguro.

—Y hay campesinos de sobra tal como están las cosas. —Carleon se encogió ante la mirada feroz que le asestó Rand—. Es por la guerra civil de Cairhien, mi señor —se apresuró a explicar—. Los cairhieninos no pueden comprar trigo, y los graneros están a reventar. La cosecha de este año se perderá tal como van las cosas. Y el año que viene... Diantres, mi señor Dragón, lo que necesitamos es que algunos de esos campesinos interrumpan su incesante cavar y sembrar. —Por lo visto se dio cuenta de que había hablado más de la cuenta, aunque era evidente que no sabía por qué lo había hecho.

Rand se preguntó si tendría la más ligera idea de cómo o por qué llegaba la comida a su mesa. ¿Veía algo más que no fuera el oro y el poder?

—¿Qué haréis cuando los cairhieninos vuelvan a comprar trigo? —inquirió fríamente—. En cualquier caso, ¿no hay otros países que necesiten grano? —¿Por qué habría hablado Elayne en esos términos? ¿Qué era lo que esperaba de él? Había dicho que lo apreciaba. Las mujeres sabían jugar con las palabras como las Aes Sedai. ¿Habría querido decir que lo amaba? No, eso era completamente absurdo. Una presunción excesiva por su parte.

—Mi señor Dragón —intervino Meilan en una actitud en parte servil y en parte prepotente, como si estuviera explicando algo a un niño—, si la guerra civil acabara hoy, Cairhien seguiría sin poder comprar más que la carga de unas cuantas gabarras durante dos o incluso tres años. Y siempre hemos vendido nuestro trigo a Cairhien.

Siempre significaba veinte años, desde la Guerra de Aiel. Estaban tan condicionados a lo que habían hecho siempre que eran incapaces de ver lo que era tan simple. O no les interesaba verlo. Cuando las coles crecían tan abundantes como la mala hierba en Campo de Emond era casi seguro que había caído una tormenta de granizo o había una plaga de orugas blancas

Librodot

en Deven Ride o en Colina del Vigía. Cuando en Colina del Vigía había demasiados nabos, en Campo de Emond habría escasez, o en Deven Ride.

—Ofrecédselo a Illian —les dijo. ¿Qué esperaba Elayne?—. O a Altara. —Le gustaba mucho, pero igual le gustaba Min. O eso creía. Le resultaba imposible determinar lo que sentía por la una y por la otra—. Tenéis navíos para el mar así como barcos fluviales y gabarras, y si no hay suficientes, alquiládselos a Mayene. —Las dos mujeres le gustaban, pero aparte de eso... Se había pasado casi toda su vida bebiendo los vientos por Egwene, y no estaba dispuesto a caer en lo mismo otra vez hasta estar muy seguro. Seguro de algo. Si se daba crédito a lo dicho en *Tratos con el territorio de Mayene...* «Basta de elucubraciones. Estáte atento a estas comadrejas o encontrarán resquicios por los que escabullirse y de paso darte una dentellada», se exhortó—. Pagad con grano; estoy seguro de que la Principal se mostrará bien dispuesta si se le ofrece un buen precio. Puede que incluso se avenga a firmar un acuerdo, un tratado... —Ése era un buen término, de los que gustaban de utilizar ellos—, por el que nos comprometamos a dejar en paz a Mayene a cambio de barcos. —Se lo debía a Berelain.

—Apenas tenemos intercambio comercial con Illian, mi señor Dragón. Son unos buitres, escoria. —Tedosian parecía escandalizado, como también Meilan, que añadió:

—Siempre hemos tratado con Mayene desde una posición de fuerza, mi señor Dragón. Jamás con la rodilla hincada.

Rand inhaló profundamente, y los Grandes Señores se pusieron tensos. Siempre se llegaba al mismo punto muerto. Rand intentaba razonar con ellos y siempre fracasaba en su empeño. Thom decía que los Grandes Señores tenían la cabeza tan dura como la piedra de la Ciudadela, y estaba en lo cierto. «¿Qué sentimientos me inspira? Mira que soñar con ella... Es realmente guapa.» Ni él mismo sabía si se refería a Elayne o a Min. «¡Basta ya! Un beso sólo es un beso. ¡Basta ya!» Alejó de su mente a las mujeres con determinación, y se dispuso a explicar a estos estúpidos testarudos lo que tenían que hacer.

—En primer lugar, bajaréis los impuestos a los granjeros a una cuarta parte de lo que pagan ahora, y a la mitad al resto. ¡No discutáis! ¡Hacedlo, y basta! En segundo lugar, id a hablar con Berelain y preguntadle, ¡preguntadle!, su precio para alquilar los...

Los Grandes Señores escucharon con falsas sonrisas y rechinando los dientes; pero escucharon.

Egwene iba pensando en Joiya y Amico cuando Mat apareció y se puso a caminar a su lado pasillo abajo como si por casualidad llevaran el mismo camino. Estaba ceñudo, y llevaba el cabello despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él. La miró de soslayo una o dos veces, pero no habló. Los sirvientes con los que se cruzaban hacían reverencias o se inclinaban, al igual que los contados Grandes Señores o damas que encontraron, aunque con mucho menos entusiasmo. Las miradas despectivas de Mat a los nobles le habrían ocasionado problemas si no hubiera estado ella, aunque fuera amigo del lord Dragón.

Estar callado no era propio de él, del Mat que Egwene conocía. A excepción de su excelente chaqueta roja —arrugada como si hubiera dormido con ella puesta— no parecía diferente del antiguo Mat, pero sin duda todos ellos habían cambiado. Su silencio resultaba incómodo.

Librodot

—¿Te preocupa algo ocurrido anoche? —le preguntó finalmente.

Mat perdió el ritmo del paso un momento.

—¿Lo sabes? Bueno, es lógico que lo sepas. No, no me preocupa. Tampoco fue para tanto. En cualquier caso, ya ha pasado, y me trae al fresco.

Egwene fingió creerle.

—Nynaeve y yo apenas te vemos. —Eso era una estimación más que generosa.

—He estado ocupado —masculló encogiéndose de hombros con desasosiego y mirando a cualquier parte menos a ella.

—¿Con los dados?

—No, cartas. —Una doncella rellenita que iba cargada con toallas les hizo una reverencia, miró a Egwene y, pensando por lo visto que la joven no la estaba mirando, le guiñó el ojo a Mat. Él le sonrió—. He estado muy ocupado jugando a las cartas.

Egwene enarcó las cejas manifiestamente. La doncella debía de tener por lo menos diez años más que Nynaeve.

—Entiendo. Deben de llevar mucho tiempo esas cosas. Jugar a las cartas, quiero decir. Demasiado para que dediques unos minutos a los viejos amigos.

—La última vez que estuve contigo, Nynaeve y tú me atasteis con el Poder como si fuera un cochino listo para llevar al mercado y así poder rebuscar en mi habitación tanto como quisisteis. Los amigos no se roban entre sí. —Hizo una mueca—. Además, estás siempre con esa engreída Elayne, que va apuntando con la nariz al cielo. O con Moraine. No me gusta... —Carraspeó para aclararse la garganta y la miró de soslayo—. No me gusta hacerte perder el tiempo. Estás muy ocupada, por lo que he oído comentar. Interrogando a las Amigas Siniestras y haciendo toda clase de cosas importantes, imagino. Sabes que los tearianos creen que eres una Aes Sedai, ¿verdad?

Sacudió la cabeza tristemente. Lo que a Mat no le gustaba eran las Aes Sedai. Por mucho mundo que viera, jamás cambiaría su manera de pensar.

—Yo no considero robar el recuperar algo que se había prestado —le respondió.

—No recuerdo que dijeras nada sobre que fuera un préstamo. Ah, ¿para qué me sirve a mí una carta de la Amyrlin? Sólo para ocasionarme problemas. Pero podrías habérmela pedido.

Egwene se contuvo para no recalcar que era eso exactamente lo que habían hecho. No quería discutir ni que se marchara de mal humor. Aunque él no lo admitiría, desde luego. Esta vez dejaría que se saliera con la suya, sin discutir su versión.

—Bueno, me alegro de que sigas queriendo hablar conmigo. ¿Hay alguna razón especial hoy?

Mat se pasó los dedos entre el pelo y masculló entre dientes. Lo que le estaba haciendo falta era que su madre lo cogiera por la oreja y le diera una buena charla. Egwene se exhortó a tener paciencia. Podía hacerlo cuando se lo proponía. No diría una sola palabra si él no hablaba antes, aunque reventara.

El pasillo desembocó en una galería con columnas de mármol blanco que se asomaba a uno de los contados jardines de la Ciudadela. Unas grandes flores blancas cuajaban las copas de unos cuantos árboles

Librodot

pequeños de hojas suculentas y soltaban un aroma más dulce que los macizos de rosas rojas y amarillas. La leve brisa no conseguía mover las colgaduras de la parte interior del muro, pero sí aliviaba el creciente bochorno matinal. Mat tomó asiento en la ancha balaustrada, con la espalda apoyada en una columna y el pie encaramado delante de él. Contempló un momento el jardín antes de hablar.

—Yo... necesito consejo.

¿Le estaba pidiendo consejo a ella? Lo miró sin salir de su asombro.

—Haré cuanto pueda para ayudarte —musitó. Mat volvió la cabeza hacia ella, y Egwene se esforzó para adoptar una actitud sosegada lo más parecida posible a la que tendría una Aes Sedai—. ¿Sobre qué necesitas consejo?

—No lo sé.

Había una caída de nueve metros al jardín. Además, allí abajo había hombres quitando malas hierbas entre los rosales. Si lo empujaba, con un poco de suerte caería encima de uno de ellos. De uno de los jardineros, no de un rosal.

—Entonces ¿cómo voy a aconsejarte? —preguntó.

—Estoy... decidiendo qué hacer.

Parecía turbado y, en opinión de Egwene, tenía motivos para estarlo.

—Confío en que no estarás pensando en marcharte. Sabes lo importante que eres. No puedes escapar a tu destino, Mat.

—¿Crees que no lo sé? Dudo incluso que pudiera marcharme aun en el caso de que Moraine me dijera que me fuera. Créeme, Egwene, no voy a ninguna parte. Sólo quiero saber qué va a pasar. —Sacudió la cabeza bruscamente, y el timbre de su voz se tornó tenso—. ¿Qué es lo siguiente? ¿Qué se esconde en esas lagunas de mi memoria? Hay partes de mi vida que ni siquiera están ahí, no existen, como si nunca hubieran ocurrido. ¿Por qué de repente empiezo a mascullar en una jerga que no entiendo? La gente dice que es la Antigua Lengua, pero para mí sólo es un galimatías. Quiero saber, Egwene, tengo que saber, antes de que me vuelva tan loco como Rand.

—Rand no está loco —replicó de manera automática. Así que Mat no intentaba escapar. Aquello era una agradable sorpresa; siempre había eludido las responsabilidades, pero su voz dejaba traslucir dolor y preocupación. Mat nunca se había preocupado o no había demostrado que lo estuviera—. No conozco las respuestas, Mat —respondió dulcemente—. Quizá Moraine...

—¡No! —Se puso de pie de un salto—. ¡Nada de Aes Sedai! Quiero decir... Tú eres diferente. Te conozco, y no eres... ¿No te enseñaron en la Torre algún truco que sirviera para este caso?

—Oh, no, Mat, cuánto lo siento. De veras.

La risa que soltó el joven le recordó a Egwene su infancia juntos. Así se había reído siempre cuando sus mayores expectativas se iban al garete.

—En fin, supongo que no importa. Todavía queda la Torre como último recurso. No te des por ofendida. —Era quejarse por una astilla clavada en un dedo y soportar la cura de una pierna rota como si fuera algo nimio.

—Puede que haya un modo —dijo Egwene lentamente—. Si Moraine da su visto bueno, cosa que probablemente hará.

—¡Moraine! ¿Es que no has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho? No quiero que Moraine se entrometa. ¿Qué modo?

Mat siempre había sido impulsivo. Pero sólo quería lo mismo que ella:

saber. Ojalá actuara alguna vez con un poco de sentido común y prudencia. En ese momento pasó por la galería una noble teariana de oscuras trenzas enroscadas a la cabeza y vestido amarillo que le dejaba los hombros al aire; les hizo una ligera reverencia mirándolos inexpresivamente y siguió rápidamente su camino con la espalda muy recta. Egwene la siguió con la mirada hasta que se encontró a bastante distancia para no oírlos. Volvían a estar solos, a no ser que contaran los jardineros que trabajaban allá abajo. Mat la observaba expectante.

Al final le habló del *ter'angreal,* el retorcido umbral que ofrecía respuestas al otro lado. Puso especial énfasis en los peligros que entrañaba: las consecuencias de hacer preguntas necias o que estuvieran relacionadas con la Sombra; y los posibles peligros desconocidos incluso por las Aes Sedai. Se sentía muy halagada de que hubiera recurrido a ella, pero su amigo tenía que demostrar un poco de sentido común.

—Tienes que recordar, Mat, que las preguntas frívolas pueden acarrearte la muerte, así que si decides utilizarlo tendrás que actuar con seriedad, para variar. Y no debes hacer ninguna pregunta que esté relacionada con la Sombra.

El joven la escuchaba con creciente incredulidad y, cuando Egwene terminó de hablar, exclamó:

—¿Tres preguntas? Es decir, que entras como Bili, el del cuento, pasas una noche allí y cuando vuelves han transcurrido diez años y llevas una bolsa que siempre está llena de oro y…

—Matrim Cauthon —espetó—, por una vez en tu vida no te comportes como un necio. Sabes muy bien que los *ter'angreal* no son cuentos y que hay que estar advertido del peligro que conllevan. Tal vez las respuestas que buscas se encuentran dentro de éste, pero no se te ocurra intentarlo hasta que Moraine diga que puedes hacerlo. Tienes que prometérmelo o te juro que te llevaré ante ella como una trucha ensartada en una cuerda. Sabes que soy capaz de hacerlo.

Mat resopló con desdén.

—Sería un necio si lo intentara, me dé o no Moraine su permiso. ¿Que me meta en un condenado *ter'angreal*? Me seduce tanto como tener algo que ver con el Poder. Olvídalo.

—Es lo único que se me ocurre, Mat.

—Gracias, pero no —repuso firmemente—. Prefiero no tener opción a probar con ésa.

A despecho de su tono displicente, Egwene deseó rodearlo con el brazo y animarlo, pero seguramente él haría algún comentario chusco a sus expensas e intentaría tomarle el pelo. Era incorregible desde el día en que nació. Pero había acudido a ella buscando ayuda.

—Lo siento, Mat. ¿Qué vas a hacer?

—Oh, jugar a las cartas, supongo. Si es que alguien quiere jugar conmigo. Echar partidas de damas con Thom. Los dados en las tabernas. Al menos todavía puedo ir a la ciudad. —Su mirada fue hacia una sirvienta que pasaba, una muchacha delgada de oscuros ojos, más o menos de su edad—. Encontraré algo con lo que ocupar las horas.

Egwene sentía unas ganas tremendas de darle una bofetada, pero en lugar de ello dijo con desconfianza:

—Mat, de verdad no estás pensando marcharte, ¿no?

—Y, si así fuera, ¿se lo dirías a Moraine? —Levantó las manos

Librodot

previniendo el posible cachete de su amiga—. No será menester. Ya te lo he dicho, no pienso marcharme. Y no fingiré que no me gustaría, pero no lo haré. ¿Te basta con eso? —Frunció la frente en un gesto pensativo—. Egwene, ¿alguna vez deseas estar de vuelta en casa? ¿Que nada de esto hubiera pasado?

Era una pregunta sorprendente viniendo de él, pero la joven sabía la respuesta.

—No. A pesar de todo lo ocurrido, no. ¿Y tú?

—Sería un tonto si lo deseara, ¿no crees? —Se echó a reír—. Me gustan las ciudades, y ésta servirá de momento. Egwene, no le contarás a Moraine lo que hemos hablado, ¿verdad? Lo de pedir consejo y todo lo demás, ya sabes.

—¿Por qué no quieres que se lo cuente? —preguntó, desconfiada. Al fin y al cabo, la persona que tenía delante era Mat. Él se encogió de hombros, turbado.

—He procurado mantenerme lejos de ella con más empeño aún que de... En fin, que la he estado evitando, especialmente cuando quería hurgar dentro de mi cabeza. Si le cuentas lo que hemos hablado a lo mejor piensa que estoy dando mi brazo a torcer. No se lo dirás, ¿verdad?

—No lo haré si me prometes que no te acercarás al *ter'angreal* sin antes pedirle permiso. Ahora me arrepiento de haberte hablado de ello.

—Lo prometo. —Sonrió—. No me acercaré a esa cosa a menos que mi vida dependa de ello, lo juro —terminó con fingida solemnidad.

Egwene sacudió la cabeza. Por mucho que cambiara todo, Mat seguiría siendo el mismo.

Librodot

CAPÍTULO 9

Decisiones

Hubo tres días de bochorno en los que el calor y la humedad dejaron aplanados incluso a los tearianos. La ciudad se sumió en una especie de letargo que aún era más acusado en la Ciudadela. Las criadas parecían a punto de dormirse mientras trabajaban, y la gobernanta les tiraba de las trenzas con frustración, pero ni siquiera ella tenía fuerza suficiente para darles en los nudillos o tirarles de la oreja. Los Defensores de la Ciudadela dormitaban en sus puestos como velas medio derretidas, y los oficiales mostraban mucho más interés en una copa de vino frío que en hacer las rondas. Los Grandes Señores pasaban la mayor parte del tiempo en sus aposentos y dormían durante las horas más calurosas del día; unos cuantos se marcharon de la Ciudadela buscando la relativa frescura de las haciendas que poseían en el lejano este, en las estribaciones de la Columna Vertebral del Mundo. Cosa curiosa, los forasteros, a los que afectaba el calor más que a nadie, eran los únicos cuya actividad no había bajado de ritmo por no decir que era aun más febril. El terrible calor no los agobiaba tanto como el imparable transcurrir de las horas.

Mat no tardó en descubrir que no se había equivocado respecto a la reacción de los jóvenes nobles que estaban presentes cuando los naipes trataron de matarlo. No sólo lo esquivaban sino que divulgaron lo ocurrido, a menudo tergiversándolo, entre sus amigos; cualquiera de la Ciudadela que dispusiera de dos monedas lo esquivaba cuando se encontraba con él tras mascullar unas palabras de disculpa. Los rumores habían trascendido fuera del círculo de nobles, y más de una criada que había aceptado gustosa sus abrazos ahora también lo rechazaba; incluso dos de ellas, muy nerviosas, llegaron a decirle que habían oído comentar que era peligroso quedarse a solas con él. Perrin estaba absorto en sus propios problemas, y Thom solía desaparecer como por arte de magia; Mat no tenía la menor idea de qué era lo que tenía tan ocupado al juglar, pero no había forma de localizarlo, ni de noche ni de día. Por el contrario, a Moraine, la persona que Mat habría querido que se olvidara de él, se la encontraba cada vez que se daba la vuelta; o se cruzaba con él o pasaba a lo lejos por un pasillo, pero sus ojos se clavaban en los del joven cada vez que se veían, y por su expresión habríase dicho que sabía lo que Mat estaba pensando y lo que quería, pero que conocía el modo de conseguir en cambio que hiciera lo que quería ella. Aun así, nada de esto influyó en cierto aspecto de su conducta: siguió encontrando excusas para retrasar la partida un día más. A su modo de ver, *no* le había prometido a Egwene que se quedaría. Pero lo hizo.

En una ocasión bajó con una lámpara a las entrañas de la Ciudadela, a lo que llamaban la Gran Reserva, y llegó a la puerta carcomida que había al final del estrecho corredor. Sin traspasar el umbral del oscuro cuarto

escudriñó las borrosas formas cubiertas con fundas polvorientas, las cajas y los barriles amontonados sin orden cuyas tapas servían de repisas para infinidad de estatuillas y tallas y extraños objetos de cristal y de metal; fueron suficientes unos minutos para que saliera presuroso de allí.

—¡Tendría que ser un redomado majadero para intentar algo así! —rezongó.

No obstante, nada le impedía deambular por la ciudad; y no había la menor posibilidad de encontrarse con Moraine en las tabernas del Maule, el barrio portuario, ni en las posadas de Chalm, donde las trastiendas y almacenes eran a menudo unos lugares sucios, escasamente iluminados y abarrotados de gente, donde se consumía vino barato y mala cerveza, había alguna que otra pelea, y se jugaban interminables partidas de dados. Las apuestas eran pequeñas comparadas con las que acostumbraba hacer, pero ése no era el motivo de que acabara regresando siempre a la Ciudadela al cabo de unas horas. Procuraba no pensar qué era lo que lo impelía a volver allí, cerca de Rand.

Perrin veía a Mat de vez en cuando en las tabernas del puerto, bebiendo vino barato en exceso y jugando a los dados como si no le importara gran cosa perder o ganar; en una ocasión sacó un cuchillo con presteza cuando un fornido marinero comentó con insistencia la frecuencia con que ganaba. No era propio de Mat ser tan irascible, pero Perrin lo eludió en lugar de preguntarle por qué estaba de tan mal humor; no había ido allí para beber ni jugar a los dados, y los que pensaron provocarlo para iniciar una pelea cambiaron de idea al fijarse bien en sus anchos y fornidos hombros, y en sus ojos. En cambio invitaba a cerveza barata a los marineros vestidos con amplios pantalones de cuero y a los marchantes que lucían finas cadenas de plata sobre las pecheras de sus chaquetas y a cualquier hombre que tuviera aspecto de proceder de un país lejano. Iba a la caza de rumores, algo que pudiera alejar a Faile de Tear. De él.

Estaba seguro de que, si le encontraba alguna aventura, algo que apuntara la posibilidad de que su nombre entrara en la historia, la muchacha se marcharía. Hacía como si entendiera la razón de que él tuviera que quedarse, pero de vez en cuando todavía insinuaba que quería marcharse y que esperaba que él quisiera acompañarla. Perrin estaba convencido de que el cebo apropiado la atraería con bastante fuerza para hacerla partir; sin él.

Como le ocurría a él, Faile identificaría la mayoría de los rumores como versiones tergiversadas de la verdad que se habían quedado anticuadas. Se decía que la guerra que se extendía por el Océano Aricio era obra de unas gentes de las que nadie había oído hablar hasta entonces y que se llamaban sanchin o senchan o algo parecido —había oído distintas variantes de los numerosos informadores—, un pueblo extraño que podría ser el ejército de Artur Hawkwing que regresaba al cabo de miles de años. Un tipo, un tarabonés tocado con un gran sombrero rojo y que lucía un bigote espeso como un cepillo, le aseguró solemnemente que el propio Hawkwing en persona dirigía a estas gentes, con la legendaria espada *Justicia* enarbolada en su mano. Corrían rumores de que se había encontrado el Cuerno de Valere, cuya llamada sacaría a los héroes legendarios de sus tumbas para luchar en la Última Batalla. En Ghealdan habían estallado revueltas por todo el país; Illian padecía una epidemia de locura colectiva; en Cairhien la hambruna estaba aminorando el ritmo de las matanzas; en alguna parte de

Librodot

las Tierras Fronterizas se habían incrementado las incursiones de los trollocs. Perrin no podía enviar a Faile a ninguno de estos conflictos ni siquiera para sacarla de Tear.

La información respecto a unos disturbios en Saldaea parecía prometedora —su propia tierra tenía que resultarle atractiva, y Perrin se había enterado de que Mazrim Taim, el falso Dragón, estaba a buen recaudo en manos de las Aes Sedai—, pero nadie conocía el alcance ni el motivo de dichos disturbios. Inventarse algo no daría resultado; antes de ir tras cualquier información que le diera él, Faile llevaría a cabo sus propias pesquisas para asegurarse. Además, cualquier disturbio en Saldaea podía ser tan peligroso como los otros conflictos de los que se hablaba.

Y tampoco podía decirle a la joven adónde iba cuando se ausentaba porque entonces le preguntaría la razón. Sabía que no era como Mat, que a él no le gustaba pasarse las horas muertas en tabernas. Nunca se le había dado bien mentir, así que eludía sus preguntas con evasivas, de modo que Faile empezó a asestarle largas miradas de soslayo sin decir una palabra. En esta situación, sólo le restaba redoblar sus esfuerzos para encontrar una historia lo bastante tentadora para alejarla de la Ciudadela. Tenía que apartarla de él antes de que la mataran por su culpa. No había más remedio.

Egwene y Nynaeve pasaron más horas con Joiya y Amico, aunque sin el menor resultado. Las historias de las dos mujeres no sufrieron ninguna variación. A pesar de las protestas de Nynaeve, Egwene probó incluso a contarle a cada una de ellas lo que había dicho la otra para ver si así soltaban la lengua. Amico la miró de hito en hito y gimoteó que no había oído ni una palabra de semejante plan para añadir de inmediato que cabía la posibilidad de que fuera verdad. Tal vez. La ansiedad por complacerlas la hacía sudar. Por su parte, Joiya le respondió que fueran a Tanchico si querían.

—He oído comentar que se ha convertido en una ciudad muy peligrosa —dijo sosegadamente, con los negros ojos reluciendo—. El rey conserva en su poder poco más que la urbe propiamente dicha, y tengo entendido que ya no se vela por el orden público. Ahora son la fuerza bruta y las armas las que mandan en Tanchico. Pero, si os apetece, id.

No se había recibido ninguna noticia de Tar Valon e ignoraban si la Amyrlin estaba ocupándose de la posible amenaza de liberar a Mazrim Taim. Desde que Moraine había enviado las palomas había transcurrido tiempo de sobra para que llegara un mensaje, ya fuera en un barco fluvial o a través de un jinete que cabalgara de continuo cambiando de caballo; suponiendo que la Aes Sedai las hubiera enviado realmente. Egwene y Nynaeve discutieron respecto a esto; la antigua Zahorí admitía que la Aes Sedai no podía mentir, pero intentaba encontrar algún doble sentido a sus palabras. Moraine no parecía preocupada por la falta de noticias de la Amyrlin, aunque era difícil adivinar qué había bajo la fría calma tras la que se escudaba.

Egwene sí estaba preocupada por eso y por si la historia de Tanchico era una pista falsa o real o una trampa. En la biblioteca de la Ciudadela había libros sobre Tarabon y Tanchico; pero, aunque leyó hasta que le dolieron los ojos, no encontró ninguna clave respecto a algo peligroso para Rand. El calor y la zozobra la condujeron a un estado de irritación tal que a veces estaba tan irascible como Nynaeve.

Algunas cosas iban bien, por supuesto. Mat continuaba en la Ciudadela; obviamente estaba madurando y aprendiendo a ser responsable.

Librodot

Lamentaba no haber podido ayudarlo, pero dudaba que ninguna otra mujer de la Torre hubiera podido hacer más por él. Comprendía su ansiedad de saber porque a ella le ocurría igual, aunque en su caso era otro tipo de conocimiento, el que sólo podía aprender en la Torre, las cosas que quizá descifraría y que nadie había descubierto cómo llevar a cabo, la sabiduría perdida que tal vez sacaría de nuevo a la luz.

Aviendha empezó a visitarla, aparentemente por propia iniciativa. Si al principio la mujer se mostró cautelosa, era comprensible ya que al fin y a la postre era Aiel y creía a Egwene una Aes Sedai. Con todo, su compañía resultaba muy agradable aunque en ocasiones Egwene tenía la sensación de que vislumbraba en sus ojos preguntas no planteadas. A pesar de que Aviendha mantenía cierta reserva, enseguida se hizo evidente que poseía mucho ingenio y un sentido del humor muy semejante al de Egwene; a veces acababan riendo tontamente como dos chiquillas. Empero, las costumbres Aiel eran por completo desconocidas para Egwene, como el rechazo de Aviendha a sentarse en una silla y su sobresalto al encontrar a la joven de Dos Ríos metida en una bañera plateada que la gobernanta había hecho traer a su cuarto. La reacción no se debía a que la otra mujer estuviera desnuda —de hecho, al advertir el desasosiego de Egwene se despojó de sus ropas y se sentó en el suelo para hablar— sino porque estaba metida en agua hasta el pecho. Lo que hizo que sus ojos parecieran a punto de salirse de las órbitas fue el hecho de que estuviera ensuciando tanta cantidad de agua. Por otro lado, Aviendha no comprendía por qué Elayne y ella no habían tomado medidas drásticas con Berelain ya que ambas deseaban quitársela de en medio. A una guerrera le estaba totalmente prohibido matar a una mujer que no se hubiera desposado con la lanza; pero, puesto que ni Elayne ni Berelain eran Doncellas Lanceras, en opinión de Aviendha era totalmente aceptable que Elayne retara a la Principal de Mayene a un duelo con cuchillos o zanjar el asunto con un combate a puñetazos y patadas. Desde su punto de vista, lo de los cuchillos era lo mejor. Berelain parecía el tipo de mujer que no renunciaría a su propósito aunque la derrotaran varias veces y, por lo tanto, el camino más directo y seguro era retarla y matarla. O Egwene podía hacerlo en su nombre, como amiga y casi hermana.

A pesar de estas diferencias, era muy agradable tener alguien con quien hablar y reír. Elayne estaba ocupada casi todo el tiempo, por supuesto; y Nynaeve, a quien afectaba tanto como a Egwene ver que se les acababa el tiempo, dedicaba sus ratos libres a dar paseos a la luz de la luna por las almenas, con Lan, y a preparar platos que eran del agrado del Guardián; sin mencionar las invectivas y maldiciones que hacían salir corriendo a las cocineras de la cocina. Nynaeve no era una experta en la preparación de viandas. De no ser por Aviendha, Egwene no sabía lo que habría hecho durante las bochornosas horas entre interrogatorio e interrogatorio a las Amigas Siniestras; las habría pasado sudando, indudablemente, y preocupada por si podría hacer algo para no tener pesadillas.

Habían acordado entre las tres que Elayne no estuviera presente durante los interrogatorios, ya que al fin y a la postre otro par de oídos no habría servido de mucho. En lugar de ello, cada vez que Rand disponía de un momento libre daba la casualidad de que la heredera del trono se encontraba cerca para hablar con él un rato o simplemente para pasear agarrada de su brazo, aunque sólo fuera desde la estancia donde había sostenido una entrevista con algún Gran Señor hasta otra sala donde lo

Librodot

aguardaban otros, o para hacer una rápida inspección a las dependencias de los Defensores. Se hizo una experta en encontrar rincones apartados donde los dos podían hacer un alto y quedarse solos. Por supuesto, Rand llevaba siempre una escolta Aiel siguiéndole los pasos, pero Elayne enseguida dejó de dar importancia a lo que pudieran pensar, lo mismo que no le importaba lo que pensara su madre. Incluso llegó a existir una especie de conspiración entre ella y las Doncellas Lanceras, que parecían conocer hasta el último rincón oscuro de la Ciudadela y que le avisaban en cuanto Rand se quedaba solo. Por lo visto les resultaba divertido aquel juego.

La sorpresa fue que Rand le hizo preguntas sobre cómo gobernar una nación y escuchó todas sus explicaciones. Eso sí que le habría gustado que lo viera su madre. Más de una vez Morgase se había echado a reír, aunque en su risa había un componente de desesperación, y le había dicho que tenía que aprender a concentrarse. Qué oficios proteger y cómo, y cuáles no y por qué, podían ser tareas pesadas y aburridas pero tan importantes como atender a los enfermos. Llevar a un testarudo lord o mercader a hacer lo que no quería de manera que creyera que había sido idea suya podía ser divertido; alimentar al hambriento podía ser reconfortante; pero si había que dar de comer a los menesterosos era preciso decidir cuántos funcionarios, conductores y carretas hacían falta. Otros podían encargarse de esas cosas, pero en tal caso nunca se sabría que habían cometido un error hasta que ya fuera demasiado tarde. Rand la escuchaba y a menudo seguía su consejo. Elayne pensó que sólo por eso podría amarlo. Berelain no salía de sus aposentos, y Rand había empezado a sonreír tan pronto como la veía; no podía haber nada mejor en el mundo. Salvo que los días dejaran de pasar.

Tres cortos días que se les escapaban entre los dedos como si fueran agua. Se enviaría a Joiya y Amico hacia el norte y ya no habría razón para seguir en la Ciudadela; habría llegado la hora de que Egwene, Nynaeve y ella se pusieran también en camino. Partiría cuando llegara ese momento; nunca se había planteado lo contrario. Saberlo la hacía sentirse orgullosa de ser toda una mujer, no una niña; saberlo hacía que se le saltaran las lágrimas.

¿Y Rand? Se reunía con los Grandes Señores en sus aposentos e impartía órdenes. Los sorprendía haciendo acto de presencia en reuniones secretas entre tres o cuatro de ellos, de las que le informaba Thom, con el único propósito de reiterar algún punto de sus últimas órdenes. Los nobles sonreían y se inclinaban y sudaban y se preguntaban qué sabía exactamente. Había que dar salida a la energía de los Grandes Señores antes de que alguno de ellos decidiera que si era imposible manipular a Rand entonces había que asesinarlo. Pero, costara lo que costara distraerlos, no estaba dispuesto a empezar una guerra. Si tenía que enfrentarse a Sammael, que así fuera; pero no iniciaría un conflicto.

Establecer su plan de acción, no dar tregua a los Grandes Señores, lo ocupaba la mayor parte del tiempo. Algunas ideas las tomaba de los libros que los bibliotecarios le traían a montones a sus aposentos, y también de las charlas con Elayne. Los consejos de la joven le resultaban muy útiles con los Grandes Señores; se daba cuenta de que hacían una nueva evaluación sobre él cuando hacía gala de conocimientos sobre ciertas cosas que ellos sólo sabían a medias. Elayne lo hizo cambiar de idea cuando quiso dejar claro que el mérito era suyo.

—Un mandatario inteligente se deja aconsejar —le dijo sonriente—, pero nunca tiene que dejar ver que sigue esas recomendaciones. Que crean que

sabes más de lo que realmente sabes. Eso no los perjudicará y a ti te favorece.

De todos modos, la joven parecía complacida de que Rand lo hubiera pensado. Por su parte, él no tenía la certeza de que estuviera aplazando tomar una decisión por causa de Elayne. Tres días de hacer planes, de intentar descifrar qué era lo que todavía pasaba por alto; porque había algo. No debía reaccionar contra los Renegados, sino que tenía que empujarlos a que tomaran la iniciativa ellos. Tres días, y al cuarto Elayne se marcharía —de vuelta a Tar Valon, esperaba—, pero en el momento en que él actuara tenía la sospecha de que sus breves encuentros acabarían. Tres días de besos robados, cuando conseguía olvidar todo aparte de que era un hombre abrazando a una mujer. Comprendía que el motivo era absurdo, aunque cierto. Era un alivio que aparentemente Elayne sólo deseara su compañía, pero en esos ratos que estaban a solas podía olvidarse de las decisiones pendientes, de la suerte que aguardaba al Dragón Renacido. Más de una vez acarició la idea de pedirle que se quedara, pero no sería justo alentar sus esperanzas cuando él ignoraba si quería algo más de ella aparte de tenerla cerca. Eso, en el caso de que Elayne albergara esperanzas respecto a él, naturalmente. Mejor imaginar que simplemente eran un hombre y una mujer jóvenes que salían juntos un día festivo por la tarde. De ese modo todo resultaba más sencillo; en ocasiones olvidaba que ella era la heredera del trono y él un pastor. Pero ojalá no tuviera que irse. Tres días. Tenía que tomar una decisión; en una dirección que nadie esperaba.

El sol descendió lentamente hacia el horizonte la tarde del tercer día. Las cortinas a medio echar del dormitorio de Rand amortiguaban el resplandor rojizo del ocaso. *Callandor* brillaba en su ornamentado soporte con la luminosidad del más puro cristal.

Rand contempló intensamente a Meilan y a Sunamon y después lanzó en su dirección un rollo de pergaminos atados. Era un tratado, cuidadosamente caligrafiado y redactado, al que sólo le faltaban firmas y sellos. Golpeó a Meilan en el pecho, y el noble lo cogió en un movimiento reflejo; se inclinó como si lo considerara un honor, pero su sonrisa tirante dejó a la vista los dientes apretados.

Sunamon cargaba el peso ora en un pie ora en otro mientras se secaba el sudor de las manos.

—Todo se ha hecho como ordenasteis, mi señor Dragón —manifestó con ansiedad—. El grano para cargar en barcos...

—Y dos mil tearianos alistados —lo interrumpió Rand—, para «asegurarse de que se haga una distribución correcta del grano y velar por los intereses tearianos». —Su voz era fría como el hielo, pero por dentro estaba a punto de reventar; casi temblaba por el esfuerzo de contenerse para no dar de puñetazos a estos necios—. Dos mil hombres. ¡Al mando de Torean!

—El Gran Señor Torean tiene interés en los asuntos relacionados con Mayene, mi señor Dragón —apuntó Meilan sosegadamente.

—¡Oh, sí! ¡El interés de imponer la aceptación de sus atenciones a una mujer que no desea ni verlo! —bramó Rand—. Grano cargado en barcos, dije. Nada de soldados. ¡Y desde luego nada del maldito Torean! ¿Habéis hablado siquiera con Berelain?

Lo miraron desconcertados, como si no entendieran sus palabras. Esto era demasiado. Aferró el *Saidin*, y los pergaminos que Meilan sostenía entre

los brazos se prendieron fuego. El noble chilló y arrojó el rollo llameante al hogar y se sacudió precipitadamente las chispas y las marcas chamuscadas de su chaqueta de seda roja. Sunamon contemplaba boquiabierto el rollo de pergaminos, que crepitaba y se volvía negro.

—Iréis a hablar con Berelain —les dijo, sorprendido de hablar con tanta calma—. Para mañana a mediodía le habréis ofrecido el trato que quiero o a la puesta de sol haré que os cuelguen a los dos. Si es preciso que ahorque Grandes Señores cada día, de dos en dos, lo haré. Enviaré hasta el último de vosotros a la horca si no me obedecéis. Y, ahora, quitaos de mi vista.

El tono tranquilo de su voz pareció afectarlos más que sus gritos. Hasta Meilan denotaba inquietud cuando retrocedieron hacia la puerta, inclinándose a cada paso y farfullando afirmaciones de eterna lealtad. Le daban asco.

—¡Fuera! —bramó, y los nobles abandonaron toda dignidad y casi se empujaron para abrir la puerta. Salieron corriendo. Uno de los guardias Aiel se asomó un momento al dormitorio para comprobar si Rand se encontraba bien antes de cerrar la hoja de madera.

Rand temblaba sin poder contenerse. Le daban casi tanto asco como el que sentía por sí mismo. Amenazar con ahorcar hombres si no hacían lo que les ordenaba. Y lo peor era que lo había dicho en serio. Todavía recordaba cuando no tenía un genio tan irascible o, al menos, cuando esos accesos de ira surgían en contadas ocasiones y se las componía para refrenarlos.

Cruzó la habitación hacia donde *Callandor* brillaba con la luz que entraba por las cortinas entreabiertas. La hoja parecía hecha del más puro cristal, absolutamente transparente; tenía el tacto del acero en las puntas de sus dedos, y afilado como una cuchilla. Había faltado poco para cogerla y ocuparse de Meilan y Sunamon, aunque ignoraba si la habría usado como una espada o le habría dado su verdadera utilidad. Las dos posibilidades lo horrorizaban. «Aún no me he vuelto loco. Sólo estoy furioso. ¡Luz, y de qué modo!»

Mañana. Mañana embarcarían a las Amigas Siniestras, y Elayne partiría. Y Egwene y Nynaeve, por supuesto. De regreso a Tar Valon, deseó fervientemente; con Ajah Negro o sin él, la Torre debía de ser el lugar más seguro que había en la actualidad. Mañana. Se acabaron las excusas para seguir retrasando lo que tenía que hacer. Hasta pasado mañana, como mucho.

Volvió las manos hacia arriba para contemplar la garza grabada en cada una de las palmas. Las había examinado tan a menudo que sería capaz de dibujar de memoria todas y cada una de aquellas líneas a la perfección. Las Profecías las anunciaban:

Dos veces será marcado,
dos veces para vivir y dos veces para morir.
Una vez la garza, para señalar su camino.
Dos veces la garza, para darle su verdadero nombre.
Una vez el Dragón, para el recuerdo perdido.
Dos veces el Dragón, por el precio que ha de pagar.

Pero, si las garzas le daban «su verdadero nombre», ¿para qué entonces los Dragones? Ya puestos, ¿qué era un Dragón? El único del que había oído hablar era Lews Therin Telamon. El Verdugo de la Humanidad había sido el Dragón, el Dragón era el Verdugo de la Humanidad. Excepto que ahora era

Librodot

él, y no podía ser marcado consigo mismo. Quizá la imagen del pendón era un Dragón; ni siquiera las Aes Sedai sabían con certeza qué clase de criatura era.

—Has cambiado desde la última vez que te vi. Te has hecho más fuerte. Más duro.

Giró rápidamente sobre sus talones y se quedó mirando atónito a la joven que estaba junto a la puerta; era alta, de tez clara y tenía los ojos y el cabello negros. Iba vestida de blanco y plata. Enarcó una ceja al reparar en los bultos informes de metal dorado y plateado que había sobre la repisa del hogar. Rand los había dejado allí a propósito, para que le recordaran lo que podía pasar cuando actuaba sin reflexionar, cuando perdía el control. Aunque, para lo que había servido…

—Selene —exclamó mientras iba presuroso hacia ella—. ¿De dónde sales? ¿Cómo has entrado? Creía que todavía estabas en Cairhien o… —Se calló, reacio a confesar su temor de que estuviera muerta o pasando calamidades como otros refugiados.

Un cinturón de plata le ceñía la esbelta cintura, y unos peinecillos plateados con incrustaciones de estrellas y medias lunas brillaban en su cabello, que le caía sobre los hombros en negras cascadas. Seguía siendo la mujer más hermosa que había visto en su vida. Elayne y Egwene sólo eran bonitas comparadas con ella. Sin embargo, por alguna razón, no lo impresionaba tanto como antes; tal vez se debía a los largos meses transcurridos desde que se habían visto por última vez en un Cairhien todavía ajeno a los estragos de la guerra civil.

—Voy donde quiero estar. —Frunció el entrecejo al mirar su rostro—. Te han marcado, pero no importa. Fuiste mío y lo sigues siendo. Cualquier otra no es más que un pasatiempo circunstancial cuyo tiempo ha quedado atrás. Reclamaré lo que es mío públicamente, ahora.

La miró de hito en hito. ¿Marcado? ¿Se refería a sus manos? ¿Y qué quería decir con lo de que era suyo?

—Selene —empezó suavemente—, vivimos juntos días placenteros y también otros muy duros. Jamás olvidaré tu valor ni tu ayuda, pero en ningún momento hubo entre nosotros algo más que camaradería. Fuimos compañeros de viaje, punto. Te quedarás en la Ciudadela, en los mejores aposentos, y cuando la paz vuelva a Cairhien me ocuparé de que tus propiedades de allí te sean devueltas, si está en mi mano.

—Vaya si te han marcado. —Sonrió irónicamente—. ¿Mis propiedades de Cairhien, dices? Puede que en un tiempo las tuviera en esas tierras. El mundo ha cambiado tanto que ya nada es como antes. Selene sólo es un nombre que a veces utilizo, Lews Therin. El que he hecho verdaderamente mío es Lanfear.

Rand soltó una risa forzada.

—Esa broma no tiene gracia, Selene. Casi tan poca como decir que el Oscuro es uno de los Renegados. Y me llamo Rand.

—Nosotros nos autodenominamos los Elegidos —repuso la mujer reposadamente—. Elegidos para gobernar el mundo para siempre. Viviremos eternamente. Y tú también puedes.

Rand la miró preocupado, con el ceño fruncido. De verdad creía que era… Las fatigas para llegar a Tear debían de haberla trastornado. Empero, no actuaba como alguien que ha perdido la razón; se mostraba tranquila, fría, segura. Sin darse cuenta de lo que hacía, buscó el contacto con el

Librodot

Saidin, tendió la mano y... topó con un muro que no veía ni percibía salvo porque le impedía llegar a la Fuente Verdadera.

—No puede ser —musitó. Ella sonrió—. Luz, realmente eres uno de ellos.

Retrocedió lentamente. Si conseguía coger a *Callandor* por lo menos dispondría de un arma. Tal vez no funcionara como un *angreal,* pero sí como una espada. Aun así, ¿sería capaz de utilizarla contra una mujer, contra Selene? No, contra Selene no. Contra Lanfear, contra uno de los Renegados.

Se dio un fuerte encontronazo con algo; miró hacia atrás para ver qué era. No había nada. Un muro de nada contra el que apretaba la espalda. *Callandor* brillaba a menos de tres pasos de distancia, al otro lado de la barrera invisible. Frustrado, descargó contra ella un puñetazo; era tan dura como una roca.

—Todavía no puedo fiarme completamente de ti, Lews Therin. —Se acercó más, y Rand consideró saltar sobre ella y agarrarla. Era, con mucho, más corpulento y fuerte... Pero, aislado de la Fuente como estaba, la mujer lo envolvería con el Poder como un gatito enredado en un ovillo de cuerda—. Y, desde luego, no con eso en tus manos —añadió, señalando con una mueca a *Callandor*—. Solamente hay dos más poderosos que un hombre puede utilizar. Que yo sepa, al menos uno existe todavía. No, Lews Therin, todavía no me fío de ti para permitir que cojas eso.

—Deja de llamarme así —gruñó—. Mi nombre es Rand. Rand al'Thor.

—Eres Lews Therin Telamon. Oh, en el aspecto físico el único parecido es la altura, pero reconocería quién está tras esos ojos aunque te hubiera encontrado cuando aún dormías en tu cuna. —Se echó a reír inesperadamente—. Todo habría sido mucho más fácil si te hubiera encontrado entonces. Si hubiera sido libre para... —Su jovialidad dio paso a la ira—. ¿Quieres ver mi verdadero aspecto? Tampoco lo recuerdas, ¿verdad?

Rand intentó responder que no, pero la lengua no le obedecía. Una vez había visto a dos Renegados juntos, Aginor y Balthamel, los primeros que habían escapado después de pasar tres mil años encerrados tras los sellos en la prisión del Oscuro. Uno de ellos estaba tan consumido que era inexplicable cómo podía seguir vivo, y el otro ocultaba el rostro tras una máscara para tapar hasta la última brizna de su carne como si no soportara verla o que la vieran.

El aire rieló alrededor de Lanfear y la mujer cambió. Era mayor que él desde luego, aunque mayor no era el término adecuado. Más madura. Más en sazón. Y más hermosa que antes, si ello era posible. Una flor en su esplendor comparada con un capullo. Aun sabiendo lo que era, a Rand se le quedó la boca seca y la garganta constreñida.

Los oscuros ojos de la mujer lo observaron intensamente, rebosantes de seguridad y, no obstante, con un atisbo de interrogación, como si se preguntara qué vería él. Lo que quiera que percibiera pareció satisfacerla, y volvió a sonreír.

—Estuve enterrada profundamente, en un letargo sin sueños donde el tiempo no fluye. Las vueltas de la Rueda me pasaron de largo. Ahora me ves como realmente soy, y te tengo en mis manos. —Recorrió el contorno de su mandíbula con la uña de un dedo, lo bastante fuerte para que Rand diera un respingo—. El tiempo de juegos y subterfugios ha quedado atrás, Lews Therin. Muy atrás.

—Entonces, ¿tienes intención de matarme? —El estómago se le

Librodot

encogió—. Así te consuma la Luz, yo…

—¿Matarte? —repitió con incredulidad—. Lo que quiero es tenerte. Para siempre. Eras mío mucho antes de que esa remilgada de cabello pálido te echara el lazo. Antes de que te conociera. ¡Tú me amabas!

—¡Y tú amabas el poder! —Sintió un fugaz vértigo. Las palabras sonaban a verdad, sabía que eran verdad, pero ¿de dónde habían salido?

Selene —Lanfear— parecía tan sorprendida como él, pero se recuperó enseguida.

—Has aprendido mucho, y has hecho mucho más de lo que te habría creído capaz, pero todavía sigues caminando a tientas a través de un laberinto en tinieblas, y tu ignorancia podría acarrearte la muerte. Algunos de los otros te temen demasiado para esperar. Sammael, Rahvin, Moghedien. Puede que haya más, pero esos tres es seguro. Vendrán por ti y no para intentar cambiar tu corazón. Llegarán a escondidas, para destruirte mientras duermes, empujados por el miedo. Pero hay otros que podrían enseñarte, mostrarte lo que supiste una vez. Entonces ninguno osaría oponerse a ti.

—¿Enseñarme? ¿Quieres que deje que me enseñe uno de ellos? —Uno de los Renegados. Un varón que había sido Aes Sedai en la Era de Leyenda, que conocía las directrices para encauzar, que sabía cómo eludir las trampas, que… Lo mismo ya le había sido ofrecido antes—. ¡No! Aunque me lo ofrecieran, lo rechazo, y no tienen motivos para hacerlo. Estoy en contra de ellos… ¡y de ti! Detesto todo lo que habéis hecho, todo lo que representáis. —«¡Estúpido! Estás atrapado, y te muestras desafiante como el héroe idiota de un cuento a quien ni se le pasa por la imaginación que está encolerizando tanto a su carcelero que se lo va a hacer pagar.» A pesar de este razonamiento se sentía incapaz de retirar lo dicho. Obstinado, adelantó un paso y lo empeoró aún más—. Os destruiré, si está en mis manos. ¡A ti, al Oscuro y hasta el último Renegado!

Un brillo colérico pasó fugaz por los negros ojos de la mujer.

—¿Sabes por qué algunos de los nuestros te temen? ¿Tienes la más mínima idea? Porque les da miedo que el Gran Señor de la Oscuridad te ponga por encima de ellos.

Rand se sorprendió a sí mismo consiguiendo soltar una risa.

—¿El Gran Señor de la Oscuridad? ¿Tampoco vosotros podéis pronunciar su verdadero nombre? No es posible que temáis atraer su atención, como le ocurre a la gente decente. ¿O sí?

—Sería una blasfemia —respondió simplemente—. Sammael y los demás tienen razón de estar asustados. El Gran Señor te quiere. Desea elevarte a una posición eminente, sobre el resto de la humanidad. Me lo dijo.

—¡Eso es ridículo! El Oscuro continúa en Shayol Ghul o en caso contrario ahora mismo estaríamos dirimiendo el Tarmon Gai'don. Y, si sabe de mi existencia, lo que querría es verme muerto. Mi intención es combatirlo.

—Oh, lo sabe. El Gran Señor sabe más de lo que imaginas. Y hablar con él *es* posible. Si vas a Shayol Ghul, a la Fosa de la Perdición, puedes… oírlo. Puedes… impregnarte de su presencia. —Otra luz iluminaba ahora su semblante. El éxtasis. Respiraba con los labios entreabiertos, casi jadeante, y por un momento pareció que contemplaba algo lejano y maravilloso—. No hay palabras para describirlo. Tienes que experimentarlo para entenderlo. Tienes que hacerlo. —De nuevo sus grandes ojos estaban enfocados en él, oscuros, insistentes—. Arrodíllate ante el Gran Señor y te pondrá por encima

de todos. Te dará libertad para que reines como desees siempre y cuando hinques la rodilla ante él una sola vez. Para agradecérselo, nada más. Me lo dijo así. Asmodean te enseñará a dominar el Poder sin que te mate y lo que puedes hacer con él. Déjame ayudarte. Podemos destruir a los otros. Al Gran Señor no le importará. Podemos destruirlos a todos, incluso a Asmodean una vez que te haya enseñado todo lo que necesitas saber. Tú y yo podemos gobernar el mundo juntos, bajo el Gran Señor, para siempre. —Su voz se redujo a un susurro de ansiedad y miedo a partes iguales—. Se crearon dos poderosos *sa'angreal* justo antes del final, uno que puedes usar tú, y otro que puedo usar yo. Mucho más poderosos que esa espada. Su poder es inimaginable. Con ellos podríamos desafiar hasta... al Gran Señor mismo. ¡Incluso al Creador!

—Estás loca —espetó con voz ronca—. Así que el Padre de las Mentiras dice que me dará libertad de acción ¿no? Nací para combatirlo, por eso estoy aquí, para cumplir las Profecías. ¡Y lo combatiré a él y a todos vosotros, hasta la Última Batalla! ¡Hasta mi último aliento!

—No tienes que hacerlo. Una profecía no es más que la manifestación de la esperanza de la gente. Cumplir las Profecías te obligará a seguir un curso que conduce al Tarmon Gai'don y a tu muerte. Moghedien o Sammael pueden destruir tu cuerpo. El Gran Señor de la Oscuridad puede destruir tu alma. Un fin total y definitivo. ¡Jamás volverás a nacer por muchas vueltas que dé la Rueda del Tiempo!

—¡No!

Lo observó durante lo que pareció un largo rato; Rand casi podía ver los platillos de la balanza sopesando alternativas.

—Podría llevarte conmigo —dijo finalmente la mujer—. Podría entregarte al Gran Señor en contra de lo que quieras o de lo que creas. Hay modos.

Hizo una pausa, tal vez para ver si sus palabras surtían efecto. El sudor le corría a Rand por la espalda, pero mantuvo el gesto inflexible. Tenía que hacer algo, aunque no tuviera posibilidades de éxito. Un nuevo intento de alcanzar el *Saidin* se frustró al topar con la barrera invisible. Desvió los ojos como si estuviera reflexionando. *Callandor* estaba detrás, tan lejos de su alcance como si se encontrara al otro extremo del Océano Aricio. Su daga estaba sobre una mesilla, junto a la cama, al lado de la figura a medio tallar de un zorro en la que había estado trabajando. Los bultos informes de metal encima de la repisa de la chimenea parecían mofarse de él; un hombre vestido con ropas anodinas entraba a hurtadillas por la puerta con un cuchillo en la mano; los libros tirados por doquier. Se volvió hacia Lanfear, en tensión.

—Siempre fuiste obstinado —murmuró ella—. Esta vez no te llevaré. Quiero que vengas conmigo por tu propia voluntad. Y lo conseguiré. ¿Qué ocurre? ¿Por qué frunces el ceño?

Un hombre entrando a hurtadillas por la puerta con un cuchillo en la mano; sus ojos habían pasado sobre el individuo casi sin verlo. Instintivamente apartó a Lanfear de un empellón y buscó el contacto con la Fuente Verdadera; la barrera que lo aislaba desapareció al tocarla, y al momento tenía su espada en la mano como una llama dorada rojiza. El hombre se abalanzó sobre él con el cuchillo bajo y apuntando hacia arriba para asestar un golpe mortal. Incluso entonces resultaba difícil no perder de vista al individuo, pero Rand giró suavemente y *El viento sopla sobre la*

pared cercenó la mano que empuñaba el cuchillo y terminó atravesando el corazón del agresor. Rand permaneció un instante mirando aquellos ojos apagados —sin vida aun cuando el corazón seguía latiendo— y después sacó la espada de un tirón.

—Un Hombre Gris. —Rand inhaló como si hiciera horas que no respiraba. El hombre muerto a sus pies estaba sucio, desangrándose sobre la alfombra, pero ya no resultaba difícil mantener los ojos en él. Siempre ocurría lo mismo con los asesinos de la Sombra; cuando se reparaba en ellos, casi siempre era demasiado tarde—. Esto no tiene sentido. Podrías haberme matado sin dificultad. ¿Por qué distraerme para que un Hombre Gris cayera sobre mí a hurtadillas?

Lanfear lo miraba con cautela.

—No utilizo los servicios de los Sin Alma. Te dije que existen... diferencias entre los Elegidos. Por lo visto me equivoqué en un día en mis cálculos, pero todavía hay tiempo para que vengas conmigo. A aprender. A vivir. Esa espada... —resopló casi con sorna—. No sabes ni la décima parte de lo que puedes hacer. Ven conmigo, y aprende. ¿O es que tienes intención de intentar matarme ahora? Te liberé para que te defendieras.

El timbre de su voz, su actitud, ponían de manifiesto que esperaba un ataque o, al menos, que estaba preparada para responder a él, pero no fue eso lo que detuvo a Rand, como tampoco el que ella hubiera roto las ataduras. Era uno de los Renegados; había servido al mal durante tanto tiempo que a su lado una hermana Negra parecía un recién nacido. No obstante, era una mujer. Rand se llamó a sí mismo estúpido de doce maneras diferentes, pero era incapaz de hacerlo. Tal vez si ella intentara matarlo, aunque sólo tal vez. Pero Lanfear se limitaba a estar allí plantada, observando, esperando. Sin duda lista para hacer cosas con el Poder que él ni siquiera sabía que fueran posibles, en caso de que intentara sorprenderla. Rand había conseguido aislar a Elayne y a Egwene, pero aquello había sido una de esas cosas que realizaba sin pensar, como si fuera algo que tuviera olvidado en algún rincón de su mente. Y sólo recordaba lo que había hecho, no cómo. Por lo menos estaba conectado con el *Saidin;* Lanfear no volvería a sorprenderlo de ese modo. La náusea en el estómago por la contaminación no importaba; el *Saidin* era vida, tal vez en más de un sentido.

Una repentina idea afloró a su mente, abrasadora como una fuente termal. Los Aiel. Hasta para un Hombre Gris habría sido de todo punto imposible escabullirse a través de unas puertas guardadas por media docena de Aiel.

—¿Qué les hiciste? —demandó con voz rechinante mientras retrocedía hacia la puerta sin quitar ojo a la mujer. Si utilizaba el Poder a lo mejor captaba algo que lo pusiera sobre aviso—. ¿Qué les hiciste a los Aiel que estaban de guardia?

—Nada —replicó fríamente—. No salgas ahí fuera. Esto podría ser una prueba para ver hasta qué punto eres vulnerable, pero hasta una prueba te mataría si actúas como un necio.

Rand abrió de golpe la hoja izquierda de la puerta y se encontró con una escena dantesca.

Librodot

CAPÍTULO 10

La Ciudadela resiste

A los pies de Rand yacían los cuerpos de los Aiel, enredados con los cadáveres de tres hombres de aspecto corriente vestidos con chaquetas y calzones anodinos. Hombres de aspecto corriente, excepto que seis Aiel, toda la guardia, habían sido asesinados, algunos evidentemente antes de que se dieran cuenta de lo que pasaba, y que cada uno de esos hombres corrientes tenía como mínimo dos lanzas Aiel ensartadas.

Pero eso no era todo, ni mucho menos. Nada más abrir la puerta lo asaltó el estruendo de la batalla: gritos, aullidos, el choque metálico de armas entre las columnas de piedra roja. Los Defensores de la antesala estaban luchando a vida o muerte bajo las lámparas doradas contra figuras corpulentas embutidas en cotas de malla negras, figuras mucho más altas que ellos, como hombres gigantescos pero con rostros deformes de los que crecían cuernos o plumas, con hocicos o picos en lugar de boca y nariz. Trollocs. Muchos caminaban sobre garras o pezuñas y otros sobre pies calzados con botas. Mataban a los hombres con extrañas hachas, lanzas con la punta retorcida y espadas semejantes a cimitarras con la parte curvada al lado contrario. Y con ellos estaba un Myrddraal, un ser de apariencia humana pero con la piel tan blanca como la de un cadáver, vestido con una armadura negra.

En alguna parte de la Ciudadela resonó el toque de alarma de un gong y al momento cesó con letal instantaneidad. Otro lo reemplazó, y lo secundó otro, y otro más, con tañidos estrepitosos.

Los Defensores luchaban y todavía superaban en número a los trollocs, pero había más hombres muertos que monstruos. Rand vio cómo el Myrddraal arrancaba la mitad del rostro al capitán teariano con la mano desnuda mientras que con la otra atravesaba con una mortífera hoja negra la garganta de un Defensor y esquivaba las arremetidas de las lanzas de los otros Defensores como una serpiente. Los soldados tearianos se enfrentaban a lo que creían que sólo eran historias de viajeros para asustar a los niños; estaban a punto de dejarse vencer por el pánico. Un hombre que había perdido su yelmo tiró la lanza e intentó huir, pero la enorme hacha de un trolloc le hendió la cabeza como un melón. Entonces otro de los soldados miró al Myrddraal y salió corriendo lanzando alaridos. El Myrddraal se movió, sinuoso y veloz como un relámpago, para interceptarlo. Dentro de un momento todos los hombres saldrían huyendo.

—¡Fado! —gritó Rand—. ¡Inténtalo conmigo, Fado!

El Myrddraal se paró como si no se hubiera movido del sitio y su rostro lívido, carente de ojos, se volvió hacia él. Una oleada de miedo acosó a Rand bajo aquella mirada y resbaló sobre la burbuja de fría calma que lo envolvía cuando estaba en contacto con el *Saidin;* en las Tierras Fronterizas decían:

«La mirada de los Seres de Cuencas Vacías es puro terror». Hubo un tiempo en que creyó que los Fados cabalgaban a lomos de las sombras como si éstas fueran caballos y que se esfumaban cuando cambiaban de dirección. Esas extrañas creencias no andaban muy desencaminadas.

El Myrddraal se deslizó hacia él, y Rand saltó por encima de los cadáveres apilados a la puerta para hacerle frente; sus botas resbalaron en la sangre al tocar el suelo de negro mármol.

—¡Todos por la Ciudadela! —gritó mientras saltaba—. ¡La Ciudadela resiste! —Eran los gritos de guerra que había oído la noche en que la Ciudadela no resistió.

Creyó escuchar un insultante grito, «¡Necio!», procedente del dormitorio, pero no tenía tiempo para preocuparse por Lanfear ni por lo que la mujer hiciera. El resbalón estuvo a punto de costarle la vida; la espada reluciente apenas si desvió la negra del Myrddraal cuando el joven todavía luchaba para recuperar el equilibrio.

—¡Por la Ciudadela! ¡La Ciudadela resiste! —Tenía que mantener unidos a los Defensores o en caso contrario se encontraría luchando solo contra el Fado y veinte trollocs—. ¡La Ciudadela resiste!

—¡La Ciudadela resiste! —oyó que alguien le hacía eco, y después llegaron otros—: ¡La Ciudadela resiste!

El Fado se movía con la rápida gracilidad de una serpiente, ilusión que reforzaban las láminas superpuestas en el peto de la armadura negra. Empero, ni siquiera una víbora atacaba tan rápido. Durante un tiempo Rand tuvo que emplearse a fondo para que la hoja negra no alcanzara su desprotegido cuerpo. Aquel metal oscuro ocasionaba heridas que se infestaban y que eran casi tan difíciles de curar como la que ahora martirizaba su costado. Cada vez que el negro metal forjado en Thakan'dar, en las entrañas de Shayol Ghul, chocaba con la hoja amarillo rojiza forjada con el Poder, saltaban destellos como relámpagos que iluminaban la antesala, un fogonazo blanco azulado que hacía daño a los ojos.

—Esta vez morirás —le dijo el Myrddraal con aquella voz rasposa que semejaba hojas secas quebrándose—. Entregaré tu cuerpo a los trollocs para que lo devoren y tomaré a tus mujeres para mí.

Rand luchaba con tanta frialdad como siempre, y con idéntica desesperación. El Fado sabía cómo utilizar una espada. Entonces surgió la ocasión de golpear directamente a la espada enemiga, no sólo desviarla. La hoja reluciente hendió la negra con un siseo semejante al del hielo al caer sobre metal al rojo vivo. Su siguiente arremetida separó aquella cabeza sin ojos de los hombros; el impacto del golpe al hender hueso repercutió en sus brazos. Del cuello decapitado brotó un surtidor de sangre negra. Aun así, el ser no se desplomó. La figura descabezada avanzó a trompicones asestando estocadas al azar.

En el momento en que la cabeza del Myrddraal rodó por el suelo, también cayeron los restantes trollocs, aullando, pateando y dándose tirones a la cabeza con sus peludas manos. Era el punto débil de los Myrddraal y los trollocs. Puesto que los Fados no se fiaban de estas criaturas, a menudo las vinculaban a ellos de algún modo que Rand no entendía y que aparentemente aseguraban la lealtad de los trollocs; pero los que estaban vinculados a un Myrddraal no sobrevivían mucho a la muerte de éste.

Los Defensores que seguían en pie, menos de dos docenas, no esperaron. De dos en dos o de tres en tres se lanzaron sobre los trollocs y los

ensartaron repetidamente con las lanzas hasta que dejaron de moverse. Algunos de ellos derribaron al Myrddraal, pero el ser siguió agitándose por mucho que le hincaran las lanzas. Al cesar los aullidos de los trollocs se oyeron los gemidos y los sollozos de los hombres heridos. Seguía habiendo más soldados humanos que Engendros de la Sombra caídos en el suelo. El mármol negro estaba resbaladizo por la sangre, casi invisible sobre la oscura piedra.

—Dejadlo —les dijo Rand a los Defensores que intentaban rematar al Myrddraal—. Ya está muerto. Si se mueve es porque los Fados se resisten a admitir la derrota. —Lan se lo había explicado hacía... Le pareció que había sido mucho tiempo atrás. Ésta no era la primera vez que veía la reacción de un Myrddraal al morir—. Ocupaos de los heridos.

Los soldados contemplaron un momento más la figura decapitada que seguía retorciéndose a pesar de que el torso estaba cosido a lanzadas; estremecidos, se apartaron al tiempo que mascullaban algo sobre los Perseguidores. Así llamaban a los Fados en Tear, en los cuentos pensados para niños. Algunos empezaron a buscar supervivientes entre los hombres caídos; a los que no estaban en condiciones de sostenerse por su propio pie los apartaban a un lado, y ayudaban a levantarse a los que estaban en condiciones de hacerlo. Muchos, demasiados, quedaron tendidos donde estaban. Por el momento lo único que podía hacerse por los heridos era un rápido vendaje con tiras de sus propias camisas ensangrentadas.

Los tearianos habían perdido su apariencia gallarda; los petos y espaldares de sus armaduras ya no brillaban, y presentaban abolladuras y rasponazos; los bonitos uniformes negros y dorados parecían andrajos, desgarrados y manchados de sangre. Algunos habían perdido el yelmo, y no pocos se apoyaban en las lanzas como si fuera lo único que los sostenía de pie; y tal vez lo era. Respiraban entre jadeos, y la expresión de sus rostros era esa mezcla de puro miedo y ciega insensibilidad que afecta a los hombres en la batalla. Miraban a Rand con nerviosismo, ojeadas huidizas y temerosas, como si hubiera sido él el que había hecho aparecer a estas criaturas de la Llaga.

—Limpiad las puntas de las lanzas —les dijo—. La sangre de un Fado corroe el acero como si fuera ácido si se la deja actuar el tiempo suficiente.

Los soldados obedecieron lentamente, de mala gana, utilizando lo que tenían a mano: las mangas de las chaquetas de sus compañeros muertos.

El sonido de más combates llegaba por los pasillos; gritos distantes, el apagado choque metálico de las armas. Lo habían obedecido en dos ocasiones, y era el momento de comprobar si lo hacían otra vez. Les dio la espalda y miró a través de la antesala en la dirección de donde procedía el ruido de la batalla.

—Seguidme —ordenó. Levantó la espada de fuego para recordarles quién era, confiando en que ese recordatorio no indujera a alguno a clavarle la lanza en la espalda, pero tenía que correr el riesgo—. ¡La Ciudadela resiste! ¡Por la Ciudadela!

Durante unos segundos sus pasos resonantes fueron los únicos que se oyeron en la estancia de las columnas; después, más pisadas se sumaron a su espalda.

—¡Por la Ciudadela! —gritó un soldado.

—¡Por la Ciudadela y por el lord Dragón! —añadió otro.

—¡Por la Ciudadela y por el lord Dragón! —corearon más voces.

Rand apretó el paso hasta convertirlo en trote y condujo a su ensangrentada tropa de veintitrés hombres hacia la parte inferior de la Ciudadela.

El joven se preguntó dónde estaría Lanfear y qué papel había jugado en esto, pero no tuvo mucho tiempo para perderse en elucubraciones. Empezaron a encontrar cadáveres por los pasillos de la fortaleza tendidos en charcos de su propia sangre, uno aquí, dos o tres un poco más adelante; Defensores, sirvientes, Aiel. También había mujeres, nobles con camisones de lino y criadas con ropas de lana por igual, que habían encontrado la muerte mientras huían. A los trollocs les daba igual a quién mataban, y además disfrutaban con ello. Y los Myrddraal eran aun peores; los Semihombres se recreaban infligiendo dolor y muerte.

Más abajo de la fortaleza, la Ciudadela de Tear era un hervidero. Grupos de trollocs corrían desmandados por los pasillos, a veces dirigidos por un Myrddraal y a veces solos, luchando contra Aiel o Defensores, asesinando a los desarmados, persiguiendo a otros a los que matar. Rand condujo a su reducida tropa contra cualquier Engendro de la Sombra que se cruzaba en su camino; su espada hendía con igual facilidad carne y cotas de malla negras. Sólo los Aiel se enfrentaban a un Fado sin encogerse; los Aiel y Rand. El joven pasaba de largo a los trollocs para llegar a los Fados; en ocasiones el Myrddraal de turno arrastraba a una o dos docenas de trollocs a la muerte con él, y otras veces, ninguno.

Algunos Defensores de su tropa cayeron para ya no levantarse nunca, pero se les unieron Aiel y su número casi se duplicó. Grupos de hombres se dividían en feroces combates que se alejaban en la distancia levantando un estruendo de gritos y estrépito metálico que recordaba una forja en la que todos se hubieran vuelto locos. Otros hombres se sumaron al grupo de Rand, se separaron, fueron reemplazados, y así hasta que no quedó ninguno de los que habían empezado con él. De vez en cuando luchaba solo o corría por un pasillo que estaba vacío a excepción de él y los muertos, siguiendo el sonido de combates distantes.

En una ocasión en que estaba acompañado por dos Defensores en una galería de columnas que se asomaba a un amplio vestíbulo con muchas puertas vio a Moraine y a Lan rodeados de trollocs. La Aes Sedai aguantaba firme, con la cabeza erguida como una reina de fábula, y las criaturas bestiales estallaban en llamas a su alrededor, aunque enseguida las reemplazaban otras que entraban en tropel por una u otra puerta. La espada de Lan daba cuenta de los trollocs que escapaban al fuego de Moraine. El Guardián tenía sangre en ambos lados de la cara, pero se movía entre las bestias con tanta frialdad como si estuviera practicando delante de un espejo. Entonces uno de los trollocs de hocico lobuno arremetió con una lanza teariana contra la espalda de Moraine. Lan giró sobre sí mismo, como si tuviera ojos en la nuca, y seccionó por la rodilla la pierna del trolloc. El ser cayó, aullando de dolor, pero se las compuso para asestar un lanzazo al Guardián en el mismo momento en que otro trolloc descargaba torpemente un golpe con la parte plana del hacha en la cabeza de Lan, cuyas rodillas se doblaron por el impacto.

Rand no pudo hacer nada porque en ese instante cinco trollocs cayeron sobre él y sus dos compañeros como una pesadilla de hocicos, colmillos de jabalí y cuernos de carnero que los sacó de la galería por el simple empuje de su embestida. Cinco trollocs no habrían tenido mucha dificultad para acabar

con tres hombres, excepto porque uno de ellos era Rand y blandía una espada que cortaba sus cotas de malla como si fueran de paño. Uno de los Defensores murió y el otro desapareció en pos de un trolloc herido, el único superviviente de los cinco. Cuando Rand regresó presuroso a la galería percibió un fuerte hedor a carne quemada procedente del piso inferior; en el suelo había muchos cadáveres calcinados, pero ni rastro de Moraine o de Lan.

Así se dirimía la contienda por la Ciudadela; o por la vida de Rand. Las luchas estallaban en un punto y se desplazaban hacia otro sitio o finalizaban cuando uno de los bandos era derrotado. Los hombres no combatían únicamente contra trollocs y Myrddraal; también lo hacían contra otros hombres. Había Amigos Siniestros entre las filas de los Engendros de la Sombra, unos tipos vestidos con ropas toscas que tenían pinta de antiguos soldados y de camorristas de taberna. Parecían tan atemorizados por los trollocs como los propios tearianos, pero mataban tan indiscriminadamente como ellos allí donde se les presentaba la oportunidad. De hecho, en dos ocasiones Rand vio trollocs luchando contra trollocs; la única explicación que se le ocurrió era que los Myrddraal habían perdido el control sobre ellos y su naturaleza sanguinaria había prevalecido sobre todo lo demás. Que se mataran si querían; él no iba a impedírselo.

Entonces, solo de nuevo, giró en una esquina y se dio de bruces con tres trollocs tan corpulentos como él pero mucho más altos. Uno de ellos, que tenía un pico de águila sobresaliendo de un rostro por lo demás humano, estaba cortando un brazo al cadáver de una noble teariana mientras que los otros dos lo observaban anhelantes, lamiéndose los hocicos. Los trollocs comían cualquier cosa mientras fuera carne. El encuentro sorprendió a Rand tanto como a ellos, pero el joven fue el primero en reaccionar.

El del pico de águila se desplomó con un corte transversal que abría cota de malla y músculos por igual. La maniobra de esgrima llamada *El lagarto en el espino* tendría que haber dado buena cuenta de los otros dos, pero Rand se tambaleó cuando el primer trolloc caído, en una de sus sacudidas, le dio un golpe en el pie que le hizo perder el equilibrio, y la espada sólo hendió la cota de malla de un adversario; el traspié lo puso justo en el camino del trolloc moribundo cuyo hocico lobuno chascó en el aire al lanzarle una dentellada. El monstruoso ser lo arrastró en su caída y lo aplastó contra las baldosas con el peso de su corpachón, inmovilizando la espada y el brazo con el que la manejaba. El que seguía de pie levantó el hacha al tiempo que una mueca maligna dejaba a la vista sus colmillos de jabalí. Rand bregó desesperadamente para moverse, para poder respirar.

Una espada curvada hendió el hocico del trolloc del hacha y se hundió hasta la garganta.

El trolloc que había aparecido tan de improviso forcejeó para sacar el arma y le gruñó enseñando los dientes de cabra y agitando las orejas bajo los cuernos. Entonces se marchó corriendo; las pezuñas repicaron sobre las baldosas.

Rand salió trabajosamente de debajo del peso muerto del trolloc, medio atontado. «Me ha salvado un trolloc. ¡Un trolloc!» La sangre de las bestias, densa y oscura, lo cubría. Al fondo del largo pasillo, en dirección contraria por la que había huido el trolloc cabruno, saltaron destellos blanco azulados al aparecer dos Fados que luchaban entre sí en un vertiginoso remolino de

Librodot

acometidas y paradas. Uno retrocedió hacia un corredor lateral obligado por el violento ataque del otro, y la relampagueante luz se perdió de vista. «Me he vuelto loco. Tiene que ser eso. Estoy loco y esto sólo es producto de mi mente delirante.»

—Pusiste todo en peligro al lanzarte ciegamente a la batalla con esa... esa espada.

Rand se volvió hacia Lanfear. De nuevo su aspecto era el de una muchachita de la misma edad que él o incluso más joven. Se recogió el repulgo de la blanca falda para pasar por encima del cuerpo descuartizado de la noble teariana; por la impasibilidad de su semblante habríase dicho que saltaba sobre un tronco caído.

—Construyes un chozo pudiendo tener palacios de mármol con sólo chascar los dedos —continuó—. Estaba en tus manos apoderarte de las vidas y las almas de los trollocs sin apenas esfuerzo y, en cambio, ha faltado poco para que te maten. Tienes que aprender. Únete a mí.

—¿Esto fue obra tuya? —demandó—. Lo del trolloc que me salvó la vida, lo de los Myrddraal luchando entre sí, ¿has sido tú?

Lanfear lo observó un instante antes de sacudir ligeramente la cabeza, como lamentándolo.

—Si reconozco que te he ayudado esperarás que lo haga de nuevo, y tal cosa no sólo sería un error flagrante, sino mortífero. Ninguno de los otros sabe con certeza de qué lado estoy, y me gusta que sea así. No esperes que te preste ayuda abiertamente.

—¿Que no espere tu ayuda? —bramó—. Quieres que me entregue a la Sombra. No conseguirás que olvide lo que eres con palabras amables. —Encauzó el Poder y la mujer se estrelló contra una pared con bastante fuerza para hacerle soltar un gemido. La mantuvo allí, con los brazos en cruz contra un tapiz que representaba una escena de caza, a varios centímetros del suelo y con el vestido extendido y estirado. ¿Cómo había aislado a Egwene y a Elayne? Tenía que recordarlo.

De repente salió lanzado por el aire y fue a estrellarse contra la pared opuesta a la que estaba Lanfear, aplastado como un insecto por algo que casi le cortaba la respiración.

La mujer no parecía tener problemas en ese sentido.

—Cualquier cosa que hagas, Lews Therin, también la hago yo. Y mejor. —A pesar de estar atrapada contra la pared se mostraba impertérrita. La algarabía de un combate sonó en alguna parte, cerca, y después se perdió en la distancia—. Utilizas la mitad de la más pequeña fracción de tu capacidad real, y te apartas de lo que te permitiría aplastar a todos cuantos se te opusieran. ¿Dónde está *Callandor,* Lews Therin? ¿Sigue en tu dormitorio, como un adorno inútil? ¿Crees que tu mano es la única que puede blandirla ahora que has roto el escudo que la hacía inaccesible a los demás? Si es Sammael el que está aquí, la tomará y la utilizará contra ti. Hasta Moghedien la cogería para impedirte usarla; sería muy provechoso para ella negociar su entrega con cualquiera de los varones Elegidos.

Rand se debatía contra lo que quiera que lo tenía inmovilizado, pero sólo conseguía girar la cabeza a uno y otro lado. Imaginar a *Callandor* en manos de uno de los Renegados lo volvía medio loco de miedo y frustración. Encauzó de nuevo en un intento de romper las ataduras que lo sujetaban, pero fue en vano. Y entonces, de repente, desaparecieron; Rand salió lanzado hacia adelante, todavía forcejeando, antes de darse cuenta de que estaba

Librodot

libre. Y no como consecuencia de nada que hubiera hecho él.

Miró a Lanfear. Seguía colgada allí, tan tranquila y apacible como si estuviera tomando el aire en la orilla de un río. Obviamente su intención era engatusarlo, convencerlo, ablandarlo. Rand no estaba seguro de qué hacer con los flujos que la sujetaban. Si los ataba y la dejaba allí, era muy capaz de echar abajo media Ciudadela intentando liberarse; eso si algún trolloc no la mataba antes creyendo que era una mujer de la fortaleza. Tal posibilidad no tendría que desasosegarlo —al fin y al cabo, sería la muerte de uno de los Renegados—, pero la idea de abandonar a una mujer, o a cualquier persona, indefensa a la brutalidad de los trollocs le repugnaba. Una ojeada a su calma imperturbable acabó con sus dudas; nadie ni nada le haría daño mientras pudiera encauzar. Si encontrara a Moraine para que la aislara...

De nuevo fue Lanfear quien decidió por él. El impacto de los flujos al partirse lo sacudió brutalmente; la mujer descendió suavemente al suelo y se apartó de la pared al tiempo que se arreglaba los pliegues de la falda con absoluta tranquilidad. Rand no daba crédito a sus ojos.

—No puedes hacer eso —exclamó tontamente, y ella sonrió.

—No necesito ver un flujo para desenredarlo siempre y cuando sepa qué es y dónde está. ¿Te das cuenta? Tienes mucho que aprender. Pero me gustas así. Siempre fuiste demasiado porfiado y seguro de ti mismo para sentirme cómoda a tu lado. Era mejor cuando te mostrabas algo inseguro. Entonces ¿te olvidas de *Callandor*?

Rand seguía vacilando. Allí había un Renegado y no había nada que él pudiera hacer al respecto. Se volvió y corrió en busca de *Callandor.* La risa de Lanfear lo siguió pasillo adelante.

Esta vez no se desvió para combatir contra trollocs o Myrddraal ni aminoró la marcha mientras subía a los pisos altos de la Ciudadela a menos que le salieran al paso. En tales casos su espada de fuego despejaba su camino. Vio a Perrin y a Faile, él con el hacha y ella guardándole la espalda con sus cuchillos; los trollocs se mostraban igualmente reacios a enfrentarse a los ojos amarillos del joven como a la gran hoja del hacha que manejaba. Rand los dejó atrás sin dedicarles más de una mirada; si uno de los Renegados cogía a *Callandor* ninguno de ellos viviría para ver el siguiente amanecer.

Falto de respiración atravesó la antesala de columnas saltando por encima de los cadáveres de Defensores y trollocs que seguían tirados en el suelo en su afán por llegar hasta *Callandor.* Abrió de un empellón las puertas. La Espada que no es una Espada se encontraba en su soporte dorado e incrustado de joyas, reflectando los rayos del sol poniente. Esperándolo.

Ahora que la tenía a la vista, a salvo, era reacio a tocarla. La había utilizado una sola vez con el propósito para el que había sido creada. Sabía lo que le esperaba cuando volviera a cogerla, a usarla para absorber el Poder de la Fuente Verdadera hasta unos límites que ningún ser humano podría alcanzar por sí mismo. Le costó un esfuerzo ímprobo abandonar la espada de fuego; cuando desapareció estuvo a punto de hacerla materializarse otra vez.

Rodeó el cadáver del Hombre Gris arrastrando los pies, y puso las manos sobre la empuñadura de *Callandor* lentamente. Estaba fría, como un cristal que llevara mucho tiempo en la oscuridad, pero no tenía tan suave el tacto como para que los dedos resbalaran sobre ella.

Librodot

Algo lo hizo levantar la vista. En la puerta había un Fado, indeciso, con las cuencas vacías prendidas en *Callandor.*

Rand absorbió el *Saidin* a través de *Callandor.* La Espada que no es una Espada refulgió fieramente en sus manos como si éstas sostuvieran la luz de mediodía. El poder lo hinchió penetrando en él como un rayo demoledor. La infección recorrió su cuerpo como una negra oleada; por sus venas corría lava ardiente; el frío de su interior habría congelado el sol. Tenía que usarlo o reventaría como un melón podrido.

El Myrddraal dio media vuelta, dispuesto a huir, y súbitamente las ropas negras y la armadura cayeron al suelo; únicamente quedaron motitas flotando en el aire.

Rand ni siquiera fue consciente de haber encauzado hasta que todo hubo acabado; habría sido incapaz de decir lo que había hecho aunque en ello le fuera la vida. Pero nada lo amenazaría mientras sostuviera a *Callandor* en sus manos. El Poder palpitaba dentro de él como el latido del mundo. Con *Callandor* en sus manos cualquier cosa era posible. El Poder lo martilleaba con la fuerza de un mazo que demolería montañas. Un hilo de la energía encauzada barrió de un soplo los restos flotantes del Myrddraal así como las ropas y la armadura hacia el centro de la antesala; un hilillo de flujo incineró ambas cosas. Salió del dormitorio para dar caza a quienes habían venido a cazarlo a él.

Algunos habían llegado hasta la antesala. Otro Fado y un puñado de acobardados trollocs estaban plantados delante de las columnas al lado opuesto, contemplando fijamente las cenizas que flotaban en el aire, los últimos fragmentos del Myrddraal y su atuendo. Los trollocs aullaron como alimañas al ver a Rand con la relampagueante *Callandor* en sus manos. El Fado se quedó paralizado por la impresión. Rand no les dio ocasión de escapar; manteniendo deliberadamente el acompasado y lento ritmo de sus pasos hacia ellos, encauzó, y el fuego surgió del negro mármol bajo los Engendros de la Sombra tan abrasador que tuvo que levantar una mano para resguardarse la cara. Cuando llegó allí las llamas se habían consumido y en el mármol sólo quedaban unos círculos deslustrados.

Regresó a los pisos bajos de la Ciudadela, y todos los trollocs y Myrddraal que vio fueron consumidos por una llamarada. Los abrasó mientras luchaban con Aiel o tearianos y mataban sirvientes que intentaban defenderse con lanzas o espadas que habían cogido a los muertos. Los carbonizó mientras corrían, ya fuera en pos de más víctimas o huyendo de él. Empezó a avanzar más deprisa, primero trotando y finalmente corriendo, y dejó atrás a los heridos, que a menudo yacían desatendidos, y dejó atrás a los muertos. No era bastante; no se movía suficientemente deprisa. A pesar de que mataba trollocs a puñados, seguían quedando más que continuaban asesinando en su afán por escapar.

Se frenó en seco en un ancho pasillo, rodeado de muertos. Tenía que hacer algo; algo más efectivo. El Poder se deslizaba por sus huesos, la pura esencia del fuego. Algo más. El Poder lo heló hasta la médula. Algo que los matara a todos a la vez, de golpe. La mácula del *Saidin* lo abrumó cual una montaña de restos putrefactos que amenazaba con enterrar su alma. Levantó a *Callandor* y bebió en la Fuente Verdadera, absorbió energía hasta que tuvo la impresión de que debería bramar gritos de fuego helado. Tenía que matarlos a todos.

Debajo del techo y justo por encima de su cabeza el aire empezó a girar

más y más deprisa en un torbellino, arremolinándose en franjas rojas, negras y plateadas. Se espesó y se hundió hacia adentro, reduciéndose, comprimiéndose, aullando mientras giraba y se reducía más y más.

El sudor corría por el rostro de Rand, que lo miraba fijamente. No tenía ni idea de qué era, pero aquellos flujos incontables lo unían a la masa; era un peso que aumentaba a medida que esa *cosa* se retraía y comprimía sobre sí misma. El resplandor de *Callandor* seguía aumentando, demasiado brillante para mirarlo directamente; cerró los ojos, y la luz pareció abrasarle las pupilas a través de los párpados. El Poder fluía por él como un torrente inmensurable que amenazaba con arrastrarlo hacia el remolino. Tenía que soltarlo. Tenía que hacerlo. Se obligó a abrir los ojos, y fue como mirar todas las tormentas del mundo concentradas en una bola del tamaño de la cabeza de un trolloc. Tenía que..., tenía...

«Ahora.» La idea flotó como una risa restallante en el límite de su conciencia. Cortó los flujos que salían de él y soltó el remolino, que todavía rotaba y aullaba como un taladro perforando hueso. «Ahora.»

Y saltaron los rayos, relampagueando a lo largo del techo a izquierda y derecha cual riachuelos de plata. Un Myrddraal salió de un corredor lateral y, antes de que tuviera tiempo de dar otro paso, se precipitó sobre él una docena de llameantes descargas que lo hicieron saltar en pedazos. Los otros rayos continuaron desplazándose, desplegándose por cada bifurcación del corredor, reemplazados por más y más que brotaban del núcleo en fracciones de segundo.

Rand no tenía la más remota idea de lo que había hecho o cómo funcionaba. Sólo le quedaba aguantar allí, vibrando con el Poder que lo henchía, necesitando utilizarlo. Aunque lo destruyera. Percibía la muerte de trollocs y Myrddraal, sentía a los rayos descargarse y matar. Rand se sentía capaz de matarlos en todas partes, en cualquier rincón del mundo. Lo sabía. Con *Callandor* podía hacer cualquier cosa. Y supo con igual certeza que intentarlo acabaría con su vida.

Los rayos perdieron intensidad y se apagaron con el último Engendro de la Sombra; la masa giratoria implosionó con el seco estampido de una onda de aire invertida. Pero *Callandor* continuaba resplandeciendo como el sol, y él se sacudía con la fuerza del Poder.

Moraine estaba allí, a una docena de pasos, mirándolo intensamente. Sus ropas estaban limpias y arregladas, cada pliegue de la falda de seda azul en su sitio, pero tenía el cabello despeinado. Parecía cansada... e impresionada.

—¿Cómo...? De no haberlo visto no habría creído posible lo que has hecho, Rand. —Lan apareció por el pasillo casi trotando, con la espada en la mano, el rostro ensangrentado, la chaqueta desgarrada. Sin quitar los ojos de Rand, Moraine levantó una mano y detuvo al Guardián a corta distancia de ella. Y a cierta distancia de Rand. Como si fuera demasiado peligroso para que incluso Lan se acercara a él—. ¿Estás... bien, Rand?

El joven apartó los ojos de la Aes Sedai con esfuerzo. Su mirada se detuvo en el cuerpo de una chiquilla de cabello oscuro, casi una niña, que yacía despatarrada en el suelo, boca arriba, con los ojos muy abiertos y fijos en el techo; la sangre oscurecía la pechera de su vestido. Tristemente, se inclinó para apartar los mechones de pelo caídos sobre la cara. «¡Luz, es una niña! Actué demasiado tarde. ¿Por qué no lo hice antes? ¡Es sólo una niña!»

—Me encargaré de que alguien se ocupe de ella, Rand —dijo Moraine

Librodot

suavemente—. Tú no puedes ayudarla ahora.

La mano que sostenía *Callandor* tembló tan violentamente que casi dejó escapar la espada.

—Con esto puedo hacer cualquier cosa. —Su voz le sonaba áspera, dura—. ¡Cualquier cosa!

—¡Rand! —El tono de Moraine era apremiante.

No quiso escucharla. El Poder estaba dentro de él. *Callandor* resplandecía, y él *era* el Poder. Encauzó la energía y dirigió los flujos hacia el cuerpo de la chiquilla, buscando, tanteando; la pequeña se incorporó de golpe, con una rigidez antinatural en los brazos y las piernas.

—¡Rand, no puedes hacer esto! ¡No!

«Aire. Necesita respirar.» El pecho de la niña empezó a subir y a bajar. «El corazón. Tiene que latir.» La sangre, ya oscura y espesa, manó de la herida del pecho. «¡Vive! ¡Vive, maldita sea! ¡No fue mi intención llegar demasiado tarde!» Sus ojos lo miraban vidriosos, sin vida. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Rand.

—¡Tiene que vivir! Cúrala, Moraine, yo no sé cómo hacerlo. ¡Cúrala!

—La muerte es irremediable, Rand. No eres el Creador.

Sin apartar la mirada de aquellos ojos muertos, Rand retiró lentamente los flujos. El cuerpo se derrumbó, rígido. Un cadáver. Rand echó la cabeza hacia atrás y soltó un alarido salvaje, como un trolloc. Llamas trenzadas chisporrotearon contra paredes y techo al descargar su frustración y su pena.

Lenta, muy lentamente, soltó el *Saidin,* lo empujó lejos de sí; fue como retirar un peñasco, como renunciar a la vida. La fuerza abandonó su cuerpo junto con el Poder. Sin embargo, la infección permaneció cual una mácula que lo hundía con el peso de su oscuridad. Tuvo que plantar la punta de *Callandor* en las baldosas del suelo y apoyarse en ella para sostenerse en pie.

—¿Y los otros? —Le costaba trabajo hablar; le dolía la garganta—. Elayne, Perrin y los demás. ¿También actué demasiado tarde para ellos?

—No llegaste tarde —repuso Moraine, serena, pero no se acercó más. Lan parecía listo para plantarse de un salto ante ella—. No te culp...

—¿Están vivos? —preguntó a voz en grito Rand.

—Lo están —le aseguró la Aes Sedai.

Asintió con alivio. Procuraba no mirar el cadáver de la niña. Tres días retrasando una decisión para disfrutar de unos cuantos besos robados. Si hubiera actuado tres días antes... Pero había aprendido cosas en esos días que podría utilizar; si era capaz de hacerlas encajar. Todo parecía estar condicionado por ese «si». Al menos, no había sido demasiado tarde para sus amigos.

—¿Cómo entraron los trollocs? Dudo que escalaran las murallas como hicieron los Aiel, habiendo aún luz del sol. ¿Ha anochecido ya? —Sacudió la cabeza para despejar la bruma que lo embotaba—. Bah, no importa. Los trollocs. ¿Cómo entraron?

Fue Lan el que respondió.

—Ocho grandes barcazas de las que cargan grano amarraron en los muelles de la Ciudadela a última hora de la tarde. Por lo visto a nadie le llamó la atención que unas barcazas cargadas con trigo vinieran *río abajo.* —Su voz rebosaba cólera—. Ni por qué atracaban en la Ciudadela. Ni por qué las tripulaciones dejaron cerradas las escotillas hasta que el sol casi se

había puesto. También llegó una caravana de treinta carretas, hará unas dos horas, que supuestamente traían cosas del campo pertenecientes a un noble u otro que regresa a la Ciudadela. Cuando las lonas se retiraron, las carretas también estaban llenas de Semihombres y de trollocs. Si entraron por algún otro sitio, no lo sé. Todavía.

Rand volvió a asentir, y el esfuerzo le dobló las rodillas. Al punto Lan estaba a su lado; pasó el brazo del joven por encima de sus hombros y lo sostuvo. Moraine tomó su rostro entre las manos. Una sensación de frío le recorrió todo el cuerpo; no el helor penetrante de una Curación completa, sino una especie de frescor que arrastraba el agotamiento a su paso. O casi todo el agotamiento. Algo quedó, como si hubiera estado el día entero trabajando con la azada en el campo de tabaco. Se retiró del apoyo que ya no precisaba. Lan lo observó atentamente para ver si realmente podía sostenerse por sí mismo; o quizá porque el Guardián no estaba seguro de hasta qué punto era peligroso o hasta dónde llegaba su cordura.

—No te libré de todo el cansancio a propósito —explicó Moraine—. Necesitas dormir esta noche.

Dormir. Había demasiado que hacer para echarse a dormir. Sin embargo, asintió una vez más. No quería tenerla pegada a él como una sombra.

—Lanfear estuvo aquí —le dijo—. Esto no ha sido obra de ella. Me lo aseguró, y la creo. No parecéis sorprendida, Moraine. —¿La sorprendería la oferta de Lanfear? ¿La sorprendería algo?—. Estuvimos hablando. No intentó matarme ni yo a ella. Y vos no estáis sorprendida.

—Dudo que pudieras matarla. Todavía. —Sus oscuros ojos lanzaron un fugaz vistazo, apenas perceptible, a *Callandor*—. Sin ayuda, no. Y también dudo que ella intente matarte. Todavía. No sabemos gran cosa sobre los Renegados, y de Lanfear la que menos, pero sí sabemos que amó a Lews Therin Telamon. Decir que no corres peligro por ella sería decir demasiado. Hay muchas cosas con las que podría hacerte tanto daño como quitándote la vida, pero no creo que intente matarte mientras crea que puede recobrar a Lews Therin.

Lanfear lo quería. La Hija de la Noche, a quien las madres que sólo creían a medias en ella utilizaban para amedrentar a sus hijos. A él sí lo asustaba, desde luego. La idea casi lo hizo reír. Siempre se había sentido culpable por mirar a otra mujer que no fuera Egwene, y Egwene no lo quería, pero la heredera del trono de Andor quería besarlo, por lo menos, y una Renegada afirmaba que lo amaba. Era casi hilarante. Pero sólo casi. Lanfear parecía estar celosa de Elayne, esa remilgada de cabello pálido, como la había llamado. Era una locura. Todo era una locura.

—Mañana. —Empezó a alejarse de ellos.

—¿Mañana, qué? —preguntó Moraine.

—Mañana os diré lo que voy a hacer. —Parte de ello, desde luego. Imaginar la cara que pondría Moraine si le contaba todo le dio ganas de echarse a reír. Aunque tampoco él lo sabía todo. Aún. Sin saberlo, Lanfear le había proporcionado casi la última pieza del rompecabezas. Le quedaba dar un paso más, esa misma noche. La mano con la que sostenía a *Callandor* junto al costado tembló. Con ella podría hacer cualquier cosa. «Aún no estoy loco. No lo bastante para hacer eso»—. Hasta mañana. Que tengáis buena noche, si la Luz quiere.

Al día siguiente empezaría a soltar otra clase de relámpagos. Otros

Librodot

rayos que podrían salvarlo. O matarlo. Todavía no estaba loco.

Librodot

CAPÍTULO 11

Lo que está oculto

Egwene se encontraba en su cuarto, en camisón; respiró hondo y dejó el anillo de piedra junto al libro abierto, encima de la mesita de noche. Estaba completamente cubierto de puntos y vetas marrones, rojas y azules, y era un poco grande para llevarlo en el dedo. Parecía mal hecho, ya que el aro plano se hallaba retorcido de tal manera que, si se pasaba la yema del dedo a lo largo del borde, se daba la vuelta tanto a la parte interior como a la exterior antes de volver al punto donde se había empezado. Por imposible que pareciera, tenía sólo *un* canto. No había dejado el anillo allí porque existiera la posibilidad de que no lo lograra sin él o porque deseara fracasar. Tenía que intentarlo sin el anillo antes o después, o en caso contrario nunca pasaría de patalear en el agua cuando su meta era nadar. Éste era tan buen momento como cualquier otro. Ésa era la razón. Lo era.

El grueso volumen encuadernado en piel era *Viaje a Tarabon,* escrito por Eurian Romavni, de Kandor, hacía cincuenta y tres años según la fecha dada por el autor en la primera línea, pero en ese corto periodo no debía de haber ocurrido nada trascendente en Tanchico. Además, era el único libro que había encontrado que tuviera ilustraciones útiles. La mayoría de los libros sólo tenían retratos de reyes o interpretaciones imaginarias de batallas, realizadas por hombres que no las habían presenciado.

La oscuridad era completa al otro lado de las ventanas, pero las lámparas le proporcionaban suficiente luz. Una vela alta ardía en un candelabro dorado sobre la mesilla. Había ido a buscarla ella misma; no era aquélla una noche para mandar a una doncella que trajera una vela. Casi todos los criados estaban atendiendo a los heridos o llorando la muerte de sus seres queridos o recibiendo cuidados ellos mismos. Había habido demasiados heridos para tratarlos con la Curación, salvo a los que hubieran muerto de no utilizarla.

Elayne y Nynaeve aguardaban junto a unas sillas de respaldo alto pegadas a cada lado de la amplia cama; procuraban ocultar su ansiedad con más o menos éxito. Elayne simulaba una pasable actitud de majestuosa calma que quedaba menoscabada por el ceño fruncido y el gesto de morderse los labios cuando creía que Egwene no la miraba. Nynaeve hacía un alarde de enérgica seguridad, la clase de actitud que hacía que uno se sintiera a gusto y reconfortado cuando estaba enfermo en la cama y lo arropaba, pero Egwene había aprendido a leer en sus ojos, y éstos decían que estaba asustada.

Aviendha estaba sentada en el suelo junto a la puerta, cruzada de piernas; sus ropas pardas y grises resaltaban llamativamente en contraste con el intenso color azul de la alfombra. En esta ocasión la Aiel llevaba el cuchillo de hoja larga a un costado y una aljaba con flechas al otro; sobre

Librodot

sus rodillas descansaban cuatro lanzas cortas. En el suelo, al alcance de su mano, estaba la rodela de cuero duro, encima de un estuche de cuero repujado, con correas para colgarlo a la espalda, y en el que guardaba su arco de hueso. Después de lo ocurrido esta noche, Egwene no la culpaba por querer ir armada. Ella misma habría querido tener un rayo presto para ser arrojado.

«Luz, ¿qué *era* lo que hizo Rand? Así lo ciegue la Luz. Me asustó tanto como los propios Fados o puede que incluso más. No es justo que tenga capacidad para hacer algo así mientras que yo ni siquiera veo los flujos de energía.»

Se subió a la cama y puso el libro de piel sobre sus rodillas; examinó el mapa impreso de Tanchico con el ceño fruncido. En realidad había pocas indicaciones de interés. Una docena de castillos que rodeaban el puerto y protegían la ciudad desde las tres penínsulas montañosas: la de Verana al este; la de Maseta en el centro, y la de Calpen, que era la más próxima al mar abierto. De ninguna utilidad. Varias plazas grandes, algunas áreas abiertas que parecían ser parques, y distintos monumentos erigidos en memoria de gobernantes convertidos en polvo desde hacía mucho. Todo inútil. Unos cuantos palacios y cosas de aspecto extraño, como por ejemplo el Gran Anfiteatro, en la península de Calpen. Sobre el mapa sólo era un anillo, pero maese Romavni lo describía como una construcción de gran tamaño con capacidad para miles de personas que acudían para presenciar carreras de caballos o espectáculos de fuegos artificiales creados por los Iluminadores. También había un Anfiteatro Real, en Maseta, más grande incluso que el Gran Anfiteatro; y un Anfiteatro de la Panarch, en Verana, un poco más pequeño. También estaba indicada la sede de la Corporación de Iluminadores. Nada de todo esto les servía. Y tampoco en el texto había nada útil.

—¿Estás segura de querer intentarlo sin el anillo? —preguntó Nynaeve en voz queda.

—Completamente —respondió Egwene con tanta calma como le fue posible, aunque tenía el estómago tan revuelto como cuando había visto al primer trolloc esa noche, sosteniendo a aquella pobre mujer por el pelo y degollándola como a un conejo; lo cierto era que los chillidos de la mujer sonaban como los de un gazapo cogido por las orejas. Matar al trolloc no le sirvió de nada; ya estaba muerta para entonces. Pero sus agudos gritos no se le iban de la cabeza a Egwene—. Si no funciona, siempre me queda el recurso de intentarlo de nuevo con el anillo. —Se inclinó sobre la vela para hacerle una marca con la uña—. Despertadme cuando se haya consumido hasta aquí. ¡Luz, ojalá tuviéramos un reloj!

Elayne rió su comentario; un alegre trino que casi sonaba espontáneo.

—¿Un reloj aquí? Mi madre posee docenas de relojes, pero nunca oí que hubiera uno en un dormitorio.

—Bueno, pues mi padre tiene uno, el único que hay en todo el pueblo —rezongó Egwene—. Ojalá lo tuviera aquí ahora. ¿Creéis que la vela se habrá consumido hasta la señal en una hora? No quiero dormir más de ese tiempo, así que tenéis que despertarme tan pronto como la llama llegue a la marca. ¡No bien llegue!

—Lo haremos —le aseguró Elayne en tono tranquilizador—. Te lo prometo.

—El anillo de piedra —intervino inesperadamente Aviendha—. Puesto

que no lo vas a usar tú, Egwene, ¿podría utilizarlo otra persona, alguna de nosotras, para acompañarte?

—No —musitó la joven. «Luz, ojalá vinieran todas conmigo»—. Pero gracias por pensarlo, de todos modos.

—¿Sólo lo puedes usar tú, Egwene? —preguntó la Aiel.

—Cualquiera de nosotras podría —contestó Nynaeve—, incluso tú, Aviendha. No es preciso que una mujer tenga capacidad de encauzar. Es suficiente con dormir con el anillo tocándote la piel. Pero no conocemos el *Tel'aran'rhiod* tan bien como Egwene, y tampoco sus reglas.

—Entiendo. —Aviendha asintió—. Una mujer puede cometer errores cuando no conoce los procedimientos, y sus errores pueden causar tanto su muerte como la de otros.

—Exacto —repuso Nynaeve—. El Mundo de los Sueños es un lugar peligroso. Eso sí que lo sabemos.

—Pero Egwene tendrá cuidado —añadió Elayne, dirigiéndose a Aviendha pero para que lo oyera Egwene—. Lo promete. Mirará en derredor, ¡con mucho cuidado!, y nada más.

Egwene estaba concentrada en el mapa. Tener cuidado. Si no hubiera guardado con tanto celo su anillo de piedra —lo consideraba suyo; la Antecámara de la Torre posiblemente disentiría, pero ignoraban que lo tuviera en su poder—, si hubiera estado dispuesta a que Elayne o Nynaeve lo utilizaran más de una o dos veces, ahora sabrían bastante para acompañarla. Empero, no era remordimiento por lo que evitaba mirarlas, sino porque no quería que vieran el miedo en sus ojos.

El *Tel'aran'rhiod.* El Mundo Invisible. El Mundo de los Sueños. No los sueños de la gente corriente, aunque a veces entraban fugazmente en él y experimentaban sueños que parecían tan reales como la vida misma. Y lo parecían porque lo eran. Lo que ocurría en el Mundo Invisible era real, aunque en un modo extraño. Nada de lo que pasaba allí afectaba a lo que era —una puerta abierta en el Mundo de los Sueños seguiría estando cerrada en el mundo real; un árbol talado allí, aquí seguiría en pie— y, sin embargo, una mujer podía morir o ser neutralizada allí. «Extraño» era un término que distaba mucho de describirlo. En el Mundo Invisible el mundo entero estaba al alcance y puede que también otros mundos; cualquier lugar era accesible. O, al menos, lo era su reflejo en el Mundo de los Sueños. Allí, alguien que supiera cómo hacerlo podía leer el tejido del Entramado: pasado, presente y futuro. Un Soñador. No había habido Soñadoras en la Torre Blanca después de Corianin Nedeal, hacía casi quinientos años.

«Cuatrocientos setenta y tres años, para ser exactos —pensó Egwene—. ¿O son ya cuatrocientos setenta y cuatro? ¿Cuándo murió Corianin?» Si hubiera tenido ocasión de terminar su adiestramiento como novicia en la Torre y estudiar como Aceptada, tal vez ahora lo sabría. Y también muchas otras cosas más.

En la bolsita del *ter'angreal,* lo bastante pequeña para meterla en un bolsillo, Egwene guardaba una lista de los *ter'angreal* que las componentes del Ajah Negro habían robado cuando huyeron de la Torre. Las tres tenían una copia. Al lado de trece de aquellos *ter'angreal* robados se había escrito «aplicación desconocida» y «último estudio realizado por Corianin Nedeal». Pero, si Corianin Sedai no había sido capaz de descubrir su utilidad, Egwene conocía uno de sus usos: daban acceso al *Tel'aran'rhiod;* quizá no con tanta facilidad como con el anillo de piedra, y tal vez no sin encauzar, pero lo

Librodot

hacían.

Habían recuperado dos de Joiya y Amico. Uno era un disco de hierro de unos siete centímetros, con una prieta espiral en cada lado; el otro era una lámina del tamaño de su mano, con el aspecto de un trozo de ámbar claro pero tan dura como para rayar el acero, y con la figura de una mujer dormida tallada de algún modo en su interior. Amico había hablado sin reparos sobre ellos, y también lo hizo Joiya después de una sesión a solas con Moraine en su celda, de la que la Amiga Siniestra salió pálida y casi con un comportamiento cortés. Si se canalizaba un hilo de Energía en cualquiera de los dos *ter'angreal,* la persona se sumía en el sueño y luego en el *Tel'aran'rhiod.* Elayne había probado brevemente con los dos y había funcionado, aunque lo único que vio fue el interior de la Ciudadela y el Palacio Real de Caemlyn.

Egwene no quería que lo intentara por breve que fuera la visita, pero no a causa de los celos. Sin embargo, había sido incapaz de oponerse de manera convincente, pues temió que Elayne y Nynaeve captaran en su voz lo que trataba de ocultar: el miedo.

Haber recuperado dos significaba que todavía quedaban otros once en poder del Ajah Negro, y su oposición se basó en ese argumento, aunque sin extenderse en detalles. Once *ter'angreal* capaces de conducir a una mujer al *Tel'aran'rhiod,* y todos ellos en manos de las hermanas Negras. Cuando Elayne había hecho sus cortos viajes al Mundo Invisible podría haberse encontrado al Ajah Negro esperándola o toparse con ellas antes de percatarse de su presencia. La idea le ponía un nudo en el estómago. ¿Y si estaban esperándola ahora? No lo creía muy probable. No obstante, aunque no fuera a propósito —¿cómo iban a saber que pensaba entrar allí?—, sí cabía la posibilidad de que estuvieran por casualidad. A una era capaz de hacerle frente, a menos que la cogiera por sorpresa, y no estaba dispuesta a que tal cosa ocurriera. Pero ¿y si aparecían dos o tres juntas? ¿O Liandrin y Rianna, Chesmal Emry y Jeane Caide y todas las demás al mismo tiempo?

Sin levantar los ojos del mapa, fruncido el entrecejo, se obligó a aflojar las manos que había apretado con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos. Lo ocurrido esta noche hacía que todo fuera urgente. Si los Engendros de la Sombra habían podido asaltar la Ciudadela, si una Renegada había aparecido de repente allí, Egwene no podía dejarse vencer por el miedo. Tenían que saber qué hacer, decidir adónde ir. Tenían que tener algo más que la vaga historia de Amico. Algo, cualquier cosa. Si hubiera podido descubrir dónde se encontraba encerrado Mazrim Taim o entrar de algún modo en los sueños de la Amyrlin y hablar con ella... A lo mejor hacer esas cosas estaban al alcance de una Soñadora, pero si era así ella no sabía cómo llevarlas a cabo. Tenía que conformarse con Tanchico.

—He de ir sola, Aviendha. No queda más remedio. —Creía que su voz había sonado tranquila y firme, pero Elayne le dio unos golpecitos en el hombro.

Egwene no sabía por qué seguía mirando el mapa con tanta intensidad. Lo conocía de memoria, de punta a rabo. Todo cuanto existía en este mundo existía en el Mundo de los Sueños, y, desde luego, a veces incluso más. Su punto de destino estaba decidido. Pasó las hojas del libro hasta llegar al único grabado que mostraba el interior de un edificio cuyo nombre aparecía en el mapa: el Palacio de la Panarch. Sería un grave inconveniente encontrarse en una habitación si no tenía idea de en qué parte de la ciudad

estaba. De todos modos, puede que nada de esto sirviera de mucho. Rechazó tal idea de inmediato. Tenía que pensar que había alguna oportunidad.

El grabado mostraba una amplia habitación de techo alto. Un cordón unía entre sí varios postes de unos ochenta o noventa centímetros de altura y formaba una especie de barrera que impedía que nadie se acercara demasiado a los objetos expuestos en vitrinas y estuches abiertos que había a lo largo de las paredes. La mayoría de esas piezas expuestas no se apreciaban, salvo lo que había al otro extremo de la sala. El artista se había esmerado en dibujar con todo detalle el inmenso esqueleto que se erguía como si el resto de la criatura acabara de desaparecer. Tenía cuatro patas, de huesos macizos, pero por lo demás no se parecía a ningún animal que Egwene conociera. Para empezar, de pie debía de medir unos tres metros y medio, más del doble de alto que ella. El redondo cráneo, situado en un ángulo muy bajo respecto a los hombros, como el de un toro, parecía lo bastante amplio para que un niño cupiera dentro, y en el dibujo parecía tener cuatro cuencas oculares. Este esqueleto diferenciaba la sala de todas las demás; era el centro de ella, sin lugar a duda, y no dejaba margen de error. Fuera lo que fuera. Si Eurian Romavni lo sabía, no lo había nombrado en estas páginas.

—Por cierto, ¿qué es una Panarch? —preguntó mientras dejaba a un lado el libro. Había estudiado el grabado una docena de veces—. Estos escritores parecen dar por sentado que uno tiene que saberlo ya.

—La Panarch de Tanchico tiene la misma autoridad que el rey —explicó Elayne como si recitara una lección—. Es la responsable de recaudar los impuestos, los aranceles y las tasas; y él, de que se gasten correctamente. Ella controla la Fuerza Civil y los tribunales de justicia, excepto el Tribunal Supremo, que es prerrogativa del rey. También lo es el ejército, por supuesto, excepto la Legión de la Panarch. Ella...

—En realidad no tenía interés en saberlo. —Egwene suspiró. Sólo lo había preguntado por decir algo, por demorar un poco más lo que tenía que hacer. La vela seguía quemándose; estaba perdiendo un tiempo precioso. Sabía cómo salir del sueño cuando quería, cómo despertarse por sí misma, pero el tiempo discurría de modo diferente en el Mundo de los Sueños, y era fácil despistarse—. Tan pronto como llegue a la marca, recordad —repitió, a lo que Elayne y Nynaeve musitaron de nuevo palabras de asentimiento.

Se recostó en los almohadones de plumas; al principio sus ojos se quedaron fijos en el techo, pintado como un cielo azul, con nubes y golondrinas en vuelo, mirándolo sin ver.

Últimamente casi todos sus sueños eran muy desagradables. Rand aparecía en ellos, por supuesto. Tan alto como una montaña, caminando a través de una ciudad, aplastando edificios bajo sus pies mientras las personas, pequeñas como hormigas, gritaban y huían a todo correr. En otro estaba encadenado, y era él el que gritaba. O bien construía un muro, con él a un lado y al otro ella y Elayne y otros que no alcanzaba a distinguir. «Es preciso —decía mientras apilaba las piedras—. No dejaré que me detengas ahora.» No todas las pesadillas eran sobre Rand. También había soñado con los Aiel luchando entre sí, matándose unos a otros, y hasta arrojando lejos sus armas y echando a correr como si se hubieran vuelto locos. O Mat forcejeando con una seanchan que lo ataba con una cadena invisible. Con un lobo, aunque estaba segura de que era Perrin, luchando contra un hombre cuyo rostro cambiaba de manera constante. Con Galad, que se

Librodot

envolvía con un lienzo blanco, como si se estuviera amortajando él mismo; y Gawyn, cuyos ojos rebosaban dolor y odio. Y su madre sollozando. Eran ese tipo de sueños vívidos, los que sabía que significaban algo. Eran horribles, y no entendía el mensaje que guardaban. ¿Cómo pretendía, pues, encontrar algún significado o clave en el *Tel'aran'rhiod*? Pero no había otra alternativa. A no ser la ignorancia, y eso no lo aceptaba.

Estaba tan agotada que, a despecho de su nerviosismo, quedarse dormida no fue un problema. No tuvo más que cerrar los ojos y respirar regular y profundamente. Enfocó su mente en la sala del Palacio de la Panarch y en el enorme esqueleto. Inhalar profunda, regularmente. Recordaba bien la sensación cuando utilizaba el anillo, el paso al *Tel'aran'rhiod.* Inhalar... profunda... regularmente.

Egwene retrocedió al tiempo que daba un respingo, llevándose la mano a la garganta. Así, de cerca, el esqueleto parecía aun más grande de lo que lo había imaginado, con los huesos blanquecinos y resecos. Estaba exactamente delante de él, por dentro del cordón, que era blanco, tan grueso como su muñeca y aparentemente de seda. No le cabía duda alguna de que esto era el *Tel'aran'rhiod.* Los detalles tenían la precisión de la realidad, incluso en las cosas atisbadas por el rabillo del ojo. El hecho de ser consciente de las diferencias entre éste y un sueño real bastaba para ratificar dónde se encontraba. Además, la sensación era... de ser lo correcto.

Se abrió al *Saidar.* Un arañazo en el meñique en el Mundo de los Sueños seguiría estando allí al despertar; y no habría despertar si recibía un golpe mortal con el Poder o incluso con una espada o un garrote, así que no tenía intención de ser vulnerable ni por un momento.

En lugar de su camisón, llevaba puesto algo mucho más parecido al atuendo de Aviendha, pero hecho con seda roja brocada; hasta las suaves botas, atadas a la rodilla, eran de flexible piel roja, más adecuada para guantes, con pespuntes dorados y puntillas. Se rió quedamente de sí misma. En el *Tel'aran'rhiod* las ropas que uno vestía eran como uno quería que fuesen. Por lo visto, parte de su mente quería estar preparada para moverse con rapidez, mientras que otra parte deseaba estar preparada para un baile. Pero no era adecuado. El color rojo se apagó en tonos grises y pardos; la chaqueta, los calzones y las botas se convirtieron en copias exactas de los de una Doncella. En realidad, tampoco era lo más indicado para una ciudad. Repentinamente, su atuendo era un calco de los vestidos que Faile llevaba siempre: oscuros, con faldas estrechas y abiertas, mangas largas y corpiño alto ajustado. «Es absurdo preocuparse por eso. Nadie va a verme salvo en sueños, y son pocos los sueños corrientes que llegan aquí. Daría igual si fuera desnuda.» Y desnuda se quedó de golpe. Su rostro enrojeció por la vergüenza; no hubo nadie que la viera desnuda como si estuviera en el baño antes de que hiciera reaparecer el oscuro vestido, pero se reprochó no haber recordado el efecto directo que tenía cualquier pensamiento allí, sobre todo cuando se estaba abrazando el Poder. Elayne y Nynaeve la consideraban una experta en esto. Sabía algunas de las reglas del Mundo Invisible, y también que existían cientos, miles más que ignoraba. Tendría que aprenderlas, de un modo u otro, si es que iba a ser la primera Soñadora en la Torre desde Corianin.

Observó con más detenimiento el enorme cráneo. Se había criado en un pueblo y conocía el aspecto de las osamentas de los animales. Después de

todo, no eran cuatro cuencas oculares; dos parecían una especie de cuernos, a cada lado de donde había estado la nariz. Tal vez una clase de monstruoso jabalí, aunque la forma del cráneo no tenía el aspecto de este tipo de animales. Daba la impresión de ser antiguo, muy antiguo.

Con el Poder dentro de ella, podía percibir ese tipo de cosas. La habitual intensificación que experimentaban sus sentidos estaba presente, por supuesto. Veía minúsculas grietas en el dorado de los relieves de escayola del techo, quince metros más arriba, y el suave pulimento del blanco suelo. Grietas infinitesimales, invisibles en otras circunstancias, se extendían también a través de las baldosas.

Era una sala enorme, de unos doscientos pasos de largo y casi la mitad de ancho, con filas de finas columnas blancas, y con el cordón blanco extendiéndose a todo lo largo del perímetro excepto donde había puertas, con dobles arcos ojivales. Más cordones rodeaban soportes y expositores que contenían otras piezas en la parte central de la sala. Una ornamentada franja de minúsculos motivos cincelados perforaba las paredes un poco más abajo del techo y dejaba pasar abundante luz. Por lo visto, se había soñado en Tanchico cuando era de día.

«Una gran exposición de objetos de Eras muy antiguas, de la Era de Leyenda y más atrás, abierta para todos, incluso el pueblo llano, tres días al mes y los festivos», había escrito Eurian Romavni. Describía en términos ponderativos los valiosos *cuendillar,* seis piezas expuestas en una caja con los laterales de cristal que había en el centro de la sala, siempre vigilada por cuatro soldados de la guardia personal de la Panarch cuando estaba abierto al público, y se había extendido a lo largo de dos páginas refiriéndose a los huesos de bestias fabulosas «que jamás vieron vivas ojos humanos». Egwene localizó algunos de ellos. A un lado de la estancia estaba el esqueleto de algo que tenía cierto parecido con un oso, en el caso de que un oso tuviera dos dientes centrales tan largos como su antebrazo, y justo enfrente estaba el esqueleto de alguna bestia de cuatro patas con un cuello tan largo que el cráneo llegaba hasta la mitad de la pared. Había más repartidos a lo largo de las paredes de la sala, igualmente fantásticos. Todos ellos daban la sensación de ser tan antiguos como para hacer de la Ciudadela de Tear una construcción reciente. Se agachó para pasar por debajo del cordón y caminó a lo largo de la sala lentamente, mirando a un lado y a otro.

Una escultura de piedra muy desgastada, que representaba una mujer desnuda pero envuelta en los cabellos que le llegaban hasta los tobillos, en apariencia no parecía diferente de las otras que compartían el expositor, ninguna de ellas mayor de un palmo. Pero daba una sensación de suave calor que Egwene reconoció. Era un *angreal,* estaba segura; se preguntó por qué la Torre no había hecho algo para recuperarla de la Panarch. Un collar finamente engastado y dos brazaletes de un metal oscuro y opaco, que ocupaban un soporte para ellos solos, le provocaron un escalofrío; percibía oscuridad y dolor asociados a ellos; un dolor muy, muy viejo, y agudo. Un objeto de plata de otro expositor, como una estrella de tres puntas dentro de un círculo, estaba hecho de un material que no conocía; era más blando que el metal, estaba arañado y abollado, pero era incluso más antiguo que los esqueletos. Desde diez pasos de distancia se percibía el orgullo y la vanidad que irradiaba.

Una de las cosas le resultó familiar, aunque no sabría decir por qué. Metida en un rincón de un expositor, como si quien la había puesto allí no

hubiera estado seguro de si merecía la pena exhibirla, yacía la mitad superior de una figura tallada en algún tipo de brillante piedra blanca, una mujer que sostenía una esfera de cristal en la mano levantada, el rostro sereno y solemne, rebosante de sabia autoridad. De estar completa habría medido unos treinta centímetros. Pero ¿por qué le parecía tan familiar? Casi tenía la impresión de que la instaba a cogerla.

Hasta que los dedos de Egwene se cerraron sobre la estatuilla rota, la joven no fue consciente de haber saltado el cordón. «Qué estupidez, sin saber qué es», pensó, pero ya era tarde.

Nada más agarrarla, el Poder entró a raudales en ella, pasó a la estatuilla y después de vuelta a ella, una y otra vez. La esfera de cristal emitió pulsantes destellos esporádicos, espeluznantes; cada destello repercutía en su cerebro como si le clavaran agujas. La joven sollozó de dolor, soltó la figura y se llevó las manos a la cabeza.

La esfera de cristal se hizo añicos al caer la figurilla al suelo, y los pinchazos desaparecieron dejando únicamente un sordo recuerdo del dolor y una debilidad que le doblaba las rodillas. Apretó los ojos con fuerza para no ver la sala moviéndose. La figura tenía que ser un *ter'angreal,* pero ¿por qué le había hecho daño sólo por tocarlo? Tal vez era porque estaba roto; quizás, al estar incompleto, no podía hacer aquello para lo que había sido creado. No quería pensar siquiera para qué había servido; probar un *ter'angreal* era peligroso. Por lo menos ahora debía de estar roto y no ofrecer peligro. «¿Por qué parecía llamarme?»

La sensación de náusea pasó y abrió los ojos. La figura estaba de nuevo en el expositor, exactamente igual que cuando la había visto por primera vez, sin nada roto. En el *Tel'aran'rhiod* ocurrían cosas extrañas, pero esto era aún más raro. No había ido allí para entretenerse. Lo primero que tenía que hacer era encontrar la salida del Palacio de la Panarch. Pasó de nuevo por encima del cordón, y salió presurosa de la sala, procurando no correr.

El palacio estaba desierto, sin señales de vida. De vida humana, al menos. Unos peces de colores nadaban en grandes fuentes cuyos chorros cantaban alegremente en los patios rodeados de exquisitas columnatas y galerías cubiertas con delicada piedra tallada cual encaje de bolillos. En el agua flotaban nenúfares y otras flores blancas tan grandes como platos. En el Mundo de los Sueños, un sitio era igual a como era en el, así llamado, mundo real. Excepto por la gente. En los pasillos había ornamentadas lámparas doradas, con los pabilos sin quemar, pero se percibía el olor a aceite en ellas. Los pies de la joven no levantaban ni una sola mota de polvo de las llamativas alfombras que sin duda no habían sido sacudidas nunca.

Una vez vio a otra persona caminando delante de ella, un hombre cubierto con una armadura dorada, y con un yelmo puntiagudo y también dorado, rematado por un penacho de plumas de garza blanca, cogido bajo el brazo.

—¿Aeldra? —llamó, sonriendo—. Aeldra, ven y mírame. Me han nombrado capitán de la Legión de la Panarch. ¿Aeldra?

Siguió caminando sin dejar de llamar y, de repente, desapareció. No era un Soñador. Ni siquiera alguien que utilizara un *ter'angreal* como su anillo de piedra o el disco de hierro de Amico. Sólo era un hombre cuyo sueño había tocado un lugar del que no era consciente, con peligros que ignoraba. Gente que moría de repente mientras dormía a menudo había entrado en sueños en el *Tel'aran'rhiod* y había encontrado la muerte de verdad allí. Éste

ya estaba fuera, a salvo en un sueño corriente.

En Tear, la vela ardía junto al lecho. Se le estaba acabando el tiempo de permanencia en el *Tel'aran'rhiod.*

Apresuró el paso y llegó a unas puertas altas y talladas que conducían al exterior, a una amplia escalinata y a una gran plaza desierta. Tanchico se extendía en todas direcciones sobre altas colinas, edificios y más edificios blancos brillando bajo el sol, centenares de esbeltas torres y un número casi igual de cúpulas, algunas doradas. El Anfiteatro de la Panarch, un alto muro circular de piedra blanca, estaba a plena vista a poco más de quinientos metros de distancia, un poco más abajo que el palacio. El Palacio de la Panarch se erguía en la cumbre de una de las colinas más altas. Desde la parte superior de la escalinata tenía una visión panorámica; alcanzaba a ver el brillo de agua, hacia el oeste, ensenadas que la separaban de otras prolongaciones montañosas en las que se extendía el resto de la ciudad. Tanchico era más grande que Tear, puede que incluso más que Caemlyn.

Una gran extensión en la que buscar, y ni siquiera sabía qué. Algo que apuntara la presencia del Ajah Negro o algo que indicara alguna clase de peligro para Rand, si es que había lo uno o lo otro. De haber sido una verdadera Soñadora, adiestrada en el uso de su Talento, sin duda habría sabido qué buscar, cómo interpretar lo que veía. Pero no quedaba nadie que pudiera enseñarle. Se suponía que las Sabias Aiel sabían descifrar los sueños. Aviendha se había mostrado tan reacia a hablar sobre las Sabias que Egwene no había preguntado a ninguna otra Aiel. Tal vez una Sabia podría enseñarle. Si era capaz de encontrar una.

Dio un paso hacia la plaza y, de repente, se encontró en otro lugar.

Grandes agujas de piedra se alzaban a su alrededor en medio de un calor abrasador que resecaba la boca. El sol le quemaba a través del vestido, y la brisa que rozaba su rostro parecía venir de un horno. Unos árboles achaparrados salpicaban un paisaje en el que no crecía otro tipo de vegetación salvo unos pocos parches de dura hierba y plantas espinosas que le eran desconocidas. Sin embargo sí reconoció al león, aunque no había visto nunca uno en carne y hueso. Estaba tumbado en una grieta de las rocas, a menos de veinte pasos, moviendo perezosamente la cola rematada en un mechón negro; no la miraba a ella, sino a algo que había un centenar de pasos más allá. El enorme jabalí, cubierto de duras cerdas, hozaba y olisqueaba en la base de un arbusto espinoso, sin advertir la presencia de la Aiel que se aproximaba sigilosamente con una lanza presta para arrojar. Vestida como las Aiel de la Ciudadela, llevaba el *shoufa* alrededor de la cabeza, pero con la cara descubierta.

«El Yermo —pensó Egwene sin salir de su asombro—. ¡He saltado al Yermo de Aiel! ¿Cuándo aprenderé a tener cuidado con lo que pienso cuando estoy aquí?»

La Aiel se quedó paralizada. Sus ojos estaban prendidos ahora en Egwene, no en el jabalí. Si es que era un jabalí; su forma no parecía del todo correcta.

Egwene estaba convencida de que esta mujer no era una Sabia. Vestía como una Doncella; por lo que le habían contado, una Doncella Lancera que quisiera convertirse en Sabia tenía que «renunciar a la lanza». Tenía que ser una Aiel dormida que al soñar había entrado en el *Tel'aran'rhiod,* como el hombre de palacio. También él la habría visto si se hubiera dado media vuelta. Egwene cerró los ojos y se concentró en la imagen de Tanchico que

conocía con todo detalle, el enorme esqueleto de la gran sala.

Cuando volvió a abrirlos, se encontró mirando los inmensos huesos. Esta vez se fijó en que estaban sujetos con alambre unos a otros. Con mucha habilidad, por cierto, ya que los alambres apenas se notaban. La media estatuilla con su esfera de cristal seguía en el rincón de su expositor. No volvió a acercarse a ella, como tampoco al collar y los brazaletes negros que irradiaban tanto dolor y sufrimiento. El *angreal,* la mujer de piedra, era toda una tentación. «¿Y qué vas a hacer con ella? ¡Luz, estás aquí para buscar, eso es todo! ¡Ponte a ello, mujer!», se recriminó para sus adentros.

Esta vez encontró enseguida la salida a la plaza. El tiempo transcurría de manera distinta allí; Elayne y Nynaeve la despertarían en cualquier momento, y ni siquiera había empezado. No podía perder ni un minuto más, y debía tener mucho cuidado con lo que pensaba de ahora en adelante. Se acabó dar vueltas al tema de la Sabias. Hasta el reproche hizo que fluctuaran las imágenes a su alrededor. «Piensa sólo en lo que haces», se dijo firmemente.

Echó a andar por la calle desierta a paso rápido, a veces trotando. Las calles sinuosas y pavimentadas subían y bajaban, torcían hacia uno y otro lado, vacías de vida salvo las palomas de espalda verde y las grises gaviotas que levantaban el vuelo con fuertes aleteos cuando se aproximaba. ¿Por qué aves y no personas? Las moscas zumbaban en el aire, y vio cucarachas y escarabajos escabulléndose en las sombras. Un puñado de perros flacos, todos de distintos colores, cruzaron la calle al trote a lo lejos. ¿Por qué insectos? ¿Por qué perros?

Se obligó a centrarse de nuevo en lo que la había llevado allí. ¿Qué podría tomarse por una señal del Ajah Negro o del supuesto peligro para Rand, si es que existía? La mayoría de los edificios blancos estaban enlucidos, con la capa de yeso resquebrajada de manera que a menudo dejaba a la vista la madera ajada o el ladrillo marrón claro que había debajo. Sólo las torres y los grandes edificios, probablemente palacios, estaban construidos de piedra también blanca. Pero hasta la piedra tenía fisuras minúsculas, demasiado diminutas para que las percibiera el ojo humano; no obstante, merced al Poder ella sí las veía como finas telarañas que cubrían bóvedas y torres. Quizá significaba algo. O tal vez no.

Se llevó un sobresalto cuando un hombre cayó del cielo hacia la calle delante de ella, gritando. Egwene sólo tuvo tiempo de distinguir unos pantalones con pliegues de color blanco y un espeso bigote tapado con un velo transparente antes de que desapareciera, a un palmo del suelo. De haberse estrellado en el pavimento allí, en el *Tel'aran'rhiod,* lo habrían encontrado muerto en su cama.

«Supongo que tiene tan poco que ver en este asunto como las cucarachas», pensó.

A lo mejor era algo que había dentro de los edificios. Era una remota probabilidad, pero estaba lo bastante desesperada para intentarlo todo. O casi todo. El tiempo era su enemigo. ¿Cuánto le quedaría? Empezó a correr de puerta en puerta, asomando la cabeza en tiendas, posadas y casas.

Las mesas y los bancos de las tabernas aguardaban la llegada de clientes, bien colocadas, como las jarras de peltre con su brillo opaco y los platos en los estantes. Las tiendas se encontraban limpias como si el tendero acabara de abrir; sin embargo, las mesas de trabajo de un sastre estaban ocupadas con rollos de tela, tijeras e hilos; en una carnicería los ganchos

colgaban vacíos y en los mostradores tampoco había carne. Si pasaba un dedo por cualquier parte no le quedaba el menor rastro de polvo en él; todo estaba tan limpio que hasta su madre habría dado el visto bueno.

En las calles más estrechas había casas, pequeños y sencillos edificios enlucidos de techos planos y sin ventanas a la calle, dispuestos para que las familias entraran y tomaran asiento en bancos frente a hogares apagados o alrededor de mesas estrechas de patas talladas, donde la mejor fuente o cuenco del ama de casa tenía un lugar de honor. En las perchas colgaban ropas; de los techos, cazuelas y ollas; en los bancos había herramientas e instrumentos de trabajo, aguardando.

Tuvo una corazonada y desanduvo sus pasos unas cuantas puertas más atrás sólo para echar otra ojeada a lo que era el hogar de una mujer en el mundo real. Las cosas seguían casi igual, como antes. Pero sólo casi. El cuenco con rayas rojas que estaba antes sobre la mesa ahora era un jarrón estrecho de color azul; uno de los bancos sobre el que había un arnés roto y las herramientas para arreglarlo y que antes estaba cerca del hogar, ahora se encontraba junto a la puerta y encima tenía un cestillo de costura y un vestido de niño bordado.

«¿Por qué cambia? —se preguntó—. Claro que ¿por qué iba a seguir igual? ¡Luz, no entiendo nada!»

Al otro lado de la calle se alzaba un establo cuyo enlucido descascarillado dejaba a la vista grandes parches de ladrillos. Fue presurosa hacia allí y abrió una de las grandes puertas. El suelo de tierra estaba cubierto de paja, como en todos los establos que conocía, pero las cuadras estaban vacías. No había caballos. ¿Por qué? Algo rebulló entre la paja, y Egwene comprendió que, a fin de cuentas, el establo no estaba vacío. Ratas. A docenas, mirándola descaradamente, levantando el hocico para husmear su olor. Ninguna de ellas huyó ni se asustó; actuaban como si tuvieran más derecho que ella a estar allí. A despecho de sí misma, retrocedió. «Palomas, gaviotas, perros, moscas y ratas. A lo mejor una Sabia conocería el motivo.»

En un visto y no visto se encontró de vuelta en el Yermo.

Cayó de espaldas en el suelo y gritó al ver que el peludo animal semejante a un jabalí venía corriendo hacia ella; parecía tan grande como un poni. No era un cerdo, comprobó cuando saltó ágilmente por encima de ella; el hocico era estrecho y tenía un montón de dientes puntiagudos, y en cada pata había cuatro dedos. Lo pensó tranquilamente, pero se estremeció cuando la bestia se alejó trotando entre las rocas. Era lo bastante grande para haberla pisoteado y haberle roto huesos o algo peor; aquellos dientes eran capaces de perforar y desgarrar como los de un lobo. Habría despertado con las heridas, o ni siquiera se habría despertado.

El suelo de grava debajo de su espalda abrasaba como la placa de una estufa. Se incorporó rápidamente, furiosa consigo misma. Si no era capaz de mantener la mente en lo que estaba haciendo no conseguiría nada positivo. Se suponía que tenía que estar en Tanchico; debía concentrarse en esa idea y en nada más.

Dejó de sacudirse la falda cuando vio que la Aiel la observaba con sus penetrantes ojos azules a diez pasos de distancia. Era más o menos de la edad de Aviendha, no mucho mayor que ella, pero los mechones de cabello que escapaban de debajo del *shoufa* eran tan pálidos que casi parecían blancos. La lanza que llevaba en la mano estaba presta para ser arrojada, y a esa distancia no parecía probable que fallara.

Se decía que los Aiel eran muy rudos con quienes entraban al Yermo sin permiso. Egwene sabía que podía envolver a la mujer con flujos de Aire e inmovilizarla, pero ¿aguantarían los hilos el tiempo suficiente cuando ella empezara a desvanecerse? ¿O la encolerizaría tanto como para que arrojara la lanza en el momento en que estuviera libre y antes de que ella hubiera acabado de marcharse? De poco serviría regresar a Tanchico si llevaba una lanza Aiel ensartada. Si ataba los hilos dejaría a la mujer atrapada en el *Tel'aran'rhiod* hasta que se desenredaran, indefensa ante el león o ante la bestia semejante a un jabalí, si ésta regresaba.

No. Lo que tenía que conseguir era que la mujer bajara la lanza el tiempo suficiente para estar segura mientras cerraba los ojos y regresaba a Tanchico. Donde se suponía que tenía que estar; haciendo lo que debía hacer. No tenía tiempo para estas ilusiones. No sabía con absoluta certeza si alguien que sólo había llegado por casualidad al *Tel'aran'rhiod* en su sueño normal podía hacerle daño como podían otras cosas de este mundo, pero no estaba dispuesta a correr el riesgo de hacer la prueba con una punta de flecha Aiel. La mujer debía de estar a punto de desaparecer, y hasta entonces tenía que hacer algo para desconcertarla.

Cambiar su atuendo resultó sencillo; tan pronto como lo pensó, Egwene vestía ropas grises y pardas semejantes a las de la mujer.

—No es mi intención hacerte daño —dijo con aparente calma.

La mujer no bajó el arma, y su gesto se tornó ceñudo.

—No tienes derecho a vestir el *cadin'sor,* muchacha —manifestó, y de repente Egwene se encontró completamente desnuda, con el sol cayendo a plomo en lo alto y el suelo abrasándole los pies descalzos.

Se quedó boquiabierta, sin salir de su asombro, levantando los pies alternativamente para no quemarse. Ignoraba que era posible provocar cambios en otras personas. Eran muchas las posibilidades, las reglas que desconocía. Precipitadamente se imaginó con el calzado fuerte y el vestido oscuro de falda pantalón al mismo tiempo que hacía desaparecer las ropas de la mujer. Tuvo que recurrir al *Saidar* para conseguirlo; la Aiel debía de haber estado concentrada en mantenerla desnuda. Egwene preparó un hilo de energía para inmovilizar la lanza si la mujer hacía intención de arrojarla.

Ahora era la Aiel la que parecía no dar crédito a sus ojos; dejó caer la lanza a su lado, y Egwene aprovechó el momento para cerrar los ojos y trasladarse de nuevo a Tanchico, junto al esqueleto del gigantesco jabalí. O lo que quiera que fuera. Esta vez apenas si le dedicó una mirada; se estaba hartando de criaturas que parecían jabalíes y no lo eran. «¿Cómo hizo eso? ¡No! Pensar el cómo y el por qué es lo que me está apartando de lo que he venido a hacer. Esta vez no pienso desviarme de mi propósito.»

A pesar de su empeño, vaciló. En el momento en que había cerrado los ojos le pareció atisbar otra mujer detrás de la Aiel, que las estaba observando. Una mujer de cabello dorado que sostenía un arco de plata. «Ahora te estás dejando llevar por tu imaginación desbordada. Has oído demasiados cuentos de Thom Merrilin.» Birgitte llevaba muerta mucho tiempo y no podía regresar hasta que el Cuerno de Valere sonara para sacarla de la tumba. Era imposible que una mujer muerta, aunque se tratara de una legendaria heroína, se soñara en el *Tel'aran'rhiod.*

Sin embargo no se perdió en elucubraciones; desestimó tales ideas y volvió corriendo a la plaza. ¿Cuánto quedaba para que la vela se quemara hasta la marca? Toda una ciudad que registrar y el tiempo corría sin que

hubiera descubierto la más mínima pista. Si por lo menos supiera qué era lo que tenía que buscar o dónde buscarlo... Correr no le causaba cansancio en el Mundo de los Sueños, pero por mucha prisa que se diera no cubriría toda la ciudad antes de que Elayne y Nynaeve la despertaran. Y no quería tener que regresar aquí otra vez.

Una mujer apareció repentinamente entre la bandada de palomas que se habían reunido en la plaza. Llevaba un vestido verde de tela muy fina y lo bastante ajustado para complacer a Berelain; el oscuro cabello estaba tejido en docenas de finas trenzas, y un velo transparente como el del hombre que había caído le cubría el rostro hasta los ojos. Las palomas alzaron el vuelo y la mujer las siguió y se deslizó con ellas por encima de los tejados más próximos antes de que desapareciera en un abrir y cerrar de ojos.

Egwene sonrió. Ella soñaba cada dos por tres que volaba como un pájaro y, al fin y al cabo, esto era un sueño. Se remontó en el aire y ascendió hacia los tejados. Dio un bandazo al pensar lo absurdo de la situación —¡la gente no volaba!— pero enseguida recuperó la estabilidad al obligarse a cobrar confianza en sí misma. Estaba volando y eso era lo que contaba. Estaba en un sueño y volaba. El viento le azotaba la cara y la joven sintió unos locos deseos de reír.

Planeó a ras del Anfiteatro de la Panarch; las filas de bancos de piedra se sucedían en escalones desde la parte alta del muro hasta el amplio espacio abierto central de tierra apisonada. Qué cantidad de gente cabía allí, reunida para contemplar el espectáculo de fuegos artificiales preparado por la Corporación de Iluminadores. En su tierra los fuegos artificiales eran un acontecimiento excepcional. Se contaban con los dedos de una mano las veces que los había habido en Campo de Emond desde que tenía uso de razón, y a los adultos les entusiasmaban tanto como a los niños.

Planeó por encima de los tejados como un halcón, sobre palacios y mansiones, viviendas humildes y comercios, almacenes y establos. Sobrevoló cúpulas rematadas con veletas de bronce y agujas doradas; pasó junto a torres circundadas por balcones de piedra trabajada a semejanza de un encaje. Los carros salpicaban los patios de carretas, a la espera. Los barcos abarrotaban el enorme puerto y las ensenadas que se extendían entre las penínsulas de la ciudad, Ocupando todos los muelles en apretadas hileras. Todo parecía encontrarse en estado de conservación deficiente, desde los carros hasta los barcos, pero nada de lo que vio apuntó la presencia del Ajah Negro. Desde su punto de vista, claro.

Sopesó la idea de evocar a Liandrin —conocía demasiado bien aquella cara de muñeca, con su multitud de trenzas rubias, sus ojos castaños y su boca carnosa curvada por una sonrisa burlona— con la esperanza de trasladarse allí donde estuviera la hermana Negra. Pero si funcionaba también podía encontrarse ante Liandrin y otras de ellas. No estaba preparada para eso.

Se le ocurrió de repente que si alguna de las hermanas del Ajah Negro se encontraba en Tanchico, en el Tanchico del *Tel'aran'rhiod,* estaba haciendo su presencia demasiado ostentosa. Cualquiera que mirara al cielo vería a una mujer volando; una mujer que no desaparecía al cabo de pocos segundos. Descendió por debajo de la altura de los tejados y se desplazó a lo largo de las calles más despacio que antes, pero aun así a una velocidad superior al galope de un caballo. Tal vez se precipitaba hacia ellas, pero era incapaz de pararse y esperar a que aparecieran.

Librodot

«¡Necia! —se reprochó, furiosa—. ¡Necia! Puede que sepan que estoy aquí. Tal vez están preparándome una trampa.» Se planteó salir del sueño, volver a su cama en Tear, pero todavía no había descubierto nada. Si es que había algo que descubrir.

De repente apareció una mujer alta parada al fondo de la calle, más adelante; vestía una amplia falda marrón y una blusa blanca suelta, con un chal también marrón alrededor de los hombros y un pañuelo doblado alrededor de la frente para sujetar el cabello blanco que le llegaba a la cintura. A pesar de sus ropas sencillas llevaba muchos collares y brazaletes de oro y marfil. Puesta en jarras, miraba a Egwene con gesto ceñudo.

«Otra tonta a la que su sueño ha traído donde no debe estar y que no da crédito a lo que ve», pensó la joven. Tenía la descripción de todas las mujeres que se habían ido con Liandrin, y ésta no encajaba ni por asomo con ninguna de ellas. Pero la mujer no desaparecía, sino que seguía allí plantada mientras Egwene se acercaba velozmente hacia ella. «¿Por qué no se desvanece? ¿Por qué...? ¡Oh, Luz! ¡Es realmente...!» Tomó precipitadamente los flujos para tejer rayos, para inmovilizar a la mujer con Aire, actuando torpemente en su premura.

—Baja de una vez al suelo, muchacha —bramó la mujer—. Ya me he molestado bastante en encontrarte otra vez para que ahora levantes el vuelo como un pájaro cuando lo he conseguido.

Egwene dejó de volar bruscamente. Sus pies tocaron con violencia el pavimento y la joven se tambaleó. Era la voz de la Aiel, pero esta mujer era mayor. No tanto como Egwene había creído al principio —de hecho, parecía mucho más joven de lo que sugería su cabello blanco— pero por la voz y por aquellos penetrantes ojos azules estaba segura de que se trataba de la misma persona.

—Estáis... distinta —dijo.

—Aquí uno puede tener el aspecto que quiera. —La mujer parecía turbada, pero sólo un poco—. A veces me gusta recordar... Bah, no importa. ¿Eres de la Torre Blanca? Ha pasado mucho tiempo desde que tuvieron una caminante de sueños. Mucho. Soy Amys, del septiar Nueve Valles del clan Taardad Aiel.

—¿Sois una Sabia? ¡Lo sois! ¡Y conocéis los sueños, conocéis el *Tel'aran'rhiod*! Podéis... Me llamo Egwene. Egwene al'Vere. Yo... —Hizo una profunda inhalación; Amys no tenía el aspecto de una mujer a quien conviniera engañar—. Soy Aes Sedai, del Ajah Verde.

La expresión de la Aiel no cambió, salvo por un leve gesto de estrechar los ojos, quizá denotando escepticismo. Egwene no parecía lo bastante mayor para haber alcanzado el grado de Aes Sedai. Sin embargo Amys se limitó a comentar:

—Tenía intención de dejarte en cueros hasta que pensaras en un atuendo más apropiado. Ponerse el *cadin'sor* de ese modo, como si fueras... Me sorprendiste al liberarte de aquella manera, volviendo contra mí mi propia lanza. Pero aún te falta adiestramiento, y no eres demasiado poderosa. De otro modo no te habrías dejado caer en mitad de mi cacería de ese modo, donde era evidente que no querías estar. ¿Y a qué viene lo de volar de aquí para allí? ¿Acaso has venido al *Tel'aran'rhiod* simplemente a contemplar la ciudad, sea cual sea?

—Es Tanchico —dijo Egwene con un hilo de voz. ¡La mujer no sabía dónde estaban! Entonces ¿cómo la había seguido y encontrado? Era evidente

que conocía el Mundo de los Sueños mucho, muchísimo más que ella—. Podríais ayudarme. Estoy intentando encontrar a unas mujeres del Ajah Negro, Amigas Siniestras. Creo que se encuentran aquí, y tengo que comprobar si están o no.

—Así que es cierto que existe —musitó Amys—. Un Ajah de Seguidoras de la Sombra en la Torre Blanca. —Sacudió la cabeza—. Pareces una muchacha que acaba de casarse con la lanza y que se cree capaz de sostener una lucha cuerpo a cuerpo con los hombres y saltar montañas. En el caso de ella el peligro se reduce a unos cuantos moretones y una valiosa lección de humildad. En el tuyo, aquí, podría significar la muerte. —Amys echó una ojeada a los edificios blancos del entorno e hizo una mueca de desagrado—. ¿Tanchico? ¿En... Tarabon? Esta ciudad se está muriendo, devorándose a sí misma. Aquí hay una oscuridad, un mal. Algo peor de lo que podrían hacer los hombres o las mujeres. —Observó a Egwene fijamente—. Tú no lo ves ni lo percibes, ¿verdad? ¿Y pretendes dar caza a Seguidoras de la Sombra en el *Tel'aran'rhiod*?

—¿Un mal? —repitió precipitadamente—. Tal vez sean ellas. ¿Estáis segura? Si os digo qué aspecto tienen, ¿podríais confirmármelo? A una de ellas sería capaz de describírosla hasta en el más mínimo detalle.

—Igual que una niña que le pide un brazalete de plata a su padre de inmediato sin saber nada del comercio ni del proceso de creación de los brazaletes —rezongó Amys—. Tienes mucho que aprender. Mucho más de lo que puedo empezar a enseñarte ahora. Ven a la Tierra de los Tres Pliegues. Haré correr la voz por los clanes de que ha de traerse a mi presencia a una Aes Sedai llamada Egwene al'Vere, en el dominio Peñas Frías. Da tu nombre y muestra tu anillo de la Gran Serpiente y tendrás paso franco. Ahora no estoy allí, pero habré regresado de Rhuidean antes de que llegues.

—Por favor, tenéis que ayudarme. Necesito saber si están aquí. He de saberlo.

—Pero no puedo decírtelo. No las conozco y tampoco este sitio, Tanchico. Tienes que venir a mí. Lo que haces es peligroso, mucho más de lo que imaginas. Tienes que... ¿Dónde vas? ¡Alto ahí!

Algo pareció tirar de Egwene y sumergirla en la oscuridad.

Sonó la voz de Amys, hueca y perdiéndose en la distancia:

—Tienes que venir a mí y aprender. Tienes que...

Librodot

CAPÍTULO 12

Tanchico o la Torre

Elayne soltó un entrecortado suspiro de alivio cuando finalmente Egwene rebulló y abrió los ojos. A los pies de la cama, el semblante de Aviendha perdió la expresión de frustración y ansiedad, y la Aiel le dedicó una fugaz sonrisa que Egwene le devolvió. La vela había pasado de la marca hacía minutos, aunque parecía que hubiera sido una hora.

—No te despertabas —dijo Elayne, temblorosa—. Te sacudimos y te zarandeamos, pero no te despertabas. —Soltó una risita corta—. Oh, Egwene, hasta Aviendha estaba asustada.

Egwene le puso la mano en el brazo y le dio un apretón para tranquilizarla.

—Ahora ya estoy aquí. —Su voz sonaba cansada, y tenía el camisón empapado de sudor—. Supongo que había una razón para permanecer un poco más de lo que habíamos planeado. La próxima vez tendré más cuidado, lo prometo.

Nynaeve soltó la jarra en el palanganero con tanta brusquedad que derramó parte del contenido. Había estado a punto de echarle el agua a la cara. Mantenía el gesto impasible, pero la jarra traqueteó contra la jofaina y el agua goteó sobre la alfombra sin que ella hiciera nada por impedirlo.

—¿Fue porque descubriste algo o porque...? Egwene, si el Mundo de los Sueños te puede retener de un modo u otro, tal vez es demasiado peligroso hasta que hayas aprendido más sobre él. Quizá resulta más difícil regresar cada vez que se va allí. Quizá... No sé. Pero no podemos correr el riesgo de que te quedes perdida allí.

—Lo sé —repuso la joven en una actitud sumisa que hizo que Elayne arqueara las cejas bruscamente. Su amiga nunca se había mostrado sumisa con Nynaeve. Todo lo contrario.

Egwene se levantó de la cama con esfuerzo, rehusando la ayuda de Elayne, y se dirigió al palanganero para mojarse la cara y los brazos con el agua relativamente fresca. Elayne buscó un camisón limpio en el armario mientras su amiga se quitaba el empapado en sudor.

—Me encontré con una Sabia, una mujer llamada Amys. —La voz de la muchacha sonó amortiguada hasta que sacó la cabeza por el cuello de la prenda limpia—. Me dijo que tenía que acudir a ella, a aprender acerca del *Tel'aran'rhiod,* en un sitio del Yermo que se llama el dominio Peñas Frías.

Elayne advirtió que Aviendha parpadeaba al oír el nombre de la Sabia.

—¿La conoces? ¿Conoces a esa tal Amys? —preguntó.

El cabeceo de asentimiento de la Aiel sólo podía describirse como renuente.

—Es una Sabia, una caminante de sueños. Amys fue *Far Dareis Mai* hasta que renunció a la lanza para ir a Rhuidean.

—¡Una Doncella! —exclamó Egwene—. Así que por eso me dijo que... No importa. Dijo que se encontraba en Rhuidean ahora. ¿Sabes dónde está ese dominio Peñas Frías, Aviendha?

—Por supuesto. Peñas Frías es el dominio de Rhuarc. Él es el marido de Amys. Solía ir de visita allí, de vez en cuando. Mi madre segunda, Lian, es hermana conyugal de Amys.

Elayne intercambió una mirada desconcertada con Egwene y Nynaeve. Hubo un tiempo en que la heredera del trono creía saber mucho sobre los Aiel de todo lo aprendido de sus maestros en Caemlyn, pero desde que conocía a Aviendha se había dado cuenta de lo poco que sabía en realidad. Las costumbres y parentescos eran un confuso laberinto. Hermana primera significaba que tenían la misma madre; excepto que cabía la posibilidad de que unas amigas se convirtieran en primeras hermanas haciendo el juramento ante las Sabias. Hermana segunda significaba que las madres eran hermanas; si los padres eran hermanos, entonces eran hermanas paternas, y no se consideraba un parentesco tan próximo como hermanas segundas. A partir de ahí, la cosa se complicaba de manera increíble.

—¿Qué significa «hermana conyugal»? —preguntó, vacilante.

—Que se tiene el mismo marido. —Aviendha frunció el entrecejo ante el respingo de Egwene y la forma en que Nynaeve abrió desmesuradamente los ojos. Elayne casi esperaba esa respuesta, pero a pesar de todo empezó a colocarse la falda, que estaba perfectamente recta y en su sitio—. ¿No tenéis esa costumbre? —preguntó la Aiel.

—No —repuso Egwene con un hilo de voz—. No, no la tenemos.

—Pero Elayne y tú os queréis como hermanas primeras. ¿Qué habríais hecho si una de vosotras no hubiera querido renunciar a Rand al'Thor? ¿Luchar por él? ¿Permitir que un hombre desbaratara los vínculos que hay entre vosotras? ¿No habría sido mejor que las dos os hubieseis casado con él?

Elayne miró a Egwene. La idea de... ¿Habría sido capaz de hacer algo así? ¿Incluso tratándose de Egwene? Sentía las mejillas arreboladas. Por su parte, Egwene sólo parecía sobresaltada.

—Pero yo quise renunciar a él —dijo la muchacha de Dos Ríos.

La heredera del trono sabía que el comentario iba dirigido tanto a Aviendha como a ella, pero la idea no se le iba de la cabeza. ¿Había tenido Min una visión? «Si es Berelain, la estrangularé. ¡Y a él también! Si tiene que haber alguien más, ¿por qué no puede ser Egwene? ¡Luz! ¿Qué estoy pensando?» Su sofoco había aumentado de tal manera que sentía que las mejillas le ardían, y para disimular habló con un tono superficial:

—Lo dices como si el hombre no tuviera elección en el asunto.

—Puede decir que no —manifestó Aviendha como si fuera algo evidente—; pero, si quiere casarse con una, debe hacerlo con ambas si ellas lo piden. Por favor, no os ofendáis, pero me escandalicé cuando me enteré que en vuestra tierra un hombre puede pedir a una mujer que se case con él. Un hombre debe dar a entender su interés y después esperar a que la mujer tome la decisión. Por supuesto, algunas mujeres hacen que un hombre comprenda hacia dónde apuntan sus intereses, pero el derecho de decidir es de ella. En realidad no sé mucho acerca de estas cosas. Desde niña quise ser *Far Dareis Mai.* Todo lo que quiero en esta vida es la lanza y mis hermanas de lanza —terminó con timbre fiero.

—Nadie intenta obligarte a que te cases —quiso tranquilizarla Egwene.

Librodot

Aviendha la miró sin salir de su asombro.

Nynaeve se aclaró la garganta con un sonoro carraspeo. Elayne se preguntó si habría estado pensando en Lan; desde luego, tenía las mejillas algo arreboladas.

—Supongo, Egwene —dijo Nynaeve con un timbre algo más enérgico de lo habitual—, que no encontraste lo que buscabas o, a estas alturas, ya habrías hablado de ello.

—No, no descubrí nada —repuso Egwene, pesarosa—. Pero Amys dijo que... Aviendha ¿qué clase de mujer es Amys?

La Aiel miraba la alfombra con tanto interés que parecía estar estudiando el dibujo.

—Amys es tan dura como las montañas y tan implacable como el sol —contestó sin alzar la vista—. Es una caminante de sueños. Puede enseñarte. Una vez que te ponga las manos encima, te arrastrará del cabello hacia donde ella quiera. Rhuarc es el único que le planta cara. Hasta las otras Sabias se andan con cuidado cuando Amys habla. Pero puede enseñarte.

Egwene sacudió la cabeza.

—A lo que me refiero es a si estar en un sitio extraño la pondría nerviosa, como por ejemplo en una ciudad. ¿Vería cosas que sólo están en su imaginación?

—¿Nerviosa? —La risa de Aviendha fue seca y corta—. Si al despertar encontrara un león en su cama no perdería los nervios. Era una Doncella, Egwene, y no se ha ablandado, eso tenlo por seguro.

—¿Y qué vio esa mujer? —quiso saber Nynaeve.

—No era exactamente algo que hubiera visto —contestó lentamente la joven—. Eso creo. Dijo que había un mal en Tanchico. Algo peor de lo que pudieran hacer los hombres. Tal vez sea el Ajah Negro. No discutas conmigo, Nynaeve —añadió con más firmeza—. Los sueños hay que interpretarlos. Podría ser eso, ¿por qué no?

La antigua Zahorí había fruncido el entrecejo tan pronto como Egwene mencionó el mal en Tanchico, y su ceño se marcó aun más cuando la joven le dijo que no discutiera. A veces Elayne hubiera querido sacudirlas a las dos. Se interpuso rápidamente entre ellas antes de que la mayor saltara.

—Sí, podría ser, Egwene —dijo—. Así que descubriste algo, después de todo. Más de lo que Nynaeve o yo pensábamos. ¿No es cierto, Nynaeve? ¿No crees que podría ser eso?

—Sí, tal vez —admitió a regañadientes.

—Tal vez. —Egwene no parecía muy conforme. Respiró hondo—. Nynaeve tiene razón. Tengo que aprender lo que estoy haciendo. Si supiera lo que debería, no tendrían que haberme dicho lo del mal. Podría haber localizado la propia habitación en la que estaba Liandrin. Amys puede enseñarme... Y por eso tengo que ir con ella.

—¿Con ella? —Nynaeve estaba horrorizada—. ¿Al Yermo?

—Aviendha puede conducirme hasta ese dominio Piedras Frías. —La mirada de la joven, en parte desafiante y en parte anhelante, saltó de Elayne a Nynaeve—. Si estuviera segura de que se encuentran en Tanchico no os dejaría ir solas allí, si es que decidís hacerlo. Pero con la ayuda de Amys tal vez sea capaz de descubrir dónde están. Quizá podría... Bien, dejémoslo. Ni siquiera sé qué sería capaz de hacer, pero de lo que estoy segura es de que será más de lo que estoy haciendo ahora. Sería distinto si os abandonara. Podéis llevaros el anillo. Conocéis bastante la Ciudadela para regresar aquí

en el *Tel'aran'rhiod,* o yo puedo trasladarme a Tanchico y veros allí. Todo lo que aprenda de Amys os lo enseñaré. Por favor, decid que lo entendéis. Es mucho lo que puedo aprender de Amys y después utilizarlo para ayudaros. Será como si las tres hubiéramos estado entrenándonos con ella. Una caminante de sueños; ¡una mujer que *sabe*! Liandrin y las otras serán como niñas; no sabrán ni una cuarta parte que nosotras. —Se mordió el labio en un gesto pensativo—. No pensáis que os estoy dejando en la estacada, ¿verdad? En ese caso, no iré.

—Pues claro que tienes que ir —le dijo Elayne—. Te echaré de menos, pero nadie nos prometió que estaríamos juntas hasta que todo esto acabe.

—Pero ir las dos solas... Debería acompañaros. Si realmente están en Tanchico, debería estar con vosotras.

—Tonterías —cortó Nynaeve—. Lo que te hace falta es entrenamiento. Eso nos vendrá mucho mejor a la larga que tu presencia en Tanchico. Ni siquiera tenemos la certeza de que estén allí. Si es así, Elayne y yo nos las compondremos bien entre las dos, pero también podría pasar que lleguemos allí y descubramos que ese mal es simplemente la guerra, después de todo. La Luz sabe que una guerra es mal más que suficiente para cualquiera. Podríamos estar de vuelta en la Torre antes que tú. Pero debes tener cuidado en el Yermo —añadió con actitud práctica—. Es un lugar peligroso. Aviendha, ¿cuidarás de ella?

Antes de que la Aiel tuviera tiempo de abrir la boca sonó una llamada en la puerta, que al punto se abrió dando paso a Moraine. La Aes Sedai abarcó con una sola mirada que sopesaba, evaluaba y consideraba a todas las jóvenes y cuanto habían estado haciendo; todo ello sin que el más leve gesto delatara las conclusiones a las que había llegado.

—Joiya y Amico han muerto —anunció.

—¿Era ése entonces el motivo del ataque? —dijo Nynaeve—. ¿Tanto jaleo para matarlas? ¿O quizá para acabar con ellas si no se las podía liberar? Estaba convencida de que Joiya se mostraba tan segura porque esperaba el rescate. Después de todo, nos ha estado mintiendo. Jamás di crédito a su supuesto arrepentimiento.

—Tal vez no fuera el motivo principal —contestó Moraine—. El capitán, con muy buen tino, mantuvo a sus hombres en sus puestos de las mazmorras durante el ataque. No vieron en ningún momento a un solo trolloc ni a un Myrddraal, pero posteriormente las encontraron muertas a las dos, degolladas de oreja a oreja, y después de haberles clavado la lengua en la puerta de la celda. —Por su indiferencia habríase dicho que estaba charlando sobre el arreglo de un vestido.

La descripción, concisa y fría, le revolvió el estómago a Elayne.

—No habría querido que tuvieran ese final —dijo—. No con una muerte así. Que la Luz ilumine sus almas.

—Las vendieron a la Sombra hace mucho tiempo —manifestó Egwene rudamente, aunque tenía las manos apretadas sobre el estómago—. ¿Cómo...? ¿Cómo ocurrió? ¿Fueron Hombres Grises?

—Dudo que ni siquiera ellos hubieran podido hacerlo —repuso la Aes Sedai secamente—. Por lo visto la Sombra tiene recursos que escapan a nuestro conocimiento.

—Sí. —Egwene se alisó el camisón y suavizó la voz—. Si no hubo intento de rescate, entonces significa que las dos decían la verdad. Las mataron por haber hablado.

—O para impedir que lo hicieran —añadió Nynaeve—. Hemos de confiar en que no saben que esas dos nos contaron algo. Quizá Joiya estaba arrepentida, pero no lo creo.

Elayne tragó saliva con esfuerzo al imaginarse en una celda, con la cara aplastada contra la puerta de manera que pudieran sacarle la lengua y... Se estremeció.

—Cabe la posibilidad de que las mataran como castigo por dejarse capturar —sugirió, dominando el momento de debilidad. No compartió la idea de que el asesinato tuviera como propósito hacerles creer que lo que quiera que Joiya y Amico les hubieran contado era cierto; ya tenían bastantes dudas para echar más leña al fuego—. Tres posibilidades distintas, y sólo una apunta a la eventualidad de que el Ajah Negro sabe que han revelado algo. Puesto que todas caben dentro de lo posible, lo más probable es que lo ignoren.

—¿Para castigarlas? —repitió Nynaeve con incredulidad. Ella y Egwene estaban conmocionadas.

Ambas eran mucho más duras que ella en muchos sentidos —y las admiraba por ello— pero no habían crecido presenciando las maniobras de la corte en Caemlyn, escuchando conversaciones del modo cruel con que cairhieninos y tearianos participaban en el Juego de las Casas.

—Creo que el Ajah Negro es capaz de mostrarse muy cruel con cualquier tipo de fracaso —les dijo—. No me cuesta imaginar a Liandrin dando la orden. Y Joiya lo habría hecho sin pestañear siquiera. —Moraine la miró brevemente, como evaluándola de nuevo.

—Liandrin —musitó Egwene en un tono inexpresivo—. Sí, a mí tampoco me cuesta imaginarla a ella o a Joiya dando esa orden.

—En cualquier caso no os quedaba mucho tiempo para interrogarlas —comentó Moraine—. Iban a ser embarcadas mañana a mediodía. —Su voz dejaba traslucir un dejo iracundo, y Egwene comprendió que la Aes Sedai contemplaba la muerte de las hermanas Negras como una forma de eludir la justicia—. Confío en que toméis una decisión pronto. Tanchico o la Torre.

Los ojos de Elayne se encontraron con los de Nynaeve, y la joven hizo un leve gesto de asentimiento, al que la antigua Zahorí respondió de igual manera antes de volverse hacia la Aes Sedai.

—Elayne y yo nos pondremos en camino a Tanchico tan pronto como encontremos un barco que nos lleve. Un bajel rápido, espero. Egwene y Aviendha se dirigirán al dominio Peñas Frías, en el Yermo de Aiel. —No dio explicaciones y Moraine enarcó las cejas.

—Jolien puede acompañarla —intervino la Aiel aprovechando el momentáneo silencio. Evitaba mirar a Egwene—. O Sefela o Bain o Chiad. Yo... he pensado ir con Elayne y Nynaeve. Si hay guerra en Tanchico necesitarán una hermana que les guarde las espaldas.

—Si es eso lo que quieres, Aviendha —dijo lentamente Egwene.

Parecía sorprendida y dolida, pero no tan sorprendida como la heredera del trono, que pensaba que las dos se habían hecho muy amigas.

—Me complace que quieras ayudarnos, Aviendha, pero tendrías que ser tú quien condujera a Egwene al dominio Peñas Frías.

—No irá ni a un sitio ni al otro —intervino Moraine al tiempo que sacaba una carta del bolsillo y desdoblaba las páginas—. Me entregaron esto hace una hora. El joven Aiel que lo trajo me informó que se lo habían dado hacía un mes, antes de que cualquiera de nosotras hubiera llegado a esta

Librodot

ciudad y, sin embargo, va dirigido a mi nombre, a la Ciudadela de Tear. —Miró la última página—. Aviendha, ¿conoces a Amys, del septiar Nueve Valles del Taardad Aiel; a Bair, del septiar Haido de los Shaarad Aiel; a Melaine, del septiar Jhirad de los Goshien Aiel; y a Seana, del septiar Riscos Negros de los Nakai Aiel? Son quienes han firmado la carta.

—Todas son Sabias, Aes Sedai. Todas caminantes de sueños. —La actitud de Aviendha se había vuelto cautelosa, aunque no parecía ser consciente de ello. Daba la impresión de estar presta a luchar o a huir.

—Caminantes de sueños —musitó Moraine—. Quizás eso lo explica todo. He oído hablar de las caminantes de sueños. —Volvió a la segunda página de la carta—. Aquí está lo que dicen sobre ti. Lo que decían quizás antes de que se te pasara por la imaginación venir a Tear: «Entre las Doncellas Lanceras que se encuentran en la Ciudadela de Tear hay una muchacha voluntariosa y rebelde, llamada Aviendha, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Tiene que presentarse ante nosotras sin más retrasos ni excusas. Estaremos esperándola en las vertientes de Chaendaer, más arriba de Rhuidean». Hay más cosas respecto a ti, pero principalmente es para decirme que debo ocuparme de que acudas sin demora a su emplazamiento. Estas Sabias vuestras dan órdenes como la Amyrlin. —Resopló con enojo, lo que hizo que Elayne se preguntara si las Sabias habrían intentado dar órdenes también a la Aes Sedai. No lo creía probable. Y más inverosímil todavía que tuvieran éxito si lo intentaban. A pesar de todo, había algo en la carta que irritaba a Moraine.

—Soy *Far Dareis Mai* —manifestó Aviendha, encorajinada—. Yo no acudo corriendo como una chiquilla en cuanto alguien me llama, y si quiero iré a Tanchico.

Elayne frunció los labios en un gesto meditabundo. Ésta era una faceta nueva de la Aiel. No su reacción iracunda —había visto furiosa a Aviendha otras veces, aunque no hasta este punto— sino el trasfondo de sus palabras. Sólo se le ocurría la palabra encorajinada para describirlo. Era tan absurdo como imaginar a Lan perdiendo los papeles por una rabieta, pero no había vuelta de hoja.

También Egwene lo advirtió, y le dio unas palmaditas a Aviendha en el brazo.

—No pasa nada —intentó tranquilizarla—. Si quieres ir a Tanchico, estaré encantada de que protejas a mis amigas.

La Aiel la miró como si se sintiera muy desdichada. Moraine sacudió la cabeza levemente, pero de manera deliberada.

—Le enseñé esto a Rhuarc. —Aviendha abrió la boca con gesto airado, pero la Aes Sedai alzó la voz y prosiguió con sosiego—: Siguiendo las instrucciones dadas en la carta. Por supuesto, sólo le mostré lo relacionado contigo. Parecía muy resuelto a que hicieras lo que se pide en la misiva. Lo que se ordena. Creo que lo más sensato es acatar los deseos de Rhuarc y de las Sabias, Aviendha. ¿No estás de acuerdo?

La joven Aiel miró en derredor desesperada, como si estuviera metida en una trampa.

—Soy *Far Dareis Mai* —musitó, y se dirigió hacia la puerta sin pronunciar una palabra más.

Egwene dio un paso y levantó a medias la mano para detenerla; la bajó cuando la hoja se cerró con un violento portazo.

—¿Qué quieren de ella? —demandó a Moraine—. Siempre sabéis más de

Librodot

lo que dais a entender. ¿Qué es lo que ocultáis esta vez?

—Sea cual sea el motivo de las Sabias —replicó fríamente la Aes Sedai—, es algo que sólo les concierne a ellas y a Aviendha. Si ella hubiera querido que lo supierais os lo habría contado.

—No paráis de intentar manipular a la gente, es superior a vuestras fuerzas —intervino Nynaeve con acritud—. Estáis manipulando a Aviendha para que haga algo ¿verdad?

—Yo no. Las Sabias. Y Rhuarc. —Moraine dobló la carta y la guardó de nuevo en el bolsillo; en sus movimientos se advertía un atisbo de aspereza—. Siempre le queda la opción de decirle que no. Un jefe de clan no es como un rey, por lo que sé acerca de las costumbres Aiel.

—¿Puede negarse? —preguntó Elayne. Rhuarc le recordaba a Gareth Bryne. El capitán general de la Guardia Real de su madre rara vez se plantaba, pero cuando lo hacía ni siquiera Morgase era capaz de persuadirlo, como no recurriera a su autoridad como reina. Ahora no habría una orden real... y Morgase nunca había hecho uso de esta prerrogativa con Gareth Bryne cuando el consejero había decidido que tenía razón, ahora que lo pensaba. Aun así, esperaba que Aviendha fuera a las vertientes de Chaendaer, más arriba de Rhuidean—. Al menos te acompañaría en el viaje, Egwene. Dudo mucho que Amys pueda reunirse contigo en el dominio Peñas Frías si tiene previsto esperar a Aviendha en Rhuidean. Podríais ir juntas al encuentro de Amys.

—Pero no quiero que venga si ella no lo desea —arguyó tristemente Egwene.

—Sea lo que sea —intervino Nynaeve—, tenemos trabajo que hacer. Necesitarás muchas cosas para un viaje al Yermo, Egwene. Lan me dirá qué equipo hace falta. Y Elayne y yo tenemos que iniciar los preparativos para ir en barco a Tanchico. Supongo que encontraremos pasaje mañana, pero en tal caso esta noche hay que decidir qué equipaje llevar.

—Hay un bajel de los Atha'an Miere en los muelles del Maule —les informó Moraine—. Un bergantín. No hay barco más veloz. Eso es lo que queréis, ¿no?

Nynaeve asintió con un gruñido.

—Moraine, ¿qué va a hacer Rand ahora? —preguntó la heredera del trono—. Después de este ataque... ¿Emprenderá la guerra que queréis vos?

—Yo no quiero una guerra —replicó la Aes Sedai—. Quiero lo que lo conserve vivo para dirimir el Tarmon Gai'don. Me dijo que mañana nos informaría sobre lo que piensa hacer. —Una leve arruga se marcó en su tersa frente—. Mañana todos sabremos más de lo que sabemos esta noche.

Se marchó de manera repentina, sin añadir nada más.

«Mañana —pensó Elayne—. ¿Qué hará cuando le cuente que emprendo el viaje? ¿Qué dirá? Tiene que entenderlo.» Su expresión se tornó resuelta, y fue a reunirse con las otras para hablar sobre los preparativos.

CAPÍTULO 13

Rumores

En la taberna reinaba el mismo ambiente que en cualquier otro establecimiento del Maule, una jaula de grillos en la que las voces de los parroquianos competían con las notas estridentes de tres tambores, dos timbales y una chirimía que emitía quejumbrosos trinos. Las camareras, uniformadas con vestidos oscuros de faldas hasta el tobillo y cuellos altos hasta la barbilla, así como blancos delantales, se afanaban entre las mesas abarrotadas llevando varias jarras de loza en cada mano, con los brazos levantados para poder abrirse paso entre el gentío. Estibadores descalzos y vestidos con chalecos de cuero se mezclaban con individuos que llevaban chaquetas ajustadas a la cintura y con tipos que iban con el torso al aire y lucían anchos fajines de abigarrados colores con los que sujetaban los calzones de pliegues. Tan cerca de los muelles, los atuendos extranjeros abundaban entre la multitud; cuellos altos del norte y cuellos largos del oeste; cadenas de plata sobre las chaquetas y campanillas en los chalecos; botas de media caña y botas altas; collares y pendientes en hombres y puntillas y encajes en chaquetas o camisas. Un tipo ancho de hombros y vientre prominente lucía una barba rubia partida por la mitad; otro se había untado algo en el bigote de modo que brillaba a la luz de las lámparas y lo llevaba enroscado hacia arriba, a los lados de su enjuto rostro. Los dados rodaban y repicaban en tres esquinas de la sala y sobre los tableros de varias mesas; el dinero cambiaba de manos rápidamente entre gritos y risas.

Mat estaba sentado solo de espaldas a la pared, desde donde tenía a la vista todas las puertas, aunque la mayoría del tiempo su mirada estaba prendida en una copa de oscuro vino que seguía intacta. No se había acercado siquiera a donde se jugaban partidas de dados y tampoco había echado una ojeada a los tobillos de las camareras. Estando la taberna tan atestada, de tanto en tanto algún parroquiano pensaba compartir la mesa con él, pero una simple mirada a su semblante lo hacía cambiar el rumbo de sus pasos para dirigirse a uno de los bancos abarrotados, donde preferían sentarse.

Humedeció el dedo en el vino y empezó a dibujar al tuntún en el tablero de la mesa. Estos necios no tenían ni idea de lo que había ocurrido esa noche en la Ciudadela. Había oído a algunos tearianos mencionar algo sobre un problema, de pasada y poniendo fin al comentario con una risita nerviosa. No lo sabían y tampoco querían saberlo. Casi deseó estar en la misma ignorancia que ellos. No. Lo que querría era entender mejor lo que había ocurrido. Las imágenes seguían pasando relampagueantes por su cabeza, a través de las lagunas de memoria, sin pies ni cabeza.

El fragor de la lucha en alguna parte, a lo lejos, levantaba ecos en el corredor, apagados por las colgaduras de las paredes. Sacó su cuchillo del

cadáver de un Hombre Gris con mano temblorosa. Un Hombre Gris que iba por él. Tenía que haber ido por él. Los Hombres Grises no deambulaban por ahí matando al azar; se dirigían directos a su blanco, tan certeros como una flecha. Se volvía para huir y allí estaba un Myrddraal, dirigiéndose hacia él como una serpiente con piernas. La mirada de aquellas cuencas vacías en el rostro lívido lo estremeció hasta la médula de los huesos. Cuando estaba a treinta pasos arrojó el cuchillo directamente al punto donde tendría que haber un ojo; a esa distancia era capaz de acertar en un blanco de ese tamaño cuatro de cada cinco lanzamientos.

Sin perder el paso, el Fado movió velozmente la negra espada y desvió el cuchillo casi con indiferencia. «Te ha llegado la hora, tocador del Cuerno.» Su voz era el seco siseo de una víbora, heraldo de la muerte.

Mat retrocedió. Ahora tenía un cuchillo en cada mano, aunque no recordaba haberlos sacado. Tampoco los cuchillos servirían de mucho contra una espada, pero echar a correr significaba acabar con esa negra cuchilla ensartada en la espalda, tan seguro como que cinco seises ganan a cuatro treses. Deseó tener a mano una buena barra. O un arco; ya le gustaría ver a este malnacido intentando desviar una flecha disparada por un arco largo de Dos Ríos. Deseó encontrarse en cualquier otro lugar. Iba a morir.

Inesperadamente doce trollocs irrumpieron por un pasillo lateral y se arrojaron sobre el Fado en un frenesí de hachas descargando tajos y espadas asestando cuchilladas. Mat miraba sin dar crédito a sus ojos. El Semihombre luchaba como un negro torbellino, y más de la mitad de los trollocs habían muerto o yacían moribundos cuando finalmente el Fado se desplomó en el suelo en un informe bulto que no dejaba de sacudirse; a tres pasos del cuerpo uno de los brazos se retorcía cual una serpiente en los estertores de la muerte, empuñando todavía aquella espada negra.

Un trolloc de cabeza cabruna miró hacia donde estaba Mat y levantó el hocico para husmear el aire. Gruñó, enseñándole los dientes, y después gimió y empezó a lamerse el largo corte que hendía cota de malla y brazo peludo por igual. Los otros remataron a sus compañeros heridos degollándolos, y uno de ellos gritó unas cuantas palabras guturales. Sin dedicar otra mirada a Mat se dieron media vuelta y se alejaron corriendo, las pezuñas y las botas resonaron sobre el suelo de piedra.

Lejos de él. Mat se estremeció al recordarlo. Trollocs al rescate. ¿En qué lo había metido ahora Rand? Se fijó en lo que había dibujado con el vino —una puerta abierta— y lo borró, rabioso. Tenía que marcharse de allí. Tenía que irse. Y al mismo tiempo sentía aquella urgencia en lo más recóndito de su mente, avisándole que era hora de regresar a la Ciudadela. La rechazó con rabia, pero siguió notándola.

Escuchó por casualidad un retazo de la conversación que se sostenía en la mesa que había a su derecha, donde el tipo de rostro enjuto y bigote retorcido decía con un fuerte acento lugardeño:

—Bueno, seguro que este Dragón vuestro es un gran hombre, no lo niego, pero no se puede comparar con Logain. Vaya, Logain tenía a todo Ghealdan en pie de guerra, y a la mitad de Amadicia y de Altara. Hizo que la tierra se tragara ciudades enteras que se le resistían, os lo aseguro. Edificios, gente y todo lo demás. ¿Y el de Saldaea, Maseem? Vaya, dicen que paró al sol en su curso hasta que derrotó al ejército del Señor de Bashere. Eso dicen quienes lo presenciaron.

Mat sacudió la cabeza. La Ciudadela tomada y *Callandor* en manos de

Rand, y este idiota todavía pensaba que era otro falso Dragón. Había vuelto a dibujar la puerta. La borró otra vez con la mano, cogió la copa de vino, y se paró cuando se la llevaba a la boca. En el barullo había captado un nombre familiar pronunciado en la mesa vecina. Retiró el banco en el que estaba sentado y, con la copa en la mano, se encaminó hacia allí.

La gente que había alrededor componía esa extraña mezcla que se daba en las tabernas del Maule: dos marineros descalzos que llevaban chaquetas engrasadas sobre la piel desnuda, uno de ellos luciendo una gruesa cadena de oro al cuello. Un hombre en otros tiempos gordo con varias papadas desinfladas y que vestía una chaqueta oscura de corte cairhienino y acuchilladuras en el pecho de tonos rojos, oro y verde que podrían indicar que era noble, aunque una de las mangas estaba desgarrada por el hombro; muchos refugiados cairhierninos habían viajado muy al sur. Una mujer canosa, envuelta toda ella en ropas azul oscuro, de rostro duro y ojos penetrantes, con gruesos anillos de oro en los dedos. Y el que estaba hablando, el tipo de barba rubia partida por la mitad, que llevaba en una oreja un rubí del tamaño de un huevo de paloma. Las tres cadenas plateadas que cruzaban la ajustada pechera de su oscura chaqueta rojiza lo señalaban como un mercader kandorés. En Kandor había una corporación de mercaderes.

La conversación se interrumpió y todos los ojos se volvieron hacia Mat cuando el joven se paró junto a la mesa.

—Os he oído mencionar Dos Ríos.

El de la barba partida lo examinó con una rápida ojeada: el cabello revuelto, la expresión tensa del rostro y la copa de vino en la mano, las brillantes botas negras, la chaqueta verde con los bordados en oro, abierta a la altura de la cintura para dejar a la vista una camisa de lino, blanca como la nieve; pero tanto la chaqueta como la camisa estaban muy arrugadas. En pocas palabras, un joven noble divirtiéndose un rato entre la plebe.

—Lo mencioné, mi señor —respondió de buena gana—. Estaba diciendo que apostaría a que no se recibiría tabaco de allí este año. Tengo dos barriles de la más fina hoja de Dos Ríos, sin embargo, la mejor de la comarca. Comprada a un precio excelente a finales de año. Si mi señor desea un barril para estar abastecido... —Se dio un tirón de una de las puntas de la barba rubia—, estoy seguro de que podríamos llegar a un acuerdo para...

—Así que apostaríais a que no habrá tabaco de Dos Ríos este año —lo interrumpió Mat—. ¿Por qué no?

—Vaya, por los Capas Blancas, mi señor. Los Hijos de la Luz.

—¿Qué pasa con ellos?

El mercader dirigió una mirada a los que estaban a la mesa como buscando ayuda; en el tono calmoso del joven se advertía un timbre peligroso. Los marineros parecían dispuestos a salir pitando si hubieran tenido agallas para hacerlo. El cairhienino miraba de hito en hito a Mat, sentado en una postura demasiado rígida mientras se alisaba la desgastada chaqueta, un poco tambaleante; la jarra vacía que había ante él no debía de ser la primera que tomaba. La mujer canosa se llevó la jarra a los labios y sus penetrantes ojos observaron a Mat por encima del borde con expresión calculadora.

Componiéndoselas para hacer una inclinación a pesar de estar sentado, el mercader dio a sus palabras un tono insinuante:

—Según el rumor que corre, mi señor, los Capas Blancas han entrado

Librodot

en Dos Ríos, a la caza del Dragón Renacido, se dice. Aunque, naturalmente, tal cosa es imposible puesto que el lord Dragón está aquí, en Tear. —Estudió a Mat para ver cómo tomaba la información; el semblante del joven se mantuvo impasible—. Este tipo de rumores va creciendo sin freno, mi señor. Quizá sólo se trate de un bulo. El mismo rumor afirma que los Capas Blancas andan también tras un Amigo Siniestro de ojos amarillos. ¿Habéis oído alguna vez que un hombre tenga los ojos de ese color? Yo no, desde luego. Lo dicho: una tormenta en un vaso de agua.

Mat dejó la copa en la mesa y se inclinó sobre el hombre.

—¿A quién más persiguen? Según ese rumor, claro. Al Dragón Renacido, a un hombre con ojos amarillos ¿y a quién más?

La frente del mercader se llenó de gotitas de sudor.

—A nadie más que yo sepa, mi señor. Sólo son rumores. Palabras al viento, nada más. Una bocanada de humo que enseguida se dispersa. Si mi señor tiene a bien que lo obsequie con un barril del tabaco de Dos Ríos, sería una honor para mí, un gesto de aprecio… para expresar mi…

Mat echó una corona de oro sobre la mesa.

—Para que bebáis a mi salud hasta que se gaste.

Mientras se alejaba escuchó los murmullos de la mesa:

—Pensé que me iba a cortar el cuello. Ya sabéis cómo se comportan estos cachorros de noble cuando el vino les sale por las orejas. —Eso lo dijo el mercader de la barba partida.

—Un joven extraño —fue el comentario de la mujer—. Y peligroso. No intentes uno de tus trucos con tipos como ése, Paetram.

—Pues a mí no me parece que sea un noble, ni mucho menos —añadió otro hombre con irritación.

El cairhienino, dedujo Mat. Frunció los labios con desprecio. ¿Un noble? No lo sería aunque se lo ofrecieran. «Capas Blancas en Dos Ríos. ¡La Luz nos valga!»

Se abrió camino hacia la puerta no sin trabajo, y allí cogió un par de zuecos de madera del montón que había apilado contra la pared. No tenía ni idea de si eran los que había llevado puestos —todos parecían iguales— y tampoco le importaba. Le entraban con las botas y eso era suficiente.

Fuera había empezado a llover otra vez; era una lluvia fina que hacía más profunda la oscuridad. Se subió el cuello de la chaqueta y recorrió chapoteando las embarradas calles del Maule a paso rápido, entorpecido por los zuecos; dejó atrás estruendosas tabernas, posadas bien iluminadas, y casas de ventanas oscuras. Cuando el barro dio paso a los adoquines del pavimento, junto a la muralla que rodeaba la ciudad interior, se quitó los zuecos de una patada y echó a correr, dejándolos tirados en la calle. Los Defensores que vigilaban la puerta más cercana de la Ciudadela lo dejaron pasar sin decir palabra; sabían quién era. Corrió todo el camino hasta la habitación de Perrin y entró sin llamar, sin apenas reparar en la marca astillada de la puerta. Las alforjas de viaje de Perrin estaban sobre la cama, y el joven metía camisas y calcetines en ellas apresuradamente. Sólo había una vela encendida, pero él no parecía advertir la falta de luz.

—Entonces, ya lo sabes —dijo Mat.

—¿Lo de casa? Sí. —Perrin siguió con lo que estaba haciendo—. Fui a la ciudad para enterarme de algún rumor que despertara el interés de Faile. Después de lo de esta noche, con más razón he de sacarla de… —Soltó un profundo gruñido que le puso los pelos de punta a Mat; recordaba un lobo

enfurecido—. No importa. Quizás esto pueda servir.

«¿Servir, para qué?», pensó Mat.

—¿Crees que es verdad? —preguntó.

Perrin levantó la cabeza un momento; sus ojos absorbieron la luz de la vela y brillaron como oro líquido.

—A mi modo de ver, no cabe duda. Tiene demasiados visos de realidad.

—¿Lo sabe Rand? —Mat rebulló con nerviosismo. Perrin se limitó a asentir y siguió haciendo el equipaje—. Bueno ¿y qué dice?

Perrin hizo una pausa y se quedó mirando fijamente la capa que acababa de doblar.

—Empezó a mascullar para sí mismo. «Dijo que lo haría. Lo dijo. Tendría que haberle creído.» O algo por el estilo. No tenía sentido. Después me cogió por el cuello de la camisa y dijo que tenía que hacer «lo que no esperaban». Quería que lo entendiera, pero no estoy seguro de que lo entienda ni él mismo. No pareció importarle si me marchaba o me quedaba. No, retiro lo dicho. Creo que fue un alivio para él saber que me iba.

—Maldita sea, no piensa hacer nada al respecto. ¡Luz, con *Callandor* podría acabar con un millar de Capas Blancas! Ya viste lo que hizo con los malditos trollocs. Así que te vas, ¿no? ¿A Dos Ríos? ¿Solo?

—A menos que quieras acompañarme. —Perrin metió la capa a empujones en la alforja—. ¿Vas a venir?

En lugar de responder, Mat paseó por el pequeño cuarto de un extremo a otro, el rostro en sombras o alumbrado por la vela con cada cambio de dirección. Sus padres estaban en Campo de Emond, y también sus hermanas, pero los Capas Blancas no tenían motivos para hacerles daño. Si regresaba a casa, tenía la sensación de que jamás volvería a salir de allí, que su madre lo haría casarse antes de que le hubiera dado tiempo a sentarse. Pero si no iba, si los Capas Blancas les hacían daño... Lo de los Capas Blancas sólo eran bulos, según le habían dicho. Pero entonces ¿por qué corrían rumores sobre ellos? Hasta los Coplins, unos tipos mentirosos y pendencieros donde los haya, apreciaban a su padre. Todo el mundo apreciaba a Abell Cauthon.

—No tienes por qué ir —musitó Perrin—. No se te mencionaba en nada de lo que he oído contar. Sólo a Rand y a mí.

—Maldita sea, claro que... —Fue incapaz de terminar. Pensarlo era fácil, pero decirlo... Era como si la garganta se le contrajera y le impidiera pronunciar las palabras—. ¿A ti te resulta fácil, Perrin? Volver, quiero decir. ¿No... notas nada? ¿Algo que te retiene? ¿Algo que te da mil razones por las que no debes ir?

—Cientos de ellas, Mat, pero sé que tiene que ver con Rand y con ser *ta'veren.* Pero tú no admites tal cosa, ¿verdad? Un centenar de razones para quedarse, pero la única que hay para ir tiene más peso que todas las otras. Los Capas Blancas están en Dos Ríos, y harán daño a la gente en su afán por encontrarme. Puedo impedirlo si voy.

—¿Y por qué iban a quererte los Capas Blancas hasta el punto de hacer daño a otras personas? ¡Luz, si van preguntando por alguien con ojos amarillos nadie en Campo de Emond sabrá a quién se refieren! ¿Y cómo piensas impedir que hagan cualquier cosa? Un par de manos más no servirá de mucho. ¡Ja! Esos Capas Blancas han dado en hueso si creen que pueden intimidar a la gente de Dos Ríos.

—Saben cómo me llamo —dijo Perrin en voz queda. Su mirada fue hacia

el hacha colgada en la pared, el cinturón atado alrededor del mango y enganchado en la percha. O quizás era el martillo lo que miraba fijamente, apoyado contra la pared debajo del hacha; Mat no habría sabido decirlo—. Darán con mi familia. En cuanto al porqué, ellos tienen sus propios motivos, Mat. Igual que yo tengo los míos. ¿Quién puede afirmar cuáles son los mejores?

—¡Que me aspen, Perrin! ¡Que me aspen! Quiero i... ¿Te das cuenta? Ni siquiera soy capaz de decirlo. Es como si mi cabeza supiera que, si lo digo, lo haré, y no me deja. ¡Lo tengo presente en todo momento, no logro librarme de ello!

—Llevamos caminos distintos. Ya nos han puesto en diferentes sendas con anterioridad.

—¡Y una mierda con tus caminos distintos! —exclamó Mat—. Estoy harto de Rand y de Aes Sedai. Estoy harto de que me empujen por sus jodidos caminos. ¡Quiero ir a donde me dé la gana, para variar, y hacer lo que me apetezca! —Se volvió hacia la puerta, pero la voz de Perrin lo hizo detenerse:

—Elijas el camino que elijas, deseo que sea feliz, Mat. Que la Luz te envíe muchachas bonitas y muchos necios con ganas de jugar.

—Diantre, Perrin. Que la Luz te dé también lo que deseas.

—Es lo que espero. —No parecía feliz con la perspectiva.

—¿Les dirás a mis padres que estoy bien? Mi madre siempre se preocupa por mí. Y cuida de mis hermanas. Solían espiarme y luego le iban con el cuento a mi madre, pero no querría que les ocurriera nada malo.

—Lo prometo, Mat.

El joven cerró la puerta al salir y empezó a caminar por los corredores sin rumbo fijo. Sus hermanas. Eldrin y Bodewhin siempre habían estado prestas para ir gritando: «Mamá, Mat se ha metido en líos otra vez. Mat está haciendo algo que no debe, mamá». Sobre todo Bode. Ahora debían de tener dieciséis y diecisiete años. Seguramente empezarían a pensar en el matrimonio a no mucho tardar, con algún granjero lerdo al que ya habrían escogido lo supiera o no el pobre tipo. ¿De verdad hacía tanto tiempo que se había marchado? A veces no lo parecía. En ocasiones tenía la impresión de haber salido de Campo de Emond sólo una o dos semanas antes. Otras veces le parecía que habían transcurrido años que casi habían borrado de su memoria el recuerdo. Se acordaba que Eldrin y Bode sonreían con malicia cuando lo habían azotado con la vara, pero sus rasgos no eran precisos al evocarlos. Los rostros de sus propias hermanas. Esas malditas lagunas en su memoria, como agujeros negros en su vida.

Vio a Berelain venir hacia él y sonrió a despecho de sí mismo. A pesar de los aires que se daba, era toda una mujer. Aquella prenda de seda blanca tan ajustada era lo bastante fina para servir como pañuelo; por no mencionar que el escote era tan bajo que dejaba a la vista buena parte de unos estupendos y blancos senos.

Le dedicó su mejor reverencia, elegante y solemne.

—Buenas noches tengáis, mi señora. —La Principal iba a pasar sin dirigirle siquiera una mirada, y Mat se enderezó malhumorado—. ¿Estáis ciega además de sorda, mujer? No soy una alfombra sobre la que pisar, y he escuchado mi voz hablando claramente. ¡Si os pellizco el trasero podéis abofetearme, pero hasta entonces espero unas palabras corteses en respuesta a otras igualmente corteses!

Berelain se paró en seco y clavó en él esa mirada que tienen las mujeres y con la que podría haberle dicho su talla y peso, por no mencionar cuándo se bañó por última vez. Después se dio media vuelta mascullando en voz baja. Lo único que Mat alcanzó a oír fue «demasiado semejante a mí».

El joven la siguió con la mirada, sin salir de su asombro. ¡No le había dirigido la palabra! Ese rostro, esos andares y esa nariz casi apuntando el techo; lo extraño era que sus pies tocaran el suelo al caminar. Eso era lo que conseguía por hablar con personas de la clase de Berelain y Elayne, nobles que pensaban que alguien era basura a menos que tuviera un palacio y un linaje que se remontara hasta Artur Hawkwing. En fin, conocía a una ayudante de cocina, rellenita en el punto justo, que no lo consideraba basura. Dara tenía un modo de mordisquearle la oreja que...

Sus reflexiones se interrumpieron bruscamente. Estaba planteándose la posibilidad de ver si Dara estaba despierta y con ganas de pasar un rato agradable. Se había planteado incluso coquetear con Berelain. ¡Berelain! Y, además, lo último que le había dicho a Perrin: «Cuida de mis hermanas». Como si ya hubiera tomado una decisión, como si ya supiera lo que iba a hacer. Sólo que no lo sabía. No estaba dispuesto a dejarse arrastrar tan fácilmente, meterse de cabeza en ello como si tal cosa. Aunque, a lo mejor, había un modo de decidirlo.

Sacó del bolsillo una moneda de oro, la lanzó al aire, y la cogió sobre el envés de la otra mano. Era una moneda de Tar Valon que veía por primera vez, y estaba mirando la Llama de Tar Valor, estilizada como una lágrima.

—¡La Luz consuma a todas las Aes Sedai! —maldijo en voz alta—. ¡Y que consuma a Rand al'Thor por meterme en esto!

Un criado con librea negra y dorada se paró bruscamente y lo miró sobresaltado. La bandeja de plata que llevaba iba llena a rebosar de rollos de vendas y frascos de ungüentos. Tan pronto como el hombre se dio cuenta de que Mat lo había visto, dio un respingo. El joven echó en la bandeja la moneda de oro.

—De parte del mayor imbécil del mundo. Y gástala bien, en mujeres y en vino.

—G... gracias, mi señor —balbució el criado, sin salir de su asombro.

Mat lo dejó plantado en el pasillo. «El mayor imbécil del mundo. ¡Eso es exactamente lo que soy!»

Librodot

CAPÍTULO 14

Costumbres de Mayene

Perrin sacudió la cabeza mientras la puerta se cerraba detrás de Mat. Su amigo se golpearía el cráneo con un martillo antes que regresar a Dos Ríos. No volvería hasta que le llegara el momento de hacerlo. Perrin deseó que existiera algún modo de que él tampoco tuviera que ir a casa, pero no lo había; era un hecho tan innegable como la propia existencia y aún más implacable. La única diferencia entre Mat y él era que Perrin estaba dispuesto a aceptarlo aunque no le gustara.

A pesar del cuidado que puso, cuando se quitó la camisa soltó un gruñido. Un cardenal de considerable tamaño, que ya había adquirido tonalidades amarillas y marrones, ocupaba todo el hombro izquierdo. Un trolloc había esquivado su hacha, y sólo la rápida reacción de Faile con el cuchillo había logrado que sólo quedara en una contusión. Hasta lavarse le causaba dolor, pero por lo menos no había escasez de agua fría en Tear.

Tenía todo preparado y guardado en las alforjas de viaje, excepto la muda de ropa que se pondría por la mañana. Tan pronto como saliera el sol iría a buscar a Loial. No había razón para molestar al Ogier esa noche; seguramente estaría ya acostado, cosa que Perrin tenía intención de hacer muy pronto. Faile era el único problema al que todavía no sabía cómo hacer frente. Hasta quedarse en Tear sería mejor para ella que acompañarlo en este viaje.

La puerta se abrió, sorprendiéndolo. Una bocanada de perfume inundó sus fosas nasales cuando la hoja de madera gimió; le recordaba el olor de campanillas trepadoras en una noche de verano. Un aroma sugestivo, tenue para cualquiera que no fuera él, pero no del tipo que Faile se pondría. Su sorpresa aumentó considerablemente cuando Berelain entró en su cuarto.

Sin soltar el borde de la puerta la mujer parpadeó, y ello hizo comprender a Perrin hasta qué punto la luz debía de ser escasa para ella.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó, vacilante, Berelain.

Al trasluz del resplandor de las lámparas del pasillo costaba mucho trabajo no mirarla fijamente.

—Sí, mi señora. —Hizo una inclinación sin demasiada soltura pero lo mejor que supo. Faile podía resoplar todo lo desdeñosamente que quisiera, pero Perrin no veía razón para no ser cortés—. Por la mañana.

—Yo también. —Cerró la puerta y se cruzó de brazos de manera que su busto resaltó aún más. Para que no creyera que la observaba con descaro, Perrin apartó la vista, aunque siguió mirándola de reojo. La mujer no reparó en su reacción; la llama de la vela se reflejaba en sus oscuros ojos—. Después de lo de esta noche... Mañana partiré en un carruaje hacia Godan, y desde allí tomaré un barco hacia Mayene. Debería haberme ido hace días, pero pensé que tenía que haber algún modo de resolver las cosas. Pero no lo

había, naturalmente. Tuve que haberme dado cuenta antes. Lo de esta noche me ha convencido. El modo en que él... Todos esos rayos descargándose por los pasillos... Saldré mañana.

—Mi señora, ¿por qué me contáis esto? —preguntó, desconcertado.

La forma en que la mujer sacudió la cabeza le recordó a una yegua que a veces herraba en Campo de Emond; era un animal con el que había que tener cuidado porque en cualquier momento intentaría darte un mordisco.

—Para que se lo digas al lord Dragón, por supuesto.

Tampoco tenía sentido esa explicación, a su entender.

—Podéis decírselo vos misma —contestó, bastante exasperado—. No dispongo de tiempo para transmitir mensajes antes de emprender el viaje.

—Yo... Dudo mucho que quiera verme.

Cualquier hombre querría; era una hermosa visión para los ojos, y ella sabía tanto lo uno como lo otro. A Perrin se le ocurrió que quizá sus palabras apuntaban otra cosa. ¿Tanto se habría asustado con lo ocurrido en el dormitorio de Rand? ¿O con el ataque y el modo en que Rand le había puesto fin? Tal vez, pero ella no era el tipo de mujer que se amedrentaba tan fácilmente, a juzgar por la fría calma con que lo estaba observando.

—Dad vuestro mensaje a un criado, porque dudo que vea a Rand antes de marcharme. Cualquier sirviente puede llevarle una nota.

—Tendrá una acogida mejor si viene de ti, un amigo del...

—Dádselo a un criado. O a uno de los Aiel.

—¿No harás lo que te pido? —preguntó con incredulidad.

—No. ¿Es que no me habéis escuchado?

La mujer sacudió de nuevo la cabeza, pero esta vez fue diferente aunque el joven no sabría decir en qué sentido. Sin dejar de observarlo de hito en hito, musitó casi para sí misma:

—Qué ojos tan impresionantes.

—¿Qué? —De pronto se dio cuenta de que estaba desnudo de cintura para arriba. El intenso escrutinio de la mujer recordaba el modo de examinar a un caballo antes de comprarlo. Lo próximo que haría sería tantearle los tobillos e inspeccionarle la dentadura. Cogió bruscamente la camisa que tenía preparada para la mañana siguiente y se la metió por la cabeza—. Dadle vuestro mensaje a un sirviente. Ahora querría irme a la cama, porque tengo intención de levantarme pronto, antes del alba.

—¿Adónde te marchas?

—A casa. A Dos Ríos. Es muy tarde, y si pensáis partir mañana también supongo que querréis dormir un poco. Yo por lo menos estoy cansado. —Bostezó abriendo la boca cuanto pudo, pero ella no hizo intención de ir hacia la puerta.

—¿Eres herrero? Me hace falta uno en Mayene, para trabajos de forja ornamentales. ¿No te apetecería una corta estancia antes de volver a Dos Ríos? Mayene te resultaría... entretenido.

—Regreso a casa —le dijo firmemente—, y vos, a vuestros aposentos.

El leve encogimiento de hombros de la mujer hizo que Perrin apartara la vista de nuevo, precipitadamente.

—En fin, tal vez en otra ocasión. Al final siempre consigo lo que quiero. Y lo que ahora quiero... —Hizo una pausa y su mirada lo recorrió de la cabeza a los pies—, son trabajos de forja ornamentales. Para las ventanas de mi dormitorio. —Su sonrisa fue tan inocente que el joven sintió repicar los gongs de alarma en su cabeza.

Librodot

En ese momento la puerta se abrió de nuevo y entró Faile.

—Perrin, fui a la ciudad a buscarte y oí un rumor... —Se quedó paralizada, muda, con los ojos clavados duramente en Berelain.

La Principal hizo caso omiso de ella. Se acercó a Perrin y le pasó la mano por el brazo y el hombro. Por un instante el joven pensó que iba a tirar para hacerle bajar la cabeza y darle un beso —de hecho, había alzado el rostro hacia el suyo—, pero se limitó a acariciarle el cuello y luego se apartó.

—Recuerda —musitó, como si estuvieran solos—, siempre consigo lo que quiero. —Pasó junto a Faile sin mirarla y salió del cuarto.

Perrin esperaba que la muchacha estallara, pero en lugar de ello Faile echó un vistazo a las alforjas llenas que había sobre la cama.

—Veo que ya te has enterado —dijo—. Sólo es un rumor, Perrin.

—Lo de los ojos amarillos hace que sea algo más que eso. —Tendría que estar soltando sapos y culebras por la boca. ¿Por qué se mostraba tan serena?

—Muy bien. Entonces Moraine es el problema inmediato. ¿Intentará detenerte?

—No si no lo sabe. Y, si lo intenta, me iré de todos modos. Tengo familia y amigos, Faile, y no los dejaré al capricho de los Capas Blancas. Sin embargo, confío en que no lo descubra hasta que me encuentre lejos de la ciudad. —Hasta sus ojos estaban tranquilos, cual oscuros estanques del bosque. Se le puso carne de gallina.

—Tienen que haber pasado semanas para que ese rumor haya llegado a Tear, y tardarás varias más en llegar a Dos Ríos. Para entonces los Capas Blancas pueden haberse ido. En fin, hace tiempo que deseo que te marches de aquí, así que no debería protestar. Sólo quiero hacerte ver la realidad.

—No tardaré semanas por los Atajos —le dijo—. Dos, puede que tres días. —Dos días. Suponía que no había forma de acortarlo.

—Estás tan loco como Rand al'Thor —musitó, sin dar crédito a sus oídos. Se sentó pesadamente a los pies de la cama, con las piernas cruzadas, y se dirigió a él empleando un tono de voz adecuado para sermonear a un niño—: Entra en los Atajos y saldrás completamente demente, si es que sales, lo que no creo probable. Los Atajos están contaminados, Perrin. Han permanecido a oscuras durante... ¿cuánto, trescientos años? ¿Cuatrocientos? Pregunta a Loial, él podrá decírtelo. Fueron Ogier quienes los construyeron o los crearon o lo que quiera que hicieran. Ni siquiera ellos los utilizan. Aun en el caso de que consiguieras salir ileso de la aventura, sólo la Luz sabe dónde aparecerías.

—He viajado por ellos, Faile. —Y había sido una experiencia aterradora—. Loial sabe leer los postes indicadores y podrá guiarme, como ocurrió la vez anterior. Lo hará por mí cuando sepa lo importante que es. —También el Ogier estaba ansioso por marcharse de Tear; parecía temer que su madre supiera dónde se encontraba. Perrin estaba seguro de que lo ayudaría.

—En fin —dijo Faile mientras se frotaba las manos enérgicamente—. Buscaba una aventura, y ésta indudablemente lo es. Dejar la Ciudadela de Tear y al Dragón Renacido y viajar por los Atajos para luchar contra los Capas Blancas. Me pregunto si podríamos persuadir a Thom Merrilin para que nos acompañara. Si no disponemos de un bardo, habrá que conformarse con un juglar. Podría componer un relato con nosotros dos como personajes principales. Ni Dragón Renacido ni Aes Sedai que acaparen protagonismo.

¿Cuándo nos marchamos? ¿Por la mañana?

El joven respiró profundamente para dar firmeza a su voz.

—Iré solo, Faile. Únicamente me acompañará Loial.

—Nos hará falta un animal de carga —continuó ella como si no lo hubiera oído—. Mejor dos. Los Atajos son oscuros, así que necesitaremos linternas y mucho aceite. Tus paisanos, las gentes de Dos Ríos, ¿qué son, granjeros? ¿Se enfrentarán a los Capas Blancas?

—Faile, he dicho que...

—Te he oído —lo cortó bruscamente. La penumbra del cuarto le otorgaba una apariencia peligrosa con sus altos pómulos y sus ojos rasgados—. Te he oído. Y es una estupidez. ¿Y si esos granjeros no luchan o no saben cómo hacerlo? ¿Quién les enseñará, tú? ¿Solo?

—Haré lo que sea menester —contestó pacientemente—. Sin ti.

La muchacha se incorporó de un salto, tan veloz que Perrin pensó que se le iba a echar al cuello.

—¿Acaso crees que Berelain querrá acompañarte? ¿Que sabrá guardarte las espaldas? ¿O es que prefieres que se siente en tus rodillas, chillando como una rata asustada? ¡Métete la camisa por los pantalones, pedazo de zoquete peludo! ¿Hace falta que esté tan oscuro aquí dentro? A Berelain le gusta la penumbra, ¿es eso? ¡Valiente ayuda tendrías con ella contra los Hijos de la Luz!

Perrin abrió la boca para protestar, pero cambió de parecer y dijo todo lo contrario a lo que tenía pensado:

—Debe de ser muy agradable tener a esa Berelain entre los brazos. ¿Qué hombre no desearía sentarla en sus rodillas? —La expresión dolida de la muchacha fue como si una banda de hierro le presionara el pecho, pero se obligó a continuar—: Cuando haya acabado el asunto que me lleva a casa, a lo mejor me paso por Mayene. Me ha pedido que vaya, y tal vez lo haga.

Faile no dijo una palabra; lo miraba fijamente, como si su rostro se hubiera tornado piedra, y entonces se dio media vuelta y echó a correr, cerrando tras de sí con un violento portazo.

A despecho de sí mismo dio unos pasos para seguirla, pero después se paró y aferró el marco de la puerta fuertemente, hasta que los dedos le dolieron. Con los ojos prendidos en la madera astillada, donde se había clavado su hacha, se encontró explicándole lo que no podía explicarle a ella:

—Maté Capas Blancas porque, de no hacerlo, ellos me hubieran matado a mí, pero aun así lo llaman asesinato. Regreso a casa para morir, Faile. Es el único modo de impedir que hagan daño a mi gente, dejándoles que me cuelguen. No puedo permitir que lo veas. No puedo. Serías capaz de tratar de impedirlo, y entonces ellos...

Apoyó la cabeza en la puerta. Ahora ya no lamentaría no volver a verlo; era lo único que importaba. Iría en busca de su aventura en alguna otra parte, a salvo de Capas Blancas, *ta'veren* y burbujas del mal. Era lo único que importaba. Ojalá no sintiera un nudo en la garganta. Ojalá no tuviera ganas de gritar de desesperación.

Faile avanzó por los pasillos a paso vivo, casi corriendo, ajena a las personas que dejaba atrás o a las que tenían que apartarse precipitadamente de su camino. Perrin. Berelain. Perrin. Berelain. «Así que quiere una arpía de tez lechosa que va por ahí medio desnuda, ¿no? ¡Qué sabrá ese cernícalo peludo! ¡Payaso! ¡Pedazo de mendrugo! ¡Herrero! Y esa descarada puerca,

Librodot

Berelain. ¡Esa altanera gata en celo!»

No fue consciente de hacia dónde se dirigía hasta que vio a la Principal caminando un poco más adelante en el pasillo con andares sinuosos y con ese vestido que no dejaba nada a la imaginación, contoneándose como si esa manera de andar suya no fuera deliberadamente calculada para hacer que a los hombres se les salieran los ojos de las órbitas. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Faile había echado a correr; adelantó a Berelain y se volvió en la confluencia de dos pasillos para mirarla cara a cara.

—Perrin Aybara es mío —barbotó—. ¡Guardad vuestras sonrisas para otros y mantened vuestras manos lejos de él! —Se puso colorada hasta las orejas al oír lo que había dicho. Se había jurado que jamás haría algo así, que nunca pelearía por un hombre como una campesina revolcándose en el polvo y tirándose de los pelos.

—¿Que es tuyo? —Berelain habló fríamente, enarcando las cejas—. Qué extraño, no me fijé que llevara ningún dogal al cuello. Vosotras, las sirvientas... ¿o eres hija de un granjero?... tenéis unas ideas de lo más peculiares.

—¿Sirvienta? ¡¿Sirvienta?! Soy... —Faile se mordió la lengua para contener las iracundas palabras que iba a pronunciar. La Principal de Mayene, ¡vaya cosa! Había haciendas en Saldaea más extensas que Mayene. No duraría ni una semana en la corte de Saldaea. ¿Acaso era capaz de recitar poemas pregonando mercancías? ¿Podía pasarse el día cazando a caballo y después jugar al envite real toda la noche mientras se discute cómo hacer frente a las incursiones de los trollocs? Así que pensaba que conocía a los hombres, ¿no? ¿Sabía el lenguaje del abanico? ¿Sabía cómo decirle a un hombre que viniera o se marchara o se quedara y un centenar de cosas más, todas ellas con el giro de muñeca y la postura de un abanico de encaje? «La Luz me valga, ¿qué demonios estoy pensando? Juro que no volveré a coger un abanico en toda mi vida!» Pero había otras costumbres saldaeninas. Se sorprendió al ver el cuchillo en su mano; le habían enseñado a no empuñarlo si no tenía intención de utilizarlo.

»Las campesinas de Saldaea tienen una forma muy directa de ocuparse de las mujeres que birlan a otras sus hombres. Si no juráis dejar en paz a Perrin Aybara, os dejaré la cabeza tan monda como un huevo. ¡A lo mejor entonces los pinches de cocina babean por vos!

No supo muy bien qué hizo Berelain para agarrarle la muñeca pero, de repente, se encontró volando por el aire. El golpe de espaldas contra el suelo le dejó vacíos los pulmones.

Berelain sonreía mientras se daba suaves golpecitos en la palma de la mano con el cuchillo de Faile.

—Es una disciplina de Mayene. A los tearianos les encanta contratar asesinos, y los guardias no siempre están a mano cuando hacen falta. Detesto que me ataquen, campesina, así que esto será lo que haga: te quitaré al herrero y lo tendré como un perrillo faldero mientras me divierta. Éste es juramento Ogier, campesina. Es realmente encantador, con esos hombros y esos brazos, por no mencionar sus ojos; y, si es un poco inculto, yo remediaré su ignorancia. Mis cortesanos pueden enseñarle a vestir bien y a quitarle ese pelo de dehesa, además de esa horrible barba. Vaya a donde vaya, lo encontraré y haré que sea mío. Podrás tenerlo cuando me canse de él. Si es que aún te quiere, claro.

Consiguiendo finalmente inhalar, Faile se puso de pie y sacó otro

Librodot

cuchillo.

—¡Os llevaré a rastras hasta él una vez que haya hecho jirones esa túnica que vestís, por decir algo, y os haré confesarle que no sois más que una puerca! —«¡La Luz me valga, estoy comportándome y hablando como una campesina!» Y lo peor era que lo decía en serio.

Berelain adoptó una actitud cautelosa. Era evidente que tenía intención de utilizar las manos, no el cuchillo. Lo sujetaba como si fuera un abanico. Faile avanzó apoyada sólo en la parte delantera de los pies.

De improviso Rhuarc apareció entre las dos, empequeñeciéndolas con su estatura, y les arrebató las armas antes de que ninguna de ellas fuera plenamente consciente de su presencia.

—¿No habéis visto suficiente sangre esta noche? —inquirió fríamente—. ¡Sois las últimas personas que habría esperado encontrarme provocando altercados!

Faile lo sorprendió. Sin previo aviso, giró sobre sí misma y le lanzó un puñetazo en las costillas falsas. Hasta el hombre más duro acusaría ese golpe.

El Aiel pareció moverse sin mirarla, le agarró la mano, le bajó el brazo junto al costado a la fuerza, y se lo retorció a la espalda. La joven tuvo que estirarse cuanto le fue posible, esperando que no siguiera empujando y le dislocara el hombro. Como si no hubiera ocurrido nada, Rhuarc se dirigió a Berelain:

—Id a vuestro cuarto y no salgáis de él hasta que el sol esté sobre el horizonte. Me ocuparé de que no se os sirva desayuno mañana. Un poco de hambre os hará recordar que hay un momento y un lugar para pelearse.

Berelain se encrespó, indignada.

—Soy la Principal de Mayene. A mí nadie me va dando órdenes como si yo fuera...

—Id a vuestro cuarto. Ahora —repitió Rhuarc, tajante. Faile se preguntó si podría darle una buena patada. Debió de tensar los músculos, porque, tan pronto como lo pensó, el Aiel aumentó la presión en su muñeca y ella tuvo que ponerse de puntillas—. Si no lo hacéis —siguió diciéndole a Berelain—, repetiremos la primera conversación que ambos mantuvimos, aquí mismo.

El semblante de Berelain se puso lívido y se encendió sucesivamente.

—Está bien —dijo al cabo, muy estirada—. Si insistes, quizá me...

—No os he ofrecido discutirlo. Si aún seguís aquí cuando cuente tres... Uno.

La Principal dio un respingo, se recogió las faldas y echó a correr. Se las compuso para contonearse incluso en estas circunstancias.

Faile la siguió con la mirada sin salir de su asombro. Casi merecía la pena tener el brazo medio dislocado. Rhuarc también observaba a Berelain, y una leve sonrisa apreciativa curvó sus labios.

—¿Es que no piensas soltarme en toda la noche? —demandó. El Aiel la soltó y se guardó sus cuchillos en el cinto—. ¡Eh, son míos!

—Están requisados. El castigo de Berelain por pelearos ha sido que en tu presencia alguien la haya mandado a la cama como una niña malcriada. El tuyo es quedarte sin estos cuchillos que tanto aprecias. Sé que tienes más, y si discutes es posible que también te quedes sin ellos. No permitiré que nadie altere el orden.

La muchacha le asestó una mirada furibunda, pero estaba convencida de que el Aiel hablaba en serio. Aquellos cuchillos se los había hecho

Librodot

expresamente para ella un hombre que conocía bien su trabajo; el equilibrio era perfecto.

—¿Qué «primera conversación» fue la que mantuviste con ésa? ¿Por qué ha salido corriendo?

—Eso es algo entre ella y yo. No te acerques a esa mujer otra vez, Faile. No creo que fuera ella quien iniciara esto; sus armas no son los cuchillos. Si alguna de las dos vuelve a causar dificultades, os pondré a sacar los desperdicios. Algunos de los tearianos creyeron que podían seguir sosteniendo sus duelos después de que me ocupara de mantener el orden de este lugar, pero el hedor de los carros de basura les enseñó enseguida lo equivocados que estaban. Ve con cuidado si no quieres aprenderlo del mismo modo que ellos.

Faile esperó hasta que Rhuarc se perdió de vista para frotarse el hombro. Le recordaba a su padre, y no porque éste le hubiera retorcido nunca el brazo, pero tenía tan poca paciencia como el Aiel con quienes ocasionaban problemas, ocuparan la posición que ocuparan, y nadie lo pilló nunca por sorpresa. Se preguntó si podría tenderle una trampa a Berelain para que incurriera en la ira del Aiel, sólo para ver a la Principal de Mayene sudando en medio de los carros de basura. Pero Rhuarc había dicho que si una hacía algo lo pagarían las dos. También su padre era de los que no hablaban por hablar. Berelain. Algo que había dicho la Principal pugnaba por venirle a la memoria. Sí, eso era: un juramento Ogier. Ningún Ogier rompía jamás un juramento. Decir «Ogier incumplidor de juramentos» era como decir «valeroso cobarde» o «avispado necio».

Se echó a reír sin poder evitarlo.

—Así que me lo vas a arrebatar, ¿no, idiota presumida? Para cuando quieras volver a verlo, si es que lo ves otra vez, ya será mío otra vez.

Con una queda risita echó a andar alegremente, y, de tanto en tanto, frotándose el hombro.

Librodot

CAPÍTULO 15

A través del umbral

Mat alzó la lámpara y escudriñó el angosto corredor, en lo más profundo de la Ciudadela. «Prometí que no lo haría a menos que mi vida dependiera de ello. Bueno pues, ¡que me aspen si no es así!»

Antes de que las dudas se apoderaran de él otra vez, echó a andar a buen paso y cruzó ante puertas carcomidas y desvencijadas, y ante otras que eran meros restos de madera colgados de goznes herrumbrosos. Habían barrido el suelo recientemente, pero el aire olía todavía a polvo antiguo y a moho. Algo se escabulló en la oscuridad, y sacó una daga antes de caer en la cuenta de que sólo era una rata que huía de él hacia algún agujero de salida que conocía.

—Muéstrame esa salida —le susurró al roedor—, e iré contigo. —«¿Por qué hablo en susurros? Aquí abajo no hay nadie que pueda oírme.» Sin embargo, parecía que el sitio requería silencio. Sentía todo el peso de la Ciudadela sobre su cabeza, aplastante.

Egwene le había dicho que era en la última puerta. También ésa colgaba ladeada. La abrió de una patada, y se hizo añicos. El cuarto se hallaba repleto de formas imprecisas, con cajas y barriles y cosas apiladas contra las paredes y en el resto del suelo. Y también estaba llena de polvo. «¡La Gran Reserva! ¡Pues parece el sótano de una granja abandonada, sólo que peor!» Le sorprendía que Egwene y Nynaeve no se hubieran puesto a quitar el polvo y asear este sitio mientras habían estado allí. Las mujeres siempre estaban limpiando y colocando cosas, hasta las que no hacía falta limpiar. Había huellas de pies que se cruzaban de un lado para otro en el suelo, algunas de botas; claro que habrían traído hombres para que movieran los objetos más pesados. Nynaeve siempre encontraba el modo de hacer trabajar a un hombre; probablemente había pillado a unos pobres tipos que se estaban divirtiendo.

Encontró lo que buscaba entre el mare mágnum. Un marco de puerta alto de piedra roja se erguía, imponente, ante él, resaltando de forma extraña con las sombras y luces arrojadas por la lámpara. Cuando se acercó le siguió pareciendo extraño, como torcido de algún modo. Prefirió no examinarlo con detenimiento; las esquinas no estaban bien encajadas, y el hueco rectángulo daba la impresión de que se iría al suelo de un soplido. Sin embargo, cuando le dio un leve empujón para probar, aguantó firme. Empujó un poco más fuerte, sin saber a ciencia cierta si su intención era echar aquella cosa abajo, y aquel lado soltó un chirrido. El vello de los brazos se le puso de punta. Quizás estaba sujeto por la parte de arriba con algún alambre, suspendido del techo. Alzó la lámpara para mirar. No había ningún alambre. «Al menos no se caerá mientras estoy dentro. Luz, voy a entrar ahí ¿no es cierto?»

Un montón de figurillas y pequeños objetos, envueltos en trozos de tela

podrida, atestaban la tapa de un barril alto que había cerca. Mat empujó el revoltijo a un lado para poner la lámpara allí, y examinó el umbral. El *ter'angreal.* Ojalá Egwene supiera de lo que hablaba; así era, probablemente, ya que tenía que haber aprendido todo tipo de cosas raras en la Torre, por mucho que lo negara. «Pues claro que lo negaría. Está preparándose para ser Aes Sedai, ¿no? Pero, aun así, no me ocultó esto, ¿verdad?» Si lo miraba con los ojos entrecerrados, tenía el aspecto de un marco de puerta corriente con el pulido apagado, y más aun debido al polvo. Un simple marco de puerta liso. Bueno, no tan liso; tenía tres líneas sinuosas, profundamente cinceladas, que se extendían desde el extremo superior al inferior. Los había visto más adornados en granjas. Seguramente lo cruzaría y descubriría que seguía en ese cuarto polvoriento.

«No lo sabré hasta que lo cruce, ¿verdad? ¡Que haya suerte!» Hizo una profunda inhalación —con lo que el polvo lo hizo toser— y dio un paso a través del umbral.

Fue como si pasara a través de una cortina de luz blanca y brillante; infinitamente brillante e infinitamente densa. Durante un momento que se le antojó eterno se quedó ciego; un ruido atronador le hirió los oídos, como si todos los sonidos del mundo se hubieran concentrado en un único estruendo. Y todo ello en el trecho de un paso inmensurable.

Avanzó otro paso, tambaleándose, y miró en derredor con pasmado asombro. El *ter'angreal* continuaba allí, pero este lugar no era el mismo donde había echado a andar. El retorcido marco de piedra se encontraba en el centro de una sala circular con un techo tan alto que se perdía en las sombras. Extrañas columnas espirales de color amarillo ascendían, sinuosas, hacia la penumbra semejando gigantescas enredaderas enroscadas sobre postes que hubieran sido arrancados posteriormente. Una tenue luz emanaba de unas esferas situadas encima de unos soportes también enroscados sobre sí mismos, pero hechos de algún tipo de metal blanco. No de plata, ya que el brillo era demasiado mortecino. Y, respecto a la luz, ni el menor indicio de cuál era la fuente; no se parecía a una llama. Las esferas brillaban, simplemente. Las baldosas del suelo arrancaban del *ter'angreal* en espirales de franjas blancas y amarillas. El aire estaba cargado de un fuerte olor, seco, penetrante y no precisamente agradable. Mat estuvo tentado de dar media vuelta y regresar al punto de partida.

—Hace mucho tiempo.

Mat dio un brinco al tiempo que su mano sacaba una de las dagas, y escudriñó entre las columnas buscando de dónde había salido aquella voz susurrante con un acento fuerte.

—Mucho tiempo, pero los buscadores vuelven de nuevo por respuestas. Los consultantes acuden otra vez. —Una figura se movió detrás de las columnas; un hombre, pensó Mat—. Bien. No has traído lámparas ni antorchas, como el acuerdo era, lo es y siempre lo será. ¿No llevas hierro? ¿Ni instrumentos de música?

La figura entró en el círculo, alta, descalza y con el cuerpo, brazos y piernas envueltos en capas de tela amarilla, y de repente Mat ya no estuvo tan seguro de que fuera un hombre o si era siquiera humano. A primera vista lo parecía, aunque quizá sus movimientos resultaban demasiado gráciles, y daba la impresión de ser excesivamente delgado para su estatura, aparte de ese rostro estrecho y alargado. La piel, y hasta el liso cabello negro, reflejaban la tenue luz de un modo que recordaba las escamas de las

serpientes. Y aquellos ojos, con unas pupilas que eran unas aberturas verticales, completamente negras. No, no era humano.

—Hierro. Instrumentos de música. ¿Traes alguno?

Mat se preguntó qué pensaría que era la daga; desde luego, no parecía en absoluto preocupado por ella. Bueno, la hoja era de un excelente acero, no de hierro.

—No. Ni hierro ni instrumentos de... ¿Por qué...? —Se calló bruscamente. Egwene había dicho tres preguntas, y no estaba dispuesto a desperdiciar una relacionada con «hierro» ni «instrumentos de música». «¿Por qué habría de importarle si traigo una docena de músicos en el bolsillo y a un herrero cargado a la espalda?»—. He venido aquí en busca de respuestas verdaderas. Si no eres el que las da, llévame ante quien lo hace.

El hombre —Mat había decidido que al menos eran varón— esbozó una sonrisa. No se le vieron dientes.

—Conforme al acuerdo. Ven. —Hizo un gesto con una mano de dedos larguísimos—. Sígueme.

Mat hizo desaparecer la daga debajo de la manga.

—Muestra el camino, que yo te sigo. —«Tú ve delante de mí y a plena vista. Este sitio me pone la piel de gallina.»

No había ni una sola superficie recta visible a excepción del propio suelo. Hasta el techo era abovedado en todo momento, y las paredes se combaban hacia afuera. Los pasillos mantenían un continuo trazado sinuoso; los marcos de las puertas eran redondos; las ventanas, círculos perfectos. Las baldosas creaban dibujos espirales y ondulados, y lo que parecían enrejados de bronce engastados a intervalos en el techo mostraban todos ellos motivos de complicadas volutas. No había cuadros ni pinturas ni colgaduras en las paredes. Sólo dibujos y siempre de trazos curvados.

Mat no vio a nadie salvo a su silencioso guía; habríase dicho que el lugar estaba desierto a excepción de ellos dos. En algún rincón de su mente se insinuaba el recuerdo de unos pasillos que no habían hollado pies humanos en centenares de años, y esto le daba la misma sensación. Con todo, a veces atisbaba un fugaz movimiento por el rabillo del ojo; pero, por muy rápido que volviera la cabeza, nunca veía a nadie. Simuló frotarse los brazos para comprobar que seguía llevando las dagas metidas debajo de las mangas de la chaqueta.

Lo que se divisaba a través de aquellas ventanas redondas era aún peor. Árboles altos que por copa tenían una especie de sombrilla de ramas lacias, y otros que semejaban inmensos abanicos de hojas finas como encajes, una maraña vegetal que recordaba el corazón de una espesura estrangulada con zarzas, todo ello bajo una luz mortecina de un día encapotado a pesar de que no parecía haber nubes en el cielo. Las ventanas se sucedían sin interrupción, siempre al mismo lado del sinuoso pasillo; a veces cambiaba el lado, pero, en lugar de dar a patios o habitaciones, lo hacían al mismo bosque extraño. En ningún momento vislumbró alguna otra parte de este palacio, o lo que quiera que fuera, a través de las ventanas ni ningún otro edificio, salvo...

Al otro lado de una de estas aberturas redondas divisó tres altas y ahusadas torres plateadas que se curvaban hacia adentro, como buscándose, de modo que sus afilados remates apuntaban hacia el mismo lugar. Eran invisibles desde la siguiente ventana, tres pasos más adelante, pero al cabo de pocos minutos, después de que su guía y él hubieran girado

Librodot

en suficientes curvas para mirar en otra dirección, volvió a verlas. Trató de convencerse de que eran otras torres, pero en el espacio que había entre ellas y la ventana se alzaba uno de aquellos árboles con forma de abanico que tenía colgando una rama rota; un árbol que había visto en el mismo sitio la primera vez. Después de divisar las torres y el extraño árbol de la rama quebrada por tercera vez, en esta ocasión diez pasos más adelante pero al otro lado del pasillo, procuró no mirar lo que había en el exterior.

La caminata parecía no tener fin.

—¿Dónde...? ¿Vamos a...? —Mat apretó los dientes. Tres preguntas. Era difícil enterarse de nada sin hacerlas—. Confío en que me conduzcas a quienes pueden responder a mis preguntas. Rayos y truenos, eso espero. Por mi propio bien y por el tuyo, la Luz sabe que es verdad lo que digo.

—Aquí —dijo el extraño individuo envuelto en ropajes amarillos mientras señalaba con una de sus afiladas manos a un marco redondo, el doble de grande de cuantos Mat había visto hasta el momento. Sus peculiares ojos estudiaron intensamente al joven. Abrió la boca e inhaló larga y profundamente. Mat lo miró ceñudo, y el extraño individuo se encogió de hombros como retorciéndose—. Aquí puede que encuentres tus respuestas. Entra. Entra y pregunta.

También Mat respiró hondo, pero hizo un gesto de desagrado y se frotó la nariz. Aquel olor fuerte y penetrante resultaba repulsivo. Dio un paso vacilante hacia la alta puerta y miró en derredor buscando a su guía, pero el tipo había desaparecido. «¡Luz! No sé por qué me sorprende nada de este sitio a estas alturas. Bueno, que me aspen si creen que voy a echarme atrás ahora.» Procurando no pensar si sería capaz de encontrar el *ter'angreal* por sí mismo, entró.

Era otra estancia redonda, con baldosas que dibujaban espirales rojas y blancas bajo un techo abovedado. No tenía columnas ni ningún tipo de mobiliario excepto tres gruesos y retorcidos pedestales alrededor del arranque de las espirales del suelo. Mat no veía otro modo de llegar a la parte superior a no ser trepando por las revueltas del trazado y, sin embargo, en lo alto de cada pedestal había un hombre igual a su guía sentado con las piernas cruzadas, sólo que envueltos en telas de color rojo. Tras una segunda ojeada decidió que no todos eran hombres; dos de aquellos rostros alargados de extraños ojos tenían un inconfundible aire femenino. Sus intensas y penetrantes miradas estaban clavadas en él, y respiraban profunda y entrecortadamente, casi jadeando. Se preguntó si despertaría en ellos cierto nerviosismo. «Ni por lo más remoto. Pero desde luego a mí me están poniendo los nervios de punta con su maldito escrutinio.»

—Ha pasado mucho tiempo —dijo la mujer de la derecha.

—Mucho —abundó la mujer de la izquierda.

—Pero vuelven a venir —asintió el hombre.

Los tres tenían el mismo tipo de voz susurrante que el guía —de hecho casi no se distinguían entre sí— y la manera áspera de pronunciar las palabras. Los tres hablaron al unísono, dando la impresión de que los sonidos los hubiera modulado una sola boca:

—Entra y pregunta, conforme al antiguo acuerdo.

Si Mat creyó que antes se le había puesto la piel de gallina, ahora no le cabía duda de que tenía todo el vello de punta. Se obligó a aproximarse un poco más. Con cuidado —con mucho tiento para no decir nada que sonara

ni por lo más remoto a una pregunta— les expuso la situación. Los Capas Blancas estaban seguramente en su pueblo, sin duda dando caza a amigos suyos y posiblemente buscándolo a él también. Uno de sus amigos iba a hacerles frente, y otro, no. Su familia probablemente no corría peligro, pero con los condenados Hijos de la Luz rondando por allí... Un *ta'veren* que tiraba de él de tal modo que casi no podía moverse. No vio razón para dar nombres ni mencionar que Rand era el Dragón Renacido. Su primera pregunta —y en realidad las otras dos también— las había preparado antes de bajar a la Gran Reserva.

—¿Debería ir a casa para ayudar a mi gente? —planteó por fin.

Los tres pares de ojos con pupilas en forma de rendija se apartaron de él —de mala gana, aparentemente— y contemplaron el vacío. Al cabo, la mujer de la izquierda dijo:

—Debes ir a Rhuidean.

Nada más pronunciar las palabras, los ojos de los tres se volvieron hacia Mat, los cuerpos se echaron hacia adelante y la respiración trabajosa se reanudó. En ese preciso momento repicó una campana, un sonido estrepitoso y urgente que retumbó en la estancia. Las tres figuras se enderezaron y se miraron entre sí, después al vacío de nuevo y, por último, otra vez a Mat.

—Ése es otro —musitó la mujer de la izquierda—. El tirón. La tensión.

—El sabor —dijo el hombre—. Ha pasado mucho tiempo.

—Todavía hay tiempo —les dijo la otra mujer. Su tono sonaba tranquilo, como el de los otros dos, pero en su voz había un timbre cortante cuando se volvió hacia el joven—. Pregunta. Pregunta.

Mat los miró furioso. «¿A Rhuidean? ¡Luz!» Eso estaba en alguna parte del Yermo, sólo la Luz y los Aiel sabían dónde. Era todo su conocimiento sobre ese sitio. ¡En el Yermo! La rabia dejó en segundo plano las preguntas sobre cómo escapar de las Aes Sedai y cómo recobrar las partes perdidas de su memoria.

—¡Rhuidean! —bramó—. ¡Que la luz me abrase si quiero ir a Rhuidean! ¡Y que mi sangre se derrame si lo hago! ¿Por qué iba a hacerlo? No estáis respondiendo a mis preguntas. ¡Se supone que tenéis que responder, no ofrecerme acertijos!

—Si no vas a Rhuidean, morirás —dijo la mujer de la derecha.

La campana sonó otra vez, en esta ocasión más fuerte; Mat notó las reverberaciones en la planta de los pies. Las miradas que intercambiaron los tres eran evidentemente ansiosas. Abrió la boca, pero no le prestaban la menor atención.

—El tirón —adujo una de las mujeres precipitadamente—. El esfuerzo es demasiado grande.

—Su sabor —agregó la otra—. Ha pasado demasiado tiempo.

—La tensión es demasiado fuerte —manifestó el hombre sin casi darle tiempo a terminar de hablar—. Demasiada. Pregunta. ¡Pregunta!

—Así os consuma un deseo insaciable —gruñó Mat—. ¡Pues claro que preguntaré! ¿Por qué moriré si no voy a Rhuidean? Seguramente acabaré muerto si voy, así que da lo...

El hombre lo interrumpió hablando muy deprisa:

—Porque habrías eludido el hilo del destino, dejarías el sino que tienes marcado a la deriva de los vientos del tiempo, y serías asesinado por aquellos que no quieren que ese destino se cumpla. Ahora, vete. ¡Tienes que

Librodot

marcharte! ¡Deprisa!

El guía de ropajes amarillos apareció de repente al lado de Mat y le tiró de la manga con aquellas manos demasiado largas.

Mat se soltó de un tirón.

—¡No! ¡No pienso irme! Me habéis apartado de las preguntas que quería hacer y me habéis dado respuestas sin sentido. No podéis dejarlo así, sin más. ¿De qué destino habláis? ¡Al menos quiero una respuesta clara de vosotros!

Un tercer toque de campana resonó lúgubre, y toda la estancia se sacudió.

—¡Vete! —gritó el hombre—. ¡Ya tienes tus respuestas! ¡Debes marcharte antes de que sea demasiado tarde!

De pronto, como saliendo de la nada, una docena de hombres vestidos de amarillo rodeó a Mat y trataron de empujarlo hacia la puerta. El joven se resistió con puños, codos y rodillas.

—¿Qué destino? ¡Así se abrasen vuestros corazones! ¿Qué destino? —La propia estancia repicó, el suelo y las paredes se estremecieron con tanta violencia que casi tiraron a Mat y a sus atacantes—. ¿Qué destino?

Los tres estaban de pie en lo alto de los pedestales, y el joven no supo cuál de ellos chilló qué respuesta.

—¡Casarte con la Hija de las Nueve Lunas!

—¡Morir y renacer y volver a vivir una parte de lo que fue!

—¡Renunciar a la mitad de la luz del mundo para salvar el mundo!

Después sus voces se unieron, sonando como un chorro de vapor a presión al escapar:

—¡Ve a Rhuidean, hijo de las batallas! ¡Ve a Rhuidean, embaucador! ¡Ve, jugador! ¡Ve!

Los atacantes de Mat lo levantaron en vilo por brazos y piernas y corrieron sosteniéndolo sobre sus cabezas.

—¡Soltadme, hijos de cabra descoloridos! —gritó sin dejar de forcejear—. ¡La Luz os ciegue! ¡Que la Sombra devore vuestras almas! ¡Soltadme! ¡Os arrancaré las entrañas y haré con ellas una cincha para mi silla de montar!

Pero por mucho que gritó y maldijo aquellos dedos mantuvieron firme su presa cual cepos de hierro. La campana repicó otras dos veces, o tal vez fuera el propio palacio. Todo temblaba como si hubiera un terremoto; las paredes reverberaban ensordecedoramente, en cada ocasión con más fuerza que la anterior. Los apresadores de Mat se tambaleaban, a punto de caer, pero no detuvieron su atropellada carrera. El joven no veía siquiera hacia dónde lo llevaban hasta que se frenaron bruscamente y lo incorporaron en el aire. Entonces se encontró delante del marco retorcido, el *ter'angreal,* y lo atravesó volando.

La luz blanca lo cegó; el estruendo llenó su cabeza hasta que salió al otro lado.

Cayó pesadamente sobre el polvoriento suelo en medio de la penumbra y llegó rodando al pie del barril sobre el que estaba su lámpara, en la Gran Reserva. El barril se tambaleó y las figurillas y los paquetes se precipitaron contra el suelo con un ruido de piedra, porcelana y marfil roto. Se incorporó de un brinco y se abalanzó contra el marco de piedra.

—¡Malditos, no podéis echarme...!

Lo cruzó y chocó violentamente contra las cajas y los barriles que había al otro lado. Sin esperar un instante volvió a saltar a través de él, con el

mismo resultado. Esta vez se agarró al barril de la lámpara, que estuvo a punto de caer sobre los añicos de las piezas rotas esparcidos por el suelo. La cogió a tiempo, se quemó la mano, y la soltó en otra superficie más firme.

«¡Que me condene si tengo malditas las ganas de quedarme aquí abajo en medio de la oscuridad! —pensó mientras se chupaba los dedos quemados—. ¡Luz, con la suerte que estoy teniendo, seguro que se habría prendido fuego y me habría achicharrado!»

Lanzó una mirada enconada al *ter'angreal.* ¿Por qué no funcionaba? Tal vez los tipos del otro lado lo habían cerrado de algún modo. No entendía prácticamente nada de lo que había ocurrido. Lo de la campana, y el pánico que se había apoderado de ellos. Habríase dicho que tenían miedo de que el techo se desplomara sobre sus cabezas. Pensándolo bien, poco había faltado para que se les viniera encima. Y lo de Rhuidean y todo lo demás. Como si lo del Yermo fuera poco, resulta que estaba destinado a casarse con alguien llamada la Hija de las Nueve Lunas. ¡Casarse! Y con una noble, por lo que parecía. Antes se casaría con una cerda que con una noble. Como lo de morir y volver a vivir. «¡Muy amable por su parte añadir ese detalle!» Si algún Aiel de rostro velado lo mataba de camino a Rhuidean, descubriría hasta qué punto era cierto eso. Todo ello tonterías sin sentido, y no creía ni una sola palabra. Sólo que... El maldito marco lo había llevado a alguna parte, y sólo habían accedido a contestar tres preguntas, como le había dicho Egwene.

—¡Pues no pienso casarme con una maldita noble! —le gritó al *ter'angreal*—. ¡Contraeré matrimonio cuando sea tan viejo que no me queden ganas de divertirme! ¡A la mierda con Rhuidean y...!

Por el retorcido marco de piedra apareció una bota, seguida de inmediato por el resto de Rand, con aquella ardiente espada en la mano. El arma desapareció cuando estuvo fuera completamente; entonces Rand soltó un suspiro de alivio. A pesar de la mortecina luz Mat advirtió que estaba preocupado. Se sobresaltó al reparar en su presencia.

—¿Curioseando, Mat, o también lo cruzaste?

Mat lo observó con cautela un momento. Por lo menos ya no llevaba la espada. Tampoco parecía que estuviera encauzando —aunque ¿cómo demonios podía saberlo ni él ni nadie?— y tampoco tenía aspecto de estar demente. De hecho, se parecía mucho al Rand que Mat recordaba. Tuvo que repetirse para sus adentros que ya no estaban en casa y que Rand no era el mismo de antes.

—Oh, ya lo creo que crucé. Un puñado de mentirosos, si quieres que te dé mi opinión. ¿Qué son? Me recordaban a las serpientes.

—No creo que sean mentirosos. —Lo dijo como si deseara que lo fueran—. No, eso no. Desde el principio noté que me tenían miedo. Y cuando esa campana empezó a repicar... La espada los mantuvo a raya; ni siquiera podían mirarla. La rehuían, se tapaban los ojos. ¿Obtuviste tus respuestas?

—Nada que tuviera sentido —rezongó Mat—. ¿Y tú?

De pronto Moraine apareció en el *ter'angreal* dando la impresión de que surgía de la nada con un grácil paso, como si flotara. Si no hubiera sido Aes Sedai habría resultado la compañera ideal para un baile. Apretó los labios al verlos allí.

—¡Vosotros! Los dos estuvisteis dentro. ¡Por eso fue por lo que...! —Soltó un siseo furioso—. Con uno de vosotros ya habría sido bastante malo, pero dos *ta'veren* al mismo tiempo... Habríais podido romper la conexión por completo y quedar atrapados allí. Condenados muchachos, jugando con

cosas cuyo peligro desconocéis. ¡Perrin! ¿Está también ahí dentro? ¿Ha compartido vuestra... *hazaña*?

—La última vez que lo vi estaba a punto de irse a la cama —contestó Mat. A lo mejor Perrin lo desmentía siendo el siguiente en cruzar el condenado umbral, pero por lo menos procuraría desviar la ira de la Aes Sedai si estaba en sus manos. No había necesidad de que Perrin tuviera que sufrirla también. «A lo mejor él consigue librarse de Moraine, por lo menos, si se marcha antes de que descubra lo que se propone. ¡Maldita mujer! Apuesto a que es noble de nacimiento.»

Que la Aes Sedai estaba furiosa no cabía la menor duda. Tenía las mejillas pálidas, y sus ojos eran oscuros berbiquíes que taladraban a Mat.

—Por lo menos habéis escapado con vida. ¿Quién os habló de esto? ¿Cuál de ellas fue? Haré que desee que la hubiera despellejado.

—Me lo dijo un libro —repuso Rand calmosamente. Se sentó al borde de un cajón que crujió de manera alarmante bajo su peso, y se cruzó de brazos. Todo ello con una fría calma; Mat deseó poder emularlo—. De hecho, un par de libros. *Los tesoros de la Ciudadela* y *Tratos con el territorio de Mayene.* Sorprendente lo que uno puede sacar de los libros si lee el tiempo suficiente, ¿no os parece?

—¿Y tú? —Volvió aquella mirada taladradora hacia Mat—. ¿También lo leíste en un libro?

—Leo de vez en cuando —replicó, cortante. No le habría desagradado que a Egwene y a Nynaeve les hubieran arrancado un poco de piel después de lo que habían hecho con él para obligarlo a revelar dónde había escondido la carta de la Amyrlin; atarlo con el Poder ya era malo de por sí, ¡pero el resto! Sin embargo, resultaba más divertido pellizcarle la nariz a Moraine—. *Tesoros. Tratos.* Los libros guardan muchas cosas. —Por suerte, la Aes Sedai no hizo hincapié en que había repetido los títulos; Mat no había prestado atención una vez que Rand sacó a colación lo de los libros.

En lugar de ello, Moraine se volvió hacia Rand.

—¿Y tus respuestas?

—Son para mí —contestó Rand, que frunció el entrecejo—. Pero no resultó fácil. Trajeron una... mujer para que hiciera de intérprete, pero se expresaba como un libro antiguo. Me costó entender algunas palabras. No se me pasó por la cabeza que hablaran otro idioma.

—La Antigua Lengua —le aclaró Moraine—. Utilizan la Antigua Lengua o, más bien, un burdo dialecto, para comunicarse con los hombres. ¿Y tú, Mat? ¿Se le entendía bien a tu intérprete?

Al joven se le había quedado la boca seca de repente.

—¿La Antigua Lengua? ¿Era eso lo que hablaban? No me trajeron intérprete. De hecho, no tuve ocasión de hacer mis preguntas. Esa campana empezó a sonar y las paredes temblaron, y entonces me sacaron de allí precipitadamente como si fuera una vaca soltando un reguero de excrementos sobre la alfombra. —Seguía mirándolo intensamente, y sus ojos hurgaban dentro de su cabeza. Sabía que algunas veces se le escapaban palabras en la Antigua Lengua—. Alguna que otra palabra me sonaba familiar, pero no lo bastante para descifrarlas. Rand y vos obtuvisteis respuestas. ¿Qué sacaron a cambio esas serpientes con patas? Cuando subamos esas escaleras no vamos a encontrarnos con que han transcurrido diez años, como Bili en el cuento, ¿verdad?

—Sensaciones —respondió la Aes Sedai haciendo una mueca de asco—.

Sensaciones, emociones, experiencias. Revuelven en ellas, y uno percibe cómo lo hacen, y se le pone la piel de gallina. Tal vez se nutren de ellas de algún modo. La Aes Sedai que estudió este *ter'angreal* cuando lo guardaban en Mayene escribió sobre el intenso deseo de bañarse después. Desde luego, es lo que pienso hacer yo.

—¿Pero sus respuestas son verdaderas? —quiso saber Rand cuando ella se daba media vuelta para marcharse—. ¿Estáis segura? Los libros dan a entender que es así, pero ¿realmente pueden dar respuestas ciertas acerca del futuro?

—Las respuestas son ciertas —afirmó lentamente Moraine—, en cuanto se refiere a tu propio futuro. Eso es indiscutible. —Observó a Rand y a Mat como sopesando el efecto que tenían en ellos sus palabras—. En cuanto al cómo, sin embargo, sólo existen especulaciones. El mundo se... dobla sobre sí mismo de un modo extraño. No puedo explicarlo con más claridad. Tal vez sea eso lo que les permite leer el hilo de la vida humana, las formas distintas en que puede tejerse en el Entramado. O quizá sea un talento de esos seres. No obstante, a menudo las respuestas son oscuras. Si necesitáis ayuda para discurrir el significado de las vuestras, podéis contar conmigo. —Sus ojos fueron del uno al otro, y faltó poco para que Mat mascullara una maldición. No había creído que no le habían dado respuestas. A menos que se tratara simplemente de una sospecha de la Aes Sedai. Rand esbozó lentamente una sonrisa.

—¿Y vos me contaréis lo que preguntasteis y lo que os respondieron?

Por toda contestación Moraine le devolvió una mirada intensa, escrutadora, y después se dirigió a la puerta. Súbitamente apareció flotando delante de ella una pequeña bola de luz, tan brillante como una linterna, que le alumbró el camino.

Mat sabía que lo mejor era dejar las cosas como estaban. Que se fuera, y, con suerte, que olvidara que lo había visto allí abajo. Pero una ardiente ira bullía todavía dentro de él. Todas esas estupideces que le habían dicho. Bueno, si Moraine lo decía a lo mejor eran ciertas, pero habría querido coger a esos tipos por el cuello o lo que quiera que taparan aquellas envolturas de tela, y obligarlos a aclarar unas cuantas cosas.

—¿Por qué no se puede entrar más de una vez, Moraine? —preguntó a la Aes Sedai—. ¿Por qué no? —Estuvo en un tris de preguntar también por qué les preocupaban el hierro y los instrumentos musicales, pero se mordió la lengua a tiempo. No habría sabido esos detalles si no entendía lo que decían.

Moraine se detuvo ante la puerta que daba al pasillo y volvió la cabeza. Era imposible determinar si lo miraba a él o al *ter'angreal* o a Rand.

—Si lo supiera todo, Matrim, no necesitaría hacer preguntas. —Siguió escudriñando el interior del cuarto un momento más, aunque en realidad sus ojos estaban fijos en Rand, y después se alejó sin decir una palabra.

Durante un rato los dos jóvenes se miraron en silencio.

—¿Descubriste lo que querías saber? —preguntó Rand finalmente.

—¿Y tú?

Una reluciente llama cobró vida, suspendida sobre la palma de Rand, en absoluto semejante al suave fulgor de la esfera de la Aes Sedai, sino tan brillante como la de una antorcha. Rand daba el primer paso hacia la puerta cuando Mat hizo otra pregunta:

—¿De verdad no vas a mover un dedo para impedir que los Capas

Librodot

Blancas hagan lo que quieran en casa? Sabes que se dirigen hacia Campo de Emond, si es que ya no se encuentran allí. Ojos amarillos, el maldito Dragón Renacido... Demasiado, en cualquier caso.

—Perrin hará... lo que tenga que hacerse para salvar Campo de Emond —respondió Rand con un timbre apenado en la voz—. Y yo haré lo que he de hacer, o no será sólo Campo de Emond lo que caerá, y en manos peores que las de los Capas Blancas.

Mat se quedó mirando cómo la luz de la llama se iba alejando pasillo adelante hasta que recordó dónde estaba. Entonces recogió su lámpara y echó a andar a paso vivo. «¡Rhuidean! Luz, ¿qué voy a hacer?»

Librodot

CAPÍTULO 16

Despedidas

Tendido sobre las sábanas empapadas en sudor, con la mirada prendida en el techo, Perrin vio cómo la oscuridad daba paso a la penumbra gris del amanecer. A no tardar el sol asomaría por el horizonte. La mañana. Un momento para nuevas esperanzas; un tiempo de levantarse y hacer cosas. Nuevas esperanzas. Casi se echó a reír. ¿Cuánto llevaba despierto? Una hora o más, seguro. Al rascarse la rizosa barba hizo un gesto de dolor. El hombro contusionado se le había quedado rígido, y se sentó muy despacio en la cama; el sudor humedeció su rostro mientras se obligaba a mover el brazo. Siguió haciéndolo, empero, conteniendo gemidos y mordiéndose la lengua de vez en cuando para tragarse las maldiciones, hasta que fue capaz de moverlo con cierta libertad aunque seguía doliéndole.

Había dormido poco y mal, a ratos. Estando despierto, veía el rostro de Faile, la acusadora mirada de sus oscuros ojos, la expresión dolida de la que era responsable y que lo hacía encogerse por dentro. Cuando se quedó dormido, soñó que subía a una horca y que Faile lo estaba presenciando o, lo que era peor, que intentaba impedirlo haciendo frente a los Capas Blancas y a sus lanzas y sus espadas, y que él gritaba mientras la cuerda se ceñía alrededor de su cuello; gritaba porque estaban matando a Faile. A veces veía que lo colgaban con una sonrisa de feroz satisfacción. No era de extrañar que estos sueños lo hicieran despertarse sobresaltado. Una de las veces soñó que los lobos salían corriendo del bosque para salvarlos a Faile y a él, pero eran ensartados por las lanzas de los Capas Blancas y derribados con sus flechas. No había descansado en toda la noche. Se lavó y se vistió a toda prisa, y abandonó la habitación como si con ello esperara dejar atrás el recuerdo de sus sueños.

Apenas quedaban señales del ataque de la noche anterior; aquí, un tapiz desgarrado por el filo de una espada; allí, un arcón con una esquina astillada por un hacha; o un trozo más claro en las baldosas del suelo, donde habían retirado la alfombra manchada de sangre. La gobernanta tenía a todo su ejército de sirvientes uniformados en pleno trabajando —aunque muchos llevaban vendajes—, barriendo, fregando, retirando cosas y reemplazando otras. Caminaba cojeando, apoyada en un bastón; ofrecía una curiosa estampa, una mujerona, con el cabello gris enroscado hacia arriba como un gorro a causa del vendaje que le ceñía la cabeza, dando órdenes con voz firme, resuelta a hacer desaparecer hasta el último vestigio de la segunda violación sufrida por la Ciudadela. Vio a Perrin e hizo una mínima reverencia casi inapreciable. Hasta los Grandes Señores conseguían poca cosa más de ella incluso cuando se encontraba bien. A pesar de la exhaustiva limpieza, bajo el olor a ceras y pulimentos y jabones Perrin percibía un débil aroma a sangre: el intenso y metálico de sangre humana; el

Librodot

fétido de la de trolloc; el acre de los Myrddraal, con su fetidez que le irritaba las fosas nasales. Sería un descanso salir de aquí.

La puerta del cuarto de Loial tenía un metro ochenta de anchura y más de tres y medio de alto, con una manilla enorme en forma de enredaderas entrelazadas que estaba a la altura de la cabeza de Perrin. La Ciudadela tenía varios aposentos para invitados Ogier que se utilizaban en contadas ocasiones, pero era una nota de prestigio emplear constructores de esta raza, al menos de vez en cuando. Perrin llamó a la puerta, y cuando una voz que sonaba como una lenta avalancha respondió «¡Adelante!» giró la manilla y entró.

Las medidas de la habitación estaban en relación con las de la puerta; aun así, Loial, de pie en medio de la alfombra de motivos florales, en mangas de camisa y con una larga pipa sujeta entre los dientes, otorgaba a las grandes dimensiones la apariencia de un tamaño normal. El Ogier era más alto que un trolloc, aunque no tan corpulento. Calzaba unas botas anchas de pala, altas y ajustadas a las piernas; la chaqueta de color verde oscuro iba abotonada desde el cuello hasta la cintura; allí se acampanaba y llegaba hasta la embocadura de las botas como unas faldillas, por encima de unos pantalones de pliegues. Su aspecto ya no le resultaba chocante a Perrin, pero una sola mirada bastaba para darse cuenta de que éste no era un hombre normal en una habitación normal. La nariz del Ogier era tan ancha que parecía un hocico, y las cejas semejaban largos bigotes que colgaban a los lados de unos ojos grandes como tazas. Sus orejas, rematadas por un mechón de pelos, asomaban entre el greñudo y negro cabello que le llegaba casi a los hombros. Cuando sonrió al ver a Perrin, sin soltar la pipa de los dientes, dio la impresión de que su rostro se partía en dos.

—Buenos días, Perrin —retumbó, soltando la pipa—. ¿Has dormido bien? No habrá sido fácil después de una noche así. Yo me he pasado la mitad del tiempo levantado, poniendo por escrito lo que había ocurrido. —En la otra mano llevaba una pluma, y sus dedos, gruesos como salchichas, estaban manchados de tinta.

Había libros por todas partes, sobre las sillas de tamaño Ogier, en la inmensa cama y en la mesa, tan alta que le llegaba al pecho a Perrin. Lo de los libros no era de extrañar, pero lo que sí le sorprendió fueron las flores, de todo tipo y color. Jarrones, cestos, ramilletes atados con cintas e incluso con cuerdas, jardineras del tamaño de arriates. Perrin no había visto nada parecido dentro de una habitación; el aroma saturaba el aire. Empero, lo que atrajo la atención del joven fue el hinchado bulto en la cabeza de Loial y su pronunciada cojera al caminar. Si el Ogier no estaba en condiciones de viajar... Se avergonzó por pensar de ese modo, ya que Loial era su amigo, pero no le quedaba otro remedio.

—¿Te hirieron? Moraine podría curarte, estoy seguro.

—Oh, puedo moverme sin problema, y hay muchos que realmente necesitan ayuda. No querría molestarla. Además, no es tan grave que me impida seguir con mi trabajo. —Loial miró la mesa donde yacía abierto un libro encuadernado con tela, grande para Perrin pero que entraría sin dificultad en uno de los bolsillos de la chaqueta del Ogier, al lado de un tintero abierto—. Espero haberlo escrito todo correctamente. Anoche no vi gran cosa hasta que todo hubo acabado.

—Loial es un héroe —dijo Faile levantándose detrás de una de las jardineras. Tenía un libro en las manos.

Perrin dio un brinco de sobresalto; las flores habían encubierto totalmente su olor. Loial chasqueó la lengua al tiempo que sus orejas se doblaban y retorcían con turbación; movió las grandes manos para que la muchacha se callara, pero ella prosiguió:

—Reunió a todos los niños que pudo, y a alguna de sus madres, en una habitación grande y defendió la puerta él solo contra trollocs y Myrddraal a lo largo de toda la batalla. —Su voz sonaba serena, pero sus ojos, clavados en el rostro de Perrin, eran como brasas—. Estas flores las han enviado las mujeres de la Ciudadela para agradecer su admirable valentía y su inquebrantable lealtad. —Pronunció las dos últimas palabras de manera que sonaron como los chasquidos de un látigo.

Perrin se las compuso para no encogerse, aunque a costa de un gran esfuerzo. Había hecho lo correcto, pero no podía esperar que ella lo entendiera. Aun en el caso de que supiera la razón, no lo comprendería. «Hice lo que debía. No tenía otra opción.» Sólo que le habría gustado sentirse a gusto consigo mismo; era injusto que, teniendo razón, la sensación fuera de estar equivocado.

—Bah, no tuvo importancia. —Las orejas de Loial se agitaban frenéticamente—. Los niños no podían defenderse por sí mismos, eso es todo. Nada de héroe. Ni hablar.

—Tonterías. —Faile puso el dedo para señalar la página antes de cerrar el libro y se acercó al Ogier. Ni siquiera le llegaba al pecho—. Si fueras de nuestra raza, no habría una sola mujer en toda la Ciudadela que no quisiera casarse contigo, Loial, y algunas lo harían de todos modos. Te pusieron un nombre adecuado, porque la lealtad forma parte de tu naturaleza. Cualquier mujer apreciaría eso.

Las orejas del Ogier se pusieron tensas en un gesto de alarma, y Perrin esbozó una mueca. Saltaba a la vista que Faile se había pasado toda la mañana echando flores a Loial con la esperanza de que el Ogier accediera a llevarla con ellos lo quisiera Perrin o no, pero sin saberlo lo que había conseguido era que sus lisonjas surtieran justo el efecto contrario al que pretendía.

—¿Has recibido noticias de tu madre, Loial? —preguntó.

—No. —Loial consiguió que su tono sonara aliviado y preocupado por igual—. Pero ayer vi a Laefar en la ciudad. Fue un encuentro que nos sorprendió a los dos, ya que no es habitual ver Ogier en Tear. Venía del *stedding* Shangtai para negociar la reparación de unas obras de cantería Ogier en uno de los palacios. Estoy seguro de que sus primeras palabras cuando regrese al *stedding* serán: «Loial se encuentra en Tear».

—Qué mal asunto —comentó Perrin, a lo que el Ogier asintió con desaliento.

—Laefar dice que los Mayores me han declarado fugitivo y que mi madre ha prometido hacer que me case y me establezca. Tiene incluso elegida a la novia, aunque Laefar no sabe quién es, o eso dijo. Por lo visto le parece muy divertido todo el asunto. Mi madre podría estar aquí dentro de un mes.

El semblante de Faile era la viva imagen del desconcierto, cosa que casi hizo sonreír a Perrin otra vez. Creía que conocía el mundo mucho mejor que él —bueno, en realidad así era— pero no conocía al Ogier. El *stedding* Shangtai era el hogar de Loial, en la Columna Vertebral del Mundo, y puesto que tenía poco más de noventa años no era lo bastante mayor para marcharse sin permiso. Los Ogier eran muy longevos; en los cómputos de su

Librodot

raza, Loial era tan joven como Perrin, puede que incluso más. Pero se había marchado para ver mundo, y su mayor temor era que su madre lo encontrara y se lo llevara a rastras de vuelta al *stedding* para casarlo y no volver a salir jamás de allí.

Mientras Faile se esforzaba por entender lo que estaba pasando, Perrin rompió el silencio:

—Tengo que volver a Dos Ríos, Loial. Tu madre no te encontraría allí.

—Sí, eso es cierto. —El Ogier se encogió de hombros, incómodo—. Pero mi libro, la historia de Rand... Y la tuya, y la de Mat. Ya tengo muchas notas tomadas, pero... —Rodeó la mesa y miró con los ojos entrecerrados el libro abierto, las páginas llenas de su pulcra escritura—. Seré quien escriba la verdadera historia del Dragón Renacido, Perrin. El único libro de alguien que viajó con él, que de hecho lo vio desarrollarse, revelarse como tal. *El Dragón Renacido,* por Loial, hijo de Arent, nieto de Halan, del *stedding* Shangtai. —Arrugó la frente y se inclinó sobre el libro al tiempo que mojaba la pluma en el tintero—. Eso no es del todo correcto. Más bien fue...

Perrin puso la mano sobre la página en la que Loial iba a escribir.

—No escribirás ningún libro si tu madre te encuentra. Al menos, no sobre Rand. Y te necesito, Loial.

—¿Que me necesitas? No te entiendo, Perrin.

—Hay Capas Blancas en Dos Ríos. Quieren darme caza.

—¿Por qué? —Loial estaba tan desconcertado como antes lo estaba Faile. Por otro lado, la muchacha había adoptado una expresión de satisfecha complacencia que resultaba preocupante.

—La razón es lo de menos. Lo que cuenta es que están allí. Podrían hacer daño a la gente, a mi familia, con tal de encontrarme. Conociendo a los Capas Blancas, sé que lo harán. En mi mano está impedirlo, si llego a tiempo, pero ha de ser muy pronto. Sólo la Luz sabe qué habrán hecho ya. Necesito que me lleves allí, Loial, por los Atajos. Una vez me dijiste que había una puerta en Tear, y sé que existía otra en Manetheren. Tiene que seguir allí, en las montañas que se alzan junto a Campo de Emond. No hay nada que pueda destruir una puerta a los Atajos, según tus propias palabras. Te necesito, Loial.

—Vaya, pues claro que te ayudaré. Los Atajos. —Soltó un borrascoso suspiro, y sus orejas flojearon levemente—. Quiero escribir sobre aventuras, no vivirlas, pero supongo que por una más no va a pasar nada. Así lo ha querido la Luz —acabó fervorosamente.

Faile carraspeó con delicadeza.

—¿No te olvidas de algo, Loial? Prometiste que me llevarías a los Atajos cuando te lo pidiera y que sería la primera, antes que nadie.

—Te prometí que te enseñaría una puerta a los Atajos y cómo son por dentro —la contradijo Loial—. Lo podrás hacer cuando Perrin y yo nos marchemos. Supongo que podrías acompañarnos, pero viajar por los Atajos no es fácil. De hecho, yo no entraría en ellos si Perrin no lo necesitara.

—Faile no viene —manifestó firmemente el joven—. Sólo iremos tú y yo, Loial.

La muchacha hizo caso omiso de él y sonrió al Ogier como si éste estuviera tomándole el pelo.

—Me prometiste algo más que una simple ojeada, Loial. Dijiste que me llevarías a donde quisiera, cuando quisiera y antes que nadie. Lo juraste.

—Lo hice, sí —protestó—, pero sólo porque no creías que era verdad que

pensara enseñártelo. Dijiste que si no lo juraba no lo creerías. Cumpliré mi promesa, pero no querrás anteponerte a la necesidad que ahora tiene Perrin.

—Lo juraste —repitió Faile calmosamente—. Por tu madre, por la madre de tu madre, y por la madre de la madre de tu madre.

—Sí, Faile, lo hice, pero Perrin…

—Lo prometiste, Loial. ¿Es que vas a quebrantar un juramento?

El Ogier era la viva imagen del ser más desdichado del mundo: los hombros hundidos y las orejas caídas, las comisuras de la boca curvadas hacia abajo y las puntas de las largas cejas rozándole las mejillas.

—Te ha tendido una trampa, Loial. —Perrin se preguntó si oirían el rechinar de sus dientes—. Te ha engañado deliberadamente.

Los pómulos de Faile se tiñeron de rojo, pero la muchacha todavía tuvo el valor de decir:

—Sólo porque no me quedaba más remedio, Loial. Sólo porque un estúpido piensa que tiene derecho a organizar mi vida a su antojo. No lo habría hecho de no ser así, tienes que creerme.

—¿Y el que te haya engañado no cambia las cosas? —demandó Perrin, a lo que Loial sacudió la cabeza tristemente.

—Los Ogier nunca faltan a su palabra —intervino Faile—. Y Loial va a llevarme a Dos Ríos, o por lo menos a la puerta de los Atajos que hay en Manetheren. Me apetece conocer esa región.

Loial enderezó los hombros.

—Pero en tal caso todavía puedo ayudar a Perrin. Faile, ¿por qué no lo has dicho antes, en lugar de tenerme en ascuas sin necesidad? Ni siquiera a Laefar le habría parecido divertido. —Había un dejo de rabia en su voz, y un Ogier no se enfadaba así como así.

—Si lo pide —repuso ella, resuelta—. Era parte del trato, Loial. Nadie salvo tú y yo, a menos que me lo pidieran. Tiene que pedírmelo.

—No —le dijo Perrin antes de que el Ogier abriera la boca—. No, no lo pediré. Antes prefiero ir cabalgando hasta Campo de Emond. ¡Hasta caminando! Así que ya puedes olvidarte de esta estupidez. Mira que engañar a Loial, intentar meterte a la fuerza en… En lo que no te llaman.

La calma de la muchacha se desvaneció para dejar paso a la ira.

—Y para cuando quieras llegar allí, Loial y yo ya nos habremos ocupado de los Capas Blancas. Todo habrá terminado. Pídemelo, cabeza dura de herrero. Pídelo y podrás venir con nosotros.

Perrin se obligó a mantener la calma. No había ningún argumento que la convenciera para ver las cosas a su modo, pero no estaba dispuesto a suplicar. Faile tenía razón; tardaría semanas en llegar a Dos Ríos a caballo, mientras que por los Atajos podrían estar allí en un par de días. Pero no se lo pediría. «¡Y menos después de la mala pasada que le ha jugado a Loial y de intentar obligarme a bajar las orejas!»

—Entonces viajaré solo por los Atajos hasta Manetheren. Os seguiré. Si me mantengo lo bastante retrasado para no formar parte de vuestro grupo, no romperé el juramento de Loial. No puedes impedirme que os siga.

—Eso es peligroso, Perrin —intervino el Ogier, preocupado—. Los Atajos son oscuros, y si te equivocas en un giro o tomas un puente equivocado por accidente, podrías perderte y quedarte atrapado allí para siempre. O hasta que te alcance el *Machin Shin.* Pídeselo, Perrin. Ha dicho que puedes venir si lo pides. Hazlo.

La profunda voz del Ogier tembló al pronunciar el nombre de *Machín*

Librodot

Shin, y Perrin también sintió un escalofrío en la espalda. El *Machín Shin.* El Viento Negro. Ni siquiera las Aes Sedai sabían si era un Engendro de la Sombra o algo que había surgido de la corrupción de los Atajos. Era lo que hacía de los viajes a través de los Atajos una aventura peligrosa en la que uno se arriesgaba a morir; eso era lo que decían las Aes Sedai. Lo único que Perrin sabía con certeza era que el Viento Negro se alimentaba de almas. Con todo, mantuvo la voz firme y el gesto impasible. «Que me aspen si cree que pienso doblegarme.»

—No puedo, Loial. O mejor, no quiero.

—Faile, será muy peligroso para él si intenta seguirnos. Por favor, transige y deja que...

—No —lo cortó bruscamente la joven—. Si es tan porfiado como para no pedirlo, ¿por qué voy a dar yo mi brazo a torcer? —Se volvió hacia Perrin—. Puedes viajar cerca de nosotros, cuanto haga falta, siempre y cuando quede claro que nos estás siguiendo. Irás siguiendo mi rastro como un cachorrillo hasta que cedas. ¿Por qué no lo pides?

—Testarudos humanos —rezongó el Ogier—. Impetuosos y obstinados hasta cuando la precipitación os hace meteros en un avispero.

—Me gustaría partir hoy mismo, Loial —dijo Perrin sin mirar a Faile.

—Sí, lo mejor será partir cuanto antes —se mostró de acuerdo el Ogier, que echó una mirada pesarosa al libro abierto en la mesa—. Supongo que podré pasar mis notas a limpio durante el viaje. Sólo la Luz sabe lo que me perderé al encontrarme lejos de Rand.

—¿Has oído lo que te he dicho, Perrin? —demandó Faile.

—Iré a recoger mi caballo y algunas provisiones, Loial. Podemos estar en camino a media mañana.

—¡Rayos y truenos, Perrin Aybara, respóndeme!

Loial miraba a la muchacha muy preocupado.

—Perrin, ¿estás seguro de que no podrías...?

—No —lo interrumpió el joven sin alzar la voz—. Es terca como una mula y le gusta hacer trampas. No bailaré al son que ella toca para darle diversión. —Hizo caso omiso del gruñido que sonaba en la garganta de Faile, como el de un gato que ve a un perro desconocido y está a punto de lanzarle un zarpazo—. Te avisaré tan pronto como lo tenga todo preparado. —Se encaminó a la puerta.

—El momento de partir es decisión mía, Perrin Aybara —espetó Faile a su espalda—. Mía y de Loial. ¿Me has oído? Más te vale estar preparado dentro de dos horas o te dejaremos atrás. Reúnete con nosotros en el establo de la Puerta del Muro del Dragón, si es que por fin vienes. ¿Me has oído?

El joven la sintió moverse y cerró la puerta tras él justo en el momento en que algo golpeaba fuertemente contra ella. Dedujo que era un libro. Loial le echaría un buen rapapolvo por eso. Más le valía a uno golpear al Ogier en la cabeza que maltratar uno de sus libros.

Se recostó un instante en la puerta, desesperado. Después de todo lo que había hecho, de todo por lo que había tenido que pasar para conseguir que lo odiara, y al final iba a estar allí para verlo morir. El único consuelo era pensar que a lo mejor ahora disfrutaría con ello. «¡Testaruda! ¡Cabezota!»

Cuando iba a echar a andar vio acercarse a un Aiel, un hombre alto de cabello rojizo y verdes ojos que podría haber sido un primo mayor de Rand o un tío joven. Lo conocía, y le caía bien aunque sólo fuera porque Gaul nunca había hecho el menor gesto de reparar en sus ojos amarillos.

—Que encuentres sombra donde resguardarte esta mañana, Perrin. La gobernanta me dijo que te había visto venir hacia aquí, aunque sospecho que estaba ansiosa por ponerme en las manos una escoba. Esa mujer es tan dura como una Sabia.

—Que encuentres sombra donde resguardarte esta mañana, Gaul. Si quieres saber mi opinión, todas las mujeres lo son.

—Tal vez, si no sabes cómo buscarles las vueltas. Tengo entendido que viajas hacia Dos Ríos.

—¡Luz! —gruñó Perrin antes de que el Aiel tuviera oportunidad de decir nada más—. ¿Es que lo sabe toda la Ciudadela? Si Moraine se entera...

—No. —Gaul sacudió la cabeza—. Rand al'Thor hizo un aparte conmigo y me lo contó, pidiéndome que no se lo dijera a nadie. Creo que ha hablado con varios más, pero no sé cuántos querrán acompañarte. Llevamos mucho tiempo a este lado de la Pared del Dragón, y muchos añoran la Tierra de los Tres Pliegues.

—¿Acompañarme? —Perrin estaba perplejo. Si contaba con los Aiel... Existían posibilidades que no había osado abrigar antes—. ¿Rand te pidió que vinieras conmigo? ¿A Dos Ríos?

—No. Sólo dijo que ibas allí, y que había hombres que querían matarte. Pero mi intención es acompañarte, si me lo permites.

—¿Que si te lo permito? —Perrin casi se echó a reír—. Por supuesto. Estaremos en los Atajos dentro de pocas horas.

—¿Los Atajos? —La expresión de Gaul no varió, pero el Aiel parpadeó.

—¿Cambia eso las cosas?

—La muerte llega a todos los hombres, Perrin. —No era una respuesta muy alentadora.

—No puedo creer que Rand sea tan cruel —le dijo Egwene a Elayne.

—Al menos no intentó detenerte —añadió Nynaeve.

Las dos estaban sentadas en la cama de la antigua Zahorí, terminando de repartir el oro que Moraine les había proporcionado. Cuatro bolsas llenas para cada una que llevarían en bolsillos cosidos bajo las camisas, y otra también para cada una, más pequeña para no llamar la atención, que se colgarían del cinturón. Egwene había cogido menos, ya que el oro no era tan útil en el Yermo.

Elayne miró con el ceño fruncido los dos bultos pulcramente atados y el portafolios de cuero con los implementos para escribir que estaban al lado de la puerta. Contenían todas sus ropas y otros utensilios. Estuche con tenedor y cuchillo, cepillo y peine, agujas, alfileres, hilo, dedal, tijeras. Un yesquero y otro cuchillo, más pequeño que el que llevaba en el cinturón. Jabón y polvos de tocador y... Era absurdo repasar otra vez la lista; el anillo de Egwene iba guardado en su bolsita. Estaba preparada para partir; no había nada que la retuviera.

—No, no lo hizo. —La heredera del trono se sentía orgullosa de la calma y la seguridad que traslucía su voz. «¡Parecía aliviado! ¡Aliviado! Y yo fui tan necia de entregarle esa carta en la que le abrí mi corazón. Por lo menos no la leerá hasta que me haya ido.» Dio un brinco al sentir el contacto de la mano de Nynaeve en su hombro.

—¿Querías que te pidiera que te quedaras? Sabes cuál habría sido tu respuesta, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. —Apretó los labios—. Pero tampoco tenía que

Librodot

parecer contento de que me marchara. —El comentario se le escapó sin querer.

—En el mejor de los casos, los hombres son difíciles. —Nynaeve la miraba comprensivamente.

—Todavía no puedo creer que fuera tan..., tan... —Egwene empezó a rezongar en voz baja, y Elayne no supo lo que iba a decir su amiga porque en ese momento la puerta se abrió tan violentamente que chocó contra la pared.

Elayne abrazó el *Saidar* cuando todavía daba un respingo de sobresalto y experimentó una breve turbación cuando la puerta, al rebotar, se frenó contra la mano extendida de Lan. Un instante después decidió mantener el contacto con la Fuente un poco más. El Guardián ocupaba todo el vano con sus anchos hombros; la expresión de su rostro era tormentosa. Si sus ojos hubieran podido descargar los relámpagos que traslucía la mirada amenazadora que había en ellos, habrían derribado a Nynaeve. El brillante halo del *Saidar* también envolvía a Egwene sin menguar un ápice su intensidad.

Lan sólo parecía ver a Nynaeve.

—Dejaste que creyera que regresabas a Tar Valon —dijo con voz áspera.

—Puede que lo creyeras —respondió calmosa—, pero yo nunca lo dije.

—¿Que nunca lo dijiste? ¡Que nunca lo dijiste! Hablaste de que partías hoy, y siempre relacionabas tu marcha con la decisión de enviar a esas Amigas Siniestras de vuelta a Tar Valon. ¡Siempre! ¿Qué querías que pensara, si no?

—Pero nunca dije que...

—¡Cuidado, mujer! —bramó—. ¡No intentes conmigo ese juego de palabras!

Elayne intercambió una mirada preocupada con Egwene. Este hombre poseía un férreo autocontrol, pero estaba a punto de estallar. Nynaeve era de las que a menudo daba rienda a sus ataques de furia, pero ahora le hizo frente con frialdad, la cabeza alta, y los ojos, serenos, con las manos descansando sobre la falda de seda verde.

Fue evidente el gran esfuerzo que Lan tuvo que hacer para dominarse. Su semblante adquirió la misma expresión impasible de siempre y el mismo aire de autocontrol; Egwene estaba convencida de que sólo era una fachada.

—No me habría enterado de hacia dónde te dirigías si no hubiera oído que habías ordenado preparar un carruaje que te llevará a un barco con destino a Tanchico. Para empezar, ignoro por qué la Amyrlin os permitió abandonar la Torre o por qué Moraine os ha implicado en el interrogatorio de unas hermanas Negras, pero las tres sois Aceptadas. Aceptadas, no Aes Sedai. Y en este momento Tanchico es un lugar sólo para una Aes Sedai con un Guardián que guarde sus espaldas. ¡No permitiré que te metas en algo así!

—Vaya —dijo Nynaeve en tono ligero—. Así que ahora pones en tela de juicio las decisiones de Moraine y también las de la Sede Amyrlin. A lo mejor tenía un concepto de los Guardianes totalmente equivocado. Creía que jurabais aceptar y obedecer, entre otras cosas. Lan, entiendo tu preocupación, y te estoy agradecida, más que agradecida, por ello; pero todos tenemos tareas que llevar a cabo. Nos vamos, y debes aceptarlo como un hecho.

—¿Por qué? ¡Por el amor de la Luz, al menos dime por qué! ¡A Tanchico!

—Si Moraine no te lo ha contado, tal vez tenga sus razones —adujo

Nynaeve dulcemente—. Cada cual debe cumplir con su cometido, y tú tienes el tuyo.

Lan tembló —¡tembló!— y apretó los dientes con rabia. Cuando habló, su voz sonaba extrañamente vacilante:

—Necesitarás a alguien que te ayude en Tanchico, alguien que impida que un ladrón tarabonés te clave un cuchillo en la espalda para quitarte la bolsa. Tanchico era esa clase de ciudad antes de la guerra y por todo lo que he oído ahora es aún peor. Yo... podría protegerte, Nynaeve.

Elayne enarcó las cejas bruscamente. No estaría sugiriendo... No, imposible. Nynaeve no pareció sorprendida, como si Lan no hubiera dicho algo fuera de lo normal.

—Tu sitio está con Moraine.

—Moraine. —Los duros rasgos del Guardián se cubrieron de gotitas de sudor; de nuevo vaciló, como enredándose con las palabras—. Puedo... Debo... Nynaeve, yo... Yo...

—Te quedarás con Moraine hasta que te libre de tu vínculo —lo interrumpió, cortante, la antigua Zahorí—. Es una orden y debes obedecer. —Sacó de un bolsillo un papel cuidadosamente doblado y se lo puso en las manos bruscamente. El Guardián frunció el ceño, leyó, parpadeó y volvió a leerlo.

Elayne sabía lo que ponía:

> «Lo que hace el portador de este documento lo hace bajo mis órdenes y mi autoridad. Obedeced y guardad silencio, siguiendo mi mandato.
>
> *»Siuan Sanche,*
> *»Vigilante de los Sellos,*
> *»Llama de Tar Valon,*
> *»La Sede Amyrlin.»*

En el bolsillo de Egwene iba guardado otro documento igual, aunque ninguna de ellas estaba segura de que sirviera de mucho en el lugar hacia el que se dirigía ella.

—Pero esto te permite hacer cualquier cosa que quieras —protestó Lan—. Te autoriza a hablar en nombre de la Amyrlin. ¿Por qué iba a dar algo así a una Aceptada?

—No me hagas preguntas que no puedo responder —manifestó Nynaeve, añadiendo con un atisbo de sonrisa—: Y considérate afortunado de que no te haya ordenado que bailes para mí.

Elayne también tuvo que contener una sonrisa, y Egwene hizo un ruido ahogado al tragarse una carcajada. Eso era lo que había dicho Nynaeve cuando la Amyrlin les entregó los documentos: «Con esto, podría hacer que un Guardián se pusiera a bailar». Ninguna de ellas albergó la menor duda sobre el Guardián al que se refería.

—¿Y no es eso lo que has hecho? Me has despachado de un modo muy habilidoso, recurriendo a mi vínculo, a mis juramentos y a este documento. —Había un brillo peligroso en los ojos de Lan que Nynaeve no parecía advertir mientras recuperaba la carta y la guardaba de nuevo en el bolsillo.

—Te tienes en mucho, al'Lan Mandragoran. Hacemos lo que debemos, como lo harás tú.

—¿Que me tengo en mucho, Nynaeve al'Meara? ¿Que *yo* me tengo en

mucho? —Lan se movió hacia la mujer tan rápidamente que Elayne estuvo a punto de envolverlo en flujos de Aire antes de pensar lo que hacía. En un visto y no visto, Nynaeve, que sólo había tenido tiempo para mirar boquiabierta al hombre alto que se abalanzaba sobre ella, se encontró suspendida en el aire, a un palmo del suelo, y recibiendo un intenso beso. Al principio le pateó las espinillas y lo golpeó con los puños al tiempo que emitía ahogados sonidos de furiosa protesta, pero las patadas y los golpes bajaron de ritmo hasta cesar por completo, y después enlazó los brazos a su cuello y no hubo más protestas.

Egwene agachó los ojos, azorada, pero Elayne observó con gran interés. ¿Había sido así con ella cuando Rand...? «¡No! No pensaré en él.» Se preguntó si tendría tiempo de escribirle otra carta desdiciéndose de todo lo que ponía en la primera y dejándole claro que no podía jugar con ella. Pero ¿lo deseaba realmente?

Al cabo de un tiempo Lan soltó a Nynaeve en el suelo. La mujer se tambaleó levemente mientras se arreglaba el vestido y se atusaba el cabello con rabia.

—No tienes derecho a... —empezó, casi sin aliento. Tragó saliva—. No permitiré que se me *maltrate* de este modo delante de todo el mundo. ¡No lo permitiré!

—No ha sido delante de todo el mundo —repuso él—. Pero si las dos pueden ver, también pueden oír. Te has metido en mi corazón, donde creía que no había lugar para nadie. Has hecho que crezcan flores donde cultivaba polvo y piedras. Recuerda esto durante el viaje que insistes en hacer: si mueres, no te sobreviviré mucho tiempo. —Le dedicó una de sus contadas sonrisas—. Y recuerda también que no siempre soy tan dócil a unas órdenes, incluso con una carta de la Amyrlin. —Hizo una elegante reverencia; de hecho, Elayne pensó por un instante que iba a hincar la rodilla en el suelo y a besar el anillo de la Gran Serpiente de Nynaeve—. Tú ordenas —musitó—, y yo obedezco. —No quedó muy claro si lo decía con sorna o en serio.

Tan pronto como la puerta se hubo cerrado tras él, Nynaeve se sentó pesadamente al borde de la cama como si las rodillas ya no la sujetaran. Contempló intensamente la puerta con la frente fruncida en un gesto meditabundo.

—«Hasta el perro más sumiso muerde si lo golpeas a menudo» —citó Elayne—. Y Lan no es precisamente sumiso. —Nynaeve le asestó una mirada cortante.

—En ocasiones es inaguantable —opinó Egwene—. Nynaeve, ¿por qué hiciste eso? Estaba dispuesto a ir contigo. Sé que lo que más deseas es ver roto su vínculo con Moraine, y no trates de negarlo.

La mujer no lo intentó, y se dedicó a arreglarse el vestido y a alisar las arrugas del cobertor.

—De ese modo, no —dijo al cabo—. Quiero que sea mío. Por completo. No estoy dispuesta a que recuerde constantemente haber roto su juramento a Moraine. No quiero que eso se interponga entre nosotros. Por su propio bien y también por el mío.

—¿Y qué diferencia hay en que lo empujes a pedirle a Moraine que lo libere de su vínculo? —quiso saber Egwene—. Lan es esa clase de hombre que lo vería igual. La única solución es conseguir que ella lo libere voluntariamente, *motu proprio.* ¿Cómo vas a lograr eso?

—No lo sé. —Nynaeve se obligó a dar firmeza a su voz—. Aunque lo que

debe hacerse, puede hacerse. Siempre hay algún modo. Pero no es el momento de ocuparse de ello. Tenemos cosas que hacer y estamos aquí sentadas discutiendo sobre hombres. ¿Has comprobado si tienes cuanto necesitas para el Yermo, Egwene?

—Aviendha está preparándolo todo —respondió la joven—. Aún tiene ese aire desdichado, pero dice que podemos llegar a Rhuidean en poco más de un mes, si tenemos suerte. Para entonces vosotras ya estaréis en Tanchico.

—Puede que antes —comentó Elayne—, si lo que cuentan sobre los bergantines Marinos es cierto. ¿Tendrás cuidado, Egwene? Aunque Aviendha sea tu guía, el Yermo no es un lugar seguro.

—Lo tendré. Y espero que vosotras también. En la actualidad, Tanchico no es mucho más seguro que el Yermo.

De repente las tres empezaron a abrazarse unas a otras mientras reiteraban sus advertencias de ser prudentes y confirmaban que todas recordaban el plan para encontrarse en la Ciudadela del *Tel'aran'rhiod.* Elayne se enjugó las lágrimas que le humedecían las mejillas.

—Menos mal que Lan se marchó. —Soltó una risita trémula—. Habría pensado que somos unas tontas.

—No, ni mucho menos —la contradijo Nynaeve al tiempo que se remangaba la falda para guardar una bolsa de oro en el bolsillo preparado para tal fin—. Aunque sea un hombre no es completamente idiota.

La heredera del trono decidió que tenía que sacar tiempo de donde fuera entre la habitación y el carruaje para encontrar papel y pluma. Nynaeve tenía razón; a los hombres había que tratarlos con mano dura. Le haría saber a Rand que no iba a salir de ésta tan bien librado como pensaba, y que no le resultaría fácil volver a ganarse sus favores.

Librodot

CAPÍTULO 17

Imposturas

Thom hizo una reverencia de manera que la rigidez de la pierna derecha apenas se notara, acompañándola por un revoloteo de su capa de múltiples parches de colores. Le escocían los ojos y los sentía irritados, pero se obligó a dar un tono ligero a sus palabras:

—Buenos días tengáis. —Se irguió y se atusó el bigote con gesto ostentoso.

Los criados uniformados en negro y dorado parecieron sorprenderse. Dos jóvenes musculosos, que estaban inclinados para levantar un arcón lacado en rojo y tachonado en oro cuya tapa estaba rota, se irguieron, mientras que las tres mujeres dejaron de fregar. El pasillo estaba vacío a excepción de ellos, y cualquier excusa era buena para hacer un alto, sobre todo a estas horas. Tenían el aspecto de estar tan cansados como el propio Thom, con los hombros hundidos y las marcadas ojeras.

—Buenos días a vos, juglar —respondió la mujer de más edad. Aunque estaba un poco rellenita y sus rasgos eran algo vulgares, tenía una bonita sonrisa—. ¿Podemos ayudaros?

Thom sacó de la amplia manga de la chaqueta cuatro bolas y empezó a hacer juegos malabares con ellas.

—Estoy haciendo un recorrido con intención de levantar los ánimos a la gente. Es la labor de un juglar. —Habría utilizado más de cuatro bolas, pero estaba tan fatigado que incluso manejar éstas le costaba un gran esfuerzo de concentración. ¿Cuánto hacía desde que había estado a punto de dejar caer la quinta? ¿Dos horas? Contuvo un bostezo y se las ingenió para convertirlo en una sonrisa—. Ha sido una noche terrible, y todos necesitamos animarnos.

—El lord Dragón nos salvó —dijo una de las criadas jóvenes. Era bonita y estaba delgada, pero en sus oscuros ojos asomaba un brillo depredador que le aconsejó que moderara su sonrisa. Por supuesto, la muchacha podría serle útil si fuera codiciosa y honrada por igual, es decir, que la tendría comprada una vez que le hubiera pagado. Nunca venía mal contar con otro par de manos que dejaran una nota, con otra lengua que le contara lo que había oído y dijera lo que él quisiera cuando quisiera. «¡Viejo estúpido! ¡Ya tienes manos y oídos de sobra, así que deja de fijarte en un buen trasero y recuerda la expresión de sus ojos!» Lo curioso era que su comentario parecía sincero, y uno de los jóvenes asintió en conformidad con sus palabras.

—Sí —abundó Thom—. Me preguntaba cuál de los Grandes Señores estaba a cargo de los muelles ayer. —Estuvo a punto de dejar caer las bolas en su irritación consigo mismo por sacar el tema de forma tan directa. Estaba demasiado cansado, y debería encontrarse en la cama desde hacía horas.

—Los muelles son responsabilidad de los Defensores —le informó la mujer de más edad—. Claro que vos no podríais saberlo. Los Grandes Señores no se preocupan de esas cosas.

—¿De veras? Bueno, no soy teariano, claro está. —Cambió el ejercicio de girar las bolas en un círculo simple a otro doble en bucle; parecía más difícil de lo que era realmente, y la muchacha de mirada depredadora aplaudió. Ya que había entrado en el tema, lo mejor era seguir adelante, pero después de esta gestión se iría a la cama y dormiría toda la noche. O, mejor dicho, todo el día, ya que el sol estaba saliendo—. Aun así, es una lástima que nadie se preocupara de preguntar por qué se encontraban esas barcazas en los muelles. Con las escotillas cerradas y todos esos trollocs dentro. Y no quiero decir con esto que alguien supiera que los trollocs estaban allí. —El bucle se tambaleó y Thom volvió al círculo simple. ¡Luz, qué cansado estaba!—. Aunque uno no puede evitar pensar que alguno de los Grandes Señores debería haber preguntado.

Los dos jóvenes intercambiaron una mirada pensativa, y Thom sonrió para sus adentros. Otra semilla plantada, y con facilidad a pesar de su torpeza. Otro rumor puesto en marcha, a pesar de que estuvieran convencidos de quiénes eran los responsables de los muelles. Y los rumores se propagaban —y uno como éste no se detendría en los límites de la ciudad— de modo que ya había otra pequeña brecha de desconfianza entre la plebe y los nobles. ¿Y a quién otro se volvería la plebe salvo a aquel al que sabía que los nobles odiaban? El mismo hombre que había salvado a la Ciudadela de los Engendros de la Sombra: Rand al'Thor, el lord Dragón.

Había llegado el momento de marcharse para que surtieran efecto las dudas que había sembrado. Si habían enraizado, ya no habría nada que las pudiera arrancar. Esa noche había realizado el mismo trabajo en otros sitios, pero no le convenía que alguien descubriera que había sido él el sembrador.

—Los Grandes Señores combatieron con valentía anoche. Vaya, si vi a... —Dejó la frase en el aire cuando las criadas volvieron de repente al fregado y los dos jóvenes cogieron el arcón y se alejaron presurosos.

—También puedo encontrar algún trabajo para un juglar —dijo la voz de la gobernanta a sus espaldas—. Unas manos paradas son unas manos ociosas, sean de quien sean.

Thom se dio media vuelta garbosamente, considerando su cojera, y le dedicó una profunda reverencia. La mujer no le llegaba al hombro, pero debía de pesar bastante más que él. Su rostro era como un yunque, y el vendaje de la frente incrementaba el parecido; tenía doble papada y sus hundidos ojos eran negros trozos de pedernal.

—Buenos días tengáis, mi encantadora señora. Aceptad un presente en este nuevo día que nace.

Realizó un florido aleteo de manos e hizo aparecer un capullo de rosa amarillo que estaba un poco mustio de llevarlo guardado en la manga, y se lo puso en el pelo, por encima del vendaje. La mujer se lo quitó bruscamente, por supuesto, y lo examinó con desconfianza, pero eso era exactamente lo que buscaba el juglar, que aprovechó su momento de vacilación para dar tres raudos y renqueantes pasos; cuando la gobernanta gritó algo a su espalda, Thom no hizo caso ni dejó de caminar rápidamente.

«¡Qué mujer tan horrible! —pensó—. Si la hubiéramos soltado contra los trollocs, los habría puesto a fregar y a barrer.»

Se llevó la mano a la boca y soltó un bostezo tan enorme que las

Librodot

mandíbulas le crujieron. Noches sin dormir, batallas, maquinaciones. Estaba demasiado viejo para esas cosas. Debería estar viviendo tranquilamente en alguna granja, con gallinas. En las granjas siempre había gallinas. Y ovejas. No tenía que ser muy difícil ocuparse de ellas; los pastores siempre estaban repantigados y tocando el caramillo. Él tocaría el arpa, naturalmente, no un caramillo. O su flauta; el tiempo no era bueno para el arpa. Y habría una ciudad en las proximidades, con una posada donde podría entretener a los parroquianos. Hizo revolotear su capa cuando se cruzó con dos criados. El único motivo de que la llevara puesta con el calor reinante era que la gente supiera su condición de juglar. Ni que decir tiene que se animaron al verlo, esperando que se detuviera para ofrecerles un poco de entretenimiento. Muy halagador. Sí, una granja tenía sus ventajas: un sitio tranquilo, sin gente que lo molestara. Siempre y cuando hubiera cerca una ciudad.

Abrió la puerta de su cuarto y se frenó en seco. Moraine levantó la cabeza con calmosa parsimonia, como si tuviera todo el derecho a estar revolviendo en los papeles que había esparcidos sobre la mesa, y se arregló la falda tras tomar asiento en una banqueta. Era una mujer muy hermosa, poseedora de todos los encantos que un hombre podría desear, entre ellos el reír sus chistes. «¡Necio! ¡Viejo loco! Es una Aes Sedai, y estás demasiado cansado para pensar con tino.»

—Buenos días tengáis, Moraine Sedai —saludó mientras colgaba la capa en la percha. Evitó mirar hacia la escribanía, que seguía metida bajo la mesa, donde la había dejado. No tenía sentido hacerle ver que era importante; y, pensándolo bien, tampoco lo tenía revisarla después de que ella se hubiera marchado. Estaba tan agotado que sería incapaz de recordar si había dejado algo incriminatorio en su interior. O en cualquier otra parte. Aparentemente todo estaba en su sitio, pero no creía que hubiera sido tan necio como para dejar a la vista nada comprometedor. En las dependencias de la servidumbre ninguna puerta tenía cerraduras—. Os ofrecería un refresco, pero me temo que sólo me queda agua.

—No tengo sed —respondió en un timbre melodioso y agradable. Se echó un poco hacia adelante; el cuarto era lo bastante reducido para que con ese gesto llegara a posar la mano sobre su rodilla derecha. Un cosquilleo lo estremeció—. Ojalá hubiera estado cerca una buena Curadora cuando ocurrió esto. Ahora ya es demasiado tarde para remediarlo, me temo.

—No habrían bastado ni una docena de Curadoras —le respondió—. Es obra de un Semihombre.

—Lo sé.

«¿Y qué más sabe?», se preguntó. Se volvió para acercar la única silla que había junto a la mesa y se tragó una maldición. Se sentía tan descansado como si hubiera dormido toda la noche de un tirón, y el dolor de la rodilla había remitido. La cojera persistía, pero la articulación no había estado tan desentumecida desde que lo habían herido. «Ni siquiera me preguntó si quería que me la curara. Rayos y truenos, ¿qué se traerá entre manos?» Se negó a doblar la pierna. Si no le preguntaba, él no se daría por enterado.

—Un día interesante el de ayer —dijo la mujer cuando Thom se hubo sentado.

—Yo no calificaría de interesante la presencia de los trollocs y los Semihombres —replicó secamente.

—No me refería a eso, sino a lo ocurrido antes, que el Gran Señor Carleon muriera en un accidente de caza. Al parecer su buen amigo Tedosian lo confundió con un oso, o puede que fuera un ciervo.

—No lo sabía. —Mantuvo un tono tranquilo. Aunque hubiera visto la nota era imposible que la relacionara con él. Hasta el propio Carleon habría creído que estaba escrita de su puño y letra. No lo creía probable, pero se recordó que esta mujer era Aes Sedai. Como si necesitara recordárselo teniendo ante sí aquella hermosa y tersa cara, esos oscuros ojos serenos que lo contemplaban como si conocieran todos sus secretos—. Las habladillas proliferan en las dependencias de la servidumbre, pero apenas les presto oídos.

—¿De veras? —musitó suavemente—. Entonces tampoco sabréis que Tedosian cayó enfermo antes de que pasara una hora desde su regreso a la Ciudadela, justo después de que su esposa le diera una copa de vino para pasar el polvo de la cacería. Se cuenta que lloraba cuando se enteró que iba a cuidarlo ella en persona y a alimentarlo con sus propias manos. Sin duda eran lágrimas de alegría por el amor que le profesa. He oído comentar que ella ha jurado no apartarse de su lado hasta que se levante. O hasta que haya muerto.

Lo sabía. Cómo, no tenía ni idea; pero lo sabía. Sin embargo, ¿por qué se lo insinuaba?

—Una tragedia. —Su tono igualaba la afabilidad del de ella—. Rand necesita contar con todos los Grandes Señores que le son leales, y cuantos más, mejor.

—Dudo que Carleon y Tedosian pudieran contarse entre ellos. Y, por lo visto, tampoco había mucha lealtad entre ambos. Eran los cabecillas de la facción que quiere matar a Rand y olvidar que existió alguna vez.

—¿Eso creéis? Casi no presto atención a tales comidillas. Los asuntos de los poderosos no competen a un simple juglar.

Su mueca divertida casi fue una corta risa, pero cuando habló lo hizo como si estuviera leyendo una página:

—Thomdril Merrilin, llamado en tiempos el Zorro Gris por alguien que lo conocía bien. Bardo de la corte en el Palacio Real de Andor, en Caemlyn. Amante de Morgase durante un tiempo, tras la muerte de Taringail. Una muerte afortunada para Morgase. Imagino que jamás descubrió que él tenía intención de matarla para proclamarse el primer rey de Andor. Pero hablábamos de Thom Merrilin, un hombre que, según los rumores, sabía cómo participar en el Juego de las Casas hasta dormido. Qué lástima que un hombre así se defina a sí mismo como un simple juglar, aunque resulta arrogante por su parte conservar el mismo nombre.

Thom tuvo que poner gran empeño en disimular su conmoción. ¿Cuánto sabía de él esta mujer? Demasiado, aun en el caso de que no supiera nada más de lo ya dicho. Empero, no era ella la única que estaba enterada de ciertas cosas.

—Y, ya que hablamos de nombres —dijo Thom en actitud coloquial—, resulta sorprendente las conclusiones que pueden sacarse de algunos, como por ejemplo Moraine Damodred. Lady Moraine de la casa Damodred de Cairhien, hermanastra pequeña de Taringail y sobrina del rey Laman. Ah, y Aes Sedai, no lo olvidemos. Una Aes Sedai que está ayudando al Dragón Renacido desde antes de que pudiera saber que era algo más que otro pobre necio con capacidad de encauzar. Una Aes Sedai con contactos en la Torre

Librodot

Blanca, alguien importante diría yo, o en caso contrario no habría arriesgado su posición. ¿Alguien de la Antecámara de la Torre? Estoy por jurar que hay más de una persona implicada. Sí, tiene que ser así. Si tal cosa se hiciera pública el mundo se tambalearía en sus cimientos. Sin embargo, ¿por qué buscar problemas? Tal vez sería mejor dejar en paz a un viejo juglar escondido en su agujero de las dependencias de los criados. Un simple juglar achacoso que toca su arpa y cuenta sus relatos. Relatos que no perjudican a nadie.

Si sus palabras la habían sorprendido o puesto nerviosa, Moraine no dio señales de ello.

—Especular sin disponer de hechos probados resulta peligroso —respondió, sosegada—. Si no utilizo el apellido de mi linaje no es por capricho. La casa Damodred no tenía, merecidamente, muy buena reputación antes de que Laman talara *Avendoraldera* y perdiera así su trono junto con su vida, pero desde la Guerra de Aiel fue aun peor, también merecidamente.

¿Es que no había nada que alterara a esta mujer?

—¿Qué queréis de mí? —demandó Thom, encrespado.

—Elayne y Nynaeve embarcan hoy con destino a Tanchico —informó sin pestañear siquiera ante su estallido de rabia—. Una ciudad peligrosa. Vuestros conocimientos y habilidades podrían salvarles la vida.

Así que era esto. Lo que quería era apartarlo de Rand, dejarlo desprotegido a sus manejos.

—Como bien decís, Tanchico es un lugar peligroso ahora, pero siempre lo ha sido. Les deseo lo mejor a esas jóvenes, pero no me atrae la idea de meter la cabeza en un nido de víboras. Soy demasiado viejo para esas cosas. De hecho, llevo un tiempo pensando en retirarme a una granja y llevar una vida tranquila, exenta de peligros.

—Opino que esa clase de vida os mataría. —Su tono era sin duda divertido. Las manos pequeñas y delicadas se afanaron en el arreglo de los pliegues de la falda. Thom tenía la impresión de que había agachado la cara para ocultar una sonrisa—. Tanchico en cambio no lo hará, eso os lo garantizo, y, por el Primer Juramento, sabéis que digo la verdad.

A pesar de todos sus esfuerzos por mantener el gesto impasible, el juglar la miró con el entrecejo fruncido. Lo había dicho, y no podía mentir, pero ¿cómo estaba tan segura? Sabía que Moraine no tenía el Talento de la Predicción; estaba seguro de haberla oído negar que tuviera ese don. Pero lo había dicho. «¡Condenada mujer!»

—¿Por qué habría de ir a Tanchico? —preguntó.

—¿Qué tal para proteger a Elayne, la hija de Morgase?

—Hace quince años que no he visto a Morgase. En aquel entonces, cuando me marché de Caemlyn, Elayne era una niña.

La Aes Sedai vaciló, pero su voz sonó implacablemente firme cuando habló.

—Tengo entendido que el motivo de que os marchaseis de Andor fue lo ocurrido con un sobrino vuestro llamado Owyn, creo. Uno de esos pobres necios, según vos, que son capaces de encauzar. Se suponía que las hermanas Rojas tenían que llevarlo a Tar Valon, como a cualquier varón de su clase, pero en lugar de ello lo amansaron y lo dejaron allí mismo, abandonado a merced de la... clemencia de sus vecinos.

Thom se levantó con tanta violencia que tiró la silla patas arriba, pero

tuvo que agarrarse a la mesa porque las piernas no lo sostenían. Owyn no había sobrevivido mucho después de ser amansado; lo echaron de su casa unos supuestos amigos que ni siquiera soportaban que viviera cerca de ellos un hombre que ya no podía encauzar. Nada de lo que hizo Thom evitó que a Owyn se le quitaran las ganas de vivir ni impidió que su joven esposa lo siguiera a la tumba antes de un mes.

—¿Por qué...? —Carraspeó con fuerza, intentando que su voz no sonara tan ronca—. ¿Por qué me habláis de eso?

La expresión de Moraine era compasiva y... ¿de remordimiento, tal vez? Pues claro que no. Al fin y al cabo era una Aes Sedai. Y la compasión también tenía que ser fingida.

—¡Así os ciegue la Luz! ¿Por qué? ¿Por qué?

—Si vais con Elayne y Nynaeve os daré los nombres de aquellas hermanas Rojas cuando volvamos a vernos, así como el nombre de la persona de quien recibieron las órdenes. No actuaron por cuenta propia. Y *volveremos* a vernos, porque no moriréis en Tarabon.

Inhaló entrecortada, temblorosamente.

—¿Y de qué me servirá saber sus nombres? —dijo con voz inexpresiva—. Nombres de unas Aes Sedai, protegidas con todo el poder de la Torre Blanca.

—Un diestro y peligroso participante del Juego de las Casas sabría sacarle provecho a ese conocimiento —repuso Moraine sosegadamente—. No debieron hacer lo que hicieron ni merecieron el perdón que se les otorgó.

—Dejadme solo, por favor.

—Os demostraré que no todas las Aes Sedai somos como esas Rojas, Thom. Debéis daros cuenta de ello.

—Por favor.

Permaneció de pie, apoyado en la mesa, hasta que Moraine salió del cuarto pues no quería que lo viera derrumbarse ni las lágrimas que rodaron por sus marchitas mejillas. «Oh, Luz, Owyn. —Había enterrado aquel suceso lo más profundamente posible—. No pude llegar allí a tiempo. Estaba demasiado ocupado con el maldito Juego de las Casas.» Se limpió las lágrimas a manotazos, encolerizado. Moraine sabría competir con los mejores del Juego. Hurgando de ese modo en viejas heridas que él creía cerradas y ocultas para los demás. Owyn. Elayne. La hija de Morgase. Ya sólo sentía cariño por la reina; tal vez algo más que eso, pero le costaba trabajo desentenderse de una joven que de niña había brincado en su rodilla jugando al caballito. «¿Y esa muchacha va a ir a Tanchico? Una ciudad así la devoraría incluso sin haber guerra. Ahora debe de ser un cubil de lobos rabiosos. Además, Moraine me dirá los nombres.» Lo único que tenía que hacer era dejar a Rand en manos de la Aes Sedai, igual que había hecho con Owyn. Lo tenía cogido como a una serpiente con una vara ahorquillada, que por mucho que se retorciera no tenía escapatoria. «¡Maldita mujer!»

Min metió el brazo por el asa del cestillo de bordar, se recogió las faldas con la otra mano, y abandonó el comedor después de desayunar dando pasos tan livianos que en lugar de andar parecía deslizarse, y con la espalda bien recta. Habría sido capaz de llevar una copa rebosante de vino encima de la cabeza sin derramar una sola gota. En parte se debía a que le era imposible caminar a su ritmo habitual con el vestido de seda azul pálido, con corpiño ajustado, mangas y falda tan larga que el repulgo bordado habría

Librodot

arrastrado por el suelo si no lo llevara recogido. En parte también era porque notaba los ojos de Laras clavados en su espalda.

Una ojeada hacia atrás confirmó sus sospechas. La Maestra de las Cocinas, un barrilete con patas, la contemplaba sonriendo de oreja a oreja, aprobadoramente, desde el umbral del comedor. Nadie habría dicho que aquella mujer había sido una belleza en su juventud o que en su corazón hubiese habido un hueco para jovencitas coquetas y bonitas; «Vivarachas», como las llamaba ella. ¿Quién habría sospechado que decidiría tomar bajo su firme ala a «Elmindreda»? Difícilmente podía considerarse una situación cómoda. Laras mantenía una protectora vigilancia sobre Min, y era tan estrecha que la tenía localizada en cualquier parte del recinto de la Torre. Min le devolvió la sonrisa y retocó el cabello, ahora una melena redonda de rizos. «¡Condenada mujer! ¿Es que no tiene que nada que cocinar o alguna maritornes a la que gritar?»

Laras agitó una mano, y Min respondió con un gesto igual. No podía permitirse el lujo de ofender a alguien que la tenía tan vigilada, sobre todo cuando no tenía ni idea de si estaba cometiendo pocos o muchos errores. Laras conocía hasta el último truco de las chicas «vivarachas», y esperaba enseñarle a Min cualquiera qué no supiera ya.

Mientras tomaba asiento en un banco de mármol, al pie de un alto sauce, Min pensó que lo del bordado había sido un completo error. No desde el punto de vista de Laras, sino del suyo. Sacó la labor del cestillo y examinó tristemente el trabajo del día anterior, varios bodoques torcidos de color amarillo y lo que tendría que ser un capullo de rosa amarillo pálido, aunque nadie lo adivinaría al mirarlo. Con un suspiro, se puso a deshacer las puntadas. A lo mejor Leane tenía razón; una mujer podía pasarse horas bordando y observando todo y a todos sin que a nadie le extrañara. Sin embargo, habría sido más fácil si hubiera tenido la más ligera idea de bordar.

Por lo menos hacía una mañana perfecta para estar al aire libre. El dorado sol acababa de salir por encima del horizonte en un cielo donde unas cuantas nubes algodonosas parecían colocadas a propósito para que el cuadro fuera perfecto. Una ligera brisa traía el perfume de las rosas y mecía los arbustos altos de flores rojas y blancas. Dentro de poco los paseos de grava cercanos al árbol estarían llenos de gente yendo de aquí para allí en sus quehaceres, desde Aes Sedai hasta caballerizos. Una mañana perfecta, y un sitio perfecto desde el que observar sin ser vista. A lo mejor ese día descubría algo útil.

—Elmindreda...

Min dio un brinco de sobresalto y se llevó el dedo que se había pinchado a la boca. Se giró sobre el banco, dispuesta a emprenderla contra Gawyn por acercarse a hurtadillas para sorprenderla, pero se tragó las palabras. Galad estaba con él. Más alto que Gawyn, de piernas largas, se movía con la gracia de un bailarín y la fuerza de un cuerpo esbelto y nervudo. También sus manos eran largas, elegantes a la par que fuertes. Y su rostro... Resumiendo, era el hombre más guapo que había visto en su vida.

—Dejad de chuparos el dedo —le dijo Gawyn, sonriente—. Sabemos que sois una niñita preciosa y no tenéis que demostrárnoslo.

La joven se sonrojó y bajó la mano con precipitación; contuvo a duras penas una mirada furiosa que no habría encajado en absoluto con Elmindreda. No fueron necesarias amenazas ni órdenes de la Amyrlin para

que Gawyn guardara su secreto, ya que sólo tuvo que pedírselo, pero el joven aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para tomarle el pelo.

—No está bien hacer burla, Gawyn —lo reconvino Galad—. No fue su intención ofenderos, mi señora Elmindreda. Disculpadme, pero ¿no nos hemos visto antes? Cuando mirasteis a mi hermano con esa expresión tan furiosa aunque breve, tuve la impresión de que nos conocíamos.

Min bajó los ojos recatadamente.

—Oh, jamás habría olvidado un encuentro con vos, mi señor Galad —repuso en su mejor papel de muchachita tonta. El sonido del tono remilgado y la rabia por su desliz contribuyeron a que el sonrojo aumentara, dando así más veracidad a su disfraz.

Su aspecto no tenía nada que ver con ella, y el vestido y el peinado sólo eran parte del artificio. Leane había adquirido en la ciudad cremas, polvos y un increíble surtido de cosas perfumadas y la había estado instruyendo hasta que fue capaz de utilizarlas hasta dormida. Sus pómulos estaban más marcados ahora, y el tono rojo de sus labios era más intenso que el que le había dado la naturaleza. Un líquido oscuro delineaba el borde de las pestañas, y unos finos polvos las hacían más espesas, de manera que sus ojos parecían más grandes. Nada que ver con ella. Algunas de las novicias le habían alabado, admiradas, por lo hermosa que era, e incluso algunas Aes Sedai decían que era «una hermosa criatura». Cómo lo odiaba. Admitía que el vestido era bastante bonito, pero detestaba todo lo demás. No obstante, no tenía sentido preparar un disfraz si no se tiene intención de usarlo.

—Estoy seguro de que lo recordaríais —dijo Gawyn secamente—. No era mi intención interrumpiros con vuestro bordado de... golondrinas, ¿no? ¿Golondrinas *amarillas*? —Min guardó precipitadamente la labor en el cestillo—. Pero quería pediros vuestra opinión sobre esto. —Le puso en las manos un libro pequeño encuadernado en piel, viejo y manoseado, y de repente su voz sonó muy seria—. Decidle a mi hermano que no son más que estupideces. Quizás a vos os haga caso.

Min examinó el libro. *El camino de la Luz,* de Lothair Mantelar. Lo abrió al azar y leyó: «Por lo tanto, renuncia a todo placer, pues la bondad es un concepto puramente abstracto, un ideal perfecto y cristalino que se oscurece con las emociones básicas. No cedas a la carne, que es débil, mientras que el espíritu es fuerte. La carne es inútil allí donde el espíritu demuestra su firmeza. El pensamiento puro se ahoga en las sensaciones, y el acto justo se entorpece con las pasiones. Que todo tu gozo venga de la rectitud, y sólo de ella». A su entender era una completa estupidez.

Min le sonrió a Gawyn y hasta se las compuso para soltar una risita tonta.

—Oh, son demasiadas palabras. Me temo que apenas sé nada sobre libros, mi señor Gawyn. Siempre tuve intención de leer uno... Y aún la tengo. —Suspiró—. Pero dispongo de tan poco tiempo libre... Vaya, pero si sólo arreglarme el pelo como es debido me lleva horas. ¿Os parece un peinado bonito? —La expresión de escandalizada estupefacción de Gawyn casi le hizo soltar una carcajada, pero se las arregló para convertirla en otra risita. Era una satisfacción ser ella la que le tomaba el pelo, para variar; tendría que procurar hacerlo más a menudo. Este disfraz le daba posibilidades que no había tenido en cuenta. Su estancia en la Torre se había convertido en un continuo aburrimiento, cuando no fastidio. Se merecía un poco de diversión.

—Lothair Mantelar, fundador de los Capas Blancas —dijo Gawyn con

Librodot

voz tensa—. ¡Los Capas Blancas!

—Fue un gran hombre —manifestó Galad firmemente—. Un filósofo con nobles ideales. Y eso no lo cambia el que quizá los Hijos de la Luz hayan actuado con... exceso de celo posteriormente.

—Oh, vaya, los Capas Blancas —exclamó Min con voz ahogada, y añadió con un pequeño estremecimiento—: Unos hombres muy rudos, por lo que he oído. No imagino a un Capa Blanca bailando. ¿Creéis que harán algún baile aquí? Tampoco a las Aes Sedai parece interesarles mucho el baile, y a mí me encanta. —Era delicioso ver la expresión de frustración plasmada en el semblante de Gawyn.

—No lo creo probable —contestó Galad al tiempo que le cogía el libro de las manos—. Las Aes Sedai están demasiado ocupadas con..., con sus propios asuntos. Si me entero de que se celebra algún baile adecuado en la ciudad, os escoltaré a él si lo deseáis. Podéis estar tranquila, que ninguno de esos dos brutos os molestará. —Le sonrió, inconsciente de lo que hacía, y el hecho de que Min se quedara de repente sin respiración no fue algo fingido. No debería estar permitido que los hombres tuvieran esas sonrisas.

De hecho, tuvieron que pasar unos segundos antes de que la joven recordara a qué dos brutos se refería. Eran los dos hombres que supuestamente pedían en matrimonio a Elmindreda y casi habían llegado a las manos porque ella no acababa de decidirse por el uno o el otro, y que habían llegado a presionarla hasta tal punto que tuvo que buscar refugio en la Torre; además de que ella era incapaz de dejar de coquetear y dar esperanzas a los dos. Ésa era la excusa de su estancia aquí. «Es por culpa de este vestido —pensó—. Sería capaz de pensar con sensatez si tuviera puesta mi ropa de siempre.»

—He reparado en que la Amyrlin habla con vos a diario —dijo de improviso Gawyn—. ¿Os ha mencionado a nuestra hermana Elayne? ¿O a Egwene al'Vere? ¿Ha comentado algo sobre dónde están?

Min deseó darle un buen puñetazo en el ojo. El joven ignoraba el motivo de que ella fingiera ser quien no era, claro está, pero había accedido a ayudarla a hacerse pasar por Elmindreda, y ahora la estaba relacionando con mujeres que muchos de la Torre sabían que eran amigas de una chica llamada Min.

—Oh, la Sede Amyrlin es una mujer maravillosa —dijo dulcemente al tiempo que le enseñaba los dientes al sonreír—. No deja de preguntarme si lo estoy pasando bien y siempre alaba mis vestidos. Supongo que espera que tome pronto una decisión entre Darvan y Goemal, pero me resulta imposible. —Abrió mucho los ojos, confiando en que ello le diera aspecto de una muchacha indefensa y confusa—. Los dos son tan tiernos. ¿Por quién me habéis preguntado? ¿Por vuestra hermana, mi señor Gawyn? ¿La mismísima heredera del trono? Me parece que la Sede Amyrlin nunca la ha mencionado. ¿Cómo era el otro nombre? —Podía oír perfectamente cómo rechinaban los dientes de Gawyn.

—No deberíamos molestar a la señora Elmindreda con esas cosas —intervino Galad—. Es problema nuestro, Gawyn. Nos corresponde a nosotros desvelar la mentira y ponerle remedio.

Apenas le prestó atención porque, de repente, había visto a un hombretón de largo y rizoso cabello que le llegaba a los hombros hundidos, y que deambulaba sin propósito por uno de los paseos, entre los árboles, y bajo la atenta vigilancia de una Aceptada. Había visto a Logain con

anterioridad, un hombre de rostro triste que antaño había sido jovial, siempre acompañado por una Aceptada. Ésta tenía como misión impedir que se matara, e igualmente prevenir su huida; a despecho de su corpulencia, no daba la impresión de estar tramando esto último. Pero nunca lo había visto con un halo alrededor de la cabeza, de un radiante color entre dorado y azul. Sólo duró un instante, pero fue suficiente.

Logain se había proclamado el Dragón Renacido, lo habían capturado y lo habían amansado. Fuera cual fuera la gloria alcanzada como un falso Dragón, ahora había quedado muy atrás. Lo único que permanecía era la desesperación de los amansados, como la de un hombre al que le han quitado la vista, el gusto y el oído y desea la muerte, un deseo que satisfacían inevitablemente, en pocos años, todos los hombres como él. Así pues, ¿por qué lo rodeaba aquel halo que pregonaba gloria y poder venideros? Tenía que contárselo a la Amyrlin.

—Pobre hombre —murmuró Gawyn—. No puedo evitar compadecerlo. Luz, sería un acto de misericordia dejarle que pusiera fin a su sufrimiento. ¿Por qué lo obligan a seguir viviendo?

—No merece compasión —manifestó Galad—. ¿Acaso has olvidado lo que fue y lo que hizo? ¿Cuántos miles de personas murieron antes de que lo apresaran? ¿Cuántas ciudades ardieron? Que viva, y así servirá de advertencia para otros.

Gawyn asintió aunque de mala gana.

—Sin embargo hubo hombres que lo siguieron. Y algunas de esas ciudades fueron incendiadas después de declararse partidarias suyas.

—He de irme —anunció Min mientras se levantaba del banco; de inmediato, Galad fue todo solicitud.

—Disculpadnos, mi señora Elmindreda. No era nuestra intención asustaros. Logain no puede haceros daño, os doy mi palabra.

—Yo... Sí, verlo me ha hecho sentirme indispuesta. Excusadme, pero realmente he de ir a tumbarme un rato.

La expresión de Gawyn no podía ser más escéptica, pero recogió el cesto de costura antes de que la joven tuviera tiempo de tocarlo.

—Al menos dejadme que os acompañe un trecho —dijo, y la voz rezumaba fingida preocupación—. El cesto ha de ser demasiado pesado para vos, estando tan mareada. No querría que os desmayaseis.

A Min le habría gustado arrebatarle él cesto de un tirón y darle un buen golpe con él, pero ésa no sería una reacción propia de Elmindreda.

—Oh, gracias, mi señor Gawyn. Sois muy amable. Muy amable. No, no, mi señor Galad, no quisiera molestaros a los dos. Sentaos aquí y leed vuestro libro. Prometedme que lo haréis o no podré soportarlo. —Incluso pestañeó con cierta coquetería.

Se las compuso para que Galad se acomodara en el banco de mármol y dejarlo allí, aunque no pudo quitarse de encima a Gawyn. Eran exasperantes las largas faldas; habría querido recogerlas hasta las rodillas y echar a correr, pero Elmindreda jamás correría ni mostraría tanto las piernas a no ser bailando. Laras la había sermoneado duramente a ese respecto; con que echara a correr una sola vez mandaría completamente al traste la imagen de Elmindreda. ¡Y Gawyn...!

—Dame ese cesto, cretino con cerebro de mosquito —gruñó tan pronto como perdieron de vista a Galad, y se lo arrebató bruscamente sin darle tiempo a protestar—. ¿A santo de qué me preguntaste por Elayne y Egwene

delante de él? Elmindreda no las conoce ni le importan un rábano. ¡Elmindreda no quiere que se la relacione con ellas! ¿Es que no lo entiendes?

—No. No, porque no quisiste explicármelo. Pero lo lamento. —En su voz no había bastante arrepentimiento para complacer a Min—. Lo que ocurre es que estoy muy preocupado. ¿Dónde están? Las noticias que llegan río arriba sobre un falso Dragón en Tear no contribuyen precisamente a tranquilizarme. Están ahí fuera, en alguna parte, la Luz sabe dónde, y no dejo de preguntarme ¿y si se encuentran en medio de una conflagración semejante a la desatada por Logain en Ghealdan?

—¿Y si no es un falso Dragón? —inquirió con cautela.

—¿Te refieres a los cuentos que corren por las calles acerca de que ha tomado la Ciudadela de Tear? Los rumores siempre encuentran el modo de exagerar los acontecimientos reales. Lo creeré cuando lo vea, y, en cualquier caso, hará falta algo más para convencerme. No me bastaría siquiera que la Ciudadela hubiera caído. Luz, en realidad no creo que Elayne y Egwene se encuentren en Tear, pero esta falta de información no me deja vivir. Si le ocurre algo...

Min no sabía a cuál de ellas se refería, y sospechaba que tampoco él lo tenía muy claro. A pesar de su costumbre de tomarle el pelo, se sintió conmovida por su preocupación, pero ella no podía hacer nada para tranquilizarlo.

—Si fueras capaz de hacer caso a lo que te vengo repitiendo...

—Ya. ¡Que confíe en la Amyrlin! ¡Que confíe! —exhaló larga y lentamente—. ¿Sabes que Galad ha estado bebiendo en las tabernas con Capas Blancas? Cualquiera puede cruzar los puentes si viene en son de paz, incluso los malditos Hijos de la Luz.

—¿Galad? —repitió con incredulidad—. ¿En tabernas? ¿Y bebiendo?

—Sólo una o dos copas, estoy seguro. No se permitiría salirse de sus normas más allá, ni siquiera el día de su onomástica. —Gawyn frunció el entrecejo como si se planteara si este comentario podría conllevar una crítica a Galad—. La cuestión es que está hablando con Capas Blancas. Y conozco ese libro. De acuerdo con la dedicatoria se lo ha entregado el propio Elmon Valda. «Con la esperanza de que encontréis el camino.» Valda, Min. El hombre que está al mando de los Capas Blancas al otro lado de los puentes. La falta de información también reconcome a Galad. Y está prestando oídos a esos individuos. Si algo le ocurriera a nuestra hermana o a Egwene... —Sacudió la cabeza—. ¿Sabes dónde están, Min? ¿Me lo dirías si lo supieras? ¿Por qué te escondes aquí?

—Porque volví locos a dos hombres con mi belleza y soy incapaz de decidirme por uno u otro —respondió con acritud.

El joven soltó una corta y seca risa que enmascaró con una mueca.

—Bueno, eso sí que lo creo. —Rió bajito y pasó suavemente el índice bajo la barbilla de Min—. Eres una muchachita muy hermosa, Elmindreda. Una niñita guapa y muy lista.

Min le soltó un puñetazo dirigido al ojo, pero el joven hizo un ágil y rápido movimiento hacia atrás mientras que ella tropezaba con las largas faldas, a punto de irse de bruces al suelo.

—¡Pedazo de buey, cabeza hueca! —gruñó.

—Qué gracilidad de movimientos, Elmindreda —rió—. Qué dulzura de voz, como el trino de un ruiseñor o el arrullo de una paloma al atardecer. ¿Qué hombre no quedaría prendado al poner sus ojos en Elmindreda? —El

timbre jocoso desapareció de su voz y la miró con gran seriedad—. Si te enteras de algo, infórmame, por favor. ¿Lo harás? Te lo pediré de rodillas si es necesario, Min.

—Te lo diré —contestó. «Si puedo. Si con ello no las pongo en peligro. Luz, cómo odio este sitio. ¿Por qué no puedo volver junto a Rand, sin más?»

Dejó allí a Gawyn y entró sola en la Torre propiamente dicha, ojo avizor a la aparición de alguna Aes Sedai o Aceptada que podría extrañarse de verla en los pisos altos y preguntarle adónde iba. La información sobre Logain era demasiado importante para esperar hasta que la Amyrlin se hiciera la encontradiza con ella en algún momento a última hora de la tarde, como era habitual. Ésa era la razón que se daba a sí misma, al menos. La impaciencia la consumía y amenazaba con salirle por los poros.

Por suerte sólo vio unas pocas Aes Sedai a lo lejos, girando una esquina o entrando en algún cuarto. Nadie se presentaba en los aposentos de la Sede Amyrlin para hacer una simple visita. Las contadas criadas con las que se cruzó, todas ellas afanadas en sus tareas, no le preguntaron nada, por supuesto, y tampoco la miraron más de dos veces salvo para hacer una breve reverencia casi sin detenerse.

Cuando empujó la puerta del estudio de la Amyrlin llevaba preparada una tonta excusa en caso de que hubiera alguien más con Leane, pero la antesala estaba vacía. Se acercó presurosa a las puertas interiores y asomó la cabeza por ellas. La Amyrlin y la Guardiana se hallaban sentadas a cada lado de la mesa, que estaba cubierta de pequeñas tiras de fino papel. Giraron las cabezas velozmente en su dirección, con unas miradas tan afiladas como cuchillas.

—¿Qué haces aquí? —espetó la Amyrlin—. Se supone que eres una muchacha necia que ha pedido refugio, no una amiga de mi infancia. No tiene que haber contacto entre nosotras que no sea casual, de pasada. Si es preciso haré que Laras te tenga vigilada como una niñera a un bebé. Eso le gustaría mucho, creo, pero dudo que a ti te ocurriera lo mismo.

Min se estremeció al pensarlo. De repente el asunto de Logain no le pareció tan urgente; era improbable, por no decir imposible, que alcanzara poca ni mucha gloria en los próximos días. Empero, él no era realmente la razón por la que había venido, sino una excusa, y ahora no podía volverse atrás. Cerró la puerta tras ella, y explicó entre balbuceos lo que había visto y su significado. Todavía no se sentía cómoda hablando de su don delante de Leane.

—Otra preocupación más. —La Amyrlin sacudió la cabeza con gesto de cansancio—. La hambruna en Cairhien. Una hermana desaparecida en Tarabon. Los ataques de trollocs incrementándose de nuevo en las Tierras Fronterizas. Ese necio que se hace llamar el Profeta provocando disturbios en Ghealdan, al parecer predicando que el Dragón ha reencarnado en un lord shienariano —enumeró con incredulidad—. Hasta las cosas más insignificantes son malas. La guerra en Arad Doman ha cortado el comercio con Saldaea, y las estrecheces están causando desasosiego en Maradon. Hasta es posible que Tenobia pierda el trono por ello. Las únicas noticias buenas que he tenido son que la Llaga ha retrocedido por alguna razón. Una franja verde de casi cuatro kilómetros más allá de las marcas fronterizas sin el más leve rastro de corrupción o pestilencia, desde Saldaea hasta Shienar. Que se recuerde, es la primera vez que ocurre tal cosa. Pero supongo que las buenas noticias tienen que compensarse con las malas. Cuando una barca

Librodot

tiene una vía de agua, seguro que no será la única. Ojalá hubiera un ten con ten. Leane, ordenad que se refuerce la vigilancia a Logain. No veo qué problema podría causar ahora, pero no quiero descubrirlo. —Volvió aquellos penetrantes ojos azules hacia Min—. ¿Por qué viniste revoloteando aquí arriba como una gaviota espantada para traer una noticia así? Lo de Logain podría haber esperado, ya que no es muy probable que alcance gloria y poder antes de la puesta de sol.

Las palabras que eran casi un eco de lo que pensaba ella consiguieron que Min rebullera con inquietud.

—Lo sé —respondió. Las cejas de Leane se enarcaron en un gesto admonitorio, y se apresuró a añadir—: Madre. —La Guardiana asintió aprobadoramente.

—Eso no es una respuesta, muchacha —dijo Siuan.

—Madre, nada de lo que he visto desde el primer día ha sido importante —empezó Min, sacando fuerzas de flaqueza—. Desde luego no he vislumbrado nada que apunte al Ajah Negro. —Pronunciar aquel nombre todavía le daba frío—. Os he contado todo lo que sé sobre cualquier desastre al que las Aes Sedai vais a enfrentaros, y todo lo demás es inútil. —Tuvo que hacer un alto y tragar saliva ante la penetrante mirada de la Amyrlin—. Madre, no hay razón para que me quede y sí para que me marche. Quizá Rand podría sacar verdadero provecho de mis habilidades. Si es que es cierto que ha tomado la Ciudadela… Madre, podría necesitarme. —«¡Al menos yo sí lo necesito a él, así me abrase por ser una necia!»

La Guardiana se estremeció ante la mención del nombre de Rand. Siuan, por otro lado, resopló con desdén.

—Tus visiones han sido muy útiles. Es importante saber lo de Logain. Has descubierto al mozo de cuadra que estaba robando antes de que las sospechas recayeran en cualquier otra persona. ¡Y qué me dices de esa novicia pelirroja que iba a quedarse embarazada…! Sheriam se ocupó de que no pasara tal cosa, y esa chica no volverá a pensar en los hombres hasta que haya acabado su entrenamiento, pero de no ser por ti no lo habríamos sabido hasta que hubiera sido demasiado tarde. No, no puedes irte. Antes o después tus visiones me dibujarán una carta de navegación que conduzca al Ajah Negro, pero hasta entonces pagan de sobra tu pasaje.

Min suspiró y no sólo porque la Amyrlin tuviera intención de retenerla allí. La última vez que había visto a la novicia pelirroja fue cuando la chica se escabullía a escondidas hacia una zona boscosa del recinto acompañada por un musculoso guardia. Estarían casados quizás antes del final de verano; Min lo supo tan pronto como los vio juntos, a pesar de que a una novicia jamás se le había permitido marcharse hasta que la Torre lo decidía así, aun en el caso de una mujer que no podía adelantar más en su entrenamiento. Había una granja en el futuro de la pareja, y un montón de chiquillos, pero no tenía sentido decirle tal cosa a la Amyrlin.

—¿Podríais al menos hacer saber a Gawyn y Galad que su hermana y Egwene se encuentran bien, madre? —Le fastidiaba tener que pedirlo, y su tono de voz lo hacía patente. Parecía una niña que suplica una galleta cuando le han negado un trozo de tarta—. Por lo menos contadles algo más que esa historia ridícula de que están castigadas trabajando en una granja.

—Te he dicho que eso no es de tu incumbencia. No me obligues a tener que repetírtelo.

—Tampoco ellos se han tragado esa historia —manifestó Min antes de

que la hiciera enmudecer la seca sonrisa de la Amyrlin; una sonrisa en la que no había asomo de regocijo.

—Así que sugieres que cambie la versión sobre el sitio donde se supone que están, ¿no? ¿Después de que todo el mundo da por hecho que se encuentran en una granja? ¿No crees que tal cosa haría enarcarse más de una ceja? Todos aceptan la historia salvo esos dos chicos. Y tú. En fin, Coulin Gaidin tendrá que hacerlos trabajar mucho más duro. Los músculos doloridos y sudar un poco más de la cuenta es suficiente para que a la mayoría de los hombres se les vaya de la cabeza cualquier idea peregrina. Y lo mismo ocurre con las mujeres. Haces demasiadas preguntas, y he decidido comprobar qué resultado tienen contigo unos cuantos días restregando ollas en las cocinas. Prefiero prescindir de tus servicios durante dos o tres días a que estés metiendo la nariz donde no debes.

—Ni siquiera sabéis si están en peligro, ¿verdad? Ni ellas ni Moraine. —En realidad no estaba pensando en la Aes Sedai.

—Muchacha —dijo Leane en tono admonitorio, pero Min no pensaba pararse ahora.

—¿Por qué no se han recibido noticias? Los rumores llegaron aquí hace dos días. ¡Dos días! ¿Por qué ninguna de esas tiras de papel que hay sobre vuestra mesa contiene un mensaje de ella? ¿Es que no dispone de palomas? Creía que las Aes Sedai tenían gente con palomas mensajeras repartida por todas partes. Si no hay alguien así en Tear, debería haberlo. Por otro lado, un jinete habría llegado a Tar Valon a estas alturas. ¿Por qué...?

El seco palmetazo de Siuan sobre el tablero de la mesa la hizo callar.

—Obedeces con una prontitud encomiable —comentó irónicamente—. Muchacha, hasta que no nos informen de lo contrario, da por sentado que ese joven se encuentra bien. Reza para que sea así. —Leane volvió a estremecerse—. En el Maule hay un dicho —continuó la Amyrlin—. «No hurgues en un problema mientras no sea problema para ti.» Tenlo muy presente, muchacha.

Sonó una tímida llamada a la puerta.

La Amyrlin y la Guardiana intercambiaron una mirada; después los dos pares de ojos se volvieron hacia Min. Su presencia representaba un problema. No había ningún sitio donde pudiera esconderse; hasta el balcón era claramente visible desde el interior de la estancia.

—¿Ves por qué no deberías estar aquí? —rezongó Siuan—. Tu imprudencia no te hace mucho mejor que la necia jovencita que se supone que eres. Leane, id a abrir. —La Guardiana y ella se incorporaron al mismo tiempo, y Siuan rodeó la mesa mientras Leane se dirigía a la puerta—. Toma asiento en esa silla, muchacha. Vamos, muévete. Bien, ahora asume una expresión enfurruñada. ¡Furiosa no, enfurruñada! Frunce los labios y mira fijamente el suelo. Tal vez te haga llevar cintas en el cabello, enormes lazos rojos, sí. Preparada, Leane. —La Amyrlin se puso en jarras y levantó la voz—. Y si vuelves a presentarte aquí así, sin antes anunciarte, muchacha, te...

Leane abrió la puerta y se encontró con una oscura novicia que se encogió ante la iracunda diatriba de Siuan; después hizo una profunda reverencia.

—Mensajes para la Amyrlin, Aes Sedai —anunció la muchacha con lo que semejaba un graznido—. Han llegado dos palomas al sobrado. —Era una de las que le habían alabado su hermosura a Min e intentó echar una ojeada a lo que ocurría detrás de la Guardiana.

Librodot

—Esto no te concierne, muchacha —dijo Leane en tono cortante mientras cogía los pequeños cilindros de hueso que la chica llevaba en la mano—. Regresa al palomar. —Antes de que la novicia se hubiera erguido, cerró la puerta y se recostó en ella soltando un suspiro—. Me sobresalta cualquier ruido desde que me dijisteis... —Recobró la compostura y regresó a la mesa—. Otros dos mensajes, madre. ¿Queréis que...?

—Sí, abridlos —ordenó la Amyrlin—. Será que Morgase ha decidido invadir Cairhien después de todo. O que los trollocs han lanzado un ataque en masa a las Tierras Fronterizas. Cualquiera de las dos cosas estaría en consonancia con el resto.

Min siguió sentada, sin hablar; Siuan había sido muy convincente con aquellas amenazas.

Leane examinó el sello de cera roja que había en el extremo de los pequeños cilindros, no mayor que la articulación de uno de sus dedos, y después de comprobar que nadie lo había manipulado lo rompió con la uña de pulgar. Extrajo el papel enrollado que había dentro con un fino palillo de marfil.

—Algo casi tan malo como lo de los trollocs, madre —anunció tan pronto como empezó a leer—. Mazrim Taim ha escapado.

—¡Luz! —exclamó Siuan—. ¿Cómo?

—Aquí sólo dice que se lo llevaron a hurtadillas al amparo de la noche, madre. Dos hermanas han muerto.

—Que la Luz ilumine sus almas. Pero no tenemos tiempo para llorar a los muertos cuando alguien como Taim sigue vivo y sin amansar. ¿Dónde fue, Leane?

—En Denhuir, madre. Un pueblo situado al este de la Colinas Negras, en la calzada de Maradon, más arriba de las cabeceras del Antaeo y el Luan.

—Tienen que haber sido algunos de sus seguidores. Necios. ¿Por qué no admiten que han sido derrotados? Elegid a una docena de hermanas de confianza, Leane... —La Amyrlin torció el gesto—. De confianza —rezongó—, Si supiera quién es más de fiar que un cazón no tendría los problemas que ahora tengo. Hacedlo lo mejor que podáis, Leane. Una docena de hermanas y quinientos guardias. No, mejor que sean mil.

—Madre —empezó la Guardiana, preocupada—. Los Capas Blancas...

—No intentarían cruzar los puentes aunque los dejara completamente desguarnecidos. Sospecharían que era una trampa. No hay modo de saber qué ocurre exactamente allí arriba, y deseo que quienquiera que sea a quien envíe esté preparado para cualquier cosa. Y, Leane... Mazrim Taim ha de ser amansado tan pronto como se lo vuelva a capturar.

Los ojos de la Guardiana se desorbitaron por la impresión.

—Pero, la ley...

—Conozco la ley tan bien como vos, pero no correré el riesgo de tenerlo libre nuevamente sin que esté amansado. No me arriesgaré a tener otro Guaire Amalasan, encima de todo lo demás.

—Sí, madre —contestó Leane débilmente.

La Amyrlin cogió el segundo cilindro y lo partió en dos con un seco chasquido; sacó el mensaje.

—Por fin buenas noticias —exclamó aliviada, y una sonrisa le iluminó el rostro—. Buenas noticias. «La honda ha sido utilizada. El pastor blande la espada.»

—¿Rand? —preguntó Min, a lo que Siuan asintió.

—Por supuesto, muchacha. La Ciudadela ha caído. Rand al'Thor, el pastor, tiene en su poder a *Callandor.* Ahora podemos movernos. Leane, quiero que se convoque a la Antecámara de la Torre esta tarde. No, mejor esta mañana.

—No entiendo —dijo Min—. Sabíais que los rumores se referían a Rand. Entonces ¿por qué convocáis ahora a la Antecámara? ¿Qué podéis hacer ahora que no pudierais hacer antes?

Siuan se echó a reír como una chiquilla.

—Lo que puedo hacer ahora es decirles abiertamente que a través de una Aes Sedai he recibido la noticia de que la Ciudadela de Tear ha caído y que un hombre ha empuñado a *Callandor.* La profecía se ha cumplido. Suficiente para mi propósito, al menos. El Dragón ha renacido. Se encogerán de miedo, discutirán, pero ninguna puede oponerse a mi declaración de que la Torre debe guiar a ese hombre. Por fin puedo involucrarme con él abiertamente. En casi todo.

—¿Estamos haciendo lo correcto, madre? —dijo bruscamente Leane—. Lo sé... Si tiene a *Callandor,* debe de ser el Dragón Renacido, pero puede encauzar, madre. Un hombre capaz de encauzar. Sólo lo vi una vez, pero incluso entonces había algo extraño en él, algo más que ser *ta'veren.* Madre, si se piensa, ¿qué diferencia hay entre él y Taim?

—La diferencia está en que *es* el Dragón Renacido, hija —respondió la Amyrlin en voz queda—. Taim es un lobo, y quizás un lobo rabioso. Rand al'Thor es el sabueso que utilizaremos para derrotar a la Sombra. Mantened su nombre en secreto, Leane. Más vale no revelar demasiado antes de tiempo.

—Como ordenéis, madre —asintió la Guardiana, pero su inquietud no había menguado.

—Poneos a ello. Quiero que la Antecámara se haya reunido dentro de una hora. —Siuan observó pensativamente a la alta mujer mientras ésta se marchaba—. Puede que haya más resistencia de la que sería de mi agrado —musitó cuando la puerta se cerró tras ella.

—¿Queréis decir que...? —Min la miraba de hito en hito.

—Oh, nada serio, muchacha. No mientras ignoren desde cuándo estoy involucrada con el chico al'Thor. —Leyó de nuevo la tira de papel, y después la soltó sobre la mesa—. Ojalá Moraine hubiera sido más explícita.

—¿Por qué no dice nada más? ¿Y por qué no hemos sabido nada de ella antes?

—Más preguntas sin respuesta. Tendrás que hacérselas a Moraine. Siempre ha sido de las que hacen las cosas a su modo. Pregúntale a ella, muchacha.

Sahra Covenry empleaba la azada de manera irregular, mirando, ceñuda, los pequeños brotes de malas hierbas que asomaban entre las filas de coles y remolachas. No es que la señora Elward fuera muy exigente en el cumplimiento de sus tareas —no era más severa que su propia madre, y desde luego mucho menos que Sheriam— pero Sahra no había ido a la Torre Blanca para acabar otra vez en una granja cultivando verduras cuando el sol apenas había salido. Su blanco vestido de novicia estaba guardado; ahora llevaba puesto uno de lana marrón que podría haber cosido su madre, con la falda remangada hasta las rodillas para que no arrastrara por la tierra. Qué injusto era todo. No había hecho nada para merecer este castigo.

Hundió los dedos de los pies descalzos en la tierra removida y miró con ferocidad a las rebeldes malas hierbas; encauzó con intención de abrasarlas. Saltaron chispas alrededor de la mata, que se marchitó. Arrancó la planta precipitadamente y arrinconó lo ocurrido en su mente. Si había justicia en el mundo, lord Galad pasaría por la granja mientras iba de caza.

Apoyada en la azada, empezó a soñar despierta con que curaba las heridas que Galad había sufrido al caer del caballo —no por su culpa, naturalmente; era un fabuloso jinete—, y después el apuesto joven la subía al caballo delante de él y manifestaba que sería su Guardián —entraría en el Ajah Verde, por supuesto— y...

—¿Sahra Covenry?

La muchacha dio un brinco al escuchar la seca voz, pero no era la señora Elward. Hizo una reverencia lo mejor que supo considerando que llevaba las faldas recogidas.

—Buen día tengáis, Aes Sedai. ¿Habéis venido para llevarme de vuelta a la Torre?

La Aes Sedai se acercó más sin preocuparse de que el repulgo del vestido arrastrara sobre la tierra de la huerta. A pesar del calor de esa mañana estival, llevaba puesta una capa con el embozo echado de manera que dejaba su rostro en sombras.

—Justo antes de que abandonaras la Torre, llevaste a una mujer a presencia de la Sede Amyrlin. Una mujer que dijo llamarse Elmindreda.

—Sí, Aes Sedai —respondió Sahra con un ligero timbre de interrogación en la voz. No le había gustado el modo en que había dicho eso, como si se hubiera marchado de la Torre para siempre.

—Cuéntame todo cuanto viste y oíste, muchacha, desde el momento en que te encargaste de conducir a esa mujer. Todo.

—Pero no oí nada, Aes Sedai. La Guardiana me mandó marcharme tan pronto como... —Un espantoso dolor la atenazó, haciendo que hundiera los pies en la tierra y que su espalda se arqueara; el espasmo duró sólo unos segundos, pero le pareció una eternidad. Jadeando para coger aire, cayó en la cuenta de que tenía la mejilla pegada contra el suelo, y que sus dedos, todavía temblorosos, se clavaban en la tierra removida. No recordaba haber caído. Veía el cesto de la colada de la señora Elward tirado de costado, cerca de la casa de piedra, la ropa blanca, húmeda, desparramada en un montón. En su aturdimiento pensó que aquello era raro; Moria Elward jamás dejaría tirada la colada de ese modo.

—Todo, muchacha —repitió fríamente la Aes Sedai. Estaba de pie junto a Sahra, sin hacer el menor gesto para ayudarla. Le había hecho daño; y se suponía que no debía ocurrir algo así—. Cada persona que habló con Elmindreda, cada palabra que dijo, cada matiz y cada gesto.

—Habló con lord Gawyn, Aes Sedai —sollozó Sahra—. Es todo lo que sé, Aes Sedai. Todo. —Su llanto se volvió desconsolado, pues estaba segura de que no era suficiente para satisfacer a aquella mujer. Y tenía razón. Estuvo gritando sin parar un buen rato; y, cuando la Aes Sedai se marchó, el silencio envolvía a la granja salvo por el piar de las gallinas. Ningún otro ruido; ni siquiera el de una respiración.

Librodot

CAPÍTULO 18

Por los atajos

Perrin dejó de abotonarse la chaqueta y miró el hacha, todavía asegurada a la pared, tal como la había dejado desde que la sacó de la puerta. No le gustaba la idea de llevar el arma otra vez, pero aun así desató el cinturón de la percha y se lo ciñó alrededor de la cintura. El martillo lo ató a las alforjas, llenas ya a reventar. Después de echarse al hombro la manta enrollada y las alforjas, cogió la aljaba llena de flechas y el arco largo que había en un rincón del cuarto.

El sol saliente arrojaba calor y luz a través de las angostas ventanas. La cama deshecha era la única prueba de que había habido alguien allí. De hecho, la habitación había perdido su aire personal; incluso parecía oler a vacía a pesar del efluvio corporal impregnado en las sábanas. Nunca se había quedado en ningún sitio el tiempo suficiente para considerarlo como algo más que un lugar de paso que no tardaría en abandonar. Nunca el tiempo suficiente para echar raíces ni hacer de ese sitio algo parecido a un hogar. «Bueno, ahora vuelvo a casa.»

Dio la espalda a la habitación ya desocupada y salió.

Gaul se incorporó ágilmente de donde había estado en cuclillas contra la pared, debajo de un tapiz que representaba unos hombres a caballo cazando leones. Llevaba encima todas sus armas, además de dos cantimploras de cuero, una manta enrollada y un pequeño puchero, todo ello colgado en bandolera a la espalda, junto al estuche de cuero repujado que guardaba su arco. Estaba solo.

—¿Y los otros? —preguntó Perrin, a lo que Gaul sacudió la cabeza.

—Demasiado lejos de la Tierra de los Tres Pliegues. Te lo advertí, Perrin. Estas tierras vuestras son demasiado húmedas; en vez de aire parece que uno respira agua. Y hay demasiada gente, toda demasiado junta. Han visto lugares extraños más que de sobra.

—Entiendo —respondió Perrin, aunque lo que comprendía realmente era que, después de todo, no habría rescate, ninguna compañía Aiel que expulsara de Dos Ríos a los Capas Blancas. Pero ocultó su decepción. Era duro, después de pensar que había escapado a su suerte, pero no podía decir que no se había preparado para la otra alternativa. No tenía sentido llorar cuando el hierro se quebraba; lo que uno hacía era volver a forjarlo—. ¿Tuviste algún problema para hacer lo que te encargué?

—Ninguno. Le dije a un teariano que llevara todo lo que querías al establo de la Puerta del Muro del Dragón y que no le dijera una palabra a nadie; se habrán visto allí, pero pensarán que las cosas son para mí, y guardarán silencio. Da la sensación de que la Pared del Dragón, la Columna Vertebral del Mundo como decís vosotros, está ahí al lado, en vez de a cien leguas o más de distancia. —El Aiel vaciló—. La chica y el Ogier no han

hecho ningún secreto de sus preparativos para la marcha, Perrin. Ella ha estado intentando encontrar al juglar y contándole a todo el mundo que va a viajar por los Atajos.

Perrin se rascó la barba y respiró sonoramente, casi un gemido.

—Si consigue que Moraine me descubra, juro que no podrá sentarse durante una semana.

—Es muy hábil con esos cuchillos —comentó Gaul con un tono inexpresivo.

—No lo bastante. No si me ha descubierto. —Perrin vaciló. Ninguna compañía Aiel. La horca seguía esperándolo—. Gaul, si algo me ocurriera, si te digo que lo hagas, llévate lejos a Faile. Puede que no quiera marcharse, pero llévatela de todos modos. Sácala de Dos Ríos y ponla a salvo. ¿Me lo prometes?

—Haré cuanto esté en mi mano, Perrin. Lo juro por la deuda de sangre que tengo contigo. —Se advertía incertidumbre en la voz de Gaul, pero Perrin dudaba que los cuchillos de Faile fueran la razón de la inquietud del Aiel.

Fueron por los pasillos más retirados y las angostas escaleras utilizadas por el servicio. Perrin pensaba que era una pena que los tearianos no tuvieran corredores destinados también a los criados. Aun así, ni siquiera los amplios pasillos, con sus lámparas doradas y ornamentadas colgaduras, estaban concurridos. Vieron muy pocas personas, entre las que no había ningún noble.

Hizo un comentario sobre esa ausencia.

—Rand al'Thor los ha convocado en el Corazón de la Ciudadela —dijo Gaul.

Perrin se limitó a asentir con un gruñido, pero confiaba en que Moraine se encontrara entre los convocados. Se preguntó si éste sería el modo en que Rand lo ayudaba a escapar de la Aes Sedai. Fuera por la razón que fuera, se alegraba de contar con tal ventaja.

Salieron del último y estrecho hueco de escalera a la planta baja de la Ciudadela, donde los cavernosos pasadizos, anchos como calzadas, conducían a las puertas exteriores. Allí no había colgaduras ni tapices. Unas lámparas de hierro negro, sobre soportes también de hierro instalados en lo alto de las paredes, iluminaban las galerías carentes de ventanas; el suelo estaba pavimentado con grandes e irregulares piedras sin desbastar, adecuadas para resistir el continuo desgaste de los cascos herrados de los caballos. Perrin apretó el paso hasta convertirlo en un trote; los establos se veían al final del enorme túnel, así como la propia Puerta del Muro del Dragón, abierta justo detrás y con sólo un puñado de Defensores guardándola. Moraine no podía interceptarlos ya, a no ser que tuvieran muy mala suerte.

La puerta del establo, un arco de quince pasos de anchura, estaba abierta. Perrin cruzó el umbral y se detuvo.

El aire estaba cargado del olor a heno y paja mezclado con el de trigo y avena, cuero y estiércol de caballo. Las cuadras, ocupadas con los corceles tearianos muy valorados en todas partes, se alineaban a lo largo de las paredes y en filas interiores que ocupaban el amplio espacio interior. Había docenas de mozos de cuadra en plena faena limpiando pesebres, cepillando animales y arreglando arreos. Sin dejar de trabajar, uno u otro echaba una ojeada de vez en cuando hacia donde estaban Faile y Loial, vestidos con ropas y calzado de viaje. Y junto a ellos, Bain y Chiad, equipadas como Gaul

con armas, mantas, cantimploras y pucheros.

—¿Son ellas la razón de que sólo dijeras que harías cuanto estaba en tu mano? —preguntó Perrin en voz baja.

—Haré lo que pueda, pero ellas se pondrán de su parte. —Gaul se encogió de hombros—. Chiad es Goshien.

—¿Y que sea de ese clan influye en algo?

—Entre su clan y el mío existe una rencilla hereditaria, y no soy precisamente una hermana de lanza para ella. Aunque quizá los juramentos de agua la contengan. No bailaré la danza de las lanzas con ella a menos que lo provoque.

Perrin sacudió la cabeza. Extraño pueblo. ¿Qué serían los juramentos de agua?

—¿Por qué están con ella? —preguntó en cambio.

—Según Bain, quieren conocer más tierras vuestras, pero creo que lo que les fascina es la disputa entre Faile y tú. Les cae bien, y cuando supieron lo del viaje decidieron ir con ella en lugar de contigo.

—Bueno, mientras le impidan meterse en líos. —Le sorprendió que Gaul echara la cabeza hacia atrás y prorrumpiera en carcajadas, cosa que le hizo rascarse la barba con preocupación.

Loial se encaminó hacia ellos agitando las largas cejas ansiosamente. Los bolsillos de su chaqueta estaban muy abultados, como siempre que emprendía viaje, principalmente con las formas angulares de libros. Por lo menos la cojera no era tan pronunciada.

—Faile se está impacientando, Perrin. Presumo que dará la orden de partir en cualquier momento. Por favor, date prisa. Ni siquiera podrías encontrar la puerta a los Atajos sin mi ayuda. Cosa que desde luego no deberías intentar. Vosotros, los humanos, me causáis tales sobresaltos que apenas si soy capaz de encontrar mi propia cabeza. Apresúrate, por favor.

—No voy a dejarlo en la estacada —gritó Faile—. Aunque sea tan testarudo y tan necio como para no pedir un simple favor. Si insiste en esa postura, podrá seguirme como un cachorrillo perdido. Prometo rascarle las orejas y cuidar de él. —Las Aiel se doblaban de la risa.

Inesperadamente, Gaul saltó hacia arriba mientras pateaba el aire, a más de metro y medio del suelo, al tiempo que hacía girar una de sus lanzas.

—Os seguiremos como pumas al acecho —gritó—. Como lobos a la caza. —Aterrizó ligera, ágilmente. Loial lo miraba boquiabierto.

Por otro lado, Bain se peinó el corto y rojizo cabello con los dedos.

—Tengo una bonita piel de lobo para mi cama en el dominio —le comentó a Chiad con actitud aburrida—. A los lobos se los caza más fácilmente.

Un gruñido profundo retumbó en la garganta de Perrin y atrajo las miradas de las dos mujeres hacia él. Bain parecía a punto de añadir algo, pero frunció el ceño al reparar en sus ojos amarillos y guardó silencio, no asustada pero sí repentinamente cautelosa.

—Este cachorro no está aún bien adiestrado —confesó Faile a las Aiel.

Perrin rehusó mirarla y en lugar de ello se dirigió a la cuadra donde estaba su semental pardo, con una alzada igual a la de cualquiera de los animales tearianos, pero más ancho de pecho y lomo. Despidió con un ademán al mozo y se ocupó él mismo de embridarlo y sacarlo de la cuadra. Los mozos lo habían hecho caminar, por supuesto, pero el animal había estado encerrado el tiempo suficiente para que cabrioleara con el paso vivo e

Librodot

impaciente que había motivado el nombre que Perrin le había puesto. El joven lo tranquilizó con la seguridad del hombre que ha herrado muchos caballos. No tuvo el menor problema para cinchar la silla de arzones altos ni para sujetar detrás las alforjas y la manta enrollada.

Gaul lo observaba con gesto impasible. No montaba a caballo a menos que no le quedara más remedio, y entonces no daba un solo paso más de lo absolutamente necesario. Pasaba igual con todos los Aiel, y Perrin no entendía el motivo. Orgullo, quizá, de su destreza para correr largas distancias. Los Aiel hacían que pareciera algo más que eso, pero el joven sospechaba que ninguno de ellos habría sido capaz de explicarlo.

Había que preparar también al caballo de carga, por supuesto, pero la tarea apenas llevó tiempo ya que todo lo que Gaul había encargado se encontraba apilado en un ordenado montón. Víveres y odres de agua. Avena para los caballos. No había disponible nada de esto en los Atajos. Y unas cuantas cosas más, como trabas para atar las patas de las monturas, algunos remedios para los caballos por si acaso, yesqueros de repuesto, y cosas por el estilo. La mayoría del espacio de los cuévanos de mimbre iba ocupado con cantimploras de cuero semejantes a las que los Aiel utilizaban para agua, sólo que más grandes y llenas de aceite de lámparas. Los preparativos terminaron una vez que las linternas, montadas en largos palos, estuvieron atadas junto con lo demás.

Perrin metió el arco bajo la cincha de la silla, cogió el ronzal del animal de carga, y montó a *Brioso.* Y tuvo que esperar, hirviendo de rabia por dentro.

Loial ya estaba montado en un enorme caballo cernejudo, varios palmos más alto que cualquiera de los animales que había en el establo, aunque las largas piernas del Ogier, colgando a sus costados, lo reducían casi al tamaño de un poni. Hubo un tiempo en que Loial se había mostrado tan reacio a montar como los Aiel, pero ahora parecía sentirse en casa a lomos del caballo. Fue Faile la que se tomó las cosas con calma, examinando su montura como si jamás hubiera visto a la negra y lustrosa yegua, a pesar de que Perrin sabía que había probado al animal antes de comprarlo, poco después de que llegaran a la Ciudadela. La yegua, llamada *Golondrina,* era un estupendo animal de la cría caballar teariana, con finos tobillos y cuello arqueado, de temperamento fogoso y estampa de ser veloz y resistente por igual, aunque estaba herrada demasiado livianamente para el gusto de Perrin; esas herraduras no durarían. Fue otra maniobra más de Faile para ponerlo en su sitio, fuera cual fuera el que creyera que le correspondía.

Cuando Faile montó finalmente, con su habitual falda pantalón, condujo a la yegua hacia Perrin. Era una buena amazona que acoplaba sus movimientos a los del animal, como si fueran un todo.

—¿Por qué no puedes pedirlo, Perrin? —musitó—. Trataste de mantenerme al margen apartándome de lo que es mi sitio, así que ahora tienes que pedirlo. ¿Cómo puede resultarte tan difícil algo tan sencillo?

La Ciudadela retumbó como una monstruosa campana, el suelo del establo se sacudió, y el techo tembló a punto de venirse abajo. *Brioso* se encabritó, relinchando, agitando la cabeza arriba y abajo; Perrin tuvo que esforzarse para que no lo desmontara. Los mozos, que habían caído al suelo, se incorporaron a duras penas y corrieron desesperadamente a tranquilizar a los caballos que corcoveaban y relinchaban intentando salir de las cuadras. Loial se aferró al cuello de su enorme montura, pero Faile aguantó

firme a lomos de *Golondrina* mientras la yegua brincaba y resoplaba, aterrorizada.

Rand. Perrin sabía que era él. Notaba el tirón del *ta'veren,* dos remolinos en una corriente que se atraen el uno hacia el otro. El polvo que se desprendía del techo lo hizo toser y sacudió la cabeza enérgicamente para resistir el impulso de desmontar y correr de vuelta a los pisos altos de la Ciudadela.

—¡Partamos! —gritó mientras los temblores seguían sacudiendo la fortaleza—. ¡Partamos ahora mismo, Loial! ¡Ya!

Por lo visto Faile no veía razón para retrasar más la marcha, de modo que espoleó a la yegua y salió del establo al lado de Loial y su alto caballo, tirando de los dos animales de carga, todos lanzados a galope antes de llegar a la Puerta del Muro del Dragón. Los Defensores los vieron venir y se apartaron con precipitación, algunos todavía a gatas; su deber era impedir que la gente entrara en la Ciudadela, y no tenían órdenes de prohibir que estas personas salieran. En cualquier caso, tampoco estaban en condiciones de pensar normalmente en este momento para tomar medidas aun en el caso de que hubieran tenido esa orden, cuando los temblores empezaban a amainar y la Ciudadela seguía gimiendo encima de sus cabezas.

Perrin venía a continuación, llevando de las riendas a su animal de carga, deseando que el caballo del Ogier pudiera correr más deprisa, deseando poder dejar atrás a la sobrecargada montura de Loial y escapar del tirón que intentaba hacerlo volver, la atracción de un *ta'veren* a otro. Galoparon juntos por las calles de Tear hacia el sol naciente, sin apenas reducir el paso para esquivar los carruajes y los carros. Hombres vestidos con chaquetas ajustadas y mujeres con grandes delantales, todavía despavoridos por el temblor de tierra, los miraban aturdidos, a veces sin tiempo apenas para saltar a un lado.

En la muralla del núcleo interior de la ciudad los adoquines dieron paso a la tierra, las chaquetas y los zapatos a pies descalzos y torsos desnudos con anchos fajines que sujetaban pantalones fruncidos. Pero aquí la gente tuvo que esquivarlos con idéntica precipitación, porque Perrin no estuvo dispuesto a frenar a *Brioso* hasta que hubieron dejado atrás la muralla exterior de la ciudad, las sencillas casas y tiendas de piedra que se apiñaban fuera ya de la urbe propiamente dicha, las granjas y sotos en campo abierto, y el tirón del *ta'veren.* Sólo entonces, respirando casi tan fatigosamente como su caballo cubierto de espuma, tiró del bocado y puso a *Brioso* al paso.

Las orejas de Loial estaban rígidas por la impresión. Faile, la tez lívida, se humedeció los labios y su mirada fue del Ogier a Perrin.

—¿Qué ha pasado? ¿Fue... él?

—No lo sé —mintió Perrin. «Tengo que irme, Rand, lo sabes. Me miraste a la cara cuando te lo dije, y me contestaste que debía hacer lo que creía que tenía que hacer.»

—¿Dónde están Bain y Chiad? —preguntó Faile—. Tardarán una hora en alcanzarnos. Ojalá hubieran querido montar. Les ofrecí comprarles caballos, pero parecieron ofenderse. Bueno, de todos modos nuestras monturas necesitan ir al paso después de esa galopada para que se refresquen.

Perrin omitió decirle que no conocía tan bien a los Aiel como creía. Desde donde estaba, el joven veía las murallas de la ciudad, y la Ciudadela elevándose sobre ella como una montaña. Distinguía incluso la forma

Librodot

sinuosa del estandarte ondeando en lo alto de la fortaleza, y los pájaros dando vueltas a su alrededor, asustados; ninguno de los otros dos tenía una vista tan penetrante. No tuvo que esforzarse para divisar a tres personas corriendo hacia ellos con largas zancadas que acortaban distancias; su fácil gracilidad desmentía la velocidad del paso. No se creía capaz de correr tan deprisa durante tanto tiempo, pero los Aiel tenían que haber mantenido ese mismo ritmo desde la Ciudadela para encontrarse tan cerca.

—No tendremos que esperar tanto —anunció.

Faile miró hacia atrás con el ceño fruncido.

—¿Son ellos? ¿Estás seguro? —Inesperadamente la mirada ceñuda se volvió hacia él momentáneamente como retándolo a responder. Hacerle esa pregunta era tanto como admitir que formaba parte del grupo, naturalmente—. Se jacta mucho de su vista penetrante —le dijo a Loial—, pero no tiene tan buena memoria. A veces creo que olvidaría encender una vela por la noche si no se lo recordara. Imagino que lo que ha visto es a una pobre familia que huye de lo que cree un terremoto, ¿no te parece?

Loial rebulló, incómodo, en su silla, soltó un borrascoso suspiro, y rezongó algo sobre los humanos, seguramente nada halagüeño, sospechó Perrin. Ni que decir tiene que Faile ni se dio cuenta.

Al cabo de unos minutos, Faile miró de hito en hito al joven cuando los tres Aiel estuvieron lo bastante cerca para que ella los reconociera, pero no dijo nada. En su estado de ánimo actual, no admitiría que tenía razón en nada, ni siquiera si decía que el cielo era azul. Los Aiel respiraban a un ritmo normal cuando se pararon junto a los caballos.

—Qué pena que no haya sido una carrera más larga. —Bain compartió una sonrisa con Chiad, y las dos lanzaron una mirada maliciosa a Gaul.

—Si no, habríamos dejado tirado a este Soldado de Piedra —dijo Chiad como conclusión a la frase de su compañera—. Ésa es la razón de que los Soldados de Piedra juren no retroceder nunca. Los huesos de piedra y las cabezas duras les pesan demasiado para correr.

Gaul no se dio por ofendido, si bien Perrin advirtió que se había quedado en un sitio desde el que tenía vigilada de continuo a Chiad.

—¿Sabes por qué se utiliza tan a menudo a las Doncellas como exploradoras, Perrin? Porque pueden correr muy lejos. Y eso viene de su temor a que algún hombre quisiera casarse con ellas. Una Doncella es capaz de correr más de cien kilómetros con tal de evitar tal cosa.

—Muy inteligente por su parte —comentó Faile, cáustica—. ¿Necesitáis descansar? —les preguntó a las Aiel, y pareció sorprenderse cuando ellas dijeron que no. Aun así se volvió hacia Loial—. ¿Estás en condiciones de continuar? Bien. Encuentra esa puerta a los Atajos para mí, Loial. Llevamos parados aquí demasiado tiempo. Si dejas que un cachorro extraviado esté cerca de ti, empieza a pensar que vas a cuidar de él, y eso es un error.

—Faile —protestó el Ogier—, ¿no estás llevando demasiado lejos este asunto?

—Lo llevaré tan lejos como sea preciso, Loial. ¿Y la puerta a los Atajos?

Con las orejas gachas, el Ogier soltó un hondo suspiro e hizo girar a su caballo de nuevo hacia el este. Perrin esperó a que Faile y él dieran una docena de pasos antes de seguirlos Gaul y él. Tenía que jugar con las reglas de la joven, pero lo haría tan bien como ella.

Las granjas, unos lugares pequeños y míseros con burdas casas de piedra que Perrin no habría utilizado ni para albergar animales, se fueron

haciendo más dispersas y los bosquecillos más reducidos a medida que avanzaban hacia el este, hasta que llegó un momento en que no hubo granjas ni sotos, sólo una extensa pradera de suaves colinas en la que la hierba se extendía hasta el horizonte, una alfombra rota sólo esporádicamente por parches de matorrales en alguna que otra colina.

También había caballos en las verdes laderas, en pequeños grupos familiares o en manadas de centenares de individuos; era la famosa yeguada teariana. Grande o pequeño, todos los grupos de caballos estaban bajo la vigilancia de uno o dos chiquillos descalzos que montaban a pelo. Los chicos manejaban látigos de mango largo que utilizaban para mantener unida la manada o guiarla, chasqueándolos con pericia para hacer dar media vuelta a algún animal descarriado sin rozar la piel del animal. Mantenían alejados a los caballos de los desconocidos, haciéndolos retroceder si era preciso, pero observaban el paso del extraño grupo —dos humanos y un Ogier montados, además de tres feroces Aiel, que según se contaba habían tomado la Ciudadela— con la descarada curiosidad de los muy jóvenes.

Era una estampa agradable de contemplar para Perrin, a quien le gustaban los caballos. En parte había pedido ser aprendiz de maese Luhhan para tener la oportunidad de trabajar con estos animales, aunque en Campo de Emond no había tantos como aquí ni eran tan buenos.

Por su parte, Loial no disfrutaba en absoluto del panorama. El Ogier empezó rezongando entre dientes, y su tono fue subiendo cuanto más avanzaban a través de las herbosas colinas, hasta que por último estalló con su profunda y retumbante voz:

—¡Desaparecidos! ¡Todos ellos! ¿Y para qué? Para que haya hierba. Antaño esto era una arboleda Ogier. No realizamos grandes obras aquí, sobre todo comparado con Manetheren o con la ciudad a la que llamáis Caemlyn, pero sí lo suficiente para plantar una arboleda. Árboles de todo tipo, originarios de todos los lugares y países. Los Grandes Árboles, que se elevan ciento cincuenta metros hacia el cielo. Todos cuidados con absoluta dedicación, para recordar a mi pueblo los *stedding* que abandonamos para construir cosas a los humanos. Vosotros pensáis que son las obras de cantería lo que valoramos, pero eso es una nadería, algo aprendido durante el largo Exilio, tras el Desmembramiento del Mundo. Son los árboles lo que amamos. Los humanos consideran Manetheren la obra cumbre de mi pueblo, pero para nosotros nuestro mayor triunfo fue la arboleda que había allí, ahora desaparecida. Como ésta. Y se ha perdido para siempre.

Loial contemplaba fijamente las colinas, desiertas salvo por la hierba y los caballos, con gesto duro y las orejas tiesas y echadas hacia atrás, pegadas contra el cráneo. Olía a... cólera. Casi todos los relatos decían de los Ogier que eran pacíficos, casi tanto como el Pueblo Errante; pero en algunos, pocos, los describían como enemigos implacables. Perrin sólo había visto furioso a Loial una vez. Tal vez también se había sulfurado la noche anterior, mientras defendía a los niños. Al mirar su rostro, le vino a la mente un viejo dicho: «Encolerizar a los Ogier y echar abajo montañas». Todos lo entendían como intentar hacer algo imposible. Perrin pensó que tal vez el significado había cambiado con el paso de los años, y que al principio el dicho decía realmente: «Encoleriza a los Ogier y habrás derrumbado las montañas sobre ti». Difícil de llevar a cabo, pero mortal cuando se conseguía. Jamás querría que Loial —el afable, desmañado Loial, con su ancha nariz metida siempre en algún libro— se enfureciera con él.

Librodot

Fue el Ogier quien se puso a la cabeza del grupo una vez que llegaron al lugar donde antaño se alzaba la arboleda, y giraron un poco a la derecha. No había hitos en el terreno, pero sabía bien hacia dónde se dirigía, y esa seguridad aumentó con cada paso de los caballos. Los Ogier sentían una puerta a los Atajos, la percibían de algún modo, y la encontraban con la certera precisión con que una abeja encuentra su colmena. Cuando finalmente Loial desmontó, la hierba le llegaba poco más arriba de las rodillas. Cerca había sólo un denso parche de matorrales, arbustos frondosos tan altos como el Ogier. Los partió casi con pesar y los apartó en un montón a un lado.

—A lo mejor los chiquillos de los caballos pueden utilizarlos para encender lumbre cuando estén secos.

Y allí se encontraba la puerta a los Atajos.

Recostada contra la falda de la colina tenía más aspecto de un tramo de muralla gris que de una puerta; de la muralla de un palacio, más exactamente, con profusión de hojas y enredaderas tan exquisitamente talladas que casi parecían estar tan vivas como los arbustos que la habían ocultado. Llevaba allí al menos tres mil años, pero su superficie no mostraba el menor rastro de erosión. Aquellas hojas daban la impresión de que se agitarían con el siguiente soplo de aire.

Todos la contemplaron en silencio un momento, hasta que Loial suspiró profundamente y puso la mano sobre una hoja que era distinta de todas las demás: la hoja trifoliada de *Avendesora,* el legendario Árbol de la Vida. Hasta el instante en que la enorme mano del Ogier la tocó, parecía formar parte de la talla tanto como el resto, pero se separó fácilmente de la piedra.

Faile dio un respingo, y hasta los Aiel musitaron algo. El aire estaba cargado de olor a inquietud, pero no resultaba fácil distinguir de cuál de ellos provenía. Quizá de todos.

Ahora las hojas de piedra parecían agitarse con una brisa inexistente, y adquirieron una tonalidad verde, de vida. Poco a poco, apareció una abertura en el centro, y las dos mitades de la puerta se abrieron, dejando a la vista no la colina que había detrás, sino un brillo mortecino que reflejaba débilmente sus imágenes.

—Se dice —musitó Loial— que hubo un tiempo en que las puertas a los Atajos relucían como espejos, y que quienes recorrían los Atajos caminaban bajo el sol y el firmamento. Ahora eso ha desaparecido también, como la arboleda.

Perrin se apresuró a coger de su animal de carga una de las linternas con palo que estaba llena de aceite, y la prendió.

—Hace mucho calor aquí fuera —dijo—. Un poco de sombra será de agradecer. —Dio con los talones en los ijares de *Brioso* y lo condujo hacia la puerta a los Atajos. Le pareció oír que Faile daba otro respingo.

El semental pardo se plantó al acercarse a su reflejo, pero Perrin lo azuzó para que siguiera adelante. Despacio, recordó. Había que hacerlo despacio. El belfo del caballo tocó, vacilante, su imagen, y después desapareció como si pasara a través de un espejo. Perrin se aproximó a sí mismo, tocó su reflejo... Un frío gélido se deslizó sobre toda su piel, lo envolvió cabello a cabello; el tiempo pareció estirarse.

El frío desapareció como una burbuja pinchada, y el joven se encontró en medio de una negrura insondable; la luz de su linterna semejaba un estanque represado a su alrededor. *Brioso* y el caballo de carga relincharon

Librodot

con nerviosismo.

Gaul atravesó la puerta tranquilamente y empezó a preparar otra linterna. Tras él había lo que parecía una lámina de cristal ahumado; al otro lado se veía a los demás: Loial montaba de nuevo en su caballo; Faile sujetaba bien las riendas; todos sus movimientos eran lentísimos. El tiempo transcurría de forma distinta dentro de los Atajos.

—Faile está enfadada contigo —dijo Gaul una vez que hubo prendido su linterna, que no incrementó mucho la iluminación. La oscuridad se bebía la luz, se la tragaba—. Por lo visto cree que has roto alguna clase de acuerdo. Bain y Chiad... No dejes que te pillen a solas. Tienen pensado darte una lección en nombre de Faile, y no podrás sentarte en ese animal fácilmente si consiguen hacer lo que planean.

—Yo no hice ningún acuerdo, Gaul. Me veo en esta situación por causa de sus manejos. Dentro de poco no nos quedará más remedio que seguir a Loial, como quiere ella, pero mientras tanto tengo intención de ir a la cabeza mientras me sea posible. —Señaló una ancha línea blanca que había bajo los cascos de *Brioso.* Estaba llena de hoyos y partida, pero se extendía hacia adelante, para desaparecer en la oscuridad a pocos pasos de distancia—. Eso conduce al primer poste guía. Tendremos que esperar allí a que Loial lo lea y decida cuál puente hay que tomar, pero Faile tendrá que seguirnos a nosotros ese trecho.

—Puente —repitió Gaul, meditabundo—. Conozco esa palabra. ¿Hay agua aquí dentro?

—No. No es exactamente esa clase de puente. Su aspecto es igual, más o menos, pero... Quizá Loial pueda explicártelo.

—¿Seguro que sabes lo que haces, Perrin? —preguntó el Aiel mientras se rascaba la cabeza.

—No —admitió el joven—, pero Faile no tiene por qué enterarse.

Gaul estalló en carcajadas.

—Es divertido ser tan joven, ¿verdad, Perrin?

Con el entrecejo fruncido, sin tener muy claro si el Aiel se reía de él, Perrin taconeó a *Brioso* y tiró del ronzal del caballo de carga. La luz de la linterna no sería visible a veinte o treinta pasos de distancia. Quería haber desaparecido cuando Faile entrara; que pensara que había decidido marcharse sin ella. Estar preocupada durante unos pocos minutos, hasta que descubriera que los esperaba junto al poste guía, era lo menos que se merecía.

Librodot

CAPÍTULO 19

El Tajador de olas

Cuando el dorado sol asomaba apenas sobre el horizonte, el carruaje, lacado en negro y conducido por un tiro de cuatro corceles grises, se detuvo en el arranque del muelle, y el cochero, un tipo larguirucho y moreno, vestido con una chaqueta a franjas negras y doradas, bajó del pescante de un salto para abrir la puerta. Ningún emblema adornaba la puerta, naturalmente; los nobles tearianos prestaban ayuda a las Aes Sedai sólo por obligación aunque se lo pidieran con la más efusiva de las sonrisas, y ninguno de ellos deseaba que su nombre o el de su casa se viera ligado a la Torre.

Elayne descendió de buena gana, sin esperar a Nynaeve, y se arregló la capa de viaje, de fino lino azul adecuado para el verano; las calles del Maule tenían surcos de carros y carretas, y los muelles del carruaje no eran muy buenos. La leve brisa que soplaba del Erinin proporcionaba una sensación de frescura después del calor de la Ciudadela. La heredera del trono estaba decidida a no demostrar los efectos del incómodo trayecto, pero cuando estuvo de pie en la calle no pudo menos de frotarse los riñones. «Por lo menos la lluvia de anoche mantiene el polvo reposado», pensó. Tenía la sospecha de que les habían proporcionado un carruaje sin cortinas a propósito.

Al norte y al sur de su posición había más muelles que penetraban en el río como anchos dedos de piedra. El aire olía a cáñamo y brea, a pescado, especias y aceite de oliva, a cosas indecibles pudriéndose en las aguas estancadas entre los muelles, y a unas extrañas frutas alargadas, amarillas y verdes, que había apiladas en grandes montones delante del almacén de piedra que había detrás de ella. A pesar de la hora temprana, hombres con chalecos de cuero sobre los torsos desnudos iban presurosos de aquí para allí, cargando a la espalda enormes bultos o empujando carretillas llenas de barriles o cajas. Ninguno de ellos le dedicó más de una breve y hosca ojeada, y enseguida agachaban los oscuros ojos, con resentimiento, doblados bajo el peso de su carga. La mayoría ni siquiera levantó la cabeza. La entristeció verlo.

Estos nobles tearianos habían tratado mal a su pueblo. Mejor dicho, no se habían ocupado en absoluto de él. En Andor habría recibido alegres sonrisas y una palabra amable de saludo ofrecidas de buen grado por hombres que caminaban erguidos y que eran tan conscientes de su importancia como ella. Aquello casi la hizo lamentar su partida. La habían educado para que algún día dirigiera y gobernara a un pueblo orgulloso, y sentía la imperiosa necesidad de enseñar a estas gentes un poco de dignidad. Pero ésa era tarea de Rand, no suya. «Y, si no lo hace bien, entonces le daré mi opinión. Y sin medias tintas.» Al menos había empezado

a gobernar siguiendo su consejo. Y tenía que admitir que Rand sabía cómo tratar a su pueblo. Sería interesante ver qué había hecho a su regreso. «Si hay motivo para que vuelva aquí.»

Desde donde estaba se veía una docena de barcos, y había más detrás, pero uno de ellos, amarrado al final del muelle en el que se encontraba, con la afilada proa apuntando río arriba, atrajo por completo su atención. El bergantín de los Marinos debía de tener unos treinta metros de eslora, un tercio más largo que el siguiente velero que había a la vista, con tres altos palos en el entrepuente y otro más corto en el castillo de popa. Ya había viajado en barcos, pero no tan grandes, y nunca en uno que fuera a poner rumbo a mar abierto. El mero nombre de los dueños del velero evocaba tierras lejanas y extraños puertos. Los Atha'an Miere. Los Marinos. Los relatos más exóticos siempre se referían a los Marinos, salvo los relacionados con los Aiel.

Nynaeve asomó por la puerta del carruaje atándose al cuello la verde capa de viaje y rezongando entre dientes contra el cochero.

—¡Zarandeándonos como si fuéramos gallinas atrapadas en un vendaval! ¡Sacudidas como alfombras polvorientas! ¿Cómo habéis conseguido pasar sobre todas las rodadas y baches que hay de la Ciudadela aquí, buen hombre? Hace falta una gran destreza para lograr algo así. Lástima que no seáis tan hábil dirigiendo caballos.

El cochero, con un gesto hosco en el rostro alargado, intentó ayudarla a bajar, pero ella lo rechazó. Elayne suspiró y duplicó la cantidad de monedas de plata que estaba sacando de la bolsa.

—Gracias por traernos rápidamente y sin incidentes. —Sonrió mientras apretaba la mano del hombre y dejaba en ella las monedas—. Os dijimos que os dieseis prisa y habéis seguido nuestras instrucciones. El estado de las calles no es culpa vuestra, e hicisteis un trabajo excelente habida cuenta de las malas condiciones.

Sin mirar las monedas, el hombre le hizo una profunda reverencia y le ofreció una mirada agradecida.

—Gracias, mi señora —musitó, y Elayne tuvo la seguridad de que lo decía no sólo por las monedas, sino también por su trato afable. Sabía desde hacía tiempo que una pequeña alabanza y una palabra amable eran tan bien acogidas como el dinero, si no más. Aunque nadie le hacía ascos a éste, por supuesto.

»Que la Luz haga vuestro viaje seguro, mi señora —añadió. Una fugaz mirada de reojo a Nynaeve puso de manifiesto que su deseo no se hacía extensivo a ella. La antigua Zahorí tenía que aprender a ser más comprensiva y considerada con los demás; de verdad que le hacía falta.

Una vez que el cochero hubo bajado todos los bultos del equipaje, hizo que el tiro de caballos diera media vuelta y emprendió el regreso.

—No tendría que haber sido tan desconsiderada con ese hombre, supongo —reconoció Nynaeve—. Nadie habría sido capaz de hacer un recorrido más fácil por esas calles, pero después de estar zarandeándome todo el camino hasta aquí me siento como si hubiera cabalgado una semana seguida.

—No es culpa suya si te duele el... la espalda —comentó Elayne con una sonrisa para quitar hierro a sus palabras, mientras empezaba a recoger sus bultos. Nynaeve soltó una risita irónica.

—Ya lo he admitido antes, ¿no? No querrás que vaya corriendo tras él

Librodot

para pedirle disculpas. Ese puñado de monedas de plata que le diste mitigará cualquier daño moral que haya podido causarle. De verdad, tienes que aprender a ser más cuidadosa con el dinero, Elayne. No disponemos de los recursos del reino de Andor. Una familia entera podría vivir cómodamente durante un mes con lo que das a cualquiera que hace el trabajo por el que se le ha pagado.

La heredera del trono no respondió, pero le asestó una mirada de fría indignación —Nynaeve tenía por costumbre pensar que debían vivir en peores condiciones que los criados a menos que hubiera una razón para no hacerlo, en lugar de ser al contrario, como era lógico— pero la antigua Zahorí no pareció reparar en aquella expresión que siempre ponía firmes a los hombres de la Guardia Real. En cambio, recogió los bultos y bolsas de su equipaje y se volvió hacia el muelle. —Al menos la travesía en este velero no será tan brusca. Eso espero. ¿Embarcamos?

Las dos echaron a andar muelle adelante, abriéndose paso entre los estibadores, los barriles apilados, y las carretillas llenas de mercancías.

—Nynaeve, los Marinos suelen ser quisquillosos hasta que lo conocen a uno. ¿Te importaría tratar de actuar con un poco más de...?

—¿De qué?

—De tacto, Nynaeve. —Elayne tuvo que dar un brinco cuando alguien escupió delante de ella. No había modo de saber cuál de los hombres lo había hecho, pues al mirar a su alrededor todos ellos tenían gachas las cabezas y se afanaban con su trabajo. Maltratados o no por los Grandes Señores, habría dicho unas cuantas palabras mordaces que el culpable no habría olvidado fácilmente si lo hubiera descubierto—. Podrías intentar ser un poco menos brusca para variar.

—Por supuesto. —Nynaeve empezó a subir la pasarela, cerrada a los lados por pasamanos de cuerda—. Siempre y cuando no me zarandeen más.

Lo primero que pensó Elayne cuando estuvo a bordo fue que la cubierta del bergantín parecía muy estrecha para la longitud del velero; no sabía mucho sobre barcos, a decir verdad, pero le parecía una gigantesca astilla. «Oh, Luz, este trasto va a dar más bandazos que el carruaje, por muy grande que sea.» Su segunda reflexión fue para la tripulación. Había oído historias acerca de los Atha'an Miere, pero hasta ahora no había visto a ninguno. En realidad, esos relatos no contaban gran cosa. Era un pueblo muy reservado que guardaba las distancias, casi tan misterioso como el Aiel. Sólo las tierras allende el Yermo podían ser más desconocidas, y lo único que se sabía de ellas era que los Marinos traían marfil y seda de allí.

Estos Atha'an Miere eran de tez oscura, iban descalzos y con el torso desnudo, todos ellos bien afeitados; tenían el cabello liso y negro y las manos tatuadas, y sus gestos traslucían la seguridad de quienes conocen su trabajo lo bastante bien para llevarlo a cabo sin tener que estar pendientes de lo que hacen, pero que ponen los cinco sentidos en realizarlo. Sus movimientos poseían una grácil cadencia, como si, a pesar de estar quieto el barco, siguieran percibiendo el balanceo del mar. Casi todos llevaban collares de oro y plata al cuello, así como pendientes en las orejas, en ocasiones dos o tres en cada una, y algunos con brillantes piedras.

También había mujeres entre la tripulación, tantas como hombres, tirando de los cabos y enrollándolos codo con codo junto a sus compañeros varones, con las manos también tatuadas, vestidas con el mismo tipo de pantalones fruncidos de cierto tipo de tela oscura y engrasada que sujetaban

Librodot

con estrechos fajines de colores y sueltos en el tobillo. Pero ellas llevaban blusas sueltas de vivos colores, rojas, azules y verdes, y lucían tantos o más collares y pendientes que los hombres. Elayne reparó, estupefacta, en que dos o tres de ellas llevaban pendientes incluso a un lado de la nariz.

La gracilidad de sus movimientos superaba la de sus compañeros, y trajo a la mente de Elayne ciertos comentarios que había oído de pequeña escuchando a hurtadillas conversaciones de adultos. Según esas historias, la mujeres Atha'an Miere eran la personificación de la belleza seductora e incitante que colmaba los sueños de todo hombre. En realidad, las mujeres de este barco no eran extraordinariamente hermosas, pero observando sus movimientos Elayne daba crédito a tales historias.

En el alto alcázar de popa había dos mujeres que obviamente no eran tripulantes corrientes. También iban descalzas, y su atuendo era del mismo estilo, pero el de una de ellas era de seda azul con brocados, y el de la otra, de color verde. La mayor de las dos, la de verde, lucía cuatro pendientes pequeños de oro en cada oreja, y otro en el lado izquierdo de la nariz, que relucían con el sol matinal. Una fina cadena, de la que pendía una sarta de diminutos colgantes de oro, unía el minúsculo pendiente de la nariz con uno de la oreja; en otra de las cadenas que llevaba al cuello colgaba una cajita de oro con un labrado tan fino que semejaba un encaje, y de vez en cuando se la llevaba a la nariz para olerla. La otra mujer, la más alta, llevaba sólo seis pendientes en total, y menos medallones, pero la cajita perforada que olisqueaba era una pieza de oro trabajada tan exquisitamente como la de su compañera. Realmente exóticas. Elayne hizo un gesto de dolor sólo de pensar en aquellos pendientes en la nariz. ¡Y en esa cadena!

Algo raro en la cubierta de popa llamaba su atención, pero al principio no supo exactamente qué. Entonces cayó en la cuenta. No había caña de timón. Detrás de las dos mujeres se veía una especie de rueda cuyos radios sobresalían de la circunferencia a guisa de mangos, y estaba atada para evitar que girara; pero no había caña de timón. «¿Cómo guiarán el barco?» Todos los barcos fluviales en los que había viajado la tenían, como también la tenían el resto de las embarcaciones alineadas en los muelles cercanos. Estos Marinos le parecían cada vez más misteriosos.

—Recuerda lo que dijo Moraine —advirtió mientras se aproximaban a la cubierta de popa. Tampoco había sido mucho, ya que ni las Aes Sedai sabían gran cosa sobre los Atha'an Miere. Sin embargo Moraine les había dado a conocer las expresiones correctas, lo que había que decir para demostrar buenos modales—. Y recuerda lo de tener tacto —añadió en un firme susurro.

—Lo recordaré —replicó bruscamente Nynaeve—. Sé tener tacto cuando es preciso.

Elayne confió en que tal cosa fuera cierta. Las dos mujeres Atha'an Miere las esperaban al final de la escalera; mejor dicho, de la escala, se recordó la joven, aunque fuera una escalera. No entendía por qué en los barcos las cosas corrientes tenían que llamarse de forma distinta. Un suelo era un suelo, en un establo o en una posada o en un palacio. ¿Por qué no en un barco? El olor a perfume envolvía a las dos mujeres, un aroma almizclado que provenía de las cajitas de oro. Los tatuajes de sus manos eran estrellas y aves marinas rodeadas de los bucles y volutas de estilizadas olas. Nynaeve hizo una inclinación de cabeza.

—Soy Nynaeve al'Meara, Aes Sedai del Ajah Verde. Busco a la

Librodot

Navegante de este velero, y pasaje en él, si la Luz lo quiere. Ésta es mi compañera y amiga, Elayne Trakand, también Aes Sedai del Ajah Verde. Que la Luz os ilumine a vos y a vuestro barco, y envíe buenos vientos para una singladura veloz.

Aquello era casi exactamente las frases que Moraine les había dicho que utilizaran. No lo de las Aes Sedai del Ajah Verde —Moraine pareció aceptar más resignadamente eso que todo lo demás, y encontrar divertida la elección del Ajah—, pero sí el resto.

La mujer mayor, con algunas hebras grises en el negro cabello y finas arrugas en las comisuras de los grandes ojos castaños, respondió con otra inclinación de cabeza igualmente formal. Aun así, dio la impresión de abarcar de una sola mirada hasta el último detalle de su apariencia, en especial el anillo de la Gran Serpiente que ambas llevaban en la mano derecha.

—Soy Coine din Jubai Vientos Borrascosos, Navegante del *Tajador de olas.* Ésta es Jorin din Jubai Ala Blanca, mi hermana de sangre y Detectora de Vientos del *Tajador.* Tal vez haya pasaje, si la Luz lo quiere. Que la Luz os ilumine, y os lleve sanas y salvas a vuestro destino.

Resultaba sorprendente que fueran hermanas. Elayne advirtió el parecido entre ambas, pero Jorin era mucho más joven aparentemente. Deseó que su viaje se llevara a cabo en el *Tajador*; ambas mujeres mostraban idéntica reserva, aunque Jorin tenía cierto aire que le recordaba a Aviendha. Una idea absurda, por supuesto. Estas mujeres no eran más altas que ella, sus ropas de llamativos colores no podían ser más distintas de las de las mujeres Aiel, y la única arma que llevaban a la vista era el macizo cuchillo metido en el fajín, que a despecho del mango tallado y taraceado con hilos de oro parecía de buena manufactura. De todas formas y a pesar de las diferencias, Elayne no podía remediar percibir cierta similitud entre Jorin y Aviendha.

—Hablemos pues, Navegante, si os parece bien —dijo Nynaeve, siguiendo el guión dado por Moraine—, sobre singladuras y puertos, y del regalo del pasaje. —Los Marinos no cobraban por transportar personas, según Moraine; era un regalo que, casualmente, se cambiaría por otro de igual valor.

Coine apartó la vista, y después sus ojos fueron hacia tierra, a la Ciudadela y el blanco estandarte que ondeaba en ella.

—Hablaremos en mi camarote, Aes Sedai, si gustáis. —Señaló la escotilla abierta que había detrás de la extraña rueda—. Os doy la bienvenida a mi barco, y que la gracia de la Luz sea con vos hasta que abandonéis su cubierta.

Otra estrecha escalera —escala— descendía hasta una estancia ordenada, más amplia y alta de lo que esperaba Elayne por su experiencia con otros barcos más pequeños; tenía ventanas a todo lo ancho de la popa, y unas lámparas montadas en las paredes con un sistema de balancines. Casi todo parecía haber sido construido dentro de la habitación excepto unos cuantos arcones lacados de diferentes tamaños. La cama era grande y baja, y estaba colocada debajo de las ventanas de popa; en el centro de la habitación había una mesa estrecha, rodeada de sillones.

No había apenas cosas a la vista. Unas cuantas cartas de navegación enrolladas encima de la mesa, unas pocas tallas de marfil que representaban extraños animales sobre las estanterías equipadas con pequeñas

Librodot

barandillas, y media docena de espadas de diversas hechuras, con las hojas desnudas, descansaban sobre ganchos en las paredes. En una viga colgaba sobre la cama un extraño gong de bronce de forma cuadrada, mientras que justo delante de las ventanas, como ocupando un lugar de honor, un yelmo descansaba sobre una cabeza de madera tallada sin rasgos y especialmente para ese propósito; el yelmo parecía la cabeza de un monstruoso insecto, y estaba lacado en rojo y verde, con una fina pluma blanca a cada lado, una de ellas, rota. Elayne reconoció el yelmo.

—Seanchan —farfulló sin pensar lo que decía. Nynaeve le asestó una mirada iracunda, y con razón; habían acordado que sería más convincente y parecería más lógico que ella, al ser la mayor, estuviera al mando y llevara el peso de las conversaciones. Coine y Jorin intercambiaron una mirada indescifrable.

—¿Los conocéis? —dijo la Navegante—. Por supuesto. Es de esperar que las Aes Sedai sepan estas cosas. En esta zona tan oriental nos llegan montones de historias, de las cuales la que se aproxima más a la verdad sólo es cierta a medias.

Elayne sabía que tendría que dejar las cosas así, pero la curiosidad pudo más que ella.

—¿Puedo preguntaros cómo conseguisteis el yelmo?

—El *Tajador* tuvo un encuentro con un navío seanchan el año pasado —respondió Coine—. Querían apresarlo, pero no estaba dispuesta a rendirlo. —Se encogió levemente de hombros—. Guardo el yelmo para no olvidar el episodio. El mar se llevó a los seanchan, la Luz se apiade de todos los que navegan. Jamás me volveré a acercar a un barco de velas con varillaje.

—Tuvisteis suerte —intervino Nynaeve secamente—. Los seanchan mantienen cautivas a mujeres capaces de encauzar y las utilizan como armas. Si hubieran llevado a una en ese barco, todavía estaríais lamentando haberlo visto.

Elayne le hizo un gesto de advertencia, pero ya era demasiado tarde. No había modo de saber si el tono de Nynaeve había ofendido a las mujeres del pueblo de los Marinos. La pareja mantuvo el mismo gesto impasible, pero la heredera del trono se estaba dando cuenta de que no eran de las que dejaban que las emociones se reflejaran en sus rostros, y menos delante de gente extraña.

—Hablemos del pasaje —dijo Coine—. Si así lo quiere la Luz, quizá podamos hacer escala en el puerto al que deseáis ir. Todo es posible, por la gracia de la Luz. Sentémonos.

Las sillas que rodeaban la mesa no se desplazaban; tanto éstas como la mesa estaban sujetas al suelo. En lugar de ello, los brazos se abrían como puertas y encajaban en su sitio una vez que se había tomado asiento. Tales arreglos parecían confirmar los peores temores de Elayne respecto a cabeceos y sacudidas. Ella lo aguantaba bien, pero el excesivo movimiento de un barco fluvial le revolvía el estómago a Nynaeve. En el océano tenía que ser mucho peor que en un río, por fuerte que soplara el viento, y el mal genio de la antigua Zahorí empeoraba en proporción al malestar de su estómago. Nynaeve mareada e iracunda: pocas cosas eran más temibles, según la experiencia de Elayne.

Las dos tomaron asiento a un lado de la mesa, mientras que la Navegante y la Detectora de Vientos lo hicieron a los extremos. Al principio le pareció extraño, hasta que cayó en la cuenta de que su amiga y ella tendrían

Librodot

que mirar a la que estuviera hablando, de manera que la otra podría observarlas sin reparo. «¿Actuarán así siempre con el pasaje o lo hacen porque somos Aes Sedai? Es decir, porque creen que lo somos.» Era una advertencia de que las cosas no serían tan sencillas con esta gente como habían esperado. Confiaba en que Nynaeve se hubiera dado cuenta de ello.

Elayne no había visto que se diera la orden, pero una esbelta joven, con sólo un pendiente en cada oreja, apareció con una bandeja en la que traía una tetera de bronce y tazas grandes sin asa, no de la fina porcelana de los Marinos como habría podido pensarse, sino de burda loza. Más difícil de que se rompieran con los balanceos de una mar picada, fue la desoladora conclusión a la que llegó. Sin embargo su atención se centró en la joven, y faltó poco para que diera un respingo. Iba desnuda de cintura para arriba, como los hombres de la tripulación. Elayne disimuló la sorpresa bastante bien, pero Nynaeve aspiró aire por la nariz ruidosamente.

La Navegante esperó hasta que la muchacha hubo servido el té, tan fuerte que tenía un color casi negro, antes de hablar:

—¿Hemos salido a la mar, Dorele, sin que me haya percatado? ¿No hay tierra a la vista?

La joven se puso colorada hasta la raíz del cabello.

—La hay, Navegante —musitó, desolada.

—Bien. Hasta que no haya tierra a la vista y se haya dejado de ver durante un día completo, trabajarás limpiando las sentinas, donde la ropa es un estorbo. Puedes marcharte.

—Sí, Navegante —respondió la muchacha, más afligida. Se volvió y desató el fajín rojo abatidamente mientras salía por la puerta, al otro lado del camarote.

—Si os place, compartid con nosotras este té —ofreció Coine. Dio un sorbo de su taza y siguió bebiendo mientras Elayne y Nynaeve probaban la infusión—. Os pido que disculpéis cualquier ofensa, Aes Sedai. Ésta es la primera singladura de Dorele fuera de las islas. Los jóvenes olvidan a menudo las costumbres de los confinados en tierra. La castigaré con más dureza si os ha ofendido.

—No es necesario —se apresuró a decir Elayne, aprovechando la excusa para dejar la taza en la mesa. El té era aún más fuerte de lo que apuntaba su aspecto, estaba muy caliente, y nada endulzaba su amargor—. De verdad, no nos hemos ofendido. Hay costumbres distintas en pueblos distintos. —«Quiera la Luz que no tengan muchas tan diferentes como ésa. ¿Y si van desnudos del todo cuando salen a alta mar? ¡Luz!»—. Sólo un necio se ofende por costumbres que difieren de las suyas.

Nynaeve le lanzó una mirada penetrante, lo bastante suave para encajar con las Aes Sedai que pretendían ser, y tomó un buen sorbo de té.

—Por favor, olvidaos de ello —fue cuanto dijo. Difícil discernir si hablaba con Elayne o con las mujeres de los Marinos.

—Entonces hablemos del pasaje, si os parece bien —propuso Coine—. ¿A qué puerto deseáis ir?

—A Tanchico —repuso Nynaeve en un tono un poco más enérgico de lo normal—. Sé que es posible que no tengáis pensado navegar hacia allí, pero necesitamos ir rápidamente, tan rápidamente como sólo puede hacerlo un bergantín, y sin escalas, si es posible. Os ofrezco este pequeño presente por las molestias. —Sacó un papel de la bolsa del cinturón, lo desdobló sobre la mesa y lo empujó hacia la Navegante.

Moraine se lo había dado, y otro igual a éste; eran «cartas de valores». Cada una de ellas permitía al portador obtener de banqueros y prestamistas de varias ciudades hasta tres mil coronas de oro, si bien era más que probable que ninguno de esos hombres y mujeres supieran que era dinero de la Torre Blanca lo que guardaban en depósito. Elayne había mirado con ojos desorbitados la suma escrita, mientras que Nynaeve se quedó boquiabierta, pero Moraine les dijo que quizá fuera necesaria para convencer a la Navegante de que renunciara a hacer las escalas previstas.

Coine tocó con un dedo la carta de valores y la leyó.

—Una considerable suma para regalo de pasaje —musitó—, aun considerando que me pedís que altere mis planes de navegación. Ahora estoy mucho más sorprendida que antes. Sabéis que rara vez llevamos pasajeras Aes Sedai. Muy rara vez. De todos los que piden pasaje, sólo se le puede negar a una Aes Sedai, cosa que ocurre casi siempre, como ha ocurrido desde el primer día de la primera singladura. Las Aes Sedai lo saben, de modo que casi nunca lo piden. —Miraba su taza, no a ellas, pero Elayne echó una rápida ojeada al otro lado y pilló a la Detectora de Vientos estudiando sus manos extendidas sobre la mesa. No. Lo que examinaba eran sus anillos.

Moraine no les había comentado nada de esto. Había dicho que el bergantín era el velero más rápido que había en los muelles, y las animó a que embarcaran en él. Además, les había dado estas cartas de valores con las que, seguramente, tendrían de sobra para comprar una flota de barcos como éste. Bueno, por lo menos, varios barcos. «¿Lo hizo porque sabía que necesitaríamos esa cantidad para convencerlas de que nos llevaran?» Pero ¿por qué se había guardado esa información? Qué pregunta tan estúpida; Moraine siempre tenía secretos. Sin embargo, ¿para qué hacerles perder tiempo?

—¿Queréis decir que nos negáis el pasaje? —Nynaeve había dejado a un lado el tacto para dar paso a la franqueza—. Si no lleváis Aes Sedai, ¿por qué nos hicisteis bajar aquí? ¿Por qué no decírnoslo arriba y no perder tiempo?

La Navegante soltó uno de los brazos de su silla, se puso de pie y se acercó a las ventanas de popa para contemplar la Ciudadela. Los pendientes y los colgantes que cruzaban sobre su mejilla izquierda relucieron con la luz del sol saliente.

—Puede encauzar el Poder, según me han contado, y ha tomado la Espada que no Puede Tocarse. Los Aiel han cruzado la Pared del Dragón acudiendo a su llamada; he visto a varios de ellos por las calles, y se dice que llenan la fortaleza. La Ciudadela de Tear ha caído, y la guerra se extiende por las naciones del mundo. Los que antaño mandaron han vuelto, y se los ha rechazado por primera vez. La Profecía se está cumpliendo.

Nynaeve parecía tan desconcertada como se sentía la propia Elayne por este brusco cambio de tema.

—¿Las Profecías del Dragón, queréis decir? —preguntó la heredera del trono pasado un instante—. Sí, se están cumpliendo. Él es el Dragón Renacido, Navegante. —«Es un obstinado que oculta sus sentimientos tan profundamente que soy incapaz de encontrarlos, ¡eso es, ni más ni menos!»

—Las Profecías del Dragón, no, Aes Sedai. —Coine se volvió—. La Profecía Jendai, la profecía del Coramoor. No aquel que vosotros esperáis y teméis, sino el que nosotros buscamos, el heraldo de una nueva Era. Al ocurrir el Desmembramiento del Mundo nuestros antepasados huyeron

Librodot

buscando la seguridad del mar mientras que la tierra firme se sacudía y se rompía como hacen las olas en una tormenta. Se cuenta que no sabían nada de los barcos que cogieron para huir, pero la Luz estaba con ellos, y sobrevivieron. No volvieron a ver tierra hasta que cesó el cataclismo, y, para entonces, mucho había cambiado. Todo, el mundo entero, iba a la deriva al agua y a los vientos. Fue en los años siguientes cuando se dio a conocer la Profecía Jendai. Debemos errar por las aguas hasta que el Coramoor regrese, y servirlo a su llegada.

»Estamos estrechamente vinculados al mar; el agua salada corre por nuestras venas. La mayoría de nosotros no pone pie en tierra firme excepto para esperar otro barco, otra singladura. Hombres hechos y derechos rompen a llorar cuando tienen que prestar servicios en tierra. Las mujeres embarazadas que están en tierra suben a un barco para dar a luz, a un bote de remos si no disponen de otra embarcación, porque debemos nacer en el mar, como también hemos de morir en él y ser entregados a él cuando expiramos.

»La Profecía se está cumpliendo. Él es el Coramoor. Lo sirven Aes Sedai. Vosotras sois la prueba, el que estéis en esta ciudad. Eso también se dice en la Profecía: "La Torre Blanca se romperá por su nombre, y las Aes Sedai se arrodillarán para lavar sus pies y secarlos con sus cabellos".

—Os aguarda una larga espera si confiáis en verme a mí lavándole los pies a ningún hombre —replicó secamente Nynaeve—. ¿Qué tiene esto que ver con nuestro pasaje? ¿Pensáis llevarnos o no?

Elayne se encogió, pero la Navegante se limitó a responder con otra pregunta igualmente directa:

—¿Por qué queréis ir a Tanchico? En la actualidad es un puerto de escala muy desagradable. Atraqué allí el invierno pasado. Un enjambre de costeños asaltó mi barco pidiendo pasaje para salir de allí, a cualquier parte. No les importaba dónde mientras fuera lejos de Tanchico. Dudo mucho que las condiciones hayan mejorado a estas alturas.

—¿Siempre hacéis este interrogatorio a vuestros pasajeros? —replicó Nynaeve—. Os he ofrecido suficiente dinero para comprar un pueblo. ¡Dos pueblos! Pero si queréis más, fijad vuestro precio.

—Precio, no —siseó Elayne a su oído—. ¡Regalo!

Si Coine estaba ofendida, o si la había oído siquiera, no dio señales de ello.

—¿Por qué? —repitió.

Nynaeve apretó con fuerza la punta de la coleta, pero Elayne le puso la mano en el brazo. Tenían planeado actuar con reserva y soslayar temas comprometedores, pero las cosas que habían descubierto desde que se habían sentado a la mesa justificaban el cambio de cualquier plan. Había un tiempo para los secretos y un tiempo para la verdad.

—Perseguimos al Ajah Negro, Navegante. Sospechamos que algunas de ellas están en Tanchico. —Sostuvo la mirada furiosa de Nynaeve sin alterarse—. Hemos de encontrarlas o, en caso contrario, podrían hacer daño al Dragón Renacido. Al Coramoor.

—¡Que la Luz nos lleve a salvo a puerto! —exclamó la Detectora de Vientos. Eran las primeras palabras que pronunciaba, y Elayne la miró sorprendida. Jorin tenía el entrecejo fruncido y no miraba a nadie, pero se dirigió a la Navegante—. Podemos llevarlas, hermana. Debemos hacerlo.

Coine asintió en silencio. Elayne intercambió una mirada con Nynaeve y

vio reflejadas en los ojos de su amiga las mismas cuestiones que se estaba planteando ella: ¿Por qué era la Detectora de Vientos quien decidía? ¿Por qué no la Navegante? Ella era la capitana del barco, fuera cual fuera el término que utilizaran. Por lo menos iban a conseguir pasaje, después de todo. «¿Por cuánto? —se preguntó la heredera del trono—. ¿A qué montante llegará el "regalo"? Ojalá Nynaeve no hubiera descubierto que disponemos de más de lo que ponía en aquella carta de valores. ¡Y luego es ella la que me acusa de tirar el dinero!»

La puerta se abrió y un hombre canoso, fuerte de hombros, vestido con un amplio pantalón de seda verde sujeto con un fajín, entró en el camarote revolviendo un fajo de papeles. Tenía decorada cada oreja con cuatro pendientes, y de su cuello colgaban tres pesadas cadenas de oro, entre ellas la que llevaba una cajita de perfume. La cicatriz fruncida que le marcaba una mejilla de arriba abajo y los dos cuchillos curvos metidos en el fajín le daban un aire un tanto peligroso. Se iba ajustando sobre las orejas un extraño armazón hecho con un alambre grueso que sujetaba unas lentes delante de sus ojos. Los Marinos manufacturaban los mejores catalejos, lentes para prender fuego, lupas y cosas por el estilo en algún lugar de sus islas, pero Elayne nunca había visto un artilugio como éste. El hombre miró los papeles a través de aquellas lentes y empezó a hablar sin haber levantado la vista una sola vez.

—Coine, este idiota está dispuesto a trocar quinientas pieles de zorro de las nieves de Kandor por esos tres pequeños barriles de tabaco de Dos Ríos que conseguí en Ebou Dar. ¡Quinientas! Podemos tenerlas aquí a mediodía. —Alzó los ojos y dio un respingo—. Discúlpame, esposa, no sabía que tenías invitadas. La Luz sea con todas vosotras.

—A mediodía, esposo mío —respondió Coine—, estaremos descendiendo río abajo. A la caída de la noche, estaremos en el mar.

—¿Sigo siendo el Maestre de Cargamento, esposa, o se me ha relevado de mi puesto sin yo saberlo?

—Eres el Maestre de Cargamento, esposo, pero ahora los tratos quedan suspendidos y hay que empezar con los preparativos para zarpar. Nos dirigimos a Tanchico.

—¡Tanchico! —Los papeles se arrugaron entre sus dedos, y el hombre tuvo que hacer un denodado esfuerzo para controlarse—. Esposa... ¡No! Navegante, me dijiste que el siguiente puerto de escala era Mayene, para después enfilar hacia levante, hacia Shara. He realizado tratos teniendo presente esa ruta. A Shara, Navegante, no a Tarabon. Lo que llevo en bodegas no reportará mucho en Tanchico. ¡Tal vez nada! ¿Puedo preguntar por qué se manda al traste toda mi labor y se empobrece al *Tajador de olas*?

Coine vaciló, pero su voz seguía teniendo un tono solemne cuando habló:

—Soy la Navegante, esposo. El *Tajador de olas* zarpa cuando y hacia donde yo digo. Eso es todo por ahora.

—Como digáis, Navegante —repuso con voz ronca—. A vuestras órdenes. —Saludó llevándose la mano al corazón, y Elayne creyó advertir que Coine se encogía, y salió del camarote con la espalda tan estirada como los mástiles del barco.

—Tendré que hacer las paces con él por esto —musitó la Navegante mirando fijamente la puerta—. Aunque congraciarse con él es agradable. Casi siempre. Me saludó como un grumete, ¿te fijaste, hermana?

Librodot

—Lamentamos haber ocasionado un problema, Navegante —dijo Elayne con tacto—. Y sentimos haberlo presenciado. Si ello ha sido motivo de embarazo para cualquiera os rogamos que aceptéis nuestras disculpas.

—¿Embarazo? —Coine parecía escandalizada—. Aes Sedai, soy la Navegante. Dudo que vuestra presencia haya vejado a Toram, y no pienso disculparme con él si tal es el caso. El comercio es su cometido, pero yo soy la Navegante. Tengo que reconciliarme con él porque tiene razón, y no será fácil ya que debo seguir manteniendo en secreto el motivo, y me resultó imposible pensar lo bastante rápido para darle otra razón que la que hubiera dado a un simple grumete. Esa cicatriz de su rostro se la ganó limpiando de seanchan la cubierta del *Tajador.* Tiene otras cicatrices más viejas recibidas mientras defendía mi barco, y sólo tengo que extender la mano para tener oro en ella gracias a sus tratos comerciales. Es por lo que no puedo decirle por lo que he de compensarlo, porque merecería saberlo.

—No entiendo —dijo Nynaeve—. Os habríamos pedido que guardarais en secreto lo del Ajah Negro —asestó una severa mirada a Elayne que prometía unas palabras duras cuando estuvieran solas; la heredera del trono también tenía intención de decirle unas cuantas cosas relativas a tener tacto—, pero indudablemente tres mil coronas de oro son motivo suficiente para llevarnos a Tanchico.

—He de guardar vuestro secreto, Aes Sedai. Lo que sois y por qué viajáis. Hay muchos entre mi tripulación que consideran gafes a las Aes Sedai. Si se enteran de que no sólo llevamos Aes Sedai sino que nos dirigimos a un puerto donde quizás hay otras Aes Sedai servidoras del Padre de las Tormentas... La gracia de la Luz nos iluminó cuando encontrándonos arriba ninguno estuvo lo bastante cerca para oírme llamaros así. ¿No os ofenderéis si os pido que permanezcáis bajo cubierta el mayor tiempo posible y que no llevéis puestos vuestros anillos cuando subáis?

Por toda respuesta, Nynaeve se quitó la Gran Serpiente del dedo y la guardó en la bolsita del cinturón; Elayne hizo lo mismo, aunque más reacia, ya que le gustaba que la gente viera su anillo. Puesto que no confiaba mucho en la capacidad diplomática de su amiga a estas alturas, la heredera del trono se le adelantó:

—Navegante, os hemos ofrecido un regalo de pasaje, si lo encontráis satisfactorio. En caso contrario, ¿qué otra cosa os complacería?

Coine regresó a la mesa a echar otra ojeada a la carta de valores antes de empujar el papel hacia Nynaeve.

—Esto lo hago por el Coramoor. Os llevaré a salvo al puerto que deseáis, si la Luz quiere. Así se hará. —Se llevó los dedos de la mano derecha a la boca—. La Luz es testigo.

—Hermana —Jorin hizo un sonido estrangulado—, ¿alguna vez un Maestre de Cargamento se ha amotinado contra su Navegante?

—Pondré el regalo de pasaje de mi propio cofre. —Coine le lanzó una mirada impasible—. Y si Toram se entera de ello, hermana, te mandaré a las sentinas con Dorele. Quizá como lastre.

Se confirmó que las dos mujeres habían dejado a un lado toda formalidad cuando la Detectora de Vientos soltó una carcajada.

—Y entonces el próximo puerto que tocaras estaría en Chanchin, hermana, o en Caemlyn, porque no sabrías encontrar el mar sin mí.

La Navegante se volvió hacia Elayne y Nynaeve con aire compungido.

—Conforme al uso, Aes Sedai, puesto que servís al Coramoor, debería

daros el trato de honor que le debo a una Navegante y una Detectora de Vientos de otro barco. Deberíamos bañarnos juntas y beber vino dulce e intercambiar historias que nos hicieran reír y llorar. Pero he de ocuparme de los preparativos para zarpar, y...

El *Tajador* cabeceó haciendo bueno su nombre, y después golpeó contra el muelle. Elayne se sacudió atrás y adelante en la silla, y, mientras el balanceo continuaba, se preguntó si aquello era realmente mejor que irse de bruces al suelo.

Entonces, finalmente, los zarandeos cesaron y los saltos disminuyeron y se hicieron menos bruscos y pronunciados. Coine se incorporó y corrió hacia la escala, seguida de cerca por Jorin, gritando ya las primeras órdenes de comprobar los daños en el casco.

Librodot

CAPÍTULO 20

Vientos de tormenta

Elayne manoseó torpemente el enganche para abrir el brazo de la silla y salió disparada tras ellas, y a punto estuvo de chocar con Nynaeve en la escala. El velero se balanceaba todavía, aunque no con la violencia de antes. Sin saber si se estaban hundiendo, empujó a Nynaeve para que pasara delante y siguió empujándola para que subiera más deprisa.

La tripulación corría por la cubierta de un lado para otro comprobando los aparejos y asomándose por la borda para inspeccionar el casco mientras gritaban algo sobre terremotos. Los mismos gritos se alzaban en los muelles, pero Elayne sabía que no era tal cosa, a pesar de las mercancías caídas en los embarcaderos y que los barcos cabeceaban hasta donde permitían las tensas amarras.

Alzó la vista hacia la Ciudadela. No había movimiento en la enorme fortaleza excepto las bandadas de espantados pájaros que la sobrevolaban en círculo y el tremolar del pálido estandarte que ondeaba lenta, casi perezosamente, con la brisa. Ni una sola señal de que algo hubiera sacudido la maciza mole, pero lo ocurrido era obra de Rand. Estaba segura.

Al volverse se encontró con que Nynaeve la estaba mirando, y durante un largo instante sus ojos se encontraron.

—En buen apuro nos ha metido si ha dañado el barco —dijo la heredera del trono finalmente—. ¿Cómo vamos a llegar a Tanchico si se pone a zarandear a todos los barcos de los alrededores? —«Luz, tiene que estar bien. Si le ha pasado algo no puedo hacer nada. Se encuentra bien. Tiene que encontrarse bien.»

Nynaeve le tocó el brazo en un gesto tranquilizador.

—Esa segunda carta tuya le debe de haber escocido, desde luego. Los hombres reaccionan siempre de manera exagerada cuando dan rienda suelta a sus emociones; es el precio que tienen que pagar por contenerlas del modo que lo hacen. Puede que sea el Dragón Renacido, pero tiene que aprender que, de nombre a mujer... ¿Qué hacen ésos aquí?

«Ésos» eran dos hombres plantados en la cubierta, en medio del ajetreado ir y venir de los Marinos. Uno era Thom Merrilin, con su capa de juglar, el arpa y la flauta enfundadas en cuero colgadas a la espalda, y un bulto a sus pies junto a una ajada arca de madera equipada con cerradura. El otro era un apuesto y esbelto teariano de mediana edad, un hombre cetrino y fibroso que se tocaba con un gorro cónico de paja y vestía una de esas chaquetas de plebeyo que se ajustaba a la cintura y después se acampanaba como una falda corta. Llevaba una maza dentada colgada de un cinturón ceñido sobre la chaqueta, y se apoyaba en una vara segmentada de madera clara y nudosa tan alta como él y no más gruesa que su pulgar. Un paquete de forma cuadrada colgaba de su hombro por la lazada del

Librodot

atado. Elayne lo conocía; se llamaba Juilin Sandar.

Saltaba a la vista que los hombres no se conocían a pesar de que estaban casi juntos; mostraban una actitud estirada y reticente. Pero tenían su atención puesta en lo mismo, dividida entre seguir el avance de la Navegante hacia la cubierta de popa y observar a Elayne y a Nynaeve, obviamente inquietos aunque procurando disimularlo tras un alarde de desenvoltura y seguridad en sí mismos. Thom sonreía, se atusaba el largo y blanco bigote e inclinaba levemente la cabeza cada vez que miraba a las dos jóvenes, mientras que Sandar hacía reverencias solemnes, con aplomo.

—No ha sufrido daños —anunció Coine mientras subía la escala—. Todavía podemos zarpar antes de una hora, si lo deseáis. Bueno, en el plazo de una hora si encontramos a un timonel teariano. Si no, zarparemos sin él, aunque ello signifique no poder regresar a Tear. —Siguió su mirada hacia los dos hombres—. Pidieron pasaje, el juglar a Tanchico y el rastreador a dondequiera que viajaseis vos. No puedo rechazarlos, y, sin embargo... —Sus oscuros ojos se volvieron hacia las dos mujeres—. Lo haré si me lo pedís. —Su voz dejaba traslucir una lucha entre la renuencia a romper sus costumbres y... ¿el deseo de ayudarlas? ¿De servir al Coramoor?—. El rastreador es un buen hombre a pesar de su condición de confinado en tierra. Sin ánimo de ofender, bien lo sabe la Luz. Al juglar no lo conozco, pero alguien como él tiene en sus manos animar un viaje y aliviar las horas fatigosas.

—¿Conocéis a maese Sandar? —preguntó Nynaeve.

—Dos veces ha encontrado a los que nos hurtaron, y lo hizo enseguida. Cualquier otro costeño habría tardado más tiempo para así pedir más por el trabajo. Es evidente que también lo conocéis. ¿Queréis que les niegue pasaje? —El timbre reacio seguía presente en su voz.

—Antes veamos por qué están aquí —dijo Nynaeve con un tono inexpresivo que no auguraba nada bueno para ninguno de los dos hombres.

—Quizá debería ser yo quien hable —sugirió Elayne, suave pero firmemente—. De ese modo, podrás observarlos para ver si esconden algo. —No añadió que así se evitaba que diera rienda suelta a su mal genio, pero la irónica sonrisa de Nynaeve dejó claro que había adivinado su intención.

—De acuerdo, Elayne. Los observaré. Y tú deberías fijarte en el modo en que mantengo la calma. Ya sabes cómo te pones cuando te excitas demasiado.

Elayne no pudo menos que echarse a reír.

Los dos hombres se irguieron cuando las dos jóvenes se acercaron. Los tripulantes se afanaban a su alrededor ocupándose de los aparejos, tirando de cabos, atando algunas cosas y desatando otras siguiendo las órdenes de la Navegante. Se movían en torno a los cuatro confinados en tierra sin apenas dedicarles una ojeada.

Elayne examinó a Thom Merrilin pensativamente. Estaba segura de no haber visto al juglar antes de que apareciera en la Ciudadela, y, no obstante, incluso entonces tuvo la impresión de que había algo familiar en él. Pero tal cosa era imposible. Los juglares actuaban en pueblos, principalmente; su madre nunca tuvo uno en el palacio, en Caemlyn. Los únicos juglares que Elayne recordaba los había visto en las aldeas próximas a las fincas de su madre, y estaba segura de que este hombre canoso con rasgos de halcón no se encontraba entre ellos.

Decidió hablar primero con el rastreador. Recordaba que el hombre

Librodot

había insistido en ese término: lo que en cualquier otra parte era un husmeador, en Tear era un rastreador, y la diferencia parecía tener gran importancia para él.

—Maese Sandar —saludó gravemente—, tal vez no nos recordéis. Soy Elayne Trakand, y ésta es mi amiga, Nynaeve al'Meara. Tengo entendido que queréis viajar al mismo punto de destino al que nos dirigimos nosotras. ¿Puedo preguntaros por qué? La última vez que os vi, no nos hicisteis un buen servicio.

El hombre no pestañeó al oír el comentario de que quizá no se acordaba de ellas. Sus ojos lanzaron una fugaz ojeada a las manos de las mujeres y advirtieron la ausencia de anillos. Aquellos oscuros ojos lo registraban todo de manera indeleble.

—Sí os recuerdo, señora Trakand, y muy bien. Pero, si me disculpáis, la última vez que os serví lo hice acompañado de Mat Cauthon, cuando os sacamos del agua antes de que los cazones pudieran engancharos.

Nynaeve soltó un resoplido, pero apenas audible. Las habían sacado de una celda, no del agua, y las habían salvado del Ajah Negro, no de cazones. A Nynaeve en particular no le gustaba que le recordaran que habían necesitado ayuda en aquel momento. Claro que tampoco habrían estado en esa celda de no ser por Juilin Sandar. No, tal apreciación no era del todo justa. Cierta, pero no completamente justa.

—Me parece muy bien —replicó Elayne con brusquedad—, pero aún no habéis dicho por qué queréis ir a Tanchico.

Sandar respiró hondo y miró cautelosamente a Nynaeve. Elayne estaba empezando a molestarse por el hecho de que el hombre tuviera más precaución con su amiga que con ella.

—Hace menos de media hora que me despertó y me sacó de casa un hombre que conocéis, creo. Un tipo alto, con el rostro como si estuviera tallado en piedra, que se hace llamar Lan. —Las cejas de Nynaeve se enarcaron levemente—. Venía de parte de otro hombre al que también conocéis, un... pastor, según me dijeron. Se me entregó una considerable suma de oro con el encargo de que os acompañara. A ambas. Se me advirtió que si no regresáis sanas y salvas de este viaje... Bueno, baste con decir que más me valdrá ahogarme que regresar aquí. Lan fue muy categórico, y el... pastor no lo fue menos con su mensaje. La Navegante me ha informado que no tendré pasaje a menos que estéis de acuerdo. Soy diestro en algunas cosas que podrían seros útiles. —La vara giró en sus manos velozmente y se frenó de golpe. Sus dedos tocaron el arma que llevaba colgada a la cadera, una extraña maza, semejante a una espada corta, pero sin filo y con unas muescas que estaban pensadas para atrapar la espada enemiga y partirla; de ahí el otro nombre por el que se la conocía: quiebra espadas.

—Los hombres siempre encuentran el modo de eludir lo que les dices que hagan —rezongó Nynaeve, aunque no parecía molesta.

Por su parte, Elayne frunció el ceño, enfadada. ¿Rand enviaba a Sandar? No habría leído su segunda carta cuando lo hizo. «Así lo ciegue la Luz. ¿Por que tiene que llamar así la atención? Ya no hay tiempo para mandar otra carta, y si lo hiciera seguramente sólo conseguiría desconcertarlo más. Y yo quedaría como una estúpida; es decir, más aún. ¡Maldito sea!»

—¿Y vos, maese Merrilin? —intervino Nynaeve—. ¿También el pastor nos envió a un juglar? ¿O fue el otro hombre? Tal vez para entretenernos con

Librodot

vuestros juegos malabares.

Thom había estado estudiando fijamente a Sandar, pero desvió la mirada sin brusquedad e hizo una elegante reverencia que sólo quedó desmerecida por el exagerado ondear de la capa de parches.

—No fue el pastor, señora al'Meara. Una dama a la que conocemos ambos me pidió, sí, me pidió que os acompañara. La misma dama que os encontró a vos y al pastor en Campo de Emond.

—¿Por qué? —preguntó Nynaeve con desconfianza.

—También yo poseo habilidades muy útiles —respondió Thom al tiempo que echaba una mirada de soslayo al rastreador—. Aparte de los juegos malabares, se entiende. He visitado Tanchico en varias ocasiones, y conozco bien la ciudad. Puedo deciros dónde encontrar una buena posada, y qué barrios son peligrosos tanto de día como de noche, y a quién sobornar para que la Fuerza Civil no se tome demasiado interés en lo que hacéis o dejáis de hacer. Son muy quisquillosos en lo de vigilar a los forasteros. Puedo ayudaros en muchas cosas.

La sensación de familiaridad cosquilleó de nuevo en la mente de Elayne. Antes de ser consciente de lo que hacía, alargó la mano y propinó un tirón al largo bigote blanco. El juglar dio un respingo, y la joven se llevó las manos a la boca y se puso roja como la grana.

—Disculpadme. Yo... No sé qué me pasó, pero tenía la sensación de haber hecho eso antes. Quiero decir... Oh, cuánto lo lamento. —«¡Luz! ¿Por qué he hecho eso? Debe de creer que soy imbécil.»

—Lo... recordaría, si fuera así —repuso el juglar, muy estirado.

Elayne confiaba en que no se hubiera ofendido, pero resultaba difícil de decir por su expresión. Los hombres se ofendían a veces cuando deberían reírse, y se reían cuando deberían ofenderse. Si iban a viajar juntos... Entonces cayó en la cuenta de que había decidido que vinieran con ellas.

—Nynaeve... —dijo.

La otra mujer entendió la pregunta no formulada, por supuesto. Estudió a los dos hombres de hito en hito, y después asintió.

—Pueden venir. Siempre y cuando accedan a hacer lo que se les mande. No estoy dispuesta a que un cabeza hueca obre a su antojo y nos ponga en peligro.

—Como ordenéis, señora al'Meara —accedió de inmediato Sandar al tiempo que hacía una reverencia.

—Un juglar es un ser libre, Nynaeve —dijo Thom—, pero prometo que no os pondré en peligro. Todo lo contrario.

—Lo que se os mande —recalcó de nuevo la antigua Zahorí—. O lo prometéis o veréis partir el barco desde el muelle.

—Los Atha'an Miere no niegan el pasaje a nadie, Nynaeve.

—¿Eso creéis? ¿Acaso sólo se le dijo al husmeador —Sandar se encogió— que necesitaba nuestro permiso? Lo mismo reza para vos, *maese* Merrilin.

Thom sacudió la canosa cabeza como un caballo díscolo y respiró profundamente, pero acabó asintiendo.

—Lo prometo, *señora* al'Meara.

—De acuerdo entonces. Asunto resuelto. Ahora id con la Navegante e informadle que he dicho que os busque a los dos un cuchitril en alguna parte si puede, fuera de nuestra vista. Vamos, moveos. Rápido.

Sandar se inclinó de nuevo y se marchó; Thom tembló visiblemente

antes de ir tras él, con la espalda muy estirada.

—¿No estás siendo muy dura con ellos? —preguntó Elayne en cuanto estuvieron lo bastante lejos para no oírla, y no hizo falta que el trecho fuera grande, dado el bullicio reinante en cubierta—. Después de todo vamos a viajar juntos. «El trato considerado hace buenos compañeros de viaje.»

—Más vale que dejemos las cosas claras desde el principio, Elayne. Thom Merrilin sabe muy bien que no somos verdaderas Aes Sedai. —Bajó el tono y miró en derredor mientras hablaba. La tripulación ni siquiera las estaba mirando salvo por la Navegante, que desde las inmediaciones de la cubierta de popa escuchaba las explicaciones del alto juglar y del rastreador—. Los hombres son charlatanes y hablan entre ellos. Siempre lo hacen. Así que Sandar también lo sabrá a no mucho tardar. Nunca se opondrían a unas Aes Sedai, pero a dos Aceptadas... Si se les da pie, los dos harán lo que crean que es mejor por mucho que nosotras digamos, y no pienso ceder en ese aspecto.

—Tal vez tengas razón. ¿Crees que saben por qué vamos a Tanchico?

—No, o de lo contrario no demostrarían tanta confianza en sí mismos. Y preferiría no decírselo hasta que no nos quede más remedio. —Le dirigió a Elayne una mirada intencionada, y no fue necesario que añadiera que por ella tampoco tendrían que habérselo dicho a la Navegante—. A ver qué te parece este refrán: «En boca cerrada no entran moscas».

—Hablas como si no confiaras en ellos. —Decidió guardar para sí el comentario de que estaba actuando como Moraine; Nynaeve no tomaría a bien esa comparación.

—¿Acaso podemos? Juilin Sandar nos traicionó en una ocasión. Sí, sí, ya sé que ningún hombre habría sido capaz de evitarlo, pero eso no cambia las cosas. Y Liandrin y las otras lo conocen. Tendremos que cambiar su aspecto con otras ropas. Quizá tenga que dejarse crecer el pelo, e incluso el bigote, como el del juglar, que le tapa gran parte de la cara. Podría funcionar.

—¿Y Thom Merrilin? Creo que podemos fiarnos de él. No sé por qué, pero lo creo.

—Admitió que vino por encargo de Moraine —reflexionó Nynaeve—. Pero ¿qué más hay que no ha confesado? ¿Qué le ha contado a él que no nos ha dicho a nosotras? ¿Su intención es ayudarnos o esconde algún otro propósito? Moraine participa en el juego utilizando tan a menudo sus propias reglas que confío en ella un tanto así más que en Liandrin. —Sostuvo el índice y el pulgar separados apenas por un centímetro—. Nos utilizará a las dos, nos exprimirá hasta la última gota, si con ello ayuda a Rand. O, más bien, si sirve para lo que ha planeado para Rand. Lo tendría sujeto a ella como un perrito faldero si pudiera.

—Moraine sabe lo que hay que hacer, Nynaeve. —Por primera vez lo admitió con renuencia. Lo que Moraine sabía que había que hacer podría muy bien precipitar el camino de Rand hacia el Tarmon Gai'don. Tal vez hacia su muerte. Rand estaba en un lado de la balanza, y el mundo, en el otro. Era absurdo, e infantil, que esos dos platillos parecieran tener el mismo peso para ella. Pero no se atrevía a mover el fiel de la balanza, ni siquiera en su fuero interno, porque no estaba segura de hacia qué lado se inclinaría—. Lo sabe mejor que él —afirmó con voz firme—. Mejor que nosotras.

—Tal vez. —Nynaeve suspiró—. Pero no me gusta.

Se soltaron las amarras de proa, donde las velas triangulares se

desplegaron repentinamente, y el *Tajador* se retiró del muelle. Se extendieron más velas, grandes cuadrados y triángulos blancos, se soltaron las amarras de popa, y el barco viró en un amplio arco hacia el centro del río, entre las embarcaciones ancladas que esperaban su turno para amarrar en los muelles, en una suave curva que terminó enfilando hacia el sur, corriente abajo. Los Marinos manejaban su velero como un maestro de equitación haría con un pura sangre. La peculiar rueda con mangos era la que hacía funcionar el timón de algún modo al girarla un marinero desnudo de cintura para arriba. Era un hombre, advirtió con alivio Elayne. La Navegante y la Detectora de Vientos estaban a un lado de la rueda; Coine impartía alguna orden de vez en cuando, en ocasiones después de consultar algo en voz baja con su hermana. Toram estuvo observando un rato con una expresión tan impasible que su rostro podría haber estado tallado de madera, y después desapareció bajo cubierta.

En el castillo de popa estaba un teariano, un tipo regordete que parecía desanimado; llevaba una chaqueta de un tono pardo amarillento, y las voluminosas mangas de color gris; se frotaba las manos con nerviosismo. Había subido a bordo en el último momento, cuando ya se retiraba la pasarela; era el timonel que se suponía tenía que guiar al *Tajador* río abajo. Según una ley teariana, ningún barco podía surcar el delta de los Dedos del Dragón sin llevar a bordo a un timonel teariano. El estado de ánimo del hombre se debía a que su presencia era una simple formalidad, puesto que si daba alguna orden los Marinos no le harían el menor caso.

Murmurando algo de ver cómo era el camarote, Nynaeve se marchó bajo cubierta, pero Elayne estaba disfrutando de la fresca brisa y de la sensación de ponerse en camino. Viajar, ver lugares que no conocía, era un placer de por sí. Nunca pensó que podría hacerlo de aquella forma. Como heredera del trono de Andor habría hecho unas cuantas visitas oficiales que se acabarían una vez que subiera al trono, pero siempre estarían sujetas a las normas de etiqueta propias de su condición. En nada parecido a aquello: Marinos descalzos y un velero con rumbo a alta mar.

La orilla del río discurría veloz a un lado del barco a medida que el sol subía en el cielo; de trecho en trecho aparecían granjas de piedra y graneros aislados que enseguida quedaban atrás, pero ningún pueblo. Tear no permitía el crecimiento de una población a orillas del río entre el mar y la ciudad, puesto que hasta la más pequeña podría convertirse en una competidora de la capital. Los Grandes Señores controlaban el tamaño de los pueblos y villas en todo el país mediante un impuesto de construcción cuya cuantía aumentaba de manera pareja al número de edificios levantados. Elayne estaba convencida de que no habrían permitido la expansión de Godan, en la bahía de Remara, de no ser por la supuesta necesidad de contar con una fuerte presencia teariana en un lugar próximo a Mayene. En cierto modo era un alivio dejar atrás a una gente tan necia; lo malo es que también había dejado atrás a un hombre necio.

El número de barcas de pesca, la mayoría pequeñas y todas rodeadas de nubes de gaviotas y diversas aves marinas, fue en aumento cuanto más al sur viajaba el *Tajador,* sobre todo después de que el velero entrara en el dédalo de canales llamado Dedos del Dragón. A menudo las aves volando en lo alto y los largos palos que sujetaban redes era lo único visible aparte de grandes extensiones de juncos y espadañas que se mecían con la brisa, salpicadas de pequeñas isletas en las que crecían unos extraños árboles

Librodot

retorcidos con las enmarañadas raíces al aire. Muchas barcas faenaban entre los cañaverales, aunque no con redes. Elayne vio unas cuantas cerca de los brazos de agua; hombres y mujeres lanzaban líneas con anzuelos en las plantas acuáticas, y sacaban oscuros peces rayados tan largos como el brazo de un hombre.

El timonel teariano empezó a pasear con nerviosismo de un lado para otro una vez que entraron en el delta, con el sol ya alto, y rechazó con gesto altanero el cuenco de guisado de pescado, espeso y picante, y el pan que le ofrecieron. Elayne se comió su ración con apetito, y rebañó el cuenco con el último trozo de pan, a pesar de que compartía la desconfianza del teariano respecto a lo que había ingerido. Los canales, anchos y estrechos, se extendían en todas direcciones. Algunos terminaban de manera repentina, a plena vista, contra un denso muro de cañas. Era difícil adivinar si los demás no desaparecerían tan inesperadamente en el próximo recodo. Empero, Coine no aminoró la velocidad del barco ni vaciló al elegir el camino. Obviamente sabía qué canales tomar, o lo sabía el *Tajador,* pero el timonel seguía rezongando entre dientes como si esperara que en cualquier momento encallarían.

La tarde estaba avanzada cuando la desembocadura del río apareció de repente al frente, y detrás la infinita extensión del Mar de las Tormentas. Los Marinos hicieron algo con las velas y el barco se estremeció suavemente y se detuvo por completo. Fue entonces cuando Elayne reparó en una barca de remos grande que se deslizaba como un insecto de muchas patas sobre el agua; venía de una isla donde unos cuantos edificios de piedra se alzaban alrededor de una alta y estrecha torre, en lo alto de la cual había hombres empequeñecidos por la distancia; sobre sus cabezas ondeaba la bandera de Tear, tres medias lunas blancas sobre un campo rojo y oro. El timonel cogió la bolsa que Coine le tendía sin decir una palabra y descendió a la barca por una escala de cuerda. Tan pronto como estuvo a bordo, las velas se movieron otra vez y el *Tajador* hendió las primeras olas de mar abierto, levantándose levemente. Los Marinos se afanaron entre los aparejos y largaron más velas mientras el barco se deslizaba hacia el sur y el oeste con creciente velocidad que lo alejó de la costa.

Cuando la fina línea de tierra desapareció finalmente por el horizonte, todas las mujeres de los Marinos se quitaron las blusas, incluidas la Navegante y la Detectora de Vientos. Elayne no sabía dónde mirar. Todas estas mujeres andando de aquí para allí a medio vestir, sin preocuparles lo más mínimo todos los hombres que había alrededor. Juilin Sandar parecía estar pasando tan mal rato como ella, y miraba con los ojos muy abiertos a las mujeres para acto seguido bajar la vista a los pies, hasta que finalmente se marchó casi corriendo bajo cubierta. Elayne no estaba dispuesta a tener que marcharse a la fuerza, de ese modo, así que optó por mirar al mar.

«Hay costumbres diferentes —se recordó a sí misma—. No pasa nada mientras no esperen que haga lo mismo.» La sola idea casi le hizo soltar una risa histérica. De algún modo, era más fácil pensar en el Ajah Negro que en eso. Costumbres diferentes. «¡Luz!»

El cielo se tiñó de púrpura, con un mortecino sol dorado en el horizonte. Montones de delfines escoltaban al barco, saltando y deslizándose a los costados, y más adelante un banco de relucientes peces azul plateado saltó sobre la superficie planeando con las aletas extendidas unos cincuenta pasos o más antes de zambullirse de nuevo en las olas verdegrisáceas.

Elayne contó, sin salir de su asombro, una docena de vuelos antes de que desaparecieran por completo.

Pero los delfines, unas grandes formas lustrosas, eran suficientemente maravillosos, una guardia de honor que escoltaba al *Tajador* de vuelta a donde pertenecía. Estos magníficos animales los reconoció por las descripciones que había leído en libros; se decía que, si lo encontraban a uno ahogándose, lo empujaban hasta la playa. No estaba muy segura de creerlo, pero era una bonita historia. Los siguió a lo largo de la borda hacia la proa, donde jugueteaban con la ola levantada por la quilla, y vio que se giraban sobre el costado para mirarla sin perder el ritmo ni la velocidad.

Elayne había llegado casi al punto más estrecho de la proa cuando reparó en que Thom Merrilin estaba allí, contemplando a los delfines con una sonrisa un poco triste. El viento hinchaba su capa como lo hacía con las velas del aparejo, y el juglar se había descargado de los bultos del equipaje. Realmente le resultaba familiar, no cabía duda.

—¿Estáis triste, maese Merrilin?

Él la miró de reojo.

—Por favor, llamadme Thom, milady.

—De acuerdo, Thom. Pero no me digáis milady. Aquí sólo soy la señora Trakand.

—Como digáis, señora Trakand —dijo con un atisbo de sonrisa.

—¿Cómo podéis mirar a estos delfines y sentiros triste, Thom?

—Son libres —musitó el juglar en voz tan baja que Elayne no estuvo segura de haberlo oído—. No tienen que tomar decisiones, ni pagar un precio por lo que hacen. Su única preocupación es encontrar peces para comer. Y los tiburones, supongo. Y las orcas. Y probablemente un centenar de cosas más que yo ignoro. Tal vez no sea una vida tan envidiable como parece.

—¿Los envidiáis? —Él no respondió, pero la pregunta no había sido acertada, de todos modos. Necesitaba hacerlo sonreír de nuevo. No, quería hacerlo reír. Por alguna razón estaba segura de que, si lo conseguía, recordaría dónde lo había visto antes. Eligió otro tema; uno que fuera de su agrado—. ¿Tenéis intención de escribir un poema épico para Rand, Thom? —Los poemas épicos eran cosa de bardos, no de juglares, pero un poco de halago no vendría mal—. La epopeya del Dragón Renacido. Loial piensa escribir un libro, ya sabéis.

—Quizá lo haga, señora Trakand. Quizá. Pero ni mi composición ni el libro del Ogier tendrán importancia a la larga. Nuestras historias no sobrevivirán a largo plazo. Cuando llegue la próxima Era... —Hizo un gesto, como si se encogiera, y se tiró del bigote—. Puestos a pensarlo, tal vez no quede más que un año o dos. ¿Cómo se advierte el fin de una Era? No siempre puede ser un cataclismo al estilo del Desmembramiento. Claro que, si se da crédito a las Profecías, éste sí será así. Ése es el problema con las profecías. El original está siempre en la Antigua Lengua, y puede que también en el Cántico Alto: si no se sabe de antemano lo que una cosa significa, es imposible descifrarla. ¿Hay que interpretar lo que dice literalmente o sólo es un estilo florido de decir algo completamente distinto?

—Hablabais de vuestro poema épico —le recordó, intentado volver al tema del principio, pero el juglar sacudió la canosa cabeza.

—Hablaba de cambios. Mi poema épico, si es que lo compongo, así como el libro de Loial, no serán más que una semilla, si tenemos suerte. Los que sepan la verdad de lo ocurrido morirán con el tiempo, y sus nietos

Librodot

recordarán algo diferente. Y los nietos de sus nietos otra cosa distinta. Dos docenas de generaciones y podrías ser vos la heroína, no Rand.

—¿Yo? —rió.

—O tal vez Mat o Lan. O incluso yo mismo. —Su sonrisa iluminó su rostro arrugado—. Thom Merrilin. No un juglar, sino ¿qué? ¿Quién sabe? No comiendo fuego, sino expulsándolo, arrojándolo como una Aes Sedai. —Hizo revolotear su capa—. Thom Merrilin, el misterioso héroe, derribando montañas y encumbrando reyes. —La sonrisa se convirtió en una carcajada—. Rand al'Thor tendrá suerte si en la próxima Era se recuerda correctamente su nombre.

Elayne supo que no se había equivocado, que no era sólo una impresión. Aquel rostro, aquella risa alegre; las recordaba. Pero ¿de dónde? Tenía que hacerlo hablar más.

—¿Ocurre siempre así? No creo que alguien dude de, digamos, que Arthur Hawkwing conquistó un imperio. Todo el mundo, o casi todo.

—¿Hawkwing, mi joven señora? Levantó un imperio, desde luego, pero ¿creéis que fue el artífice de todo lo que dicen los libros que fue obra suya? ¿O del modo en que lo cuentan? ¿Que mató a los cien mejores hombres de un ejército enemigo uno por uno? ¿Que los dos ejércitos se quedaron allí plantados mientras que uno de los generales, un rey, combatía un centenar de duelos?

—Lo pone en los libros.

—No hay tiempo entre el alba y el anochecer para que un solo hombre sostenga cien duelos, muchacha. —Elayne estuvo a punto de increparlo. ¿Cómo que «muchacha»? Era la heredera del trono de Andor, no una «muchacha», pero el juglar estaba metido de lleno en su exposición—. Y eso ocurrió hace sólo mil años. Retroceded más, a los relatos antiguos que conozco, de la Era anterior a la Era de Leyenda. ¿Combatieron realmente con lanzas de fuego Mosk y Merk? ¿Fueron de verdad gigantes? ¿Alsbet fue reina de todo el mundo, y Anla fue en realidad hermana suya? ¿De verdad fue Anla la Sabia Consejera o fue alguna otra persona? Esas preguntas tienen una respuesta tan incierta como indagar de qué clase de animal procede el marfil o qué clase de planta da seda. A no ser que proceda también de un animal.

—No conozco la respuesta a esas otras preguntas —repuso Elayne un poco tirante, ya que lo de muchacha le escocía todavía—, pero podéis preguntar a los Marinos lo del marfil y la seda.

El juglar rompió a reír otra vez —como la joven había esperado que ocurriera, aunque el único resultado fue reafirmar su convicción de que lo conocía—; pero en lugar de llamarla tonta, como Elayne suponía que haría, dijo:

—Práctica y directa al grano, igual que vuestra madre. Con los pies en el suelo y pocos pájaros en la cabeza.

La joven levantó la barbilla un poco y adoptó una expresión más distante. Una cosa es que estuviera haciéndose pasar por la señora Trakand y ésta, otra muy distinta. Era un hombre agradable y quería despejar la incógnita de dónde lo conocía, pero al fin y al cabo sólo era un juglar y no debería hablar de una reina en un tono tan familiar. Extraña, irritantemente, Thom parecía divertido. ¡Divertido!

—Los Atha'an Miere tampoco lo saben —dijo—. Sólo conocen unos cuantos kilómetros más allá del Yermo de Aiel, los alrededores de un puñado

de puertos en los que se les permite atracar. Esos lugares están defendidos por altas murallas, las cuales están vigiladas tan estrechamente que ni siquiera han podido escalarlas para ver qué hay al otro lado. Si alguno de sus barcos recala en cualquier otro sitio (o lo hace otro barco que no sea suyo, pues sólo los Marinos tienen permiso para ir allí), entonces ni a esa embarcación ni a su tripulación se las vuelve a ver. Y es todo cuanto puedo deciros después de indagar y preguntar durante más años de los que me gustaría recordar. Los Atha'an Miere guardan bien sus secretos, pero no creo que tengan que ocultar gran cosa con respecto a esas tierras. Por lo que he podido saber, los cairhieninos recibieron el mismo trato cuando todavía tenían el privilegio de viajar por la Ruta de la Seda a través del Yermo. Los mercaderes de Cairhien nunca vieron otra cosa que una ciudad amurallada, y aquellos que se desviaron del camino marcado desaparecieron.

Elayne lo estaba observando con tanto interés como antes hiciera con los delfines. ¿Qué clase de hombre era éste? Tenía la impresión de que en ese rato se había reído de ella dos veces —y ahora mismo parecía mirarla con guasa, por mucho que le irritara admitirlo— pero sin embargo le hablaba con tanta seriedad como lo haría... En fin, como un padre a una hija.

—Tal vez encontréis un par de respuestas en este barco, Thom. Se dirigían hacia el este antes de que convenciéramos a la Navegante de que nos llevara a Tanchico. Por lo que dijo el Maestre de Cargamento iban a Shara, al este de Mayene. Imagino que debe de ser allende el Yermo.

El juglar la miró fijamente un momento.

—¿Shara, decís? No había oído ese nombre hasta ahora. ¿Es una nación, una ciudad o ambas cosas? A lo mejor me entero de algo más.

«¿Qué he dicho? Ha sido algo que lo ha hecho pensar —se preguntó la joven—. ¡Luz! Le he contado que convencimos a Coine para que cambiara sus planes.» Seguramente no tenía importancia, pero de todos modos se reprendió duramente por el desliz. Un comentario intrascendente a este afable viejo no entrañaría peligro, pero esas mismas palabras podrían causarle la muerte en Tanchico, y también a Nynaeve, por no mencionar al rastreador y al propio Thom. Era un hombre tan agradable...

—Thom, ¿por qué venís con nosotras? ¿Sólo porque os lo pidió Moraine?

Los hombros del juglar se estremecieron, y Elayne comprendió que se reía de sí mismo.

—En cuanto a eso ¿quién sabe? Cuando una Aes Sedai pide un favor no resulta fácil negarse. O tal vez sea por disfrutar del placer de vuestra compañía en este viaje. O quizá porque he decidido que Rand es lo bastante mayor para cuidar de sí mismo durante una temporada.

Se echó a reír a carcajadas, y Elayne no pudo menos que sumarse a su hilaridad. Era chusca la idea de que este hombre mayor, de pelo blanco, cuidara de Rand. La sensación de que podía confiar en él volvió con más fuerza que nunca cuando el juglar la miró. No porque fuera capaz de reírse de sí mismo, o no sólo por ello. Pero no habría sabido dar otra razón aparte del hecho de que, al mirar aquellos ojos azules, le resultaba imposible imaginar que este hombre le hiciera daño nunca.

Sintió de nuevo el casi irreprimible impulso de tirarle del bigote, pero se obligó a dejar quietas sus manos. Después de todo ya no era una niña. Una niña. Abrió la boca en un gesto de sorpresa y, de repente, todo se le fue de la

cabeza.

—Si me disculpáis, Thom —dijo precipitadamente—. Tengo que... Por favor disculpad.

Se encaminó a paso vivo hacia la popa, sin esperar una respuesta. El juglar pensaría que el balanceo del barco le había revuelto el estómago. La frecuencia de los cabeceos del *Tajador* había aumentado en consonancia con la velocidad con que el barco surcaba las hinchadas olas; la brisa había refrescado.

Había dos hombres en la rueda del castillo de popa, pues era necesaria la fuerza de ambos para mantener el rumbo del velero. La Navegante no estaba en cubierta, pero sí la Detectora de Vientos, que se encontraba junto a la barandilla que había detrás de los dos hombres al timón, desnuda de cintura para arriba como los varones, escudriñando el cielo, donde unas nubes tormentosas se agitaban más ferozmente que el océano. Por una vez no fue la ropa de Jorin —o mejor dicho, la falta de ropa— lo que sobresaltó a Elayne. A pesar de la cárdena luz, vio con total claridad la aureola peculiar que envuelve a una mujer cuando abraza el *Saidar.* Eso era lo que había percibido, lo que la atraía hacia ella: una mujer encauzando.

Elayne se detuvo cerca del castillo de popa para observar qué hacía. Los flujos de Aire y Agua que manejaba la Detectora de Vientos eran gruesos como cables y, sin embargo, los entretejía minuciosa, casi delicadamente, y llegaban hasta donde alcanzaba la vista, como una red extendida a través del cielo. El viento sopló más y más fuerte; el esfuerzo de los hombres de la rueda se intensificó, y el *Tajador de olas* se deslizó sobre el mar como si volara. La manipulación de flujos cesó, el fulgor del *Saidar* desapareció, y Jorin se desplomó contra la barandilla, apoyada en las manos.

Elayne subió la escala en silencio, pero la mujer de los Marinos le habló en voz queda, sin volver la cabeza, cuando la otra joven estuvo lo bastante cerca para oírla:

—A mitad de mi trabajo creí advertir que me estabais observando. Pero entonces me era imposible parar; podría haberse formado una tormenta a la que ni siquiera el *Tajador* habría sobrevivido. El Mar de las Tormentas tiene un nombre muy apropiado; en él se levantan vientos bastantes peligrosos de por sí sin mi ayuda. No tenía la menor intención de hacer esto, pero Coine dijo que hemos de viajar deprisa. Por vos y por el Coramoor. —Levantó los ojos y escudriñó el cielo—. Este viento se mantendrá hasta por la mañana, si así lo quiere la Luz.

—¿Es ésta la razón de que los Marinos no transporten Aes Sedai? —preguntó Elayne, que se puso a su lado en la barandilla—. ¿Para que la Torre no descubra que las Detectoras de Viento pueden encauzar? Ahora entiendo que fuera decisión vuestra permitirnos embarcar, no de vuestra hermana. Jorin, la Torre no intentará impedíroslo. No existe una ley que prohíba encauzar a cualquier mujer, aunque no sea Aes Sedai.

—Vuestra Torre Blanca intervendrá. Procurará llegar hasta nuestros barcos, donde estamos libres de la tierra y de sus habitantes. Intentará sujetarnos a ella, apartarnos del mar. —Suspiró hondo—. La ola que ha pasado no se la puede hacer volver.

Elayne habría querido decirle que estaba equivocada, pero era cierto que la Torre buscaba mujeres y muchachas que pudieran aprender a canalizar, tanto para incrementar el número de Aes Sedai, que ahora era mucho menor comparado con otros tiempos, como por el peligro de aprender

Librodot

sin una guía. En realidad, una mujer a la que podía enseñársele a entrar en contacto con la Fuente Verdadera por lo general acababa en la Torre lo quisiera o no, al menos hasta que estuviera entrenada lo bastante para no provocar su propia muerte o la de otros por accidente.

—No nos ocurre a todas —añadió Jorin al cabo de un momento—. Sólo a algunas. Enviamos a unas pocas chicas a Tar Valon para que así las Aes Sedai no vengan a buscar entre nosotras. Ningún barco cuya Detectora de Vientos es capaz de entretejerlos transportará a una Aes Sedai. Cuando os presentasteis, creí que sabíais lo mío, pero como no dijisteis nada y pedisteis pasaje confié en que no fueseis Aes Sedai a pesar de los anillos. Una esperanza absurda. Podía sentir la fuerza en las dos, y ahora la Torre lo sabrá.

—No puedo prometer que guardaré el secreto, pero haré cuanto esté en mi mano. —La mujer se merecía más—. Jorin, juro por el honor de la casa Trakand de Andor que haré todo lo posible para guardar vuestro secreto de cualquiera que pueda perjudicaros a vos y a vuestro pueblo, y que si me veo obligada a revelárselo a alguien, pondré todo mi empeño en proteger a vuestra gente de cualquier interferencia. La casa Trakand tiene influencia incluso en la Torre. —«Y haré que madre la utilice si es preciso. De un modo u otro.»

—Será como quiera la Luz —respondió Jorin, fatalista—. Todo es y todo será por la voluntad de la Luz.

—En el barco seanchan había una *damane,* ¿verdad? —La Detectora de Vientos la miró sin comprender—. Una de las mujeres cautivas que pueden encauzar.

—Vuestra perspicacia es grande para ser tan joven. Ése era el motivo de que al principio pensara que no erais Aes Sedai, la juventud; tengo hijas mayores que vos, creo. Ignoraba que aquella mujer fuera una cautiva; ojalá la hubiéramos salvado. Al principio el *Tajador de olas* sacó ventaja fácilmente al seanchan. Nos habían llegado rumores de los seanchan y sus naves de velas en varillaje, de que exigían prestar extraños juramentos y que castigaban a quienes no aceptaban. Pero entonces la... *¿damane?* rompió dos de los mástiles y nos abordaron. Me las ingenié para iniciar varios focos de fuego en el navío seanchan, aunque manejar el Fuego para cualquier cosa más importante que encender una lámpara me resulta muy difícil, pero la Luz quiso que fuera suficiente, y Toram dirigió a la tripulación en el combate y consiguieron que los seanchan tuvieran que volver a su barco. Cortamos los cabos de abordaje, y el suyo se alejó a la deriva, envuelto en llamas. Estaban demasiado ocupados en intentar salvarlo para molestarnos cuando emprendimos la huida. Entonces lamenté verlo quemarse y hundirse, pues era un buen barco para largas travesías por aguas difíciles, creo. Ahora lo siento porque habríamos podido salvar a la mujer, la *damane.* Aunque dañó al *Tajador* quizá no lo habría hecho de ser libre. Que la Luz ilumine su alma, y que el mar la haya acogido en su seno.

Relatar lo ocurrido la había puesto triste, y Elayne creyó necesario distraerla.

—Jorin, ¿por qué cuando habláis de naves os referís a ellas como si fueran del género masculino? La mayoría lo hace al contrario, y aunque supongo que no tiene importancia me gustaría saber el motivo.

—Los hombres os darían una respuesta distinta —contestó la Detectora de Vientos, sonriente—, hablando de fuerza y grandeza y cosas por el estilo

del modo que lo hacen ellos, pero la verdad es ésta: un barco está vivo, y es como un varón, con el corazón de un hombre de verdad. —Frotó la barandilla con cariño, como si acariciara a un ser vivo que notara su caricia—. Si lo tratas bien y lo cuidas como es debido, luchará por ti contra el mar más embravecido. Luchará para mantenerte con vida aun después de que el mar le haya dado el golpe de gracia a él. Si lo descuidas, sin embargo, si haces caso omiso de las advertencias de peligro que te da, te ahogará en un mar en calma y bajo un cielo despejado.

Elayne esperaba que Rand no fuera tan voluble. «Entonces ¿por qué en un momento da saltos de alegría porque me marcho y al siguiente manda a Juilin Sandar tras de mí?» Se instó a no pensar en él. Estaba muy lejos, y no podía hacer nada respecto a él.

Echó una ojeada sobre el hombro hacia la proa. Thom se había marchado. Estaba segura de que había dado con la clave del rompecabezas del juglar justo un instante antes de percibir que la Detectora de Vientos estaba encauzando. Era algo relacionado con su sonrisa, pero, fuera lo que fuera, lo había olvidado. En cualquier caso, estaba decidida a intentarlo de nuevo antes de llegar a Tanchico aunque tuviera que forzar la situación. De todos modos, Thom no iba a ninguna parte; mañana seguiría allí.

—Jorin, ¿cuánto tardaremos en llegar a Tanchico? Me dijeron que los bergantines son los veleros más rápidos del mundo, pero ¿hasta qué punto?

—¿A Tanchico? Para servir al Coramoor no haremos ninguna escala en el camino. Quizá diez días, si soy capaz de entretejer bien los vientos y si quiere la Luz que encuentre las corrientes adecuadas. Tal vez incluso sean siete u ocho, con la gracia de la Luz.

—¿Diez días? —exclamó, sorprendida—. No es posible. —Después de todo, había visto mapas.

La sonrisa de la otra mujer traslucía orgullo y satisfacción a partes iguales.

—Como vos misma dijisteis, son los veleros más rápidos del mundo. Los segundos más veloces tardarían ese tiempo más la mitad en cualquier distancia, y a la mayoría les llevaría el doble. Las embarcaciones costeras que se ciñen al litoral y anclan en aguas someras todas las noches —resopló despectivamente—, necesitan diez veces ese tiempo.

—Jorin, ¿querríais enseñarme lo que acabáis de hacer?

La Detectora de Vientos la miró fijamente, con los oscuros ojos muy abiertos y brillantes a la menguante luz del día.

—¿Enseñaros? Pero si sois una Aes Sedai.

—Jorin, jamás he entretejido un flujo que llegara a ser ni la mitad de grueso que los que estabais manejando. ¡Y el alcance tan increíble! Estoy impresionada.

La Detectora de Vientos la contempló unos instantes más, no con desconcierto ya, sino como si intentara grabar el rostro de Elayne en su mente. Al cabo, se besó los dedos de la mano derecha y luego los puso sobre la boca de la heredera del trono.

—Si la Luz quiere y lo permite, ambas aprenderemos.

Librodot

CAPÍTULO 21

En el Corazón de la Ciudadela

La nobleza teariana abarrotaba la gran cámara abovedada con sus enormes columnas de piedra roja elevándose en las sombras, por encima de las lámparas doradas colgadas de cadenas. Los Grandes Señores y sus damas formaban un apretado anillo debajo de la bóveda central, con los nobles de menor grado alineados detrás en hileras e hileras que rebasaban el bosque de columnas, todos ellos ataviados con sus mejores terciopelos, sedas y encajes, amplias mangas, gorgueras y sombreros picudos, todos murmurando con inquietud de manera que el alto techo repetía el eco de un sonido que recordaba el de una bandada de nerviosos gansos. Sólo los Grandes Señores habían sido convocados aquí con anterioridad, al Corazón de la Ciudadela, y sólo lo habían hecho cuatro veces al año, conforme exigían por igual la ley y la costumbre. Ahora acudían todos, salvo los que estaban ausentes en alguna otra parte del país, a requerimiento de su nuevo señor, quien ahora hacía la ley y rompía la costumbre.

La apiñada multitud abrió paso a Moraine tan pronto como vio quién era, de modo que ella y Egwene avanzaron por el hueco abierto. La ausencia de Lan irritaba a la Aes Sedai. No era propio de él desaparecer cuando podría necesitarlo; su costumbre era velar por su seguridad como si ella fuera incapaz de defenderse sola, sin la ayuda de un Guardián. De no tener la facultad de percibir el vínculo que los unía, lo cual le permitía saber que no podía estar muy lejos de la Ciudadela, se habría preocupado.

Lan sostenía un combate tan reñido con los lazos que lo estaban atando a Nynaeve como el que sostenía siempre contra los trollocs en la Llaga; pero, por mucho que él se resistiera, esa joven lo había atado tan firmemente como en su momento lo hizo ella misma, aunque de otra manera. Empero, le iba a resultar tan imposible romper este vínculo como partir acero con las manos desnudas. No es que estuviera celosa, exactamente, pero Lan había sido su brazo armado, su escudo y su compañero durante tantos años que no estaba dispuesta a renunciar a él sin poner obstáculos. «En este asunto, he hecho lo que tenía que hacer. Ella lo tendrá si muero, pero no antes. ¿Dónde se ha metido ese hombre? ¿Qué estará haciendo?»

Una mujer con cara de caballo que llevaba un vestido rojo y gorguera de encaje, una Señora de la Tierra llamada Leitha, retiró sus faldas con demasiada insistencia, y Moraine la miró. Simplemente la miró, sin aminorar el paso, pero la mujer se estremeció y agachó los ojos. Moraine se felicitó para sus adentros. Aceptaba que esta gente odiara a las Aes Sedai, pero no aguantaría la descarada grosería encima de los desaires velados. Además, los otros se retiraron otro paso al ver que Leitha agachaba las orejas.

—¿Estás segura de que no hizo alguna alusión a lo que piensa anunciar? —preguntó en voz queda. En medio del runrún reinante nadie que

estuviera a tres pasos escucharía sus palabras, y los tearianos se encontraban ahora a esa distancia. No le gustaba que oyeran lo que hablaba.

—Ninguna —respondió Egwene en voz igualmente comedida. Por su tono parecía tan irritada como se sentía la propia Moraine.

—Han corridos rumores.

—¿Qué clase de rumores?

La muchacha no era tan experta controlando el gesto y la voz; saltaba a la vista que no había oído los comentarios de lo que ocurría en Dos Ríos. Por el contrario, apostar a que tampoco Rand lo sabía haría de su caballo un perdedor.

—Deberías procurar que se sincerara contigo. Necesita que alguien lo escuche, y le haría bien hablar de sus problemas con alguien en quien confía.

Egwene le lanzó una mirada de soslayo. Había aprendido mucho para que esos sencillos manejos funcionaran ya con ella. Aun así, Moraine había dicho algo indiscutible: que Rand necesitaba a alguien que lo escuchara y con ello aliviar el peso de su carga; podría funcionar.

—No es de los que hacen confidencias, Moraine. Oculta sus ansiedades y preocupaciones, y confía en ser capaz de solucionarlas antes de que alguien lo note. —Una expresión de cólera asomó fugazmente a su rostro—. ¡Es más obstinado que una mula!

La Aes Sedai sintió una momentánea compasión. Era comprensible que la muchacha no aceptara el hecho de que Rand paseara con Elayne del brazo, besándose en los rincones cuando creían que nadie los veía. Y Egwene todavía no sabía ni la mitad. El sentimiento de conmiseración apenas duró. Había demasiado en juego para que la chica perdiera el tiempo pendiente de algo que nunca podría ser, de todos modos.

A esas horas Elayne y Nynaeve debían de estar a bordo del bergantín, fuera de escena. Tal vez ese viaje pudiera confirmarle sus sospechas respecto a las Detectoras de Vientos, pero eso carecía de verdadera importancia. En el peor de los casos, las dos llevaban oro suficiente para comprar un barco y contratar una tripulación —cosa tal vez necesaria dados los rumores sobre Tanchico— y aún les sobraría para los sobornos, tan frecuentemente necesarios con los oficiales taraboneses. El cuarto de Thom Merrilin estaba vacío, y sus informadores le habían dicho que iba rezongando algo sobre Tanchico cuando salía de la Ciudadela; él se encargaría de que consiguieran una buena tripulación y que encontraran a los oficiales adecuados. El supuesto plan de rescate de Mazrim Taim era el que tenía más visos de realidad de los dos, pero sus mensajes a la Amyrlin se encargarían de ello. Las dos jóvenes se ocuparían de la casi improbable eventualidad de un misterioso peligro oculto en Tanchico, y así se las había quitado de encima y las había alejado de Rand. Lo único que lamentaba era que Egwene se hubiera negado a acompañarlas. La mejor solución habría sido que las tres hubieran regresado a Tar Valon, pero tendría que conformarse con Tanchico.

—Y, hablando de obstinación, ¿sigues empeñada en seguir adelante con ese plan de viajar al Yermo?

—Sí —respondió firmemente la joven. Le hacía falta volver a la Torre, entrenar su fuerza. «¿Qué pensará de esto Siuan? Probablemente me soltará uno de sus refranes sobre barcos y peces cuando le pregunte.»

Por lo menos también se libraría de Egwene, y la chica Aiel cuidaría de

ella. Tal vez las Sabias le enseñarían algo sobre el Sueño. La carta recibida había sido sorprendente, a pesar de que no podía hacer caso de la mayoría de lo que se decía en ella. El viaje de Egwene al Yermo tal vez resultara provechoso a largo plazo.

La última fila de tearianos se abrió, dejando un pequeño hueco, y Egwene y ella se encontraron ante el espacio vacío, debajo del centro de la inmensa bóveda. La inquietud de los nobles era aún más evidente allí; muchos tenían la vista clavada en los pies, como niños enfurruñados, y otros miraban al vacío sin ver nada. Era allí donde había estado guardada *Callandor* hasta que Rand la había cogido. Allí debajo de esa cúpula, sin que mano alguna la tocara durante más de tres mil años; sin que la tocara nadie hasta la llegada del Dragón Renacido. A los tearianos no les gustaba admitir la existencia del Corazón de la Ciudadela.

—Pobre mujer —musitó Egwene.

Moraine siguió la mirada de la joven. La Gran Señora Alteima, vestida y cubierta con el brillante blanco que llevaban las viudas aunque su esposo todavía respiraba, era quizá la que guardaba mejor la compostura de todos los nobles presentes. Era una mujer esbelta y poseedora de un gran encanto que incrementaba la leve sonrisa entristecida; tenía grandes ojos castaños, y el negro cabello le llegaba a mitad de la espalda; sus senos eran grandes, tal vez demasiado. Era alta, aunque Moraine admitió que tendía a juzgar ese detalle en relación con su propia talla; los cairhieninos no eran altos, y a ella se la consideraba baja incluso entre ellos.

—Sí, pobre mujer —dijo, pero sin el menor atisbo de simpatía. Era agradable comprobar que Egwene aún no era lo bastante sofisticada para percibir siempre lo que se ocultaba bajo la superficie. Con todo, la chica ya era menos maleable de lo que tendría que haber sido durante varios años más. Habría que darse prisa en moldearla, antes de que se endureciera del todo.

Thom se había equivocado con Alteima. O quizá no quiso verlo; parecía tener una extraña renuencia a actuar contra mujeres. La Gran Señora Alteima era mucho más peligrosa que su marido o que su amante, a quienes había manipulado sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Tal vez mucho más peligrosa que cualquier otro en Tear, hombre o mujer. No tardaría en encontrar a otros a los que manipular. El estilo de Alteima era permanecer en la sombra y desde allí mover los hilos. Habría que hacer algo respecto a esta mujer.

Moraine recorrió con la mirada las filas de Grandes Señores y Señoras hasta que encontró a Estanda, ataviada con sedas amarillas y una enorme gorguera de encaje color marfil, a juego con el diminuto tocado. Una cierta severidad estropeaba la belleza de su rostro, y las esporádicas ojeadas que asestaba a Alteima eran durísimas. Entre las dos había algo más que una mera rivalidad; de haber sido hombres, haría años que una de ellas habría derramado la sangre de la otra en un duelo. Si ese antagonismo pudiera agudizarse, entonces Alteima estaría demasiado ocupada para crearle problemas a Rand.

Por un instante lamentó haber enviado lejos a Thom, ya que no le gustaba perder el tiempo en esos asuntos mezquinos. Pero el hombre ejercía demasiada influencia en Rand; el chico tenía que depender sólo de su consejo. Del suyo, y de nadie más. La Luz sabía que era un muchacho difícil sin las injerencias de otros. Thom había influido en él para que se pusiera a

Librodot

gobernar Tear cuando lo que necesitaba era lanzarse a empresas mayores. Pero ese asunto estaba resuelto de momento. El problema de meter en cintura a Thom podía esperar. Rand era el dilema inmediato. ¿Qué querría anunciar?

—¿Dónde está? Al parecer ha aprendido la habilidad principal de los reyes: hacer esperar a la gente.

No se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Egwene le lanzó una mirada sobresaltada. Controló la irritación, borrándola inmediatamente de su rostro. Rand acabaría apareciendo, y entonces se enteraría de lo que pensaba hacer. Junto con todos los demás. Faltó poco para que rechinara los dientes. Ese necio y ciego muchacho, corriendo precipitadamente en la noche sin pensar en los precipicios, sin pensar que podía arrastrar al mundo en su caída. Ojalá pudiera impedirle al menos que regresara a todo correr a su pueblo para salvarlo. Rand quería hacerlo, pero no podía permitirse ese lujo en este momento. Tal vez no lo supiera; cabía en lo posible.

Mat estaba enfrente de ellas, despeinado y con las manos metidas, desgarbadamente, en los bolsillos de su chaqueta verde de cuello alto. La llevaba a medio abotonar, como de costumbre, y sus botas estaban sucias, en marcado contraste con la exquisita elegancia que lo rodeaba. Rebulló con nerviosismo al reparar en que lo estaba mirando, y a continuación le dedicó una de sus groseras y desafiantes sonrisas. Por lo menos estaba allí, donde podía vigilarlo. Mat Cauthon era un joven agotador para quien quisiera tenerlo controlado, y esquivaba a sus espías con una facilidad pasmosa; nunca daba señal de que supiera que estaban tras él, pero sus informadores le habían contado que parecía desvanecerse de repente cada vez que se acercaban demasiado.

—Creo que ha dormido vestido —comentó Egwene con desaprobación—. A propósito. Me pregunto dónde estará Perrin. —Se puso de puntillas para buscar por encima de las cabezas de los reunidos—. No lo veo.

Con el ceño fruncido, Moraine escudriñó la muchedumbre, pero no veía mucho más allá de la primera fila. Quizá Lan estaba de vuelta entre las columnas; sin embargo, no pensaba estirar el cuello ni ponerse a dar saltos sobre las puntas de los pies como una chiquilla nerviosa. Cuando le echara la vista encima, Lan iba a escuchar unas cuantas cosas que no olvidaría fácilmente. Con Nynaeve tirando del Guardián por un lado, y los *ta'veren* —Rand, al menos— tirando por otro, a veces se preguntaba hasta qué punto seguía siendo firme su vínculo. Por lo menos con Rand servía de algo; le daba a ella otro lazo con el que atar al joven.

—A lo mejor está con Faile —dijo Egwene—. Él nunca huiría, Moraine. Perrin tiene un gran sentido del deber.

Casi como el de un Guardián, en opinión de Moraine, motivo por el que no lo mantenía tan estrechamente vigilado como a Mat.

—Faile ha estado intentando convencerlo para que se marche, muchacha. —Sí, lo más probable es que estuviera con ella; casi siempre lo estaba—. No pongas esa cara de sorpresa. A menudo hablan, y discuten, donde los puede oír alguien.

—No me sorprende que vos lo sepáis —replicó secamente Egwene—, sólo que Perrin nunca se dejaría convencer por Faile ni por nadie de que diera la espalda a su deber.

—Tal vez ella no lo sabe con la certeza que él. —Tampoco Moraine lo

habría creído al principio si no lo hubiera visto. Tres *ta'veren,* todos de la misma edad, del mismo pueblo; tenía que haber estado ciega para no darse cuenta que había una conexión entre ellos. Todo se había vuelto mucho más complicado con ese conocimiento; como querer hacer juegos malabares con las bolas de colores de Thom utilizando sólo una mano y llevando los ojos vendados. Había visto a Thom hacerlo, pero ella no quería intentarlo. No había nada que indicara cómo o en qué estaban conectados o lo que se suponía que tenían que hacer; las Profecías no mencionaban compañeros en ningún momento.

—Me cae bien —dijo Egwene—. Faile es ideal para él, justo lo que necesita. Y ella lo quiere mucho.

—Supongo que sí. —Si Faile se convertía en una molestia, tendría que mantener una conversación con ella respecto a los secretos que no le había contado a Perrin. O encargar a uno de sus espías que lo hiciera en su lugar. Eso la pondría en su sitio.

—Lo decís como si no lo creyerais. Se aman, Moraine, ¿Es que no os dais cuenta? ¿Es que sois incapaz de reconocer un sentimiento humano cuando lo veis?

La Aes Sedai le asestó una dura mirada que la puso más recta que una vela, como era debido. La chica apenas sabía nada y creía que sabía mucho. Iba a decírselo así con tono desdeñoso cuando entre los tearianos se alzaron exclamaciones ahogadas de sobresalto e incluso de miedo.

La multitud se apartó precipitadamente, más que ansiosa, de manera que los de la primera fila obligaron sin miramientos a que los que estaban detrás retrocedieran más. Se abrió así un amplio paso al hueco central vacío, bajo la cúpula. Rand caminó por aquel corredor, la mirada fija al frente, majestuoso en su atuendo rojo con bordados dorados en las mangas de la chaqueta, y *Callandor* sujeta sobre su brazo izquierdo, como un cetro. No era sólo su presencia la que hizo que los tearianos se apartaran, sin embargo. Tras él venía alrededor de un centenar de Aiel, con lanzas y arcos aprestados; llevaban las cabezas cubiertas con los *shoufa,* y los negros velos ocultaban sus rostros a excepción de los ojos. Moraine creyó reconocer a Rhuarc en primera línea, justo detrás de Rand, pero sólo por la forma de moverse. Todos ellos formaban una masa anónima, preparada para matar. Fuera lo que fuera lo que Rand pensaba anunciar, era obvio que tenía intención de sofocar cualquier brote de resistencia antes de que tuviera la menor ocasión de consolidarse.

Los Aiel se pararon, pero Rand continuó hasta llegar al punto central, bajo la cúpula, y después recorrió con la mirada a la asamblea. Pareció sorprendido, e incluso disgustado, al ver a Egwene, pero lanzó a Moraine una exasperante sonrisa, y a Mat otra que, al ser respondida por su amigo, hizo que parecieran de nuevo los dos muchachos de antaño. Los tearianos estaban desencajados, sin saber si mirar a Rand y a *Callandor* o a los velados Aiel; tanto los unos como los otros eran como tener a la muerte en medio de ellos.

—El Gran Señor Sunamon —empezó de repente Rand en voz alta, provocando en el gordo individuo tal sobresalto que dio un brinco— me ha garantizado un tratado con Mayene que siga estrictamente las pautas marcadas de antemano por mí. Lo ha garantizado con su vida. —Se echó a reír como si hubiera hecho un chiste, y la mayoría de los nobles se sumó a su alborozo. Sunamon no, por supuesto, ya que se sentía claramente

indispuesto—. Si fracasa —anunció Rand—, ha aceptado que se lo cuelgue, y se lo obligará a cumplir ese compromiso.

Las risas cesaron de golpe. El semblante de Sunamon había adquirido un enfermizo tinte verdoso. Egwene lanzó una mirada preocupada a Moraine; los dedos de la joven aferraban, crispados, la falda. La Aes Sedai aguardaba con aparente calma; Rand no había convocado a toda la nobleza de un radio de quince kilómetros para anunciar un tratado o para amenazar a un necio gordinflón. Hizo que sus propias manos soltaran los pliegues del vestido. Rand giró sobre sí mismo, en círculo, sopesando las expresiones de los rostros que veía.

—Mediante este tratado —continuó—, muy pronto dispondremos de barcos para transportar el grano teariano hacia el oeste y encontrar nuevos mercados. —Aquello levantó murmullos aprobadores que enseguida fueron acallados—. Pero hay más. Los ejércitos de Tear van a marchar.

Estalló un gran clamor, y el tumulto de los vítores retumbó en el techo. Los hombres brincaron entusiasmados, incluso los Grandes Señores, sacudieron los puños en alto y lanzaron al aire los picudos sombreros de terciopelo. Las mujeres, sonriendo tan entusiasmadas como los hombres, besaban las mejillas de quienes marcharían a la guerra, y olisqueaban delicadamente los diminutos frasquitos de porcelana con sales aromáticas que no podían faltarle a ninguna noble teariana que se preciara de tal, fingiendo estar indispuestas por la noticia.

—¡Illian caerá! —gritó alguien.

—¡Illian caerá! —corearon cientos de voces haciéndose eco. El grito se repitió una y otra vez, convirtiéndose en un retumbo atronador—: ¡Illian caerá! ¡Illian caerá! ¡Illian caerá!

Moraine reparó en que Egwene movía los labios, y, aunque el tumulto ahogaba el sonido de sus palabras, la Aes Sedai pudo descifrarlas:

—No, Rand. Por favor, no. No lo hagas, por favor.

Al otro lado del círculo, Mat observaba con el entrecejo fruncido desaprobadoramente. Los dos jóvenes y Moraine eran los únicos que no se habían unido a la celebración, aparte de los siempre alertas Aiel y del propio Rand. La sonrisa de éste era un gesto despectivo que no se reflejaba en sus ojos. El sudor brillaba en su rostro. Moraine sostuvo la sarcástica mirada del joven y esperó. Había algo más y sospechaba que no iba a ser de su agrado.

Rand levantó la mano izquierda. El clamor se apagó poco a poco; aquellos que estaban delante chistaron ansiosamente a los que había detrás. Rand aguardó a que reinara un absoluto silencio.

—Los ejércitos partirán hacia el norte y entrarán en Cairhien. El Gran Señor Meilan estará al mando, y a sus órdenes tendrá a los Grandes Señores Gueyam, Aracome, Hearne, Maraconn y Simaan. Los ejércitos serán generosamente financiados por el Gran Señor Torean, el más acaudalado de todos, y acompañará la marcha de las tropas para vigilar que se dé un buen empleo a su dinero.

Un profundo silencio acogió su anuncio. Nadie se movía, aunque Torean parecía tener dificultades para mantenerse de pie.

Moraine no pudo menos de felicitar para sus adentros a Rand por la elección hecha. Enviando lejos de Tear a esos siete cortaba de raíz las conspiraciones más peligrosas contra él, y ninguno de estos hombres se fiaban entre sí lo suficiente para intrigar juntos. Thom Merrilin lo había aconsejado bien; obviamente, sus espías habían pasado por alto algunas de

Librodot

las notas que el juglar había metido en los bolsillos de Rand. Pero lo demás... Era una locura. Esto no podía ser el resultado de una respuesta recibida al otro lado del *ter'angreal.* Imposible, de todo punto.

Saltaba a la vista que Meilan coincidía con su opinión, aunque por distintas razones. Se adelantó vacilante; era un hombre duro, difícil, pero estaba tan asustado que los ojos desorbitados mostraban blanco todo alrededor.

—Mi señor Dragón... —Enmudeció, tragó saliva, y comenzó de nuevo con un timbre algo más firme—. Mi señor Dragón, intervenir en una guerra civil es meterse en terreno pantanoso. Hay una docena de facciones compitiendo por el Trono del Sol, y otras tantas alianzas circunstanciales que se incumplen a diario. Además, los bandidos infestan Cairhien como las pulgas a un jabalí. El campesinado, esos palurdos toscos y hambrientos, han dejado arrasado todo el país. Sé por fuentes fidedignas que están comiendo hojas y también corteza de árboles. Mi señor Dragón, la metáfora de «terreno pantanoso» dista mucho de describir aquello que...

—¿No queréis extender el dominio de Tear hasta la misma Daga del Verdugo de la Humanidad, Meilan? —lo interrumpió Rand—. Eso está bien. Sé a quién quiero sentar en el Trono del Sol. No vais como conquistador, Meilan, sino como pacificador, para restaurar el orden. Y para alimentar al hambriento. Hay más grano en los depósitos actualmente de lo que Tear podría vender, y los labradores recogerán otra cosecha igualmente abundante este año, a menos que desobedezcáis mis órdenes. Las carretas lo transportarán hacia el norte, siguiendo a los ejércitos, y ese «campesinado»... esos «palurdos» ya no tendrán que seguir comiendo cortezas de árboles, milord Meilan. —El alto Gran Señor volvió a abrir la boca, y Rand inclinó a *Callandor* de manera que la cristalina punta rozó el suelo ante él—. ¿Alguna pregunta, Meilan?

El Gran Señor sacudió la cabeza al tiempo que retrocedía hacia la multitud, como si intentara esconderse.

—Sabía que no iniciaría una guerra —manifestó fieramente Egwene—. Lo sabía.

—¿Acaso crees que habrá menos muertes con esto? —murmuró la Aes Sedai. ¿Qué se traía entre manos el chico? Por lo menos no salía corriendo en ayuda de su pueblo mientras los Renegados hacían su voluntad en el resto del mundo—. Los cadáveres se apilarán igualmente, muchacha. No verás ninguna diferencia entre esto y una guerra.

Atacar Illian, y a Sammael, le habría proporcionado algo de tiempo aunque se hubiera llegado a un punto muerto. Un tiempo que necesitaba para aprender a manejar su poder y tal vez para derribar a uno de sus más feroces enemigos y para intimidar al resto. ¿Qué ganaba con esto? Paz para la tierra natal de la Aes Sedai; erradicar la hambruna de Cairhien. En otro momento lo habría aplaudido por ello. Esta decisión humanitaria era loable, pero totalmente absurda en las circunstancias presentes. Un derramamiento de sangre inútil, en lugar de hacer frente a un enemigo que lo destruiría si veía abierto el menor resquicio. ¿Por qué? Lanfear. ¿Qué le había dicho la Renegada? ¿Qué le había hecho? Las posibilidades atenazaban con un frío mortal el corazón de Moraine. La vigilancia sobre Rand habría de ser ahora más estricta que nunca. No le permitiría que se volviera hacia la Sombra.

—Ah, sí —dijo Rand, como si acabara de recordar algo—. Los soldados no saben gran cosa sobre alimentar a la gente hambrienta, ¿verdad? Para

hacer eso, estoy convencido de que es necesario el corazón tierno y compasivo de una mujer. Mi señora Alteima, lamento tener que molestaros en unos momentos tan angustiosos para vos, pero ¿querréis encargaros de supervisar la distribución de los víveres? Tendréis que alimentar a toda una nación.

«Y acumular mucho poder», pensó Moraine. Era el primer error que cometía. Aparte de dar prioridad a Cairhien en lugar de a Illian, por supuesto. Alteima regresaría a Tear en igualdad con Meilan o Gueyam, lista para iniciar nuevas conspiraciones. Haría asesinar a Rand antes, si el chico no se andaba con cuidado. Cabía la posibilidad de que se arreglara un accidente desde Cairhien.

Alteima hizo una elegante reverencia, extendiendo todo el vuelo de las blancas faldas, con tan sólo un leve atisbo de sorpresa.

—Como ordene mi señor Dragón. Será un gran placer serviros.

—Estaba seguro de ello —repuso, irónico, Rand—. Imagino que el gran amor que profesáis a vuestro esposo os aconseja no llevarlo a Cairhien con vos. Serían unas condiciones muy duras para un hombre enfermo, así que me he tomado la libertad de trasladarlo a los aposentos de la Gran Señora Estanda. Ella lo cuidará en vuestra ausencia y os lo mandará para que se reúna con vos cuando se haya recuperado.

Estanda esbozó una mueca, una tirante sonrisa de triunfo. Alteima puso los ojos en blanco y se desplomó como un fardo en el suelo. Moraine sacudió levemente la cabeza. En verdad el chico se había endurecido. Y se había vuelto más peligroso. Egwene hizo intención de dirigirse hacia la desvanecida mujer, pero la Aes Sedai la sujetó por el brazo.

—Es un simple desmayo a causa de la emoción. Reconozco los síntomas, ¿comprendes? Además, ya la están atendiendo otras señoras.

Varias damas se arremolinaban alrededor de la mujer y le daban palmaditas en las muñecas mientras otra le ponía las sales aromáticas bajo la nariz. Alteima tosió y abrió los ojos; pareció a punto de volver a desmayarse cuando vio a Estanda de pie junto a ella.

—Rand ha hecho un movimiento muy astuto —comentó Egwene con un timbre impasible—. Y muy cruel. Hace bien en estar avergonzado.

Era cierto que el joven parecía sentirse incómodo, con la vista clavada en las baldosas que había bajo sus pies. Quizá no era tan duro como pretendía.

—Pero no inmerecido, no obstante —observó Moraine. La muchacha prometía; era despierta, y enseguida cogía lo que no entendía. Sin embargo, todavía tenía que aprender a controlar sus emociones, a ver lo que era preciso hacer igual que veía lo que quería que se hiciera—. Esperemos que por hoy haya terminado de ser listo.

Muy pocos de los presentes en la gran cámara comprendían lo que había pasado, aparte de que el desmayo de Alteima había incomodado al lord Dragón. Unas pocas voces en las últimas filas lanzaron el grito de «¡Cairhien caerá!» pero nadie lo coreó.

—¡Con vuestro liderato, mi señor Dragón, conquistaremos el mundo! —clamó un joven de rasgos toscos que sujetaba a Torean. Era Estean, el hijo mayor del Gran Señor. El parecido entre ambos era obvio; el padre seguía mascullando entre dientes, aturdido.

Rand, que levantó bruscamente la cabeza, pareció sobresaltado. O tal vez furioso.

—No estaré con vosotros. Voy... Estaré ausente un tiempo.

Ni que decir tiene que tal declaración suscitó otra vez un absoluto silencio. Todos los ojos estaban pendientes de Rand, pero la atención del joven estaba totalmente centrada en *Callandor.* La multitud se encogió cuando Rand al'Thor levantó la hoja cristalina ante su rostro. El sudor le resbalaba por la cara, más copioso que antes.

—La Ciudadela guardaba a *Callandor* antes de mi llegada. Y tendrá que volver a guardarla hasta mi regreso.

De manera repentina, la espada transparente resplandeció con cegadora intensidad en sus manos. Levantándola verticalmente hasta donde le alcanzaban los brazos, la impulsó hacia abajo, y la hincó en el suelo. Unos rayos de energía azulada saltaron hacia la cúpula. La piedra retumbó atronadoramente, y entonces la Ciudadela se sacudió con violencia y lanzó al suelo a la gente, que gritaba enloquecida de terror.

Moraine apartó a Egwene de un empellón cuando los temblores resonaban todavía en la cámara y se puso de pie con esfuerzo. ¿Qué había hecho? ¿Y por qué? ¿Cómo que se iba? Esto era una pesadilla, la más horrible que podría tener.

Los Aiel ya se habían incorporado; todos los demás yacían aturdidos o hechos un ovillo en el suelo. Excepto Rand. El joven había clavado una rodilla en el suelo y sus manos todavía ceñían la empuñadura de *Callandor,* cuya hoja estaba hundida hasta la mitad en las baldosas. De nuevo volvía a ser de cristal. El sudor brillaba en el rostro de Rand, que separó lentamente las manos, dedo a dedo, rodeando todavía la empuñadura, pero sin tocarla. Por un instante Moraine pensó que iba a agarrarla otra vez, pero en lugar de ello el joven se obligó a ponerse de pie, con denuedo. La Aes Sedai estaba segura de que había tenido que hacer un gran esfuerzo de voluntad para vencer el deseo de tomar de nuevo la espada.

—Miradla mientras yo esté ausente. —Su voz sonaba más ligera, más como era cuando lo había encontrado en el pueblo, pero no menos segura o firme que hacía unos instantes—. Miradla y recordadme. Recordad que volveré por ella. Si alguien desea ocupar mi lugar, sólo tiene que sacarla. —Agitó el dedo hacia la muchedumbre, sonriendo casi con malicia—. Pero no olvidéis el precio del fracaso.

Giró sobre sus talones y salió de la cámara, seguido por los Aiel. Con la mirada prendida en la espada clavada en el suelo del Corazón de la Ciudadela, los tearianos se pusieron en pie lentamente. La mayoría parecía a punto de salir corriendo, pero estaban demasiado asustados para hacerlo.

—¡Ese hombre! —rezongó Egwene mientras se sacudía el polvo prendido en su vestido—. ¿Es que se ha vuelto loco? —De pronto se llevó la mano a la boca—. Oh, Moraine, no es eso, ¿verdad? No está loco. Aún no.

—Quiera la Luz que no —murmuró la Aes Sedai, que tampoco era capaz de apartar la vista de la espada. Así la Luz se llevara al muchacho. ¿Por qué no había seguido siendo el dócil jovencito que había encontrado en Campo de Emond? Se obligó a ir en pos de él—. Pero pienso descubrirlo.

Casi a la carrera, las dos los alcanzaron enseguida en un amplio corredor engalanado con tapices. Los Aiel, que llevaban el velo suelto ahora pero de manera que podían levantarlo fácilmente si era preciso, se apartaron para abrirles camino sin aminorar el paso. Las observaron a ella y a Egwene sin alterar la habitual expresión impasible, pero con un asomo de cautela en los ojos, siempre presente cuando había cerca una Aes Sedai.

Moraine no entendía que su presencia los inquietara y sin embargo fueran capaces de seguir tranquilamente a Rand. No resultaba fácil profundizar en su conocimiento porque lo único que se sabía de ellos eran cosas superficiales, fragmentadas, sin importancia. No ponían ningún reparo en responder a las preguntas que se les hacía; sobre cualquier tema que carecía de todo interés para ella. Ni sus informadores ni tampoco sus espías habían conseguido escuchar a escondidas nada interesante, y ya habían renunciado por completo a ello. Sobre todo después de que una mujer apareciera atada y amordazada, colgada por los tobillos de las almenas y contemplando con ojos desorbitados la caída de ciento veinte metros que se abría bajo ella, y de que un hombre desapareciera, simplemente. El hombre en cuestión se había esfumado, pero la mujer, que rehusaba subir un escalón más arriba de la planta baja, había sido un recordatorio constante hasta que Moraine la mandó al campo.

Rand tampoco aminoró el paso cuando las dos se pusieron a su altura, una a cada lado. Del mismo modo, su mirada era cautelosa, pero de otro modo, y con un asomo de exasperada rabia.

—Creí que te habías marchado —le dijo a Egwene—. Pensaba que ibas con Elayne y Nynaeve. Y es lo que deberías haber hecho. Hasta Tanchico es menos... ¿Por qué te has quedado?

—No será por mucho tiempo. Me marcho al Yermo con Aviendha, a Rhuidean, para estudiar con las Sabias.

El joven tuvo una ligera vacilación que le hizo perder el paso cuando la muchacha mencionó el Yermo; le dirigió una mirada de incertidumbre y luego recuperó el ritmo. Ahora parecía mantener la compostura; tanto como un puchero de agua hirviendo y con la tapa bien ajustada.

—¿Te acuerdas cuando nadábamos en el Bosque de las Aguas? —musitó—. Solía quedarme flotando boca arriba en una charca, pensando que el trabajo más duro que me esperaba era arar un campo, quitando el esquilado de ovejas. Esquilar desde el alba hasta la noche, sin apenas un descanso para comer hasta que se daba la última tijerada.

—Hilar —dijo Egwene—. Lo odiaba más que fregar los suelos. Retorcer los hilos dejaba doloridos los dedos.

—¿Por qué lo hiciste? —demandó Moraine antes de que siguieran evocando recuerdos de la infancia.

Rand le lanzó una mirada de soslayo y una sonrisa lo bastante burlona para que pareciera de Mat.

—¿Habría sido mejor que la ahorcara por intentar matar a un hombre que planeaba asesinarme? ¿Habría sido más justo eso que lo que hice? —La mueca se borró de su cara—. ¿Hay justicia en algo de lo que hago? Sunamon morirá si fracasa. Porque así lo he dicho yo. Se lo merecería por el modo en que se ha enriquecido sin importarle en absoluto si su propio pueblo se muere de hambre. Pero no irá a la horca por eso, sino porque yo dije que iría. Porque lo dije.

Egwene le puso una mano en el brazo, pero Moraine no estaba dispuesta a que se saliera por la tangente.

—Sabes que no me refería a eso.

Él asintió; en esta ocasión su sonrisa tenía la escalofriante cualidad de un rictus.

—*Callandor.* Con ella en mis manos soy capaz de cualquier cosa. De cualquier cosa. Sé que puedo hacer lo que sea. Pero ahora es una carga en

mis hombros. No lo entendéis, ¿verdad? —No, no lo entendía, pero le escocía que él se diera cuenta. Guardó silencio y Rand continuó—. Quizá os ayude saber qué se dice en las Profecías:

En el corazón hinca su espada,
en el corazón, para retener sus corazones.
Quien la extraiga continuará después.
¿Qué mano puede aferrar esa temible arma?

»¿Lo veis? En conformidad con las Profecías.

—Te olvidas de algo —replicó, cortante—. Asiste *Callandor* cumpliendo lo profetizado. Las salvaguardas que la mantuvieron esperándote durante tres mil años o más han desaparecido. Ya no es La Espada que no Puede Tocarse. Yo misma podría soltarla encauzando. Y, lo que todavía es peor, cualquiera de los Renegados podría. ¿Y si regresa Lanfear? Como yo, tampoco está capacitada para utilizarla, pero sí podría llevársela. —Rand no reaccionó al oír aquel nombre. ¿Porque no la temía, en cuyo caso era un necio, o por otra razón?—. Si Sammael o Rahvin o cualquiera de los Renegados varones le pone la mano encima, será capaz de blandirla tan bien como tú. Imagina lo que supondría enfrentarte al poder al que has renunciado tan a la ligera. Imagina ese poder en manos de la Sombra.

—Casi espero que lo intenten. —Un brillo amenazador chispeó en sus ojos; parecían grises nubarrones de tormenta—. Le aguarda una sorpresa a cualquiera que trate de sacar de la Ciudadela a *Callandor* encauzando, Moraine. No penséis llevárosla a la Torre para su salvaguarda; no pude hacer la trampa selectiva. Sólo necesita el Poder para saltar y volver a colocarse, lista para funcionar otra vez. No renuncio a *Callandor* para siempre, sino sólo hasta que... —Inhaló hondo—. *Callandor* permanecerá aquí hasta que regrese por ella. El que permanezca aquí, recordándoles quién y qué soy, me garantiza que puedo volver sin contar con el respaldo de un ejército. Una especie de refugio, con gente como Alteima y Sunamon para darme la bienvenida. Eso en caso de que Alteima sobreviva a la justicia impartida entre su esposo y Estanda, y Sunamon a la mía. Luz, qué despreciable enredo.

¿No pudo hacerla selectiva o no quiso? Moraine no tenía intención de subestimar lo que era capaz de llevar a cabo Rand. Pero *Callandor* debería estar en la Torre si no la blandía como era su obligación; en la Torre, hasta que la empuñara de nuevo. ¿«Sólo hasta» qué? ¿Había querido decir hasta que volviera o era otra cosa?

—¿Y adónde vas? ¿O piensas mantenerlo en secreto? —Estaba jurando para sus adentros que no volvería a dejarlo escapar, que de algún modo se lo impediría si su intención era correr en ayuda de Dos Ríos, cuando la sorprendió con su respuesta.

—No es ningún misterio, Moraine. Es decir, ni para vos ni para Egwene. —Miró a la joven y pronunció una palabra—: Rhuidean.

Con los ojos muy abiertos, la muchacha parecía tan estupefacta como si no hubiera oído ese nombre en su vida. A decir verdad, Moraine estaba igualmente pasmada. Se alzó un murmullo entre los Aiel, pero cuando la Aes Sedai miró hacia atrás todos ellos marcaban el paso completamente impasibles. Le habría gustado ordenarles que se retiraran, pero a ella no la obedecerían, y no estaba dispuesta a pedirle a Rand que lo hiciera. No la beneficiaba pedirle favores, sobre todo cuando cabía la posibilidad de que se

Librodot

negara.

—No eres un jefe de clan Aiel, Rand —manifestó firmemente—, y no tienes necesidad de serlo. Tu lucha está a este lado de la Pared del Dragón. A menos ¿Se debe esto a una respuesta en el *ter'angreal*? ¿Lo de Cairhien, y *Callandor* y Rhuidean? Ya te dije que esas respuestas podían ser enigmáticas, como jeroglíficos en clave. Quizás estés interpretándolas mal, y ello podría ser fatal. Y no sólo para ti.

—Debéis confiar en mí, Moraine. Como yo he confiado tan a menudo en vos. —Su rostro, tan impasible como los de los Aiel, era indescifrable.

—Confiaré en ti por ahora. Sólo te pido que no esperes a buscar mi guía cuando ya sea demasiado tarde. —«No te dejaré que te pases a la Sombra. He dedicado demasiado tiempo a esto para permitir algo así. Cueste lo que cueste »

Librodot

CAPÍTULO 22

Fuera de la Ciudadela

Era una extraña comitiva la que encabezó Rand fuera de la Ciudadela y hacia el este, con blancas nubes ocultando el sol de mediodía y una leve brisa soplando sobre la ciudad. Por orden suya no hubo anuncio ni bandos, pero lentamente se extendió la voz de que pasaba algo especial: los ciudadanos interrumpían lo que quiera que estuvieran haciendo y se dirigían a toda prisa a cualquier lugar ventajoso desde el que observar. Los Aiel marchaban por la ciudad, saliendo de ella. Las gentes que no los habían visto llegar aquella noche, que sólo creían a medias que estaban en la Ciudadela, se agolpaban progresivamente en las calles a lo largo de la ruta, llenaban las ventanas, incluso trepaban a los tejados de pizarra o se montaban a horcajadas en los cantos de los tejados en pico. Los murmullos crecían al contar a los Aiel. Era imposible que estos pocos cientos hubieran tomado la Ciudadela. El estandarte del Dragón seguía ondeando en lo alto de la fortaleza. Todavía debían de quedar miles de Aiel en su interior. Y también el lord Dragón.

Rand cabalgaba cómodamente en mangas de camisa, seguro de que ninguno de los espectadores lo tomaría por nadie fuera de lo corriente. Un forastero lo bastante rico para tener caballo —un soberbio semental rodado de lo mejor de la cabaña teariana—, un hombre acaudalado que viajaba en extraña compañía, pero, por lo demás, sin duda un hombre corriente. Ni siquiera el cabecilla de esta extraña comitiva; ese título sin duda se lo otorgarían a Lan o a Moraine a pesar de que cabalgaban un trecho por detrás de él, justo al frente de los Aiel. El quedo murmullo atemorizado que acompañaba su paso sin duda no se alzaba por él, sino por los Aiel. Estos tearianos incluso podían tomarlo por un palafrenero que montaba el caballo de su señor. Bueno, tanto como eso, no; y menos yendo a la cabeza de la marcha. En fin, hacía un día espléndido, cálido pero no bochornoso. Y nadie esperaba que impartiera justicia ni que gobernara una nación. Podía disfrutar con el simple gozo de cabalgar en el anonimato, de disfrutar de la brisa, tan poco habitual. Durante un tiempo podía olvidar el tacto de las garzas marcadas en las palmas de sus manos contra las riendas. «Al menos durante un poco más —pensó—. Un poco más.»

—Rand —dijo Egwene—. ¿Crees realmente que estuvo bien permitir que los Aiel cogieran todas esas cosas?

Él miró hacia atrás y la vio taconear a *Niebla,* su yegua gris, para ponerla a la altura de su caballo. De alguna parte había sacado un vestido verde oscuro con la estrecha falda dividida para montar, y una cinta de terciopelo, también verde, sujetaba su cabello en la nuca.

Moraine y Lan aún cabalgaban a cierta distancia, ella en su yegua blanca, vestida con un traje de montar de seda azul y acuchillados verdes,

Librodot

aunque de falda normal, y el cabello recogido con una redecilla dorada; él, a lomos de su enorme caballo de batalla, con la capa de color cambiante de Guardián que probablemente arrancaba tantas exclamaciones como los Aiel. Cuando la brisa agitaba la capa, los tonos verdes, pardos y grises ondeaban sobre ella; cuando colgaba inmóvil daba la impresión de confundirse con el fondo que hubiera detrás, de manera que los ojos parecían ver a través de partes de Lan y su montura. Resultaba inquietante.

También iba Mat con ellos, hundido en la silla con aspecto resignado, procurando mantenerse apartado del Guardián y la Aes Sedai. Había elegido un castrado marrón, un animal al que llamaba *Puntos*; hacía falta un ojo experto para advertir el ancho pecho y la fuerte cruz que prometía que el aparentemente tosco *Puntos* seguramente igualaba en velocidad y resistencia a los sementales de Rand o de Lan. La decisión de Mat de acompañarlos había sido una sorpresa; Rand aún no sabía por qué. Amistad, quizá; o tal vez no. Tanto lo que hacía Mat como sus motivos no eran cosa fácil de entender.

—¿Te explicó tu amiga Aviendha lo de «el quinto»? —preguntó a Egwene.

—Me mencionó algo, pero... Rand, no creerás que ella... Que también cogió cosas, ¿verdad?

Detrás de Moraine y de Lan, detrás de Mat, detrás de Rhuarc que los dirigía, los Aiel caminaban en largas filas a ambos lados de mulas, hilera tras hilera de cuatro de frente, cargadas con bultos. Cuando los Aiel tomaban uno de los dominios de un clan enemigo en el Yermo, por costumbre —o quizá por ley, Rand no lo entendía exactamente— se llevaban un quinto de todo lo que contenía, salvo la comida. No vieron razón para no hacer lo mismo con la Ciudadela. Pero las mulas no cargaban más que con una mínima parte de una parte de un quinto de los tesoros de la Ciudadela. Rhuarc decía que la avaricia mataba más hombres que el acero. Las canastas de mimbre, sobre las que iban alfombras y cortinas enrolladas, no estaban muy cargadas. Les aguardaba el duro paso por la Columna Vertebral del Mundo, y después un viaje aún más riguroso a través del Yermo.

«¿Cuándo se lo digo? —se preguntó Rand—. Cuanto antes, ahora; tiene que ser pronto.» Moraine lo consideraría una jugada arriesgada, atrevida; tal vez hasta lo aprobaría. Tal vez. La Aes Sedai creía que ahora conocía todo su plan, y lo había desaprobado sin andarse con rodeos; seguramente quería acabar cuanto antes con ello. Pero los Aiel... «¿Y si se niegan? Pues que se nieguen. Yo he de hacerlo.» En cuanto al quinto... No creía que hubiera sido posible impedir que los Aiel lo cogieran aunque él no hubiera estado de acuerdo, cosa que no ocurría; se lo habían ganado con creces, y le importaba un bledo despojar a los señores tearianos de lo que habían amasado exprimiendo a su pueblo durante generaciones.

—La vi enseñándole a Rhuarc un cuenco de plata —respondió a Egwene—. Por el modo en que su bolsa tintineó cuando metió el cuenco en ella, había más plata dentro. O tal vez oro. ¿Te parece mal?

—No. —Pronunció la palabra lentamente, con un leve timbre de duda, pero después su voz cobró firmeza—. Es sólo que no la había imaginado... Los tearianos no se habrían conformado con un quinto, de ser la situación al contrario. Habrían arramblado con todo lo que no fuera obra de cantería, y habrían robado las carretas para cargarlo. Sólo porque las costumbres de otros pueblos sean diferentes no significa que sean malas, Rand. Deberías

Librodot

saberlo.

Rand se echó a reír bajito. Era casi como en los viejos tiempos: él dispuesto a explicar por qué y cómo se había equivocado ella, y ella adelantándose a su planteamiento y echándole en cara la explicación que no había tenido oportunidad de expresar. Su caballo caracoleó unos pasos, contagiado de su estado de ánimo. Palmeó el cuello arqueado del rodado. Qué día tan estupendo.

—Buen caballo —dijo Egwene—. ¿Le has puesto nombre?

—*Jeade'en* —respondió de mala gana, perdiendo parte de su buen humor.

Le daba un poco de vergüenza el nombre, las razones de haberlo elegido. Uno de sus libros favoritos había sido siempre *Los viajes de Jain el Galopador,* y aquel gran viajero llamó a su caballo *Jeade'en* —Explorador Certero, en la Vieja Lengua— porque el animal siempre fue capaz de encontrar el camino de vuelta a casa. Era agradable pensar que *Jeade'en* lo llevaría a casa algún día. Agradable, pero poco probable, y no quería que nadie imaginara el motivo de haber elegido tal nombre. En su vida actual no había cabida para fantasías pueriles. En realidad no la había para ninguna otra cosa que no fuera el cometido que tenía marcado.

—Bonito nombre —comentó ella, como ausente. Rand sabía que también había leído el libro, y casi esperaba que reconociera el nombre, pero la joven parecía estarle dando vueltas a otro asunto, mordiéndose el labio con aire caviloso.

Él acogió de buen grado su silencio. Los arrabales de la ciudad dieron paso al campo abierto y a algunas miserables granjas desperdigadas. Ni siquiera un Congar o un Coplin, miembros de unas familias de Dos Ríos notorias por la pereza entre otras cosas, dejarían sus propiedades en el estado de abandono y descuido que había en estas toscas casas de piedra, cuyas paredes inclinadas parecían a punto de desplomarse encima de las gallinas que escarbaban la tierra. Los destartalados graneros se recostaban contra laureles y benjuíes. Todos los techos, de pizarras medio rotas, daban la impresión de tener goteras. Las cabras balaban desconsoladamente en rediles de piedra que parecían haber sido levantados provisionalmente esa misma mañana. Hombres y mujeres descalzos, los hombros hundidos, cavaban con azadas los campos sin vallas, sin levantar siquiera la vista al paso del numeroso cortejo. Los gorjeos de tordos y zorzales en los pequeños sotos no bastaban para aliviar la opresiva sensación de tristeza.

«He de hacer algo respecto a esto. Yo... No, ahora no. Lo primero es lo primero. He hecho cuanto he podido por ellos en unas pocas semanas, pero por ahora no está en mi mano ayudarlos más.» Procuró no mirar las ruinosas granjas. ¿Estarían en tan malas condiciones los olivares del sur? Los que trabajaban en ellos ni siquiera eran propietarios de la tierra; ésta pertenecía a los Grandes Señores. «No. Piensa en la brisa. Es agradable cómo alivia el calor. Tengo que disfrutar de ello un poco más. Dentro de poco tendré que decírselo.»

—Rand, he de hablar contigo —anunció de repente Egwene. Su expresión era circunspecta; aquellos grandes ojos oscuros fijos en él guardaban una ligera reminiscencia con los de Nynaeve cuando estaba a punto de echar una reprimenda—. Respecto a Elayne.

—¿Sobre qué? —preguntó a la defensiva. Llevó la mano al bolsillo donde guardaba dos cartas arrugadas junto a un objeto pequeño y duro. De no

Librodot

estar escritas ambas con la misma letra elegante jamás habría creído que procedían de la misma mujer. Y después de todos esos besos y arrumacos. Era más fácil entender a los Grandes Señores que a una mujer.

—¿Por qué dejaste que se fuera así?

Perplejo, la miró de hito en hito.

—Quería marcharse. Tendría que haberla atado para impedírselo. Además, estará más segura en Tanchico que a mi lado, o al de Mat, si vamos a atraer burbujas de maldad como las llama Moraine. Y lo mismo reza para ti.

—Eso no es en absoluto a lo que me refiero. Por supuesto que quería marcharse. Y tú no tenías ningún derecho a impedírselo. Pero al menos podrías haberle dicho que deseabas que se quedara.

—Pero si quería irse —repitió, y su desconcierto aumentó al verla poner los ojos en blanco como si estuviera diciendo tonterías. Si no tenía derecho a retener a Elayne y ella deseaba marcharse, entonces ¿por qué se suponía que debía intentar convencerla de lo contrario? Sobre todo cuando estaría más segura si se iba.

—¿Estás dispuesto a revelarme tu próximo secreto? —La voz de Moraine sonó justo a su espalda—. Saltaba a la vista que te reservabas algo más. Si me lo cuentas, por lo menos podría advertirte que nos conduces hacia un precipicio.

Rand suspiró. No había advertido que ella y Lan se acercaban; y también Mat se encontraba más cerca, aunque seguía guardando cierta distancia con la Aes Sedai. El semblante de su amigo era digno de estudio: la duda, la renuencia y una sombría resolución lo cruzaban rápida y sucesivamente, en especial cuando miraba a Moraine. Nunca lo hacía a las claras, sino de reojo.

—¿Estás seguro de que quieres venir, Mat? —le preguntó.

Su amigo se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada que denotaba inseguridad.

—¿Quién se perdería la ocasión de ver la condenada Rhuidean? —Egwene lo miró enarcando las cejas—. Oh, te pido disculpas por mi soez lenguaje, «Aes Sedai». Aunque te he oído utilizar palabras más gruesas y apostaría que por motivos más triviales. —La joven le asestó una mirada indignada, pero los rosetones que aparecieron en sus mejillas revelaban que el joven había dado en el clavo.

—Alégrate de que Mat esté aquí —le dijo Moraine a Rand con un timbre frío y contrariado—. Cometiste un grave error al dejar que Perrin se marchara, ocultándomelo. El mundo descansa sobre tus hombros, pero ellos dos tienen que apoyarte o te derrumbarás, y el mundo contigo.

Mat dio un respingo, y Rand advirtió que le faltó poco para hacer volver grupas a su castrado y salir de estampida en ese mismo instante.

—Sé cuál es mi deber —replicó. «Y sé el destino que me aguarda», pensó, pero no lo dijo en voz alta; no buscaba compasión de nadie—. Uno de nosotros tenía que ir allí, Moraine, y Perrin quería hacerlo. Estáis dispuesta a pasar por encima de todo para salvar al mundo. Yo... Hago lo que he de hacer. —El Guardián asintió, aunque no abrió la boca; Lan jamás se mostraría en desacuerdo con Moraine delante de otros.

—¿Y lo que aún no me has dicho? —insistió la Aes Sedai.

No pararía hasta que se lo hubiera sacado, y Rand no veía motivo para seguir guardando el secreto. Al menos, esta parte.

Librodot

—Los Portales de Piedra —dijo, escueto—. Si tenemos suerte.

—¡Oh, Luz! —gimió Mat—. ¡Maldita Luz! ¡Y no me mires así, Egwene! ¿Suerte? ¿Es que no fue suficiente con una vez, Rand? Casi nos mataste, ¿recuerdas? No, peor que matarnos. Antes vuelvo a una de esas granjas y pido trabajo limpiando cochiqueras para el resto de mi vida.

—Puedes irte si quieres, Mat —le contestó Rand. La calma del rostro de Moraine era una máscara que ocultaba su ira, pero hizo caso omiso de la gélida mirada que intentaba frenarle la lengua. Hasta Lan parecía desaprobarlo, aunque su semblante impasible no dejaba traslucir gran cosa; el Guardián creía ante todo en el deber. Rand aceptaba cumplir con el suyo, pero sus amigos... No le gustaba obligar a la gente a hacer nada en contra de su voluntad, cuanto menos a sus amigos. Y eso podía evitarlo—. No tienes por qué venir al Yermo.

—Oh, ya lo creo que sí. Al menos... ¡Oh, así me condene! Tengo una vida y la puedo desperdiciar como quiera, ¿no? Pues ¿por qué no así? —Mat soltó una risa nerviosa—. ¡En los jodidos Portales de Piedra! ¡Luz!

Rand frunció el entrecejo; se suponía que era él el único, a decir de los demás, que se volvería loco, pero era su amigo el que ahora parecía estar al borde de la demencia.

Egwene miró a Mat parpadeando con preocupación, pero se inclinó hacia Rand.

—Verin Sedai me contó algo sobre los Portales de Piedra, Rand. Me habló del... viaje que realizasteis. ¿De verdad te propones hacer eso?

—No tengo otra opción, Egwene. —Tenía que actuar con prontitud, y no había medio más rápido que los Portales de Piedra. Eran reliquias de una época anterior a la Era de Leyenda; al parecer, ni siquiera las Aes Sedai de la Era de Leyenda los entendían. Pero no había un camino más rápido; si funcionaba como él esperaba, claro.

Moraine había escuchado pacientemente el intercambio de frases, en especial la parte de Mat, aunque Rand no veía motivo para ello.

—Verin también me habló de ese viaje en que utilizasteis los Portales de Piedra. Sólo erais unas cuantas personas y animales, no centenares como es el caso actual; y, aunque no estuvieras a punto de matarlos a todos como dice Mat, sigue pareciéndome una experiencia que nadie querría repetir. Y tampoco salió como esperabas, además de que hizo falta una gran cantidad de Poder, casi el suficiente para matarte al menos a ti, según Verin. Incluso si dejas atrás a la mayoría de los Aiel, ¿estás dispuesto a correr ese riesgo?

—He de hacerlo —contestó mientras tanteaba la bolsita del cinturón, la pequeña forma dura que había detrás de las cartas, pero la Aes Sedai continuó como si no lo hubiera oído.

—¿Tienes siquiera la certeza de que existe un Portal en el Yermo? Verin sabe más de esto que yo, pero nunca he oído que hubiera uno allí. Y, en caso afirmativo, ¿nos situará más cerca de Rhuidean de lo que estamos ahora?

—Hace unos seiscientos años —explicó Rand—, un buhonero intentó echar un vistazo a Rhuidean. —En cualquier otro momento habría resultado una satisfacción personal darle una lección a la Aes Sedai, para variar, pero no hoy. Era mucho lo que aún desconocía—. Por lo visto, el tipo no le echó el vistazo que pretendía, ya que afirmó haber divisado una ciudad dorada en las nubes, flotando a la deriva sobre las montañas.

—No hay ciudades en el Yermo —intervino Lan—. Ni en las nubes ni en el suelo. He combatido a los Aiel, y no tienen ciudades.

—Aviendha me contó que nunca había visto una ciudad hasta que salió del Yermo —ratificó Egwene.

—Es posible —dijo Rand—. Pero el buhonero también vio otra cosa sobresaliendo en la ladera de una de esas montañas: un Portal de Piedra. Lo describía perfectamente, y no hay nada que se les parezca, son inconfundibles. Cuando se lo describí al bibliotecario mayor de la Ciudadela lo reconoció —añadió, sin aclarar lo que buscaba yendo allí—, a pesar de no saber qué eran, lo suficiente para enseñarme cuatro en un antiguo mapa de Tear…

—¿Cuatro? —lo interrumpió Moraine, aparentemente sorprendida—. ¿Todos en Tear? Los Portales de Piedra no son tan habituales como eso.

—Cuatro —repitió Rand con certidumbre. El viejo y huesudo bibliotecario no había dudado ni un momento, ni siquiera a la hora de sacar un amarillento manuscrito en el que se hablaba de los esfuerzos realizados para «trasladar los desconocidos artefactos de una Era anterior» a la Gran Reserva. Todos los intentos habían fracasado, y los tearianos renunciaron a ello finalmente. Aquello le confirmó a Rand su autenticidad, ya que los Portales de Piedra oponían resistencia a que se los moviera—. Uno de ellos se encuentra a menos de una hora a caballo desde aquí —continuó—. En vista de su profesión, los Aiel permitieron que el buhonero se marchara con una de las mulas y toda el agua que pudiera cargar a la espalda. De algún modo logró llegar hasta un *stedding* en la Columna Vertebral de Mundo, donde conoció a un hombre llamado Soran Milo, que a la sazón estaba escribiendo un libro llamado *Los asesinos del velo negro.* El bibliotecario me trajo una deteriorada copia cuando le pedí libros sobre los Aiel. Por lo visto Milo lo basó todo en los Aiel que iban al *stedding* a comerciar, y sacó conclusiones equivocadas en casi todo, según Rhuarc, pero un Portal de Piedra solamente puede ser un Portal de Piedra. —Había examinado otros manuscritos y mapas, por docenas, estudiando supuestamente Tear y su historia, su campiña; nadie había sospechado lo que se traía entre manos ni supo lo que se proponía hasta hacía unos minutos.

Moraine aspiró el aire ruidosamente por la nariz, y *Aldieb,* su yegua blanca, brincó unos pasos, reflejando su irritación.

—Un supuesto relato de un supuesto buhonero que aseguraba haber visto una ciudad dorada flotando en las nubes —comentó—. ¿Conoce Rhuarc ese Portal de Piedra? Porque él ha estado en Rhuidean. Aun en el caso de que ese buhonero entrara en el Yermo y viera el Portal de Piedra, podría encontrarse en cualquier parte. Cuando alguien relata algo, por lo general siempre procura mejorar lo que ocurrió realmente. Vaya, una ciudad flotando en las nubes.

—¿Y cómo estáis tan segura de que no es así? —inquirió Rand. Rhuarc se había reído con ganas de todos los errores que Milo había escrito sobre los Aiel, pero fue poco explícito respecto a Rhuidean. Más bien nada explícito. El Aiel se había negado incluso a comentar los pasajes del libro relativos a ese lugar. Rhuidean, en las tierras de los Jenn Aiel, el clan que no lo es; y eso fue todo cuanto Rhuarc se avino a decir al respecto. Al parecer no se hablaba de Rhuidean.

A la Aes Sedai no le complació su frívolo comentario, pero eso traía sin cuidado a Rand. Ella misma había guardado secretos de sobra, demasiado a menudo había hecho que la siguiera sin más base que una ciega confianza. Ahora le tocaba a ella. Tenía que aprender que no era una marioneta en sus

manos. «Seguiré su consejo cuando considere que es acertado, pero jamás volveré a bailar al son que toque Tar Valon.» Moriría según sus propios términos.

Egwene acercó su yegua gris un poco más y cabalgó casi rodilla con rodilla junto a él.

—Rand, ¿realmente te propones arriesgar nuestras vidas por lo que sólo es una posibilidad? Rhuarc no te aclaró nada, ¿verdad? Cuando le pregunté a Aviendha sobre Rhuidean se cerró como una ostra.

Mat parecía encontrarse mal. Rand mantuvo el gesto impasible, sin dejar que sus sentimientos se reflejaran en su semblante. No había sido su intención amedrentar a sus amigos.

—Allí hay un Portal de Piedra —se ratificó. De nuevo frotó la forma dura que guardaba en la bolsita. Tenía que funcionar.

Los mapas del bibliotecario eran antiguos, pero ello lo había ayudado en cierto sentido. Las praderas por las que cabalgaban ahora eran bosques cuando se dibujaron esos mapas, pero apenas quedaban árboles, algunos ralos sotos de robles blancos, pinos y culantrillos, árboles solitarios de una especie que no le era conocida, con los troncos nudosos y delgados. Era fácil distinguir el relieve del terreno ahora, con las colinas cubiertas de hierba en su mayor parte.

En los mapas, dos lomas altas e inclinadas, una detrás de la otra, apuntaban hacia el grupo de redondeadas colinas donde se encontraba el Portal de Piedra. Si estaban bien hechos, claro. Y si en realidad el bibliotecario había reconocido la descripción. Y si la marca verde en forma de rombo significaba antiguas ruinas como él afirmaba. «¿Por qué iba a mentir? Estoy volviéndome demasiado desconfiado. No, he de serlo. Tan receloso como una víbora e igualmente frío.» Pero no le gustaba.

Al norte sólo divisaba colinas completamente peladas de árboles y salpicadas de formas móviles que debían de ser caballos. Los rebaños de los Grandes Señores, pastando por el terreno donde antaño se alzaba la arboleda Ogier. Esperaba que Perrin y Loial hubieran partido sin contratiempos. «Ayúdalos, Perrin —pensó—. Ayúdalos porque yo no puedo.»

La arboleda Ogier significaba que las lomas inclinadas debían de estar cerca; poco después las divisó un poco hacia el sur, como dos flechas juntas, con unos pocos árboles a lo largo de las cimas que dibujaban una fina línea contra el cielo. Detrás, unas colinas redondas y bajas, cual burbujas tapizadas de verde, se sucedían unas a las otras. Había más que en el antiguo mapa; demasiadas, teniendo en cuenta que todo el conjunto abarcaba menos de dos kilómetros y medio cuadrados. Si no se correspondían con las del mapa, ¿cuál tenía el Portal de Piedra en la ladera?

—Los Aiel son numerosos —comentó Lan quedamente—, y su vista es muy aguda.

Con un asentimiento de gratitud, Rand tiró de las riendas de *Jeade'en* y retrocedió para exponer el problema a Rhuarc. Se limitó a describir el Portal de Piedra, sin explicar qué era; ya habría tiempo de sobra para eso cuando lo encontraran. Ahora era experto en guardar secretos. De todos modos, seguramente Rhuarc no tenía ni idea de qué era un Portal de Piedra; muy pocos lo sabían a excepción de las Aes Sedai. Él mismo lo ignoraba hasta que alguien se lo dijo.

El Aiel, que caminaba junto al semental rodado, frunció levemente el entrecejo —lo que equivalía a un gesto preocupado en cualquier otro

Librodot

hombre— y después asintió.

—Lo encontraremos —dijo. Luego alzó la voz—: *¡Aethan Dor! ¡Far Aldazar Din! ¡Duadhe Mahdi'in! ¡Far Dareis Mai! ¡Seia Doon! ¡Sha'mad Conde!*

Mientras hablaba, miembros de las asociaciones guerreras nombradas se adelantaron trotando hasta que alrededor de una cuarta parte de los Aiel estuvo reunida en torno a él y a Rand. Escudos Rojos. Hermanos del Águila. Buscadores del Agua. Doncellas Lanceras. Ojos Negros. Hijos del Relámpago.

Rand localizó a la amiga de Egwene, Aviendha, una mujer alta y guapa con un aire serio y altanero. Fueron Doncellas quienes habían guardado su puerta, pero no creía haberla visto antes de que los Aiel se reunieran para marcharse de la Ciudadela. Le sostuvo la mirada, orgullosa como un halcón de verdes ojos, y después sacudió la cabeza y puso su atención en el jefe de clan.

«Bueno, ¿no quería volver a sentirme un hombre corriente?», pensó, un poco abatido. Los Aiel lo hacían sentirse así. Incluso al jefe de clan lo escuchaban simplemente con respeto, sin nada que se pareciese a la deferencia que exigía un lord, y con una obediencia que parecía funcionar entre iguales. Por lo tanto no podía esperar que le dieran un trato diferente.

Rhuarc impartió órdenes con pocas palabras, y los Aiel se dispersaron en abanico hacia el frente, en dirección al agrupamiento de colinas, corriendo con su habitual facilidad, algunos cubriéndose el rostro con el velo por si acaso. El resto aguardó de pie o en cuclillas junto a las mulas de carga.

Representaban a casi todos los clanes —excepto el Jenn Aiel, por supuesto; Rand no acababa de entender si el Jenn existía o no en realidad, puesto que la forma en que los Aiel lo mencionaban, y lo hacían en muy contadas ocasiones, podía interpretarse de uno u otro modo— incluidos algunos clanes entre los que existían enemistades familiares, y otros que a menudo luchaban entre sí. Lo sabía porque se lo habían contado ellos mismos; no por primera vez se preguntó qué los había mantenido unidos hasta el momento. ¿Se debería únicamente a sus profecías de la caída de la Ciudadela y la búsqueda de El que Viene con el Alba?

—Es más que eso —dijo Rhuarc, y Rand comprendió que había expresado en voz alta sus pensamientos—. La profecía nos indujo a cruzar la Pared del Dragón, y el nombre que no se pronuncia nos llevó a la Ciudadela de Tear. —El nombre al que se refería era el «Pueblo del Dragón», un apelativo secreto para los Aiel; sólo los jefes de clan y la Sabias lo conocían o lo utilizaban, al parecer muy rara vez y únicamente entre ellos—. Por lo demás... Nadie derrama la sangre de otro de la misma asociación, por supuesto, y sin embargo, mezclando Shaarad con Goshien, Taardad y Nakai con Shaido... Hasta yo podría bailar las lanzas con los Shaido si las Sabias no hubieran hecho que todos aquellos que cruzamos la Pared del Dragón prometiéramos por el juramento del agua que trataríamos a cualquier Aiel como si fuera de la misma asociación a este lado de las montañas. Incluso los viles Shaido... —Se encogió de hombros—. ¿Lo ves? Ni siquiera para mí resulta fácil.

—¿Los Shaido son enemigos tuyos? —Rand se enredó un poco con el nombre; en la Ciudadela, los Aiel se conocían por asociaciones, no por clanes.

—Hemos evitado un lance de sangre, pero entre los Taardad y los

Shaido nunca ha habido amistad; los septiares se atacan a veces unos a otros, roban cabras o ganado. Pero los juramentos nos han mantenido unidos a pesar de tres enemistades de sangre y una docena de viejos rencores entre clanes o septiares. Ahora ayuda que viajemos hacia Rhuidean, aunque algunos nos dejarán antes. Nadie derramará la sangre de otro mientras viaja hacia Rhuidean o desde ésta. —El Aiel alzó el rostro hacia Rand, impasible—. Podría ocurrir que muy pronto ninguno de nosotros derramara la sangre de otro Aiel.

Imposible dilucidar si la perspectiva lo satisfacía o no.

Un grito, como el ulular de un búho, llegó de una de las Doncellas que estaba en lo alto de una colina y agitaba las manos sobre la cabeza.

—Por lo visto han encontrado tu columna de piedra —anunció Rhuarc.

Rand espoleó, anhelante, a J*eade'en*; cuando pasó al galope ante Moraine, ésta le lanzó una mirada inescrutable y agarró bien las riendas. Egwene condujo a su yegua junto a Mat, y se inclinó en su silla, apoyándose en el pomo del arzón de él, para sostener una conversación en privado. Daba la impresión de que intentaba convencerlo para que le contara algo o para que admitiera algo, y por la vehemencia de los gestos de Mat, o era más inocente que un bebé o era un mentiroso redomado.

Rand desmontó de un salto y trepó rápidamente por la suave ladera para examinar lo que la Doncella —era Aviendha— había encontrado medio enterrado en el suelo y casi tapado por la alta hierba. Era una erosionada columna de piedra gris, de unos tres metros de longitud y alrededor de setenta y cinco centímetros de diámetro. Unos símbolos extraños cubrían la totalidad de la superficie visible, cada uno de ellos rodeado por una fina línea de marcas que Rand creía que era escritura. Aun cuando hubiera sido capaz de leerlo —si es que realmente era un lenguaje—, la grafía —si es que lo era— hacía mucho tiempo que había dejado de ser legible. Los símbolos estaban más claros, al menos algunos de ellos; muchos podrían ser simplemente marcas de erosión dejadas por la lluvia y el viento.

Mientras arrancaba la hierba a puñados para verlo mejor, echó una ojeada a Aviendha. La mujer llevaba el *shoufa* alrededor de los hombros, dejando el corto cabello rojizo al aire, y lo observaba con dureza.

—No te caigo bien —dijo—. ¿Por qué?

Tenía que encontrar un símbolo, el único que conocía.

—¿Que no me caes bien? Podrías ser El que Viene con el Alba, un hombre predestinado. ¿Quién está en condiciones de que le caiga bien o mal alguien así? Además, tú caminas libremente, un habitante de las tierras húmedas a pesar de tus rasgos, y sin embargo te diriges a Rhuidean para recibir honores, mientras que yo...

—Mientras que tú ¿qué? —preguntó, cuando la mujer dejó la frase sin terminar. Siguió buscando cuesta arriba. ¿Dónde estaba? Dos líneas onduladas paralelas, cortadas en ángulo por un garabato. «Luz, si está enterrado, nos llevará horas darle la vuelta.» De repente se echó a reír. Nada de horas. Podía encauzar y levantar la columna del suelo; o Moraine o Egwene. Un Portal de Piedra podría resistirse a que lo trasladaran, pero indudablemente sí sería posible moverlo un poco. Aun así, encauzar no lo ayudaría a encontrar las líneas onduladas; sólo tanteando a lo largo de la piedra, palmo a palmo, lo conseguiría.

En lugar de responder, la Aiel se puso en cuclillas con las lanzas cortas cruzadas sobre las rodillas.

—Has tratado mal a Elayne. No debería importarme, pero Elayne es primera hermana de Egwene, que es mi amiga. No obstante, a Egwene todavía le gustas, así que lo intentaré por ella.

Sin dejar de buscar en la columna, Rand sacudió la cabeza. Otra vez Elayne. A veces creía que todas las mujeres pertenecían a un gremio, como ocurría con los artesanos de cualquier ciudad. Si se metía la pata con uno de ellos, los siguientes diez con los que uno se topaba lo sabían, y lo desaprobaban.

Sus dedos se detuvieron y volvieron al trozo por el que acababan de pasar. Estaba tan erosionado que casi resultaba irreconocible, pero estaba convencido de que eran las líneas onduladas. Representaban un Portal de Piedra en Punta de Toman, no en el Yermo, pero marcaban lo que había sido la base cuando estaba en pie. Los símbolos de arriba representaban mundos; los del pie, los Portales de Piedra. Con uno de los símbolos de arriba y uno de los de abajo, se suponía que uno podía viajar a determinado Portal de Piedra de un determinado mundo. Con uno de los de abajo sabía que podía llegar a uno de los Portales de Piedra de este mundo. El que estaba próximo a Rhuidean, por ejemplo. Si supiera qué símbolo lo representaba. Ahora era cuando necesitaba un golpe de suerte, que su condición de *ta'veren* pusiera a la fortuna de su parte.

Una mano se extendió por encima de su hombro, y Rhuarc indicó con voz reacia:

—Estas dos marcas se utilizaban para representar Rhuidean en las antiguas grafías. Hace mucho tiempo ni siquiera se escribía su nombre. —Siguió con el dedo el trazado de dos triángulos, cada uno de los cuales rodeaba lo que parecía un rayo bifurcado, uno apuntando a la izquierda y el otro, a la derecha.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó Rand. El Aiel miró a otro lado—. Maldita sea, Rhuarc, tengo que saberlo. Sé que no quieres hablar de ello, pero tienes que decírmelo. Dímelo, Rhuarc. ¿Has visto en alguna ocasión algo parecido a esta piedra?

El otro hombre respiró hondo antes de responder.

—Lo he visto. —Cada palabra salió de su boca como si se la arrancaran a la fuerza—. Cuando un hombre va a Rhuidean, las Sabias y los hombres del clan esperan en las laderas de Chaendaer, cerca de una piedra como ésta. —Aviendha se puso de pie y se alejó con andares tensos; Rhuarc la siguió con la mirada, el ceño fruncido—. No sé nada más, Rand al'Thor. Que jamás encuentre sombra si miento.

Rand pasó los dedos sobre la ilegible grafía que rodeaba los triángulos. ¿Cuál de ellos? Sólo uno lo llevaría a donde quería ir; el otro tal vez lo trasladaría a la otra punta del mundo o al fondo del océano.

El resto de los Aiel se habían reunido al pie de la colina con sus mulas de carga. Moraine y los demás desmontaron y subieron la suave cuesta, llevando a sus caballos por las riendas. Mat traía también a *Jeade'en* además de su castrado, procurando mantener al brioso animal bien separado de *Mandarb,* el caballo de Lan. Los dos sementales se miraban ferozmente ahora que no los montaban sus jinetes.

—Realmente no sabes lo que estás haciendo, ¿verdad? —protestó Egwene—. Moraine, no se lo permitáis. Podemos cabalgar hasta Rhuidean. ¿Por qué dejáis que siga adelante con esto? ¿Por qué no decís nada?

—¿Y qué sugieres que haga? —replicó ásperamente la Aes Sedai—. No

Librodot

voy a cogerlo de la oreja y llevármelo a rastras. Quizás estemos a punto de comprobar hasta qué punto es útil Soñar.

—¿Soñar? —La voz de Egwene era cortante—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—¿Queréis callar las dos? —pidió Rand, obligándose a dar a su voz un tono paciente—. Estoy intentando tomar una decisión.

La joven lo miró indignada; Moraine no dejó traslucir el menor atisbo de emoción, pero lo observaba intensamente.

—¿Es preciso que lo hagamos así? —intervino Mat—. ¿Qué tienes en contra de cabalgar? —Rand se limitó a mirarlo, y él se encogió de hombros, desasosegado—. Oh, diantre. Si lo que intentas es decidir... —Cogió las riendas de los dos caballos en una mano, sacó una moneda del bolsillo, un marco de oro de Tar Valon, y suspiró—. Vaya, hombre, tenía que ser esta moneda. —La hizo pasar sobre el dorso de los dedos—. A veces... tengo suerte, Rand. Deja que sea ella la que decida. Cara, el que apunta a tu derecha; cruz, el de la izquierda. ¿Qué dices?

—Esto es ridículo —empezó Egwene, pero Moraine la hizo callar rozándole el brazo con los dedos.

—Vale, ¿por qué no? —asintió Rand. Egwene masculló algo, pero lo único que le entendió fue «hombres» y «niños», y no sonaba halagador.

Mat impulsó con el pulgar la moneda y ésta giró en el aire, brillando mortecinamente al sol. Antes de que empezara a caer, Mat la volvió a coger y la soltó con una palmada sobre el revés de su otra mano. Entonces vaciló.

—Es una jodida tontería confiar en un lanzamiento de moneda, Rand.

Sin mirar los símbolos, Rand posó la mano sobre uno de ellos.

—Éste —dijo—. Has elegido éste. Mat miró la moneda y parpadeó.

—Es cierto. ¿Cómo lo supiste?

—Tiene que empezar a funcionar conmigo antes o después.

Ninguno de ellos entendió a qué se refería —eso saltaba a la vista— pero tampoco importaba. Levantó la mano y miró el símbolo que Mat y él habían escogido: el triángulo que apuntaba a la izquierda. El sol había pasado su cenit. Tenía que hacerlo bien. Un error, y perderían tiempo en vez de ganarlo. No quería pensar que la consecuencia fuera aun peor.

Se puso de pie, metió la mano en la bolsita del cinturón y sacó el pequeño y duro objeto que guardaba en ella, una talla de brillante piedra verde que encajaba en su mano; representaba un hombre de cara y cuerpo redondos, sentado con las piernas cruzadas, y con una espada sobre sus rodillas. Frotó con el pulgar la cabeza calva de la figurilla.

—Que todos se agrupen cerca. Todos. Rhuarc, haz que suban esas bestias de carga aquí. Todo el mundo tiene que estar lo más cerca posible de mí.

—¿Por qué? —preguntó el Aiel.

—Porque vamos a Rhuidean. —Rand hizo saltar la figurilla sobre la palma de la mano, y luego se inclinó para dar unas palmaditas en la piedra—. A Rhuidean. Ahora mismo.

Rhuarc le dedicó una larga e inexpresiva mirada; después se puso de pie mientras empezaba a llamar a los otros Aiel.

Moraine dio un paso más cuesta arriba.

—¿Qué es eso? —preguntó con curiosidad.

—Un *angreal* —respondió Rand al tiempo que le daba la vuelta sobre la palma—. Uno que funciona para los hombres. Lo encontré en la Gran

Librodot

Reserva cuando buscaba el umbral. Fue la espada lo que me hizo cogerlo, y entonces lo supe. Si os estabais preguntando cómo pensaba encauzar suficiente Poder para llevarnos a todos, Aiel, mulas y todo lo demás, ésta es la respuesta.

—Rand —intervino Egwene, nerviosa—, estoy segura de que crees que haces lo que es mejor, pero ¿estás seguro? ¿Tienes la certeza de que ese *angreal* es lo bastante fuerte? Yo no podría afirmar siquiera que realmente es un *angreal.* Si lo dices, te creo, pero estos objetos varían, Rand. Por lo menos, es lo que ocurre con los que las mujeres pueden utilizar. Unos son más potentes que otros, y en eso no influye ni el tamaño ni la forma.

—Por supuesto que estoy seguro —mintió. No había habido modo de probarlo; no para este propósito y no si quería evitar que la mitad de Tear descubriera que se traía algo entre manos, pero creía que serviría. Con lo pequeño que era, nadie descubriría que faltaba de la Ciudadela a menos que decidieran hacer un inventario de la Reserva, y tal cosa parecía poco probable.

—Así que te dejas a *Callandor* y te traes esto —murmuró Moraine—. Actúas como si tuvieras un amplio conocimiento de los Portales de Piedra. Más de lo que habría imaginado.

—Verin me contó bastantes cosas. —Cierto que la Aes Sedai le había hablado de ellos, pero fue Lanfear la primera que lo había instruido al respecto. Entonces la conocía como Selene, pero no tenía intención de explicarle eso a Moraine, como tampoco pensaba decirle que la mujer se había ofrecido a ayudarlo. Aparentemente, se había tomado el asunto de Lanfear con demasiada tranquilidad, incluso para ser una persona tan fría como ella, que rara vez perdía el control. Y lo estaba observando con aquella mirada escrutadora, como si lo estuviera sopesando en una balanza.

—Ten cuidado, Rand al'Thor —advirtió con su fría y melodiosa voz—. Cualquier *ta'veren* cambia el Entramado en mayor o menor grado, pero uno como tú podría desgarrar la Urdimbre de las Eras para siempre.

Rand habría dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando. Lo que estaba *planeando.*

Los Aiel subieron la ladera con sus mulas de carga y cubrieron el manto de hierba conforme se arracimaban alrededor de él y del Portal de Piedra, apelotonándose hombro contra hombro, excepto Moraine y Egwene, con las que dejaron cierta distancia. Rhuarc le hizo un gesto de asentimiento como diciendo: «Hecho. Ahora todo está en tus manos».

Sopesó el pequeño *angreal* verde, y pensó decirles a los Aiel que dejaran a los animales; pero, aparte de que no sabía si accederían a ello, deseaba llegar con todos y con todo para que tuvieran el convencimiento de que lo había hecho bien y por su bien. La buena voluntad no abundaría en el Yermo. Lo observaban imperturbables, aunque algunos se habían puesto el velo. Los únicos que parecían nerviosos eran Mat, que seguía dando vueltas al marco de Tar Valon por encima de los dedos, y Egwene, en cuyo rostro había gotitas de sudor. No tenía sentido prolongar más el momento. Tenía que actuar con una rapidez de la que nadie lo imaginaba capaz.

Se sumió en el vacío y buscó el contacto con la Fuente Verdadera, aquella pálida y parpadeante luz siempre presente, justo detrás de su hombro. El Poder lo hinchió, un soplo de vida, un vendaval que arrancaría robles de raíz, una brisa estival cargada del aroma de las flores, la tenue vaharada nauseabunda de un montón de estiércol. Suspendido en la nada,

enfocó el triángulo rodeado por un rayo que tenía ante sí, y abrió un canal a través del *angreal,* absorbiendo el violento torrente del *Saidin.* Debía llevarlos a todos. Tenía que funcionar. Asiendo aquel símbolo, se abrió plenamente al Poder Único, se llenó de él hasta creer que iba a estallar. Y siguió absorbiendo. Más. Más.

Fue como si el mundo desapareciera súbitamente.

Librodot

CAPÍTULO 23

Al otro lado de la Piedra

Egwene perdió el equilibrio y tuvo que aferrarse al cuello de *Niebla* cuando el suelo se inclinó bajo sus pies. A su alrededor los Aiel peleaban a brazo partido con las mulas, que rebuznaban y se deslizaban hacia atrás por la escarpada ladera, una pendiente rocosa pelada de vegetación. El bochorno que recordaba del *Tel'aran'rhiod* se descargó sobre ella, aplastante. El aire rielaba ante sus ojos, y el suelo le quemaba las plantas de los pies a través de las suelas de los zapatos. Sintió una dolorosa comezón en la piel cuando el sudor chorreó por cada poro; nada más empaparle el vestido, la transpiración pareció evaporarse instantáneamente.

Entre las mulas y los altos Aiel que forcejeaban, las unas para soltarse y los otros para sujetarlas, casi le tapaban el entorno, pero alcanzó a ver algunos atisbos en medio de la agitada masa de cuerpos. A menos de tres pasos de ella sobresalía en ángulo del suelo una gruesa columna de piedra gris, tan erosionada por el viento y la arena que resultaba imposible adivinar si alguna vez había sido igual a la de Tear. Bajo un sol de justicia que caía a plomo desde el cielo despejado, se recortaban las siluetas de unas montañas accidentadas, cuyas laderas de lisas placas parecían haber sido talladas con una hacha gigantesca. Sin embargo, en el centro de un largo y yerto valle, allá abajo, bullían las volutas de un denso manto de niebla; el sol abrasador debería haberla evaporado en cuestión de minutos, pero la masa de vapor continuaba ondeando, inmutable, persistente. Y de las grises volutas sobresalían los remates de torres, algunos picudos y otros que se cortaban bruscamente, como si los albañiles estuvieran trabajando todavía en ellos. .

—El buhonero tenía razón —musitó Egwene para sí—. Una ciudad en las nubes.

Aferrando con las manos crispadas las riendas de su castrado, Mat contemplaba atónito el panorama.

—¡Lo consiguió! —Se volvió hacia la joven, riendo—. Lo consiguió, Egwene, y sin que... ¡Diantres, lo consiguió! —Se abrió de un tirón el lazo del cuello de la camisa—. ¡Luz, qué calor! ¡Aquí sí que se abrasa uno de verdad!

De pronto Egwene reparó en que Rand estaba de rodillas, con la cabeza inclinada y una mano apoyada en el suelo para sostenerse. Tiró de la yegua y se abrió paso entre los Aiel y llegó junto a él cuando Lan ya lo ayudaba a ponerse de pie. Moraine también estaba a su lado, estudiando a Rand con aparente calma, si bien la ligera tirantez en la comisura de sus labios revelaba que le habría gustado darle de bofetadas.

—Lo conseguí —jadeó Rand, mirando en derredor. Si se mantenía en pie era únicamente porque el Guardián lo sostenía; tenía la tez lívida y macilenta, como un moribundo.

—Estuviste cerca —dijo Moraine fría, muy fríamente—. El *angreal* no

era bastante potente para semejante empresa. No debes volver a hacer esto. Si corres riesgos, que sean razonados y con un motivo poderoso. En ningún otro caso.

—Yo no corro riesgos, Moraine. Mat es el jugador. —Rand abrió con esfuerzo la mano derecha; el *angreal,* el hombrecillo gordo, le había hincado la punta de su espada en la palma, exactamente en la garza grabada—. Tal vez tengáis razón y hacía falta otro más potente. Un poco más, quizá... —Soltó una risa forzada—. Funcionó, Moraine, y eso es lo que importa. Los he traído a todos. Funcionó.

—Sí, eso es lo que importa —convino Lan, asintiendo.

Egwene resopló con enojo. Hombres. Uno había estado a punto de matarse, y después intentaba tomarlo a broma, como si fuera un chiste; y el otro le decía que había obrado correctamente. ¿Es que nunca maduraban?

—La fatiga que produce encauzar es distinta de cualquier otro tipo de cansancio —comentó Moraine—. Me es imposible librarte totalmente de ella cuando has canalizado tanto Poder como en esta ocasión, pero haré cuanto esté en mi mano. A lo mejor ese resto de agotamiento servirá para recordarte que seas más prudente la próxima vez.

Estaba enfadada, indiscutiblemente; su voz traslucía un inequívoco timbre de satisfacción. El brillo del *Saidar* envolvió a la Aes Sedai mientras tendía las manos para tomar la cabeza de Rand entre ellas. El joven inhaló brusca y entrecortadamente, y después se retiró con violencia, soltándose también de Lan.

—Preguntad antes, Moraine —dijo fríamente mientras guardaba el *angreal* en la bolsita del cinturón—. Preguntad antes. No soy vuestro perrillo faldero para que podáis hacer conmigo lo que queráis y cuando queráis. —Se frotó las manos para quitarse el hilillo de sangre marcado en la palma.

Egwene repitió el resoplido enojado. Infantil, desconsiderado e ingrato. Ahora se sostenía por sí mismo, aunque el cansancio todavía apagaba sus ojos; y no hacía falta comprobarlo para saber que el pequeño pinchazo de la palma había desaparecido. Una absoluta ingratitud. Lo extraño era que Lan no lo increpara por haber hablado de ese modo a Moraine.

De repente se dio cuenta de que los Aiel guardaban un completo silencio ahora que habían conseguido tranquilizar a las mulas. Miraban fijamente hacia afuera, no al valle y a la ciudad envuelta en niebla que debía de ser Rhuidean, sino a dos campamentos, uno a cada lado de su posición, que había a unos ochocientos metros de distancia. Los dos agrupamientos de docenas y docenas de tiendas bajas y abiertas por los costados, uno de ellos el doble de grande que el otro, casi se confundían con la ladera de la montaña, pero los Aiel, con sus ropas pardas, eran claramente visibles en ambos; sostenían en sus manos lanzas cortas y arcos con las flechas prestas, y los que ya no lo habían hecho se cubrían los rostros con velos. A juzgar por su actitud parecían a punto de lanzarse al ataque.

—La paz de Rhuidean —pronunció una voz femenina desde la parte alta de la pendiente, y Egwene advirtió que la tensión desaparecía en los Aiel que la rodeaban. Los que estaban entre las tiendas empezaron a bajarse los velos, aunque la cautela siguió presidiendo su actitud.

La joven localizó un tercer campamento mucho más pequeño en una zona más alta de la montaña, unas cuantas tiendas bajas plantadas en un reducido parche de terreno nivelado. Cuatro mujeres bajaban desde ese campamento con porte digno y sosegado, vestidas con amplias faldas

oscuras, blancas blusas sueltas y chales marrones o grises alrededor de los hombros a pesar del tremendo calor que empezaba a causar una sensación de mareo en Egwene; lucían numerosos collares y brazaletes de marfil y oro. Dos de ellas tenían el pelo blanco, casi del color del sol, que les llegaba hasta la cintura; lo llevaban retirado de la cara, sujeto con un pañuelo doblado atado a la frente.

Egwene reconoció a una de las mujeres de pelo blanco: Amys, la Sabia que había visto en el *Tel'aran'rhiod.* Volvió a impresionarle el fuerte contraste entre la tez curtida por el sol y el níveo cabello de la mujer; a juzgar por su apariencia no era tan mayor. La otra mujer de pelo blanco tenía el rostro lleno de arrugas, como una abuela, y otra de ellas, con el cabello entrecano, parecía tan vieja como ella. Egwene tenía la certeza de que las cuatro eran Sabias, y seguramente eran las que firmaban la carta enviada a Moraine.

Las Aiel se detuvieron a diez pasos de distancia, un poco más arriba de donde la muchedumbre se arracimaba en torno al Portal de Piedra, y la que parecía ser la mayor extendió las manos abiertas y habló con una voz de anciana, pero aun así poderosa:

—La paz de Rhuidean sea con vosotros. Los que vienen a Chaendaer pueden regresar a sus dominios en paz. El suelo no se teñirá de sangre.

Dicho esto, los Aiel de Tear empezaron a separarse, repartiendo rápidamente los animales de carga y el contenido de los cestos. Ahora no se dividieron en asociaciones; Egwene vio unirse Doncellas a distintos grupos, algunos de los cuales se pusieron en marcha de inmediato alrededor de la montaña, evitándose entre sí y a los campamentos, con paz de Rhuidean o sin ella. Otros se encaminaron hacia uno u otro agrupamiento de tiendas, donde finalmente las armas habían dejado de estar prestas.

No todo el mundo había confiado en la paz de Rhuidean; Lan soltó la empuñadura de la espada que no había llegado a desenvainar, aunque Egwene no lo había visto llevar la mano a ella, y Mat volvió a guardar apresuradamente en las mangas un par de dagas. Rand tenía los pulgares metidos en el cinturón, pero en sus ojos había una clara expresión de alivio.

Egwene buscó a Aviendha para hacerle unas cuantas preguntas antes de hablar con Amys. Seguramente la Aiel se mostraría algo más abierta respecto a las Sabias estando aquí, en su propia tierra. Localizó a la Doncella, cargada con un gran saco de yute cuyo contenido tintineaba, y dos tapices enrollados sobre el hombro, dirigiéndose a toda prisa hacia uno de los campamentos grandes.

—Tú te quedas, Aviendha —dijo en voz alta la Sabia de cabello entrecano. La Doncella se paró en seco, sin mirar a nadie.

Egwene dio un paso en su dirección, pero la detuvo Moraine.

—Será mejor que no te metas en esto. Me parece que no acogería bien tu compasión o que tomaría por tal cualquier gesto de apoyo.

Egwene no pudo menos de asentir; saltaba a la vista que Aviendha quería que la dejaran en paz. ¿Qué querrían de ella las Sabias? ¿Habría roto alguna regla, alguna ley?

En cambio a ella no le habría importado tener más compañía. Se sentía muy vulnerable plantada allí en medio, sin los Aiel a su alrededor y con todas esas personas observando desde las tiendas. En la Ciudadela los Aiel se habían mostrado corteses, cuando no amistosos; la gente de los campamentos no parecía ni lo uno ni lo otro. La tentación de abrazar el

Saidar era muy fuerte. Encontró fuerzas para no hacerlo en la firme actitud de Moraine, serena y fría como siempre a pesar de la transpiración que le humedecía el rostro, y de Lan, tan impertérrito como las rocas que los rodeaban. Si hubiera peligro ellos lo sabrían, de modo que, si los dos aceptaban la situación, ella también. Pero aun así deseó que aquellos Aiel dejaran de mirarlos tan fijamente.

Rhuarc remontó, sonriente, el tramo de cuesta que los separaba de las Sabias.

—He vuelto, Amys, aunque apostaría que no del modo que imaginabas.

—Sabía que hoy estarías aquí, sombra de mi corazón. —Alzó las manos para acariciar el rostro del hombre, dejando que el chal resbalara por sus brazos—. Mi hermana conyugal te envía su amor.

—A esto os referíais cuando dijisteis lo de Soñar —musitó Egwene a Moraine. Lan era el único que estaba lo bastante cerca para oírla—. Por eso no os opusisteis a que Rand nos trajera aquí a través del Portal de Piedra. Ellas lo sabían, y os lo decían en la carta. No, eso no tiene sentido. Si hubieran mencionado el Portal de Piedra, no habríais intentado convencerlo de que cambiara de idea. Sin embargo, ellas sabían que apareceríamos aquí.

Moraine asintió sin apartar los ojos de las Sabias.

—Escribieron que nos reuniríamos aquí, en Chaendaer, hoy. Lo consideré... improbable, hasta que Rand mencionó los Portales. Cuando se mostró tan seguro, con una certeza que resistió mi intento de disuadirlo, de que existía uno aquí... Digamos que de repente me pareció sumamente probable que llegáramos a Chaendaer hoy.

Egwene aspiró hondo el caliente aire. Así que ésa era una de las cosas que podía hacer una Soñadora. Ardía en deseos de iniciar el aprendizaje; habría querido correr en pos de Rhuarc y presentarse a Amys —o volver a presentarse—, pero el jefe de clan y la Sabia se estaban mirando a los ojos de un modo que no admitía la intrusión de nadie.

De cada uno de los campamentos había salido un hombre. Uno de ellos era alto, ancho de hombros, con el cabello muy rojo, y de mediana edad, aunque recién entrado en ella; el otro era mayor y más moreno, igualmente alto, pero más esbelto. Se pararon a unos cuantos pasos, a uno y otro lado de Rhuarc y las Sabias. El mayor, un hombre de rostro atezado, no llevaba armas a excepción del cuchillo de hoja larga colgado del cinturón, pero el otro portaba lanzas y una adarga de cuero, y erguía la cabeza orgullosamente, con la fiera mirada prendida en Rhuarc.

Éste hizo caso omiso de él y se volvió hacia el hombre mayor.

—Te veo, Heirn. ¿Ha decidido alguno de los jefes de los septiares que ya estoy muerto? ¿Quién busca ocupar mi lugar?

—Te veo, Rhuarc. Ningún Taardad ha entrado en Rhuidean ni busca hacerlo. Amys dijo que vendría a reunirse aquí contigo, y estas otras Sabias viajaron con ella. Traje a estos hombres del septiar Jindo para asegurarme de que llegaran sanas y salvas.

Rhuarc asintió solemnemente. Egwene tuvo la sensación de que se había dicho algo importante o se había insinuado. Las Sabias no miraban al hombre de pelo rojo, ni tampoco lo hacían Rhuarc ni Heirn, pero por el creciente sonrojo de las mejillas del hombre habríase dicho que todos lo estaban observando de hito en hito. La joven miró de soslayo a Moraine, que respondió sacudiendo la cabeza de manera casi imperceptible; la Aes Sedai tampoco entendía qué estaba pasando. Lan se acercó a ambas y se inclinó

Librodot

para hablar en un susurro:

—Una Sabia puede ir a cualquier sitio sin correr peligro, a cualquier dominio sea del clan que sea. Creo que ni siquiera una enemistad hereditaria afecta a una Sabia. El tal Heirn vino para proteger a Rhuarc de quienesquiera que sean los del otro campamento, pero no sería honorable decirlo. —Moraine enarcó levemente la ceja, y el Guardián añadió—: No sé mucho sobre los Aiel, pero luché contra ellos a menudo antes de que nos conociéramos nosotros. Nunca me preguntaste sobre ellos.

—Remediaré ese descuido —dijo la Aes Sedai secamente.

Al volverse hacia las Sabias y los tres hombres, Egwene sufrió un leve vahído. Lan le puso en las manos una cantimplora de cuero abierta, y la joven, agradecida, bebió un buen trago. El agua estaba tibia y olía a cuero, pero con el calor le supo tan fresca como la de un manantial. Ofreció la cantimplora medio llena a Moraine, que apenas se mojó los labios y se la devolvió. Egwene volvió a beber con ansiedad, cerrando los ojos; el agua que le cayó en la cabeza hizo que los volviera a abrir rápidamente. Lan le estaba vaciando encima otra cantimplora, y el cabello de Moraine ya estaba goteando.

—Este calor puede matarlo a uno si no se está acostumbrado a él —explicó el Guardián mientras mojaba un par de pañuelos de lino blanco que había sacado de la chaqueta.

Siguiendo sus instrucciones, Moraine y ella se anudaron las telas mojadas alrededor de la frente. Rand y Mat estaban haciendo lo mismo. Por su parte, Lan se dejó la cabeza descubierta, sin protegerla del sol; nada parecía afectar a este hombre.

El silencio entre Rhuarc y los otros Aiel se había prolongado, pero finalmente el jefe de clan se volvió hacia el hombre de cabello rojo.

—Entonces ¿es que los Shaido no tienen jefe de clan, Couladin?

—Suladric ha muerto —respondió el hombre—. Muradin ha entrado en Rhuidean. Si fracasa, entraré yo.

—No lo has pedido, Couladin —intervino la Sabia de más edad con aquella voz aguda y sin embargo fuerte—. En caso de que Muradin fracase, pídelo entonces. Somos cuatro, suficientes para decir sí o no.

—Estoy en mi derecho, Bair —replicó Couladin, iracundo. Saltaba a la vista que era un hombre que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria.

—Estás en tu derecho a pedirlo —contestó la mujer—. Y el nuestro es responder. No creo que se te permita entrar, ocurra lo que ocurra con Muradin. Tu interior no es intachable, Couladin. —Movió el chal gris ajustándolo sobre sus angulosos hombros de un modo que sugería que había dicho más de lo que consideraba necesario.

El hombre enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¡Mi primer hermano regresará marcado como jefe de clan, y conduciremos a los Shaido a una gran gloria! ¡Vamos a...! —Cerró la boca de golpe, casi temblando.

Egwene decidió no quitarle la vista de encima si se quedaba cerca de ella. Le recordaba a los Congar y a los Coplin, en su pueblo, unos fanfarrones que siempre andaban buscando líos. De hecho, hasta ahora no había visto a ningún Aiel perder el control de un modo tan violento.

Amys parecía haberse olvidado ya de él.

—Hay alguien que vino contigo, Rhuarc —dijo. Egwene esperaba que la

mujer le hablara a ella, pero los ojos de Amys se volvieron directamente hacia Rand. A Moraine no la sorprendió, obviamente, y Egwene se preguntó qué habría escrito en aquella carta de las cuatro Sabias que la Aes Sedai no había revelado.

Rand pareció desconcertado en un primer momento, pero después subió la ladera hasta llegar cerca de Rhuarc, el rostro a la altura de los de las mujeres. El sudor le pegaba la blanca camisa al cuerpo, y manchaba con oscuros parches sus calzones. Con el trapo blanco enrollado alrededor de la frente, no ofrecía, ni con mucho, un aspecto tan magnífico e imponente como en el Corazón de la Ciudadela. Hizo una extraña reverencia, con el pie izquierdo adelantado, la mano izquierda sobre la rodilla, y la derecha extendida, con la palma hacia arriba.

—Por derecho de sangre —dijo— pido permiso para entrar en Rhuidean, por el honor de nuestros antepasados y en memoria de lo que fue.

Amys parpadeó con evidente sorpresa.

—Una fórmula antigua —murmuró Bair—, pero la petición ha sido hecha. Mi respuesta es sí.

—También la mía, Bair —dijo Amys—. ¿Seana?

—Este hombre no es Aiel —intervino Couladin, enfurecido. Egwene sospechó que debía de estar iracundo casi siempre—. ¡La muerte es lo que merece por pisar este suelo! ¿Por qué lo ha traído Rhuarc? ¿Por qué...?

—¿Ahora pretendes ser una Sabia, Couladin? —inquirió Bair, cuyo gesto ceñudo hacía resaltar las arrugas de su rostro—. Ponte un vestido y ven conmigo. Veré si hay posibilidades de entrenarte. ¡Pero, hasta entonces, guarda silencio cuando una Sabia está hablando!

—Mi madre era Aiel —dijo Rand con voz tensa.

Egwene lo miró de hito en hito. Kari al'Thor había muerto cuando ella apenas había salido de la cuna, pero si la esposa de Tam hubiera sido Aiel sin duda lo habría oído comentar en algún momento. Volvió la vista hacia Moraine; la Aes Sedai observaba la escena, el semblante impasible, sosegado. Rand tenía un gran parecido con los Aiel, por su altura, sus ojos azul grisáceos y su cabello rojizo, pero esto era absurdo.

—Tu madre no —manifestó Amys lentamente—. Tu padre. —Egwene sacudió la cabeza. Este asunto estaba tomando visos de locura. Rand abrió la boca, pero Amys no lo dejó hablar—. Seana, ¿qué dices tú?

—Sí —respondió la mujer de pelo entrecano—. ¿Melaine?

La última de las cuatro, una hermosa mujer de cabello dorado, no más de diez o quince años mayor que Egwene, vaciló un momento.

—Ha de hacerse —dijo finalmente, de mala gana—. Mi respuesta es sí.

—Se ha respondido a tu petición —le dijo Amys a Rand—. Puedes entrar en Rhuidean, y... —Se interrumpió cuando Mat se adelantó presuroso e hizo una torpe imitación de la reverencia de Rand.

—También yo pido entrar en Rhuidean —anunció con voz trémula.

Las cuatro Sabias lo contemplaron fijamente mientras Rand volvía la cabeza hacia él, sorprendido. Egwene estaba convencida de que no había nadie más conmocionado que ella en ese momento, pero Couladin la sacó de su error; con un gruñido salvaje, el Aiel levantó su lanza y arremetió contra Mat.

El brillo del *Saidar* envolvió a Amys y Melaine, y unos flujos de Aire levantaron en vilo al hombre de pelo rojo y lo lanzaron a una docena de pasos.

Librodot

Egwene contemplaba la escena con los ojos muy abiertos. ¡Podían encauzar! Al menos dos de ellas. De repente comprendió el contraste de los juveniles rasgos de Amys con su blanco cabello; era algo muy semejante a la intemporalidad de las Aes Sedai. Moraine permanecía completamente inmóvil, pero Egwene adivinó que su cabeza era un hervidero de ideas. Lo ocurrido había sorprendido a la Aes Sedai tanto como a ella misma.

—Aceptáis a este forastero como uno de nosotros —argumentó Couladin con voz ronca mientras se incorporaba y se quedaba en una postura agazapada; señalaba a Rand con la lanza con la que había intentado atacar a Mat—. Si vosotras lo decís, que así sea. Al fin y al cabo no es más que un hombre de las tierras húmedas, un blando, y Rhuidean acabará con él. —La lanza se volvió hacia Mat, que estaba tratando de volver a esconder en la manga una daga sin que nadie lo advirtiera—. Pero él... La muerte es el castigo por estar aquí, y por su sacrilegio al pedir entrar en Rhuidean. Nadie que no pertenezca a la sangre puede entrar. ¡Nadie!

—Regresa a tu campamento, Couladin —ordenó Melaine fríamente—. Y tú también, Heirn. Lo mismo reza para ti, Rhuarc. Esto sólo concierne a las Sabias y sólo a los hombres que han hecho la petición. ¡Idos!

Rhuarc y Heirn asintieron y echaron a andar hacia el campamento más pequeño, hablando entre ellos. Couladin asestó una mirada furibunda a Rand y a Mat, y a las Sabias también, antes de girar bruscamente sobre sus talones y dirigirse a grandes zancadas hacia el otro campamento.

La Sabias intercambiaron una mirada que, a parecer de Egwene, era preocupada, si bien eran casi tan diestras como las Aes Sedai a la hora de mantener el gesto impasible.

—No está permitido, joven —manifestó firmemente Amys—. No sabes lo que has hecho. Regresa con los demás. —Sus ojos pasaron fugazmente sobre Egwene, Moraine y Lan, que ahora se encontraban solos con los caballos cerca del erosionado Portal de Piedra. Egwene no advirtió un atisbo de reconocimiento en aquella mirada.

—No puedo. —La voz de Mat traslucía una gran desesperación—. He llegado hasta aquí, pero eso no cuenta, no es suficiente. He de ir a Rhuidean.

—No está permitido —replicó duramente Melaine, cuyo cabello dorado se meció al sacudir la cabeza en un gesto negativo—. Por tus venas no corre sangre Aiel.

Rand no había dejado de observar intensamente a Mat durante todo ese tiempo.

—Viene conmigo —manifestó inesperadamente—. Me disteis permiso, y puede acompañarme con vuestro consentimiento o sin él. —Sostuvo las miradas de las Sabias, no con expresión desafiante, sino resuelta, empeñado en ello, simplemente. Egwene lo conocía bajo esta faceta; no cambiaría de opinión dijeran lo que dijeran.

—No está permitido —repitió Melaine firmemente, dirigiéndose a sus compañeras. Se puso el chal sobre la cabeza—. La ley es clara: ninguna mujer entrará en Rhuidean más de dos veces; ningún hombre lo hará más de una vez; y no entrará nadie que no tenga sangre Aiel.

—Se están produciendo muchos cambios, Melaine —argumentó Seana, que sacudió la cabeza—. Las viejas costumbres...

—Él es el anunciado —intervino Bair—, y la Hora del Cambio se cierne sobre nosotros. Hay una Aes Sedai en Chaendaer, y un *Aan'allein,* con su

capa cambiante. ¿Podemos seguir aferrándonos a las viejas costumbres, sabiendo los grandes cambios que se avecinan?

—No podemos —dijo Amys—. Todo está al borde del cambio. ¿Melaine? —La mujer de pelo dorado recorrió con la mirada las montañas que los rodeaban, la ciudad envuelta en niebla, allá abajo, y después suspiró y asintió en silencio—. Está hecho —dictaminó Amys, que se volvió hacia los dos jóvenes—. Vosotros —empezó, pero hizo una pausa—. ¿Con qué nombres se os conoce?

—Rand al'Thor.

—Mat. Mat Cauthon.

—Bien —asintió Amys—. Tú, Rand al'Thor, debes llegar al corazón de Rhuidean, al mismo centro. Si deseas acompañarlo, Mat Cauthon, que así sea, pero ten presente que la mayoría de los hombres que entran en el corazón de Rhuidean no regresan, y algunos cuando vuelven están locos. No podéis llevar agua ni comida, en recuerdo de nuestro peregrinaje tras el Desmembramiento. Habéis de entrar en Rhuidean desarmados, salvo por vuestras manos y vuestros corazones, en honor de los Jenn. Si tenéis armas, dejadlas en el suelo, a nuestros pies. Estarán aquí para que las recojáis a vuestro regreso. Si regresáis.

Rand desabrochó el cinturón del cuchillo y lo puso a los pies de Amys; tras una fugaz vacilación, añadió la talla de piedra verde con la figura del gordo hombrecillo.

—Eso es todo; no puedo desprenderme de más —dijo.

Mat empezó con el cuchillo del cinturón y continuó sacando dagas de las mangas, de debajo de la chaqueta, y hasta una que llevaba detrás del cuello; se formó un montón que inclusive sorprendió a las Aiel. Su actitud daba a entender que había acabado, pero miró a las mujeres y acto seguido extrajo otras dos más del borde de las botas.

—Se me habían olvidado —dijo con una sonrisa y encogiéndose de hombros. La impasible mirada de las Sabias borró su mueca.

—Están comprometidos con Rhuidean —pronunció solemnemente Amys, que tenía los ojos prendidos más allá de los dos jóvenes.

—Rhuidean pertenece a los muertos —respondieron al unísono las otras tres.

—No hablarán con los vivos hasta que regresen —continuó.

—Los muertos no hablan con los vivos —respondieron de nuevo las tres.

—No los vemos, hasta que se encuentren otra vez entre los vivos. —Amys se cubrió los ojos con el chal, y sus tres compañeras hicieron otro tanto. Ya con los rostros tapados, pronunciaron al mismo tiempo—: Marchaos, dejad a los vivos, y no nos acoséis con recuerdos de lo que está perdido. No habléis de lo que ven los muertos.

Se quedaron calladas, manteniendo levantados los chales ante sus rostros, esperando.

Rand y Mat se miraron; Egwene habría querido acercarse a ellos, hablarles —ambos tenían esa expresión demasiado estoica de los hombres que no quieren que nadie sepa que están desasosegados o asustados— pero ello podría echar a perder la ceremonia. Finalmente, Mat soltó una risotada.

—Bueno, supongo que, al menos, los muertos sí podrán hablar entre ellos —dijo—. Me pregunto si eso reza también para... Bah, no importa. ¿Crees que será válido cabalgar?

—Me parece que no —manifestó Rand—. Creo que hemos de caminar.

—Oh, diantres, qué dolor de pies. Entonces más vale que nos pongamos en marcha cuanto antes. Nos costará media tarde sólo llegar allí. Con suerte.

Rand lanzó una sonrisa tranquilizadora a Egwene mientras echaban a andar montaña abajo, como para convencerla de que no había peligro, nada adverso. La mueca de Mat era la que tenía cuando estaba haciendo algo particularmente estúpido, como bailar en el pico de un tejado.

—No tendrás pensado llevar a cabo una... *locura* ¿verdad? Tengo intención de regresar vivo.

—Y yo —repuso Rand—. Y yo.

Siguieron caminando y dejó de oírselos; sus figuras continuaron empequeñeciéndose a medida que descendían la ladera. Cuando apenas se los distinguía a lo lejos, las Sabias bajaron los chales.

Arreglándose el vestido y deseando para sus adentros no estar tan sudorosa, Egwene subió la corta distancia que la separaba de ellas, llevando a *Niebla* por las riendas.

—¿Amys? Soy Egwene al'Vere. Dijisteis que tendría que...

La Sabia la cortó levantando una mano y miró hacia donde estaba Lan sujetando las riendas de *Mandarb, Puntos* y *Jeade'en,* detrás de Moraine y *Aldieb.*

—Esto es ahora asunto de mujeres, *Aan'allein.* Debes alejarte. Ve a las tiendas, donde Rhuarc te ofrecerá agua y sombra.

Lan esperó a que Moraine hiciera un leve asentimiento antes de inclinar la cabeza y echar a andar en la dirección por la que se había marchado Rhuarc. La capa cambiante, que colgaba a su espalda, a veces le otorgaba la apariencia de una cabeza y unos brazos flotando en el aire, sin cuerpo, a través del terreno, por delante de los caballos.

—¿Por qué lo llamáis así? —inquirió Moraine cuando el Guardián ya no podía oírlas—. «Un Hombre.» ¿Lo conocéis?

—Así es, Aes Sedai. —Amys pronunció el título de un modo que lo hacía parecer un tratamiento entre iguales—. El último de los malkieri. El hombre que no renunciará a su guerra contra la Sombra aunque su nación haya sido destruida por ella hace mucho tiempo. Hay un gran honor en él. Supe por el sueño que si vos veníais era casi seguro que también lo haría *Aan'allein,* pero no sabía que os obedece.

—Es mi Guardián —fue la escueta respuesta de Moraine.

Egwene pensó que la Aes Sedai estaba molesta a pesar de su tono sosegado, y sabía el motivo. ¿«Casi» seguro que Lan vendría con ella? Lan siempre acompañaba a Moraine; la seguiría incluso a la Fosa de la Perdición sin pestañear siquiera. Y para Egwene era casi tan interesante lo de «si vos veníais». ¿Sabían o no la Sabias que vendrían? Tal vez la interpretación del Sueño resultaba no ser tan sencilla como había imaginado. Iba a preguntarlo, pero Bair habló entonces:

—Aviendha, ven aquí.

La Doncella había permanecido apartada a un lado, en cuclillas y con los brazos alrededor de las rodillas, mirando fijamente el suelo con aire desconsolado. Se incorporó lentamente. Si Egwene no conociera bien el espíritu valeroso de la Doncella, habría dicho que estaba asustada. Aviendha subió el tramo de cuesta arrastrando los pies; cuando llegó ante las Sabias soltó el saco y los tapices enrollados a sus pies.

—Llegó la hora —dijo Bair, sin apremio, si bien en sus pálidos ojos

azules no habían concesión alguna—. Has corrido con las lanzas tanto tiempo como te ha sido posible. Más de lo que deberías.

—Soy una Doncella Lancera. —Aviendha alzó la cabeza, desafiante—. No quiero ser una Sabia. ¡Y no lo seré!

Los semblantes de las Sabias se endurecieron, y a Egwene le recordaron el Círculo de Mujeres del pueblo cuando se enfrentaban a una mujer que se empeñaba en seguir adelante con alguna necedad.

—Se te ha tratado con mayor consideración de la que se me dio a mí en su día —dijo Amys con gran dureza—. También me negué a acudir cuando me llamaron. Mis hermanas de lanza rompieron las mías ante mis propios ojos, me llevaron a presencia de Bair y Coedelin atada de pies y manos, y con la piel por único vestido.

—Y una bonita muñeca bajo tu brazo —añadió secamente Bair—, para recordarte lo infantil que eras. Según recuerdo, te escapaste nueve veces durante la primera luna.

Amys asintió con gesto sombrío.

—Me hicieron lloriquear como una criatura en cada ocasión, y sólo me escapé cinco veces el segundo mes. Me consideraba tan fuerte y dura como lo puede ser una mujer, pero no era lista; me costó medio año aprender que eras más fuerte y más dura de lo que jamás llegaría a ser yo, Bair. Finalmente aprendí cuál era mi obligación, mi deber para con el pueblo. Como te ocurrirá a ti, Aviendha. Las mujeres como tú y como yo tenemos esa obligación. No eres una niña, así que es hora de que te olvides de las muñecas, y de las lanzas, y te conviertas en la mujer que estás destinada a ser.

De repente Egwene supo por qué había sentido tanta afinidad con Aviendha desde el principio, y el motivo de que Amys y las otras quisieran convertirla en una Sabia. Aviendha podía encauzar. Al igual que ella misma y Elayne y Nynaeve —y Moraine—, era una de las pocas mujeres que no sólo podían aprender a encauzar, sino que el don era innato en ellas, de manera que eran capaces de tocar la Fuente Verdadera en un momento dado, fueran o no conscientes de ello. La expresión de Moraine seguía siendo impasible, sosegada, pero Egwene vio confirmadas sus sospechas en los ojos de la mujer. La Aes Sedai debía de haberse dado cuenta desde que había conocido a la Aiel. La joven advirtió que sentía la misma afinidad con Amys y con Melaine, pero no con Bair o con Seana. Sólo las dos primeras podían encauzar, estaba convencida de ello. También percibió lo mismo en Moraine. Era la primera vez que tenía esa sensación; la Aes Sedai era una mujer muy retraída.

Por lo visto, al menos una de las Sabias supo leer más en el rostro de Moraine.

—Teníais intención de llevárosla a la Torre Blanca —dijo Bair—, para hacerla una de las vuestras. Ella es Aiel, Aes Sedai.

—Puede ser muy poderosa si recibe el entrenamiento adecuado —repuso Moraine—. Tanto como lo será Egwene. En la Torre puede alcanzar esa fuerza.

—También nosotras podemos enseñarle, Aes Sedai. —El timbre de Melaine era suave, pero la firme mirada de sus verdes ojos denotaba desdén—. Y mucho mejor. He hablado con Aes Sedai, y en la Torre mimáis a las mujeres. La Tierra de los Tres Pliegues no es lugar para ser tolerante. Aviendha habrá aprendido lo que es capaz de hacer en el tiempo en que

Librodot

vosotras la tendríais todavía practicando juegos.

Egwene miró a Aviendha con preocupación; la otra mujer tenía la vista gacha, desvanecido todo rastro de desafío. Si consideraban el entrenamiento en la Torre «tolerante»... Había trabajado más duro y recibido más disciplina en el período como novicia que en toda su vida. No pudo menos de sentir una profunda compasión por la Aiel.

Amys extendió las manos, y Aviendha le entregó sus lanzas y su adarga con gesto renuente; se encogió cuando la Sabia las arrojó a un lado y repicaron al caer al suelo. Lentamente, Aviendha se quitó la caja del arco que llevaba a la espalda y la entregó, y desabrochó el cinturón del que colgaban la aljaba y el cuchillo enfundado. Amys iba cogiendo las armas que le tendía y las desechaba como si fueran basura; en cada ocasión, Aviendha sufría una leve sacudida. Una lágrima solitaria tembló en el rabillo del ojo.

—¿Tenéis que tratarla así? —dijo Egwene, iracunda. Amys y las otras Sabias le asestaron una mirada severa, pero la joven no estaba dispuesta a dejarse intimidar—. Tratáis las cosas que ama como desperdicios.

—Así es como debe verlas —repuso Seana—. Cuando regrese, si es que vuelve, tendrá que quemarlas y esparcir las cenizas al viento. El metal se le entregará a un herrero para que haga objetos corrientes, nada de armas. Ni siquiera un cuchillo de trinchar. Hebillas o pucheros o rompecabezas para niños. Objetos que entregará con sus propias manos cuando estén forjados.

—La Tierra de los Tres Pliegues es rigurosa, Aes Sedai —intervino Bair—. Aquí todo lo débil está condenado a morir.

—El *cadin'sor,* Aviendha. —Amys señaló las armas desechadas—. Tus nuevas ropas te estarán aguardando a tu regreso.

Con gestos mecánicos, Aviendha se fue quitando chaqueta y pantalones, las flexibles botas, todo, y lo dejó en un montón. Se quedó erguida, completamente desnuda, sin mover ni un dedo de los pies aunque Egwene tenía la sensación de que los suyos debían de tener ampollas a pesar de estar calzada. Recordó el momento en que había visto cómo quemaban las ropas con las que había llegado a la Torre Blanca, un modo de cortar los lazos con su vida anterior, pero no había sido así, tan riguroso. Cuando la Aiel hizo intención de añadir al montón el saco y los tapices enrollados, Seana se los cogió.

—Esto podrás recuperarlo si regresas. En caso contrario, le será entregado a tu familia, como recuerdo.

Aviendha asintió en silencio. No parecía asustada. Tal vez reacia, furiosa, incluso hosca, pero no asustada.

—En Rhuidean —explicó Amys—, encontrarás tres anillos colocados así. —Dibujó en el aire tres líneas que se unían en el centro—. Cruza a través de cualquiera de ellos. Verás tu futuro pasar ante ti una y otra vez, con variaciones. No te guiarán totalmente, porque se desvanecerán como ocurre con los relatos oídos mucho tiempo atrás. Sin embargo, recordarás lo suficiente para conocer ciertas cosas que han de ser, por muy despreciables que te resulten, y algunas que no serán, esas esperanzas abrigadas que jamás cristalizarán. Éste es el comienzo para ser llamada Sabia. Algunas mujeres jamás vuelven de los anillos; tal vez fueron incapaces de enfrentarse a su futuro. Otras que sobreviven a los anillos no lo hacen al segundo viaje a Rhuidean, al corazón. No estás renunciando a una vida dura y arriesgada por otra más apacible, sino por una existencia mucho más ardua y peligrosa.

Lo que Amys estaba describiendo era un *ter'angreal.* ¿Qué clase de sitio

era Rhuidean? Egwene sintió el apremiante deseo de bajar allí ella misma para descubrirlo. Un deseo absurdo. No había acudido a ese lugar para correr riesgos innecesarios con un *ter'angreal* del que no sabía nada.

Melaine cogió la barbilla de Aviendha e hizo que la joven volviera el rostro hacia ella.

—Posees la fuerza —dijo con reposada convicción—. Una mente firme y un corazón animoso son ahora tus armas, pero debes blandirlas con la misma seguridad con que has manejado una lanza. Recuérdalas, utilízalas, y te ayudarán a superar todos los obstáculos.

Egwene estaba sorprendida. De las cuatro Sabias, la mujer del pelo dorado era la última de la que habría esperado una muestra de compasión. Aviendha asintió y hasta se las compuso para esbozar una sonrisa.

—Llegaré a Rhuidean antes que esos hombres. No saben correr.

Cada una de las Sabias la besó en ambas mejillas mientras musitaban:

—Vuelve a nosotras.

Egwene cogió la mano de Aviendha y se la estrechó; la Aiel respondió con otro fuerte apretón. Después empezó a descender a saltos por la ladera. A ese ritmo, no sería de extrañar que alcanzara a Rand y a Mat. Egwene la siguió con la mirada, muy preocupada; esto era como la prueba para ser ascendida a la categoría de Aceptada, pero sin el entrenamiento previo como novicia, sin que hubiera nadie para consolarte después. ¿Qué le habría pasado a ella si la hubieran ascendido a Aceptada su primer día de estancia en la Torre? Sospechó que se habría vuelto loca. Nynaeve pasó de inmediato a la condición de Aceptada a causa de su fuerza, y Egwene estaba convencida de que parte de su rencor a las Aes Sedai tenía origen en su experiencia de entonces. «Vuelve a nosotras —pensó—. Ten firmeza.»

Cuando Aviendha se perdió de vista, la joven suspiró y se volvió hacia las Sabias. Tenía un propósito propio para estar aquí, y retrasar el momento no tenía sentido.

—Amys, en el *Tel'aran'rhiod* me dijisteis que debía venir para aprender. Aquí estoy.

—Prisa —dijo la mujer de pelo blanco—. Hemos actuado con prisa porque Aviendha se ha resistido demasiado tiempo contra su *toh,* porque temíamos que los Shaido se taparan con el velo, incluso aquí, si no enviábamos a Rand al'Thor a Rhuidean antes de que tuvieran tiempo de reflexionar.

—¿Pensáis que habrían intentado matarlo? —inquirió Egwene—. Pero si es él por quien enviasteis gente a través de la Pared del Dragón para encontrarlo. El que Viene con el Alba.

—Tal vez lo sea. —Bair se ajustó el chal—. Ya veremos. Si sobrevive.

—Tiene los ojos de su madre —apuntó Amys—, y muchos de sus rasgos, como asimismo algo de su padre. Pero Couladin sólo veía sus ropas y su caballo, al igual que los otros Shaido. Y es posible que también los Taardad. Los forasteros tienen prohibido pisar este suelo, y ahora sois cinco. No, cuatro; Rand al'Thor no es forastero, da igual donde se haya criado. Pero ya habíamos dado permiso a uno para entrar en Rhuidean, lo que también está prohibido. Los cambios llegan como una avalancha, lo queramos o no.

—Tienen que venir —dijo Bair, aunque no parecía complacida—. El Entramado nos coloca donde dispone.

—¿Conocíais a los padres de Rand? —preguntó Egwene, recelosa. Dijeran lo que dijeran, ella seguía considerando a Tam y a Kari al'Thor los

padres de Rand.

—Es una historia que le pertenece a él —respondió Amys—, si desea escucharla. —A juzgar por el gesto firme de su boca no pensaba decir una palabra más al respecto.

—Ven —dijo Bair—. Ahora no es menester actuar con premura. Venid, Aes Sedai. Os ofrecemos agua y sombra.

A Egwene casi se le doblaron las rodillas ante la mención de la sombra. El pañuelo ceñido a la frente estaba ya casi seco; tenía la cabeza ardiendo, y el resto de su cuerpo, poco menos. Aparentemente, Moraine agradeció tanto como ella seguir a las Sabias hasta el pequeño grupo de tiendas bajas y abiertas por los costados.

Un hombre alto, vestido con túnica y capucha blancas y calzado con sandalias, se encargó de coger las riendas de sus monturas. Su rostro de rasgos Aiel resultaba chocante bajo el profundo y claro embozo; mantenía los ojos agachados.

—Da agua a los animales —ordenó Bair antes de agacharse para entrar en la tienda baja, sin laterales, y el hombre se inclinó ante ella y se llevó una mano a la frente.

Egwene vaciló respecto a permitir que el hombre se llevara a *Niebla,* parecía estar seguro de lo que hacía, pero ¿qué podía saber un Aiel sobre caballos? Aun así, no creía que les hiciera daño, y dentro de la tienda había una tentadora penumbra. No sólo había sombra, sino que se estaba agradablemente fresco comparado con el exterior.

El techo de la tienda se levantaba en pico alrededor de un poste central, pero incluso en esa zona apenas si había espacio para estar de pie. Como para compensar los tonos pardos de las ropas que vestían los Aiel, grandes cojines rojos, con borlones dorados, yacían esparcidos sobre las alfombras de llamativos colores y lo bastante gruesas para aislar la dureza del suelo. Egwene y Moraine imitaron a las Sabias y se sentaron en el suelo, reclinadas en un codo sobre un cojín. Se habían puesto en círculo, lo bastante cerca entre sí para tocar a la mujer que tenían al lado.

Bair hizo sonar un pequeño gong de bronce, y dos muchachas entraron, inclinándose grácilmente, con bandejas de plata en las manos; también vestían túnicas blancas con la amplia capucha echada, y mantenían la vista agachada. Se arrodillaron en el centro de la tienda, y una llenó una pequeña copa de plata con vino para cada mujer reclinada en los cojines, mientras que la otra sirvió grandes copas de agua. Sin pronunciar palabra, se retiraron haciendo reverencias, dejando las brillantes bandejas y las jarras, que tenían la superficie llena de gotitas de humedad condensada.

—Aquí hay agua y sombra —dijo Bair al tiempo que levantaba la copa de agua—, ofrecidas libremente. Que no exista cohibición ni reserva entre nosotras. Sed bienvenidas, os acogemos como a hermanas primeras.

—Que no exista cohibición ni reserva —murmuraron Amys y las otras dos. Tras tomar un sorbo de agua, las Aiel se presentaron formalmente. Bair, del septiar Haido, de los Shaarad Aiel. Amys, del septiar Nueve Valles, de los Taardad Aiel. Melaine, del septiar Jhirad, de los Goshien Aiel. Seana, del septiar Riscos Negros, de los Nakai Aiel.

Egwene y Moraine siguieron el ritual, aunque Moraine apretó los labios cuando la joven se anunció como Aes Sedai del Ajah Verde.

Como si compartir el agua y los nombres hubiera echado abajo una barrera, el ambiente en la tienda cambió de manera palpable. Sonrisas de

las Aiel, una sutil distensión, y las formalidades se dejaron de lado.

Egwene agradeció más el agua que el vino. Dentro de la tienda se estaba más fresco que fuera, pero todavía el mero hecho de respirar le dejaba seca la garganta. Amys hizo un gesto, y la muchacha se sirvió una segunda copa.

Le había sorprendido la gente de blanco; era absurdo, pero la hizo comprender que se había formado la idea de que las Sabias Aiel eran igual que Rhuarc y Aviendha, guerreros. Naturalmente tenían herreros y tejedores y otros artesanos; no podía ser de otro modo, así que ¿por qué no sirvientes? Sólo que Aviendha se había mostrado desdeñosa con los criados de la Ciudadela, sin permitir que hicieran nada por ella que pudiera evitar. Estas personas, con una actitud humilde, no actuaban como Aiel en absoluto. No recordaba haber visto a nadie de blanco en los dos campamentos grandes.

—¿Sólo las Sabias tienen sirvientes? —quiso saber.

Melaine se atragantó con el vino.

—¿Sirvientes? —jadeó—. Son *gai'shain,* no sirvientes. —Lo dijo como si aquello lo explicara todo.

—*¿Gai'shain?* —Moraine frunció el entrecejo por encima de su copa de vino—. ¿Qué traducción tiene? ¿«Aquellos que están comprometidos con la paz en la batalla»?

—Son *gai'shain,* simplemente —dijo Amys. Entonces pareció darse cuenta de que no entendían—. Disculpadme, pero ¿no conocéis la expresión *ji'e'toh*?

—Honor y obligación —respondió al punto Moraine—. O tal vez honor y deber.

—Esas son las palabras, sí. Pero me refiero al significado. Vivimos de acuerdo con *el ji'e'toh,* Aes Sedai.

—No intentes explicarles todo, Amys —advirtió Bair—. Una vez pasé un mes tratando de explicar el *ji'e'toh* a una mujer de las tierras húmedas, y al final tenía más preguntas y dudas que al principio.

—Sí, me ceñiré a lo básico, si es que deseáis que lo explique, Moraine.

Egwene habría querido empezar a hablar del Sueño y del aprendizaje, pero, para su irritación, la Aes Sedai dijo:

—Sí, por favor.

—Seguiré la línea de *gai'shain* simplemente —empezó Amys—. En la danza de las lanzas, el mayor *ji,* u honor, se obtiene tocando a un enemigo armado sin matarlo ni causarle ningún daño.

—Es el mayor honor por la dificultad que entraña —aclaró Seana, estrechando los ojos—, y, por ende, muy rara vez llevado a cabo.

—El menor honor se obtiene con una muerte —continuó Amys—. Un niño o un necio pueden matar. El término medio es tomar un prisionero. Lo he resumido, claro. Hay muchos grados intermedios. Los *gai'shain* son cautivos tomados de ese modo, aunque un guerrero que ha sido tocado a veces puede exigir que se lo tome *gai'shain* para reducir el honor de su enemigo y su propio baldón.

—Esto lo hacen principalmente las Doncellas Lanceras y los Soldados de Piedra —intervino Seana, que se ganó una mirada cortante de Amys.

—¿Lo estoy explicando yo o tú? Prosigamos. Hay quienes no pueden ser tomados *gai'shain,* por supuesto: una Sabia, un herrero, un niño, una mujer embarazada o una que tenga un hijo menor de diez años. Un *gai'shain* procura honor a su apresador. Para el *gai'shain* significa servir durante un año y un día, humildemente, sin tocar un arma, sin llevar a cabo actos de

violencia.

A su pesar, Egwene se sentía interesada.

—¿Y no intentan escapar? —preguntó—. Yo lo haría. —«¡No permitiré que nadie vuelva a hacerme prisionera jamás!»

Las Sabias parecían conmocionadas.

—Ha ocurrido —admitió Seana, tirante—, pero no hay honor en ello. Un *gai'shain* que huye será enviado de vuelta de su septiar para que empiece de nuevo el año y un día. La pérdida de honor es tan grande que un primer hermano o una primera hermana pueden sustituirlo como *gai'shain* para cumplir el *toh* del septiar. Incluso más de uno, si creen que la pérdida de *ji* es considerable.

Moraine parecía asimilarlo todo con calma, dando sorbos de agua, pero Egwene tuvo que hacer un esfuerzo para no sacudir la cabeza. Los Aiel estaban chiflados; ésa era la explicación. Pero no acabó ahí la cosa.

—Ahora algunos *gai'shain* convierten en arrogancia la humildad —comentó Melaine con aire desaprobador—. Creen que así obtienen honor, llevando la obediencia y la mansedumbre hasta la mofa. Es algo nuevo y absurdo. No tiene nada que ver con el *ji'e'toh.*

Bair se echó a reír, un sorprendente sonido cantarín comparado con su aflautada voz.

—Siempre ha habido necios. Cuando era una muchacha y los Shaarad y los Tomanelle se robaban ganado y cabras todas las noches, Chenda, la señora del techo de Tajo Mainde, fue derribada de un empellón por un joven Buscador de Agua del Haido durante un ataque. Vino a Valle Corvo y exigió al muchacho que la hiciera *gai'shain;* no permitiría que obtuviera el honor de haberla tocado porque «llevaba en la mano un cuchillo de trinchar cuando lo hizo». ¡Un cuchillo de trinchar! Afirmaba que era un arma, como si ella fuera una Doncella. El chico no tuvo más remedio que acceder a sus exigencias y hubo muchas risas a su costa. Uno no puede enviar de vuelta a su septiar a una señora del techo descalza. Antes de que se cumpliera el año y el día, el septiar Haido y el septiar Jenda intercambiaron lanzas, y el chico se encontró casado poco después con la hija mayor de Chenda. Y con su madre conyugal siendo aún su *gai'shain.* Trató de dársela a su esposa como parte del regalo de desposorios, y las dos mujeres clamaron que estaba intentando denigrar su honor. Poco faltó para que tuviera que tomar a su propia esposa como *gai'shain.* Y el problema a punto estuvo de acabar en un enfrentamiento entre Haido y Jenda otra vez antes de que se hubiera cumplido con el *toh.* —La Aiel se reía con tantas ganas que casi rodó por el suelo, y Amys y Melaine hasta lloraban de tanto reír.

Egwene no entendía bien la historia —y lo poco que comprendió no le parecía divertido en absoluto— pero se las ingenió para soltar una risita de compromiso.

Moraine soltó la copa de agua para coger la pequeña del vino.

—He oído a los hombres hablando de combates con los Aiel, pero nunca escuché nada respecto a este tema. No imaginaba a un Aiel rendirse porque lo han tocado.

—No es una rendición —dijo amablemente Amys—. Es el *ji'e'toh.*

—A nadie se le ocurriría pedir a un habitante de las tierras húmedas que lo hiciera su *gai'shain* —añadió Melaine—. Los extranjeros no conocen el *ji'e'toh.*

Las Aiel intercambiaron una mirada. Saltaba a la vista que se sentían

Librodot

incómodas, y Egwene se preguntó por qué. Oh, claro. Para los Aiel, desconocer el *ji'e'toh* debía de ser como no tener modales o carecer del sentido del honor.

—Entre nosotros hay una gran mayoría de hombres y mujeres con pundonor —dijo—. Distinguimos lo que es honroso y lo que no.

—Por supuesto que sí —murmuró Bair en un tono que ponía de manifiesto que no tenía nada que ver lo uno con lo otro.

—Me enviasteis una carta a Tear —dijo Moraine—, antes incluso de que hubiera llegado allí. En ella decíais muchas cosas, algunas de las cuales han resultado ser ciertas, incluido el que me reuniría... que *tenía* que reunirme con vosotras aquí, hoy. Era casi una orden que me instaba a acudir a este sitio. Sin embargo, hace un rato dijisteis «si» venía. De todo lo que escribisteis, ¿qué sabíais con total seguridad?

Amys suspiró y dejó a un lado su copa de vino, pero fue Bair la que habló:

—Mucho es incierto, hasta para una caminante de sueños. Amys y Melaine son las mejores de nosotras, y ni siquiera ellas ven todo lo que es o todo lo que puede ser.

—El presente es mucho más claro que el futuro incluso en el *Tel'aran'rhiod* —dijo la Sabia de cabello dorado—. Lo que está ocurriendo o empieza a ocurrir resulta más fácil de ver que lo que ocurrirá o podría ocurrir. No vimos a Egwene ni a Mat Cauthon, y había la misma posibilidad de que un joven llamado Rand al'Thor viniera como que no. Si no venía, era seguro que moriría, y asimismo los Aiel. Sin embargo, ha venido y, si sobrevive a Rhuidean, al menos algunos Aiel también sobrevivirán. Eso lo sabemos. Si no hubieseis venido, él habría muerto. Si el *Aan'allein* no hubiese venido, vos habríais muerto. Y si no pasáis a través de los anillos... —Enmudeció de repente, como si se hubiera mordido la lengua.

Egwene se inclinó hacia adelante, anhelante. ¿Tenía que entrar Moraine en Rhuidean? Sin embargo, la Aes Sedai parecía no haberse dado cuenta, y Seana se apresuró a tomar la palabra con el propósito de ocultar el desliz de Melaine.

—No existe una trayectoria establecida para el futuro. El Entramado hace que el más fino hilado de encaje parezca un burdo tejido de arpillera o una cuerda enredada. En el *Tel'aran'rhiod* es posible ver diversos modos en que el futuro se puede tejer. Nada más.

Moraine tomó un sorbo de vino.

—La Antigua Lengua es complicada de traducir en ocasiones. —Egwene la miró fijamente. ¿La Antigua Lengua? ¿Y qué pasaba con los anillos, el *ter'angreal*? Pero la Aes Sedai continuó alegremente—. *Tel'aran'rhiod* significa el Mundo de los Sueños, o tal vez el Mundo Invisible. Ninguna de las dos cosas refleja fielmente el significado; es más complejo que eso. *Aan'allein,* se traduce por «Un Hombre», pero también como «El Hombre que es Todo un Pueblo», y hay otras dos o tres formas de traducirlo. Existen palabras que hemos adoptado en el lenguaje diario y nunca pensamos en su significado en la Antigua Lengua. A los Guardianes se los llama Gaidin, que quiere decir «Hermano para Batallas». Aes Sedai significa «Servidora de Todos», y Aiel, «Dedicados» en la Antigua Lengua. —Los semblantes de las Sabias parecían haberse tornado de piedra, pero Moraine continuó—. Y Jenn Aiel, los «Verdaderos dedicados», pero se queda corto. Tal vez es más aproximado los «Únicos Verdaderamente Dedicados». ¿O los únicos Aiel

Librodot

verdaderos? —Las miró con expresión interrogante, como si no advirtiera que la apariencia pétrea de los rostros ahora afectaba también a los ojos de las Sabias. Ninguna de ellas habló.

¿Qué intentaba Moraine? Egwene no estaba dispuesta a que la Aes Sedai echara a perder la oportunidad que tenía de aprender lo que las Sabias pudieran enseñarle.

—Amys, ¿podemos hablar del Sueño ahora?

—Esta noche habrá tiempo de sobra —respondió la mujer.

—Pero...

—Esta noche, Egwene. Serás una Aes Sedai, pero debes convertirte de nuevo en una alumna. Todavía ni siquiera eres capaz de soñar cuando quieres, o de sumirte en un sueño lo bastante ligero para contar lo que ves antes de despertar. Cuando el sol empiece a ponerse, iniciaremos el aprendizaje.

La joven agachó la cabeza y escudriñó por debajo del borde del techo de la tienda. Desde la penumbra del interior, fuera la luz rutilaba cegadoramente a través del rielante calor del aire; el sol apenas se encontraba a mitad de camino de las cumbres de las montañas.

De improviso Moraine se puso de rodillas, echó las manos hacia atrás y empezó a desabrocharse el vestido.

—Supongo que tendré que ir sin ropa, como Aviendha. —Era una afirmación, no una pregunta.

Bair lanzó una dura mirada a Melaine, que sólo la sostuvo un instante antes de bajar los ojos.

—No habría que habéroslo dicho —comentó Seana, resignada—. Pero ya no tiene remedio. Los cambios. Uno que no es de la sangre ha ido a Rhuidean, y ahora, otro más.

—¿Cambia las cosas el que se me haya dicho? —Moraine interrumpió lo que estaba haciendo.

—Tal vez mucho —repuso, renuente, Bair—, o tal vez nada. A menudo guiamos al interesado, pero no lo decimos abiertamente. Cuando os vimos en los anillos, todas las veces erais vos quien hablaba de entrar, quien exigía el derecho a hacerlo aunque no tenéis ninguno por la sangre. Ahora, una de nosotras lo ha mencionado en primer lugar, lo que significa que ya hay diferencias con lo que vimos. ¿Quién sabe qué otros efectos tendrá?

—¿Y qué visteis si no iba?

El rostro arrugado de Bair estaba impasible, pero en sus pálidos ojos azules asomaba un atisbo de compasión.

—Ya hemos dicho demasiado, Moraine. Lo que ve una caminante de sueños es lo que pasará probablemente, no indefectiblemente. Quienes saben demasiado del futuro y actúan en consecuencia, están abocados a topar con el desastre, ya sea por autocomplacencia hacia lo que creen que ha de devenir o por sus esfuerzos en cambiarlo.

—Por fortuna los anillos borran los recuerdos —dijo Amys—. Una mujer conoce ciertas cosas, muy pocas, que ocurrirán; otras no las reconocerá hasta que llegue el momento de tomar la decisión, o tal vez ni siquiera entonces. La vida es incertidumbre y lucha, elección y cambio; si una supiera cómo está tejida su existencia en el Entramado tan bien como sabe la manera en que un hilo está tejido en una alfombra, llevaría la vida de un animal. Eso si no se volvía loca. La especie humana está hecha de incertidumbre, lucha, elección y cambio.

Librodot

Moraine escuchó sin dar muestras de impaciencia, aunque Egwene sospechaba que la sentía; la Aes Sedai estaba acostumbrada a impartir lecciones, no a recibirlas. Guardó silencio mientras la joven la ayudaba a quitarse el vestido, y no pronunció una palabra hasta que, ya desnuda, se agachó al borde de las alfombras y escudriñó la ladera de la montaña, hacia la ciudad envuelta en niebla del valle.

—No permitáis que Lan me siga —dijo entonces—. Lo intentará, si me ve partir.

—Será lo que tenga que ser —repuso Bair. Su fina voz tenía un timbre frío y definitivo.

Al cabo de un momento, Moraine asintió a regañadientes y salió de la tienda a la abrasadora luz del sol. Echó a correr de inmediato, descalza, ladera abajo.

Egwene se encogió. Rand y Mat, Aviendha, y ahora Moraine, todos dirigiéndose a Rhuidean.

—¿Conse...? ¿Sobrevivirá? Si habéis soñado sobre esto, debéis de saberlo.

—Existen lugares en los que no se puede entrar cuando se está en el *Tel'aran'rhiod* —dijo Seana—. Rhuidean, los *steddings* Ogier, y unos pocos más. Lo que ocurre en ellos está oculto a los ojos de una caminante de sueños.

Había eludido responder, porque podrían haberla visto salir de Rhuidean, pero era evidente que no pensaban decirle nada más.

—Está bien. ¿He de ir yo también? —No le gustaba la idea de vivir la experiencia de los anillos; sería como volver a pasar la prueba para ascender a Aceptada. Sin embargo, si todos los demás iban allí...

—No seas absurda —la reprendió enérgicamente Amys.

—No vimos nada de este asunto para ti —añadió Bair en un tono más afable—. De hecho, no te vimos.

—Y de todos modos no te respondería que sí si lo pidieras —continuó Amys—. Necesitas nuestro permiso, y yo me negaría. Estás aquí para aprender a caminar por los sueños.

—En ese caso —dijo Egwene, recostándose en el cojín—, enseñadme. Algo habrá para que empecéis antes de que sea de noche.

Melaine la miró ceñuda, pero Bair soltó una risita cascada.

—Es tan ávida e impaciente como lo eras tú cuando por fin decidiste aprender, Amys.

La Sabia de pelo blanco asintió.

—Confío en que conserve la avidez y pierda la impaciencia por su propio bien. Atiéndeme, Egwene. Aunque no será fácil, tienes que olvidar que eres Aes Sedai si quieres aprender. Recuerda que debes escuchar y hacer lo que se te diga. Por encima de todo, no has de volver a entrar en el *Tel'aran'rhiod* hasta que una de nosotras diga que puedes. ¿Lo aceptas?

Respecto a olvidar ser una Aes Sedai no le resultaría difícil puesto que no lo era. En cuanto al resto, sonaba tan ominoso como convertirse en novicia otra vez.

—Lo acepto —contestó, esperando que su voz no denotara duda.

—Bien —dijo Bair—. Ahora te hablaré de caminar en sueños y del *Tel'aran'rhiod* en líneas generales. Cuando haya terminado, habrás de repetir cuanto te he dicho. Si te saltas algún punto, fregarás las ollas esta noche en lugar de la *gai'shan.* Si tu memoria es tan limitada que eres

Librodot

incapaz de repetir lo que digo después de oírlo por segunda vez... En fin, discutiremos eso si llega el caso. Atiende.

»Casi todo el mundo puede tocar el *Tel'aran'rhiod* pero muy pocos tienen capacidad para entrar realmente en él. De todas las Sabias, sólo nosotras cuatro caminamos en los sueños, y en vuestra Torre no ha habido una caminante de sueños desde hace casi quinientos años. No tiene que ver con el Poder Único, aunque las Aes Sedai piensen que sí. Yo no puedo encauzar, como tampoco Seana, y, sin embargo, sí caminamos en sueños tan bien como Amys o Melaine. Mucha gente roza el Mundo de los Sueños mientras duerme. Como sólo lo rozan, se despiertan con dolores o molestias en lugar de tener huesos rotos o heridas mortales. Una caminante de sueños entra completamente en el sueño, de modo que las heridas sufridas son reales al despertar. Para cualquiera que está completamente dentro del sueño, sea o no caminante de sueños, la muerte allí significa la muerte aquí. No obstante, entrar demasiado en el sueño es perder contacto con la carne; no hay vuelta, y el cuerpo muere. Se dice que hubo un tiempo en que había quienes eran capaces de entrar con su cuerpo en el sueño, y desaparecer para siempre de este mundo, completamente. Era algo maligno, porque actuaban con maldad; nunca debe intentarse, aunque creas que podrías realizarlo, porque cada vez que lo hagas perderás parte de lo que hace de ti un ser humano. Tienes que aprender a entrar en el *Tel'aran'rhiod* cuando quieras, en el grado que quieras. Has de aprender a encontrar lo que te hace falta encontrar e interpretar lo que ves; a entrar en el sueño de otra persona que está cerca a fin de ayudar a su curación; a reconocer a quienes están en el sueño de manera lo bastante completa para poder hacer daño; a...

Egwene escuchó atentamente, y lo hizo porque estaba fascinada, porque le estaban descubriendo cosas que ni siquiera se le habían pasado por la cabeza, pero, por encima de todo, porque no estaba dispuesta a acabar restregando ollas esa noche. Le parecía injusto. Fuera lo que fuera a lo que Rand, Mat y los demás tuvieran que enfrentarse en Rhuidean, nadie los iba a mandar a fregar ollas. «¡Y yo lo he aceptado!» No era justo. Claro que no creía que los otros fueran a sacar más de Rhuidean de lo que sacaría ella de estas mujeres.

CAPÍTULO 24

Rhuidean

El pequeño guijarro que Mat llevaba en la boca hacía rato que no le provocaba salivación. Lo escupió y se puso en cuclillas al lado de Rand, con la mirada fija en el muro gris de niebla que se alzaba unos treinta pasos más adelante. Niebla. Esperaba que al menos hiciera menos calor allí dentro; tampoco sería de desdeñar un poco de agua, ya que tenía los labios agrietados. Se quitó el pañuelo atado a la cabeza y se limpió la cara, pero en realidad no había mucho sudor que enjugar con la tela; debía de estar deshidratado, ya que apenas transpiraba. Tampoco estaría mal un sitio en el que sentarse. Tenía la impresión de que sus pies eran salchichas cocidas dentro de las botas; en realidad, estaba cocido por completo. La niebla se extendía a derecha e izquierda casi dos kilómetros, y se elevaba sobre sus cabezas como un imponente acantilado; un acantilado de espesa niebla en medio de un valle árido y abrasado. Tenía que haber agua allí dentro.

«¿Y por qué no se evapora? —No le gustaba la idea. Hacer el tonto con el Poder lo había traído aquí, y por lo visto tenía que volver a tontear con él—. Luz, quiero librarme del Poder y de las Aes Sedai. ¡Diablos, cómo lo ansío!» Cualquier cosa serviría para no pensar que tenía que entrar en esa niebla sin remedio.

—La mujer que vi corriendo era esa Aiel amiga de Egwene —dijo con una voz que semejaba un graznido. ¡Corriendo con este calor! Sólo de pensarlo los pies le dolían más—. Aviendha, o como quiera que se llame.

—Si tú lo dices —contestó Rand, sin dejar de estudiar la niebla. También su voz sonaba como si tuviera la boca llena de polvo; tenía el rostro quemado por el sol, y se balanceaba, inestable, a pesar de estar en cuclillas—. ¿Pero por qué iba a estar aquí, y *desnuda*?

Mat lo dejó estar. Rand no había visto a la mujer, ya que no había apartado la vista de la agitada niebla desde que empezaron a bajar la ladera, y no creía que Mat la hubiera visto realmente, corriendo como una posesa y manteniendo las distancias con ellos, dirigiéndose hacia esta niebla extraña. Parecía que Rand tenía tan pocas ganas como él de meterse en ella; Mat se preguntó si su aspecto era tan lamentable como el de su amigo. Se tocó la mejilla e hizo un gesto de dolor. Sí, debía de tener la misma pinta.

—¿Vamos a pasarnos aquí fuera toda la noche? Este valle es bastante profundo, y oscurecerá dentro de un par de horas. Puede que entonces refresque, pero no me gustaría toparme con lo que quiera que merodee por aquí al caer la noche. A lo mejor, leones; he oído que los hay en el Yermo.

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante, Mat? Ya oíste lo que dijeron las Sabias. Se corre el riesgo de morir ahí dentro o de volverse loco. No te costaría mucho regresar hasta las tiendas, y en las alforjas de *Puntos* dejaste cantimploras y un odre de agua.

Ojalá Rand no se lo hubiera recordado; más valía no pensar en agua.

—Diantre, pues claro que no quiero hacerlo, pero no me queda otro remedio. ¿Y tú, qué? ¿No te parece bastante ser el jodido Dragón Renacido que también tienes que ser un maldito jefe de clan Aiel? ¿Por qué has venido aquí?

—Tenía que hacerlo, Mat. No me quedaba otra salida. —Había un dejo de resignación en su voz, pero se advertía algo más: un atisbo de impaciencia. Realmente estaba loco; *deseaba* hacer esto.

—Rand, tal vez es la respuesta que le dan a todo el mundo. Me refiero a esa gente con aspecto de serpiente: ir a Rhuidean. Quizá ni siquiera tendríamos que estar aquí. —No lo creía, pero con esa niebla delante, como acechándolos...

Rand volvió la cabeza hacia él, sin decir palabra.

—En ningún momento mencionaron Rhuidean cuando hablaron conmigo, Mat —dijo al cabo.

—Oh, maldita sea —rezongó. De un modo u otro, tenía intención de encontrar la forma de entrar a través de aquel torcido marco de Tear. Con gesto ausente, sacó del bolsillo la moneda de oro de Tar Valon y empezó a girarla sobre el revés de los dedos. Esos tipos con aspecto de serpiente iban a darle unas cuantas respuestas más quisieran o no. Fuera como fuera.

Sin decir nada más, Rand se puso de pie y echó a andar hacia la niebla con pasos vacilantes, los ojos fijos al frente. Mat se apresuró a ir en pos de él.

«Maldición. Maldición. No quiero hacer esto.»

Rand se zambulló en la espesa bruma, pero Mat vaciló un momento antes de seguirlo. Después de todo, tenía que ser el Poder lo que mantenía intacta la niebla, con los bordes bullendo y agitándose pero sin avanzar ni retroceder un centímetro. El condenado Poder, y no había otra condenada opción. Aquel primer paso fue un bendito alivio, un sumergirse en el refrescante vapor; abrió la boca para que la niebla le humedeciera la lengua. Tres pasos más, y empezó a preocuparse. Ante él sólo había un gris indistinto, sin formas; ni siquiera distinguía la borrosa sombra de su amigo.

—¡Rand! —El resultado habría sido igual si no hubiera abierto la boca; el espeso vapor pareció tragarse el sonido antes de que llegara a sus oídos. Ni siquiera estaba seguro de la dirección que llevaba, y él tenía siempre un gran sentido de la orientación. Delante podría haber cualquier cosa; o bajo sus pies, ya que no se los veía, pues la niebla lo envolvía completamente de cintura para abajo. A pesar de ello, apresuró el paso y, de repente, salió junto a Rand a una peculiar luz sin sombras.

La niebla formaba una inmensa cúpula que ocultaba el cielo, y la agitada cara interior emitía un pálido fulgor azulado. Rhuidean no era ni mucho menos tan extensa como Tear o Caemlyn, pero las calles vacías eran las más amplias que había visto en su vida, con anchas franjas de tierra en el centro, como si en algún momento hubieran crecido árboles en ellas, y había grandes fuentes con estatuas. Las calles estaban flanqueadas por inmensos edificios, extraños palacios de costados planos hechos de mármol y cristal tallado que se elevaban decenas y decenas de metros en paredes escalonadas o perpendiculares. No se veía ninguna construcción pequeña, nada que pudiera ser una simple taberna o una posada o un establo. Sólo palacios inmensos con relucientes columnas de quince metros de grosor y más de setenta de altura en color rojo o blanco o azul, e inmensas torres

Librodot

espirales y ahusadas, algunas de las cuales se perdían en las brillantes nubes allá arriba.

A pesar de su grandiosidad, la ciudad no había llegado a terminarse. Muchas de las gigantescas estructuras acababan en la línea irregular de una construcción abandonada. En ciertas ventanas enormes los cristales de colores representaban imágenes: hombres y mujeres mayestáticos de nueve metros de altura o más; amaneceres y cielos nocturnos estrellados. Otras eran huecos vacíos. Una obra sin concluir y abandonada mucho tiempo atrás. El agua no corría en las fuentes. El silencio envolvía la ciudad por completo, como la cúpula de niebla. La atmósfera era más fresca que fuera, pero igual de seca, y bajo los pies rechinaba la arenilla en las pálidas y suaves losas del pavimento.

De todos modos, Mat corrió hacia la fuente más próxima, por si acaso, y se inclinó sobre el blanco borde que le llegaba a la cintura. Tres mujeres desnudas, el doble de altas que él y que sostenían sobre la cabeza un extraño pez con la boca abierta, se asomaban al amplio y polvoriento pilón, que estaba tan seco como la boca de Mat.

—Por supuesto —dijo Rand a su espalda—. Debí pensar en ello antes.

Mat miró hacia atrás.

—¿Pensar en qué? —Su amigo contemplaba fijamente la fuente y una risa silenciosa le sacudía los hombros—. Contrólate, Rand. No te has vuelto loco durante el último minuto. ¿Qué es lo que deberías haber pensado?

El sonido hueco de un gorgoteo atrajo de nuevo la mirada de Mat hacia la fuente. De manera repentina, un chorro de agua tan grueso como su pierna brotó de la boca abierta del pez, y Mat se metió precipitadamente en el pilón y corrió a ponerse debajo del surtidor con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Agua dulce y fría, tan fría que lo hizo estremecerse y más dulce que el vino. Le empapó el cabello, la chaqueta, los pantalones. Bebió hasta tener la impresión de estar a punto de ahogarse, y por fin se apartó con pasos inestables y se apoyó, jadeante, contra la pétrea pierna de una de las mujeres.

Rand seguía plantado ante la fuente, con el rostro enrojecido y los labios agrietados, riendo quedamente.

—Nada de agua, Mat. Dijeron que no podíamos traer agua, pero no mencionaron nada sobre la que ya había aquí.

—Rand, ¿es que no piensas beber?

Su amigo salió de su abstracción con un sobresalto; después se metió en el pilón, ahora lleno hasta la altura del tobillo, y chapoteó hasta ponerse donde había estado Mat; bebió como él, con los ojos cerrados y el rostro alzado para que el agua le cayera encima.

Mat lo observó preocupado. No estaba loco exactamente; todavía no. Pero ¿cuánto tiempo más se habría quedado quieto, riendo, mientras la sed le abrasaba la garganta si él no lo hubiera llamado? Lo dejó allí y salió de la fuente. Parte del agua que empapaba sus ropas había escurrido dentro de sus botas. Hizo caso omiso del ruido que hacía con cada paso; dudaba que pudiera ponerse las botas de nuevo si se las quitaba. Además, era una sensación agradable.

Examinó con los ojos entornados la ciudad mientras se preguntaba qué demonios hacía allí. Esa gente rara le había dicho que moriría si no iba, pero ¿sería suficiente el rato que llevaba en Rhuidean? «¿Tendré que hacer algo? ¿Qué?»

Librodot

La pálida luz azulada no dejaba resquicio a las sombras en las calles desiertas y los palacios a medio terminar. Empezó a sentir una extraña comezón entre los omóplatos. Todas esas ventanas vacías mirándolo; todas aquellas líneas irregulares, como sierras medio desdentadas, de albañilería abandonada. Era el escondite perfecto para cualquier cosa, y en un sitio como éste, podría haber... «Cualquier tipo de criatura.» Ojalá tuviera las dagas que guardaba en las botas, al menos, pero aquellas mujeres, esas Sabias, lo habían mirado fijamente, como si supieran que las llevaba escondidas. Y habían encauzado, ya fuera una sola o todas. No era aconsejable dar un paso en falso con mujeres capaces de encauzar si uno podía evitarlo. «Maldita sea, si pudiera librarme de las Aes Sedai me daría por satisfecho y no pediría más. Bueno, por lo menos, durante bastante tiempo. Luz, me pregunto qué habrá escondido aquí.»

—El centro debe de estar en esa dirección, Mat. —Rand salía del pilón, chorreando agua.

—¿El centro?

—Las Sabias dijeron que tenía que llegar al corazón, así que debían de referirse al centro de la ciudad. —Rand se volvió a mirar a la fuente y, de pronto, el chorro disminuyó y finalmente dejó de manar agua—. Hay un océano de agua dulce aquí debajo, a gran profundidad. Tan profundo que estuve a punto de no encontrarlo. Si pudiera hacerlo subir... Pero no hay tiempo que perder. Echaremos otro buen trago cuando nos marchemos.

Mat se apoyó en uno y otro pie con nerviosismo. «¡Necio! ¿De dónde cree que vino esa agua? Porque encauzó, naturalmente. ¿Acaso cree que ha vuelto a fluir después de sabe la Luz cuánto tiempo?»

—El centro de la ciudad, por supuesto. Ve delante.

Caminaron por en medio de la calle, por el borde de la franja de tierra; dejaron atrás más fuentes, algunas de las cuales sólo tenían el pilón de piedra y la base de mármol donde deberían haber estado las estatuas. No había nada roto en la ciudad, sólo... inacabado. Los palacios se elevaban a ambos lados cual paredes de acantilados. Tenía que haber cosas dentro, tal vez muebles, si no se habían podrido. Tal vez oro. O cuchillos. Los cuchillos no se habrían oxidado en un ambiente tan seco por mucho tiempo que llevaran allí.

«Y también podría haber un condenado Myrddraal. Luz, ¿por qué he tenido que pensar eso?» Ojalá se hubiera acordado de llevar consigo la barra cuando había dejado la Ciudadela. Tal vez habría convencido a las Sabias que era un cayado. Pensarlo ahora era inútil; se arreglaría con un árbol, si tuviera con qué cortar una buena rama y limpiarla. Otra vez «si». Se preguntó si quienquiera que hubiera construido esta ciudad habría conseguido hacer crecer árboles; había trabajado en la granja de su padre el tiempo suficiente para reconocer una tierra fértil cuando la veía, y las largas franjas que corrían por el centro de la calle eran de tierra mala, inapropiada para que creciera en ella algo más que malas hierbas, y tampoco muchas. Ni una brizna, en este momento.

Después de recorrer más de un kilómetro y medio, la calle terminó inopinadamente en una inmensa plaza rodeada de más palacios de mármol y cristal. Sorprendentemente, había un árbol en la gigantesca explanada; debía de medir unos treinta metros de altura, y extendía las gruesas y frondosas ramas sobre una vasta área cubierta por polvorientas losas blancas, cerca de lo que parecían ser unos círculos concéntricos de

Librodot

brillantes columnas del puro cristal, tan finas como agujas en comparación con su enorme altura, que igualaba casi la del árbol. Le habría extrañado que un árbol pudiera crecer allí, sin la luz del sol, de no estar tan absorto en la contemplación del inaudito revoltijo que abarrotaba el resto de la plaza.

Un camino despejado conducía desde cada calle que se divisaba hasta los círculos de columnas, pero en los espacios intermedios se amontonaban al azar estatuas de distintas medidas, desde tamaño natural hasta la mitad de esa altura, hechas de piedra, cristal o metal, plantadas sobre el pavimento. Entre ellas había... Al principio no supo cómo describirlo. Un anillo plano de plata, de tres metros de diámetro y tan delgado como una cuchilla; un plinto de cristal, ahusado, de unos setenta u ochenta centímetros de altura que podría haber servido de base a una de las estatuas pequeñas; una aguja de brillante metal negro, estrecha y larga como una lanza, pero que se sostenía de pie como si hubiera echado raíces. Cientos, tal vez miles de objetos de cualquier forma y material imaginable se esparcían por la plaza con menos de cuatro metros de separación entre unos y otros.

Fue la negra aguja de metal, erecta de manera tan antinatural, lo que le hizo comprender qué debían de ser: *ter'angreal.* O cualquier otro tipo de objetos relacionados con el Poder. Al menos algunos de ellos. El marco torcido que había en la Gran Reserva de la Ciudadela también se resistió a desplomarse.

Estaba dispuesto a dar media vuelta y regresar en ese mismo instante, pero Rand siguió avanzando sin fijarse apenas en las cosas que flanqueaban el camino. Se detuvo una vez para observar fijamente dos figurillas que por su aspecto no merecían estar entre las otras cosas. Debían de medir unos treinta centímetros de altura; eran de un hombre y una mujer que tenían levantado un brazo y en la mano sostenían una esfera de cristal. Se inclinó levemente, como si fuera a tocarlas, pero se irguió con tal rapidez que Mat se preguntó si no lo habría imaginado.

El joven se quedó parado un momento antes de echar a andar apresuradamente para alcanzar a Rand. Cuanto más se acercaban a los centelleantes círculos de columnas, mayor era su tensión. Esos objetos que los rodeaban estaban relacionados con el Poder; y también las columnas. Lo sabía, sin más. Aquellos inconcebiblemente altos y estrechos fustes relucían con la azulada claridad y lo dejaba a uno deslumbrado. «Sólo dijeron que tenía que venir. Vale, pues aquí estoy. Pero no mencionaron nada sobre el condenado Poder.»

Rand se paró tan bruscamente que Mat avanzó otros tres pasos hacia las columnas antes de darse cuenta de ello. Advirtió que su amigo contemplaba el árbol de hito en hito. El árbol. Sin ser consciente de lo que hacía, Mat echó a andar hacia él, como si lo atrajera. Ningún árbol tenía aquellas hojas trifoliadas excepto uno; un árbol de leyenda.

—*Avendesora* —musitó Rand—. El Árbol de la Vida. Está aquí.

Mat llegó bajo las extendidas ramas y saltó para coger una de aquellas hojas; sus dedos extendidos se quedaron a más de medio metro de distancia de las más bajas. Se conformó con adentrarse más bajo el frondoso techo y llegar hasta el grueso tronco, en el que se apoyó. Al cabo de un momento, se dejó resbalar y se sentó recostado contra él. Los antiguos relatos eran ciertos. Sentía... satisfacción. Paz. Profundo bienestar. Hasta los pies apenas si le molestaban.

Rand tomó asiento cerca, con las piernas cruzadas.

Librodot

—Puedo creer lo que cuentan los viejos relatos. Que Goethan permaneció sentado debajo de *Avendesora* durante cuarenta años para obtener sabiduría. Ahora mismo, lo creo firmemente.

Mat recostó la cabeza en el tronco.

—Pues yo no creo que pudiera confiar en que los pájaros me trajeran la comida. Habría que levantarse antes o después. —«Pero si es más o menos una hora no estaría mal. Incluso todo el día»—. De todos modos no tiene sentido. ¿Qué clase de comida podrían traer los pájaros aquí? ¿Y qué pájaros?

—Tal vez Rhuidean no fue siempre así, Mat. Quizá... No lo sé. A lo mejor *Avendesora* estaba en otra parte entonces.

—En otra parte —murmuró Mat—. No me importaría encontrarme en cualquier otro sitio. —«Sin embargo se está... a gusto.»

—¿En otro sitio? —Rand se giró para mirar en derredor las altas y finas columnas que brillaban tan cerca—. El deber pesa más que una montaña —suspiró.

Aquello era parte de una máxima que había aprendido en la Tierras Fronterizas: «La muerte es más leve que una pluma; el deber más pesado que una montaña». A Mat le parecía una necedad, pero Rand ya se estaba incorporando, así que hizo lo mismo aunque a regañadientes.

—¿Qué crees que encontraremos aquí?

—Me parece que tengo que seguir solo a partir de ahora —respondió lentamente Rand.

—¿Qué quieres decir? He llegado hasta aquí, ¿no? No pienso dar media vuelta ahora. —«¡Aunque es exactamente lo que me gustaría hacer!»

—No me refiero a eso, Mat. Si entras ahí, o sales como jefe de clan o mueres. O vuelves loco. No creo que haya otra opción, a no ser que sean Sabias las que entren.

Mat vaciló. «Morir y renacer.» Eso era lo que le habían dicho. No tenía la menor intención de convertirse en un jefe de clan Aiel; sin duda los Aiel lo coserían a lanzazos.

—Dejaremos que decida el azar. —Metió la mano en el bolsillo y sacó el marco de Tar Valon—. Se está convirtiendo en mi moneda de la suerte. Cruz, voy contigo; cara, no entro. —Lanzó la moneda de oro al aire, antes de que Rand tuviera tiempo de hacer objeciones.

Por algún motivo no fue capaz de cogerla, y el marco tropezó con las puntas de sus dedos y cayó al suelo, donde rebotó dos veces... y cayó de canto. Miró a Rand con gesto acusador.

—¿Lo haces a propósito? ¿No puedes evitarlo?

—No. —La moneda cayó, mostrando el rostro intemporal de una mujer rodeado de estrellas—. Por lo visto te quedas fuera, Mat.

—¿Has sido...? —Ojalá Rand no encauzara estando cerca él—. Oh, diantres, si quieres que me quede aparte, lo haré. —Recogió la moneda bruscamente y volvió a guardarla en el bolsillo—. Escúchame, entra, haz lo que tengas que hacer, y regresa. Quiero marcharme de este sitio, y no pienso quedarme aquí para siempre, tocándome las narices y esperándote. Y no creas que voy a ir tras de ti, así que será mejor que tengas cuidado.

—Jamás pensaría eso de ti, Mat.

El joven miró a su amigo con desconfianza. ¿Por qué sonreía?

—Me parece bien, siempre y cuando tengas muy claro que no voy a hacerlo. ¡Oh, lárgate de una vez y conviértete en un condenado jefe Aiel!

Librodot

Tienes pinta para serlo.

—No entres ahí, Mat. Ocurra lo que ocurra, no entres. —Esperó a que su amigo asintiera con un cabeceo antes de darse media vuelta.

Mat no se movió del sitio y miró cómo se alejaba entre las relucientes columnas. En el deslumbrante resplandor pareció desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. «Es una ilusión óptica —se dijo. Eso era todo—. Una condenada ilusión óptica.» Echó a andar en círculo, guardando una distancia considerable de la formación de columnas, escudriñando entre los fustes en un esfuerzo por localizar a Rand.

—¡Mucho cuidado con lo que haces, diablos! —gritó—. ¡Como me dejes solo en el Yermo con Moraine y los jodidos Aiel te estrangularé, por muy Dragón Renacido que seas! —Al cabo de un minuto añadió—: ¡No pienso entrar ahí para ayudarte si te metes en líos! ¿Me has oído? —No obtuvo respuesta. «Como no haya salido dentro de una hora...»—. Tiene que estar chiflado para haber entrado ahí —rezongó—. Bueno, pues no pienso ser yo quien le saque las castañas del fuego. Es él el que puede encauzar, así que si se mete en un avispero, que salga del lío encauzando.

«Le doy una hora de plazo.» Luego se marcharía, tanto si Rand había vuelto como si no. Sólo tenía que dar media vuelta y echar a andar. Largarse. Eso sería lo que haría. Largarse.

Con la forma que tenían aquellos finos fustes de cristal de captar y refractar la luz azulada, mirarlos con fijeza era suficiente para producirle dolor de cabeza. Les dio la espalda y desanduvo sus pasos lanzando ojeadas nerviosas a los *ter'angreal* —o lo que quiera que fueran— que llenaban la plaza. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Por qué había ido a ese lugar?

Se paró bruscamente al fijarse en uno de aquellos objetos, un gran marco de piedra roja pulida, torcido de un modo que no acababa de captar, de manera que la vista parecía resbalar al intentar seguir el contorno. Lentamente se dirigió hacia allí, pasando entre relucientes agujas facetadas tan altas como él y bajos marcos dorados llenos de lo que parecían ser láminas de cristal, sin apenas reparar en ellos, sin quitar los ojos del marco de piedra.

Era el mismo. La misma piedra roja pulida; el mismo tamaño; los mismos esquinazos retorcidos. A lo largo de ambos laterales había tres líneas de triángulos, con las puntas hacia abajo. ¿Tenía eso el de Tear? No lo recordaba; aquella vez no estaba pendiente de grabar en la memoria todos los detalles. Era el mismo; tenía que serlo. A lo mejor no podía cruzar el otro dos veces, pero ¿y éste? Quizá se le presentaba la oportunidad de llegar hasta esa gente con pinta de serpientes y obligarlos a responder unas cuantas preguntas más.

Echó un vistazo atrás, a las columnas, con los ojos entornados para evitar los destellos. Le había dado una hora a Rand. En una hora tenía tiempo de sobra para atravesar esta cosa y regresar. Tal vez ni siquiera funcionara para él, puesto que había utilizado un umbral gemelo. «Es el mismo.» Claro que a lo mejor sí funcionaba. Sólo era necesario tener un ligero contacto con el Poder otra vez.

—Luz —rezongó—. *Ter'angreal,* Portales de Piedra, Rhuidean. Total, por una vez más ¿qué puede importar?

Pasó a través de él, a través de un cegador muro de luz, a través de un estruendo tal que aniquilaba todo sonido.

Miró en derredor, parpadeando, y se tragó una de las palabrotas más

soeces que conocía. Fuera lo que fuera esto, no era el mismo sitio donde había estado la vez anterior.

El retorcido marco se encontraba en medio de una cámara inmensa que tenía forma de estrella, por lo que podía apreciar a través de un bosque de gruesas columnas con ocho estrías cuyos salientes eran amarillos y emitían un tenue resplandor; lustrosamente negras salvo por las finas líneas amarillas, se elevaban desde un opaco suelo blanco hasta perderse en la oscuridad, muy arriba. Las columnas y el suelo tenían apariencia de cristal, pero cuando se inclinó para frotar el suelo el tacto era como piedra. Piedra polvorienta. Se limpió la mano en la chaqueta. Había un olor almizclado en el aire, y sus huellas eran las únicas marcas en el polvo. No había habido nadie aquí desde hacía mucho tiempo.

Decepcionado, se volvió hacia el *ter'angreal.*

—Hacía mucho tiempo.

Mat giró velozmente sobre sus talones al tiempo que buscaba en la manga una daga que había dejado en la ladera de la montaña. El hombre que había aparecido entre las columnas no guardaba el menor parecido con la gente de aspecto de serpiente.

Era un tipo alto, más que un Aiel, y nervudo, pero con los hombros demasiado anchos para la estrecha cintura, y con la piel tan blanca como el papel más fino. Unas correas blancas tachonadas con plata le cruzaban los brazos y el torso desnudo, y una faldilla negra le llegaba a las rodillas. Tenía los ojos demasiado grandes y casi sin color, muy hundidos en el rostro de mandíbula estrecha. Llevaba el cabello, de un ligero tono rojizo, muy corto y de punta, como un cepillo, y sus orejas, muy pegadas al cráneo, se afinaban ligeramente en punta por la parte de arriba. Se inclinó hacia Mat e inhaló, abriendo la boca para coger más aire, de manera que dejó a la vista unos dientes afilados y brillantes. Daba la impresión de ser un zorro a punto de saltar sobre una gallina acorralada.

—Mucho tiempo —repitió mientras se ponía derecho otra vez. Su voz era áspera, casi un gruñido—. ¿Te avienes a los pactos y acuerdos? ¿Llevas encima hierro o instrumentos de música o artilugios para hacer luz?

—No llevo nada de eso —respondió lentamente Mat. Éste no era el mismo sitio, pero el tipo le hacía las mismas preguntas; y se comportaba igual, hasta lo de olisquear. «Conque hurgando en mis condenadas vivencias, ¿no? Bueno, que haga lo que quiera. A lo mejor me refresca la memoria y recuerdo algunas de las que he olvidado.» Se preguntó si estaría hablando otra vez en la Antigua Lengua. Era desagradable no saberlo, ser incapaz de notar la diferencia—. Si puedes conducirme a donde sepan responderme unas cuantas preguntas, llévame. Si no, me disculparé por haberte molestado y me largaré.

—¡No! —Aquellos ojos grandes, sin apenas color, parpadearon con inquietud—. No debes irte. Ven. Te llevaré a donde podrás encontrar lo que buscas. Ven. —Retrocedió de espaldas al tiempo que hacía gestos con las manos para que lo siguiera—. Ven.

Mat echó una ojeada al *ter'angreal y* fue en pos de él. Habría querido que el tipo no le hubiera sonreído precisamente en ese momento. Tal vez lo hacía para tranquilizarlo, pero aquellos dientes... Mat decidió que jamás volvería a entregar todas sus dagas, ni a las Sabias ni a la Sede Amyrlin en persona.

El amplio marco de cinco lados parecía más la boca de un túnel, ya que

el corredor que había a continuación tenía exactamente la misma forma y tamaño, con aquellas franjas amarillas suavemente brillantes que se extendían a lo largo de los vértices, marcando techo y suelo. Parecía continuar interminablemente hasta perderse en la tenebrosa lejanía, roto a intervalos por más marcos de cinco lados. El hombre de la faldilla no volvió la cabeza hasta que llegaron al pasillo, e incluso entonces se limitó a echar ojeadas sobre el hombro como para asegurarse de que Mat seguía allí. El aire ya no olía a almizcle, sino que por el contrario se notaba un leve hedor desagradable, algo que le resultaba familiar a Mat, pero que no era lo bastante claro para reconocerlo.

Al pasar frente a los primeros marcos laterales Mat echó un vistazo a ambos lados y suspiró. Al otro lado, detrás de unas columnas negras, estriadas como estrellas, un retorcido marco de piedra roja se alzaba sobre un opaco suelo blanco, con un único juego de huellas marcado en el polvo que partía del *ter'angreal* y al que precedía hacia la puerta otro de pies descalzos. Miró hacia atrás. En lugar de terminar a cincuenta pasos en otra cámara como ésta, el pasillo continuaba hasta perderse de vista, un reflejo de lo que había hacia delante. Su guía le dedicó una sonrisa con destello de afilados dientes; el tipo parecía hambriento.

Sabía que tendría que haber esperado algo así después de lo que había encontrado al cruzar el umbral de la Ciudadela: aquellas torres trasladándose de donde deberían estar para aparecer donde, por lógica, era imposible que estuvieran. Si ocurría eso con unas torres, ¿por qué no con unas salas? «Tendría que haberme quedado allí fuera esperando a Rand, ni más ni menos. Otra más de las muchas cosas que tendría que haber hecho.» Por lo menos no le resultaría difícil volver a encontrar el *ter'angreal* si todos los marcos que había más adelante eran iguales.

Se asomó a las siguientes puertas laterales y vio las columnas negras, el *ter'angreal* de piedra roja, y el suelo blanco con sus huellas y las de su guía marcadas en el polvo. Cuando el hombre de mandíbula estrecha volvió a mirar por encima del hombro, Mat le sonrió enseñándole los dientes.

—Ni por un momento pienses que has atrapado a un niño en tu lazo. Si intentas engañarme, usaré tu pellejo para forrar mi silla de montar.

El tipo dio un respingo, abrió mucho los pálidos ojos, y después se encogió de hombros para, seguidamente, ajustarse las correas tachonadas con plata que le cruzaban el torso. Su burlona sonrisa parecía destinada a llamar la atención sobre lo que hacía. De repente a Mat se le ocurrió preguntarse de dónde habría salido ese cuero tan pálido. Desde luego, no sería de... «Oh, Luz, creo que sí lo es.» Se las compuso para no tragar saliva, aunque le costó un gran esfuerzo.

—Adelante, guíame, hijo de una cabra. Tu pellejo no merece esos adornos de plata. Llévame a donde quiero ir.

Gruñendo quedamente, el hombre apresuró el paso, con la espalda muy tiesa. A Mat le importaba un bledo si el tipo estaba ofendido, sólo que le habría gustado tener a mano una de sus dagas. «Que me aspen si dejo que un tipejo con cara de zorro y cerebro de cabra se haga un correaje con mi piel.»

No habría sabido decir cuánto tiempo llevaban caminando. El corredor no cambiaba en ningún momento, con sus paredes inclinadas y sus brillantes franjas amarillas. Cada marco lateral mostraba la misma cámara, con el *ter'angreal,* las huellas y todo lo demás. La invariable repetición hizo

Librodot

que Mat perdiera el sentido del tiempo, y le preocupó no saber cuánto hacía que se encontraba allí. Sin duda más de la hora que se había dado de plazo. Sus ropas sólo estaban un poco húmedas ahora, y las botas ya no hacían ruido de chapoteo al andar. Pero continuó; siguió caminando, con la mirada prendida en la espalda de su guía.

El corredor terminó bruscamente en otra puerta. Mat parpadeó. Habría jurado que un momento antes el pasillo se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Sin embargo, había estado más pendiente del tipo de dientes afilados que de lo que había al frente. Miró hacia atrás y casi soltó una maldición. El corredor se alejaba hasta que las brillantes franjas amarillas parecían converger en un punto, y no se veía ningún otro umbral a los lados.

Cuando se volvió, se encontraba solo delante de una enorme puerta de cinco lados. «Diantre, ojalá no hicieran estas cosas.» Aspiró profundamente y cruzó el acceso.

Entró en otra cámara en forma de estrella, con el suelo blanco, aunque no tan grande como la —o las— de columnas. Era una estrella de ocho puntas con un pedestal negro en cada una de ellas. Las brillantes franjas amarillas corrían a lo largo de las aristas de la sala y los pedestales. El desagradable olor era más intenso aquí, y Mat lo identificó; era el hedor del cubil de un animal salvaje. Aun así, apenas lo notó porque la cámara estaba desierta a excepción de él.

Fue girando lentamente mientras observaba con el ceño fruncido los pedestales. Tendría que haber habido alguien en ellos, quienesquiera que tuvieran que responder a sus preguntas. Lo habían engañado. Se suponía que si había podido llegar allí debería obtener respuestas.

Giró rápidamente en círculo, recorriendo con la mirada no los pedestales, sino las lisas paredes grises. La puerta había desaparecido; no había salida.

No obstante, antes de que acabara de dar la segunda vuelta ya había alguien en cada pedestal, una gente como su guía pero vestida de manera diferente. Cuatro eran hombres, y las otras, mujeres; su cabello tieso se alzaba en una cresta antes de caerles por la espalda. Todos llevaban largas faldas de color blanco que les tapaban los pies; las mujeres vestían blusas blancas que caían más abajo de las caderas, con cuellos altos de encaje y los puños fruncidos en las muñecas. Los hombres lucían aún más correas que el guía, más anchas y tachonadas con oro. Cada correaje sostenía un par de cuchillos sin funda sobre el tórax. Mat dedujo por el color que las hojas eran de bronce, pero habría dado todo el oro que poseía por tener uno de esos cuchillos.

—Habla —dijo una de las mujeres con aquella voz particular que parecía un gruñido—. Merced al antiguo pacto, se cumple un acuerdo. ¿Qué necesitas? Habla.

Mat vaciló. Eso no era lo que la gente con aspecto de serpiente había dicho. Todos lo observaban del mismo modo que unos zorros contemplarían su cena.

—¿Quién es la Hija de las Nueve Lunas y por qué tengo que casarme con ella? —Confiaba en que se contara como una sola pregunta.

Nadie respondió. Ninguno de ellos pronunció palabra. Se limitaron a contemplarlo fijamente con aquellos enormes y pálidos ojos.

—Se supone que tenéis que responder —dijo. Silencio—. Así vuestros huesos ardan y se conviertan en cenizas, ¡respondedme! ¿Quién es la Hija de

Librodot

las Nueve Lunas y por qué he de casarme con ella? ¿Cómo moriré y renaceré? ¿Qué significa que tengo que renunciar a la mitad de la luz del mundo? Éstas son mis preguntas. ¡Decid algo!

Silencio total, tan profundo que escuchaba su propia respiración, el latido de la sangre en los oídos.

—No pienso casarme. Y tampoco estoy dispuesto a morir, ni que vuelva a vivir ni que no. Voy de aquí para allí con lagunas en la memoria, lagunas en mi vida, y os quedáis mirándome como idiotas. Si me fuera dado escoger, llenaría esos vacíos, pero por lo menos las respuestas a esas preguntas esclarecerían parte de mi futuro. ¡Tenéis que contestar…!

—Hecho —gruñó uno de los hombres, y Mat parpadeó.

¿Hecho? ¿Qué estaba hecho? ¿A qué se refería?

—Así se cieguen vuestros ojos —murmuró—. ¡Así se consuman vuestras almas! Sois tan retorcidos como las Aes Sedai. Bueno, pues quiero encontrar el modo de librarme de Aes Sedai y del Poder, y quiero perderos de vista y regresar a Rhuidean si no vais a responder. Abrid la puerta y dejadme…

—Hecho —dijo otro de los hombres.

—Hecho —repitió una de las mujeres.

Mat escudriñó las paredes y después lanzó una mirada furiosa a todos ellos, plantados allí, sobre los pedestales.

—¿Hecho? ¿Qué está hecho? No veo ninguna puerta. Estáis mintiendo, hijos de carnero…

—Necio —musitó una mujer con un susurrante gruñido del que los demás se hicieron eco: «necio, necio, necio».

—Muy inteligente pedir marcharte sin ajustar precio ni condiciones.

—Pero muy necio por no haber acordado primero el precio.

—Lo pondremos nosotros.

Hablaban tan deprisa que no sabía quién decía qué.

—Lo que se ha pedido, se concederá.

—El precio será pagado.

—¡Malditos! —gritó—. ¿De qué estáis hablando?

La más absoluta negrura lo envolvió. Notó algo alrededor de su garganta. No podía respirar. Aire. No podía…

Librodot

CAPÍTULO 25

El camino hacia la lanza

Rand no vaciló al llegar ante la primera fila de columnas y pasó a través de ellas. Ahora ya no había vuelta atrás, ni miradas a la espalda. «Luz, ¿qué es lo que se supone que tiene que pasar aquí? ¿Qué efecto tiene realmente?»

Transparentes como el más fino cristal, de unos treinta centímetros de grosor y separadas entre sí alrededor de tres pasos, las columnas formaban un bosque deslumbrante de destellos, reflejos y extraños arcos iris. El aire era más fresco, lo suficiente para que Rand deseara haber tenido una chaqueta, pero la arenilla también cubría el pulido suelo blanco. No había el más leve soplo de brisa, aunque algo hacía que el pelo y todo el vello de su cuerpo, hasta debajo de la camisa, se moviera.

Delante y hacia la derecha divisó a otro hombre vestido con las ropas grises y pardas de los Aiel; permanecía rígido e inmóvil como una estatua bajo la cambiante luz. Tenía que ser Muradin, el hermano de Couladin. Rígido e inmóvil; ocurría algo, no cabía duda. De manera sorprendente, teniendo en cuenta el intenso resplandor, Rand distinguía los rasgos del Aiel con claridad. Sus ojos estaban muy abiertos y con la mirada fija; tenía el semblante tenso y la boca temblorosa, a punto de soltar un gruñido. Lo que quiera que estuviera viendo, no era de su agrado. Pero al menos Muradin había sobrevivido hasta este momento, y, si el Aiel era capaz de hacerlo, también él podría. El hombre se encontraba cinco o seis metros más adelante, como mucho. Avanzó otro paso mientras se preguntaba cómo era posible que ni Mat ni él hubieran visto entrar al Aiel.

Caminaba guiado por unos ojos, sintiendo un cuerpo, pero sin controlarlo. El dueño de esos ojos estaba agazapado entre los peñascos de una árida ladera de montaña, bajo un sol abrasador, escudriñando atentamente, con desprecio, unas extrañas estructuras de piedra a medio construir. «¡No! Menos de a medio construir. Eso es Rhuidean, pero sin niebla y casi recién iniciadas las obras.» Era Mandein, joven para ser jefe de clan a sus cuarenta años. Se desvaneció el estado de disociación y llegó la aceptación. Era Mandein.

—Debes admitirlo —dijo Sealdre, pero por el momento no le hizo caso.

Los Jenn habían hecho cosas para sacar agua y verterla en grandes pilones de piedra. Había sostenido batallas por menos agua de la que aquellos depósitos contenían contra gente que actuaba como si el agua no tuviera importancia. Un extraño bosque de cristal se alzaba en el centro de toda aquella actividad, refulgiendo al sol y casi tan alto como los árboles más grandes que había visto en su vida, casi cinco metros de altura. Las estructuras de piedra parecían diseñadas para contener en cada una de ellas todo un dominio, todo un septiar, cuando estuvieran terminadas. Una

locura. Esa Rhuidean no podría defenderse. Claro que nadie atacaría a los Jenn. La mayoría los evitaba igual que a los malditos Errantes, que vagaban en busca de canciones que, según ellos, traerían los tiempos perdidos.

Una comitiva de unas cuantas docenas de Jenn y dos palanquines transportados por ocho hombres avanzaba serpenteando desde Rhuidean hacia la montaña. Había madera suficiente en cada uno de aquellos palanquines para hacer doce sillas de jefe. Se comentaba que todavía había Aes Sedai entre los Jenn.

—Debes avenirte a lo que quiera que pidan, esposo —dijo Sealdre.

Entonces la miró, y por un instante deseó acariciar su largo y dorado cabello al ver de nuevo a la alegre muchachita que había dejado la guirnalda nupcial a sus pies pidiéndole que se casara con ella. Empero, ahora estaba seria, resuelta y preocupada.

—¿Vendrán los otros? —preguntó.

—Algunos. Casi todos. He hablado con mis hermanas en el sueño, y todas hemos soñado lo mismo. Los jefes que no acudan y los que no accedan... Sus septiares morirán, Mandein. Dentro de tres generaciones sólo serán polvo, y sus dominios y también sus ganados serán propiedad de otros septiares. Sus nombres se perderán.

No le gustaba que hablara con las Sabias de otros septiares, ni siquiera en sueños. Pero las Sabias soñaban de verdad y, cuando sabían algo, se cumplía.

—Quédate aquí —le dijo a Sealdre—. Si no regreso, ayuda a nuestros hijos e hijas a mantener unido el septiar.

Ella le acarició la mejilla.

—Lo haré, sombra de mi vida. Pero recuerda: tienes que aceptar.

Mandein hizo un ademán y un centenar de figuras con el rostro velado lo siguieron ladera abajo, desplazándose como fantasmas de peñasco en peñasco, con arcos y lanzas prestos, las ropas grises y pardas fundiéndose con el árido paisaje hasta el punto de que ni siquiera él las distinguía. Todos eran hombres; había dejado a todas las mujeres del septiar que empuñaban la lanza con los hombres que acompañaban a Sealdre. Si algo iba mal y su esposa decidía hacer alguna insensatez para salvarlo, los hombres seguramente la secundarían, pero las mujeres se encargarían de llevarla a salvo de vuelta al dominio, lo quisiera o no, para proteger tanto el dominio como el septiar. Confiaba en que lo hicieran, porque en ocasiones se mostraban tan feroces como cualquier hombre y aun más temerarias.

La procesión de Rhuidean se había detenido en el resquebrajado llano arcilloso para cuando ellos llegaron al último tramo del declive. Hizo una señal a sus hombres para que se quedaran en esa posición y continuó solo mientras se retiraba el velo de la cara. Advirtió la presencia de otros hombres que salían a descubierto a su derecha y a su izquierda y cruzaban el abrasado suelo procedentes de distintas direcciones. ¿Cuántos? ¿Cincuenta? ¿Un centenar? Faltaban algunos rostros que había esperado ver. Como siempre, Sealdre tenía razón; había quienes no habían hecho caso del sueño de sus Sabias. Había rostros que jamás había visto, y los de hombres a los que había intentado matar y otros que habían intentado matarlo a él. Por lo menos ninguno lo llevaba velado. Matar en presencia de un Jenn era casi tan malo como matar a un Jenn. Esperaba que los demás lo recordaran también. Con que sólo uno actuara a traición bastaría para que los velos cubrieran los rostros; los guerreros que cada jefe había traído consigo

bajarían de las montañas y la sangre encenagaría este suelo arcilloso. Casi esperaba sentir la punta de una lanza hundiéndose en sus costillas en cualquier momento.

A pesar de tener que estar vigilando un centenar de posibles direcciones desde donde podía llegar la muerte le costó trabajo apartar los ojos de las Aes Sedai cuando los porteadores soltaron en el suelo los ornamentados palanquines. Eran mujeres con un cabello tan blanco que casi parecía transparente, y la piel de sus rostros intemporales era tan tersa que daba la impresión de que el aire podría agrietarla. Le habían contado que el tiempo no dejaba huella en las Aes Sedai. ¿Qué edad tendrían éstas? ¿De cuántos acontecimientos habrían sido testigos? ¿Recordarían cuando su abuelo Comran encontró el *stedding* Ogier por primera vez en la Pared del Dragón y empezó a comerciar con ellos? ¿O incluso cuando el abuelo de Comran, Rhodric, condujo a los Aiel a matar a los hombres con camisas de hierro que habían cruzado la Pared del Dragón? Las Aes Sedai volvieron los ojos hacia él —unos, azules y penetrantes, y los otros muy, muy oscuros, los primeros ojos negros que veía— y tuvo la impresión de que traspasaban su cráneo y llegaban hasta sus propios pensamientos. Supo que había sido elegido, pero desconocía la razón. Merced a un gran esfuerzo de voluntad apartó los ojos de aquellas intensas miradas que lo conocían mejor que él mismo.

Un hombre demacrado y de pelo blanco, alto aunque encorvado, se adelantó de entre los Jenn; lo flanqueaban dos mujeres de pelo entrecano que podrían ser hermanas, con los mismos ojos verdes, muy hundidos, y el mismo modo de ladear la cabeza cuando miraban algo. El resto de los Jenn mantenían la vista gacha, incómodos, en lugar de mirar a los Aiel, pero no estos tres.

—Soy Dermon. —La voz del hombre era fuerte y profunda, y sus azules ojos tenían la mirada tan escrutadora y firme como la de cualquier Aiel—. Éstas son Mordaine y Narisse. —Señaló a las dos mujeres que estaban junto a él—. Hablamos en nombre de Rhuidean y de los Jenn Aiel.

Hubo un rebullir incómodo entre los hombres que rodeaban a Mandein. A la mayoría le gustaba tan poco como a él que los Jenn se proclamaran Aiel.

—¿Por qué nos habéis convocado aquí? —demandó, aunque le quemaba la lengua tener que admitir que había sido convocado.

—¿Por qué no llevas espada? —inquirió Dermon en lugar de responder, y su pregunta provocó murmullos iracundos.

—Está prohibido —gruñó Mandein—. Hasta los Jenn deberían saber eso. —Alzó las lanzas y tocó el cuchillo que llevaba a la cintura y el arco colgado a la espalda—. Éstas son armas suficientes para un guerrero.

Los murmullos se tornaron aprobadores, incluso los de algunos hombres que habían jurado matarlo; y todavía lo harían si se les presentaba la ocasión, pero aprobaban sus palabras. Además, parecían satisfechos de que fuera él quien hablaba, estando aquellas Aes Sedai observando.

—Pero no sabéis la razón —dijo Mordaine.

—Hay muchas cosas que ignoráis —añadió Narisse—. Y, sin embargo, deberíais saberlas.

—¿Qué queréis? —preguntó Mandein.

—A ti. —Dermon recorrió con la mirada a los Aiel, de modo que aquellas dos palabras se hicieron extensivas a todos—. Quienquiera que esté destinado a lideraros ha de venir a Rhuidean y aprender de dónde

procedemos y por qué no lleváis espada. Aquel que no sea capaz de aprender, no vivirá.

—Vuestras Sabias os han hablado —dijo Mordaine— o en caso contrario no estaríais aquí. Sabéis el precio que pagarán los que rehúsen.

Charendin se adelantó y miró alternativamente a Mandein y a los Jenn. Mandein había sido el causante de la larga cicatriz que le surcaba la mejilla; habían estado a punto de matarse el uno al otro en tres ocasiones.

—¿Sólo hay que ir con vosotros? —inquirió—. ¿Cualquiera de nosotros que vaya dirigirá a los Aiel?

—No. —La palabra sonó como un susurro, pero con la fuerza suficiente para llegar a todos los oídos. La pronunció la Aes Sedai de ojos oscuros que permanecía sentada en la silla del palanquín, con una manta echada sobre las piernas, como si sintiera frío a pesar del sol abrasador—. Ése vendrá después —dijo—. La piedra que nunca cae se desplomará para anunciar su llegada. Será de la sangre, pero no criado por ella, y llegará de Rhuidean al alba, y os unirá a todos con unos lazos imposibles de romper. Os llevará de regreso y os destruirá.

Algunos de los jefes de septiares hicieron intención de marcharse, pero nadie dio más de unos pocos pasos. Todos ellos habían escuchado las palabras de la Sabia de su septiar: «Acepta o seremos aniquilados como si jamás hubiésemos existido. Acepta o nos destruiremos a nosotros mismos».

—Esto es una añagaza —gritó Charendin. La mirada de las Aes Sedai le hizo bajar el tono de voz, pero no decreció su ira—. Lo que intentáis es haceros con el control de los septiares. Pero los Aiel no doblan la rodilla ante hombre o mujer. —Sacudió la cabeza, eludiendo los ojos de las Aes Sedai—. Ante nadie —murmuró.

—No es ésa nuestra intención —aseguró Narisse.

—Nuestro tiempo se acaba —dijo Mordaine—. Llegará el día en el que ya no habrá Jenn, y sólo quedaréis vosotros para recordar a los Aiel. Debéis resistir o todo habrá sido por nada, se habrá perdido.

La impasibilidad de su voz, la tranquila convicción, acalló a Charendin, pero Mandein tenía todavía una pregunta:

—¿Por qué? Si conocéis la suerte que os aguarda, ¿por qué hacéis eso? —Señaló hacia las estructuras que se alzaban en la distancia.

—Es nuestro cometido —repuso sosegadamente Dermon—. Durante muchos años buscamos este lugar, y ahora lo preparamos, aunque no para el propósito que creíamos antaño. Hacemos lo que ha de hacerse, y mantenemos la fe.

Mandein estudió el semblante del hombre. No había asomo de temor en él.

—Eres Aiel —dijo, y cuando algunos de los otros jefes dieron un respingo, levantó la voz—. Iré con los Jenn Aiel.

—No podrás entrar armado en Rhuidean —informó Dermon.

Mandein se echó a reír ante la temeridad del hombre. Mira que pedir a un Aiel que no fuera armado. Se despojó de sus armas y dio un paso al frente.

—Condúceme a Rhuidean, Aiel. Igualaré tu valor.

Rand parpadeó a causa de las titilantes luces. *Había sido* Mandein; todavía percibía la sensación de desprecio por los Jenn convirtiéndose en admiración. ¿Eran Aiel los Jenn o no lo eran? El aspecto de éstos era muy

semejante al de aquéllos: altos, ojos claros y rostros curtidos por el sol; todos ellos iban vestidos con el mismo tipo de ropa, pero sin velos. Sin embargo no portaban armas, a excepción de simples cuchillos al cinturón, adecuados para trabajar con ellos. No había Aiel sin armas.

Se había internado en las columnas más de lo que justificaría un solo paso, y estaba más cerca de Muradin. La mirada intensa del Aiel se había convertido en un horrendo ceño.

La arenilla chirrió con fuerza bajo las botas de Rand al'Thor cuando éste dio otro paso.

Se llamaba Rhodric, y casi tenía veinte años. El sol era un disco abrasador en el cielo, pero mantuvo levantado el velo y los ojos alerta. Sus lanzas estaban prestas, una en la mano derecha, y tres sujetas junto con la pequeña adarga de piel de toro; Jeordam se encontraba tumbado sobre el llano de agostada hierba que había al sur de las colinas, donde la mayoría de los arbustos eran enclenques y estaban marchitos. El pelo del viejo era blanco, como esa cosa llamada nieve de la que hablaban los ancianos, pero su vista era penetrante, de modo que él no tendría que estar pendiente sólo de vigilar por la seguridad de los excavadores de pozos que sacaban odres llenos de agua.

Al norte y al este se alzaban las montañas, el macizo septentrional alto y escarpado y con las cimas blancas, pero empequeñecido por los colosos orientales, que daban la impresión de intentar tocar el firmamento, y tal vez lo hacían. ¿Sería, quizá, nieve aquello blanco? Nunca lo sabría. Ante esta barrera, los Jenn tendrían que decidir girar hacia el este. Habían avanzado hacia el norte siguiendo la pared montañosa durante muchos meses, arrastrando dificultosamente sus carretas tras ellos, haciendo como si desconocieran la presencia de sus escoltas Aiel, que los seguían. Aunque poca, al menos había habido agua cuando cruzaron un río. Hacía años que Rhodric no había visto una corriente que no pudiera cruzar a pie; la mayoría sólo eran lechos de arcilla resecos al alejarse de las montañas. Confiaba en que las lluvias volvieran e hicieran renacer el verde otra vez. Aún recordaba cuando el mundo era verde.

Oyó los caballos antes de verlos; eran tres hombres que cabalgaban por las pardas colinas y que vestían largas camisas de cuero tachonadas con discos metálicos. Dos de ellos llevaban lanzas. Conocía al que iba en cabeza: Garam, hijo del jefe de la villa que había a poca distancia en la dirección de donde venían, y que era más o menos de su edad. Estos hombres de ciudad estaban ciegos; no vieron al Aiel, que se movió una vez que hubieron pasado y que después volvió a la inmovilidad, casi invisible, en terreno abierto. Rhodric se bajó el velo; no habría muertes a menos que los jinetes dieran el primer paso. No lo lamentó —no exactamente— pero era incapaz de fiarse de unos hombres que vivían en casas y ciudades. Había habido muchas batallas contra gente de esa condición. Según los relatos, siempre había sido así.

Garam tiró de las riendas y levantó la mano derecha en un saludo. Era un hombre delgado, de ojos oscuros, como sus dos compañeros, pero los tres parecían duros y competentes.

—¡Hola, Rhodric! ¿Ha acabado ya tu gente de llenar los odres?

—Te veo, Garam. —Mantuvo la voz firme e inexpresiva. Lo inquietaba ver hombres a caballo, y más cuando llevaban espadas. Los Aiel tenían

animales de carga, pero era algo antinatural ir montado en un caballo. Las piernas de un hombre debían de bastar para llevarlo de un lado para otro—. Falta poco. ¿Acaso tu padre nos ha retirado su permiso para que saquemos agua de sus tierras? —Ninguna otra ciudad había dado jamás permiso hasta ahora. Para obtener agua había que luchar por ella si había hombres cerca, igual que para todo lo demás; y si había agua, entonces no faltaban hombres vigilándola. No resultaría fácil vencer a estos tres él solo. Movió los pies, dispuesto para iniciar la danza si llegaba el caso y, seguramente, para morir.

—No, no lo ha hecho —dijo Garam. Ni siquiera se había percatado del movimiento de Rhodric—. Tenemos un buen manantial en la ciudad, y mi padre dice que cuando os vayáis tendremos los pozos nuevos que habéis excavado hasta que también nos marchemos nosotros. Pero por lo visto tu abuelo quiere saber si los otros se han puesto en marcha, y lo han hecho. —Apoyó el codo en la perilla de la silla—. Dime, Rhodric, ¿son realmente del mismo pueblo que vosotros?

—Son Jenn Aiel, y nosotros, Aiel. Somos iguales, pero diferentes. No sé explicártelo mejor, Garam. —En realidad tampoco quería entenderlo él.

—¿Hacia dónde se dirigen? —preguntó Jeordam.

Rhodric saludó a su abuelo con una tranquila inclinación de cabeza; había oído una pisada, el apagado ruido de una suave bota, y lo había identificado como un Aiel. Sin embargo, los hombres de la ciudad no habían advertido que Jeordam se había aproximado, y sufrieron un sobresalto. Garam tuvo que levantar la mano para impedir que los otros dos aprestaran las lanzas. Rhodric y su abuelo esperaron.

—Al este —respondió Garam cuando consiguió tener de nuevo bajo su control al caballo—. A través de la Columna Vertebral del Mundo. —Señaló las montañas que parecían arañar el cielo.

Rhodric se encogió, pero Jeordam mantuvo una fría calma.

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó.

—Por lo que sé, el fin del mundo —repuso Garam—. Ni siquiera sé si existe un paso por donde cruzar. —Vaciló—. Los Jenn llevan Aes Sedai con ellos. Docenas, según tengo entendido. ¿No os inquieta viajar tan cerca de unas Aes Sedai? Según he oído contar, el mundo fue distinto en otros tiempos, pero ellas lo destruyeron.

Las Aes Sedai ponían muy nervioso a Rhodric, pero la expresión impasible de su rostro no se alteró. Sólo eran cuatro, no docenas; en cualquier caso, suficientes para recordarle ciertas historias respecto a que los Aiel les habían fallado a las Aes Sedai de algún modo que nadie sabía. Ellas sí que debían de saberlo; apenas si habían salido de las carretas de los Jenn en el año transcurrido desde su llegada, pero cuando lo hacían contemplaban a los Aiel con tristeza. Rhodric no era el único que procuraba evitarlas.

—Vigilamos a los Jenn —dijo Jeordam—. Son ellos quienes viajan con las Aes Sedai.

Garam asintió como si tal cosa supusiera una gran diferencia, y después se inclinó hacia adelante.

—Mi padre tiene una consejera Aes Sedai —comentó en voz baja—, aunque procura que no se sepa en la ciudad. Esa mujer dice que debemos marcharnos de estas colinas y trasladarnos al este. Afirma que los ríos secos volverán a correr, y que construiremos una gran urbe a orillas de uno. Dice muchas cosas. Se rumorea que las Aes Sedai planean construir una ciudad,

Librodot

y que han encontrado Ogier para que realicen las obras. ¡Ogier! —Sacudió la cabeza para arrinconar leyendas y volver a la realidad—. ¿Creéis que proyectan dirigir el mundo otra vez? Opino que deberíamos matarlas antes de que nos vuelvan a destruir.

—Haz lo que consideres mejor. —La voz de Jeordam no dejaba traslucir lo que pensaba—. He de organizar a mi gente para cruzar las montañas.

El hombre de cabello oscuro se irguió en la silla, visiblemente decepcionado. Rhodric sospechó que esperaba ayuda de los Aiel para matar a las Aes Sedai.

—La Columna Vertebral del Mundo —dijo Garam bruscamente—. También tiene otro nombre. Algunos la llaman la Pared del Dragón.

—Un nombre apropiado —repuso Jeordam.

Rhodric contempló las colosales montañas que se alzaban en la distancia. Un nombre adecuado para los Aiel. Su propio nombre secreto, no revelado a nadie, era el Pueblo del Dragón. Desconocía la razón, pero sabía que no se pronunciaba en voz alta excepto cuando alguien recibía las lanzas. ¿Qué habría al otro lado de esta Pared del Dragón? Por lo menos habría gente contra la que luchar; siempre la había. En todo el mundo sólo existían Aiel, Jenn y enemigos. Nada más. Aiel, Jenn y enemigos.

Rand inhaló profunda, entrecortadamente, y el aire hizo un ruido rasposo al penetrar por su garganta, como si hiciera horas que no respiraba. A su alrededor, unos anillos luminosos, que herían los ojos, ascendieron por las columnas. Las palabras todavía resonaban en su mente: Aiel, Jenn y enemigos; eso era el mundo. No se encontraban en el Yermo, indudablemente. Había visto —había vivido— una época anterior a la llegada de los Aiel a la Tierra de los Tres Pliegues.

Estaba más cerca de Muradin que antes. Los ojos del Aiel se movían con inquietud; parecía resistirse a dar otro paso.

Rand avanzó.

En la ladera cubierta por una capa blanca, puesto en cuclillas, Jeordam hizo caso omiso del frío y mantuvo la mirada vigilante sobre las cinco personas que caminaban trabajosamente a través de la nieve en su dirección; eran tres hombres arrebujados en capas y dos mujeres abrigadas con gruesos vestidos. El invierno debería haber pasado hacía mucho tiempo según los ancianos, aunque también contaban que las estaciones habían cambiado y ya no eran como antes. Afirmaban que la tierra se sacudía, y que se levantaban o hundían montañas como el agua de una charca cuando se arroja una piedra. Jeordam no lo creía. Tenía dieciocho años, había nacido y crecido en las tiendas, y ésta era la única vida que conocía: la nieve, las tiendas y el deber de proteger.

Bajó el velo y se incorporó lentamente, apoyándose en la larga lanza como para no asustar a la gente de las carretas; empero, se pararon bruscamente, con la vista prendida en la lanza, en el arco colgado a su espalda y en la aljaba que pendía de su cintura. Ninguno de ellos parecía mucho mayor que el propio Jeordam.

—¿Nos necesitáis, Jenn? —preguntó, alzando la voz.

—Nos llamas así para mofarte de nosotros —repuso también a gritos un tipo alto, de nariz afilada—, pero es cierto. *Somos* los únicos Aiel de verdad. Vosotros habéis renunciado a la Filosofía.

—¡Mentira! —espetó Jeordam—. ¡Jamás he empuñado una espada! —

Respiró hondo para recobrar la calma. No lo habían apostado allí para que se enfadara con los Jenn—. Si os habéis perdido, vuestras carretas están en aquella dirección. —Señaló hacia el sur con la lanza.

Una de las mujeres tocó el brazo del «nariz afilada» y le habló en voz queda. Los otros asintieron, y, finalmente, el «nariz afilada» también lo hizo, aunque a regañadientes. La mujer era hermosa; algunos mechones rubios habían escapado del oscuro chal con el que se abrigaba la cabeza.

—No estamos perdidos —dijo, volviéndose hacia Jeordam, y entonces lo miró fijamente, como si lo viera por primera vez, y se ajustó el chal.

El joven Aiel asintió; no le había parecido que lo estuvieran. Por lo general los Jenn se las arreglaban para evitar a las gentes de las tiendas aunque necesitaran ayuda. Los pocos que buscaban el contacto lo hacían únicamente llevados por la desesperación, porque no podían encontrar esa ayuda en ningún otro sitio.

—Seguidme —les dijo.

Las tiendas de su padre se encontraban a casi dos kilómetros a través de las colinas bajas, parcialmente cubiertas con la última nieve caída que se aferraba a las pendientes. Su gente observó con cautela la aparición de los recién llegados, pero no interrumpieron sus quehaceres, ya fuera cocinar o repasar las armas o lanzar bolas de nieve con los niños. Se sentía orgulloso de su septiar, formado por casi doscientas personas, el mayor de los diez campamentos diseminados al norte de las carretas. Los Jenn, sin embargo, no parecieron muy impresionados; lo irritaba que el número de Jenn fuera muy superior al de los Aiel.

Lewin, un hombre alto, canoso y de rasgos pétreos, salió de su tienda; la gente decía que nunca sonreía, y de hecho Jeordam nunca lo había visto esbozando esa mueca. Tal vez lo hiciera antes de que la madre de Jeordam muriera de fiebres, pero el joven lo dudaba.

La mujer de cabello rubio —se llamaba Morin— contó una historia muy aproximada a la que Jeordam esperaba oír. Los Jenn habían comerciado con un pueblo, un sitio con una muralla de troncos, y después los hombres del lugar habían llegado en medio de la noche y se habían llevado lo que trocaron por la mañana e incluso más. Los Jenn tenían la idea de que podían confiar en la gente que vivía en casas, pensaban que la Filosofía los protegería. Enumeraron los muertos: padres, una madre, hermanos primeros; a los cautivos: hermanas primeras, una madre segunda, una hija. Esto último sorprendió a Jeordam; fue Morin quien habló amargamente de una hija de cinco años a la que se habían llevado para ser criada por otra mujer. Al estudiarla con más detenimiento, añadió para sus adentros varios años más a la edad que le había calculado antes.

—Los traeremos de vuelta —prometió Lewin. Cogió un puñado de lanzas que le habían tendido y las hincó boca abajo en el suelo—. Podéis uniros a nosotros si lo deseáis, siempre y cuando estéis dispuestos a defenderos a vosotros mismos y al resto. Si os quedáis, no se os permitirá regresar a las carretas. —El tipo de nariz afilada giró sobre sus talones rápidamente al oír aquello y regresó por donde habían venido. Lewin continuó; llegados a ese punto, rara vez se marchaba sólo uno—. Los que quieran venir con nosotros a ese pueblo, habrán de coger una lanza. Pero, recordad: si empuñáis la lanza para utilizarla contra hombres, tendréis que quedaros con nosotros. —En su voz y en sus ojos había una gran dureza—. Habréis muerto en cuanto se refiere a los Jenn.

Librodot

Otro de los hombres vaciló, pero finalmente todos tomaron una lanza de las que estaban clavadas en el suelo. También lo hizo Morin. Jeordam la miró boquiabierto, e incluso Lewin parpadeó.

—No es necesario que cojas una lanza para quedarte —le dijo— ni para que traigamos de vuelta a tu gente. Tomar la lanza significa la voluntad y el deseo de luchar, no sólo de defenderte. Puedes soltarla; no hay desdoro en ello.

—Tienen a mi hija —dijo Morin.

Jeordam se quedó estupefacto cuando Lewin asintió sin apenas vacilar.

—Siempre hay una primera vez para todo. Que así sea. —Empezó a tocar en el hombro a ciertos guerreros, y recorrió los campamentos emplazándolos a visitar el pueblo con la muralla de troncos. Jeordam fue al primero que tocó; su padre siempre lo elegía en primer lugar desde el día en que tuvo edad suficiente para usar una lanza. El joven no habría aceptado que fuera de otro modo.

Morin estaba teniendo problemas con el arma, cuyo astil se enganchaba en sus faldas.

—No es preciso que vayas —le dijo Jeordam—. Ninguna mujer lo ha hecho nunca. Te traeremos a tu hija.

—Estoy decidida a sacar a Kirin de allí personalmente —repuso con fiereza—. No podrás impedírmelo.

Una testaruda mujer.

—En tal caso, tendrás que vestirte así. —Señaló sus propias ropas grises y pardas—. No se puede andar por el campo de noche llevando vestido. —Le cogió la lanza sin darle tiempo a reaccionar—. No es fácil aprender a manejar la lanza. —Los dos hombres que habían venido con ella, que seguían torpemente las instrucciones dadas y que casi se habían ido de bruces al suelo al intentarlo, eran prueba de ello. Jeordam encontró una hachuela, cortó el mango más de dos palmos y lo dejó con un metro y una cuarta de longitud, contando los casi treinta centímetros de la punta de acero—. Arremete con ella, nada más. Sólo embiste. El mango se utiliza también para parar ataques, pero te buscaré algo para que lo lleves en la otra mano como un escudo.

Morin lo miró de un modo extraño.

—¿Qué edad tienes? —preguntó, cosa aún más chocante. Jeordam se lo dijo, y ella se limitó a asentir, cavilosa.

—¿Alguno de esos hombres es tu esposo? —preguntó él al cabo de un momento. Los dos seguían tropezando con las lanzas.

—Mi esposo ya está de luto por Kirin. Se preocupa más de los árboles que de su propia hija.

—¿Los árboles?

—Los Árboles de la Vida. —Como el joven la seguía mirando sin comprender, Morin sacudió la cabeza—. Son tres arbolillos que crecen en barriles. Los cuidan casi tanto como a sí mismos. Cuando encuentren un lugar seguro, los plantarán; aseguran que entonces volverán los viejos tiempos. Lo dicen ellos, insisto. Muy bien, ya no soy Jenn. —Levantó la lanza recortada—. Esto será mi esposo a partir de ahora. —Lo observó fijamente y preguntó—: Si alguien te robara a tu hijo, ¿invocarías la Filosofía de la Hoja y hablarías del sufrimiento que se nos envía para probarnos? —Jeordam sacudió la cabeza, y ella continuó—: Lo imaginaba. Serás un buen padre. Enséñame cómo utilizar la lanza.

Una extraña mujer, pero hermosa. El joven tomó de nuevo la lanza y empezó a impartirle instrucciones al tiempo que lo demostraba con la práctica. Advirtió que al ser el astil más corto los movimientos resultaban más veloces y ágiles.

Morin lo observaba con aquella extraña sonrisa, pero la lanza lo tenía completamente absorto.

—Vi tu rostro en un sueño —musitó ella de improviso.

Jeordam oyó sus palabras, pero realmente no la escuchó. Con una lanza así sería más rápido que un hombre con una espada. Mentalmente estaba viendo a los Aiel derrotar a cualquier guerrero con espada. Nadie podría presentarles resistencia. Nadie.

Las luces centellearon entre las columnas de cristal, cegando casi a Rand. Muradin se encontraba ahora a sólo un par de metros de distancia; tenía la mirada fija al frente, y una mueca contraía sus labios, de manera que enseñaba los dientes, como en un silencioso gruñido. Las columnas los estaban llevando hacia atrás, a la historia de los Aiel perdida en un remoto pasado. Los pies de Rand se movieron por voluntad propia, hacia adelante. Y hacia atrás en el tiempo.

Lewin se ajustó sobre el rostro el velo del polvo y escudriñó el pequeño campamento situado más abajo, donde los rescoldos de un moribundo fuego todavía brillaban debajo de una olla de hierro. El viento le llevó el olor de guiso medio quemado. Unos bultos cubiertos con mantas yacían alrededor de las brasas, bajo la luz de la luna. No se veían caballos. Deseó haber llevado consigo un poco de agua, pero sólo a los niños les estaba permitido beber fuera de las comidas. Recordaba vagamente un tiempo en el que había habido más agua, cuando los días no eran tan calurosos y polvorientos, y el viento no soplaba a todas horas. La noche sólo traía un ligero alivio, cambiando un turbio y abrasador sol por el frío. Se arrebujó más en la capa que estaba hecha de pieles de cabras salvajes, y que también utilizaba como manta.

Sus compañeros se acercaron agazapados, tan abrigados como él mismo, y rezongando y pateando piedras hasta que los instó a guardar silencio para no despertar a los hombres de allá abajo. No protestó; en realidad no era más diestro que los demás en esto. Los velos del polvo les ocultaban el rostro, pero sabía quién era quién. Luca, con los hombros el doble de anchos que cualquiera de ellos, a quien le gustaba gastar bromas. Gearan, larguirucho como una cigüeña y el mejor corredor de todas las carretas. Charlin y Alijha, iguales como dos gotas de agua excepto porque el primero tenía la costumbre de ladear la cabeza cuando estaba preocupado, como en aquel momento; su hermana Colline estaba allá abajo, en aquel campamento. Y también estaba Maigran, hermana de Lewin.

Cuando se encontraron las bolsas de recolección de las muchachas tiradas en el suelo, rotas en el forcejeo, todos los demás se dispusieron a llorar su pérdida y seguir adelante como se había hecho tantas veces anteriormente. Incluso el abuelo de Lewin. Si Adan se hubiera enterado de lo que planeaban los cinco, se lo habría impedido. Lo único que sabía hacer Adan era mascullar sobre mantener la fe en unas Aes Sedai a las que Lewin jamás había visto, e intentar mantener vivos a los Aiel. A los Aiel como pueblo, pero no a uno de sus miembros en particular. Ni siquiera a Maigran.

—Son cuatro —musitó Lewin—. Las chicas se encuentran a este lado

Librodot

del fuego. Las despertaré sin hacer ruido, y las sacaremos a hurtadillas mientras los hombres duermen.

Sus amigos se miraron entre sí y asintieron. Lewin supuso que deberían haber preparado un plan antes, pero en lo único que habían pensado fue en ir a rescatar a las chicas y en cómo salir de las carretas sin que los vieran. No había tenido la seguridad de ser capaz de rastrear y encontrar a estos hombres antes de que llegaran al pueblo de donde procedían, un agrupamiento de toscas chozas del que los Aiel habían sido ahuyentados con piedras y palos. No habría nada que hacer si los raptores llegaban allí.

—¿Y si se despiertan? —preguntó Gearan.

—No abandonaré a Colline —espetó Charlin, adelantándose por poco a la respuesta más sosegada de su hermano:

—Vamos a llevarlas de vuelta, Gearan.

—Por supuesto —corroboró Lewin.

Luca le dio un codazo a Gearan en las costillas, y éste asintió.

Descender la inclinada pendiente en medio de la oscuridad no fue tarea fácil. Las pequeñas ramas resecas chascaban bajo sus pies; las piedras y la grava rodaban por la árida ladera, precediéndolos. Lewin tenía la impresión de que cuanto más se esforzaba por moverse en silencio, más ruido metía. Luca se cayó sobre un espino, que chascó de manera escandalosa, pero se las compuso para levantarse y soltarse de las espinas con sólo un ligero respingo. Charlin resbaló y bajó deslizándose hasta medio camino del fondo, pero abajo no se produjo ningún movimiento.

Cerca ya del campamento Lewin hizo un alto e intercambió miradas ansiosas con sus amigos antes de aproximarse de puntillas. Su propia respiración le sonaba estruendosa, tan alta como los ronquidos que llegaban de una de las formas más corpulentas. Se quedó quieto como una estatua cuando los ronquidos cesaron y uno de los durmientes rebulló; se acomodó enseguida y reanudó los ronquidos. Lewin, que había contenido la respiración, soltó el aire.

Con gran precaución se puso en cuclillas junto a una de las figuras más pequeñas y retiró la burda manta de lana, tiesa por la suciedad y el barro. Maigran lo miraba fijamente; tenía el rostro magullado e hinchado, y su vestido era poco más que unos harapos. Le puso la mano sobre la boca para que no gritara, pero ella no hizo otra cosa que seguir mirándolo fija, inexpresivamente, sin parpadear siquiera.

—Voy a abrirte en canal como a un gorrino, chico. —Una de las figuras grandes se movió, y un hombre barbudo, vestido con ropas muy sucias, se puso de pie; empuñaba un cuchillo largo que brilló débilmente con la luz de la luna y reflejó el resplandor rojizo de las brasas. El individuo propinó patadas a las otras dos figuras que tenía a uno y otro lado; de ellas salieron gruñidos y ruidos de alguien desperezándose—. Como a un gorrino. ¿Sabes soltar chillidos, chico, o lo único que tu gente sabe hacer es correr?

—Corre —instó Lewin, pero su hermana continuó mirándolo fijamente, sin reaccionar. Frenético, la cogió por los hombros y tiró de ella en un intento de hacerla moverse hacia donde los otros esperaban—. ¡Corre!

La chica salió de entre la manta rígida, casi como un peso muerto. Colline se había despertado —oía su llanto estremecido— pero se arrebujaba más en la sucia manta en lugar de incorporarse, como si quisiera esconderse bajo ella. Maigran se había quedado de pie, mirando al vacío, los ojos desenfocados.

Librodot

—Por lo visto ni siquiera sabéis hacer eso. —Con una desagradable mueca, el hombre se acercó rodeando el fuego; sostenía el cuchillo bajo. Los otros empezaban a sentarse en sus mantas y a soltar risotadas, divertidos con el espectáculo.

Lewin no sabía qué hacer, pero no podía abandonar a su hermana. Sólo le quedaba morir. Quizás así le diera a Maigran una oportunidad de huir.

—¡Corre, Maigran! ¡Corre, por favor!

Ella no se movió; ni siquiera pareció oírlo. ¿Qué le habían hecho?

El hombre barbudo se acercaba, sin apresurarse, riendo entre dientes, disfrutando con ello.

—¡Nooooo! —Charlin salió corriendo de la noche y ciñó los brazos alrededor del tipo del cuchillo, que cayó al suelo con el empellón.

Los otros dos tipos se incorporaron de un salto. Uno de ellos, cuyo cráneo afeitado brillaba con la tenue luz, enarboló una espada para acuchillar a Charlin.

Lewin no supo bien cómo ocurrió. A saber cómo, se encontró con el pesado puchero de hervir agua en las manos, sujeto por el asa de hierro y balanceándolo; alcanzó aquella afeitada cabeza con un sonoro golpe. El tipo se derrumbó como si sus huesos se hubieran derretido. Desequilibrado, Lewin dio un traspié en un intento de evitar el fuego, y cayó junto a las brasas; el impacto le hizo soltar el puchero. El otro hombre, un individuo de piel cetrina y con el cabello peinado en trenzas, levantó también una espada, listo para ensartarlo. Lewin reculó de espalda, arrastrándose sobre el suelo como una araña, sin quitar los ojos de la afilada punta del arma mientras sus manos buscaban frenéticamente algo con lo que parar el golpe del hombre, un palo, cualquier cosa. Sus dedos tocaron una madera redonda; tiró de ella hacia adelante, impulsándola contra el fiero hombre. Los ojos del individuo se abrieron desmesuradamente y la espada cayó de sus dedos flojos; de su boca salió un borbotón de sangre. Lo que empuñaba Lewin no era un palo, sino una lanza.

El joven apartó las manos del astil tan pronto como se dio cuenta de lo que era. Demasiado tarde. Volvió a recular sobre los codos para evitar al hombre que se desplomaba, y se quedó mirándolo, estupefacto, tembloroso. Estaba muerto. Lo había matado él. El soplo del viento era gélido.

Al cabo de un tiempo se preguntó por qué ninguno de los otros hombres había acabado con él. Lo sorprendió ver al resto de sus amigos alrededor de los rescoldos del fuego. Gearan, Luca y Alijha, todos jadeando; y, por encima de los velos del polvo, la mirada desquiciada de sus ojos. Colline seguía emitiendo quedos sollozos debajo de la manta, y Maigran continuaba de pie, inmóvil, mirando sin ver. Charlin estaba de rodillas, doblado hacia adelante, con las manos apretadas contra el estómago. Y los cuatro hombres, los habitantes del pueblo... La mirada de Lewin pasó de un cuerpo inmóvil a otro.

—Los... hemos matado. —A Luca le temblaba la voz—. Hemos... Que la Luz se apiade de nosotros.

Lewin fue gateando hasta donde se encontraba Charlin y lo tocó en el hombro.

—¿Estás herido?

Charlin cayó de bruces al suelo. Una roja humedad resbalaba entre sus manos, crispadas alrededor de la empuñadura del cuchillo que tenía clavado en el vientre.

Librodot

—Me duele, Lewin —musitó. Sufrió un estremecimiento, y sus ojos se apagaron.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gearan—. Charlin está muerto, y nosotros... Luz, ¿qué hemos hecho? ¿Y qué haremos ahora?

—Llevaremos a las chicas a las carretas. —Lewin era incapaz de apartar los ojos de la mirada vidriosa de Charlin—. Eso haremos.

Cogieron todo lo que podría serles útil, principalmente los cuchillos y el puchero. Cosas metálicas, que eran tan difíciles de conseguir.

—No hacemos nada reprochable —dijo duramente Alijha—. Ellos lo robaron a alguien como nosotros.

Sin embargo, cuando Alijha hizo intención de coger una de las espadas, Lewin se lo impidió.

—No, Alijha. Es un arma, creada para matar personas. No tiene ningún otro uso. —Su amigo no dijo nada, y se limitó a pasar la vista sobre los cuatro cadáveres, y luego la detuvo en las lanzas que Luca estaba enrollando en mantas para hacer unas angarillas en las que transportar el cuerpo de Charlin. Lewin evitó mirar a los hombres del pueblo—. Una lanza puede traer comida a la olla, Alijha, pero no una espada. La Filosofía lo prohíbe.

Alijha continuó callado, pero Lewin tuvo la sensación de que esbozaba una mueca sarcástica tras el velo. Aun así, cuando finalmente emprendieron el regreso en medio de la noche, las espadas continuaban tiradas junto a los rescoldos casi apagados y los hombres muertos.

Fue un largo camino de vuelta a través de la oscuridad, transportando las improvisadas angarillas con el cadáver de Charlin; de vez en cuando una fuerte ráfaga de viento levantaba nubes de polvo. Maigran caminaba a trompicones, mirando fijamente al frente; no sabía dónde estaba ni quiénes eran ellos. A Colline parecía aterrorizarla incluso su propio hermano y daba un brinco, sobresaltada, cuando alguien la tocaba. No era así como Lewin había imaginado el regreso. En mente había visto a las chicas riendo, felices de regresar a las carretas; todos reían alegres. Nada de llevar el cadáver de Charlin a cuestas; nada de este profundo silencio provocado por el recuerdo de lo que habían hecho.

Las luces de las lumbres aparecieron al frente, y poco después vieron las carretas, con los arreos ya extendidos para que los hombres ocuparan su puesto al rayar el alba. Nadie abandonaba el refugio de las carretas al caer la noche, así que a Lewin le sorprendió ver tres figuras que se acercaban presurosas a ellos. El blanco cabello de Adan resaltaba en la oscuridad. Las otras dos eran Nerrine, la madre de Colline, y Saralin, madre de Maigran y suya. Lewin se bajó el velo del polvo asaltado por un presentimiento.

Las mujeres corrieron hacia sus hijas y las rodearon con los brazos mientras musitaban palabras reconfortantes. Colline se dejó envolver por el abrazo de su madre con un suspiro agradecido; Maigran no pareció advertir la presencia de Saralin, que miraba las contusiones del rostro de su hija al borde de las lágrimas.

Adan observaba a los jóvenes con el ceño fruncido, y las arrugas que la constante preocupación había dejado en su rostro se marcaron más profundamente.

—En nombre de la Luz, ¿qué ha pasado? Cuando descubrimos que os habíais marchado... —Dejó la frase en el aire al fijarse en las angarillas en las que yacía Charlin—. ¿Qué ocurrió? —volvió a preguntar haciéndose patente su miedo a la respuesta.

Lewin abrió la boca lentamente, pero Maigran se le adelantó.

—Los mataron. —Sus ojos miraban fijamente algo en la distancia, y su voz sonaba como la de una criatura—. Los hombres malos nos hicieron daño. Ellos... Entonces Lewin vino y los mató.

—No debes decir cosas así, pequeña —susurró Saralin—. Tú... —Calló y observó los ojos de su hija; después se volvió y miró con incertidumbre a Lewin—. ¿Es...? ¿Es cierto?

—Tuvimos que hacerlo —respondió Alijha, afligido—. Intentaron matarnos. Mataron a Charlin.

Adan retrocedió un paso.

—¿Habéis... matado? ¿A hombres? ¿Y el Pacto? Nosotros no hacemos daño a nadie. ¡A nadie! No hay razón alguna que justifique segar la vida de otro ser humano. ¡Ninguna!

—Raptaron a Maigran, abuelo —dijo Lewin—. Se las llevaron a ella y a Colline y les hicieron daño. Les...

—¡Ninguna razón! —bramó Adan, que temblaba de ira—. Tenemos que aceptar lo que venga. Todo el sufrimiento que nos aqueja es una prueba de nuestra fe. ¡Lo aceptamos y lo soportamos! ¡Nosotros no matamos! ¡No os habéis desviado de la Filosofía, la habéis quebrantado! Ya no sois Da´shain. Estáis corrompidos, y no permitiré que por vuestra causa se corrompan los Aiel. —Se dio media vuelta y se alejó como si los jóvenes hubieran dejado de existir. Saralin y Nerrine echaron a andar tras él conduciendo a las muchachas.

—¿Madre? —llamó Lewin, que se encogió cuando la mujer volvió la cabeza y lo miró fríamente—. Madre, por favor...

—¿Quién eres para hablarme así? Oculta tu cara para que no la vea, desconocido. Hubo un tiempo en que tuve un hijo con ese rostro, pero no quiero verlo en un asesino. —Sin añadir más condujo a Maigran en pos de los otros.

—Sigo siendo un Aiel —gritó Lewin, pero no volvieron la vista. Le pareció oír llorar a Luca. El viento sopló y levantó el polvo; el joven se cubrió el rostro—. ¡Soy un Aiel!

Unos hirientes destellos se clavaron en los ojos de Rand. El dolor de Lewin todavía le oprimía el corazón, y la pena y la rabia se debatían en el caótico tumulto de su mente. Lewin no empuñaba armas. No sabía cómo se utilizaban. Matar lo aterraba. Aquello no tenía sentido.

Ahora había llegado casi a la altura de Muradin, pero el hombre no era consciente de su presencia. La mueca del Aiel se había convertido en un terrible rictus, el sudor perlaba su rostro, y su cuerpo se estremecía como si quisiera echar a correr.

Los pies de Rand lo llevaron hacia adelante; y hacia el pasado.

Librodot

CAPÍTULO 26

Los Dedicados

Hacia adelante, y hacia el pasado

Adan yacía en la arenosa oquedad estrechando contra sí a los llorosos niños de su hijo muerto, apretando sus rostros contra la raída chaqueta para que no miraran. También las lágrimas corrían por sus mejillas, pero en silencio, cuando se asomó cautelosamente por el borde. Con sus cinco y seis años, Maigran y Lewin tenían todo el derecho de llorar; a Adan le sorprendía que a él le quedaran lágrimas.

Algunas de las carretas ardían, y los muertos seguían tendidos donde habían caído. Ya se habían llevado los caballos, excepto los que todavía estaban atados a unas pocas carretas cuyo contenido habían vaciado en el suelo. Por una vez no reparó en las cosas guardadas en cajas que las Aes Sedai habían dejado a cargo de los Aiel, esparcidas desconsideradamente sobre el polvo. No era la primera vez que veía tal cosa, ni tampoco los primeros Aiel asesinados, pero en esta ocasión no le importaba. Los hombres con sus espadas, lanzas y arcos, los que habían asesinado, estaban cargando aquellas carretas vacías. Cargándolas con mujeres. Vio cómo los asesinos, en medio de risotadas, metían a Rhea, su hija, con las otras, arracimadas como animales. Era la última de sus hijos. Elwin había muerto de hambre a los diez años; Sorelle a los veinte por las fiebres que había visto anunciadas en sus sueños; Jaren, que se arrojó por un precipicio el año pasado, con sólo diecinueve, cuando descubrió que podía encauzar. Y Marind, al que había perdido esta mañana.

Quería gritar. Quería ir corriendo hasta allí e impedirles que se llevaran a la única hija que le quedaba. Impedírselo de un modo u otro. ¿Y si salía? Lo matarían, y de todas formas se llevarían a Rhea. Y quizá matarían también a los niños. Algunos de los cuerpos tirados sobre un charco de su propia sangre eran pequeños.

Maigran se aferraba a él como si temiera que la abandonara, y Lewin estaba rígido, como queriendo agarrarse con más fuerza pero conteniéndose porque se consideraba demasiado mayor para hacer algo así. Adan les acarició el cabello y mantuvo sus rostros pegados contra su pecho. Sin embargo, se obligó a seguir mirando lo que ocurría hasta que las carretas empezaron a rodar, rodeadas por los aullantes jinetes, en pos de los caballos que casi se habían perdido de vista en dirección a las humeantes montañas que se recortaban en el horizonte.

Sólo entonces se incorporó y soltó a los niños.

—Esperadme aquí —les dijo—. No os mováis hasta que regrese.

Agarrados el uno al otro, lo miraron con aquellas caritas pálidas y llorosas y asintieron sin demasiada convicción.

Se acercó a uno de los cadáveres, el de su esposa, y le dio la vuelta suavemente. Era como si Siedre estuviera dormida, la misma expresión que veía en su rostro cada mañana al despertar. Siempre le causaba sorpresa reparar en las hebras grises que había en su cabello dorado rojizo; era su amor, su vida, siempre joven y hermosa para él. Procuró no mirar la sangre que empapaba la pechera del vestido ni la horrenda herida abierta bajo los senos.

—¿Que piensas hacer ahora, Adan? ¡Responde! ¿Qué?

Apartó el cabello del rostro de Siedre —a ella le gustaba estar aseada— y se puso de pie; se giró despacio para enfrentarse al grupo de hombres enfurecidos y asustados. Sulwin, el cabecilla del grupo, era un hombre alto, con los ojos muy hundidos; se había dejado crecer el cabello, como para ocultar que era Aiel. Varios hombres lo habían hecho. Daba igual; eso no suponía ninguna diferencia para los últimos atacantes ni para los que había habido en ocasiones anteriores.

—Pienso enterrar a los muertos y seguir adelante, Sulwin. —Sus ojos se volvieron un instante hacia Siedre—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Seguir adelante, Adan? ¿Cómo? No hay caballos, casi no queda agua ni comida. Lo único que nos han dejado son unas carretas llenas de cosas que las Aes Sedai nunca vendrán a buscar. ¿Y qué son, Adan? ¿Qué son para que tengamos que dar la vida para llevarlas a través del mundo, temerosos incluso de tocarlas? ¡Ya no podemos seguir como antes!

—¡Sí que podemos! —gritó Adan—. ¡Y lo haremos! Tenemos piernas. Tenemos espaldas. Tiraremos de las carretas si es preciso. ¡Nos mantendremos fieles a nuestro deber! —Se sobresaltó al ver que había levantado el puño apretado. El puño. Su mano tembló al abrirla y dejarla caer de nuevo al costado.

Sulwin retrocedió un paso, pero después se mantuvo firme junto a sus compañeros.

—No, Adan. Se supone que hemos de encontrar un lugar en el que vivir seguros y en paz, y eso es lo que algunos de nosotros vamos a hacer. Mi abuelo solía contarme historias que había oído de pequeño. Historias de cuando vivíamos a salvo y la gente venía a escuchar nuestras canciones. Estamos decididos a buscar ese sitio en el que vivir en paz y en el que volvamos a cantar.

—¿Cantar? —resopló Adan—. También yo he oído esos viejos cuentos de que las canciones de los Aiel eran maravillosas, pero ni tú ni yo ni ninguno de nosotros las sabe. Las canciones y los viejos tiempos quedaron atrás, no existen ya. No renunciaremos al deber que tenemos con las Aes Sedai para perseguir un sueño que está perdido para siempre.

—Algunos de nosotros vamos a hacerlo, Adan. —Los que estaban detrás de Sulwin asintieron—. Estamos decididos a encontrar ese lugar seguro. Y también las canciones. ¡Lo lograremos!

Un fuerte golpe hizo que Adan volviera la cabeza hacia atrás. Otros compinches de Sulwin estaban descargando una de las carretas, y una caja grande y plana se había roto parcialmente, de manera que se veía parte de su contenido, lo que parecía ser un marco de pulida piedra roja. Más amigos de Sulwin descargaban otras carretas; al menos una cuarta parte de la gente se afanaba en vaciarlas de todo lo que no fuera agua o comida.

—No intentes detenernos —advirtió Sulwin.

Adan se obligó a aflojar de nuevo el puño apretado.

—No sois Aiel —dijo—. Habéis traicionado todo lo que tiene significado para nosotros. Seáis lo que seáis, ya no pertenecéis a los Aiel.

—Seguimos la Filosofía de la Hoja con tanta firmeza como tú, Adan.

—¡Marchaos! —gritó—. ¡Idos! ¡No sois Aiel! ¡Estáis pedidos! ¡Perdidos! ¡No quiero veros! ¡Marchaos!

Sulwin y los demás se atropellaron en su prisa por alejarse de él.

Se le cayó el alma a los pies al mirar las carretas, los muertos tendidos entre los desperdicios. Tantos muertos, tantos heridos gimiendo mientras los atendían. Sulwin y sus perdidos descargaban los vehículos ahora con más cuidado. Los hombres con espadas habían roto varias cajas hasta que comprendieron que no había oro ni comida dentro. La comida era más valiosa que el oro. Adan examinó detenidamente el marco de piedra, los montones de figurillas tiradas, los objetos de cristal de extrañas formas que había entre los tiestos con esquejes de sora, y que no tenían utilidad para los seguidores de Sulwin. ¿Alguna de esas cosas tenía utilidad? ¿Para esto habían mantenido su fe? Pues bien, que así fuera. Podían salvarse algunas; imposible saber cuáles consideraban más importantes las Aes Sedai, pero se podían salvar algunas.

Vio a Maigran y a Lewin agarrados a las faldas de su madre. Se alegraba de que Saralin estuviera viva para cuidar de ellos; su último hijo varón, el padre de los niños, había muerto esta mañana, con la primera flecha disparada. Algo podía salvarse; salvaría a los Aiel costara lo que costara. Se arrodilló y tomó a Siedre en sus brazos.

—Seguimos siendo fieles, Aes Sedai —musitó—. ¿Durante cuánto tiempo más habremos de serlo? —Apoyó la cabeza en el pecho de su esposa muerta y sollozó.

Las lágrimas ardían en los ojos de Rand; sus labios articularon en silencio el nombre de Siedre. ¿La Filosofía de la Hoja? Ésa no era una creencia de las Aes Sedai. Era incapaz de pensar con claridad; de hecho casi no podía pensar. Las luces giraron más y más deprisa. A su lado, Muradin abría la boca en un alarido silencioso; los ojos del Aiel estaban desorbitados, como si presenciaran la muerte de todo. Avanzaron al mismo tiempo.

Jonai se encontraba al borde del acantilado, mirando hacia el oeste por encima del agua que brillaba al reflejar el sol. Comelle se encontraba a cien leguas en aquella dirección. Es decir, se había encontrado. Comelle se alzaba en las montañas asomadas al mar, un centenas de leguas hacia poniente, donde ahora sólo había agua. Si Alnora estuviera viva tal vez habría resultado más fácil soportarlo. Sin sus sueños, apenas sabía adónde ir y qué hacer. Sin ella no le quedaban ganas de vivir. Fue muy consciente de todos y cada uno de sus cabellos canosos mientras se daba media vuelta y desandaba el camino hacia las carretas, que esperaban a menos de dos kilómetros. Había menos vehículos ahora, y su deterioro era manifiesto. También había menos personas, unos pocos millares cuando antes eran decenas de miles, pero aun así demasiados para las carretas que quedaban. Nadie viajaba ya montado en ellas salvo los niños demasiado pequeños para caminar.

Adan le salió al encuentro al llegar a la primera carreta; era un joven alto, los azules ojos demasiado cautelosos. Jonai seguía teniendo la impresión de que si se volvía lo bastante deprisa vería a Willim. Pero a Willim lo habían mandado lejos de ellos hacía años, cuando empezó a encauzar por

Librodot

mucho empeño que pusiera en no hacerlo. En el mundo había todavía demasiados hombres que encauzaban, y tenían que alejar a los chicos que daban señales de ser capaces de hacerlo. No quedaba otro remedio, pero deseó tener de nuevo a sus hijos con él. ¿Cuándo había muerto Esole? Demasiado pequeña para acabar en un agujero abierto precipitadamente, consumida por una enfermedad al no haber Aes Sedai que la curaran.

—Son Ogier, padre —dijo Adan, excitado. Jonai sospechaba que su hijo había creído siempre que los relatos acerca de los Ogier sólo eran cuentos de niño—. Vienen del norte.

Adan lo condujo hasta un grupo mugriento de unos cincuenta Ogier de mejillas hundidas, ojos tristes y orejas gachas. Jonai se había acostumbrado a los rostros macilentos y agotados de su propia gente y a sus ropas sucias, pero ver lo mismo en los Ogier lo impresionó. Empero, había personas de las que tenía que ocuparse, y obligaciones contraídas con las Aes Sedai que cumplir. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía a una? Fue justo después de que Alnora muriera. Demasiado tarde para ella. La mujer curó a los enfermos que todavía seguían con vida, cogió algunos *sa'angreal,* y continuó su camino, riendo amargamente cuando él le preguntó dónde había un lugar seguro. El vestido que llevaba estaba sucio, y desgastado por el repulgo. Jonai sospechó que la mujer no estaba en su sano juicio, porque afirmaba que uno de los Renegados no estaba atrapado completamente, o puede que no lo estuviera en absoluto; Ishamael seguía tocando el mundo, según ella. Debía de estar tan loca como los Aes Sedai varones que aún quedaban.

Arrinconó tales ideas cuando los Ogier se pusieron de pie, inestables sobre sus enormes piernas, al verlo llegar. Desde la muerte de Alnora su mente divagaba demasiado. Los Ogier tenían pan y cuencos en sus manos. Se escandalizó consigo mismo al asaltarlo una repentina y fugaz rabia porque alguien hubiera compartido sus escasos víveres. ¿Cuántos de los suyos podrían comer con lo que consumirían esos cincuenta Ogier? No. Compartir era lo correcto; la entrega voluntaria y generosa. ¿Cuántos habrían comido, un centenar? ¿Dos centenares?

—Tenéis esquejes de sora —dijo uno de los Ogier. Sus gruesos dedos acariciaron delicadamente las hojas trifoliadas de los dos retoños plantados en tiestos y atados al costado de una carreta.

—Algunos —repuso secamente Adan—. Se mueren, pero los ancianos sacan nuevos esquejes antes de que se marchiten. —No tenía tiempo para hablar de árboles. Había que ocuparse de la gente—. ¿Están las cosas mal en el norte?

—Lo están —contestó una Ogier—. Las tierras de la Llaga se han extendido hacia el sur, y hay Myrddraal y trollocs.

—Creía que habían muerto todos. —Entonces nada del norte; no podían dirigirse en aquella dirección. ¿Y al sur? El Mar de Jeren se encontraba a diez días de camino. ¿O ya no? Estaba cansado. Muy cansado.

—¿Venís del este? —preguntó otro Ogier. Rebañó el cuenco con el último trozo de pan y lo engulló—. ¿Cómo está por allí?

—Mal —contestó Jonai—. Aunque tal vez no tal mal para vosotros. Hace diez... No, doce días atrás, unas personas se llevaron un tercio de nuestros caballos antes de que pudiéramos huir. Tuvimos que abandonar varias carretas. —Haber abandonado las carretas, y lo que transportaban en ellas, le dolía. Eran cosas que las Aes Sedai habían dejado a cargo de los Aiel. Y el hecho de que no fuera la primera vez que ocurría lo hacía sentirse peor—.

Librodot

Casi toda la gente que encontramos nos quita algo, lo que quiere. Quizá no actúen igual con los Ogier.

—Tal vez —dijo una Ogier como si no lo creyera. Tampoco Jonai estaba muy convencido; no había ningún sitio seguro—. ¿Sabes dónde están los *steddings,* cualquiera de ellos?

—No. —Jonai la miró fijamente—. No lo sé. Pero vosotros podéis encontrarlos, no cabe duda.

—Hemos viajado tan lejos, durante tanto tiempo... —comentó otro de los Ogier del grupo.

—Y el mundo ha cambiado mucho —musitó otro tristemente.

—Creo que tenemos que encontrar un *stedding* enseguida o moriremos —dijo la Ogier que había hablado antes—. Siento en los huesos una especie de... nostalgia. Hemos de hallar un *stedding.* Es preciso.

—No puedo ayudaros en eso —comentó Jonai, triste. Sentía una gran presión en el pecho. Los cambios habidos en el mundo lo habían hecho irreconocible, y todavía seguían produciéndose más, de manera que la llanura por la que habían pasado hacía un año podía ser un macizo montañoso éste. Las tierras de la Llaga se estaban extendiendo. Los Myrddraal y los trollocs todavía vivían. Los hombres robaban; hombres cuyos rostros eran salvajes como los de los animales. Hombres que no reconocían a los Da'shain o ni siquiera sabían de su existencia. Apenas podía respirar. Los Ogier estaban perdidos. Y los Aiel también. Todo estaba perdido. La presión dio paso a un dolor agudo, y Jonai cayó de rodillas al suelo y se quedó doblado, apretándose el pecho. Sentía como si una mano le hubiera cogido el corazón y estuviera apretando con todas sus fuerzas. Adan se arrodilló junto a él, preocupado.

—Padre, ¿qué te ocurre? ¿Estás mal? ¿Qué puedo hacer?

Jonai se las arregló para agarrar a su hijo por el desgastado cuello de la camisa y acercó su rostro al de él.

—Lleva a... la gente... al sur. —Tuvo que realizar un gran esfuerzo para hablar entre los fuertes espasmos que parecían arrancarle el corazón.

—Padre, eres tú el que...

—¡Escúchame! Llévalos al... sur. Lleva... a los Aiel... a un lugar seguro. Mantén... el Pacto. Guarda lo que... las Aes Sedai nos dieron... hasta que vuelvan... por ello. La Filosofía... de la Hoja. Tienes que... —Lo había intentado. Solinda Sedai tenía que entenderlo. Lo había intentado. Alnora.

Alnora. El nombre se desvaneció; el dolor en el pecho de Rand menguó. No tenía sentido. Ningún sentido. ¿Cómo podían ser Aiel estas personas?

Las columnas emitían destellos palpitantes, cegadores. El aire rielaba, giraba en remolinos.

A su lado, Muradin abrió más la boca en un esfuerzo denodado de gritar. El Aiel se arrancó el velo, se arañó la cara, dejando profundos surcos de los que brotó sangre.

Adelante.

Jonai corrió por las calles vacías procurando no mirar los edificios derruidos y los árboles sora muertos. Todos muertos. Al menos el último de los autocarros, que habían dejado de utilizarse largo tiempo atrás, había partido. Los temblores secundarios sacudían la tierra bajo sus pies. Llevaba puesta la ropa de trabajo, su *cadin'sor,* desde luego, aunque la tarea que le habían encomendado no tenía nada que ver con el entrenamiento que había

recibido. Tenía sesenta y tres años, y por lo tanto estaba en la flor de la vida, muy joven aún para tener una sola cana, pero aun así se sentía como un viejo.

Nadie le impidió la entrada a la Antecámara de los Siervos, pues no había nadie en la gran columnata de acceso para hacer preguntas ni para dar la bienvenida. Dentro había muchas personas corriendo de un lado para otro, cargadas con papeles o con cajas, y en los ojos una expresión de ansiedad, pero nadie lo miró siquiera. En el ambiente se percibía una sensación de pánico que aumentaba con cada sacudida del suelo. Angustiado, cruzó el vestíbulo y remontó rápidamente la ancha escalinata. El barro manchaba la plateada blancura del mármol. Nadie podía perder tiempo en eso; o tal vez a nadie le importaba.

No fue necesario que llamara a la puerta que buscaba, no las grandes hojas doradas que daban acceso al salón de asambleas, sino una sencilla puerta. A pesar de ello entró en silencio, y se alegró de haberlo hecho. Media docena de Aes Sedai se sentaban en torno a la larga mesa y discutían sin que aparentemente advirtieran que el edificio se sacudía en sus cimientos. Todas eran mujeres.

Tuvo un escalofrío al preguntarse cuándo volverían a participar hombres en una reunión como ésta. Al ver lo que había sobre la mesa, el escalofrío dio paso a un estremecimiento. Una espada de cristal —tal vez un instrumento del Poder o tal vez sólo un objeto ornamental, no sabría decirlo— reposaba sobre el estandarte del Dragón de Lews Therin Verdugo de la Humanidad, que se extendía como un mantel y caía sobre el suelo. El corazón se le encogió. ¿Qué hacía eso aquí? ¿Por qué no se había destruido, y también todo recuerdo de aquel hombre maldito?

—¿De qué nos sirve tu pronóstico —decía Oselle, casi a gritos—, si no sabes cuándo? —Su largo y oscuro cabello se mecía al sacudir la cabeza con rabia—. ¡El mundo, la propia Rueda, depende de esto! ¡Del futuro!

—No soy el Creador —respondió Deindre con una calma más habitual en las Aes Sedai—. Sólo puedo decir lo que veo en mis predicciones.

—Haya paz, hermanas. —Solinda era la que hacía gala de un mayor sosiego. Su antigua túnica de camalina tenía un pálido color azul; el pelirrojo cabello, que le llegaba casi a la cintura, era casi del mismo color que el de Jonai, cuyo abuelo la había servido cuando era un muchacho; sin embargo, la mujer parecía más joven que él. Era una Aes Sedai—. Los tiempos de debates y enfrentamientos entre nosotras han quedado atrás. Jaric y Haindar estarán aquí mañana.

—Lo que significa que no podemos cometer errores, Solinda.

—Tenemos que saber…

—¿Hay alguna posibilidad de…?

Jonai dejó de prestar atención a la conversación. Ya repararían en su presencia cuando llegara el momento. No era el único que se encontraba en la habitación aparte de las Aes Sedai. Someshta estaba sentado contra la pared, cerca de la puerta, pero aun así su cabeza llegaba más arriba que la de Jonai; era una inmensa figura que daba la impresión de estar hecha con enredaderas y hojas entretejidas. Cuando el Nym lo miró, Jonai reparó en que una fisura parda y chamuscada le surcaba el rostro y la verde hierba que era su cabello; en sus ojos color avellana había una expresión preocupada.

Cuando Jonai lo saludó con un cabeceo, se llevó la mano a la

Librodot

hendidura y frunció el entrecejo.

—¿Te conozco? —preguntó en un susurro.

—Soy tu amigo —contestó tristemente. Hacía años que no había visto a Someshta, pero había oído los rumores. Al parecer, casi todos los Nym habían muerto—. Me llevabas montado en tus hombros cuando era pequeño. ¿No te acuerdas?

—Cantando —musitó Someshta—. ¿Había cantos? Se han perdido tantísimas cosas. Las Aes Sedai dicen que algunas volverán. Eres un Hijo del Dragón, ¿verdad?

Jonai se encogió. Aquel nombre había ocasionado problemas que el hecho de no ser cierto no hacía menos graves. ¿Cuántos ciudadanos creían ahora que había habido un tiempo en el que, de entre todos los Aes Sedai, los Da'shain Aiel sólo habían servido al Dragón?

—¡Jonai!

Se volvió hacia el sonido de la voz de Solinda, e hincó una rodilla en el suelo cuando la mujer se acercó. Las otras seguían discutiendo, pero en un tono más comedido.

—¿Está todo dispuesto, Jonai? —preguntó.

—Absolutamente todo, Aes Sedai. Solinda Sedai... —Vaciló y luego respiró hondo antes de continuar—: Algunos de nosotros queremos quedarnos. Todavía podemos serviros.

—¿Sabes lo que les ha ocurrido a los Aiel en Tzora? —Él asintió, y la mujer suspiró mientras le acariciaba el cabello como si todavía fuera un niño—. Sí, por supuesto que lo sabes. Vosotros, los Da'shain, tenéis más coraje que... Diez mil Aiel enlazados por el brazo y cantando en un intento de recordar a un loco quiénes eran y quién había sido él, de detenerlo con sus cuerpos y con un cántico. Jaric Mondoran los mató. Permaneció allí, plantado, con la mirada ausente, como perplejo, mientras los iba matando y ellos seguían cerrando filas, sin interrumpir el canto. Me han contado que estuvo escuchando al último Aiel durante casi una hora antes de acabar con él. Y entonces Tzora ardió en una inmensa llamarada que consumió piedra y metal y cuerpos. Sólo queda una capa de cristal donde antes se alzaba la segunda urbe más grande del mundo.

—Hubo mucha gente que tuvo tiempo de huir, Aes Sedai. Los Da'shain les dieron tiempo para que escaparan. No tenemos miedo.

La mano de Solinda se crispó dolorosamente sobre su cabello.

—Los ciudadanos ya han abandonado Paaran Disen, Jonai. Además, los Da'shain todavía tienen una misión que cumplir si es que Deindre es capaz de ver lo bastante lejos en el futuro para predecirlo. En cualquier caso, tengo intención de salvar algo de lo que queda aquí, y ese algo sois vosotros.

—Como ordenéis —aceptó de mala gana—. Cuidaremos de lo que habéis puesto a nuestro cargo hasta que volváis a pedirlo.

—Sí, por supuesto. Las cosas que os hemos entregado. —Le sonrió y aflojó los dedos para volver a acariciarle el cabello antes de entrelazar las manos—. Llevaréis los... las cosas a un lugar seguro, Jonai. Moveos, no os paréis hasta que encontréis ese sitio, donde nadie pueda haceros daño.

—Como ordenéis, Aes Sedai.

—¿Cómo está Coumin? ¿Se ha calmado?

Jonai no tenía más remedio que decírselo, aunque hubiera preferido cortarse la lengua de un mordisco.

—Mi padre está escondido en alguna parte de la ciudad. Intentó

convencernos para que... presentáramos resistencia. No quiso atender a razones, Aes Sedai. Se negó a escucharnos. Encontró una vieja lanza en alguna parte, y... —Fue incapaz de seguir hablando. Esperaba que la mujer se encolerizara, pero vio el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Mantén el Pacto, Jonai. Aunque los Da'shain pierdan todo lo demás, ocúpate de que no se aparten de la Filosofía de la Hoja. Prométemelo.

—Desde luego, Aes Sedai —respondió, conmocionado. El Pacto eran los Aiel, y los Aiel eran el Pacto; abandonar la Filosofía sería renunciar a lo que eran. Coumin eran una aberración; se contaba que ya desde niño había sido raro, en nada parecido a un Aiel, aunque nadie sabía la razón.

—Vete ya, Jonai. Quiero que mañana os encontréis lejos de Paaran Disen. Y recuerda: no os paréis. Pon a los Aiel a salvo.

Jonai hizo una reverencia sin levantar la rodilla del suelo; pero la Aes Sedai ya había vuelto a la discusión que se sostenía en la mesa.

—¿Podemos fiarnos de Kodam y sus compañeros, Solinda?

—Debemos, Oselle. Son jóvenes e inexpertos, pero apenas están afectados por la contaminación, y... En fin, no nos queda más remedio.

—Entonces haremos lo que haya de hacerse. La espada tendrá que esperar. Someshta, tenemos una misión para el último de los Nym, si aceptas. Es mucho lo que te hemos pedido, pero aún debemos pedirte más.

Jonai se marchó haciendo una reverencia mientras el Nym se ponía de pie; la cabeza casi rozaba el techo. Inmersas en sus planes, ni siquiera miraban al Da'shain, pero en cualquier caso les rindió este último homenaje; tenía el presentimiento de que no volvería a verlas.

Abandonó apresuradamente la Antecámara de los Siervos y siguió corriendo hasta dejar atrás la ciudad y llegar a donde el gentío reunido aguardaba. Miles de carretas, colocadas en diez filas, se extendían a lo largo de dos leguas; unas cargaban víveres y barriles de agua; otras, los objetos embalados que las Aes Sedai habían confiado al cuidado de los Aiel: *angreal, sa'angreal* y *ter'angreal,* todos ellos artilugios que debían mantenerse fuera del alcance de hombres que perdían la razón al encauzar el Poder Único. En otros tiempos habrían dispuesto de otros medios para transportarlos: autocarros, brincadores, deslizadores, grandes volaplanos. Pero ahora tenían que conformarse con los caballos y carretas tan penosamente reunidos. Entre los transportes había gente, la suficiente para poblar una ciudad, pero quizás eran los últimos Aiel que quedaban vivos en el mundo.

Un centenar se adelantó saliéndole al paso, hombres y mujeres, los delegados que querían saber si las Aes Sedai les daban permiso para que algunos se quedaran.

—No —les contestó. Algunos fruncieron el entrecejo, reacios a seguir las instrucciones, pero él añadió—: Debemos obedecer. Somos Da'shain Aiel, y hemos de cumplir las órdenes de las Aes Sedai.

El grupo se dispersó de vuelta a las carretas, lentamente, y Jonai creyó escuchar el nombre de Coumin, pero no debía permitir que tal cosa lo incomodara. Regresó presuroso a su propia carreta, a la cabeza de una de las filas centrales. Los caballos estaban muy nerviosos a causa de los temblores que sacudían la tierra de vez en cuando.

Sus hijos ya estaban subidos al pescante: Willim, de quince años, con las riendas cogidas; y Adan, de diez, a su lado. Los dos sonreían con nerviosismo. La pequeña Esole jugaba con una muñeca, tendida sobre la lona que tapaba sus posesiones y, lo más importante, los objetos entregados

Librodot

a su cargo por las Aes Sedai. No había espacio para que nadie fuera montado a excepción de los muy jóvenes o los muy viejos. Una docena de vástagos de sora enraizados en macetas de barro iban sujetos detrás del pescante para ser trasplantados cuando encontraran un lugar seguro. Tal vez era una necedad transportar algo así, pero en ninguna carreta faltaban los esquejes en sus tiestos. Un recuerdo de un tiempo ya pasado; un símbolo de la bonanza de otra época venidera. La gente necesitaba tener esperanza, y símbolos.

Alnora esperaba junto al tiro, con el reluciente y negro cabello derramándose como una cascada sobre sus hombros, recordándole la primera vez que la había visto, cuando no era más que una niña. Empero, las preocupaciones habían marcado arrugas alrededor de sus ojos.

Se las ingenió para sonreír, ocultando así sus propias tribulaciones.

—Todo irá bien, amada esposa. —Ella no dijo nada, y Jonai agregó—: ¿Has soñado?

—Nada relacionado con algo inmediato —murmuró—. Toda va y todo irá bien. —Esbozó una trémula sonrisa y le acarició la mejilla—. Estando contigo, sé que así será, amado esposo.

Jonai levantó el brazo, y su señal de partida se propagó como una onda por las filas. Lentamente las carretas empezaron a moverse, y los Aiel dejaron atrás Paaran Disen.

Rand sacudió la cabeza. Era demasiado. Los recuerdos se agolpaban como un enjambre. El aire estaba cargado con un resplandor tan electrizante como un relámpago. El viento levantaba remolinos de polvo. Muradin se había abierto profundos surcos en el rostro con las uñas y ahora se las clavaba en los ojos, y tiraba para arrancárselos.

Coumin se arrodilló al borde del terreno arado; llevaba sus ropas de trabajo, una chaqueta y unos calzones sencillos, grises y pardos, y suaves botas atadas con cordones, todo muy semejante al atuendo de los otros que rodeaban el campo: diez hombres de los Da'shain Aiel, separados entre sí unos tres o cuatro metros, y un Ogier, repartidos en círculo. Veía el campo siguiente, rodeado de igual modo, detrás de los soldados con sus lanzas, encaramados a los autocarros blindados. Un deslizador zumbaba por encima de su patrulla, un mortífero insecto de metal que transportaba dos hombres. Coumin tenía dieciséis años, y las mujeres habían decidido que por fin su voz era lo bastante profunda para unirse al canto de la simiente.

Los soldados lo fascinaban, hombres y Ogier, del mismo modo que lo haría una serpiente venenosa de llamativos colores. Esa gente *mataba.* Su bisabuelo, Charn, aseguraba que hubo un tiempo en que no existían soldados, pero Coumin no creía tal cosa. Si no hubiera soldados, ¿quién se enfrentaría a los Jinetes de la Noche y a los trollocs? Claro que Charn afirmaba que por entonces tampoco había Myrddraal ni trollocs, cuando, según él, el Oscuro Señor de la Tumba había sido confinado, y nadie sabía su nombre y desconocía el término «guerra». Coumin era incapaz de imaginar un mundo así; la guerra venía ya de antiguo cuando él había nacido.

Le gustaba escuchar los cuentos de Charn aunque le parecieran increíbles, aunque con alguno de sus relatos se ganaba las miradas ceñudas y los sarcasmos de los más viejos, como por ejemplo cuando manifestaba haber servido a uno de los Renegados en una ocasión; y no a un Renegado

Librodot

cualquiera, sino a la mismísima Lanfear. O como cuando decía que había servido a Ishamael. Si Charn no podía menos de inventarse historias, por lo menos que dijera que había servido a Lews Therin, el propio gran líder. Claro que, en tal caso, todos le preguntarían por qué no estaba ahora al servicio del Dragón; pero hasta eso sería mejor que la realidad. A Coumin no le gustaba el modo en que los ciudadanos miraban a Charn cuando el viejo decía que Lanfear no siempre había sido malvada.

Un movimiento al extremo del campo lo puso sobre aviso de que uno de los Nym se aproximaba. La gigantesca forma, a la que el Ogier más grande no le llegaría al pecho, se adentró por el campo sembrado, y Coumin no tuvo que mirar para saber que iba dejando un rastro de brotes y retoños por donde pisaba. Era Someshta, rodeado por nubes de mariposas blancas, amarillas y azules. Un murmullo de excitación se levantó de los lugareños a quienes pertenecían estos campos y que se habían reunido para presenciar lo que ocurría. Ahora cada campo tenía su Nym.

Coumin se preguntó si Someshta podría aclararle las historias que contaba Charn. Había hablado una vez con él, y el Nym tenía edad suficiente para saber si Charn decía la verdad; en realidad, Someshta era mayor que cualquiera. Se decía que los Nym no morían nunca mientras crecieran las plantas. Sin embargo, éste no era el momento de hacerle preguntas.

Como era lo apropiado, el Ogier dio comienzo al cántico con su voz de bajo, unos retumbos graves como si la propia tierra cantara. Se le unieron los Aiel, y las voces de los hombres entonaron su propia canción; aun las más graves de ellas parecían agudas comparadas con la del Ogier. Empero, ambos cánticos se conjuntaron y entrelazaron, y Someshta tomó aquellos hilos y los tejió con su danza, desplazándose por el campo con los brazos extendidos y con cadenciosas zancadas mientras las mariposas revoloteaban a su alrededor y se posaban en sus dedos tendidos.

Coumin escuchaba el canto de la simiente en los campos colindantes, oía a las mujeres tocando palmas instando a los hombres a continuar, y aquel ritmo era el pálpito de una nueva vida, pero lo percibió todo como si viniera de muy lejos. Estaba volcado en el cántico, sintiendo como si fuera parte de su propio ser, no sonidos que emitía y que Someshta tejía con la tierra y alrededor de las semillas. Semillas que ya no eran tales. Los brotes de zemais cubrían el campo, más altos allí donde habían pisado los pies del Nym. Ninguna plaga marchitaría estas plantas; ningún insecto las devoraría. Las semillas cantaban y finalmente alcanzarían una altura que duplicaría la de cualquier hombre y llenarían los graneros de la ciudad. No lamentaba el hecho de que los Aes Sedai lo hubieran rechazado cuando tenía diez años aduciendo que le faltaba la chispa. Ser entrenado como Aes Sedai habría resultado maravilloso, pero sin duda no más que la sensación de este momento.

El canto se apagó lentamente, guiado por los Aiel hacia su fin. Someshta danzó varios pasos más después de que las voces hubieran callado, y dio la impresión de que la melodía permanecía suspendida en el aire mientras el Nym siguió moviéndose. Luego se paró y todo acabó.

A Coumin le sorprendió ver que los lugareños se habían marchado, pero no tuvo tiempo de preguntarse adónde se habían ido y por qué. Las mujeres se acercaban, riendo, para felicitarlos. Ahora era uno de los hombres, no un niño, aunque las mujeres alternaban el besarlo en los labios con revolverle el corto cabello pelirrojo.

Librodot

Fue entonces cuando reparó en el soldado que estaba a unos cuantos pasos y los observaba. Había dejado en alguna parte la lanza y la capa de batalla de pañovivo, pero seguía llevando el casco, que semejaba la cabeza de un insecto monstruoso y que ocultaba su rostro tras las mandíbulas a pesar de que la visera estaba levantada. Como si cayera en la cuenta de que todavía lo tenía puesto, el soldado se quitó el yelmo, dejando a la vista el semblante de un joven moreno que no sería más de cuatro o cinco años mayor que Coumin. Los penetrantes ojos castaños del soldado se encontraron con los del Aiel, y éste se estremeció. Su semblante ponía de manifiesto que era poco mayor que él, pero aquellos ojos... También al soldado debían de haberlo escogido para iniciar su entrenamiento a los diez años. Coumin se alegró de que a los Aiel los eximieran de ser elegidos para ese adiestramiento.

Uno de los Ogier, Tomana, se aproximó con las peludas orejas tiesas e inclinadas hacia adelante en un gesto inquisitivo.

—¿Tienes noticias, hombre de guerra? Reparé en que había cierta excitación en los autocarros mientras cantábamos.

El soldado vaciló un momento.

—Bueno, supongo que puedo decírtelo aunque todavía no ha sido confirmado. Nos ha llegado la información de que Lews Therin dirigió a los Compañeros en un ataque a Shayol Ghul esta mañana al amanecer. Algo está interrumpiendo las comunicaciones, pero el informe es que la Brecha ha sido sellada, con la mayoría de los Renegados al otro lado; quizá todos ellos.

—Entonces se acabó —suspiró Tomana—. Por fin, gracias le sean dadas a la Luz.

—Sí. —El soldado miró en derredor, como si de repente se sintiera perdido—. Yo... Supongo que sí. —Se contempló las manos y después las dejó caer a los costados. Parecía abrumado—. Los lugareños estaban ansiosos por empezar a festejarlo, y si la noticia es cierta la celebración se prolongará durante días. Me pregunto si... No, no querrán que un soldado se les una a la fiesta. ¿Iréis vosotros?

—Esta noche puede que sí —respondió Tomana—, pero nos faltan visitar otras tres ciudades para terminar el recorrido marcado.

—Por supuesto. Todavía os queda trabajo. Al menos vosotros tenéis eso. —El soldado volvió a mirar a su alrededor—. De todos modos aún quedan trollocs, incluso en el caso de que los Renegados no vuelvan a aparecer. Y también Jinetes de la Noche. —Asintió y echó a andar hacia los autocarros.

Tomana no se mostraba excitado, por supuesto, pero Coumin estaba tan estupefacto como el joven soldado. ¿Que se había terminado la guerra? ¿Cómo sería el mundo sin el conflicto? De repente sintió la imperiosa necesidad de hablar con Charn.

Los alegres sonidos de la celebración le salieron al paso antes de que llegara a la ciudad: risas, cantos, el tañido de las campanas en la torre del ayuntamiento. Los lugareños bailaban por las calles, hombres, mujeres y niños. Coumin pasó entre ellos, escudriñando a un lado y a otro. Charn había preferido quedarse en una de las posadas que albergaban a los Aiel en lugar de asistir al cántico —ya ni los Aes Sedai eran capaces de procurarle mucho alivio a sus doloridas y viejas rodillas— pero sin duda sí habría salido por este motivo.

Inesperadamente, algo golpeó a Coumin en la boca y sus piernas

Librodot

flaquearon; se puso de rodillas antes de darse cuenta de que había caído al suelo. Se llevó la mano a la boca y la retiró manchada de sangre. Al alzar la vista se encontró con un lugareño de rostro iracundo plantado ante él, todavía con el puño apretado.

—¿Por qué me has pegado? —preguntó.

El hombre le escupió.

—Los Renegados han muerto. Muerto, ¿te enteras? Lanfear ya no os protegerá más. Arrancaremos como a malas hierbas a los que servisteis a los Renegados mientras disimulabais estar de nuestra parte, y os daremos a todos el mismo merecido que a ese viejo chiflado.

—Vamos, Toma. —Una mujer tiraba del brazo del hombre—. ¡Ven, y cierra tu condenada boca! ¿Acaso quieres que los Ogier vengan por ti?

El tipo, de repente cauteloso, dejó que la mujer se lo llevara y ambos se perdieron entre la multitud.

Coumin se incorporó trabajosamente y echó a correr sin reparar en la sangre que le resbalaba por la barbilla.

La posada estaba desierta, silenciosa. Ni siquiera estaba el posadero ni la cocinera ni sus ayudantes.

—¡Charn! ¡Charn! —llamó a voces el joven mientras recorría el edificio apresuradamente.

Quizás estaba en el patio posterior. A Charn le gustaba sentarse debajo de los manzanos que había detrás y allí contar las historias de cuando era joven.

Coumin salió corriendo por la puerta trasera, tropezó y se fue de bruces al suelo. Se había enganchado con una bota que había tirada, una de las botas rojas que Charn llevaba siempre puestas, ahora que no se unía al cántico. Algo atrajo la atención de Coumin, haciéndolo mirar hacia arriba.

El cuerpo de Charn colgaba de una cuerda enganchada a la punta del caballete del tejado; uno de sus pies estaba descalzo, seguramente a causa de las sacudidas y las patadas, y los dedos de una mano se cerraban crispados sobre la garganta en un intento de aflojar la cuerda que lo había ahorcado.

—¿Por qué? —musitó Coumin—. Somos Da'shain. ¿Por qué?

No había nadie para responderle. Con la bota apretada contra el pecho, el joven cayó de rodillas allí mismo y siguió mirando fijamente a Charn mientras el bullicio de la celebración proseguía en la ciudad.

Rand se estremeció. La luz de las columnas era una reluciente bruma azulada que daba la impresión de algo consistente, que parecía hincarse en sus nervios a través de la piel. El viento aullaba en un vasto remolino que lo absorbía hacia adentro. Muradin había logrado ponerse el velo; por encima del paño asomaban las ensangrentadas cuencas vacías. El Aiel estaba masticando algo, y una espuma sanguinolenta le resbalaba por la barbilla y goteaba sobre su pecho. Adelante.

Charn caminaba por la amplia y abarrotada calle bajo los soras, cuyas hojas trifoliadas difundían paz y bienestar a la sombra de los plateados edificios que tocaban el cielo. Una ciudad sin soras tendría un aspecto tan desolado como el árido paisaje de las tierras agrestes. Los autocarros zumbaban apagadamente a lo largo de la calle, y un gran volaplano blanco surcaba veloz el cielo, transportando ciudadanos a Comelle o Tzora o algún otro lugar. Rara vez viajaba en volaplanos —si necesitaba ir lejos, por lo

Librodot

general una Aes Sedai hacía el Viaje con él— pero esta noche subiría a uno para ir a M'jinn. Hoy era su vigésimo quinto aniversario del día del nombre, y por la noche tenía intención de aceptar la última oferta de matrimonio de Nalla. Se preguntó si se sorprendería; hacía un año que le daba largas porque no deseaba casarse; ello significaría pasar al servicio de Zorelle Sedai, a quien servía Nalla, pero Mierin Sedai ya le había dado su beneplácito.

Giró en una esquina y chocó contra un hombre moreno, ancho de hombros, que lucía una estrecha barba a la última moda. El empellón lo tiró de espaldas y se golpeó la cabeza con la acera, de manera que vio lucecitas. Aturdido, se quedó tendido en el suelo.

—Mira por dónde vas —espetó el hombre de la barba, irritado, mientras se arreglaba el jubón rojo. El negro cabello, que le llegaba a los hombros, lo llevaba recogido en la nuca. También era la última moda entre quienes no habían jurado el Pacto, imitando a los Aiel.

La mujer que lo acompañaba le puso la mano en el brazo; tenía el pelo pálido, y el refulgente blanco de su vestido de camalina se tornó algo opaco a causa de su repentina turbación.

—Jom, fíjate en su pelo. Es un Aiel —dijo.

Charn metió los dedos entre el corto cabello dorado rojizo y se tanteó la cabeza para comprobar si se había abierto una brecha. Dio un tirón a la larga cola de caballo que colgaba por su nuca en lugar de sacudir la cabeza para despejar el aturdimiento. Era un simple chichón, nada más, pensó.

—Sí, lo es. —El enojo del hombre se desvaneció y dio paso a la consternación—. Disculpadme, Da'shain. Soy yo quien debería mirar por dónde va. Dejad que os ayude a levantaros. —Antes de acabar de hablar ya estaba incorporando a Charn—. ¿Os encontráis bien? Llamaré a un brincador para que os lleve a donde os dirigís.

—No estoy herido, ciudadano —repuso suavemente Charn—. De verdad, fue culpa mía. —Lo era, en efecto, por ir casi corriendo. Podría haber hecho daño al hombre—. ¿Os encontráis bien? Perdonadme, os lo ruego.

El hombre abrió la boca para protestar, como hacían siempre los ciudadanos —parecían creer que los Aiel estaban hechos de cristal hilado— pero antes de que tuviera oportunidad de decir algo el suelo se alabeó bajo sus pies. También el aire se rizó en ondas expansivas. El hombre miró en derredor, desconcertado, y echó su capa de pañovivo sobre su dama y sobre sí mismo, de manera que sus cabezas daban la impresión de flotar, incorpóreas, en el aire.

—¿Qué ocurre, Da'shain?

Otros que habían reparado en el cabello de Charn se agrupaban a su alrededor con nerviosismo y le hacían la misma pregunta, pero él hizo caso omiso, sin pensar siquiera si estaba siendo descortés. De hecho, empezó a abrirse paso a empujones entre la multitud, con los ojos fijos en el Sharom; la blanca esfera, de trescientos metros de diámetro, flotaba por encima de las cúpulas azules y plateadas de Collam Daan.

Mierin había dicho que hoy era el día; afirmaba haber encontrado una nueva fuente para el Poder Único. Los Aes Sedai, tanto hombres como mujeres, podrían tomarlo de una misma fuente, no de dos mitades separadas. Lo que varones y hembras unidos podrían llevar a cabo sería mucho más importante a partir de ahora, que dejaría de haber diferencias. Y era hoy cuando Beidomon y ella abrirían por primera vez esa conexión, la

última ocasión en que hombres y mujeres trabajarían juntos manejando un Poder diferente. Hoy.

Lo que parecía una minúscula esquirla blanca se desprendió del Sharom y estalló en una llamarada negra; descendió engañosamente lenta, insignificante. Entonces un centenar de partículas brotaron todo alrededor de la inmensa esfera blanca. El Sharom reventó como un huevo y empezó a caer erráticamente, cual una infernal hoguera negra. La oscuridad se propagó por el cielo, tragándose al sol en una noche antinatural, como si la luz de aquellas llamas irradiara tinieblas. La gente gritaba por todas partes.

Con el primer estallido de fuego, Charn echó a correr hacia el Collam Daan, pero sabía que era demasiado tarde. Había jurado servir a los Aes Sedai, y llegaba demasiado tarde. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas mientras corría.

Parpadeando para librarse de los puntos luminosos que danzaban ante sus ojos, Rand se apretó la cabeza con las dos manos. La imagen todavía flotaba en su mente, aquella inmensa esfera, estallando en llamas negras, desplomándose. «¿Vi realmente el agujero que se abría en la prisión del Oscuro? ¿Lo vi? —Estaba al borde de las columnas de cristal, mirando hacia *Avendesora*—. Un árbol sora. Una ciudad es un territorio salvaje sin soras, y ahora sólo queda uno.» Las columnas centelleaban con el resplandor azulado que emitía la alta cúpula de niebla, pero la luz volvía a ser de nuevo simples reflejos brillantes. No había señales de Muradin; Rand dudaba que el Aiel hubiera salido del bosque de cristal; o que llegara a salir alguna vez.

De pronto algo atrajo su atención hacia las ramas inferiores del Árbol de la Vida: una figura que se mecía lentamente: era un hombre colgado de una vara suspendida entre dos ramas, con una cuerda ceñida a su garganta.

Soltando un alarido, echó a correr hacia el árbol al tiempo que entraba en contacto con el *Saidin*; la espada flameante se materializó en sus manos en el momento en que saltaba y segó la cuerda. Mat y él cayeron sobre las polvorientas losas del pavimento con un golpe sordo. La vara se desprendió del árbol y cayó ruidosamente junto a ellos; no era una vara, sino una extraña lanza con el mango negro y la hoja de una espada corta en lugar de la habitual punta, ligeramente curvada y con un solo filo, aunque a Rand le habría traído sin cuidado que estuviera hecha de oro y *cuendillar* engastados con zafiros y rubíes.

Dejó que la espada desapareciera e interrumpió el contacto con el Poder; aflojó frenéticamente la cuerda que estrangulaba a su amigo y puso el oído en su pecho. Nada. Desesperado, abrió violentamente la chaqueta y la camisa de Mat, partiendo un cordón de cuero del que colgaba un medallón de plata. Tiró a un lado el colgante y volvió a poner la oreja contra el pecho de Mat. Nada. Ni un latido. Estaba muerto. «¡No! No le habría pasado nada si no hubiera dejado que me siguiera hasta aquí. ¡No puedo dejarlo morir!»

Dio un seco empujón con el puño sobre el tórax de Mat, tan fuerte como le fue posible, y escuchó. Nada. Repitió la maniobra y escuchó. Sí. Un débil latido. Lo era. Muy tenue, muy lento. Cada vez más lento. Pero Mat *seguía* vivo a pesar del grueso costurón purpúreo que se marcaba alrededor de su garganta. Todavía había posibilidad de mantenerlo con vida.

Se llenó los pulmones de aire y sopló en la boca de Mat. Otra vez. Y otra. Después se puso a horcajadas sobre su amigo, agarró la cinturilla de los calzones y tiró hacia arriba, de manera que le levantó las caderas del

Librodot

suelo. Lo repitió tres veces, y a continuación reanudó la respiración boca a boca. Podría haber encauzado; tal vez habría conseguido algo de ese modo, pero el recuerdo de la niña en la Ciudadela lo echó atrás. Quería que Mat viviera, no que fuera una marioneta movida por el Poder. Una vez, en Campo de Emond, había visto a maese Luhhan revivir así a un muchacho al que encontraron flotando en el arroyo del manantial. De modo que siguió insuflando aire, tirando de la cintura hacia arriba y rezando.

De repente Mat sufrió una violenta sacudida, y tosió. Rand se arrodilló a su lado mientras su amigo se llevaba las manos a la garganta y rodaba de lado, inhalando aire dolorosamente, entre jadeos.

Mat tocó el trozo de cuerda y se estremeció.

—Esos malditos... hijos... de cabra —balbució con voz ronca—. Intentaron... matarme.

—¿Quiénes? —preguntó Rand, que miró en derredor, alerta. Los palacios a medio terminar que cercaban la gigantesca plaza parecían observarlo. Rhuidean tenía que estar desierto, a excepción de ellos dos; a menos que Muradin siguiera vivo, en alguna parte.

—Los tipos... que hay al otro lado... de ese marco retorcido. —Tragó saliva con gesto de dolor, se sentó e inhaló entrecortadamente—. Hay otro aquí, Rand. —La voz le sonaba todavía como si tuviera la garganta en carne viva.

—¿Y pudiste cruzarlo? ¿Te respondieron las preguntas? —Eso podría serle útil. Necesitaba más respuestas desesperadamente. Respuestas a miles de interrogantes, no sólo a unos pocos.

—Nada de respuestas —contestó roncamente Mat—. Son unos tramposos. E intentaron matarme. —Recogió el medallón; la cabeza de zorro plateado casi le cubría la palma. Al cabo de un momento se lo guardó en el bolsillo, con una mueca—. Por lo menos saqué algo de ellos. —Acercó hacia sí la extraña lanza, y pasó los dedos por el negro astil. A lo largo de éste había una línea escrita con una extraña grafía y que estaba enmarcada a ambos extremos por sendos pájaros realizados con un metal aún más oscuro que la madera. A Rand le parecían cuervos. Había otro par grabado en la cuchilla. Mat soltó una seca risotada y se puso de pie, apoyándose en la lanza; la parte inferior de la cuchilla le llegaba a la altura de la cabeza. No se molestó en anudar el lazo de la camisa ni abotonar la chaqueta—. También me quedaré con esto. Es una broma de ellos, pero lo conservaré.

—¿Una broma?

—Sí, lo que pone en el mango:

Así queda escrito el trato; así se cierra el acuerdo.
La mente es la flecha del tiempo; jamás se borra el recuerdo.
Lo que se pidió se ha dado. El precio queda pagado.

»Una buena broma ¿sabes? Los haré rodajas con su propio ingenio si se me presenta la ocasión. Yo les daré "mente y recuerdo". —Se encogió y se llevó la mano a la cabeza—. ¡Luz, cómo me duele! Todo da vueltas y vueltas, como un millar de retazos de sueños, y cada uno de ellos se me clava en el cerebro como una aguja. ¿Crees que Moraine me procuraría algún alivio si se lo pido?

—No me cabe la menor duda —contestó Rand lentamente.

A Mat tenía que dolerle mucho para que estuviera pensando en pedir ayuda a la Aes Sedai. Echó otra ojeada al negro astil de la lanza; la mayor

Librodot

parte de la grafía estaba tapada por la mano de su amigo, pero no del todo. Fuera lo que fuera, no tenía la menor idea de su significado. ¿Cómo lo había sabido leer Mat? Los vacíos ventanales de Rhuidean lo contemplaban con sorna. «Todavía ocultamos muchos secretos —parecían decir—. Más de los que imaginas. Peores de lo que supones.»

—Regresemos, Mat. No me importa si tenemos que cruzar el valle en plena noche. Como dijiste, hará más fresco. No quiero permanecer un minuto más aquí.

—Me parece una excelente idea con la que estoy completamente de acuerdo. —Mat tosió—. Aunque no estaría de más echar otro trago de agua en esa fuente antes de marcharnos.

Rand mantuvo el paso de Mat, que al principio caminaba lentamente, renqueando, apoyándose en la extraña lanza como si fuera un cayado. Rand se detuvo un momento cuando pasaron delante de las dos figurillas de un hombre y una mujer que sostenían esferas de cristal, pero las dejó allí. Todavía no. Y si tenía suerte, no las necesitaría hasta dentro de mucho tiempo.

Cuando dejaron atrás la gran plaza, fue como si los palacios a medio construir los observaran amenazadoramente, con los irregulares remates semejando las murallas de una inmensa fortaleza. Rand entró en contacto con el *Saidin* a pesar de que no se veía un peligro real. No obstante lo percibía, como si tuviera clavados en la espalda unos ojos asesinos. Rhuidean continuaba silenciosa y desierta, sin resquicio para las sombras bajo el azulado fulgor de su techo de niebla. El polvo de las calles se rizó con el soplo del viento. Viento... ¡Pero si no había viento!

—Oh, maldita sea —masculló Mat—. Me parece que tenemos problemas, Rand. Esto me pasa por estar contigo. Siempre me metes en líos.

Las ondas se formaron con mayor rapidez, deslizándose y uniéndose para formar líneas más gruesas, todavía estremeciéndose.

—¿Puedes caminar más deprisa? —preguntó Rand.

—¿Caminar? ¡Rayos y truenos, puedo correr! —Mat sujetó la lanza en diagonal contra el pecho y, poniendo en práctica lo que decía, emprendió la carrera.

Trotando a su lado, Rand hizo aparecer de nuevo la espada a pesar de que no sabía si le serviría de algo contra unas ondeantes líneas de polvo ni si realmente le hacía falta. No era más que polvo. «Pues claro que no es sólo polvo, maldita sea. Se trata de una de esas burbujas, la maldad del Oscuro moviéndose errática por el Entramado, buscando a los condenados *ta'veren.* Sé que lo es.»

Alrededor, por doquier, el polvo ondeaba, se unía, se espesaba, agrupándose y amontonándose. De repente, justo delante de ellos, una forma se alzó en el pilón seco de una fuente, tan sólida como la figura de un hombre, oscura y sin rasgos, con los dedos como afiladas garras. Saltó sobre ellos, silenciosa.

Rand se movió automáticamente —*La luna saliendo sobre el agua*— y la hoja de Poder ensartó aquella oscura forma. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en una espesa nube de polvo que se esparció por el suelo.

Empero, otras ocuparon su lugar; negras formas sin rasgos que salían de todas partes, sin que hubiera dos iguales, pero todas con las garras prestas, tendidas hacia ellos. Rand ejecutó diversas posturas mientras se movía entre ellas, tejiendo con el arma intrincados trazos en el aire y

Librodot

dejando tras de sí motas de polvo flotantes. Mat manejaba la lanza como una barra, en un borroso remolino, pero utilizaba la cuchilla como si hubiera usado aquella arma toda su vida. Las criaturas morían —o al menos volvían al polvo—, pero había muchas y eran muy rápidas. La sangre manaba del rostro de Rand, y la vieja herida del costado estaba a punto de volver a abrirse. También Mat tenía la cara y el pecho manchados de sangre. Eran demasiadas, y endiabladamente veloces.

No haces ni la décima parte de lo que ya eres capaz. Es lo que Lanfear le había dicho; Rand se echó a reír mientras ejecutaba las posturas de lucha. Aprender de uno de los Renegados. Sí, podía hacerlo, aunque no del modo que ella pretendía. ¿Por qué no? Encauzó, tejió los hilos del Poder, y lanzó un remolino al centro de cada una de las formas negras; explotaron en nubes de polvo, tan densas que lo hicieron toser. Hasta donde alcanzaba la vista, el polvo flotaba en el aire y caía lentamente al suelo.

Jadeando y tosiendo, Mat se apoyó en la lanza de astil negro.

—¿Ha sido obra tuya? —resolló mientras se limpiaba la sangre que le resbalaba sobre los ojos—. Pues ya iba siendo hora. Si sabías cómo destruirlas, ¿por qué no lo hiciste desde el principio, maldita sea?

Rand se echó a reír otra vez. «Porque no lo pensé. Porque no sabía *cómo* hasta que lo hice.» Sin embargo no llegó a decirlo en voz alta. El polvo acabó de caer al suelo y empezó de nuevo a ondear.

—Corre —instó—. Tenemos que salir de aquí. ¡Corre!

Se lanzaron a toda velocidad hacia el muro de niebla, descargando sus armas contra cualquier línea de polvo que tuviera cierto espesor, pateándolas, haciendo cualquier cosa para impedir que cobraran consistencia. Rand lanzó más remolinos en todas direcciones, pero el polvo esparcido empezaba a agitarse y a reunirse de inmediato, ahora incluso antes de haber tocado el suelo. Siguieron corriendo, llegaron a la niebla y la atravesaron sin disminuir la velocidad; irrumpieron en el valle bajo una mortecina luz.

Un agudo pinchazo en el costado lo martirizaba, pero Rand giró prestamente sobre sus talones, dispuesto a descargar rayos, fuego; lo que hiciera falta. Pero de la niebla no salió nada tras ellos. Tal vez el manto de bruma era una muralla infranqueable para esas oscuras formas. Tal vez las retenía al otro lado. Tal vez... No lo sabía, y tampoco le importaba siempre y cuando esas cosas no los persiguieran.

—Que me aspen —carraspeó Mat—. Mira, va a despuntar el alba. Hemos estado toda la noche ahí dentro. No me parecía que hubiera pasado tanto tiempo.

Rand contempló el cielo. El sol no había asomado todavía tras las montañas, pero una aureola cegadoramente brillante perfilaba las escarpadas cumbres; el suelo del valle estaba cubierto de sombras alargadas. *Llegará de Rhuidean al alba, y os unirá a todos con unos lazos imposibles de romper. Os llevará de regreso y os destruirá.*

—Vamos, subamos a la montaña —dijo en voz queda—. Deben de estar esperándonos.

«Esperándome.»

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante la Guerra de los Trollocs, de tal modo que, al concluir ésta, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede, iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Aceptadas, las: Jóvenes que se hallan en fase de formación para convertirse en Aes Sedai y que han accedido a cierto grado de poder y superado determinadas pruebas. Las novicias tardan normalmente de cinco a diez años para ascender a la condición de Aceptadas. Las Aceptadas no están tan sujetas a las reglas como las novicias y tienen la posibilidad de elegir, si bien de forma restringida, las áreas en que prefieren centrar sus estudios. Una Aceptada tiene derecho a llevar un anillo con la Gran Serpiente, pero únicamente en el tercer dedo de la mano izquierda. Cuando es promovida al rango de Aes Sedai, escoge su Ajah, accede al privilegio de vestir el chal y puede ponerse el anillo en cualquier dedo o no llevarlo, según dicten las circunstancias.

a'dam: Un objeto, compuesto de un collar y un brazalete unidos mediante una correa de metal plateado, que puede utilizarse para controlar, en contra de su voluntad, a cualquier mujer que posea la habilidad de encauzar la energía. El collar lo lleva la *damane,* y el brazalete, la *sul'dam.* (Véanse *damane, seanchan* y *sul'dam.)*

Aes Sedai: Poseedoras del Poder Único. Desde la Época de Locura, todos los Aes Sedai supervivientes son mujeres. Con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de un consejero Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. Tras encauzar repetidamente el Poder Único durante varios años, las Aes Sedai

Librodot

adquieren un aspecto físico especial que se caracteriza por la indefinición de la edad en sus rasgos, de modo que, por ejemplo, una Aes Sedai que podría ser abuela no aparenta señal alguna de vejez, salvo tal vez algunas canas. (Véanse *Ajah; Sede Amyrlin* y *Época de Locura*)

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros antes de matar, lo cual ha dado origen al dicho «actuar como un Aiel de rostro velado» para describir a alguien que se comporta de manera violenta. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada. Sus flautistas los acompañan en las batallas con música de danzas, y los Aiel llaman a la batalla «la danza» o «la danza de las lanzas». (Véanse también *asociaciones guerreras Aiel* y *Yermo de Aiel*)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; cada Aes Sedai, con la sola excepción de la Sede Amyrlin, pertenece a un Ajah concreto. Éstos se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que pretenden utilizar el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a la profundización en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para enfrentarse a los Señores del Espanto cuando llegue el Tarmon Gai'don. Corren rumores sobre la existencia de un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro.

al'Meara, Nynaeve: Una mujer que había sido Zahorí del Campo de Emond, pueblo situado en Dos Ríos, en el reino de Andor, y que ahora es una de las Aceptadas.

Alteima: Una Gran Señora de Tear, muy ambiciosa y preocupada por la salud de su esposo.

al'Thor, Rand: Un joven del Campo de Emond que es *ta'veren.* Antes fue pastor de ovejas. Ahora se ha proclamado como el Dragón Renacido.

al'Thor, Tam: Granjero y pastor de Dos Ríos que en su juventud partió para hacerse soldado, y a su regreso trajo consigo una esposa (Kari, ahora fallecida) y un hijo (Rand).

al'Vere, Egwene: Una joven del Campo de Emond. Actualmente se está formando para acceder a la condición de Aes Sedai.

Alviarin: Una Aes Sedai del Ajah Blanco.

Amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder Único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprenda a encauzarlo enloquecerá a causa de la infección que afecta al *Saidin* y probablemente producirá horribles daños utilizando el Poder después de haber perdido el juicio. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento.

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando

aquél sea liberado de su prisión.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías y segunda madre de Aviendha.

angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite a quienes son capaces de encauzar el Poder Único el manejo de una cantidad superior a la que podrían utilizar sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también *encauzar, sa'angreal* y *ter'angreal*.)

Antecámara de los Siervos: En la Era de Leyenda, la gran sala de reuniones de los Aes Sedai.

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conocen algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado.

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la actualidad sufre los estragos de una guerra civil además de las que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido y contra Tarabon. La mayoría de los mercaderes domani son mujeres, y el dicho «dejar que un hombre haga tratos con una domani» se utiliza para referirse a alguien que se empeña en hacer una estupidez mayúscula. Las domani tienen fama —o más bien mala fama— por su belleza, su seductor encanto y sus escandalosos atuendos.

Artur Hawkwing: Véase *Hawkwing, Artur.*

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las asociaciones guerreras, tales como los Soldados de Piedra *(Shae'en M'taal),* los Escudos Rojos *(Aethan Dor),* los Buscadores de Agua *(Duahde Mahdi'in)* o las Doncellas Lanceras *(Far Dareis Mai).* Cada Agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra actúan como tropas de retaguardia durante una retirada, mientras que las Doncellas Lanceras realizan el cometido de exploradoras. Los clanes Aiel luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. Así, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse *Aiel, Yermo de Aiel* y *Far Dareis Mai*.)

Atha'an Miere: Véase *Marinos, los.*

Avendesora: En la Antigua Lengua, el Árbol de la Vida, mencionado en innumerables historias y leyendas que lo ubican en diversos lugares.

Avendoraldera: Un árbol que creció en la ciudad de Cairhien a partir de un retoño de *Avendesora.* Los Aiel regalaron dicho retoño a la ciudad en el 566 NE, a pesar del hecho de que ningún documento demuestra relación alguna entre los Aiel y *Avendesora.* (Véase *Guerra de Aiel*)

Librodot

Aviendha: Una mujer del septiar Agua Amarga de los Taardad Aiel.

Aybara, Perrin: Un joven de Campo de Emond, antaño aprendiz de herrero. Es *ta'veren.* (Véase también *ta'veren*.)

Ba'alzemon: En el idioma trolloc «Corazón de la Oscuridad». Existe la creencia, errónea, de que éste es el nombre que dan los trollocs al Oscuro. (Véanse *Oscuro* y *trollocs*.)

Bain: Una mujer del septiar Roca Negra de los Shaarad Aiel. Una Doncella Lancera.

Bair: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Haido de los Shaarad Aiel.

Berelain sur Paendrag: Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de las Olas, Sede Suprema de la casa Paeron. Una bella y voluntariosa joven, y una gobernante muy hábil. Siempre consigue lo que se propone, cueste lo que cueste, y jamás falta a su palabra. (Véase *Mayene*)

Birgitte: Legendaria heroína de relatos, renombrada por su belleza casi en igual medida que por su valentía y su destreza como arquera. Utilizaba un arco y flechas de plata, con los que nunca erraba el tiro. Está entre los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. Se la vincula siempre con Gaidal Cain, un legendario espadachín. (Véanse también *Cain, Gaidal;* y *Cuerno de Valere*)

Bornhald, Dain: Un capitán de los Hijos de la Luz.

Byar, Jaret: Un oficial de los Hijos de la Luz.

cadin'sor: Atuendo de los guerreros Aiel, compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo».

Caemlyn: La capital de Andor.

Cain, Gaidal: Un famoso espadachín mencionado en leyendas y en la historia, al que siempre se vincula con Birgitte y del que se dice que era tan apuesto como hermosa era ella. Se dice que era invencible cuando pisaba su suelo natal. Es uno de los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. (Véanse también *Birgitte* y *Cuerno de Valere*.)

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, al igual que muchas otras poblaciones. El subsiguiente abandono de las zonas de cultivo próximas a la Columna Vertebral del Mundo obligó a la importación de grandes cantidades de cereales. El asesinato del rey Galldrain (998 NE) ha provocado una guerra civil entre las casas nobles que se disputan el Trono del Sol, la interrupción de los envíos de cereales y la hambruna. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado que está elevándose sobre un fondo azul cielo.

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal que estuvo guardada en la Ciudadela de Tear. Es un poderoso *sa'angreal* para ser utilizado por un varón. El que fuera retirada de la cámara llamada el Corazón de la Ciudadela, junto con la caída de la fortaleza, fue uno de los signos principales del Renacimiento del Dragón y de la proximidad del Tarmon Gai'don. (Véanse también *Dragón Renacido, el; sa'angreal* y *Ciudadela de Tear, la*.)

caminante de sueños: Término con que los Aiel denominan a la mujer capaz

de entrar en el *Tel'aran'rhiod.*

Capas Blancas: Véanse *Hijos de la Luz.*

Cauthon, Abell: Un granjero de Dos Ríos, padre de Mat Cauthon. Está casado con Natti; las hijas del matrimonio se llaman Eldrin y Bodewhin, a la que se conoce por el diminutivo Bode.

Cauthon, Mat: Un joven de Campo de Emond que es *ta'veren.* Su nombre de pila completo es Matrim.

Chaendaer: Una montaña del Yermo de Aiel, al pie de la cual se extiende el valle de Rhuidean. (Véanse *Yermo de Aiel, el* y *Rhuidean*.)

Chiad: Una Doncella Lancera del septiar Río Pedregoso de los Goshien Aiel, quienes mantienen rencillas hereditarias con los Shaarad.

Cien Compañeros, los: Los cien varones Aes Sedai, seleccionados entre los más poderosos de la Era de Leyenda, que, encabezados por Lews Therin Telamon, libraron el combate final de la Guerra de la Sombra y sellaron de nuevo la prisión del Oscuro. El contraataque del Oscuro contaminó el *Saidin* y, a consecuencia de ello, los Cien Compañeros enloquecieron e iniciaron el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *Época de Locura; Desmembramiento del Mundo; Fuente Verdadera* y *Poder Único*)

Cinco Poderes, los: El Poder Único tiene varias vías de utilización que reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir —Tierra, Aire (a veces llamado Viento), Fuego, Agua y Energía— y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder Único disponen de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. En la Era de Leyenda el dominio de la Energía se manifestaba igualmente en hombres y mujeres, pero los varones tenían más habilidad en el manejo de la Tierra y el Fuego, en tanto que el Agua y el Aire eran vías que con frecuencia encauzaban mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan raras que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos.

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche a manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón. La Ciudadela contiene una colección de *angreal* y *ter'angreal* que rivaliza con la de la Torre Blanca y que, a decir de algunos, fue reunida para tratar de disminuir el relumbre de la posesión de *Callandor.*

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales.

Couladin: Un ambicioso hombre del septiar Domai de los Shaido Aiel. Pertenece a la asociación guerrera *Seia Doon,* los Ojos Negros.

Crónicas, Guardiana de las: Aes Sedai que ostenta la máxima autoridad después de la Sede Amyrlin, para la cual trabaja como secretaria. Es elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre y a menudo pertenece al mismo Ajah que la Amyrlin. Otra forma de tratamiento menos formal para referirse a ella es la Guardiana. (Véanse *Ajah* y *Sede Amyrlin*.)

cuendillar: Una sustancia indestructible creada durante la Era de Leyenda. Absorbe cualquier fuerza que intente romperla, incrementando así su

Librodot

dureza. También se la conoce como piedra del corazón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores han prestado juramento en Illian.

damane: En la Antigua Lengua, literalmente «Las Atadas con Correa». Es el término con el que los seanchan denominan a las mujeres capaces de encauzar y a quienes mantienen prisioneras mediante el uso del *a'dam.* Cada año se realizan pruebas a muchachas jóvenes a todo lo ancho del territorio seanchan, que se repiten hasta que alcanzan la edad en la que se manifiesta el don innato. Al igual que con los muchachos que se revelan capaces de encauzar (y a los cuales se ajusticia), los nombres de las *damane* quedan reflejados en un registro familiar y son borrados de las listas de ciudadanos, como se hace al fallecer cualquier otra persona, dándoselas por muertas a todos los efectos. A las mujeres con la capacidad de encauzar pero a las que todavía no se las ha hecho *damane,* se las llama *marath'damane,* que significa literalmente «Las que Deben Atarse con Correa». (Véanse *a'dam, seanchan* y *sul'dam*.)

Damodred, lord Galadedrid: Hermanastro de Elayne y Gawyn al ser los tres hijos del príncipe Taringail Damodred. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia abajo.

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai, capaces de valerse del Poder Único hasta un grado ahora desconocido, modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por mares y anegaron con océanos las tierras habitadas. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas, y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *Época de Locura* y *Cien Compañeros, los*.)

din Jubai Ala Blanca, Jorin: Una mujer de los Atha'an Miere, el pueblo de los Marinos. Detectora de Vientos del bergantín *Tajador de olas.*

din Jubai Vientos Borrascosos, Coine: Una mujer de los Atha'an Miere, el pueblo de los Marinos. Navegante del bergantín *Tajador de olas.*

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra, hace unos tres mil años o más. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la Humanidad. (Véanse *Dragón Renacido* y *Dragón, Profecías del*)

Dragón, falso: Así se llama a los diversos hombres que han pretendido ser el Dragón Renacido. Algunos han provocado guerras en las que se han visto involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumpliera ninguna de las profecías relativas al Renacimiento del Dragón. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Guaire Amalasan (AL 939-943) y Logain (997 NE). (Véanse *Dragón*

Librodot

Renacido y *Guerra del Segundo Dragón*.)

Dragón, Profecías del: Apenas conocidas y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en *El Ciclo Karaethon,* predicen que el Oscuro volverá a liberarse para extender su mano sobre el mundo, y que Lews Therin Telamon, el Dragón, responsable del Desmembramiento del Mundo, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la Última Batalla contra la Sombra. Según las Profecías, el Dragón salvará al mundo y volverá a desmembrarlo. (Véase *Dragón, el*.)

Dragón Renacido: De acuerdo con las Profecías, el hombre en el que ha reencarnado Lews Therin Verdugo de la Humanidad. (Véanse *Dragón, el; Dragón, falso* y *Dragón, Profecías del*.)

Elaida: Aes Sedai del Ajah Rojo que en otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Elayne de la casa Trakand: Hija de la reina Morgase y heredera del trono de Andor. Ha accedido al grado de Aceptada. Su emblema es un lirio dorado.

encauzar: Controlar el flujo del Poder Único. (Véase *Poder Único*.)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase *ta'veren*.)

Época de Locura: Los años transcurridos después de que el contraataque del Oscuro contaminara la mitad masculina de la Fuente Verdadera, cuando los varones Aes Sedai enloquecieron y desmembraron el mundo. Se desconoce la duración exacta de este período, aun cuando existe la creencia de que se prolongó casi un siglo. Únicamente finalizó por completo con la muerte del último varón Aes Sedai. (Véanse *Cien Compañeros, Fuente Verdadera* y *Poder Único*)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse *Cien Compañeros, Fuente Verdadera* y *Poder Único*)

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen; pero, si llegan a desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Estanda: Una Gran Señora de Tear partidaria de alcanzar sus propósitos y hacer pagar a sus enemigos sin apresuramientos pero hasta las últimas consecuencias.

Faile: En la Antigua Lengua «halcón». Seudónimo adoptado por Zarina Bashere, una joven de Saldaea.

Far Dareis Mar: Literalmente «Doncellas Lanceras». Una asociación guerrera Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite mujeres como miembros. A una Doncella no le es permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar teniendo un hijo a su cuidado. Los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») (Véanse también *Aiel* y *asociaciones guerreras Aiel*)

Librodot

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina *(Saidin)* y una mitad femenina *(Saidar),* las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin;* únicamente una mujer puede absorber el *Saidar.* Desde el inicio de la Época de Locura, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase *Poder Único*.)

Gaidin: Literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase *Guardián*)

Galad: Véase *Damodred, lord Galadedrid.*

Gaul: Un Aiel del septiar Imran de los Shaarad, que mantienen rencillas hereditarias con los Goshien. Es un Soldado de Piedra.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Su emblema es un jabalí blanco.

Gran Cacería del Cuerno, la: Ciclo de historias que narra la legendaria búsqueda del Cuerno de Valere, llevada a cabo entre los años transcurridos desde el fin de la Guerra de los Trollocs y el inicio de la Guerra de los Cien Años. Llevaría muchos días relatar la totalidad del ciclo. (Véase *Cuerno de Valere*.)

Gran Llaga, la: Una región situada en los confines del norte, totalmente corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a una época anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Grandes Señores de Tear: El consejo de Grandes Señores gobierna la nación de Tear, que no tiene soberano. No se compone de un número fijo de miembros y a lo largo de los años su composición ha variado desde veinte componentes a tan sólo seis. No confundir con los Señores de la Tierra, aristócratas tearianos de menor categoría.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. El vínculo no le indica, sin embargo, a qué distancia se halla ni en qué dirección. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a establecer la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes

Librodot

Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase *Aes Sedai*.)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el *Avendoraldera,* cuatro clanes de los Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse *Avendoraldera* y *Cairhien*.)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro, y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el mundo, y el Poder Único fue utilizado como arma. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro. (Véanse *Cien Compañeros, los* y *Dragón, el*)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al mando de su imperio que ésta acarreó. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo de Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se desmoronó, dando lugar a la actual distribución de naciones. (Véase *Hawkwing, Artur*.)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD, que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria.

Guerra del Poder: Véase *Guerra de la Sombra.*

Guerra del Segundo Dragón: La contienda librada (AL 939-943) contra el falso Dragón Guaire Amalasan. En el transcurso de esa guerra un joven rey llamado Artur Paendrag Tanreall, posteriormente conocido como Artur Hawkwing, alcanzó una posición preponderante sobre el resto de los soberanos.

Hawkwing, Artur: Rey legendario (reinó entre AL 943-994) que unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992) pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase *Guerra de los Cien Años*.)

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco más próximo a ella.

Librodot

Hija de la Noche: Véase *Lanfear.*

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase *interrogadores*.)

Hombre Gris: Alguien que ha entregado voluntariamente su alma para convertirse en un asesino al servicio de la Sombra. Los Hombres Grises tienen un aspecto tan anodino que con frecuencia nadie suele reparar en su presencia. La gran mayoría de los Hombres Grises son, como su nombre indica, varones, pero un reducido número de ellos son mujeres. También se los conoce como los Sin Alma.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre.

Juego de las Casas: Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza y a la simulación, al aparentar apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente. También conocido como el Gran Juego y por su nombre en la Antigua Lengua: *Da'es Daemar.*

juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ascender a la condición de Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque el primero se mantiene al pie de la letra, suele ser eludido por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe

Librodot

la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Lan, al'Lan Mandragoran: Un Guardián, vinculado a Moraine. Rey no coronado de Malkier, Dai Shan y el último señor superviviente malkieri. (Véanse *Guardián; Moraine* y *Malkier*.)

Lanfear: En la Antigua Lengua, «Hija de la Noche». Una de las Renegadas, tal vez la más poderosa después de Ishamael. A diferencia de los demás Renegados, fue ella quien eligió este nombre. Se dice que estuvo enamorada de Lews Therin Telamon y que profesaba un profundo odio por su esposa, Ilyena. (Véanse *Renegados* y *Dragón, el*.)

Laras: Maestra de las Cocinas de la Torre Blanca, centro del poder de las Aes Sedai, en Tar Valon. Una mujer con unos conocimientos sorprendentes y un pasado chocante.

Leane: Una Aes Sedai del Ajah Azul, Guardiana de las Crónicas. (Véanse *Ajah; Crónicas, Guardiana de las*.)

legua: Unidad de longitud equivalente a 5,5 Km.

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase *Dragón, el.*

Liandrin: Una Aes Sedai de Tarabon que pertenecía al Ajah Rojo. Se sabe que forma parte del Ajah Negro.

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne, y anteriormente de Morgase, su madre.

Logain: Un hombre que pretendía ser el Dragón Renacido; ha sido amansado y está preso en la Torre Blanca de Tar Valon.

Loial hijo de Arent, nieto de Halan: Un Ogier del *stedding* Shangtai. Autor en ciernes de un libro sobre el Dragón Renacido.

Luhhan, Haral: Herrero de Dos Ríos y miembro del Consejo del Pueblo de Campo de Emond. Su esposa Alsbet es miembro del Círculo de Mujeres.

Llaga, la: Véase *Gran Llaga, la.*

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de los Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Malkier: Una nación que formaba antaño parte de las Tierras Fronterizas, ahora consumida por la Llaga. La enseña de Malkier era una grulla dorada volando.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante las Guerra de los Trollocs. (Véase *Guerra de los Trollocs*.)

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo del mar. Son gentes reservadas, y apenas se sabe nada sobre sus costumbres y estilo de vida. Habitantes de las islas del Océano Aricio y del Mar de las Tormentas, viven poco tiempo en dichas islas, ya que pasan la mayor parte de su vida en sus barcos. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. Su riqueza e independencia deriva de su conocimiento de los emplazamientos de los bancos de peces clavo, los cuales rivalizan en importancia económica con los olivares de Tear, Illian y Tarabon. De los peces clavo y las aceitunas se extrae la casi totalidad del aceite consumido por las lámparas. El título del dirigente de Mayene es «el Principal»; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo.

Librodot

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel.

Merrilin, Thom: Un juglar muy poco corriente.

Min: Una joven que posee la capacidad de leer señales relacionadas con las personas en las aureolas que a veces percibe en torno a ellas.

Moraine: Una Aes Sedai del Ajah Azul. Del linaje de la casa Damodred, aunque no en la línea sucesoria del trono, se crió en el Palacio Real de Cairhien.

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche. Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor a cruzar corrientes de agua. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes, Perseguidores y Fados.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Son tan contados los casos de neutralización que las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Oficialmente, la neutralización es la consecuencia del juicio y la sentencia por un delito. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos.

Niall, Pedron: Capitán general de los Hijos de la Luz. (Véase *Hijos de la Luz)*

Ogier: 1) Una raza no humana, caracterizada por una gran estatura (tres metros de altura media en los varones adultos), anchas narices casi hocicudas y largas orejas copetudas. Viven en áreas llamadas *steddings.* Su alejamiento de estos *steddings* después del Desmembramiento del Mundo (en una época que los Ogier denominan el Exilio) tuvo como consecuencia lo que se conoce con el nombre de Añoranza; un Ogier que permanece demasiado tiempo fuera del *stedding,* enferma y muere. Rara vez abandonan los *steddings* y suelen mantener escaso contacto con los hombres. Los humanos apenas conocen detalles acerca de ellos y son muchos los que creen que los Ogier son sólo seres de leyenda. Aunque se los tiene por un pueblo pacífico y les cuesta llegar a enfurecerse, algunas narraciones antiguas afirman que lucharon junto a los humanos en la Guerra de los Trollocs y los describen como implacables enemigos. Valoran sobremanera el conocimiento, y sus libros e historias contienen a menudo información que la humanidad ha perdido ya. La esperanza media de vida de un Ogier es tres o cuatro veces superior a la de un

Librodot

humano. 2) Cualquier individuo perteneciente a dicha raza no humana. (Véanse *Desmembramiento del Mundo; stedding* y *Cantor de Árboles*)

Ordeith: En la Antigua Lengua, «Ajenjo». Seudónimo adoptado por un hombre que actúa como consejero del capitán general de los Hijos de la Luz.

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión de Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin,* el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda.

Oscuro, nombrar al: El hecho de pronunciar el verdadero nombre del Oscuro (Shai'tan) atrae su atención, lo que acarrea inevitablemente desgracias y mala suerte. Por ese motivo, se utilizan innumerables eufemismos, entre los que se encuentran el Oscuro, Padre de las Mentiras, Cegador de la Vista, Señor de la Tumba, Pastor de la Noche, Ponzoña del Corazón, Ponzoña del Alma, Colmillo del Corazón, Viejo Siniestro, Arrasador de la Hierba y Marchitador de las Hojas. Los Amigos Siniestros lo llaman Gran Señor de la Oscuridad. Con frecuencia se aplica la expresión «nombrar al Oscuro» a las personas que parecen abrir sus puertas al infortunio.

Poder Único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de personas puede llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y encauzar el Poder involuntariamente, sin siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llega a conseguirlo uno de cada cuatro), están destinados a una muerte segura. Desde la Época de la Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado un cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos, y que está producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin.* (Véase *encauzar; Cinco Poderes, los; Época de Locura* y *Fuente Verdadera*.)

Pueblo Errante: Véase *Tuatha'an.*

Renegados, los: Nombre otorgado a los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. De acuerdo con las leyendas y los fragmentos de documentos históricos conservados, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres todavía se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage.

Rhuarc: Un Aiel, jefe del clan de los Taardad Aiel.

Rhuidean: Un lugar en el Yermo de Aiel al que debe ir cualquier hombre que aspire a convertirse en jefe de clan y cualquier mujer que quiera ser una

Librodot

Sabia. A los hombres sólo se les permite entrar una vez, mientras que las mujeres pueden hacerlo en dos ocasiones. Sólo un hombre de cada tres sobrevive a la experiencia de Rhuidean, en tanto que la media entre las mujeres es considerablemente superior en ambas visitas. La ubicación de este lugar es un secreto celosamente guardado por los Aiel, y la muerte es el castigo prescrito para cualquier forastero que entre en Rhuidean, si bien a unos pocos afortunados (como buhoneros o juglares) sólo se los despoja de sus ropas y se les entrega un odre de agua, concediéndoles la posibilidad de intentar salir del Yermo en esas condiciones.

Rueda del Tiempo: El tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de una Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

sa'angreal: Un objeto que permite que un individuo pueda encauzar, sin sufrir daños, una gran cantidad de Poder Único. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal,* pero cien veces más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Son vestigios de la Era de Leyenda, cuyo método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal,* también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal.*

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Por lo general sólo hay una Sabia para cada clan o dominio de septiar. Se dice que algunas Sabias poseen habilidades extraordinarias para la curación, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos.

Saidar, Saidin: Véase *Fuente Verdadera.*

Sandar, Juilin: Un rastreador de Tear.

Seana: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Riscos Negros de los Nakai Aiel.

seanchan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada por el bien y la seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar. 2) La tierra de donde proceden los seanchan.

Sede Amyrlin: 1) Título de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajahs. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. La forma de tratamiento ligeramente menos formal para referirse a ella es la Amyrlin. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder Único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes de trollocs y Amigos Siniestros. Las gentes ignorantes los confunden a veces con los Renegados.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, donde está encarcelado el Oscuro.

Sin Alma: Véase *Hombre Gris.*

Siuan Sanche: La hija de un pescador tearíano que, de acuerdo con las leyes de Tear, fue embarcada con destino a Tar Valon antes de la segunda puesta de sol después de que se descubriera que tenía potencial para encauzar. Ascendida a la Sede Amyrlin en el 985 NE. Anteriormente era del Ajah Azul.

Soñadora: Véase *Talentos.*

stedding: Tierra natal de un Ogier. Muchos *steddings* fueron abandonados desde el Desmembramiento del Mundo. Están protegidos, de alguna manera indescifrable hoy en día, de forma que ningún Aes Sedai puede encauzar el Poder Único, ni siquiera detectar la existencia de la Fuente Verdadera, en el interior de sus límites. Los intentos de esgrimir el Poder Único desde fuera del *stedding* no surten efecto dentro de sus márgenes. Ningún trolloc entra por propia voluntad en un *stedding* e incluso los Myrddraal lo hacen únicamente impelidos por una extrema necesidad y con la mayor de las aprensiones. Los propios Amigos Siniestros, si están enteramente dedicados al servicio del Oscuro, se sienten incómodos dentro de un *stedding.*

sul'dam: Literalmente, Asidora de la Correa. Es el término seanchan para designar a una mujer que ha superado las pruebas que demuestran que es capaz de llevar el brazalete de un *a'dam* y controlar, por consiguiente, a una *damane.* A las jóvenes seanchan se les hacen pruebas para esta habilidad al mismo tiempo y a la misma edad que se realizan para las *damane.* En Seanchan se considera un honor desempeñar este cometido, que confiere una posición respetable en la sociedad. Existen muchas más *sul'dam* que *damane.* (Véanse *a'dam; damane* y *seanchan*)

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. El más conocido es, por supuesto, la Curación. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), se han perdido. Otros como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod,* el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas.

ta'maral'ailen: En la Antigua Lengua, «Trama del destino». Un gran cambio en el Entramado de una Era, centrado alrededor de una o varias personas que sean *ta'veren.* (Véanse *Entramado de una Era* y *ta'veren*.)

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio, cuya capital es Tanchico. En

otros tiempos un país con un gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores, está ahora en decadencia por los estragos de una guerra civil y las contiendas entabladas contra Arad Doman y los pueblos partidarios del Dragón Renacido.

Tarmon Gai'don: La Última Batalla. (Véanse *Dragón, Profecías del* y *Cuerno de Valere*)

ta'veren: Una persona en torno a la que la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la *totalidad* de los hilos de las vidas, para formar una Trama del Destino. (Véase *Entramado de una Era*.)

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear son tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase *Ciudadela de Tear*.)

Telamon, Lews Therin: Véase *Dragón, el.*

Tel'aran'rhiod: En la Antigua Lengua, «el Mundo Invisible» o «el Mundo de los Sueños». Un mundo entrevisto en sueños que, según las creencias de los antiguos, impregnaba y rodeaba el resto de los mundos posibles. A diferencia de los sueños comunes, lo que les ocurre a los seres vivos en el Mundo de los Sueños es real; una herida recibida allí seguirá existiendo al despertar, y quien muera allí ya no despertará.

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal,* cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. (Véanse *angreal* y *sa'angreal*.)

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar.

Torean: Un Gran Señor de Tear. Un hombre que aspira a unas metas que ni su inmensa fortuna ni su físico pueden proporcionarle.

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana. Están divididos en bandas de carácter tribal, entre las principales de las cuales se encuentran los Dha'vol, Dhai'mon y Ko'bal. Perversos por naturaleza, matan por el mero placer de dar muerte. Engañosos y traidores, únicamente pueden confiar en ellos quienes les infunden temor.

Tuatha'an: Un pueblo nómada también conocido como los gitanos y el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja. Se cuentan entre los pocos que pueden cruzar el Yermo de Aiel sin ser molestados, pues los Aiel evitan todo contacto con ellos.

Urdimbre de una Era: Véase *Entramado de una Era.*

Verin Mathwin: Una Aes Sedai del Ajah Marrón.

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo, y al que los Aiel llaman la Tierra de los Tres Pliegues. Son pocos los forasteros que se aventuran en él, ya que los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con

buenos ojos a los extranjeros. Los buhoneros, los juglares y los Tuatha'an son los únicos a quienes se les permite entrar libremente, aunque los Aiel evitan todo contacto con estos últimos, a los que llaman «los Errantes». No se conoce la existencia de ningún mapa del Yermo.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres por sus conocimientos como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Generalmente la importancia de su posición se consideraba equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. La Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia, Sabia o Indagadora.

Librodot